# HISTORIA

DEL

# CONSULADO Y DEL IMPERIO

## EN FRANCIA,

## POR M. A. THIERS.

TRADUCIDA

por D. P. X. y M. O.

---

## Tomo Primero.



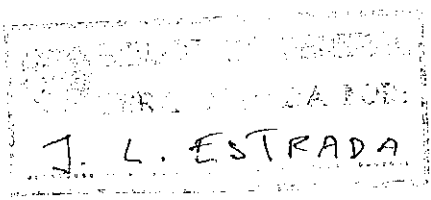

Málaga.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARTINEZ DE AGUILAR.—EDITOR.
calle del Marqués, Núm. 10 y 12.

1845.

*Esta traduccion es propiedad del editor.*





# HISTORIA

## DEL

# CONSULADO Y DEL IMPERIO.

---

## LIBRO PRIMERO.

### CONSTITUCION DEL AÑO VIII.

*Entrada de los Cónsules provisionales en el ejercicio de sus funciones.—Division de las atribuciones entre M. Sieyes y el General Bonaparte.—El General se apodera de la administracion de los negocios, y deja á M. Sieyes el cuidado de redactar la nueva Constitucion.—Estado de la Francia en Brumario del año VIII.—Desórden de la administracion y de la hacienda.—Gran miseria de los ejércitos.—Turbulencias en la Vendée.—Agitacion del partido revolucionario en algunas ciudades del mediodia.—Primeros esfuerzos de los Cónsules provisionales para poner órden en las diversas partes del Gobierno.—Nombramiento de Ministerio hecho en los señores Cambaceres, para el despacho de Justicia; Laplace, para el del Interior; Fouché, para el de Policía; Talleyrand, para el de Negocios estrangeros, Berthier, para el de Guerra; Forfait, para el de Marina, y Gaudin para el de Hacienda. —Primeras medidas rentísticas.—Supresion del empréstito forzoso progresivo.—Creacion de la agencia de contribuciones directas, é inmediata ordenacion de las listas de contribuciones atrasadas de algunos años.—Creacion de las obligaciones de los recaudadores generales.—La confianza empieza á renacer, y los banqueros de Paris prestan al Gobierno los primeros fondos que necesita.—Remision de socorros á los ejércitos.—Actos políticos de los Cónsules provisionales.—Revocacion de la ley de rehenes, y desencarcelamiento de los clérigos detenidos y de los náufragos de Calais. —Conferencias con los gefes del partido realista.—Suspension de armas en la Vendée concluida con los señores de Bourmont, de Antichamp y de Chatillon.—Principio de relaciones con los gabinetes estrangeros.—Estado de la Europa.—La Inglaterra y el Austria resueltas á continuar la guerra.—Pablo I, irritado contra sus aliados, y dispuesto á retirarse de la coalicion y unirse al sistema de neutralidad adoptado por la Prusia.—Importancia de la Prusia en aquel momento.—El general Bonaparte envia á Berlin á su ayudante de campo Duroc.—Voces de paz.—Sensible mejora en el estado material y moral de la Francia, á consecuencia de los primeros actos de los Cónsules provisionales.—Empiezan á ocuparse de la Constitucion.—Proyecto de M. Sieyes concebido y meditado mucho tiempo hacia.—Listas de notabilidades, el Senado conservador, el Cuerpo legislativo, el Tribunado, el gran Elector.—Desacuerdo entre M. Sieyes y el General Bonaparte, relativo á la organizacion del poder ejecutivo.—Peligro de un rompimiento entre estos dos personages.—Algunas personas intermediarias los avienen.—El gran Elector es reemplazado por tres Cónsules.—Adopcion de la Constitucion del año VIII, fijando su publicacion para el 4 de Marzo del año VIII, en que debe declararse vigente.*

Noviemb. de 1799. La jornada del 18 de Brumario acababa de poner fin á la existencia del Directorio.

Lo que habia sido el Directorio

Los hombres que, despues de las borrascas de la convencion habian imagina-

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA

do aquella especie de república, no estaban convencidos del todo de la excelencia y solidez de su obra; pero al salir del régimen sangriento que habian atravesado, les era difícil hacer nada mejor ni obrar de otra suerte. En efecto, era imposible pensar en los Borbones, á quienes el sentimiento universal rechazaba; era asimismo imposible arrojarse en los brazos de un General ilustre, porque en aquella época ninguno de nuestros guerreros habia adquirido bastante gloria para subyugar los ánimos. Ademas, no estaban aun desvanecidas todas las ilusiones. Acababan de escapar de las manos del *Comité* de Salud Pública; solo habian probado la república sangrienta de los Noventa y tres, que consistia en una asamblea única que ejercia todos los poderes á la vez: quedaba, pues, por hacer un último ensayo, el de una república moderada, en la cual los poderes serian divididos con discrecion, y cuya administracion seria confiada á hombres nuevos, estraños á todos los excesos que habian espantado á la Francia. Así, pues, imaginaron el Directorio.

Este nuevo ensayo de república duró cuatro años, desde el 13 de brumario del año IV hasta el 18 de igual mes del año VIII. Fué emprendido con buena fé y buena voluntad, por hombres en su mayor parte honrados, y animados de buenas intenciones. Algunos personages de un carácter violento y de una probidad sospechosa, como el director Barras, habian podido mezclarse en la lista de los gobernantes, que en el espacio de esos cuatro años se transmitieron el poder; pero Rewbell, La Reveillére-Lepeaux, Le Tourneur, Carnot, Barthélemy, Roger-Ducos y Sieyes, eran ciudadanos probos, algunos muy entendidos, y el último, M. Sieyes, de un talento superior. Y sin embargo, la república directorial, muy pronto solo presentó una confusion desoladora: menos crueldad, pero mas anarquía, tal habia sido el carácter del nuevo gobierno. No se guillotinaba, pero se deportaba. No se obligaba á recibir los asignados bajo la pena de muerte, pero no se pagaba á nadie. Nuestros soldados sin armas y sin pan, eran vencidos en lugar de ser vencedores. Al terror habia sucedido un malestar intolerable. Y como la debilidad tiene tambien sus arrebatos, aquella república, de intencion moderada, habia concluido por dos medidas á todas luces tiránicas, el empréstito forzoso progresivo y la ley de rehenes. Esta última medida, sobre todo, aunque no tenia nada de sanguinaria, era una de las vejaciones mas odiosas, inventada por la cruel y fecunda imaginacion de los partidos.

¿Qué tiene de estraño, que la Francia, á la cual no podian ser presentados los Borbones en 99, y que despues del mal écsito de la Constitucion directorial, empezaba á no creer en la república, qué tiene de estraño que la Francia se arrojase en los brazos de aquel jóven general, vencedor de la Italia y del Egipto, estraño á todos los partidos, afectando despreciarlos todos, dotado de una voluntad enérgica, mostrando igual aptitud así para los negocios militares como para los civiles, y dejando adivinar una ambicion que léjos de amedrentar los ánimos, era entonces acogida como una esperanza? Le hubiera bastado menos gloria que la que tenia para apoderarse del Gobierno, porque algun tiempo ántes, habian enviado al General Joubert á Novi, con el objeto de que pudiese adquirir los títulos que aun le faltaban, para hacer la revolucion, llamada despues en nuestros anales del 18 de Brumario. El desgraciado Joubert habia sido vencido y muerto en Novi; pero el jóven Bonaparte, siempre afortunado y victorioso, al menos entonces, librándose de los peligros del mar, como de los de los combates, habia vuelto de Egipto de una manera casi milagrosa, y á su primera aparicion habia sucumbido el Directorio. Todos los partidos habian corrido á su encuentro pidiéndole el órden, la victoria y la paz.

No obstante, no era obra de un dia el que la autoridad de uno solo pudiera reemplazar á aquella demágogia, en donde todos, alternativamente oprimidos ú opresores, habian gozado un instante del poder supremo. Se necesitaba respetar las apariencias; y para atraer á la fatigada Francia al poder absoluto, hacerla pasar por la transicion de un Gobierno glorioso, reparador y semi-republicano. En una palabra, se necesitaba el Consulado ántes de venir á parar al Imperio.

Esta es la parte de nuestra historia contemporánea que voy á narrar. Ya han

transcurrido quince años desde que escribí los anales de nuestra primera revolucion. Estos quince años los he pasado en medio de las borrascas de la vida pública; he visto hundirse un trono antiguo y elevarse otro nuevo; he visto á la revolucion francesa seguir su invencible carrera; y aunque los espectáculos á que he asistido me hayan sorprendido poco, no tengo la pretension de creer que la esperiencia de los hombres y de los negocios, nada ha podido enseñarme; al contrario, tengo la confianza de haber aprendido mucho, y hallarme por lo tanto, quizas, mas apto para comprender y esponer las grandes cosas que hicieron nuestros padres en aquellos heróicos tiempos. Pero estoy cierto que la esperiencia no ha helado en mi los sentimientos generosos de mi juventud; estoy cierto de amar, como las amaba, la libertad y la gloria de la Francia.

Tomo de nuevo el hilo de mi narracion en el 18 de brumario año VIII (9 de Noviembre de 1799.)

Reunion de los tres Cónsules provisionales en el pequeño Luxemburgo.

Publicada la ley del 13 Brumario que instituia el Consulado provisional, los tres nuevos cónsules, Bonaparte, Sieyes y Roger-Ducos, dejaron á Saint-Cloud para trasladarse á Paris. MM. Sieyes y Roger-Ducos, antiguos miembros del Directorio, estaban ya establecidos en el Luxemburgo. El general Bonaparte abandonó su modesta casa de la calle de la Victoria, y vino con su esposa, sus hijos adoptivos y sus ayudantes de campo á fijar su domicilio en las habitaciones del pequeño Luxemburgo. Aqui, unido á sus dos Cólegas, rodeado de los escombros del último Gobierno y de los elementos del nuevo, puso mano á la obra con aquella inteligencia segura y rápida, con aquella actividad estraordinaria que habian señalado su modo de obrar en la guerra.

Papeles de M. Sieyes y del general Bonaparte

Le habian asociado dos cólegas, MM. Roger-Ducos y Sieyes, ambos tomados del Directorio, y los dos muy afanados en destruir aquel gobierno que despreciaban. Sobre todo, M. Sieyes habia sido colocado al lado del general Bonaparte, porque era el segundo personage de la república. Autor de las mas notables y de las mejores concepciones de la revolucion francesa, tales como la reunion de los tres órdenes, la division de la Francia en departamentos, la institucion de la Guardia nacional, M. Sieyes, desprovisto de elocuencia, habia rivalizado con Mirabeau en los primeros dias de nuestra revolucion, cuando el poder de la palabra, era el superior á todos; y ahora, en que la guerra universal designaba al genio militar el primer puesto, M. Sieyes, que nunca habia ceñido una espada, estaba casi al igual del general Bonaparte; tan grande es el poder del talento aun sin estar acompañado de los conocimientos que le hacen útil ó aplicable! Pero al presente que era preciso no alzar la mano de los negocios, M. Sieyes, que era perezoso, malhumorado, absoluto en sus ideas, y que se irritaba y desconcertaba á la menor contradiccion, no podia rivalizar largo tiempo en influencia con su jóven cólega, que era capaz de trabajar de noche y dia, á quien ninguna contradiccion turbaba, que era brusco pero no adusto, que sabia atraer á los hombres cuando los necesitaba, y que cuando no queria tomarse este trabajo, tenia el recurso de dominarlos por la fuerza.

M. Sieyes encargado de hacer la nueva Constitucion.

Con todo esto, habia un papel que generalmente designaban para M. Sieyes, y era el de preparar la nueva Constitucion, que los Cónsules provisionales tenian el encargo de redactar y de proponer á la Francia en un plazo que se aprocsimaba. En esta época estaban aun un poco imbuidos de las ideas del siglo diez y ocho. Creian algo menos, pero todavia creian demasiado, que las instituciones humanas podian ser solo obra del talento, y que la Constitucion de un pueblo podia salir perfectamente acabada de la mente de un legislador. De seguro, si la revolucion francesa debia haber tenido un Solon ó un Licurgo, M. Sieyes era digno de serlo; pero en los tiempos modernos no hay mas que un verdadero legislador, que es la esperiencia. No se pensaba entonces esto tanto como lo pensamos hoy, y asi es que estaba universalmente admitido, que M. Sieyes debia ser el autor de la nueva Constitucion: todos lo esperaban, lo decian, hasta pretendian que tenia formada una, meditada por largo tiempo, que era una obra profunda, admirable, y que desembarazado en la actualidad de los obstáculos que las pasiones revolucionarias

le habian opuesto, podria darla á luz: que él seria el legislador, y el general Bonaparte el administrador del nuevo Gobierno, y que unidos los dos harian feliz y poderosa á la Francia. Cada época de la revolucion habia tenido sus ilusiones: la época actual debia tener las suyas, si bien es verdad debian ser las últimas.

El general Bonaparte encargado de la administracion.

Quedó, pues, convenido de comun acuerdo, que M. Sieyes se ocuparia de la Constitucion y que el general Bonaparte gobernaria. En efecto, era muy urgente gobernar, por que la situacion era deplorable bajo todos aspectos; el desórden moral y material habia llegado á su colmo.

Estado de la Francia en el año VIII.—El partido revolucionario.

Los ardientes revolucionarios batidos en Saint-Cloud tenian aun muchos partidarios en la sociedad llamada *del Pilcadero*, y en otras análogas diseminadas por la Francia. A su frente habia pocos hombres notables de las dos asambleas; pero entre ellos contaban con algunos oficiales bastante estimados en nuestros ejércitos: Bernardotte personage ambicioso, que alimentaba pretensiones que su rango en el ejército no justificaba; Augereau, verdadero soldado, desprovisto de juicio y de influencia, pero lleno de valor; Jourdan, en fin, buen ciudadano y buen general, á quien sus infortunios militares habian agriado y arrojado en una oposicion ecsagerada. Se podia temer que los fugitivos del consejo de los Quinientos se reuniesen en una ciudad considerable, y formasen una especie de cuerpo legislativo y de Directorio, y atrajesen á si á los hombres que aun abrigaban todo el ardor de los sentimientos revolucionarios, los unos comprometidos por los excesos ó porque poseian bienes nacionales, y los otros porque amaban el sistema republicano por lo que era en si, y temian verlo sucumbir bajo la mano de un nuevo Cromwell. Semejante tentativa hubiera sido un grave estorbo en una situacion ya muy difícil, y no estaban sin inquietud de verla ensayar aun en el mismo Paris.

El partido realista.

De parte de la faccion opuesta, podian tambien concebirse sérios temores, porque la Vendée estaba insurreccionada de nuevo. M. de Chatillon á la orilla derecha del Loira, M. de Antichamp á la izquierda, Jorge-Cadoudal en el Morbihan, M. de Bourmont en el Maine, M. de Frotté en las costas de Normandia, todos escitados y sostenidos por los ingleses, habian empezado otra vez la guerra civil. La ley de rehenes, la debilidad del Gobierno, la derrota de nuestros ejércitos, tales eran las causas que los habian impulsado á tomar de nuevo las armas. M. de Chatillon habia ocupado por un instante á Nantes; no habia permanecido, pero habia entrado: bastando este accidente, para que los pueblos mas grandes y numerosos del pais se cubriesen de trincheras formadas de prisa, y se rodeasen de empalizadas, cuando no podian hacerlo con murallas. Algunos, con el fin de proveer á su propia defensa, retenian los pocos fondos que las provincias insurreccionadas derramaban en las cajas públicas, diciendo que, puesto que el gobierno no pensaba en protegerlos, debian ellos encargarse de este cuidado.

La ley de rehenes.

El Directorio, aunque resuelto á no caer en los excesos de la Convencion, no habia podido resistir á todas las proposiciones violentas que la guerra de la Vendée, desde el momento que renacia, inspiraba de ordinario al partido revolucionario. Arrastrado por el impulso de los ánimos, habia dado la ley de los rehenes, en virtud de la cual, todos aquellos que eran ó parientes ó supuestos cómplices de los Vendeanos, debian ser detenidos y castigados con ciertas penas, en represion de los actos que se cometian en los lugares, de que respondian como rehenes. Esta ley injusta y violenta solo habia logrado irritar las pasiones sin desarmar un solo brazo en la Vendée, y escitar contra el Directorio un desenfreno inaudito.

Guerra esterior.

La guerra esterior habia sido hacia el fin de la última campaña, algo menos desgraciada. La victoria conseguida por el general Massena delante de Zurich, y la del general Brune en el Texel, habian rechazado al enemigo muy léjos de nuestras fronteras; pero nuestros soldados se hallaban en la miseria mas completa, faltos de paga, de vestidos y de alimentos. El ejército que habia vencido en Holanda á los Anglo-Rusos, teniendo la ventaja de ser sosteni-

Miseria de los ejércitos

do por la república bátava, era menos desgraciado que los otros; pero el ejército del Rhin, que habia perdido la batalla de Stokach, y el de Helvecia que habia ganado la de Zurich, estaban sumidos en la miseria. Situado el ejército del Rhin en territorio frances, ejercia sin medida y sin fruto el sistema de requisicion; y el de Helvecia vivia por medio de las contribuciones de guerra impuestas á Basilea, Zurich y Berna; contribuciones mal percibidas, mal empleadas, y que á la par de ser insuficientes para alimentar nuestros soldados, sublevaban la independencia y el espíritu de economia del pueblo suizo. El ejército de Italia, replegado sobre el Apenino, despues de los desastres de Novi y de la Trebbia, en un pais estéril desolado por la guerra, era presa de las enfermedades y de la mas horrorosa escasez. Aquellos soldados que habian sobrellevado los mas grandes reveses sin inmutarse siquiera, y que habian mostrado en la fortuna adversa, una constancia á toda prueba, cubiertos de harapos, consumidos por la fiebre y el hambre pedian limosna en los caminos del Apenino, y estaban reducidos á devorar los frutos pocos nutritivos que producian las áridas tierras de aquellos alrededores. Muchos de entre ellos se desertaban, ó iban á aumentar las bandas de malhechores, que asi en el mediodia como en el oeste de la Francia infestaban los caminos públicos. Hasta se habia visto á cuerpos enteros dejar sus campamentos sin órden de sus generales, é ir á ocupar otros donde esperaban vivir con menos miseria. Guardado el mar por los ingleses, no les mostraba en todos sentidos mas que un pabellon enemigo, ni les traia jamas ningun recurso. Habia divisiones á quienes se les debia diez y ocho meses. Por medio de las requisiciones lograban algunos víveres; pero en cuanto á los fusiles, á los cañones y á las municiones de guerra, que no se pueden procurar por las requisiciones, carecian absolutamente de ellos. Los caballos, insuficientes ya para el servicio de la artillería y de la caballería, habian sido casi todos destruidos por las enfermedades y el hambre.

Tales eran los resultados de una administracion débil, desordenada, y sobre todo de los apuros del erario. Los ejércitos de la República se habian sostenido por espacio de muchos años con los asignados y las victorias. Los asignados ya no ecsistian, y la victoria despues de habernos abandonado de pronto, acababa apenas de presentarse á nuestras legiones, pero sin abrirles aun las fértiles llanuras de la Alemania y de la Italia.

Estado de la Hacienda.

Es necesario dar aquí una idea del estado de nuestra situacion financiera, principal causa de los males de nuestros ejércitos. Esta situacion traspasaba á cuanto se habia visto en las épocas anteriores. La Asamblea Constituyente habia cometido dos faltas, á las cuales habian hasta cierto punto hecho frente por medio de los asignados, pero á las cuales era ya imposible todo paliativo, despues del descrédito de este papel moneda. Estas dos faltas eran: primera la supresion de las contribuciones indirectas impuestas sobre las bebidas, sobre la sal y el consumo en general; segunda, dejar al cuidado de las administraciones municipales la formacion de las listas de la contribucion territorial y demas contribuciones directas.

Por la supresion de las contribuciones indirectas habia perdido el tesoro, sin compensacion, la tercera parte de sus rentas. El producto de las posesiones del Estado era casi nulo por su mala administracion, el del registro por la falta de transacciones particulares, el de las aduanas por la guerra; de suerte que casi solo las contribuciones directas componian los recursos del tesoro; pero estas contribuciones, que representaban como unos 300 millones en un presupuesto de 500 estaban estraordinariamente atrasadas. Habia débitos por los años V, VI, y VII: Las listas para el año VI no se habian concluido; para el año VII faltaba una tercera parte por acabar, y para el corriente año, es decir para el año VIII (1799) apenas estaban empezadas. Gracia á este retardo en la formacion de las listas, no se podian recaudar las contribuciones corrientes, y la acumulacion de las contribuciones atrasadas creaba nuevas dificultades para la recaudacion, porque se necesitaba á menudo pedir á los contribuyentes los atrasos de muchos años á la vez. Este estado de cosas provenia de la adopcion de un principio, justo en apariencia, pero en realidad funes-

Atraso en la recaudacion de las contribuciones.

to; tal era dejar hasta cierto punto á las administraciones locales el derecho de imponerse sus cuotas formando ellas mismas sus listas. Como todos saben, las administraciones departamentales y municipales eran entónces colectivas. En lugar de los prefectos, sub-prefectos y maires, que fueron instituidos mas tarde, habia al lado de todas estas administraciones, comisarios del gobierno con voz consultiva, y con la mision de promover y solicitar la aceleracion de los trabajos administrativos, pero sin poderlos ejecutar por si mismos. El sistema de las municipalidades de canton, reuniendo los cuarenta y cuatro mil communes (*Cuerpos municipales*) de Francia en cinco mil, habia aumentado el desórden. Todos los asuntos locales se encontraban abandonados, pero la mayor desgracia consistia en hallarse completamente descuidados los dos grandes negocios del Estado, que eran el reclutamiento del ejército y la recaudacion del impuesto. Para suplir esta falta de accion administrativa, habian confiado á los cinco mil comisarios colocados al lado de las municipalidades de canton, el encargo de acelerar la formacion de las listas; pero les faltaba el solo poder eficaz, cual era el de hacerlas por si mismos: ademas teniendo que atender á mil ocupaciones diferentes, solo prestaban una mediana atencion á aquella importante obra. El sueldo que se les concedia por este trabajo, mucho mas costoso que lo que ha sido despues la retribucion dada por la administracion de las contribuciones directas, era para el tesoro un gasto enorme sin compensacion.

Doble causa del déficit.

Asi, pues, las contribuciones directas, principal ramo de las rentas del Estado estaban sin recaudar. Ademas de este déficit permanente, producido por la falta de ingresos, habia otro, ocasionado por la estension de los gastos, muy superiores entonces á los recursos. Los gastos ordinarios hubieran podido cubrirse por medio de una renta de unos 500 millones pero la guerra los habia hecho subir á cerca de 700. No quedaba, como suplemento, sino los bienes nacionales, consumidos en la mayor parte, y muy dificiles ademas de venderse ventajosamente, porque el triunfo definitivo de la revolucion presentaba aun grandes dudas.

Este estado de cosas habia traido consigo abusos escandalosos, y una situacion que es preciso dar á conocer para instruccion de los pueblos y de los gobiernos.

Los asignados, como hemos dicho poco ha, no existian. Los mandatos territoriales que los habian reemplazado, tambien habian desaparecido. El papel-moneda estaba, pues, completamente abandonado; y por grande que fuera el vacio, valia aun mas no llenarlo del todo, que por medio de un papel obligatorio, como se habia hecho antes, y que á pesar de tener aquel carácter, no era admitido en los pagos, dando inútilmente lugar á todos los rigores de la ley para que se admitiera. A este papel-moneda suprimido se suplia del modo siguiente:

Diversos papeles puestos en circulacion.

Desde luego se dispensaban de pagar, ni aun en papel, á los empleados á los cuales en Brumario del año VIII se les debian diez meses. Sin embargo, era preciso dar alguna cosa á los acreedores y pensionistas del Estado. Se les entregaban, pues, *bonos de atrasos*, cuyo único valor consistia en ser recibidos como dinero en pago de contribuciones. No se satisfacia el prest al soldado, pero se pagaba lo que tomaban los ejércitos en los pueblos para vivir, por medio de *bonos de requisicion*, asimismo admisibles en pago de impuestos. Las compañias encargadas de proveer á algunas de las necesidades del soldado, egecutando mal su servicio, y á veces descuidándolo del todo, hacian que se les entregase en vez de dinero, libranzas contra las primeras entradas del tesoro: y gracias á esta especie de titulos, otorgados muy arbitrariamente, se hacian dueños de casi todo el numerario que ingresaba en las arcas públicas. En fin, los pagarés sobre bienes nacionales, admisibles en pago de estos bienes, era el último papel añadido á todos los que acabamos de enumerar, y que contribuia al mas horroroso agiotage.

Agiotage.

En efecto, estos valores no tenian un curso obligatorio como otras veces los asignados; pero puestos en circulacion, y sin cesar comprados y vendidos en la plaza de Paris, sujetos á la alza ó baja al mas leve rumor de una noticia favorable ó adversa, eran la causa de una especulacion

ruinosa para el Estado, y de una espantosa desmoralizacion para el público. Los hombres de negocios que poseian todo el numerario, podian proporcionárselos con gran ventaja. Al tanto mas bajo se los compraban á los censualistas, abastecedores y otros detentores, y en seguida los hacian presentar en el tesoro en pago de contribuciones, y vertian por cien francos lo que á lo mas les habia costado ochenta, y á veces sesenta ó cincuenta. Los mismos recaudadores se entregaban á este género de especulacion, y en tanto que por una parte recibian el dinero de los contribuyentes, derramaban á la par en las arcas del Estado, papel que habian adquirido al precio mas ínfimo. Asi, eran muy pocos los contribuyentes que pagaban en numerario, por la grande ventaja que les resultaba de hacerlo en papel. De este modo el tesoro no recibia casi ningunos valores reales, y sus apuros aumentaban cada dias mas.

El empréstito forzoso progresivo, objeto de un vivo descontento.

Asi como la irritacion contra los Vendeanos habia ocasionado la ley de rehenes, la irritacion contra los agiotistas habia inspirado la medida del empréstito forzoso progresivo, destinado á herir á los grandes capitalistas, y á hacerles cargar con todos los gastos de la guerra. Esto era á lo que se habia llamado, durante los dias del terror, el impuesto sobre los ricos, y lo que en Inglaterra se conocia con el nombre de *income—tax*: impuesto del que se servia entónces M. Pitt para alimentar la encarnizada guerra que sostenia contra la Francia. Este impuesto, proporcionado, no á la estension de las propiedades inmuebles, que es lo que constituye una base cierta, sino á la supuesta riqueza de los particulares, era, con gran trabajo, practicable en Inglaterra, en un estado normal, en que el furor de los partidos no hacia de la valuacion de las fortunas un medio de venganza; pero en Francia era impracticable, porque en medio de los desórdenes de la época, el jurado tasador era una especie de junta revolucionaria que imponia caprichosamente á la riqueza ó la pobreza, segun cumplia á sus pasiones, y que no pasaba jamas por justo, ni aun cuando obraba en justicia, lo que equivale á no serlo. No atreviéndose á presentar esta medida, como otras veces, bajo la forma pura y sencilla de un impuesto, la habian disimulado bajo el nombre de *empréstito forzoso*, reembolsable, decian, en bienes nacionales, que debian ser repartidos, segun las supuestas proporciones de cada uno, por un jurado tasador. Asi, pues, esta medida habia venido á ser una de las calamidades del momento, que unida á la ley de rehenes formaban ambas los dos motivos de queja mas comunmente alegados contra el Directorio. No era ella la causa, como decian, de la miseria del tesoro, miseria debida á un conjunto de circunstancias; pero habia alejado á los especuladores ricos, cuyos socorros eran indispensables al gobierno, y de los cuales era preciso que se sirviese, aunque fuese solo por un momento, á fin de poder pasarse sin ellos mas tarde.

La situacion financiera, principal causa de los reveses de nuestros ejércitos.

Esta situacion rentística, era como ya hemos dicho, la principal causa de la miseria y de los reveses de nuestros ejércitos. Perfectamente conocida de las potencias estrangeras, les inspiraba la confianza de vencernos teniendo una poca de perseverancia. Sin duda las dos victorias de Zurich y del Texel las habian alejado algo del objeto á que aspiraban, pero no desconcertado.

Disposiciones de las potencias estrangeras.

Austria.

Orgullosa el Austria de haber reconquistado la Italia, estaba decidida á combatir á todo trance ántes que cederla de nuevo. Se conducia ya como soberana absoluta. Ocupando el Piamonte, la Toscana y los Estados Romanos, no habia llamado ni al rey de Cerdeña á Turin, ni al gran duque de Toscana á Florencia, ni al gobierno pontifical á Roma. La derrota de Korsakoff y de Suwarow en Zurich la afectaba menos que lo que se hubiera creido. A sus ojos era un revés para las armas rusas, y no para las armas austriacas: una falta de los generales Korsakoff y Suwarow, un acontecimiento militar de fácil reparacion, lamentable en el solo caso de que alejase á los rusos de la guerra. Pero contaba atraerlos al campo de batalla con la influencia y los subsidios británicos.

La Inglaterra.

En cuanto á la Inglaterra, rica con el *income-tax*, que producia ya mas de 200 millones al año, bloqueando á Malta, á la cual con-

fiaba rendir muy pronto por hambre, interceptando la remision de todo socorro á nuestro ejército de Egipto, á quien esperaba reducir pronto por las privaciones y por la fuerza, la Inglaterra estaba decididamente determinada á continuar todos los resultados de que se vanagloriaba su política, ántes de deponer las armas. Contaba ademas con una especie de disolucion social en Francia, que muy pronto cambiaria nuestro suelo en un pais abierto, accesible al que quisiese apoderarse de él.

La Prusia y la España.

La Prusia, única de las potencias del Norte que no habia tomado parte en la guerra, observaba respecto al gobierno frances, una reserva llena de frialdad. La España, obligada por el tratado de alianza de S. Ildefonso, á hacer causa comun con nosotros, manifestaba estar en estremo disgustada de esta comunidad de intereses. Parecia que todo el mundo se cuidaba muy poco de tener relaciones con un gobierno próximo á sucumbir. Las victorias de Zurich y del Texel le habian valido las consideraciones esteriores, pero no la confianza de los gabinetes, con los cuales estaba en paz ó en alianza.

Asi, pues, insurreccionada de nuevo la Vendée dentro del pais, y armadas, fuera, las principales potencias de Europa, hacian mucho mas inminente el peligro de una guerra. Era preciso crear cualesquiera medios rentísticos para enviar un primer socorro á los ejércitos hambrientos; era preciso organizarlos, hacerlo avanzar, mandarlos bien, y añadir nuevas victorias á las que habian alcanzado al terminar la última campaña; era preciso sobre todo quitar á los gabinetes estrangeros esa idea de una próxima disolucion en Francia, que hacia á los unos tan confiados en el resultado de la guerra y á los otros tan desconfiados en sus relaciones con nosotros: y todo esto solo podia obtenerse de un gobierno fuerte, que supiese contener los partidos y dar á los espíritus la unidad de impulso, sin la cual no hay en los esfuerzos que se hacen para salvarse, ni conjunto, ni energia, ni buenos resultados.

Recursos que quedaban entonces á la Francia.

Se habia llegado al exceso del mal, que muy á menudo es el preludio de la vuelta del bien, supuesta la condicion de que queden algunas fuerzas al cuerpo enfermo, cuya curacion se aguarda. Por fortuna, las fuerzas de la Francia eran aun muy grandes. La revolucion, aunque disfamada por aquellos á quienes habia lastimado ó cuyas ilusiones no habia realizado, no por eso dejaba de ser la causa de la justicia y de la razon; é inspiraba aun la adhesion que una gran causa inspira siempre. Ademas, tenian ligados á su suerte, numerosos interesados en todos aquellos que habian adquirido nuevas situaciones, comprado bienes de los emigrados ó desempeñado un papel comprometido. En fin, no estaba la nacion tan agotada moral y físicamente, para resignarse á ver á los austriacos y á los rusos invadir su territorio. Se indignaba, por el contrario, á esta idea; sus ejércitos hormigueaban de soldados, de oficiales y de generales admirables, que solo necesitaban una buena direccion. Todas estas fuerzas estaban prontas á reunirse espontáneamente bajo una sola mano, si esta mano era capaz de dirigirlas. Las circunstancias favorecian, pues, al hombre de génio que iba á presentarse, y hasta el mismo génio tiene necesidad de las circunstancias.

Ventajas ofrecidas por las circunstancias al génio del general Bonaparte.

Por ejemplo, si el jóven Bonaparte, aun con sus mismos talentos y su gloria, se hubiera ofrecido en 1789, para organizar la sociedad francesa, que tendia entonces por todas partes á su disolucion, porque sus elementos habian llegado á ser incompatibles, en vano hubiera tratado de oprimirla entre sus brazos poderosos, porque sus brazos de hombre nada hubieran podido contra las fuerzas de la naturaleza. Al contrario, en la actualidad, en que, rota aquella envejecida sociedad, como era preciso que lo estuviese ántes de ser reedificada por un nuevo modelo, solo presentaba elementos diseminados; pero que propendiendo ellos mismos á aproximarse, se iban á prestar á todos los esfuerzos de la mano hábil que supiera enlazarlos. Tenia, pues, el general Bonaparte á su favor, su génio y la ayuda de las circunstancias. Necesitaba organizar toda una sociedad; pero una sociedad que queria ser organizada, y serlo por él, porque en él tenia una confianza in-

mensa, inspirada por triunfos inauditos.

Poderes de los Cónsules provisionales y de las Comisiones legislativas.

La ley que decretaba el Consulado provisional, daba á los tres Cónsules vastos poderes. Esta ley les investia de la plenitud del *poder directorial*; les encargaba especialmente de *restablecer el órden en todas las partes de la administracion*, de *restablecer la tranquilidad interior* y de *procurar á la Francia una paz honrosa y sólida*. Les asociaba dos comisiones legislativas de veinte miembros cada una, elegidos en el Consejo de los Ancianos y en el de los Quinientos, encargados de reemplazar el cuerpo legislativo, y de dar un carácter legal á los actos de los Cónsules. Autorizaba á estas dos comisiones para decretar todas las medidas necesarias propuestas por la autoridad ejecutiva. Les confiaba ademas el importante cuidado de preparar la nueva Constitucion. Y sin embargo, como no se les podian atribuir tales poderes por un tiempo ilimitado, la misma ley establecia que si para 1.° del próximo Ventoso la nueva Constitucion no habia sido promulgada y aceptada, se reunirian de hecho los dos Consejos de los Ancianos y de los Quinientos. Por si llegaba este caso, los miembros del Cuerpo legislativo permanecerian revestidos de sus poderes, salvo sesenta de entre ellos, borrados de las listas de los Consejos por una medida estraordinaria. Estando fijada esta reunion eventual para el 1.° de Ventoso, la dictadura confiada á los Cónsules estaba limitada á tres meses. En efecto, era una verdadera dictadura la que se les habia conferido; porque deliberando aquellas comisiones secretamente; divididas en diversas secciones de Hacienda, de Legislatura, de Constitucion; no reuniéndose mas que para legalizar lo que el gobierno tenia que proponerles, eran los instrumentos mas seguros y cómodos para obrar con prontitud. Por lo demas, no habia que temer que abusasen de tales poderes, porque cuando hay tanto bien que hacer y con tal prontitud, no pierden los hombres su tiempo en hacer mal.

Primera deliberacion de los tres Cónsules en el pequeño Luxemburgo

El mismo dia de su llegada al Luxemburgo, se reunieron los tres Cónsules provisionales para deliberar sobre los negocios mas urgentes del Estado. Era el 11 de Noviembre de 1799 (20 de Brumario.) Necesitábase elegir un Presidente, y si bien la edad y la posicion de M. Sieyes parecian reclamar esta distincion, Roger-Ducos, aunque su amigo, como arrastrado por el sentimiento del momento, dijo al general Bonaparte: «Ocupad la presidencia y deliberemos.»=El general Bonaparte lo verificó al momento. Sin embargo, las actas de los Cónsules provisionales, no hicieron ninguna mencion de este acto. Desde luego se ocuparon en hacer un breve ecsámen de la situacion. El jóven Bonaparte ignoraba aun muchas cosas; pero las adivinaba. Habia hecho la guerra, provisto á la conservacion de ejércitos numerosos, administrado provincias conquistadas, negociado con la Europa: este es el mejor de los aprendizajes en el arte de gobernar. Para los talentos superiores, pero únicamente para esos, la guerra es una escelente escuela: se aprende á mandar, á dicidirse, y sobre todo á administrar. Asi pues, pareció que el nuevo Cónsul tenia sobre las cosas ó una opinion formada, ó una opinion que se formaba con la rapidez del relámpago, sobre todo despues de haber oido á los hombres especiales, únicos á quienes escuchaba, y solo sobre los objetos que concernian á su especialidad.

Un género de conocimiento, muy esencial en el ejercicio de la autoridad suprema, le faltaba entonces, cual es el conocimiento, no de los hombres sino de los individuos. En cuanto á los hombres en general los conocia profundamente; pero habiendo permanecido siempre en los ejércitos, era estraño á los individuos que habian figurado en la revolucion. Esta falta la supliá con la ayuda del testimonio de sus cólegas. Pero gracias á una penetracion rápida, y á una memoria prodigiosa, pronto iba á conocer el personal del gobierno tan bien como el de su ejército.

Despues de esta primera conferencia los papeles estaban distribuidos y aceptados. El jóven General, sin aguardar el parecer de sus cólegas daba al instante el suyo, reasumia y arreglaba cada negocio con la decision de un hombre de accion. Era evidente que el impulso iba á partir solo de él. Se retiraron, despues de haber convenido en las cosas mas

urgentes que habia que hacer; y M. Sieyes, con una resignacion que honra su razon y su patriotismo, dijo por la noche á MM. de Talleyrand y Rœderer: Tenemos un dueño que sabe hacerlo todo, que puede hacerlo todo, y quiere hacerlo todo.—Concluyendo sabiamente que debia dejársele obrar, porque en aquel momento las rivalidades personales hubieran perdido á la Francia. Fue de nuevo convenido, por una especie de participacion voluntaria de las atribuciones, que, durante esta dictadura, en la cual debia trabajarse porque fuese corta y fecunda, el general Bonaparte gobernaria, y M. Sieyes se ocuparia de la Constitucion. Este era, como ya se ha dicho, un encargo que la opinion pública confiaba á este último, y en el cumplimiento del cual, no estaba dispuesto su cólega á contrariarle mucho, excepto en la parte de la organizacion del poder ejecutivo.

Composicion del Ministerio.

Lo mas perentorio era la composicion del Ministerio. En una monarquia se llaman para este cargo á los primeros hombres del pais. En una república, siendo estos hombres mas notables los gefes de ella, no quedan para el Ministerio mas que hombres de segundo órden, verdaderos secretarios, sin responsabilidad ninguna, porque la responsabilidad ha subido mas alto. Cuando personages como M. Sieyes y el general Bonaparte eran cónsules, otros asimismo muy distinguidos, como MM. Fouché, Cambaceres, Reinhart, de Talleyrand, no podian ser verdaderos Ministros. Su eleccion no tenia otra importancia que cierta significacion política y el buen despacho de los negocios. Solo con relacion á esto presentaba esa eleccion algun interes.

El jurisconsulto Cambaceres, hombre sabio y cuerdo, á quien daremos á conocer mas adelante, fue elegido sin oposicion ninguna para el ministerio de Justicia. M. Fouché, despues de una viva discusion entre los cónsules, conservó el ministerio de policia. M. Sieyes se oponia á ello, porque, segun decia, era un hombre de poca confianza y hechura del director Barras. El general Bonaparte lo sostuvo é hizo prevalecer su dictámen. Creiase obligado á ello por los muchos servicios que habia recibido de aquel, durante los sucesos del 18 de Brumario. Ademas, M. Fouché, unia á un talento muy penetrante, un conocimiento profundo de los hombres y de las cosas de la revolucion. Era entonces el ministro indicado de policia, asi como M. de Talleyrand, habituado á las Córtes, práctico en los altos negocios, de espiritu fino y conciliador, era el indicado para ministro de relaciones esteriores. M. Fouché fue conservado en su puesto; pero era tan grande el desencadenamiento de los revolucionarios contra M. de Talleyrand, bien á causa de sus constantes relaciones con el partido moderado, bien por el papel que desempeñó en los últimos acontecimientos, que se vieron obligados á diferir por algunas semanas su vuelta al ministerio de relaciones estrangeras. M. de Reinhart quedó en su puesto por espacio aun de quince dias. El general Berthier, fiel compañero del vencedor de Italia y del Egipto, su inseparable gefe de estado mayor, que tan bien sabia comprender y transmitir sus órdenes, recibió la cartera de la guerra, que retiraron á M. Dubois—Crancé, juzgado por hombre de opiniones demasiado ardientes. M. Quinette, ministro del interior fue reemplazado por el ilustre sabio M. de La Place. Esto era un grande y justo homenage rendido á la ciencia; pero no fue un servicio hecho á la administracion. Aquel hermoso génio era poco á propósito para los detalles de los negocios. Un habil ingeniero de construcciones navales, M. Forfait, reemplazó á M. Bourdon (de l'Oise) en el ministerio de marina. La eleccion mas importante en este momento era quizas la del ministro de hacienda. En los ministerios ya indicados podian los cónsules suplir á los ministros, con especialidad en los dos mas considerables, cuales eran los de guerra y relaciones estrangeras: en efecto, el general Bonaparte podia suplir la falta de MM. Berthier y de Reinhart. Pero no sucedia asi con el de hacienda. Esta es una materia en que son precisos conocimientos especiales, y en el ministerio que desaparecia con el Directorio, no habia ningun hombre que pudiera trabajar con utilidad en la reorganizacion de la hacienda que era tan necesaria y urgente. Ecsistia un antiguo oficial primero, de talento poco brillante, pero sólido y muy esperimentado, que ya bajo el antiguo régimen, como durante los primeros tiempos de la revolucion, habia hecho de esos servicios

administrativos, oscuros, pero preciosos; sin los cuales no podrian pasarse los gobernantes, y que se deben tener en gran cuenta. El oficial primero, de que se trata aquí, era M. Gaudin, que fué despues duque de Gaeta. M. Sieyes, en estado de juzgar á los hombres, aunque poco capaz de manejarlos, habia juzgado á M. Gaudin, y, hácia la conclusion del Directorio, habia pensado confiarle la cartera de hacienda. M. Gaudin, buen hacendista, pero timido ciudadano, no habia querido aceptar el ofrecimiento que se le habia hecho, bajo un gobierno moribundo, al cual faltaba la primera condicion del crédito, cual es la fuerza y la apariencia de duracion. Pero cuando el poder parecia recaer, sin contradiccion, en manos hábiles y fuertes, no podia sentir las mismas repugnancias. Teniendo el general Bonaparte un gusto decidido por los hombres prácticos, se adhirió sin vacilar á la propuesta de su cólega Sieyes, y ofreció á M. Gaudin la administracion de la hacienda. M. Gaudin aceptó el puesto, en el que por espacio de quince años no cesó de hacer eminentes servicios.

Asi se hallaba completo el ministerio. A los precedentes nombramientos añadieron uno nuevo, que fue el de secretario de los Cónsules bajo el titulo de secretario de Estado, y que recayó en M. Maret, despues duque de Bassano. Encargado de preparar para los Cónsules los elementos de sus trabajos, de redactar á menudo sus resoluciones, de comunicarlas á los gefes de los diversos departamentos, de conservar todos los secretos del Estado, tenia una especie de ministerio, destinado algunas veces, á suplir, completar y fiscalizar los otros. Un talento cultivado, un cierto conocimiento de la Europa, con la cual habia ya tratado, especialmente en Lila con el lord Malmesbury, una memoria segura y una fidelidad á toda prueba, le hacian digno de llegar á ser, al lado del general Bonaparte, uno de sus mas idóneos y constantes compañeros de trabajo. El general Bonaparte preferia en los que le servian la esactitud y la inteligencia, al talento. Esta es la aficion de los génios superiores, que tienen necesidad de ser comprendidos y obedecidos, pero no reemplazados. Tal fue la causa del gran favor que por espacio de veinte años gozó M. Berthier. M. Maret, sin igualarle en mucho, contrajo en la carrera civil algunos de los méritos que aquel ilustre gefe de Estado mayor alcanzó en la carrera militar.

El general Lefebvre permaneció en el mando de la décima séptima division militar. Todos se acordarán que en la mañana del 18 de Brumario, vaciló al principio, arrojándose en seguida ciegamente en los brazos del nuevo dictador. Fué recompensado con el mando de la décima séptima division y el gobierno de Paris. En adelante se podia contar con su fidelidad.

Envio de agentes á las provincias.

Algunos miembros de los dos Consejos, que mas se habian distinguido por su cooperacion el 18 de Brumario, fueron enviados á las provincias para esplicar y justificar aquellos sucesos, y en caso de necesidad, para reemplazar á aquellos agentes de autoridad que hubieran podido mostrarse rebeldes ó ineptos. El acontecimiento del 18 de Brumario habia sido acojido con júbilo en todas partes; no obstante, el partido revolucionario tenia, en los hombres comprometidos por sus escesos, secuaces que podian ser peligrosos, sobre todo en las provincias del mediodia. Alli donde se presentaban, la juventud, que habian llamado dorada, estaba pronta á venir á las manos con ellos. La derrota ó la victoria de unos ú otros, hubiera traido graves inconvenientes.

Distribucion de los grandes mandos militares.

Hubo algun cambio en la distribucion de los grandes mandos militares. El general Moreau, profundamente irritado contra el Directorio, que tan mal habia recompensado sus patrióticos sacrificios en la campaña de 1799, habia consentido en ser el teniente del general Bonaparte, para ayudarle á consumar la revolucion del 18 de Brumario. A la cabeza de trescientos hombres, habia descendido á hacer el papel de guardian del Luxemburgo, en cuyo palacio se encontraban prisioneros los directores, en tanto que se decidia su caida en Saint-Cloud. El general Bonaparte que, halagando hábilmente el orgullo y los resentimientos de Moreau, le habia hecho aceptar tan singular papel, le debia una indemnizacion. Asi es, que reunió en uno solo los dos ejércitos del Rhin y de la Helvecia, y le confirió el mando. Este ejército era el mas

numeroso, el mas brillante de la república, y no podian ponerlo en mejores manos. El general Moreau habia brillado poco en la última campaña. Sus servicios, muy positivos, sobre todo cuando con un puñado de hombres detuvo la marcha victoriosa de Suwarow, no habian sido sin embargo victorias, y no fueron apreciados en su justo valor. En aquella época la batalla de Zurich lo habia borrado todo. Ademas, la conducta política de Moreau en el negocio del 18 de Fructidor, cuando denunció á Pichegrú, ó muy pronto, ó demasiado tarde, le habia perjudicado en la opinion, y contribuido á que se le juzgára como un carácter débil, de hecho fuera de su centro cuando no estaba en los campos de batalla. El general Bonaparte lo elevaba, pues, mucho al concederle un mando tan vasto, y tomaba ademas una determinacion muy acertada. Las legiones del Rhin y de la Helvecia contenian los mas ardientes republicanos del ejército, y muchos envidiosos de la gloria adquirida en Italia y en Egipto. Massena los mandaba, y aunque estaba subyugado por el génio del general Bonaparte, le profesaba muy poca amistad. Pasaba alternativamente respecto á este particular de la admiracion al mal humor. Se podia temer alguna demostracion sensible con motivo del 18 de Brumario. La eleccion de Moreau destruia todas las manifestaciones posibles y quitaba á un ejército descontento un general mal dispuesto. Tambien era buena esta eleccion bajo el punto de vista militar; porque el ejército del Rhin y de la Helvecia estaba destinado, si la guerra empezaba de nuevo, á operar en Alemania, y nadie habia estudiado mejor que Moreau esta parte del teatro de la guerra.

Massena fue enviado al ejército de Italia, en lugares y entre soldados que le eran perfectamente conocidos. Era satisfactorio para él verse elegido como reparador de las faltas cometidas en 1799, y como continuador de las hazañas del general Bonaparte en 1796. Separado del ejército con el cual acababa de vencer y crearse un apoyo, iba á ser trasladado enmedio de otro nuevo, que odiaba al Directorio, y en donde solo debia encontrar partidarios del 18 de Brumario. Esta eleccion, como la precedente, era tambien acertada bajo el punto de vista militar. Era menester disputar el Apenino á los Austriacos, y para este género de guerra, sobre este teatro de operaciones, Massena no tenia igual.

Primeras medidas rentísticas.

Despues de haber hecho estos indispensables nombramientos, debieron ocuparse los cónsules de un asunto no menos apremiante, cual era la hacienda. Antes de obtener el dinero de los capitalistas, era preciso darles la satisfaccion de suprimir el empréstito forzoso progresivo, que participaba, unido á la ley de rehenes, de la reprobacion universal.

Estincion del empréstito forzoso progresivo.

El empréstito forzoso, así como la ley de rehenes estaban muy lejos de haber producido los males que se les atribuian. Pero estas dos medidas, muy mezquinas bajo el aspecto de utilidad, tenian contra sí, bajo el aspecto moral, el escitar los mas odiosos recuerdos de la época del terror. Así es que todo el mundo estaba de acuerdo en condenarlas. Los mismos revolucionarios, que en su patriótico ardor las habian solicitado del Directorio, por una reaccion, muy comun en los partidos; se habian subitamente pronunciado contra aquellas medidas, desde que habian visto sus malos resultados.

Subvencion de guerra.

Apenas instalado el Ministro Gaudin, presentó por órden de los cónsules á las comisiones legislativas una resolucion, cuyo objeto era la supresion del empréstivo forzoso progresivo. Esta supresion fue admitida con aplauso universal. Se reemplazó el empréstito forzoso con una subvencion de guerra que consistia en una adicion de 25 céntimos al principal de las contribuciones territorial, moviliaria y personal. Esta subvencion era pagadera como las otras contribuciones en dinero ó en papeles de toda especie; pero, vista la necesidad, se ecsigió que la mitad fuese satisfecha en numerario.

La subvencion de guerra que se acababa de sustituir al empréstito forzoso progresivo, no podia dar recursos inmediatos, porque no debia ser cobrada sino por las listas de las contribuciones directas, y al mismo tiempo que estas contribuciones, no siendo en realidad mas que su aumento en la proporcion de una cuarta parte. Se necesitaba para el servicio corriente y sobre todo para los ejér-

citos que entrasen al momento algunos fondos en el tesoro. M. Gaudin, en razon de sus nuevos actos, destinados sobre todo á complacer á los grandes capitalistas, apeló á los principales banqueros de la capital, y les pidió socorros, cuya urgencia era de todos conocida. El general Bonaparte intervino directamente cerca de aquellos, que inmediatamente prestaron al gobierno una suma de doce millones en metálico. Debia ser reembolzada con las primeras entradas de la contribucion de guerra.

Socorro inmediato de 12 millones proporcionado por los banqueros de la capital.

Este socorro era un gran beneficio y honraba el buen sentido de los banqueros de la capital. Pero al mismo tiempo era solo un alimento de algunos dias, y se necesitaban recursos mas duraderos.

Reorganizacion de la hacienda.

Al principio de este libro se ha visto, como la supresion de las contribuciones indirectas, llevada á cabo á los primeros pasos de la revolucion, habia reducido el tesoro solo á las rentas de las contribuciones directas; como estas rentas se habian casi anulado por la tardanza en la formacion de las listas, y como, en fin, habiendo desaparecido los asignados, medio ordinario de llenar todos los déficits, se atendia al servicio con papeles de diversa naturaleza, que no teniendo curso obligatorio, como si fuese dinero, no perjudicaban, como antes, las transacciones particulares, pero dejaban al gobierno sin recursos, y fomentaban el mas odioso agiotage. Se necesitaba salir de este estado y reorganizar la percepcion, si se querian abrir de nuevo, con los manantiales de la renta pública, los del crédito.

Medios empleados para asegurar la recaudacion.

En todo pais donde existen contribuciones sobre las propiedades y personas, que es lo que llamamos en Francia contribuciones directas, se necesita un estado de las propiedades con la valuacion de sus productos, y un estado nominal de las personas con la valuacion de sus facultades pecuniarias: se necesita modificar todos los años esos estados siguiendo la traslacion de las propiedades de mano en mano, el nacimiento, la muerte, y la mudanza de las personas: en seguida, es menester repartir todos los años entre los propietarios y las personas el total de impuestos que se haya decretado, y por último, se necesita una recaudacion á la vez esacta y prudente: esacta para asegurar las entradas; prudente, para manejar á los contribuyentes. Nada de esto ecsistia en el año VIII (1799).

El catastro, obra de cuarenta años transcurridos, aun no se habia empezado. En algunas municipalidades habia antiguos libros de apeos de las tierras, y un estado general de las propiedades, emprendido en tiempo de la Constituyente. No obstante la poca esactitud de estos datos habia que hacer uso de ellos. Pero las operaciones que consisten en revisar los estados de las propiedades y de las personas, siguiendo sus incesantes variaciones, y en repartir anualmente entre ellas la cantidad decretada del impuesto, esas operaciones, que constituyen propiamente lo que se llama la formacion de las listas, estaba al cuidado de las administraciones municipales, cuya desorganizacion é incuria hemos dado ya á conocer.

No estaba menos desordenada la recaudacion, pues se adjudicaba á los que se ofrecian á hacerla á menos precio. Estos abjudicatarios vertian los fondos recaudados en manos de los administradores, que servian de intermediarios entre ellos y el recaudador general. Unos y otros estaban alcanzados, sin que el desórden que presidia á todas las cosas, permitiese que se les vigilase. Ademas, el no estar formadas las listas, les proporcionaba una escusa plausible por el retardo en la entrega de fondos, y el agiotage, un medio de desquitarse en papel de ningun valor. En una palabra, recibian poco y entregaban menos.

Creacion de la agencia de contribuciones directas.

Por dictámen de M. Gaudin, los cónsules no temieron volver á ciertas prácticas del antiguo régimen que la esperiencia habia demostrado eran buenas y útiles. Sobre el modelo mejorado de la antigua administracion de las veintenas, se creó la agencia de contribuciones directas, siempre rechazada hasta entónces, por la perjudicial idea de dejar á las administraciones locales el cuidado de imponerse á si mismas sus cuotas. Un director y un ins-

pector por departamento, 840 interventores, esparcidos en mas ó menos número por los distritos, debian hacer por sí mismos el trabajo de las listas, es decir formar la de las propiedades y de las personas, justificar los cambios ocurridos en el año, y aplicarles la parte del impuesto que les correspondiera. Así, en lugar de cinco mil comisarios de canton, sin mas encargo que el de solicitar de las municipalidades la formacion de las listas, debia haber 99 directores, 99 inspectores y 840 interventores, que ejecutasen por sí mismos aquel trabajo, costando al Estado tres millones en vez de cinco. Se esperaba que en seis semanas quedaria esta administracion completamente organizada, y que en dos ó tres meses acabaria la tercera parte que quedaba por hacer de las listas del año VII (año pasado) todas las del año VIII (año corriente) y por último todas las del año IX (año prócsimo.)

Se necesitaba ánimo para vencer algunas prevenciones, y el general Bonaparte no era hombre que se detuviese delante de ellas. Las comisiones legislativas, que discutian en secreto, adoptaron, despues de algunas observaciones, el proyecto propuesto. Se establecieron garantías para los contribuyentes que tuvieran que hacer reclamaciones; garantías que se encontraron despues aseguradas con mas precision por medio de la institucion de los Consejos de prefectura. Así quedó establecida la base de toda contribucion regular.

Hecho esto era preciso organizar la recaudacion y la entrada de fondos en el tesoro.

Creacion de las obligaciones de los recaudadores generales.

Hoy dia, gracias al perfecto órden que el imperio y los gobiernos posteriores han ido sucesivamente introduciendo en nuestra hacienda, la cobranza de los fondos del tesoro se hace con una facilidad y una regularidad, que nada dejan que desear. Los cobradores reciben mes por mes las *contribuciones directas*, es decir los impuestos que pesan sobre la tierra, las fincas y las personas, las entregan al recaudador particular colocado en cada lugar cabeza de distrito, y este las deposita en manos del recaudador general de la capital del departamento. Los recaudadores de las *contribuciones indirectas*, las cuales se componen de los derechos de aduanas, establecidos en las fronteras sobre las mercaderías estrangeras, de los derechos de registro establecidos sobre las mudanzas de propiedad, ó sobre los actos judiciales, y por último de los derechos establecidos sobre el consumo de géneros, tales como las bebidas, el tabaco, la sal &c., derraman el producto, á medida que lo perciben, en manos del recaudador particular, quien lo hace en las del general, verdadero banquero del estado, encargado de centralizar los fondos, y de ponerlos en movimiento, siguiendo las órdenes que recibe de la administracion del tesoro.

La igualdad en la distribucion de las cargas públicas y la comodidad general, han hecho muy fácil el pago de los impuestos: ademas, la contabilidad, que no es mas que la descripcion de todas las operaciones relativas á la cobranza y á los gastos, ha llegado á ser tan clara, que los fondos entran en el dia señalado, y á menudo mas pronto, sabiendo asimismo el instante preciso de su entrada y de su salida. Se ha logrado, pues, establecer un sistema, fundado sobre la misma verdad de los hechos, á medida que se cumplen. Está en la naturaleza de las *contribuciones directas*, establecidas sobre las propiedades y las personas, y que son como una especie de rentas, el poder fijarse de antemano á lo que ascienden y el término de su pago. Se les ecsige, pues, por dozavas partes y por meses. Todos los meses se considera en débito á los encargados del ramo: pero se supone que no las han recibido sido dos ó tres meses despues de la dozava parte vencida, con el fin de facilitarles el medio de contemplar á los contribuyentes, y de crearles al mismo tiempo un motivo para la entrada del impuesto; porque si lo reciben antes del término que está fijado para su entrega disfrutan un interes proporcionado á la celeridad de la cobranza. Son de naturaleza contraria á las *contribuciones indirectas*, que solo se perciben á medida de la entrada en Francia de los productos estrangeros, á medida de las mudanzas de propiedades y de los consumos de todo género, por lo cual no ingresan sino de un modo irregular, y siguiendo el movimiento de las cosas sobre que gravitan. Están, pues, en débito, los

empleados del ramo desde el momento mismo en que los ingresos obran en su poder, y no por dozavas partes y por meses, como se practica en las *contribuciones indirectas*. Cada diez dias el recaudador general queda constituido deudor de lo que ha ingresado en la decena transcurrida.

Desde que está en débito, sea por la especie de contribucion que sea, el recaudador general paga interés por las cantidades que adeuda hasta el dia en que las entrega para las atenciones del servicio público. Por el contrario, el dia que paga cualquier suma por cuenta del Estado, ántes de deberla, el Estado á su vez tiene que satisfacer el interés que devenga. Se compensan en seguida los intereses adeudados por el recaudador general, por las sumas que han permanecido en su casa fuera del tiempo prescripto, y los intereses adeudados por el tesoro por las sumas que se le han anticipado: de modo, que ni un dia se pierde de interés ni para el uno ni para el otro; y el recaudador general viene á ser un verdadero banquero en cuenta corriente con el tesoro, obligado á tener siempre á disposicion del gobierno los fondos que las necesidades del servicio pueden exsigir en cualquiera proporcion que sean.

Tal es el sistema que, la esperiencia por una parte, y la comodidad cada vez mayor de los contribuyentes por otra, han ido introduciendo en la cobranza de los fondos del tesoro.

Pero en la época, cuya historia narramos, el impuesto se percibia mal, y la contabilidad era oscura. El encargado en la recaudacion que estaba en descubierto, podia alegar el retardo en la formacion de las listas, el apuro de los contribuyentes, y ademas disimular los ingresos, gracias á la falta de claridad en la descripcion de las operaciones. El gobierno no sabia, como hoy, lo que pasa cada dia en cada una de las miles cajas, grandes ó pequeñas, que constituyen la caja general del Estado.

M. Gaudin, propuso é hizo aceptar al general Bonaparte, un sistema, tomado en gran parte del antiguo régimen, sistema ingenioso, que insensiblemente nos ha traido á la organizacion establecida en la actualidad. Este sistema fué el de las *obligaciones* de los recaudadores generales. Estos recaudadores, verdaderos banqueros del Estado, como ya los hemos llamado, debian suscribir obligaciones vencidas mes por mes, por todo el valor de las contribuciones directas; es decir, por 300 millones de los quinientos que entonces componian el presupuesto del Estado. Estas *obligaciones* eran pagaderas á su vencimiento, en la caja del recaudador general. Para representar la tardanza debida al atraso de los contribuyentes en satisfacer sus cuotas, se suponia cada dozava parte recaudada cuatro meses despues de la época en que debia haber sido satisfecha. Asi, las *obligaciones* para la dozava parte vencida en 31 de Enero, debian ser suscritas al vencimiento del 31 de Mayo, de modo que, teniendo el recaudador general cuatro meses de término, tenia á la vez un medio para contemporizar con el contribuyente y un estímulo para abreviar la entrada del impuesto, porque si lo lograba en dos meses en lugar de cuatro, ganaba dos de intereses.

Esta combinacion, ademas de la ventaja de no apremiar al contribuyente y de interesar al encargado en la entrada del impuesto, tenia el mérito de impedir á los recaudadores generales el retardo en la entrega de fondos, porque el tesoro tenia sobre sus cajas letras de cambio á vencimientos fijos, cuyo importe estaban forzados á satisfacer bajo pena de protestarlas. Es verdad que tal combinacion no era posible, sino despues de haber asegurado la formacion de las listas y la recaudacion; no pudiendo los recaudadores generales satisfacer esactamente, si esactamente no habian cobrado. Pero, hecho esto por los medios que hemos indicado, el sistema de las obligaciones era fácil de establecer; y tenia, independientemente de las ventajas ya enumeradas, la de poner el primer dia del año á disposicion del tesoro los 300 millones de las contribuciones directas, en letras de cambio de un descuento fácil y seguro.

Creacion de la caja de amortizacion.

Para dar crédito á ese papel, destinado á llenar el oficio que hoy llenan en Francia los bonos reales, y en Inglaterra los bonos del Echiquier, se imaginó la caja de amortizacion. Esta caja, que pronto debia recibir todas las atribuciones relativas á la deuda pública, no tuvo al principio otro objeto

que el de sostener las *obligaciones* de los recaudadores generales. Hé aquí como se hizo. Los empleados del ramo, no daban por garantía de sus operaciones otra fianza que bienes inmuebles. Esta clase de fianza esponiéndo al Estado á las dificultades de una espropiacion forzosa, cuando tenia que ejercer su accion, no llenaba suficientemente el objeto de su instituto. Se pensó, pues, en ecsigir á dichos empleados una fianza en dinero. Eran demasiado grandes los beneficios que estos tenian á consecuencia del agiotage establecido sobre el mismo impuesto, para que no se sometiesen voluntariamente á semejante condicion, ántes que resignar sus cargos.

Entregadas en la caja de amortizacion estas fianzas, estaban destinadas á servir de garantía á las *obligaciones*. Toda *obligacion* debia ser pagada á su vencimiento en la caja del recaudador general, ó en su defecto en la caja de amortizacion, que debia satisfacer en el mismo instante el efecto protestado, con la fianza del recaudador. Por este medio, la *obligacion* igualaba desde luego en solidez al mejor papel de comercio. No era esta la única ventaja de semejante combinacion. Probablemente debia bastar una ínfima parte de las fianzas para sostener el crédito de las obligaciones, porque pocos recaudadores generales dejarian protestar su papel: quedaba, pues, lo restante á la disposicion del tesoro, quien podia tener cuenta con la caja, cediéndole inmuebles ó rentas.

Con esta institucion habia, pues, la ventaja de dar seguro curso á las *obligaciones*, y de proporcionarse una suma en metálico, realizable al instante, cuyo recurso venia muy apropósito en aquellos momentos.

Tal fue el sistema de recaudacion y derramamiento que en poco tiempo atrajo algun desahogo al tesoro. Consistia, como se ve, en formar las listas de contribuciones, y ponerlas con esactitud y celeridad en estado de ser cobradas; en girar en seguida sobre los principales encargados de la recaudacion, por el valor total del impuesto, letras de cambio de facil descuento, gracias á los medios imaginados para que los recaudadores generales pudiesen desempeñarse de sus *obligaciones*, ó en su defecto lo hiciese la caja de amortizacion.

Solo hemos hablado de las contribuciones directas. En cuanto á las indirectas que no entraban ni con regularidad, ni por dozavas partes, debian los recaudadores generales, despues de verificada la recaudacion, y no antes, enviar al tesoro *bonos á la vista* sobre su caja, valor que solo venia á estar disponible despues que el encargado habia recibido el importe total. Esta parte del servicio que aun dejaba á los recaudadores generales gozar demasiado el usufructo de los fondos, fue perfeccionada mas tarde.

En el momento de la introduccion de todo sistema, hay obstáculos de transicion, nacidos de la dificultad de unir el estado presente de cosas, con el estado próximo que se quiere crear. Así, los *bonos de atrasos* expedidos á los censualistas, los *bonos de requisicion* expedidos á los arrendatarios, de cuyas haciendas se habian tomado comestibles; por último, las *delegaciones* sobre los fondos que debian entrar en las arcas, entregados con una culpable licencia á ciertos proveedores, podian destruir todos los calculos. Se proveyó de diversas maneras, para hacer frente á los inconvenientes que resultaban de la afluencia de todos estos papeles en la circulacion. Los *bonos de atrasos*, entregados á los censualistas, fueron los solos que se continuaron recibiendo en pago de contribuciones; pero se tomaba conocimiento de su importe para el año corriente, y se disminuia otro tanto la suma de las obligaciones, que debian suscribir los recaudadores generales.

En cuanto á los *bonos de requisicion* y á las *delegaciones*, papeles de origen sospechoso y cuyo importe era desconocido, se sometieron á una liquidacion particular. Se reembolsaron mas tarde, parte en bienes nacionales, parte en valores de diferente naturaleza con bastante equidad.

Pagando á los censualistas en dinero, como se pensó hacer desde el momento que se hallase asegurada la entrada de las contribuciones; alimentando á los ejércitos, dispensándolos de recurrir al sistema de las requisiciones; rehusando obstinadamente á los abastecedores las abusivas delegaciones que ántes obtenian sobre los ingresos del tesoro, se debia agotar el manantial de papeles, y restablecer en todas partes

la recaudacion en numerario.

A estos medios, imaginados para asegurar las rentas del Estado, se unieron algunas medidas, las unas muy legítimas en todos tiempos, las otras todavia con el carácter de recursos, y la escusa de la necesidad. Los compradores de bienes nacionales, haciendo lo que todos hacian entonces, es decir, desobedeciendo las leyes, no satisfacian el precio de los inmuebles que habian comprado. Fueron obligados á ello dentro de un término de cuatro meses, bajo la pena de perder los derechos que habian adquirido. Esta obligacion debia hacer entrar una gran parte de los papeles que circulaban, y eran admisibles en pago de bienes nacionales. Ciertas clases de compradores debian pagar en numerario una porcion del precio de la compra. Se les obligó á suscribir por esta porcion empeños negociables, que eran valores bastante buenos y de fácil colocacion, porque los que los habian suscrito estaban amenazados de perder sus bienes, si dejaban protestar sus empeños.

Existian aun trescientos ó cuatrocientos millones de bienes nacionales no vendidos. Este valor, del todo hipotético, fundado sobre los aprecios de 1790, aguardando á tiempos mejores se podia doblar, triplicar y aumentar aun mas. Hubiera sido mejor no enagenarlos. Sin embargo, lo urgente de las necesidades hizo recurrir á una nueva enagenacion. Se decidió que las *libranzas* que representaban el precio de los bienes que se trataban de vender, se negociáran á los especuladores por una suma de 150 millones. Afortunadamente solo se emitió una pequeña parte de esta suma.

En fin, se imaginó tambien representar por títulos del mismo género el capital de ciertas rentas territoriales pertenecientes al Estado, cuya redencion habian permitido á los deudores, leyes anteriores. Esto era un recurso como de unos 40 millones. Los deudores de estas rentas ya no las satisfacian, sin embargo, de no haberse verificado su redencion. Se emitieron títulos destinados á representar este capital de 40 millones, negociables, como las *libranzas* sobre los bienes nacionales, por medio de los agentes de negocios.

Estas creaciones de valores artificiales, era la última concesion hecha á la urgencia de las necesidades. Enajenadas á los especuladores estaban destinadas á procurar algunos recursos, aguardando el restablecimiento de la hacienda, que se debia esperar de la puntual formacion de las listas, y del sistema de las *obligaciones* de los recaudadores generales. Por lo demas, estos valores, como se verá mas tarde, fueron emitidos con gran reserva, y no tuvieron sus ordinarios inconvenientes, como son, el descrédito y la enagenacion á vil precio de los recursos del Estado.

Estos diversos proyectos, aunque buenos, no podian valer sino lo que valiera el mismo gobierno. Fundados sobre el supuesto restablecimiento del órden, darian el resultado que se prometian si en efecto se restableciá el órden; si el poder egecutivo desplegaba vigor y prontitud en la egecucion de sus planes; si organizaba pronto y bien el nuevo plan de las contribuciones directas; si ponia su constante cuidado en exigir que las listas fuesen hechas y se procediese á la cobranza en el tiempo prescrito; que las *obligaciones* de los recaudadores generales fuesen suscritas y pagadas á su vencimiento; que las fianzas, presentadas con prontitud, fuesen depositadas en la caja de amortizacion, en cantidad suficiente para sostener el crédito de las obligaciones; si abandonaban, en fin, para siempre, esos espedientes ruinosos, tales como los *bonos de atrasos*, *bonos de requisicion y delegaciones*, á los cuales se habia prometido renunciar. Si todo esto se realizaba, habia la seguridad de obtener los resultados dichosos que se esperaban del nuevo sistema de hacienda. Y era permitido esperarlo asi de la inteligencia y firmeza del general Bonaparte. Todos estos proyectos, los habia él discutido y aprobado, y á veces modificado y mejorado; comprendia su importancia y su mérito, y estaba decididamente resuelto en velar por su estricta egecucion. Apenas se habian acordado, los remitia á las comisiones legislativas, quienes los convertian en leyes, sin pérdida de un momento. Veinte dias bastaron para concebirlos, redactarlos, vestirlos del carácter legal, y ponerlos en egecucion. El mismo general Bonaparte trabajaba muchas veces á la semana con el ministro de hacienda, tomando asi las mejores medidas de poner fin á las fu-

Se tiene un consejo de hacienda cada semana.

nestas *delegaciones*, que muy amenudo se acordaban á las instancias ó á la corruptora influencia de los abastecedores. Cada semana, hacia que los ministros le presentasen el estado de sus gastos necesarios; los comparaba con el estado de los ingresos probables, espedido por el tesoro, y hacia, en proporcion de las necesidades de cada uno, la distribucion de los recursos reales. Por lo tanto solo disponia de lo que estaba seguro de percibir, y gracias á esta firmeza, el principal abuso, que era el de las delegaciones, debia desaparecer muy pronto.

Recursos de los primeros momentos, mientras se aguardaba el establecimiento del nuevo sistema.

En tanto que se aguardaba la formacion de las listas, la cobranza de los impuestos, su entrada en el tesoro y el descuento de las *obligaciones* de los recaudadores generales, habia para vivir, ademas de los 12 millones prestados por algunos banqueros, el derramamiento de las nuevas fianzas, la negociacion con gentes de negocios de los valores recien creados, y por último, la recaudacion corriente, con la cual, aunque imperfecta, se habia vivido hasta entonces. La confianza con que estaban investidos los Consules provisionales, atraia á las gentes de negocios, los cuales admitian los nuevos valores, que algunos dias ántes, no hubieran sido aceptados por nadie.

Primeros socorros enviados á las tropas.

Con estos medios reunidos, se pudo acudir al socorro de los ejércitos desnudos y hambrientos, y procurarles un primer socorro de que tenian una urgente necesidad. El desórden era tan grande que ni aun en el ministerio de la guerra habia estados de las tropas, de su número, ni de los sitios en que se hallaban. Solo la direccion de artillería, era la única que poseia estados de este género, respecto á los cuerpos de su arma. Pero como no se alimentaba ni se vestia al ejército; como los batallones de conscriptos sacados de los departamentos, y equipados con los *bonos de provision* se habian organizado comunmente sin la intervencion de la autoridad central, casi nada sabia esta de lo que les concernia. El general Bonaparte se vió obligado á enviar oficiales de estado mayor á varios puntos, para hacerse de los documentos que le faltaban. Al mismo tiempo remitió á los diversos cuerpos del ejército algunos socorros, pero muy insuficientes atendidas sus necesidades. Hablándoles en una proclama ese lenguage que tan bien sabia usar con los soldados, los conjuraba para que tuviesen paciencia algunos dias mas, y desplegasen en las privaciones y los sufrimientos el mismo ánimo que habian desplegado en los combates:

«Soldados, les decia; vuestras nece-«sidades son grandes; pero están toma-«das todas las medidas para proveer á «ellas. La primera cualidad del soldado «es la constancia en sufrir la fatiga y la «privacion; el valor no es mas que la «segunda. Muchos cuerpos han dejado sus «posiciones; se han mostrado sordos á la «voz de sus gefes. El 17 de ligeros es «de este número. ¿Han muerto, pues, los «valientes de Castiglione, de Rivoli, de «Neumarck? Primero hubieran perecido «que abandonar sus banderas, y hubie-«ran atraido á sus visoños camaradas á «la senda del honor y del deber. ¡Solda-«dos! ¿decis que vuestras distribuciones no «se hacen con regularidad? ¿Qué hubierais «hecho, si como los regimientos 4.° y 22 «de ligeros, y 18 y 12 de línea, os hu-«bieseis hallado en medio del desierto, «sin pan ni agua, comiendo carne de «caballos y de mulas? *La victoria nos da-«rá pan*, decian; y ¡vosotros abandonais «vuestras banderas!

«¡Soldados de Italia! un nuevo general «va á mandaros; siempre estuvo á van-«guardia, en los mas hermosos dias de «vuestra gloria. Rodeadle con vuestra «confianza: el atraerá la victoria á vues-«tras filas.

«Haré que se me de una cuenta dia-«ria de la conducta de todos los cuer-«pos, y especialmente de la del 17 de «ligeros, y 63 de línea; y se acordarán «de la confianza que tenia en ellos.

La ley de rehenes revocada.

La administracion de la hacienda y del ejército no era la sola parte que reclamaba de una manera apremiante la atencion de los cónsules. Se necesitaba á la vez revocar aquellos rigores, indignos de un gobierno humano y prudente, que la violencia de los partidos habia arrancado á la debilidad del moribundo Directorio, y mantener el órden, amenazado aquí por los vendea-

nos armados, allí por los revolucionarios, exasperados por los sucesos del 18 de Brumario.

La primera medida política de los nuevos Cónsules fué relativa á la ley de rehenes. Esta ley, que hacia responsables á los parientes de los vendeanos y de los chuanes, de los actos cometidos en las provincias sublevadas, ocasionaba la detencion de los unos y la deportacion de los otros. Participaba, con la ley del empréstito forzoso progresivo, y con mas justo título, de la animadversion pública. En efecto, se necesitaban las ciegas pasiones de aquel tiempo, para atreverse á hacer á los parientes de los sublevados responsables de actos que no habian cometido. Los Cónsules obraron respecto de esta ley como lo habian hecho con la del empréstito forzoso progresivo; propusieron su revocacion á las comisiones legislativas, quienes la pronunciaron inmediatamente. El mismo general Bonaparte fué á la prision del Temple, en la cual se hallaban detenidos muchos de estos rehenes, para romper con sus manos gloriosas los hierros que oprimian á aquellos, y recoger las numerosas bendiciones, que tan constantemente y con tanta justicia inspiró siempre el poder reparador del Consulado.

Recobran los sacerdotes su libertad.

A esta medida se agregaron otras del mismo género, que marcaron, con un carácter en todo semejante, la política de los Cónsules provisionales. Muchos sacerdotes, que habian prestado juramento á la Constitucion civil del clero, que vino á ser el origen del cisma, habian sido, sin embargo, perseguidos. Estos sacerdotes, á quienes calificaban con el título de *juramentados*, se encontraban los unos ocultos ó fugitivos, los otros detenidos en las islas de Ré y de Oleron. Los Cónsules decretaron la libertad de aquellos que aun permanecian detenidos. Esta medida debia hacer entrar en Francia ó que se presentáran á la luz del dia, á todos los sacerdotes de la misma clase, que habian buscado su salvacion en la huida ó en el retiro.

Los náufragos de Calais.

Muchos emigrados que habian naufragado en los alrededores de Calais, eran hacia algun tiempo, objeto de un vivo interes para la opinion pública. Estos desgraciados, colocados entre los horrores del naufragio y el rigor de las leyes sobre emigracion, no habian vacilado en arrojarse á las playas de Francia, no figurándose que su patria pudiera mostrarse tan cruel hácia ellos como la tempestad. Los partidarios de las medidas de rigor decian, y no sin fundamento, que aquellos emigrados se dirigian á la Vendée, para tomar parte en la renovacion de la guerra civil, y concluian que era preciso aplicarles las terribles leyes vigentes contra la emigracion. Pero la humanidad pública, por fortuna, despertada, repugnaba tal modo de raciocinar, y la cuestion se habia resuelto varias veces en sentido contrario. Los nuevos Cónsules decidieron que los emigrados fuesen puestos en libertad, y trasladados fuera del territorio de la República. Entre ellos se contaban algunos miembros de las mas ilustres familias de Francia, y notablemente el duque de Choiseul, á quien despues hemos encontrado siempre en el número de los constantes amigos de una libertad discreta, única que las personas honradas pueden amar y defender.

Los actos que acabamos de esponer fueron universalmente aplaudidos. ¡Admirese la diferencia que puede haber entre un gobierno y otro! Emanando esos actos del Directorio, se hubieran calificado de indignas concesiones hechas al partido de la emigracion; emanando del nuevo gobierno consular, á la cabeza del cual figuraba un general ilustre, cuya presencia en donde quiera que se hallaba, hacia nacer en seguida la idea de la fuerza, esos actos tomaban el carácter de una política fuerte y moderada. ¡Tan cierto es que para ser moderado con honor y con fruto, es preciso ser poderoso!

Falta y rigor contra el partido revolucionario.

En este primer momento la política de los Cónsules no careció de prudencia sino respecto del partido revolucionario. Con este partido se habia tenido que luchar en las recientes jornadas del 18 y 19 del Brumario. Contra él, pues, se debia naturalmente sentir la irritacion y la desconfianza, y en medio de esos actos de una política de conciliacion y reparadora, solo para él hubo rigores. La noticia del 18 del Brumario habia conmovido en estremo á los patriotas del

mediodia. Las sociedades afiliadas á la sociedad madre del *Picadero* establecida en Paris, habian redoblado su cólera y su ira. Se anunciaba que los diputados, privados de su cualidad de miembros del Cuerpo legislativo por la ley del 19 de Brumario, iban á reunirse en Tolosa para reinstalar una especie de Directorio. El general Bonaparte, que al presente tenia en sus manos el gobierno y el ejército, no temia nada. Habia enseñado el 13 de Vendimiario, como sabia reprimir á los insurreccionados, y no se inquietaba nada por lo que pudieran hacer algunos patriotas exsaltados sin soldados. Pero sus cólegas Sieyes y Roger-Ducos, no participaban de su confianza. Varios ministros se unieron á ellos, y persuadieron á aquel que se necesitaba adoptar algunas precauciones. Inclinado á las medidas enérgicas por carácter, aunque inducido á la moderacion por política, consintió en que se pronunciára la sentencia de deportacion contra treinta y ocho miembros del partido revolucionario, y de prision en la Rochela contra diez y ocho. Habia en este número algunos miserables, especialmente uno que se vanagloriaba de ser el asesino de la princesa de Lamballe; pero tambien habia personas honradas, miembros de los dos consejos, y sobre todo un personage ilustre y respetable, cual lo era el general Jourdan. Su oposicion política al 18 de Brumario, habia inspirado por el momento algunos temores. Inscribir á tal hombre en semejante lista era una falta en otra falta.

Aunque mal dispuesta la opinion pública hácia los revolucionarios, acogió esta medida con frialdad y casi con reprobacion. Se temia tanto á los rigores y á las reacciones, que ni aun se deseaban contra aquellos que todo se lo habian permitido en este género. De todas partes se hicieron reclamaciones, y algunas de altos lugares, en favor de ciertos nombres comprendidos en aquella lista de proscripcion. El tribunal de Casacion reclamó por uno de sus miembros, llamado Javier Audouin, quien no habia merecido que se tomasen con él tales precauciones. M. de Talleyrand, siempre dulce por carácter, siempre diestro en cuantos pasos daba, M. de Talleyrand, á quien el partido revolucionario contribuia, con su odio, á tenerlo separado del ministerio de negocios estrangeros, tuvo la buena idea de reclamar en favor de un tal Jorry, el cual publicamente le habia ofendido. Reclamaba, decia, por miedo de que no se atribuyese á una venganza de su parte la inscripcion de aquel vulgar ofensor en la lista de los nuevos proscriptos. La publicacion de su carta le hizo honor, y salvó á su recomendado. Una especie de clamor público, hizo tambien que se borrase de la lista al general Jourdan. Dichosamente el pronto y favorable aspecto que tomaron los sucesos, permitió revocar aquel acto, que no era mas que un estravio accidental, en una marcha por otra parte, firme y recta.

El general Bonaparte habia enviado á su lugar-teniente favorito, el general Lannes, á Tolosa. A la simple aparicion de este oficial, todas las tentativas de resistencia se desvanecieron. La ciudad de Tolosa volvió á entrar en calma; las sociedades anejas á la del *Picadero* se cerraron en todas las ciudades del mediodia. Los revolucionarios exsaltados veian muy bien que la opinion pública, volviéndose contra ellos, habia dejado de serle favorable, y que se hallaba á la cabeza del gobierno un hombre al que nadie esperaba poder resistir. Por otra parte los mas razonables no podian olvidar que ese mismo hombre era el que el 13 de Vendimiario habia dispersado á las partidas realistas de las secciones de Paris, sublevadas contra la Convencion, y que bajo el Directorio, al apoyar al gobierno, le habia provisto de los medios de verificar el 18 de Fructidor. Se sometieron, pues, los mas violentos profiriendo algunos gritos de rabia, bien pronto ahogados, y los otros esperando que al menos, bajo el gobierno militar del nuevo Cromwell, como lo apellidaban entonces, la revolucion y la Francia no serian vencidas en provecho de los Borbones, de los ingleses, de los austriacos y de los rusos.

Pronta sumision de los revolucionarios exsaltados.

Un solo acto de resistencia, no por la fuerza, sino por los medios legales, se opuso al 18 de Brumario. El presidente del Tribunal criminal de l'Yonne, llamado Bernabé, renovando el ejemplo de los antiguos parlamentos, rehusó tomar razon de la ley de 19 de Brumario, que constituia al gobierno provisional. Denunciado este magistrado an-

te las comisiones legislativas, fue acusado de haber faltado á sus deberes, suspendido y depuesto. Por lo demas, sufrió su condena con sumision y dignidad.

Revocacion del acta de rigor contra los revolucionarios ecsaltados.

El pronto fin de estas tentativas de resistencia permitió al gobierno revocar una medida que estaba en contradiccion con su discreta política. A causa de una memoria del ministro de justicia Cambaceres, en la que manifestaba que el orden estaba restablecido en los departamentos, y que las leyes se ejecutaban en todas partes sin obstáculo, la deportacion pronunciada contra treinta y ocho individuos, y la detencion en la Rochela contra otros diez y ocho, se cambiaron en simple vigilancia. La misma vigilancia fue muy pronto suprimida.

Estado de la Vendée.

Este acto habia sido al momento borrado, por la continuacion de otros juiciosos, hábiles y vigorosos que señalaron el nuevo gobierno. A su vez la Vendée habia llamado toda su atencion. Una empresa que no tuvo efecto, acababa de ensayarse hácia el fin del Directorio. Pero el advenimiento del general Bonaparte cambiaba completamente la faz de las cosas, y la direccion de los ánimos en todos los puntos de la república. Los gefes de la nueva insurreccion realista habian sido escitados á tomar las armas, tanto por los últimos rigores del Directorio, cuanto por la esperanza de la próxima caida de aquel gobierno. Pero por una parte, la revocacion de la ley de rehenes, la libertad de los sacerdotes, y el haberse concedido la vida á los emigrados náufragos, atraia á los ánimos á la conciliacion; y por otra, la presencia del general Bonaparte en el poder, hacia desvanecer la esperanza de ver caer en disolucion el órden de cosas emanado de la revolucion. El 18 de Brumario habia, pues, modificado las ideas en la Vendée como en otras partes, y creado disposiciones enteramente nuevas.

Los gefes realistas, de los cuales algunos combatian en los campos de la Vendée, y otros estaban en Paris ocupados de intrigas políticas, entregados, como todos los partidos que pretenden derribar un gobierno, á una continua actividad de espíritu, y en busca siempre de nuevas combinaciones para hacer triunfar su causa, imaginaron que quizás habria algun medio de entenderse con el general Bonaparte. Pensaron que un personage tan eminente, no podia tener gran gusto en figurar algunos dias en la escena móvil de la revolucion francesa, para desaparecer en seguida, como sus predecesores, en el abismo abierto debajo de sus pies; y que preferiria mejor ocupar un puesto en una monarquía posible y regularmente constituida, de la cual seria el ornamento y el apoyo. En una palabra, fueron bastante crédulos para esperar que el papel de Monk convendria á un personage, que no hallaba el de Cromwell demasiado grande para él. Se aprovecharon de la mediacion de esos ministros de la diplomacia estrangera, que, bajo el pretesto de estudiar el pais en que se hallan acreditados, llevan la mano en todas las tramas de los partidos, y se hicieron introducir cerca del general Bonaparte.

Insinuaciones de los gefes realistas al general Bonaparte.

MM. Hyde de Newille y de Andigué, fueron, entre los realistas, los que se encargaron de dar este paso.

No hay necesidad de demostrar hasta que punto era errónea esta manera de juzgar al general Bonaparte. Este hombre estraordinario, que conocia en la actualidad su fuerza y su grandeza, no queria ser el servidor de ningun partido. Sino amaba el desórden, amaba á la revolucion; sino creia en toda la estension de la libertad que aquella habia prometido queria por entero la reforma social que se habia propuesto llevar á cabo. Deseaba, pues, el triunfo de esa revolucion; ambicionaba la gloria de concluirla, y hacerla pasar á un órden de cosas pacífico y regular; deseaba permanecer siendo el gefe, no importa bajo qué título ni con que forma de gobierno: pero tenia ya demasiada gloria, y conviccion de sus propias fuerzas, para consentir ser el instrumento de otro poder que el de la Providencia.

Entrevista del general Bonaparte con algunos de los gefes realistas.

Recibió, pues, á MM. Hyde de Newille y de Andigué, escuchó sus insinuaciones mas ó menos claras, les declaró francamente sus intenciones, que eran hacer cesar las persecuciones.

y aprocsimar todos los partidos al gobierno, pero sin permitir que triunfase nadie mas que la revolucion, entendida en su mejor sentido. Les declaró su formal voluntad de tratar con los gefes de la Vendée, si se mostraban razonables, ó de esterminar hasta el último. Esta entrevista, pues, no condujo á nada, sine á que el partido realista conociese mejor al general Bonaparte.

En tanto que se establecian en Paris estas comunicaciones entre el general Bonaparte y algunos amigos de los Borbones, se establecian otras en la misma Vendée entre los gefes de la insurreccion y los generales de la república. Hacia el fin del Directorio, cuando no se sabia á quien obedecer, se habia introducido en el ejército que guarnecia la Vendée una especie de relajacion, muy cercana de la infidelidad; y mas de un oficial republicano, dudando de la próxima existencia de la república, volvia los ojos hácia el partido realista. Habiendo cambiado todo al advenimiento del general Bonaparte, estas comunicaciones, que iban á hacerse peligrosas, fueron, al contrario, muy útiles, y las conferencias tomaron nueva direccion. Los gefes realistas que atraian á sí á los oficiales del ejército republicano, fueron, á su vez, atraidos por estos mismos oficiales al gobierno de la república. Se les hizo conocer la poca esperanza de vencer al vencedor de la Italia y del Egipto, y si la de obtener de él un régimen dulce y reparador que haria pacífica y llevadera la condicion de todos los partidos. Este lenguaje obtuvo sus resultados. Habia en aquel momento á la cabeza del ejército del oeste un general discreto, conciliador y fiel, que habia sido empleado por el general Hoche cuando la primera pacificacion de la Vendée, y era el general Hedonville. Asió todos estos hilos y ofreció ponerlos en manos del primer cónsul.

Este se apoderó al punto de ellos, y ordenó al general Hedonville tratar con los gefes vendeanos. Intimidados estos por la presencia del general Bonaparte en el poder se hallaban dispuestos á hacer cualquier pacto. Era difícil firmar en el acto una capitulacion y ponerse de acuerdo sobre los artículos de ella; pero una suspension de armas no presentaba las mismas dificultades. Se prometió firmarla al punto. Fue aceptada, desde luego, por el gobierno y algunos dias despues, MM. de Châtillon, de Antichamp y de Bourmont firmaron una suspension de armas para la Vendée y una parte de la Bretaña; quedando tambien convenido se dirigieran á Jorge Cadoudal y á M. de Frotté, para proponerles igual suspension en el Morbihan y la Normandia.

Suspension de armas en la Vendée.

Este acto del nuevo gobierno no se habia hecho esperar, porque tuvo efecto á principios de Frimario, veinte dias despues de la instalacion de los cónsules provisionales. Inspiró una general satisfaccion é hizo suponer la pacificacion de la Vendée mas próxima de lo que se esperaba.

Algunos rumores del mismo género respecto á las potencias estrangeras, hicieron esperar tambien, de la dichosa estrella del general Bonaparte, un pronto restablecimiento de la paz europea.

Como se ha dicho al principio de este libro, solo la Prusia y la España estaban en paz con la Francia, mostrándose la primera siempre fria, y la segunda embarazada por su comunidad de intereses con nosotros. La Rusia, el Austria, la Inglaterra, y todas las otras pequeñas potencias, ya de Italia, ya de Alemania, sostenian una encarnizada lucha contra la república francesa. La Inglaterra, para quien la guerra no era mas que una cuestion de hacienda, habia resuelto esta cuestion por sí misma estableciendo el *income-tax*, que daba ya abundantes ingresos. Queria, pues, continuar las hostilidades para tener tiempo de tomar á Malta, á la cual bloqueaba, y reducir al ejército frances de Egipto, á quien tambien bloqueaba. En posesion el Austria de toda la Italia, queria arriesgarlo todo antes que ceder su conquista. Pero el caballeresco Pablo I, que se habia arrojado en la guerra por una inspiracion de su loco entusiasmo, viendo humilladas sus armas en Zurich, habia concebido un vivo resentimiento contra todo el mundo, pero sobre todo contra el Austria. Le habian hecho creer que esta era la única causante de aquella desgracia, porque debiendo sus soldados, en virtud de un movimiento convenido, caer sobre el Rhin, y ceder la

Primeras negociaciones con la Europa.

Irritacion de Pablo I contra la coalicion.

Suiza á los rusos, habian abandonado demasiado pronto la posicion de Zurich, dejando á Korsakoff solo y espuesto á los golpes de Massena, quien derrotándolo habia podido vencer en seguida á Suwarow. Pablo I veia en esto un acto de mala aliada, y acaso una perfidia. Una vez escitada la desconfianza, todo debia verlo bajo un aspecto sospechoso. Segun él decia, no habia tomado las armas sino para proteger á los débiles contra la opresion de los fuertes, y colocar de nuevo sobre su trono á los príncipes que la república francesa habia despojado. Ahora bien, el Austria habia enarbolado su bandera en todos los puntos de Italia, y no habia llamado á aquel territorio á ninguno de los príncipes destronados. Por esto empezaba á decirse que obrando él por pura generosidad, era el juguete de aliadas que obraban únicamente por interes. Velcidoso hasta el exceso, se entregaba á estos nuevos sentimientos con la misma violencia que desde luego se habia entregado á los sentimientos opuestos. El último hecho lo habia ecsasperado hasta el mas alto grado; y era haber visto abatido al pabellon ruso en Ancona, y reemplazado por el pabellon austriaco. Esto solo lo habia causado el error de un oficial subalterno, pero tal error, fuese como fuese, le habia vivamente afectado.

Los sentimientos de los príncipes absolutos, apesar de sus pretensiones al secreto, se penetran tan pronto como los de los pueblos libres; en efecto, no se contienen los unos mas que los otros. En toda Europa se empezaba á conocer este nuevo resultado de la batalla de Zurich, que no era el menos dichoso para nosotros.

A esta noticia el Austria y la Inglaterra habian redoblado sus oficios cerca de Pablo I. A Suwarow, al invencible Suwarow (como le llamaban ántes de su encuentro con Massena) le habian colmado de distinciones de todo género. Pero ni así habian podido calmar el dolor del general ruso y el resentimiento del czar. Una manifestacion del todo nueva por parte de Pablo I, hizo mas que nada conocer que pronto abandonaria la coalicion.

En el primer impulso de su celo por la coalicion, habia declarado la guerra á España porque ésta hacia causa comun con Francia, y hasta habia querido hacer lo mismo con Suecia, Dinamarca y Prusia, porque estas potencias querian permanecer neutrales. Habia roto todas sus relaciones con la Prusia. Despues de los últimos acontecimientos parecia mas templado respecto á las córtes, contra las cuales se habia mostrado desde luego tan mal dispuesto, y acababa particularmente de enviar á Berlin á M. de Krudener, diplomático de su confianza, que debia presentarse con el carácter de simple viagero, pero con la mision secreta de restablecer las relaciones entre las dos cortes de Prusia y de Rusia.

Importancia de la córte de Prusia en aquel momento.

Teniamos entonces en Berlin un agente discreto y hábil, M. Otto, que supo despues unir su nombre á los actos mas importantes de aquella época. Habia advertido á su gobierno del nuevo estado de cosas; y en efecto, era evidente que si se inclinaba á la paz mejor que á la guerra, la llave de la situacion estaba en Berlin. La España, situada á una estremidad de la Europa por su posicion geográfica, y arrojada de la política por la debilidad de su gobierno, no podia ser de ninguna utilidad. Pero la Prusia, colocada en medio de las potencias beligerantes, permaneciendo neutral á pesar de las mas vivas instancias, mal vista desde luego de todos los gabinetes en el primer calor de la coalicion, mejor juzgada por los mismos pasado este, venia á ser un centro de influencia, sobre todo desde que la Rusia parecia querer de nuevo unirse á ella. Lo que se habia llamado por parte de ella pusilanimidad, empezaba á mirarse por prudencia: si aquella corte tomaba con empeño el papel que parecian encomendarle los acontecimientos podia servir de lazo entre Francia y Europa, y asimismo imponer su mediacion; ese método tan empleado despues y con tanto provecho, de intervenir en tiempo oportuno entre dos adversarios fatigados, y recoger todos los frutos de la guerra que no se ha sostenido, y de la paz que se ha dictado. Si se hubiera atrevido á hacerlo así, nunca, despues de los dias del gran Federico, hubiera representado un papel mas interesante.

Federico Guillermo y M. de Hangwiz.

En aquella época ocupaba el trono de Prusia un rey jóven, honrado, aui-

mado de buenas intenciones, que amaba la paz con pasion, y que no cesaba de deplorar la falta que su padre habia cometido, disipando en una loca guerra contra la república francesa, la gloria militar y los tesoros acumulados por Federico el Grande. Vuelto á sus relaciones pacíficas con la república francesa, se aprovechaba de ello para rehacer con sus economías el tesoro, que habia creado el hermano de su abuelo y devorado su padre. Al lado de este rey se hallaba M. de Hangwiz, ministro hábil, espiritual, dotado hasta el mas alto grado del talento de eludir las dificultades; partidario, como su amo, de la política pacífica, pero mas ambicioso que él; y creyendo que de la neutralidad bien manejada, se podia sacar para la Prusia mas engrandecimiento que de la misma guerra. En efecto, entonces podia esto ser verdad. Impulsaba, pues, á su rey á tomar activamente el papel de mediador y de pacificador del continente. El papel, sin duda, era muy grande para el jóven y tímido Federico Guillermo, pero este príncipe podia desempeñarlo con mas ó menos estension, y conseguir algo ya que no todo.

Habiendo conocido todo esto el general Bonaparte, desplegó al momento un gran cuidado en acariciar á la corte de Prusia. En otro tiempo le habia sido muy cómodo ser miembro del instituto, para no figurar sino bajo este título en ciertas solemnidades, en las que no queria figurar políticamente, con especialidad en las fiestas celebradas el 21 de enero; asimismo le estaba ahora bien ser general, y tener ayudantes de campo para enviarlos adonde mejor le pareciera. Le ocurrió la idea de seguir el ejemplo de los príncipes, que al subir al trono anuncian su advenimiento por medio de grandes dignatarios. En efecto, obró de la misma suerte, aunque no con tanto aparato, enviando á Berlin á uno de sus ayudantes de campo, que era todo lo que un gefe militar podia seguramente hacer, sin que pareciera escederse de su papel. Entre los que le servian bajo este título habia uno prudente, discreto, inteligente, que unia á un esterior agradable, un carácter firme y resuelto: este era Duroc, que habia regresado de Egipto con su general, y en cuya frente brillaba algun reflejo de la gloria de las Pirámides. El nuevo Cónsul le mandó partiese al momento á Berlin, para cumplimentar al rey y á la reina de Prusia, presentándose únicamente como encargado de una mision de cortesía y deferencia, pero aprovechando la ocasion de esplicar la última revolucion que acababa de tener lugar en Francia, presentándola como señal del restablecimiento del órden, de todas las sanas tradiciones, y sobre todo de las ideas pacíficas. Duroc debia alhagar al jóven rey y dejarle entrever, que si él queria, se le dejaria árbitro de la paz futura. Apoyada la república en las victorias del Texel y de Zurich, y sobre todas aquellas de que para lo venidero era prenda segura el nombre del general Bonaparte, podia, sin mengua de su dignidad, presentarse con la oliva en la mano.

Entanto que despachaba á Duroc á Berlin, el general Bonaparte llevó á cabo, á nombre de los Cónsules provisionales muchos actos, que debian tener en lo esterior la misma significacion. Desde luego, despues de haber diferido algun tiempo la entrada de M. de Talleyrand en el ministerio de negocios extrangeros, se le llamó al fin. No se podia colocar en tal puesto á un hombre mas conciliador, mas propio para tratar con la Europa, mas hábil para complacerla y hasta para lisonjearla, sin necesidad de que el gabinete frances descendiera de su elevada posicion. Ocasion tendremos de pintar este carácter singular y digno de llamar la atencion; baste por ahora decir, que solo la eleccion de este personage, probaba claramente, que sin pasar de la energía á la debilidad, se pasaba de la política de las pasiones á la política del cálculo. Hasta esa esquisita elegancia de costumbres, peculiar á M. de Talleyrand, era una ventaja para la nueva posicion que se queria tomar con respecto á las potencias extrangeras.

Entrada de M. de Talleyrand en el ministerio de negocios extrangeros.

El general Bonaparte hizo algunos otros nombramientos diplomáticos, concebidos bajo el mismo espíritu. Aunque M. Otto, encargado de negocios en Berlin desde que M. Sieyes dejó este puesto, fuese un agente escelente, no era, sin embargo, mas que un simple encar-

El general Beurnonville, nombrado embajador en Berlin.

gado de negocios. Se le dió otro destino, en el cual supo muy pronto hacerse útil, y se nombró embajador en Berlin al general Beurnonville, antiguo amigo de La Fayette, prisionero por mucho tiempo del Austria, y uno de los miembros de la minoría de la nobleza francesa que en 1789 habia sinceramente abrazado la causa de la revolucion. El general Beurnonville, era un militar franco, leal, sencillo, de opinion moderada, y en extremo apropósito para representar al nuevo gobierno. El Austria, en donde habia estado mucho tiempo prisionero, le inspiraba un odio que era muy oportuno manifestar en Berlin, donde se esperimentaba, sobre poco mas ó menos, respecto á aquella potencia, los mismos sentimientos que en tiempo de Federico el Grande.

M Alquier nombrado embajador en Madrid.

Teniamos de representante en Madrid á un antiguo demagogo, desprovisto de toda influencia, y que no ha dejado ningun nombre en la carrera diplomática, en la cual los acontecimientos lo habian echado por casualidad. Se le reemplazó por un constituyente, M. Alquier, hombre cuerdo, inteligente, instruido, que ha figurado de un modo honroso en la diplomacia de estos tiempos. Por último, se envió á Copenhague, en donde los principios de neutralidad marítima, abiertamente violados por la Inglaterra, podian crear á nuestro favor sentimientos, que era bueno cultivar, á M. Bourgoing en reemplazo del llamado Grouvelle, hechura del Directorio. Todas estas cosas eran excelentes y en extremo apropósito para indicar el espíritu de prudencia y de moderacion que empezaba á prevalecer en las relaciones de la Francia con las potencias estrangeras.

Medidas benévolas con respecto á los caballeros de Malta y á los daneses.

A estos nombramientos quisieron añadir los cónsules algunos actos que pudieran servir de respuesta á una recriminacion, muy estendida en las cortes de Europa, y que consistia en decir que la república francesa violaba sin cesar el derecho de gentes ó los tratados concluidos con ella. Seguramente habia ella violado menos el derecho de gentes ó los tratados que el Austria, la Inglaterra y todas las cortes que estaban en guerra con nosotros; pero era costumbre pretender que no se podian seguir relaciones con un gobierno inseguro, apasionado, sin cesar representado por hombres nuevos, que nunca se consideraban ligados por sus compromisos ó por las tradiciones del derecho público europeo. La recriminacion podia rechazarse con mas fundamento contra los gabinetes de Europa que habian obrado peor, sin tener la escusa de las pasiones revolucionarias, ni de los continuos cambios de gobierno. Para dar una idea mejor de la política de los cónsules, el general Bonaparte llevó á cabo un acto de justicia respecto á los desdichados caballeros de Malta, á los cuales se habia prometido, al tomar su isla, no tratar en Francia como emigrados á los que de entre ellos perteneciesen á la *lengua francesa*. Hasta entonces no habian podido gozar de esta parte de su capitulacion, ni respecto á sus personas, ni respecto á sus bienes. El general Bonaparte hizo que disfrutasen por entero del beneficio de ella.

Con respecto á Dinamarca tomó una medida equitativa y de excelente efecto. Habia en los puertos de Francia muchas embarcaciones danesas que habian sido detenidas bajo el Directorio á consecuencia de las represalias que se egercian con los neutrales. Se les acriminaba de que no hacian se respetasen en ellos los derechos de la neutralidad marítima, de dejarse visitar por los ingleses y de permitir que fuesen apresadas en su bordo, las propiedades francesas que conducian. El Directorio habia declarado que les haria sufrir exactamente las mismas violencias que sufriesen por parte de los ingleses, para obligarles así á defender con mas energía los principios del derecho de gentes en virtud de los cuales navegaban. Seguramente hubiera sido esto obrar con justicia, si teniendo la fuerza para hacerse respetar, no habian querido emplearla: pero los desdichados obraban como podian, y era muy duro castigarlos de la violencia de los unos con la violencia de los otros. En consecuencia de este sistema habian apresado muchos de sus buques mercantes. El general Bonaparte hizo soltar á todos en señal de una política mas equitativa y moderada.

Buen suceso de la mision de Duroc.

Duroc, enviado á Berlin, llegó prontamente á su destino, y fue presentado por M. Otto, que

aun se encontraba allí. Segun las reglas rigurosas de la etiqueta, Duroc, simple ayudante de campo no podia ponerse en relaciones directas con la corte. Pero, para un oficial, adicto á la persona del general Bonaparte, todas esas reglas se dejaron á un lado. Fue, pues, recibido por el rey, por la reina, é invitado sin cesar á que pasase á Postdam. En estos obsequios tenia tanta parte la curiosidad como la política, porque la gloria, ademas de su brillo, tiene tambien en los negocios sus ventajas materiales. Ver, oir al ayudante de campo Duroc, era por decirlo asi aproximar, aunque de lejos, al hombre extraordinario que llenaba el mundo. Duroc habia asistido á las batallas de las Pirámides, del Monte-Tabor y de Aboukir. Se le hicieron mil preguntas, á las que respondió sin exageracion y con sencillez. Se le juzgó dulce, fino, modesto, profundamente sumiso á su general, y dió la mas ventajosa idea de las maneras que ese general imponia á todos los que le rodeaban. El éxito de Duroc en Berlin fue completo. La reina le mostró la mayor benevolencia, y en todas partes se empezó á hablar de la república francesa en mejores términos. Duroc halló al jóven rey muy contento por ver al fin constituirse en Paris un gobierno moderado y fuerte, y sobre todo muy lisongeado de verse á la vez objeto de las solicitudes de Rusia y Francia; deseando mucho desempeñar el papel de mediador, pero con mas deseos que fuerzas, aunque mostrando siempre mucho celo y ardor en llenarlo debidamente.

Rumores de paz.

El buen suceso de este viage ocupó á la cortes de Europa y resonó hasta el mismo Paris. La idea de una próxima paz empezó pronto á apoderarse de los ánimos. Una circunstancia muy especiosa y de poca consecuencia en sí, contribuyó particularmente á propagar dicha idea. Los ejércitos franceses y austriacos se hallaban frente á frente á lo largo del Rhin y sobre las cumbres de los Alpes y del Apenino. Detenialos junto al Rhin un obstáculo suficiente á impedir toda operacion formal; porque el paso del rio era, asi para los unos como para los otros, una empresa de gran cuantia, que no se acomete sino cuando se va á entrar en campaña. Luego, como se estaba en Frimario, es decir en Diciembre, ni siquiera se podia pensar en semejante paso. Las escaramuzas en las orillas del rio causaban por lo tanto una efusion inútil de sangre; y esta fue la razon de que se conviniese un armisticio por aquella frontera. En cuanto á las de los Alpes y el Apenino no sucedia lo mismo. En medio de este pais escabroso, una operacion combinada en tal ó cual valle, podia procurar una posicion ventajosa para emprender de nuevo las hostilidades. Asi, pues, no quisieron atarse las manos por este lado, y no hubo armisticio. Pero solo se fijó la atencion en el que se acababa de firmar en el Rhin; y, en el número de los cambios dichosos que entonces se complacian en esperar del nuevo gobierno, se colocó la posibilidad misma de una paz próxima.

Armisticio del Rhin.

Confianza general.

En todos los males públicos hay siempre un mal real y un mal imaginario, contribuyendo el uno á hacer insoportable el otro. Asi es que mucho se logra con hacer cesar el mal imaginario, porque desminuye el sentimiento del mal real, é inspira al que lo sufre la paciencia para esperar la curacion, y sobre todo la disposicion para prestarse á ella. Bajo el Directorio, se habia adoptado el partido de no esperar nada bueno de un gobierno débil, desacreditado, que para reprimir las facciones llegaba hasta la violencia, sin obtener por eso ninguno de los efectos de la fuerza. Todo lo que emanaba de él se tomaba por el lado peor, no se queria aguardar de su parte ningun bien, y ni aun creerle cuando, por casualidad, realizaba algun poco. La victoria, que pareció venir á su auxilio en los últimos dias de su existencia; la victoria, que hubiera valido gloria á otros, ni aun siquiera habia servido para honrarle.

El advenimiento del general Bonaparte, del cual se habian acostumbrado á esperarlo todo en materia de triunfos, cambió esta disposicion. El mal imaginario estaba curado: habia confianza, y todo se tomaba por el lado mejor. Seguramente las cosas eran buenas en sí, porque bueno era librar á los rehenes, desencarcelar á los sacerdotes, y mostrar disposiciones pacíficas á la Europa; pero sobre todo se hallaban los ánimos dispuestos á considerarlas como tales. Una señal de avenencia, como la acogida hecha á un ayudante de campo, un

armisticio sin consecuencias como el que acababa de firmarse en el Rhin, eran tenidos ya como prendas de paz. ¡Tal es el prestigio de la confianza! Para un gobierno que principia, ella es el todo, y el de los Cónsules la poseia inmensa. Asi, pues, el dinero llegaba al tesoro, del tesoro á los ejércitos, quienes, contentos con estos primeros alivios, aguardaban con paciencia los que se les habian prometido mas tarde. Ante aquella fuerza reputada superior á todas las resistencias, todos los partidos se sometian: los partidos opresores sin pretensiones de oprimir aun, los partidos oprimidos con la confianza de no serlo mas. El bien verificado era ya grande, sin duda; pero todo lo que el tiempo no habia permitido todavia hacer, lo añadia la esperanza.

Efecto producido por el génio del general Bonaparte sobre los que le rodeaban.

Por todas partes se estendia ya una noticia, divulgada por los relaciones diarias de los que habian trabajado con el jóven cónsul: se decia que este militar, sobre el cual no se preferia á ningun general de los tiempos presentes, y casi á ninguno de los tiempos pasados, era ademas un administrador consumado y un político profundo. Todos los hombres especiales de quienes se habia rodeado, á quienes habia escuchado con atencion, ilustrándolos á veces por la exactitud y prontitud de sus observaciones, y protegiéndolos ademas contra toda especie de resistencias, se separaban de su lado subyugados y llenos de admiracion. Lo decian con tanta mayor voluntad, cuanto que en pocos dias se hizo moda pensarlo y decirlo asi. A veces se ve algun falso mérito qne ha sabido atraerse por un momento al público, fascinar los espíritus y arrancarles las exageraciones mas increibles; pero á veces tambien sucede al mérito verdadero, al génio, inspirar esa especie de capricho, y ese capricho se convierte entonces en una pasion. Solo habia un mes que el general Bonaparte estaba encargado de los negocios, y la impresion que producia su génio poderoso en los que le rodeaban era ya general y profunda. El buen Roger-Ducos no cambiaba de opinion, el estravagante Sieyes, poco propenso á ceder á la moda, sobre todo cuando él no era su favorito, reconocia su superioridad, lo universal de aquel génio de gobierno, y le rendia el mas puro de los homenages al dejarle obrar. A los panegiristas convencidos se unian los panegiristas interesados, que viendo en el general Bonaparte al gefe evidente de la república, no ponian ninguna medida á la espresion de su entusiasmo. El general Bonaparte tenia entre sus admiradores mas sinceros á MM. de Talleyrand, Regnault de Saint-Jean d'Angely, Rœderer, Boulay (de la Meurthe), Defermon, Real, Dufresne, &c., que repetian por todas partes, que jamas habian visto ni tal viveza, ni tal seguridad, ni tal extension de ingenio, ni una actividad tan prodigiosa: es verdad que lo que ya habia llevado á cabo en un mes en todas las partes del gobierno era inmenso, y que, lo que es raro, la realidad igualaba esta vez á las invenciones de la lisonja.

Por todos lados se le miraba como el hombre á quien la nueva Constitucion debia atribuir la mayor parte del poder ejecutivo. En honor de las personas honradas de aquella época, es preciso reconocer que no querian á un Cromwell; y los amigos del general decian en alta voz que los papeles de César y de Cromwell *eran papeles gastados*, indignos del génio y de las virtudes del jóven salvador de la Francia. Se deseaba, que concentrado suficientemente la autoridad en sus manos, con ciertas garantias para la libertad, le permitiese gobernar la república de un modo grande y afortunado. Este era el voto de los revolucionarios moderados, entonces el mas numeroso. Los revolucionarios exaltados se obstinaban en ver en el jóven general un Cromwell y un César, deseando, sin embargo, para garantia de sus cabezas ó de sus bienes nacionales, que alejase á los Borbones y á los austriacos. Los realistas le pedian que los salvase de los revolucionarios y que reconstituyese el poder; sin que dejasen de tener alguna vaga esperanza de que les devolveria aquel, despues de reconstituido; en cuyo caso estaban dispuestos á pagarle la restitucion, aun con el papel de condestable de Luis XVIII, si era preciso.

Asi, todo el mundo le acordaba el poder supremo, mas ó menos completamente, por mas ó por menos tiempo, y con diferentes miras. El nuevo legis-

lador Sieyes tenia, pues, que señalarle un puesto en la Constitucion que preparaba. Pero M. Sieyes era un legislador dogmático, trabajando para la naturaleza de las cosas, al menos como él lo entendia, y no para las circunstancias, y mucho menos por un hombre, cualquiera que fuese. De esto puede juzgarse por lo que sigue.

Proyecto de Constitucion largo tiempo meditado por M. Sieyes

Mientras su infatigable colega gobernaba, M. Sieyes se habia, al fin, ocupado de la obra que le estaba señalada. Dar una Constitucion á la Francia, no una de esas Constituciones efímeras, producto ridículo de la ignorancia y de las pasiones de los partidos, sino una Constitucion sábia, fundada en la observacion de las sociedades y en las lecciones de la experiencia, era el sueño de su vida. De ella se ocupaba sin cesar en sus tristes y solitarias meditaciones. Habia pensado en ella en medio de los arrebatos sinceros pero irreflecsivos de la Constituyente, de los sombrios furores de la Convencion y de las debilidades del Directorio. A cada época, habia retocado su obra; por último, se habia fijado en ella, y una vez fijado, nada queria cambiar de su plan. No queria sacrificar nada á las circunstancias de la época, ni aun á la principal de esas circunstancias, al general Bonaparte, para el cual, era preciso, no obstante, preparar un puesto, en cierta manera adecuado al génio y al carácter del que lo debia ocupar.

Este legislador singular, meditando siempre, pero escribiendo poco porque no le gustaba obrar, nunca habia escrito su Constitucion. Estaba esta en su cabeza, y se necesitaba hacerla salir. Esto no era muy fácil para él, por mucho deseo que tuviera de verla propagada y convertida en ley. Mucho se le estrechaba para que la diese á conocer, lográndose al fin que comunicara su pensamiento á uno de sus amigos, M. Boulay de la Meurthe quien se encargó de transcribila á medida que se la fuese revelando en las conferencias que tendrian juntos. Asi fue como se pudo recoger con exactitud aquella concepcion notable, y conservarla para la posteridad, de la cual es digna.

Habia hecho M. Sieyes un poderoso esfuerzo de ingenio para conciliar la república y la monarquia; para tomar de la una y de la otra lo que tenian de útil y de necesario; pero desconfiando á la vez de ambas, habia tomado precauciones infinitas contra la demagogia de una parte, y contra el poder real de otra. Asi, habia hecho una obra sabia y complicada, pero en la que habia de todo: y si esta Constitucion, retocada para y por el general Bonaparte, se veia privada de uno de sus contrapesos, podia, contra la intencion de su autor, venir á parar sencillamente al despotismo.

El primer cuidado de M. Sieyes en sus combinaciones habia sido guardarse de las pasiones demagógicas. Sin despojar de un todo á la nacion de aquella inmensa participacion en los negocios públicos, que por su desgracia, habia tenido, queria solo dejarle un poder del que no pudiese abusar. Una palabra, que por la primera vez, quizas se encontraba en todas las bocas, la de *gobierno representativo*, da una idea exsacta del estado de los ánimos en aquella época. Se entendia por esta palabra que la nacion debia solo tomar parte en su gobierno, por medio de personas intermediarias, es decir, que debia ser *representada*, y como vamos á ver, se queria que esto fuese de un modo muy indirecto.

En las elecciones bajo el Directorio habian triunfado por turno, los realistas en una época, los jacobinos en otra y habia sido preciso escluir violentamente á los primeros el 19 de Fructidor, y á los segundos el 22 de Floreal.

Asi, pues, el sistema de las elecciones, y sobre todo el de las elecciones directas, era á todos muy sospechoso. Si hubiera habido bastante ánimo para reducir el número total de los electores á ciento cincuenta ó á doscientos mil, quizas se hubieran arrostrado de nuevo las agitaciones electorales. Pero reducido el cuerpo electoral, poco mas ó menos, á las proporciones del nuestro, habria abatido los ánimos en vez de tranquilizarlos. Señalar doscientos mil electores en una nacion que acababa de gozar del sufragio universal, hubiera parecido una aristocracia. Y de otra parte, por poco numerosos que fuesen los electores que nombrasen directamente á sus mandatarios, con libertad de ceder á todas las pasiones del momento, hubiera parecido una renovacion de las continuas reacciones, de que habian

sido testigos bajo el Directorio. La eleccion directa, pero restricta, como existe hoy entre nosotros, estaba, por tanto fuera de todas las combinaciones. M. Sieyes, con su dogmatismo habitual, se habia creado una máxima: «*La confianza*, decia, *debe venir de abajo, y el poder de arriba.*" Para realizar esta máxima habia imaginado el sistema de representacion nacional que vamos á exponer.

Lista de notabilidad.

Todo individuo de edad de veinte y un años, que tuviese la cualidad de frances, estaba obligado, si queria gozar de sus derechos, á hacerse inscribir en un registro, que se llamaba registro cívico. Esto podia formar un total de cinco ó seis millones de ciudadanos admitidos á ejercer sus derechos políticos. Debian reunirse por distritos (esta division que no existia entonces iba á proponerse) y elegir la décima parte de entre ellos. Esta eleccion debia dar una primera lista de quinientos á seiscientos mil individuos. Reuniéndose estos á su vez por departamentos, y eligiendo tambien la décima parte de entre ellos, formarian una segunda lista compuesta de cincuenta á sesenta mil ciudadanos. Haciendo estos, por último, la tercera eleccion, y reduciéndose aun á la décima parte, formaban la última lista que quedaba circunscrita á cinco ó seis mil candidatos. Estas tres listas se llamaban listas de notabilidad.

La primera lista de quinientos á seis cientos mil individuos, se llamaba lista de notabilidad comunal; de ella se debian tomar los miembros de las administraciones municipales, los de los consejos de distritos y los administradores que les correspondian, tales como los maires (*alcaldes*), los empleados que hoy llamamos subprefectos, los jueces de primera instancia, &c. La segunda lista de cincuenta á sesenta mil individuos, se llamaba lista de la notabilidad departamental, y de ella debian escogerse los miembros de los consejos de los departamentos, los empleados, que despues se llamaron prefectos, los jueces de apelacion, &c.; en una palabra, todos los empleados de la misma categoria. En fin, la tercera y última lista de cinco á seis mil individuos, constituia la lista de la notabilidad nacional, y de allí debian sacarse, por obligacion, los miembros del cuerpo legislativo, todos los funcionarios de elevada categoría, los consejeros de Estado, los ministros, los jueces del tribunal de Casacion, &c., &c. M. Sieyes, valiéndose de una figura geométrica, para dar una idea exacta de esta representacion ancha en la base y estrecha en la cúspide, la llamaba una pirámide.

Se ve, pues, que sin atribuir á la nacion el derecho de elegir por sí misma á los diputados encargados de representarla, ni á los empleados que habian de gobernarla, reducia M. Sieyes su papel á formar una lista de candidatos, de la cual debian sacarse á la vez los representantes del país y los agentes del gobierno. Cada año debia reunirse la masa de ciudadanos para escluir de las listas los nombres que no eran dignos de figurar en ellas y reemplazarlos con otros. Hay que notar, que si este poder de eleccion era por una parte muy indirecto, abrazaba por otra no solo á los miembros de las asambleas deliberantes, sino tambien á los mismos empleados del poder ejecutivo. Era menos y mas que lo que existe comunmente en el sistema monárquico representativo. De todos modos, los agentes llamados á desempeñar funciones del todo especiales, y que no suponen ninguna confianza política, como, por ejemplo, los responsables de algun cargo, ó los agentes llamados á desempeñar cargos tan difíciles, para los cuales debe atenderse al mérito, donde quiera que se encuentre, tales como los generales y los embajadores, no habia obligacion de elegirlos de las listas de notabilidad.

Acabamos de demostrar, como siguiendo M. Sieyes su máxima, hacia *venir la confianza de abajo*: ahora vamos á exponer, de que modo hacia *descender el poder de arriba.*

Bajo el imperio de las impresiones del momento, temia la eleccion, porque acababa de ver á electores apasionados, nombrar representantes mas apasionados que ellos. Renunciaba, pues, á esto, y queria, que en aquellas listas de notabilidad, formadas por la confianza pública, el poder legislativo y el poder ejecutivo pudiesen designar sus propios miembros, componiéndose de este modo por sí mismos. No les imponia otro límite que el de tener que elegir en las listas de notabilidad. Pero ántes de hacer conocer el modo de la formacion de

los poderes, es preciso espresar su organizacion.

El cuerpo legislativo.

El poder legislativo debia ser organizado como sigue: Primero, el Cuerpo legislativo, propiamente dicho, colocado entre dos cuerpos opuestos, el Tribunado y el Consejo de Estado; despues, aparte, y sobre ellos, el Senado conservador.

El Tribunado.

El Cuerpo legislativo debia componerse de 300 individuos, que oirian discutir las leyes, pero sin tomar parte en la discusion, y las votarian en silencio. Véase aqui como, y entre quienes tendria lugar la discusion.

Un cuerpo de 100 miembros, con el nombre de Tribunado, encargado por aquella Constitucion de representar el partido liberal, innovador y contradictor, recibia la comunicacion de las leyes, las discutia en público y emitia un voto, únicamente para saber si pasarian al Cuerpo legislativo para su adopcion ó repulsa. Nombraba en seguida tres de sus miembros para sostener ante el Cuerpo legislativo la opinion que habia prevalecido en su propio seno.

El Consejo de Estado.

El Consejo de Estado, origen del que hoy existe, pero mas considerable en importancia y en atribuciones, estaba colocado cerca del gobierno para redactar los proyectos de ley: los presentaba al Cuerpo legislativo y enviaba tres de sus miembros para discutirlos contradictoriamente con los oradores del Tribunado. Asi, abogando el Consejo de Estado en *pro* y el Tribunado en *contra*, (aunque este hubiera rechazado la ley) el Cuerpo legislativo votaba en silencio la adopcion, ó la desaprobacion. Solo su voto daba el carácter de ley á las proposiciones del gobierno. El Consejo de Estado debia ademas completar las leyes, formando los reglamentos necesarios para su ejecucion.

El Senado conservador.

Venia, por último, el Senado. Este cuerpo compuesto de 100 miembros, no tomaba ninguna parte en aquel trabajo legislativo. Estaba encargado de anular, espontáneamente ó por la denuncia del Tribunado, toda ley, ó todo acto del gobierno, que le pareciese tenia el vicio de *inconstitucionalidad*. Por este motivo se llamaba el Senado *conservador*. Debia componerse de hombres de edad madura, privados, por el solo hecho de su entrada en el Senado, de todo empleo activo, estando, por consecuencia, ceñidos esclusivamente á su papel de conservadores, y teniendo un interes considerable en desempeñarlo bien, porque M. Sieyes queria que se les dotase con profusion.

Modo de formar los poderes del Estado.

Tales eran las atribuciones de los poderes deliberantes. Hé aquí como se formaban.

El Senado se elegia á si mismo sacando sus miembros de la lista de notabilidad nacional. Nombraba tambien los miembros del Cuerpo legislativo, del Tribunado y del tribunal de Casacion, eligiéndolos por escrutinio en la misma lista de la notabilidad nacional.

Asi, pues, el poder egecutivo era el autor de su propia formacion, eligiendo todos sus agentes en una de las tres listas de notabilidad que correspondia á los empleos que se trataban de proveer. Tomaba los ministros, los consejeros de Estado, en fin, los agentes superiores, de la lista de la notabilidad nacional. De la de la notabilidad departamental sacaba, ante todo, los consejeros de departamento, que, asi como los de Estado, eran considerados como autoridades puramente administrativas; y ademas, los prefectos y empleados de igual categoria; y por último iba á buscar en la lista de la notabilidad comunal los consejeros municipales, los maires, y todos los empleos del mismo órden.

Asi, como lo deseaba M. Sieyes, *la confianza venia de abajo, y el poder de arriba.*

El Gran Elector.

Pero asi como sobre el poder legislativo habia un creador supremo, que era el Senado; asimismo era preciso que sobre el poder egecutivo hubiese un creador supremo que nombrase á los ministros, quienes debian en seguida nombrar los funcionarios subalternos hasta el último grado de la gerarquia. A la cabeza de este poder egecutivo, debia, pues, encontrarse un poder generador. M. Sieyes le habia dado un nombre análogo á sus funciones llamándole el *Gran Elector*. Este magistrado supremo, estaba reducido exclusivamente á un acto: debia elegir dos agentes superiores, de su rango, y de su categoria, llamados el uno con-

sul de paz y el otro cónsul de guerra. Estos nombraban en seguida á los ministros, quienes, bajo su responsabilidad personal, elegian en las listas de notabilidad todos los agentes del poder, gobernaban, administraban, y manejaban, en una palabra, los negocios del Estado.

Una existencia magnífica estaba destinada al Gran Elector. Era el principio generador del gobierno, y tambien su representante esterior. Aquella inaccion, á que M. Sieyes habia querido reducir á los senadores para asegurar su imparcialidad, dotándola con una renta anual de cien mil libras en bienes nacionales, aquella inaccion, impuesta al Gran Elector por un motivo semejante, estaba aun mas ricamente dotada que la de los senadores, porque su mision era representar á toda la República. M. Sieyes queria asignarle una renta de seis millones, habitaciones suntuosas, tales como las Tullerias en Paris y Versailles en el campo, y una guardia de tres mil hombres. A su nombre debia administrarse justicia, promulgarse las leyes y egecutarse los actos del gobierno. Cerca de su persona debian ser acreditados los ministros extrangeros; con su firma debian ir autorizados los tratados que concluyese la Francia con las potencias extrangeras. En una palabra, unia á la importante mision de elegir los dos gefes activos del gobierno, la pompa, vana si se quiere, de la representacion exterior; en él debia brillar todo el lujo de una nacion culta, elegante y magnífica.

Aquel Gran Elector, era preciso fuese ó electivo ó hereditario. En este último caso era un rey, y se restablecia la monarquia en Francia. Pero M. Sieyes, quisiérala ó no, no se hubiera atrevido á proponerla abiertamente. Convenia, pues, que el Senado, el mas imparcial de los Cuerpos del Estado, eligiese aquel magistrado supremo, que solo estaba en posicion tan alta, para que en sus dos elecciones se mostrase tan imparcial como fuera posible.

Una disposicion formidable completaba aquella obra tan complicada.

Poder de absorver conferido al Senado.

El Senado, que podia anular cualquier acto inconstitucional, ley ó medida del gobierno, tenia ademas la facultad de separar al Gran Elector de sus funciones, nombrándole Senador á pesar suyo. Esto era á lo que M. Sieyes llamaba *absorver*. Del mismo modo podia obrar el Senado respecto á todo ciudadano, cuya importancia y cuyos talentos hiciesen sombra á la república. Asi, pues, al ciudadano que obligaban á permanecer en una inaccion forzada, *absorviéndolo* en el Senado, se le daba en cambio, la importancia, y la opulenta ociosidad de los miembros de un cuerpo, que si bien no podia obrar por sí mismo, podia impedir con su *veto* cualquier acto.

Analogia de la Constitucion de M. Sieyes, con las Constituciones conocidas.

En aquella concepcion extraña, pero profunda, ¿quién no reconoce una imágen confusa y oscurecida, quizas de intento, de la monarquia representativa? Ese Cuerpo legislativo, ese Senado, ese Gran Elector, bien equivalian á una cámara alta, una cámara baja, y un rey, descansando el todo en una especie de sufragio universal; pero con tales precauciones que la democracia, la aristocracia y el poder real admitidos en aquella Constitucion, podian tan pronto ser admitidos como anulados. Aquellas listas de notabilidad de las cuales debian sacarse á la vez los cuerpos deliberantes y los funcionarios del poder ejecutivo, era el sufragio universal, universal pero nulo, porque constituian un círculo de candidatura tan vasto, que la obligacion de elegir en dicho círculo, era un poder absoluto de eleccion conferido al gobierno y al Senado. Aquel Cuerpo legislativo sin voz, oyendo discutir las leyes, pero sin poderlo hacer por sí mismo, teniendo junto á sí al Tribunado encargado de discutirlas contradictoriamente con el Consejo de Estado, era una especie de cámara de *comunes*, dividida en dos, la una con el voto, la otra con la palabra, y ambas anuladas por esta misma separacion: porque la primera estaba expuesta á dormirse en el silencio, y la segunda á gastarse en estériles agitaciones. Aquel Senado, nombrándose á sí mismo y á todos los cuerpos deliberantes, nombrando al gefe del poder egecutivo y absorviéndolo, en caso de necesidad, en su seno; aquel Senado, con tanto poder, pero privado de funciones activas, sin tener parte alguna en la ley, limi-

tándose á anularla si era inconstitucional; aquel Senado, reducido á una especie de inaccion para que fuese mas desinteresado, y estuviese animado solo del sentimiento de la conservacion; venia á ser la imitacion sábia, pero exagerada de una cámara de pares aristocráticos, tomando poca parte en el movimiento de los negocios, deteniéndolos algunas veces por su *veto*, y recibiendo en su seno á los hombres que despues de una carrera agitada, venian á descansar, de buen grado, en medio de un cuerpo grave, influyente y considerado. Aquel Gran Elector, en fin, figuraba bien la autoridad real, reducida al papel pasivo, pero considerable de elegir los gefes activos del gobierno; era la autoridad real, pero con precauciones infinitas contra su origen y su duracion, porque salia de la urna del Senado y podia ser sepultado en su seno si lo reclamaba la necesidad. En una palabra, aquel sufragio universal, aquel Cuerpo legislativo, aquel Tribunado, aquel Senado, aquel Gran Elector, asi constituidos, enervados, neutralizados los unos por los otros, atestiguaban un poderoso esfuerzo del ingenio humano, para reunir en una misma Constitucion todas las formas de gobierno conocidas, pero para anularlas en seguida á fuerza de precauciones.

Preciso es confesarlo: la monarquia representativa con menos trabajo y esfuerzo, fiándose mas de la naturaleza humana, hace dos siglos que proporciona una libertad animada, pero no suversiva á una de las primeras naciones del mundo. Sencilla y natural en sus medios la Constitucion británica admite el poder real, la aristocracia, la democracia, y despues de haberlos admitido, los deja obrar libremente sin imponerles otra condicion que la de gobernar de comun acuerdo. No limita al rey á tal ó cual acto, no le hace salir de la eleccion para abismarle en seguida; no veda á los pares las funciones activas; no priva de la palabra á la asamblea electiva, ni concede el sufragio universal para que en seguida sea nulo, haciendole indirecto: deja que el poder real y la aristocracia emanen de su origen natural que es el hereditario: admite un rey, pares hereditarios, pero en cambio deja á la nacion el cuidado de elegir directamente, segun sus gustos ó las pasiones del momento, una asamblea, que, dueña de dar ó de rehusar á la corona los medios de gobernar, la obliga asi á tomar, para gefes del gobierno, á los hombres que han sabido captarse la confianza pública. Todo lo que buscaba el legislador Sieyes se cumple asi de un modo casi infalible. El poder real y la aristocracia no obran mas que lo que él deseaba, pues únicamente moderan una impulsion demasiado rápida: la asamblea electiva, animada de las pasiones del pais, pero contenida por otros dos poderes, elige en realidad los verdaderos gefes del Estado, los lleva al gobierno, y los sostiene ó los destruye, si han cesado de corresponder á su confianza. Esta es una Constitucion sencilla, verdadera, porque es el producto de la naturaleza y del tiempo, y no, como la de M. Sieyes, la obra sábia, pero artificial, de un espíritu disgustado de la monarquia por el reinado de los últimos Borbones, y espantado de la república por diez años de tempestades.

Verdadero carácter de la Constitucion de M. Sieyes.

Supongamos al presente, tiempos mas bonancibles; supongamos aquella Constitucion de M. Sieyes, puesta tranquilamente en práctica en una época en que la necesidad de una mano poderosa, como la del general Bonaparte, no hubiera podido dominar todas las combinaciones; supongamos establecida aquella vasta notabilidad, y al Senado sacando libremente de ella los cuerpos del Estado y el gefe del gobierno; ¿qué hubiera sucedido?..... Bien pronto la nacion no hubiera tenido ningun interes en renovar las listas, que solo eran un medio impotente de emitir su voto: aquellas listas llegarian á ser casi permanentes; el Senado hubiera escogido á su gusto los cuerpos del Estado, y el Gran Elector; y nombrando al gefe del poder ejecutivo, pudiéndolo hacer desaparecer á cada instante, teniéndolo bajo su absoluta dependencia, ¿qué habria llegado á ser? La aristocracia veneciana con su libro de oro y con su fastuoso y nulo dux, encargado todos los años de desposarse con el Adriático. ¡Espectáculo curioso y digno de meditarse! M. Sieyes, talento profundo y elevado, sinceramente adherido á la libertad de su pais, habia recorrido en

diez años aquel círculo de agitaciones, de terrores, y de disgustos, que habian conducido á la mayor parte de las repúblicas de la edad media, y la mas célebre de entre ellas, la de Venecia, al libro de oro y á un gefe nominal. Habia venido á parar á la aristocracia veneciana, constituida en provecho de los hombres de la revolucion, porque durante diez años otorgaba á los que habian egercido cargos ó empleos desde 1799 el privilegio de figurar de derecho en las listas de notabilidad; y queria ademas reservarse para si y para tres ó cuatro personages principales de la época, la facultad de componer por primera vez todos los cuerpos del Estado.

Pero no se improvisa asi la aristocracia, sino el despotismo. Aquella sociedad atormentada no podia descansar mas que en los brazos de un hombre poderoso. En aquella Constitucion estraordinaria todo iba á admirarse, todo á admitirse, menos aquel Gran Elector ricamente dotado y ocioso en la apariencia. Iba á ser reemplazado por un gefe activo y enérgico, por el general Bonaparte; y cambiando un solo resorte de aquella Constitucion, debia, sin complicidad alguna por parte de su autor, venir á parar al despotismo imperial, que por espacio de quince años, con un Senado conservador, y un Cuerpo legislativo mudo, hemos visto gobernar la Francia, de una manera gloriosa pero despótica.

M. Sieyes comunica su proyecto á las comisiones legislativas.

Cuando M. Sieyes, despues de un grande esfuerzo sobre si mismo, logró sacar del fondo de su mente todas aquellas combinaciones, que habia mucho tiempo estaban como enterradas, se las manifestó á su amigo M. Boulay de la Meurthe, quien las escribió, y á varios miembros de las dos comisiones legislativas, los cuales las comunicaron á otros. Las dos comisiones legislativas estaban divididas en secciones, y en cada una de las dos habia una seccion de Constitucion. Cuando M. Sieyes podia hacerse dueño de su pensamiento, esponia su sistema á estas dos secciones reunidas. Aquel sistema atraia á los ánimos por su novedad, por su singularidad, y por el arte infinito de sus combinaciones.

Desde luego, los intereses de los oyentes de M. Sieyes, quedaron satisfechos, porque, como hemos dicho, habia adoptado una disposicion transitoria y del todo necesaria. Con el fin de salvar á la revolucion, sosteniendo en el poder á los hombres que la habian llevado á cabo, proponia una resolucion casi semejante á aquella, por la cual se habia perpetuado la Convencion en los dos Consejos de los Ancianos y de los Quinientos. Queria que todos los hombres que desde 1789 habian ejercido cargos públicos, ó pertenecido á las diversas asambleas legislativas, departamentales ó municipales, fuesen de derecho inscriptos en las listas de notabilidad, y que estas listas no se pudiesen retocar en diez años. Ademas MM. Sieyes, Roger-Ducos y el general Bonaparte, debian nombrar la primera vez el personal de todos los cuerpos del Estado, en virtud del derecho que se atribuian para hacer la nueva Constitucion. Esta disposicion era atrevida, pero indispensable; porque es de notar que todos los hombres nuevos que llegaban por las elecciones, animados de un espíritu de reaccion, entonces general, cediendo por otra parte al gusto ordinario de censurar lo que no se ha hecho, blasonaban de odiar abiertamente los actos y los hombres de la revolucion, aun cuando participasen de sus principios. M. Sieyes habia, pues, tomado sus precauciones contra la necesidad de un nuevo 18 Fructidor, asegurando por diez años la práctica de su Constitucion en manos que le inspiraban confianza. Las ideas de M. Sieyes debian convenir á todos los intereses. Cada cual se creia ya senador, legislador, consejero de Estado ó tribuno; y todos estos cargos estaban ricamente dotados.

Acogida hecha á las ideas de Mr. Sieyes.

Aparte del interés personal, las combinaciones parecian tan nuevas como hábiles. Los hombres se entusiasman fácilmente con el genio militar, pero tambien se entusiasman fácilmente con lo que tiene apariencia de profundidad de talento. El legislador Sieyes tenia sus entusiastas, como el general Bonaparte los suyos. Las listas de notabilidad parecian la mas dichosa de las combinaciones, sobre todo en el estado de descrédito en que habia caido el sistema electivo, desde las elec-

ciones que dieron por resultado á los *Clichiens* (1), excluidos por la revolucion de Fructidor; y á los Jacobinos excluidos por medio de las *escisiones*. El consejo de Estado y Tribunado, abogando el uno en *pro* y el otro en *contra* ante un cuerpo legislativo mudo, agradaba á los ánimos fatigados de las discusiones y pidiendo con instancia reposo. El Senado, colocado tan alto, y desempeñando un papel tan útil al mantenimiento del conjunto, y con poder para condenar al ostracismo á los ciudadanos eminentes y peligrosos, encontraba tambien numerosos admiradores.

Solo el Gran Elector parecia una rareza á los hombres, que no habiendo reflexionado mucho en la Constitucion inglesa, no comprendian una magistratura reducida al único papel de elegir los agentes superiores del gobierno. Hallaban que era muy poco poder para un rey, y demasiada representacion para un simple presidente de una república. Nadie, en fin, encontraba adaptado el cargo á la persona que debia desempeñarlo, es decir, al general Bonaparte. Aquel cargo tenia mucha apariencia y muy poco poder real: mucha apariencia, porque era preciso evitar que se asustasen las imaginaciones, poniendo de manifiesto la vuelta á la monarquia; muy poco poder real, porque se necesitaba, que el hombre encargado de organizar la Francia, tuviese un poder casi sin límites. Ciertos entendimientos incapaces de comprender el desinterés de un pensador profundo, que solo habia soñado concordar entre sí sus concepciones, y de ningun modo combinar los resortes de su Constitucion en un interés personal, afirmaban que el Gran Elector no se habia podido inventar para un carácter tan activo como el del general Bonaparte, y que desde luego solo lo habia imaginado M. Sieyes para él, que se reservaba aquel puesto, y que destinaba á su jóven cólega el de cónsul de guerra. Esta conjetura era mezquina y malévola. M. Sieyes unia á una gran fuerza de talento, una delicadeza de observacion notable, y juzgaba demasiado bien su posicion personal y la del vencedor de Italia para creerse en el caso de poder ser él aquella especie de rey electivo, y el general Bonaparte su ministro. En esto habia obedecido al espíritu de sistema solamente. Otros interpretadores, menos malignos, creian á su vez, que en efecto, M. Sieyes destinaba el puesto de Gran Elector al general Bonaparte, pero con el objeto de atarle las manos, y sobre todo de hacerlo *absorver* dentro de poco en el Senado conservador. Los amigos de la libertad no lo tomaban muy á mal. Los partidarios del general Bonaparte no podian hablar de la invencion del Gran Elector, sin poner los gritos en el cielo; y entre ellos, Luciano Bonaparte, que unas veces contrarió y otras sirvió al gefe de su familia, pero siempre caprichoso, sin oportunidad, sin comedimiento, representando tan pronto el papel de hermano apasionado por la grandeza de su hermano, tan pronto el de ciudadano enemigo del despotismo; Luciano Bonaparte, declamó violentamente contra el proyecto de M. Sieyes. Decia en alta voz que lo que se necesitaba era un presidente de la República y un Consejo de Estado, y no otra cosa: que el pais estaba cansado de charlatanes, y solo queria hombres de accion. Estas frases inconsideradas eran bastante para producir los mas desagradables efectos: pero dichosamente no se daba grande importancia á las palabras de Luciano.

En medio de sus incesantes trabajos, habia recogido el general Bonaparte los rumores esparcidos en torno suyo sobre el proyecto de M. Sieyes. Dejaba obrar á su cólega por una especie de participacion de atribuciones convenida entre ellos, y no queria mezclarse en la Constitucion, sino cuando llegase la hora de redactarla definitivamente, prometiéndose para entonces acomodar á su gusto el puesto que le estaba destinado. Sin embargo, las relaciones que le llegaban de todas partes acabaron por irritarle, y expresó su disgusto con la ordinaria viveza de su lenguaje, viveza sensible, y que no siempre era dueño de contener.

Sensible disentimiento entre M. Sieyes y el general Bonaparte.

La desaprobacion que manifestaba á algunas ideas del proyecto de Constitucion llegó á oidos de su autor, M. Sieyes, quien lo sintió en gran manera. En efecto, temia que despues de haber perdido por la ignorancia y violencia de las épocas anteriores la ocasion de ser el

(1) Sociedad realista llamada así.

legislador de la Francia, no la perdiese ahora de nuevo por el humor despótico del colaborador que se habia agregado, al verificar el 18 de Brumario. Aunque desprovisto de intriga y de actividad tomó con mas empeño conquistar uno á uno los miembros de las dos secciones legislativas.

Entretanto su amigo M. Boulay de la Meurthe, y dos íntimos del general Bonaparte, MM. Rœderer y de Talleyrand, deseando mantener la buena armonía entre dos hombres tan importantes, trabajaron activamente para ponerlos de acuerdo. M. Boulay de la Meurthe habia aceptado la mision de transcribir las ideas de M. Sieyes, y de esta suerte habia venido á ser el confidente de su proyecto. M. Rœderer era un antiguo constituyente, hombre de talento, verdadero publicista á la manera del siglo XVIII muy amante de discurrir sobre el origen y la organizacion de las sociedades y de hacer proyectos de Constitucion, uniendo á todo esto inclinaciones monárquicas muy pronunciadas. M. de Talleyran, capaz de comprender y de apreciar los caracteres mas contrarios al suyo, admiraba igualmente el talento emprendedor y activo del jóven Bonaparte y el talento especulativo del filósofo Sieyes; y apreciaba en un mismo grado á ambos. Por otra parte, creia que aquellos dos hombres se necesitaban mútuamente, y tenia el mayor interes en el buen éxito de los negocios del nuevo gobierno. MM. Boulay de la Meurthe, Rœderer y de Talleyrand se dedicaron, pues, á poner de acuerdo al general y al legislador. Prepararon una entrevista, que debia tener lugar en casa del general Bonaparte en presencia de MM. Rœderer y de Talleyrand. La entrevista se verificó pero sin lograrse nada. El general Bonaparte estaba bajo la impresion de las relaciones que le habian hecho, acerca del Gran Elector, inactivo y expuesto á ser absorvido en el Senado. M. Sieyes tenia llena la cabeza con las palabras de desapobacion que atribuian al general, y que sin duda habian exagerado. Se avistaron con malas disposiciones, solo hicieron mencion de las cosas en que disentian, y se dirigieron frases destempladas. M. Sieyes que necesita estar pacífico y tranquilo para producir sus ideas, no las presentó con la claridad y órden convenientes. El general Bonaparte estuvo por su lado impaciente y brusco: se trataron mal, y se separaron casi indispuestos.

Entrevista proyectada para unir á M. Sieyes y al general Bonaparte.

Mal éxito de la entrevista propuesta.

Asustados los conciliadores, emprendieron de nuevo los trabajos para reparar el mal éxito de aquella entrevista. Dijeron á M. Sieyes que debia discutir con paciencia, tomarse el trabajo de convencer al general, y sobre todo, hacer algunas concesiones. Al general Bonaparte hicieron presente que en aquel asunto debia emplear mas miramiento que el que habia usado, que sin el apoyo de M. Sieyes y su autoridad sobre el Consejo de los Ancianos, no hubiera podido obtener en la jornada del 18 de Brumario el decreto que le habia puesto la fuerza en la mano: que M. Sieyes, como personage político, tenia mucho influjo sobre los ánimos, y que, en caso de un conflicto entre el legislador y el general, muchos se pronunciarian por el legislador, como el representante de la revolucion y de la libertad oprimida por la espada de un hombre. El primer momento no era apropósito para lograr una avenencia, y fué preciso aguardar algun tiempo. Entretanto MM. Boulay de la Meurthe y Rœderer imaginaron nuevos modelos del poder ejecutivo que orillasen las dos dificultades, acerca de las cuales parecia inflexible el general Bonaparte, tales como la inaccion del Gran Elector y la amenaza de ostracismo suspendida sobre su cabeza. Pensaron primero en un cónsul, ayudado de dos cólegas; despues en el Gran Elector, como queria M. Sieyes, que nombraria los dos cónsules de paz y de guerra, asistiria á sus deliberaciones y decidiria entre ellos. Esto no era bastante para satisfacer al general Bonaparte, y demasiado para M. Sieyes, cuyo proyecto echaba por tierra. Cada vez que proponian á M. Sieyes hacer partícipe en el gobierno al gefe del poder egecutivo, decia: «Lo que quereis es tomado de la antigua monarquía y yo no lo quiero.»—En efecto, solo admitia el poder real de Inglaterra, y eso despojándole del título de rey, de la inamovilidad, y del derecho hereditario. Estaban muy léjos de avenirse, y M. Sieyes con esa prontitud de desaliento, pro-

pia de los talentos especulativos, cuando encuentran los obstáculos que les opone la naturaleza de las cosas, decia que iba á renunciar á todo, abandonar á Paris, retirarse al campo y dejar al jóven Bonaparte solo con su despotismo naciente, patente á los ojos de todos. «Quiere partir, decia el general, pues que se vaya; yo haré que Rœderer redacte una Constitucion, la propondré á las dos secciones legislativas, y satisfaré la opinion pública, que exige que acabemos de una vez.» Se engañaba hablando de esta manera, porque era todavia demasiado temprano para mostrar á la Francia su espada desnuda; habria encontrado al rededor suyo resistencias inesperadas.

Sin embargo, estos dos hombres, que apesar de sus repugnancias instintivas, habian logrado entenderse para consumar el 18 de Brumario, debian entenderse aun otra vez para hacer una Constitucion. Los rumores extendidos habian dado el grito de alerta á las comisiones legislativas; sabian las frases con que se expresaba Luciano Bonaparte, el tono decidido que tomaba el general, y el propósito de M. Sieyes de abandonarlo todo: creyeron con razon, que en definitiva á ellas les estaba encomendado el encargo de hacer la Constitucion, que debian cumplir con su deber, redactar un proyecto, presentarlo á los cónsules, y ponerlos forzosamente de acuerdo, despues de llevar á cabo entre ellos una transaccion razonable.

Las secciones legislativas se encargan de hacer la Constitucion tomando por base el proyecto de M. Sieyes.

Empezaron, pues, á trabajar; y como varios de los individuos que las componian, habian tenido noticia de las ideas de M. Sieyes y podido apreciarlas, adoptaron su plan como base de su trabajo. Para un entendimiento sistemático, adoptar todas las ideas menos una, es causarle tanto sentimiento como si se desaprobasen todas. Sin embargo, era un punto muy importante tomar el proyecto de M. Sieyes por base de la nueva Constitucion: asi acabó este por calmarse un poco, y el general Bonaparte, viendo á las comisiones apoderarse de su papel y desempeñarlo con resolucion, se apaciguó tambien visiblemente. Entonces se aprovechó este momento para conciliarlos.

Principio de avenencia entre M. Sieyes y el general Bonaparte.

Hubo una segunda entrevista entre M. Sieyes y el general, en presencia de MM. Boulay (de la Meurthe), Rœderer y de Talleyrand. Esta vez los dos principales interlocutores estaban mas templados y dispuestos á entenderse. En lugar de chocar, como la primera vez, insistiendo con preferencia en los puntos en que disentian, buscaron por el contrario el avenirse, presentándose el lado semejante de sus opiniones. M. Sieyes estuvo moderado y se manejó con mucho tacto: el general desplegó su buen sentido, y su natural originalidad de ingenio. El objeto de la conversacion fué el estado de la Francia, los vicios de las Constituciones precedentes, y las precauciones que se habian de tomar en una nueva Constitucion, para prevenir los pasados desórdenes. Sobre todo esto debian de estar acordes. Se retiraron, pues, satisfechos, prometiéndose que en cuanto las secciones acabasen sus trabajos, se las reuniria para adoptar ó modificar sus proposiciones, y salir en fin, de aquel estado provisional, que empezaba á disgustar á todos. Al presente tenia M. Sieyes la certeza, que salvo su Gran Elector, y algunas atribuciones del Senado conservador, su Constitucion se adoptaria por entero.

En los diez primeros dias de Frimario (desde el 20 de Noviembre al 1.° de Diciembre) acabaron las secciones su proyecto. El general Bonaparte las llamó á su casa para celebrar varias reuniones, á las que debian asistir los cónsules. Algunos individuos de las secciones encontraron aquella convocatoria poco conforme á su dignidad; y sin embargo, como estaban decididos á saltar por encima de muchas dificultades y á conceder mucho al hombre que era tan necesario, acudieron á su casa.

Reunion de las secciones en casa del general Bonaparte.

Al momento empezaron las sesiones. En la primera se encargó M. Sieyes de exponer su plan, porque era la misma base del trabajo de las comisiones, y lo hizo con tal fuerza de raciocinio y de lenguaje, que produjo en los asistentes la mas viva impresion.—Todo eso es muy bello y profundo, dijo el general; sin embargo, hay muchos pun-

tos que merecen ser discutidos con mucha seriedad. Pero procedamos con órden: discutamos cada proyecto, uno despues de otro, y elijamos un redactor. Ciudadano Daunon, tomad la pluma.— Asi vino á ser M. Daunon el redactor de la nueva Constitucion. Este trabajo duró muchas sesiones, y convinieron en las disposiciones siguientes:

Disposiciones del proyecto de M. Sieyes, que son definitivamente adoptadas.

Las listas de la notabilidad comunal, departamental y nacional fueron sucesivamente adoptadas. Reducian estas demasiado la accion popular, haciéndola indirecta, para que dejasen de convenir á las aprensiones del momento y á los gustos del general Bonaparte. Fueron tambien adoptadas dos disposiciones accesorias, la una conforme, la otra contraria á las ideas de M. Sieyes. Se declaró que no seria obligatorio elegir en las listas de notabilidad los empleados de todo género, sino cuando la Constitucion los hubiese designado nominalmente. En efecto, en buen hora que se tomasen de ellas los miembros de los cuerpos deliberantes, los cónsules, los jueces, los administradores; ¡pero los generales, los embajadores! esto pareció exorbitante, y todos estuvieron acordes sobre este punto. La segunda disposicion era relativa no á la esencia del proyecto, sino á la necesidad de adaptarle al presente estado de cosas. En vez de fijar la modificacion de las listas para dentro de diez años, se señaló para el año IX, es decir, para pasado un año, y se decretó que se nombraria en la actualidad el personal de los grandes cuerpos del Estado, por un acto del poder constituyente, y que los individuos asi nombrados, serian incluidos de derecho en las primeras listas. La revision en vez de ser anual debia ser cada tres años.

En seguida se pasó á la organizacion de los grandes poderes. La máxima de M. Sieyes: *La confianza debe venir de abajo, y el poder de arriba*, prevaleció en un todo. Arriba, pues, se adjudicó el derecho de elegir, pero con la obligacion de hacerlo en las listas de notabilidad. Se adoptó el Senado de M. Sieyes, asi como el Cuerpo legislativo, colocado entre el Consejo de Estado y el Tribunado. El Senado debia elegir en las listas de notabilidad, primero á los mismos Senadores; despues á los miembros del Cuerpo legislativo, del Tribunado, del tribunal de Casacion, de la Comision de contabilidad (mas tarde tribunal de Cuentas) y por último, al gefe ó á los gefes del poder ejecutivo. Con todo, y esto era una considerable reduccion de sus atribuciones, el Senado solo podia nombrar los Senadores, en una terna de tres candidatos, designado el uno por los cónsules, el otro por el Cuerpo legislativo y el tercero por el Tribunado. En cuanto al Consejo de Estado, haciendo este cuerpo parte del poder ejecutivo, debia ser nombrado por aquel mismo poder. Independientemente de la facultad de hacer los nombramientos mas importantes, el Senado recibió la suprema atribucion de anular las leyes ó los actos del gobierno tachados de inconstitucionalidad. Por lo demas no debia tener ninguna parte en la formacion de las leyes, ni sus miembros podian ejercer funciones activas.

El Cuerpo legislativo, mudo como lo queria M. Sieyes, debia oir contradictoriamente á tres consejeros de Estado y á tres tribunos, y votar en seguida sin discusion sobre las proposiciones del gobierno.

Solo el Tribunado tenia la facultad de discutir públicamente las leyes; pero no debia votarlas sino para saber que dictámen habia de sostener en el cuerpo legislativo. Aunque su voto fuera contrario no impedia que la ley fuese ley, si el Cuerpo legislativo la adoptaba. El Tribunado no tenia la iniciativa de las proposiciones legales, pero podia emitir votos, y recibia peticiones, enviándolas á las diversas autoridades á quienes concernian.

El Senado debia constar de 80 individuos en lugar de los 100 que en un principio le habia señalado M. Sieyes; 60 debian ser nombrados al momento, y 20 en los diez años siguientes. El Cuerpo legislativo debia componerse de 300 miembros y el Tribunado de 100. Los senadores tenian 25000 francos de dotacion anual; los legisladores 10000, y los Tribunos 15000. Hasta aquí se habia adoptado por entero el plan de M. Sieyes, salvo algunas reducciones en la autoridad del Senado. Pero en la organizacion del poder ejecutivo, iba á sufrir aquel plan una alteracion considerable.

Este era el punto capital, acerca

Organizacion definitiva del poder egecutivo.

del cual se mostraba inflexible el general Bonaparte. Aunque resignado ya M. Sieyes á ver desechada esta parte de su plan, fué, sin embargo, invitado para que espusiese sus ideas. Propuso, pues, ante las comisiones reunidas la institucion del Gran Elector. Nadie, preciso es decirlo, ni aun el general Bonaparte habia hasta entonces reflexionado bastante acerca de la organizacion de los poderes en un gobierno libre, para comprender lo que habia de profundo en aquella concepcion, y para hacerse cargo de la analogía que presentaba con el rey de la monarquía inglesa. Pero aunque el general Bonaparte se hubiera detenido á considerar la cuestion bajo este punto de vista, no la habria admitido á ningun precio, por motivos del todo personales y fáciles de comprender. Así, pues, hizo con bastante agudeza la crítica de aquel Gran Elector. Sobre su rica ociosidad, dijo lo que dicen todos los reyes aunque con menos ingenio que él y menos fundamento, porque en presencia de una sociedad trastornada que le era preciso organizar, de facciones sanguinarias que debia someter, y gentes á quienes vencer, era muy escusable que quisiese aspirar á una situacion en que pudiese emplear por entero su genio. Pero si en los primeros dias del Consulado, en que habia que hacer tantas cosas, tenia quizás razon en no dejar encadenar sus talentos, despues, sublime desgraciado en Santa Helena, debió sentir la libertad que se le concedió para ejercerlos sin medida. Sujeto en el empleo de sus facultades, sin duda no habria llevado á cabo tan grandes cosas, pero tampoco hubiera emprendido otras tan exorbitantes, y probablemente su cetro y su espada hubieran permanecido hasta su muerte en sus gloriosas manos.

—Vuestro Gran Elector, dijo á M. Sieyes, es un rey holgazan, y el tiempo de los reyes holgazanes ha pasado. ¿Cuál es el hombre de talento y de corazon, que querria llevar esa vida ociosa, por seis millones y una habitacion en las Tullerías? ¡Cómo nombrar agentes que obren y no obrar por sí mismo! es inadmisible. Y por otra parte, ¿creeis reducir por este medio á vuestro Gran Elector á que no se mezcle en el gobierno? Si yo fuese ese Gran Elector, ya me encargaria de hacer todo lo que no querriais que hiciese. Diria á los dos cónsules de la paz y de la guerra: Si no elegis á tal hombre ó no tomais tal medida, os destituyo. Y yo los obligaria á marchar segun mi voluntad, y vendria á ser el dueño por un rodeo.

Aquí el general Bonaparte, con la sagacidad que le era propia, decia la verdad, y reconocia que la inaccion del Gran Elector, no era un estado de nulidad: porque aquel gefe supremo tenia, en ciertos momentos, el medio de aparecer poderoso en la arena en que los partidos se disputan el poder, quitándosele á los unos para conferírsele á los otros. Pero la alta vigilancia de la autoridad real inglesa sobre el gobierno, reducida á arrojar algunas veces entre las ambiciones el peso decisivo de su voluntad, no podia convenir á aquel jóven fogoso; y es menester perdonarle, porque no era aquel ni el lugar ni el momento de la monarquía constitucional.

La institucion del Gran Elector desechada por el general Bonaparte.

El Gran Elector pereció bajo los sarcasmos del jóven general, y bajo un poder mas grande que el de los sarcasmos, cual era el de la necesidad presente. En efecto, se necesitaba entónces una verdadera dictadura, y la autoridad atribuida al Gran Elector estaba muy léjos de satisfacer las necesidades de las circunstancias.

Hubo otra parte de la institucion propuesta por M. Sieyes, que rechazó igualmente el general Bonaparte, porque se obstinaba en ver en ella un lazo: era la facultad de absorcion concedida al Senado, no solo respecto del Gran Elector, sino tambien de todo ciudadano notable, cuya influencia hiciese sombra.

El general no queria que despues de algunos años de eminentes servicios pudiesen sepultarle vivo en el Senado, y reducirle á una forzosa ociosidad, mediante una pension de 25000 francos. Tambien obtuvo satisfaccion acerca de este particular; y he aquí cual fue la definitiva organicion del poder ejecutivo.

Forma definitivamente dada al poder ejecutivo.—Creacion del primer cónsul.

Se adoptó un primer Cónsul acompañado de otros dos, para disimular un poco la om-

nipotencia del primero. Este primer Cónsul debia nombrar directamente y sin participacion, los miembros de la administracion general de la república, de los consejos departamentales y municipales, los administradores llamados despues sub-prefectos y prefectos, los agentes municipales, &c. Tambien le correspondia el nombramiento de los oficiales de mar y tierra, de los consejeros de Estado, de los ministros para el extrangero, de los jueces civiles y criminales, y otros, menos los jueces de paz y los individuos del tribunal de Casacion. No podia destituir los jueces una vez nombrados: asi fue sustituida la inamovilidad á la eleccion como garantía de independencia.

Ademas del nombramiento del personal administravo, militar y judicial, estaba el primer Cónsul encargado de todo el gobierno, de la direccion de la guerra y de la diplomacia: firmaba los tratados, despues de discutidos y aprobados por el Cuerpo legislativo, en la misma forma que las leyes. En todas estas diversas funciones debia estar asistido de otros dos Cónsules, únicamente con voz consultiva, pudiendo hacer constar su opinion en un registro de deliberaciones que se llevaba al efecto. Era evidente que estos dos Cónsules solo se habian puesto allí para disimular la inmensa autoridad conferida al general Bonaparte, autoridad, cuya duracion era bastante larga, y hasta podia ser perpétua, porque los tres Cónsules eran elegidos por diez años, y ademas podian ser indefinitivamente reelegidos. Alguna cosa, no obstante, quedó de la *absorcion* imaginada por M. Sieyes. Saliendo el primer Cónsul por dimision ó por otra causa, se convertia en senador de derecho; es decir, quedaba escluido de ejercer en lo sucesivo cargos públicos. Los otros dos Cónsules, no habiendo ejercido el poder en toda su plenitud, quedaban en libertad de aceptar ó no aquella opulenta anulacion, y solo eran senadores si se consentian á serlo.

El primer Cónsul debia tener 500,000 francos de dotacion, los otros dos 150,000 francos cada uno. Los tres debian habitar en las Tullerias y tener una guardia consular.

*La nueva Constitucion llamada en nuestros anales Constitucion del año VIII.*

Tales fueron las principales disposiciones de la célebre Constitucion del año VIII. Asi vió M. Sieyes reducir las atribuciones del Senado, y sustituir un gefe omnipotente á su Gran Elector inactivo; lo que hizo mas tarde que su Constitucion viniese á parar no á la aristocracia sino al despotismo.

Disposiciones generales.

Aquella Constitucion no contenia la declaracion de derechos, pero por medio de ciertas disposiciones generales garantizaba la libertad individual, la inviolabilidad del domicilio del ciudadano, la responsabilidad de los ministros, y la de los agentes inferiores, prévia, respecto de estos últimos, la aprobacion de las actuaciones por el consejo de Estado: estipulaba tambien, que en ciertos departamentos y en casos estraordinarios, podria una ley suspender los efectos de la Constitucion, que venia á ser lo que despues hemos llamado la declaracion en estado de sitio: aseguraba pensiones á las viudas y á los hijos de los militares; y por último, por una especie de vuelta á ideas largo tiempo proscriptas, erigia en principio, que podrian acordarse recompensas nacionales á los hombres que hubiesen prestado servicios eminentes. Este fue el orígen de una institucion célebre despues, la de la Legion de Honor.

El proyecto de M. Sieyes contenia dos excelentes y hermosas ideas, que han permanecido ámbas en nuestra organizacion administrativa: la subdivision de distritos y el Consejo de Estado.

Asi debia ser M. Sieyes el autor de todas las divisiones administrativas de la Francia. Ya habia imaginado y hecho que se adoptase en otra época la division por departamentos; en aquella ocasion quiso que se sustituyesen á las administraciones cantonales, que existian en número de cinco mil, las administraciones de distrito, que mucho menos numerosas, eran un intermediario mas conveniente entre los *comunes* y los departamentos. Solo este principio se consignó en la Constitucion; pero se convino que pronto una ley reformaria, sobre esta base, el sistema administrativo de la Francia, y haria cesar la anarquía comunal, cuyo aflictivo cuadro hemos presentado ya en otro lugar. Debia haber un tribunal de primera instancia en cada distrito, y un tribunal de apelacion para muchos departamentos reunidos.

La segunda de las creaciones de M. Sieyes, que le pertenece exclusivamente, es el Consejo de Estado, cuerpo deliberante agregado al poder egecutivo, encargado de preparar las leyes, sostenerlas ante el poder legislativo, arreglar los reglamentos que deben acompañar á las leyes y hacer justicia administrativa. Esta es la mas práctica de sus concepciones, y debia, con la anterior, atravesar lo presente y subsistir en el porvenir. Digámoslo en honra de aquel legislador: el tiempo se ha llevado todas las Constituciones efímeras de la revolucion, y las solas partes de aquellas que las sobrevienen han sido obra suya.

Gloria particular de M. Sieyes.

No era bastante acordar las disposiciones de la nueva Constitucion; era indispensable añadir el personal de los poderes, buscarle entre los hombres de la revolucion, y señalarle en el acta constitucional. Se necesitaba, pues, ademas de la redaccion de todas las disposiciones enumeradas, ocuparse de la eleccion de las personas.

El general Bonaparte fue nombrado primer Cónsul por diez años. No se puede decir que fué elegido, pues estaba mas que indicado por la situacion: se le recibió de manos de la victoria y de la necesidad. Una vez fijada su situacion se trató de buscar otra para M. Sieyes. Este gran personage amaba poco los negocios, y menos los papeles secundarios. No le convenia, pues, ser asistente del jóven Bonaparte, y en su consecuencia rehusó ser segundo Cónsul. En breve se verá el puesto que se le designó, mas conforme á su carácter. Se eligió para segundo Cónsul á M. Cambaceres, eminente jurisconsulto, que se habia adquirido una grande reputacion entre los personages políticos de la época, por su mucho saber, prudencia y tacto, y era en la actualidad ministro de justicia. M. Lebrun, escritor distinguido, redactor en otros tiempos de los edictos Maupeou, (1) alistado, en el antiguo régimen, entre los hombres dispuestos á que se llevasen á cabo sábias reformas, fiel siempre á la causa de la revolucion moderada, muy instruido en materias de hacienda, y demasiado amable para ser un opositor molesto, fué designado para tercer Cónsul M. Cambaceres podia muy bien suplir al general Bonaparte en la administracion de justicia; M. Lebrun podia secundarle útilmente en la administracion de la hacienda, y ámbos ayudarle mucho sin contrariarle en nada. Imposible era asociar mejor los hombres destinados á componer el nuevo gobierno; y de estas elecciones debian dimanar todas las otras en la organizacion del poder egecutivo.

Personal elegido para formar los poderes del Estado.=El general Bonaparte nombrado primer Cónsul por 10 años.

MM. Cambaceres y Lebrun nombrados segundos Cónsules.

Se necesitaba proceder á la eleccion de los cuerpos deliberantes. Aquí se hallaba naturalmente indicado el papel de M. Sieyes. Se habia escrito en la Constitucion que el Senado elegiria los miembros de los Cuerpos deliberantes: se trataba, pues, de saber quién por la primera vez, compondria el Senado. Se estableció por un artículo particular de la Constitucion, que MM. Sieyes y Roger-Ducos, que iban á cesar de ser Cónsules, unidos á MM. Cambaceres y Lebrun que iban á serlo, nombrarian la mayoría absoluta del Senado, la cual era de 31 miembros de 60. Los 31 senadores elegidos de esta suerte, debian en seguida elegir en escrutinio los 29 senadores restantes. Una vez completo el Senado, debia formar el Cuerpo legislativo, el Tribunado y el Tribunal de Casacion.

M. Sieyes encargado de formar el Senado.

Por medio de estas diversas combinaciones, se encontraba el general Bonaparte gefe del poder ejecutivo, pero se observaba al mismo tiempo cierta especie de decoro, escluyéndole de la formacion de los cuerpos deliberantes, llamados á censurar sus actos; se dejaba principalmente este cuidado al legislador de la Francia, á M. Sieyes, cuyo papel activo habia en adelante concluido, y á quien se aseguraba como retiro la presidencia del Senado. Asi cada uno estaba en la posicion que le convenia, y las apariencias quedaban salvadas.

Se decidió que se someteria la Cons-

(1) Maupeou, canciller de Francia, se hizo particularmente célebre en los asuntos del parlamento de 1771 queriendo desembarazar á Luis XV de las trabas que el parlamento de Paris oponia á su voluntad. Fué desterrado por Luis XVI, y murió el 29 de Julio de 1792

titucion al voto nacional, por medio de registros abiertos en las *mairias* (alcaldías), en los juzgados de paz, en las notarías, en los archivos de los tribunales, y que mientras se aguardaba su aceptacion, de la que no se debia dudar, el primer Consul, los dos Cónsules salientes y los dos entrantes procederian á la eleccion de que estaban encargados, para que el 1.° de Nevoso se hallasen constituidos los grandes poderes del Estado, y prontos á poner en práctica la nueva Constitucion. Era esto indispensable para que cesase la dictadura de los Cónsules provisionales, con la que ya empezaban algunos ánimos á ofuscarse, y para satisfacer la impaciencia que generalmente se esperimentaba de ver definitivamente establecido un gobierno. En efecto, todo el mundo deseaba con ardor un gobierno estable y justo, que asegurase la fuerza y la unidad del poder sin ahogar toda la libertad; y á cuyo lado los hombres honrados y de capacidad, de todas las clases y partidos encontrasen el puesto que les correspondia. Estos votos, preciso es reconocerlo, no eran imposibles de satisfacer bajo la Constitucion del año VIII; quizás los hubiera satisfecho completamente, sin las violencias que le hizo sufrir mas tarde un genio extraordinario, el cual, por lo demás, favorecido como lo estaba por las circunstancias, habria salvado barreras mucho mas fuertes que las que le ponia la obra legislativa de M. Sieyes, y cualquiera otra que entónces hubiera podido imaginarse.

Promulgacion de la Constitucion del año VIII.

La Constitucion decretada en la noche del 12 al 13 de diciembre (21 al 22 de Frimario) fue promulgada el 15 de Diciembre de 1799 (24 de Frimario del año VIII) con gran satisfaccion de sus autores y de todo el público.

Cautivó los espíritus por la novedad de sus ideas, y por la habilidad de su artificio. Todo el mundo empezó á esperar en ella, y en los hombres que iban á ponerla en ejecucion.

Estaba precedida del preámbulo siguiente:

«Ciudadanos, una Constitucion se os presenta.

«Con ella cesan las incertidumbres que »el gobierno provisional hacia nacer en »las relaciones exteriores, y en la situa»cion interior y militar de la república.

«Ella coloca, en las instituciones que »establece, á los primeros magistrados »cuya adhesion ha parecido necesaria »para su actividad.

«La Constitucion está fundada sobre »los verdaderos principios del gobierno »representativo, sobre los sagrados de»rechos de la propiedad, de la igualdad, »de la libertad.

«Los poderes que instituye serán fuer»tes y estables, tales como deben ser, »para garantir los derechos de los ciu»dadanos y los intereses del Estado.

»Ciudadanos, la revolucion se ha fija»do en los principios que la comenza»ron; ESTA TERMINADA."

Dos hombres tales como el general Bonaparte y M. Sieyes exclamaban en 1800: La revolucion está terminada ¡qué singular prueba de las ilusiones del entendimiento humano! Sin embargo, preciso es reconocer que algo habia concluido, y era la anarquía.

Grande era el gozo que sentian al ver su obra acabada todos los que habian trabajado en ella. Algunas de las ideas de M. Sieyes habian sido rechazadas; sin embargo, su Constitucion se habia adoptado casi por entero, y á menos que no fuera un poder absoluto como el de Solon, Licurgo ó Mahoma, poder que en nuestros tiempos de duda, en que todo prestigio individual es destruido, no podria obtener ningun hombre, era imposible hacer que se adoptase mayor parte de su pensamiento en la Constitucion de un gran pueblo. Y tal cual ella era, si el vencedor de Marengo no hubiera verificado mas tarde dos cambios considerables, el derecho hereditario imperial de mas, y el Tribunado de menos, aquella Constitucion habria podido facilitar una carrera, que no habria sido el triunfo del poder absoluto.

El general Bonaparte hace adjudicar á M. Sieyes la tierra de Crosne.

Despues de haber puesto M. Sieyes en manos del general Bonaparte la espada que habia servido para derribar al Directorio, despues de haber hecho una Constitucion, iba á entregar la Francia á la devoradora actividad del jóven Cónsul, para retirarse á aquella ociosidad meditativa que preferia al movimiento agitado de los negocios. El nuevo primer Cónsul quiso dar al legislador de la Francia un testimonio de gratitud nacional, é hizo propo-

ner á las Comisiones legislativas que le adjudicasen por premio la tierra de Crosne. Este don fue decretado y anunciado á M. Sieyes con las mas nobles expresiones de gratitud pública. M. Sieyes sintió una viva satisfaccion, porque, apesar de su incontestable probidad, era sensible á los goces de la fortuna, y debieron conmoverle las formas delicadas y dignas con que aquella recompensa nacional fue adjudicada.

Se dispuso en seguida todo lo necesario para poner la Constitucion en vigor en los primeros dias de Enero de 1800 (Nevoso del año VIII), es decir, en los primeros dias del año que iba á abrir este gran siglo.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

# LIBRO SEGUNDO.

## ADMINISTRACION INTERIOR.

*Constitucion definitiva del gobierno Consular.—Composicion del Senado, del Cuerpo legislativo, del Tribunado y del Consejo de Estado.—Declaracion del primer Cónsul á las potencias de Europa.—Públicas ofertas de paz á la Inglaterra y al Austria.—Proclama dirigida á la Vendée.—Apertura de la primera sesion.—Oposicion naciente en el Tribunado.—Discursos de los tribunos Duveyrier y Benjamin Constant.—Una mayoria considerable acoje los proyectos de los Cónsules.—Numerosas leyes de organizacion.—Institucion de las prefecturas y subprefecturas.—Creacion de los tribunales de primera instancia y de apelacion.—Abolicion de la lista de los emigrados.—Restablecimiento del derecho de testar.—Ley de presupuestos.—Banco de Francia.—Continuacion de las negociaciones con la Europa.—Negativa de Inglaterra á oir proposiciones de paz.—Acalorada discusion sobre este particular en el parlamento británico.—Austria da una negativa mas moderada pero tan positiva como la de Inglaterra.—Necesidad de empezar de nuevo las hostilidades.—No pudiendo entenderse con las potencias beligerantes, el primer Cónsul trata de atraerse á la Prusia, y se explica con ella francamente.—Se dedica á concluir la guerra de la Vendée, antes de abrir la campaña de 1800.—Situacion de los partidos en la Vendée.—Conducta del abate Bernier.—Paz de Montfaucon.—MM. de Autichamp, de Chatillon, de Bourmont, y Jorge Cadoudal llegan á Paris y ven al primer Cónsul.—Es fusilado M. de Frotté.—Sumision definitiva de la Vendée.—Se dirigen las tropas hácia la frontera.—Concluye tranquilamente la legislatura del año VIII.—Reglamento de policía relativo á la prensa.—Ceremonia fúnebre con motivo de la muerte de Washington.—El primer Cónsul se establece en el palacio de las Tullerías.*

El dia 4 de Nevoso del año VIII (25 de Diciembre de 1779), era el dia fijado para la entrada de los Cónsules en sus funciones, y para la primera reunion del Senado conservador. Numerosos nombramientos debian preceder á aquel acto, porque se necesitaba constituir á la vez el poder ejecutivo y el Senado, ántes de que empezasen á obrar.

Solicitudes de todo género para obtener empleos del nuevo gobierno.

Encargado el general Bonaparte de nombrar los agentes del poder egecutivo y MM. Sieyes, Roger-Ducos, Cambaceres y Lebrun de elegir los miembros del Senado, los cuales habian de nombrar á su vez los del Cuerpo legislativo y Tribunado, los asediaban solicitudes de todo género. En efecto, trataban los pretendientes de obtener los destinos de Senadores, de miembros del Cuerpo legislativo, de Tribunos, de Consejeros de Estado, de Prefectos; y es preciso convenir, que todos estos destinos, dotados con esplendidez y dados á un tiempo, eran apropósito para tentar las ambiciones. Muchos ardientes revolucionarios, enemigos del 18 de Brumario, estaban ya muy apaciguados; y muchos de esos hombres irresolutos que aguardan los sucesos para decidirse, empezaban á pronunciarse abiertamente. Habia entonces, como siempre, una expresion usual, que pinta el estado de los ánimos. Es preciso *mostrarse*, se decian; es menester probar que léjos de pretender crear obstáculos al nuevo gobierno, estamos, por el contrario, prontos á vencer los que le rodean: lo que significa, que deseaban llamar la atencion de cinco personages encargados de hacer todos los nombramientos. Tambien habia pretendientes que por lograr su entrada en el Tribunado, prometian su mas sincera adhesion al gobierno consular, aunque muy resueltos de antemano á hacerle pasar por las mas vivas contrariedades.

Cuando en las revoluciones comienza á extinguirse el fuego de las pasiones, se ve que la codicia sucede á la violencia, y se pasa súbitamente del espanto al hastío. Entónces, si algunos grandes actos de virtud, si algunos he-

chos heróicos, no viniesen á cubrir con su esplendor tristes detalles, y sobre todo, si los vastos y bienhechores resultados, que las revoluciones sociales procuran á las naciones, no viniesen á compensar el mal presente por la inmensidad del bien futuro, seria preciso apartar los ojos del espectáculo que ofrecen al mundo. Pero ellas son la prueba á que somete la Providencia á las sociedades humanas para regenerarlas; y entónces se debe observar con cuidado, y si se puede con fruto, el cuadro que presentan, unas veces repugnante, otras sublime.

A lo que parece, el movimiento de las ambiciones fue bastante grande, para llamar la atencion de los escritores y ocupar su pluma. El mismo *Moniteur*, que aun no era periódico oficial, pero que lo fue pocos dias despues (el 7 de Nevoso) creyó deber condenar aquellas bajezas.

«Desde que la Constitucion (decia) ha »creado una porcion de cargos ricamen»te dotados, ¡cuántas gentes se han pues»to en movimiento! ¡cuántos rostros des»conocidos que pugnan por mostrarse! »¡qué de nombres olvidados que se agi»tan de nuevo bajo el polvo de la re»volucion! cuantos fieros republicanos del »año VII que se bajan para llegar bas»ta el hombre poderoso que puede co»locarlos! ¡cuántos *Brutos* pretendiendo! »¡qué de vulgares talentos ensalzados! ¡qué »de servicios ínfimos exagerados! ¡cuán»tas manchas sangrientas encubiertas! »Tan prodigioso cambio de escena se ha »verificado en un momento. Esperamos, »sin embargo, que el héroe de la liber»tad, aquel que hasta ahora solo se ha »señalado en la revolucion por sus be»neficios, verá todas esas maniobras con »el disgusto que inspiran á toda alma »elevada, y no sufrirá que una multi»tud de nombres oscuros ó infamados, »procuren envolverse con los rayos de »su gloria!» (*Moniteur* del 3 de Nevoso).

Hagamos, sin embargo, una justa division entre el bien y el mal, y no creamos que este cuadro fuese el de toda la nacion. Si habia hombres que se humillaban, y otros que sin humillarse se agitaban al menos, algunos aguardaban con dignidad que el gobierno los llamase para aprovecharse de sus luces y de su celo. Si M. Constant, por ejemplo, pretendia con instancia, haciendo grandes protestas de adhesion á la familia Bonaparte, ser admitido en el Tribunado, MM. de Tracy, Volney, Monge, Carnot, Ginguené, Ducis, nada solicitaban, dejando á la libre voluntad del poder constituyente el cuidado de comprenderlos en aquella vasta distribucion de cargos públicos.

Primera reunion tenida el 24 de Diciembre para el nombramiento de las principales autoridades.

El 24 de Diciembre (3 de Nevoso) se reunieron los nuevos Cónsules para proceder á la formacion del consejo de Estado, y estar asi en disposicion de instalar el nuevo gobierno al siguiente dia, 25 de diciembre (4 de Nevoso). MM. Sieyes y Roger Ducos, cónsules salientes, y MM. Cambaceres y Lebrun, cónsules entrantes, fueron inmediatamente al Luxemburgo para nombrar la mitad mas uno de los miembros del Senado, con el fin tambien que el Senado pudiera reunirse el dia siguiente, completarse, y proceder á la formacion de los cuerpos deliberantes.

Organizacion del consejo de Estado.

El Consejo de Estado se dividió en cinco secciones: la primera de hacienda, la segunda de legislacion civil y criminal, la tercera de guerra, la cuarta de marina, y la quinta del interior. Cada seccion debia ser presidida por un consejero de Estado, y el consejo entero por el primer Cónsul, ó en su ausencia por uno de sus dos cólegas Cambaceres ó Lebrun.

Cada seccion debia redactar los proyectos de ley, ó los reglamentos relativos á las materias de su competencia. En seguida debian ser discutidos en junta general de todas las secciones reunidas. El consejo de Estado estaba encargado ademas de decidir en lo contencioso administrativo, y de fallar en los conflictos de competencia, bien entre los tribunales civiles y la administracion, bien entre los mismos tribunales. Estas atribuciones le competen tambien en la actualidad; pero entónces tenia ademas la obligacion de redactar las leyes, su esclusiva discusion ante el cuerpo legislativo, y por último el conocimiento de las grandes cuestiones de gobierno, y á veces hasta de las de politica exterior, como mas tarde veremos en ciertos casos. El consejo de Estado era, pues, en aquella época, no solo un consejo de admi-

nistracion sino un verdadero consejo de gobierno.

Algunos miembros de este cuerpo, estaban ademas encargados, en diferentes ministerios, de ciertas administraciones especiales, á las que se habia querido atribuir mayor importancia, ó dedicar cuidados particulares; tales eran la instruccion pública, el tesoro, los bienes del Estado, las colonias y los trabajos públicos. Los Consejeros de Estado, encargados de dirigir estos diversos ramos, estaban bajo la autoridad del ministro competente. Los miembros del Consejo de Estado, considerablemente retribuidos, debian tener 25000 francos de sueldo, y los presidentes 35000. Estas asignaciones, como todos saben, eran entonces mayores que lo serian en la época actual. Las plazas del Consejo de Estado se ambicionaban aun mas que las del Senado, porque teniendo igual sueldo y consideracion que los senadores, los consejeros de Estado eran admitidos tanto como los ministros, en el manejo de los mas altos negocios.

Primeros miembros del Consejo de Estado.

Los principales miembros de este gran cuerpo fueron, en la seccion de guerra MM. Lacuée, Brune, y Marmont; en la de marina, MM. de Champagny, Ganteaume, y Fleurieu; en la de hacienda, MM. Defermon, Duchatel, y Dufresne; en la de justicia, MM. Boulay de la Meurthe, Bertier, y Real; y en la del interior, MM. Rœderer, Cretet, Chaptal, Regnault de Saint-Jean-d'Angely y Fourcroy. Los cinco presidentes fueron MM. Brune, Ganteaume, Defermon, Boulay de la Meurthe, y Rœderer. Seguramente no se podia componer este cuerpo de nombres mas distinguidos, de talentos mas positivos y diversos. Es preciso decir que la revolucion francesa habia sido prodigiosamente fecunda en hombres notables en todo género, y que si se queria no tener en cuenta las respectivas exclusiones, mutuamente verificadas por los partidos, habia medios para componer el personal del gobierno del modo mas variado, mas capaz y, podemos añadir, mas glorioso. Esto fue lo que hizo el nuevo cónsul; por ejemplo, eligió para la seccion de hacienda á M. Devaisnes, fuertemente tachado de realismo, pero que tenia en el ramo á que se le agregaba conocimientos prácticos, que habian sido y que fueron despues muy útiles.

Primera composicion del Senado.

El mismo dia 24 de diciembre (3 de Nevoso) MM. Sieyes, Roger-Ducos, Cambaceres y Lebrun se reunieron para nombrar los veinte y nueve senadores que con los dos cónsules salientes componian el número de treinta y uno. Como es natural, la lista se habia preparado de antemano, y estaba compuesta de los nombres mas respetables, tales como los de MM. Berthellet, Laplace, (recientemente salido del ministerio de lo interior), Monge, Tracy, Volney, Cabanis, Kellerman, Garat, Lacepede y Ducis. Este último no aceptó.

Instalacion del nuevo Gobierno Consular el 25 de Diciembre de 1799.

Al siguiente dia 25 de diciembre (4 de Nevoso) se reunió el consejo de Estado por primera vez. Los Cónsules acompañados de los ministros, asistieron á la sesion. Se deliberó sobre un proyecto de ley destinado á arreglar las relaciones que habian de tener entre sí los grandes cuerpos del Estado, y se convino tambien en los proyectos de ley que se necesitaba preparar para presentarlos en la próxima sesion del Cuerpo legislativo.

El Senado por su parte se reunió en el palacio de Luxemburgo, y se completó con la eleccion de los veinte y nueve miembros que faltaban, que unidos á los treinta y uno ya elegidos, hicieron subir á sesenta el número total de senadores. Se recordará que este número debia llegar mas tarde á ochenta. En esta lista complementaria, se contaban tambien reputaciones muy distinguidas: MM. Lagrange, Darcet, Francois de Neufchateau, Daubenton, Boungainville, el banquero Perregaux, y por último un nombre, muy de antiguo conocido, M. de Choiseul-Praslin.

Composicion del Cuerpo legislativo.

En los siguientes dias se ocupó el Senado en la composicion del Cuerpo legislativo y del Tribunado. Se nombraron para el Cuerpo legislativo hombres de opiniones moderadas de todas las épocas, miembros de la Asamblea constituyente, de la Asamblea legislativa, de la Convencion nacional, en fin, diputados del consejo de los Quinientos. Se tuvo cuidado de elegir de estas diversas asambleas á los hombres que no habian procurado el llamar la atencion,

ni hacerse notables entre la agitacion de los negocios, reservando para el Tribunado á los que eran conocidos por de gustos contrarios. Asi, pues, los trescientos nombres que componian el cuerpo legislativo no podian ser nombres muy brillantes, y seria difícil buscar entre aquella lista numerosa, dos ó tres, que sean conocidos hoy. Señalábase entre ellos el modesto y valiente Latour-d'Auvergne, héroe digno de la antigüedad por sus virtudes, por sus hazañas y por su noble fin.

Composicion del Tribunado.

Los cien nombres del Tribunado, elegidos con la natural intencion, si bien seguida muy pronto de amargos desengaños, de dar entrada á los espíritus activos, inquietos, y deseosos de fama, contenian celebridades, algunas de las cuales están ya algo gastadas, pero aun no entregadas al olvido en la actualidad: tales eran MM. Chenier, Audrieux, Chauvelin, Stanislao de Girardin, Benjamin Constant, Daunou, Riouffe, Berenger, Ganilh, Ginguené, Laromiguière, Juan Bautista Say, &c.

Terminada la formacion de estos cuerpos se preparó el local que les estaba destinado. Las Tullerias se reservaron á los tres Cónsules; se destinó el Luxemburgo para el Senado, el Palacio Borbon para el Cuerpo legislativo y el Palacio Real para el Tribunado.

Se dedicó una suma de algunos centenares de miles de francos, para poner á las Tullerias en estado de ser habitadas; y entretanto que se hacian los trabajos necesarios, los Cónsules permanecieron en el pequeño Luxemburgo.

El general Bonaparte habia ya hecho mucho desde su venida de Egipto: habia destruido al Directorio, y adquirido una autoridad, inferior en la apariencia, pero mayor en la realidad á la de un rey constitucional. Pero apenas acababa de apoderarse de esta autoridad, y era preciso que legitimase su posesion con útiles trabajos y grandes acciones. Era inmenso lo que le quedaba que hacer, porque sus primeros ensayos de reorganizacion no eran mas que un esfuerzo, dichoso sin duda, pero que aun dejaba en el pais grandes desórdenes y profundos padecimientos; la penuria en el tesoro; la miseria en los ejércitos; el fuego de la guerra civil en la Vendée; la incertidumbre en las potencias neutrales, y un verdadero encarnizamiento en las potencias beligerantes para prolongar la lucha. Y sin embargo, su subida al poder despues de sus primeros trabajos, y antes de ejecutar los inmensos que tenia la confianza de llevar á cabo muy pronto, encantó su ambicioso corazon.

Varias medidas políticas que acompañaron la instalacion del gobierno consular.

Para celebrar la instalacion de su gobierno dictó varias medidas, cuidadosamente acumuladas, y en las cuales se traslucia una política profunda, una sentida alegria, y esa generosidad que inspira contento á toda alma benéfica. Dichas medidas se sucedieron unas á otras desde el 25 de Diciembre (4 de Nevoso) dia de la instalacion del gobierno consular, hasta el 1.° de Enero de 1800 (11 de Nevoso) dia de la apertura de la primera sesion legislativa.

Los parientes de los emigrados y los antiguos nobles admitidos á los cargos públicos.

Desde luego por un acuerdo del Consejo de Estado de 27 de Diciembre (6 de Nevoso) se decidió, que las leyes que escluian á los parientes de los emigrados y á los antiguos nobles de los cargos públicos, quedasen anuladas, puesto que dichas leyes eran contrarias á los principios de la nueva Constitucion.

Un cierto número de individuos pertenecientes al partido revolucionario, debian ser, como ya hemos dicho, presos ó deportados, á consecuencia de una medida poco reflexiva, tomada algunos dias despues del 18 de Brumario. Ambas cosas habian sido despues conmutadas en vigilancia de la alta policía. Esta misma vijilancia fue suprimida por decreto del 5 de Nevoso. Despues de esta reparacion acordada á los que estuvo en poco que cargaran con todo el rigor de aquella medida, el primer Cónsul acordó otra mas importante y mas necesaria á las víctimas del Directorio y de los gobiernos anteriores. Se autorizó á los deportados que no habian sido juzgados debidamente á volver á Francia, con la sola obligacion de fijar su residencia en los lugares que se les señalaban. Esta disposicion era extensiva á los proscriptos de todas las épocas, pero con especialidad á los del 18 de

Licencia para volver á Francia á los proscriptos del 18 Fructidor.

Fructidor. MM. Boissy-d'Anglas, Dumolard, Pastoret, fueron llamados y autorizados para permanecer el primero en Annonay, el segundo en Grenoble y el tercero en Dijon. MM. Carnot, Portalis, Quatremère-Quincy, Simeon, Villaret-Joyeuse, Barbé-Marbois y Barrere, tambien llamados, fueron autorizados para residir en Paris. El cuidado de tener en la capital, aunque no era el lugar de su nacimiento, á hombres como MM. Carnot, Simeon y Portalis, indicaba claramente que el gobierno tenia algunas miras sobre ellos, y se disponia á emplear sus talentos.

Restitucion de las iglesias á los sacerdotes.

Otras medidas se tomaron relativas al culto y á su libre ejercicio. El 28 de Diciembre (7 de Nevoso) se decretó que los edificios destinados á las ceremonias religiosas continuasen cumpliendo con su objeto, ó se destinasen á él de nuevo, sino se habian devuelto á los ministros de los diferentes cultos. Queriendo ciertas autoridades locales estorbar el ejercicio del Catolicismo, prohibian que se abriesen las iglesias los domingos, y solo autorizaban que se hiciese de diez en diez dias. Los Cónsules derogaron las órdenes municipales de esta especie, y añadieron á la restitucion de los edificios religiosos, la libre facultad de celebrar en ellos los dias que indicasen los respectivos cultos. Sin embargo, no se atrevieron aun á prohibir las ceremonias de los Theophilántropos, que tenian lugar en las iglesias ciertos dias de cada semana, y que á los ojos de los católicos pasaban por profanaciones.

Los Cónsules hicieron modificar la fórmula de obligacion, que se exigia á los sacerdotes. Hasta allí se les habia forzado á prestar un juramento especial á la Constitucion civil del Cléro; juramento que los obligaba á reconocer una legislacion, contraria, segun algunos, á las leyes de la iglesia. Se imaginó imponerles una simple promesa de obediencia á la Constitucion del Estado, la que ninguno de aquellos podia negarse á hacer, á menos de no negar *la obediencia al César*, rigurosamente prescripta por la Iglesia Católica. A esto se llamó despues la *promesa* por oposicion al *juramento*, y fue lo que atrajo, al punto, al altar un gran número de sacerdotes. Los *juramentados* habian obtenido el favor del gobierno; ahora les tocaba á los no *juramentados*.

Se sustituye por una promesa de fidelidad á la Constitucion el juramento que ántes se exigia á los sacerdotes.

En fin, á estas medidas añadió una el nuevo primer Cónsul, que á los ojos de todo el mundo debia pertenecerle mas directamente, porque recordaba relaciones que en cierto modo le eran personales. Habia negociado con el papa Pio VI, ya difunto, y firmado en las puertas de Roma el tratado de Tolentino: ademas, desde el año 1797 habia mostrado grandes deferencias hácia el gefe de la Iglesia Católica, recibiendo en cambio marcadas muestras de benevolencia. Pio VI, muerto en Valencia del Delfinado, aun no habia obtenido los honores de la sepultura; y sus restos mortales estaban depositados en una sacristia. A su vuelta de Egipto vió el general Bonaparte al cardenal Spina en Valencia, é informado de aquellos pormenores se prometió reparar lo mas pronto que le fuese posible un olvido tan notable.

Asi fue, que el 30 de Diciembre (9 de Nevoso) hizo que los Cónsules expidiesen un decreto apoyado en las mas nobles consideraciones.

»Considerando los Cónsules, decia el »decreto, que el cuerpo de Pio VI hace »seis meses que está depositado en la »ciudad de Valencia, sin que se le ha»yan tributado los honores de la sepul»tura;

»Que si aquel anciano, respetable por »sus infortunios, fue un momento el ene»migo de la Francia, se debió á las se»ducciones y á los consejos de los hom»bres que rodeaban su ancianidad;

»Que es propio á la dignidad de la »nacion francesa, y conforme á su ca»ràcter, dar pruebas de consideracion »al hombre que ocupó uno de los pri»meros puestos de la tierra;

»Los Cónsules decretan..... &c., &c.» Seguian las disposiciones que ordenaban los honores fúnebres que debian hacerse al Pontífice, y la ereccion de un monumento que hiciese conocer la dignidad del príncipe que yacia en él.

Esta demostracion produjo quizas mas efecto que las medidas mas humanitarias, por que heria y asombraba las imaginaciones acostumbradas á otros espectáculos. Asi fue, que una inmensa multitud se dirigió á Valencia para aprovechar la

autorizacion que se les daba de hacer una manifestacion religiosa.

Abolicion de la fiesta de 21 de Enero.

El catálogo de las fiestas revolucionarias contenia una, en mal hora inventada, y era la que se celebraba el 21 de enero. Cualesquiera que fuesen los sentimientos de los hombres de todos los partidos respecto al trágico acontecimiento que recordaba aquella fecha, no dejaba de ser una fiesta bárbara la que tenia por objeto la conmemoracion de una catástrofe sangrienta. Ya en tiempos del Directorio habia mostrado el general Bonaparte una viva repugnancia á asistir á ella, no porque entonces pensase honrar á la monarquía, que debia restablecer un dia en su provecho, sino porque le gustaba desafiar públicamente las pasiones de que no participaba. En la actualidad, á la cabeza del gobierno, hizo que las comisiones legislativas declarasen que en adelante no habria mas que dos fiestas: la del 14 de Julio, aniversario del primer dia de la revolucion, y la del 1.º de Vendimiario, aniversario del primer dia de la república. «Estas jornadas, decia, son eter»nas en la memoria de los ciudadanos: »ellas han sido acogidas por todos los »franceses con unánime entusiasmo, y »no despiertan ningun recuerdo que tien»da á llevar la division entre los aman»tes de la república.»

Se necesitaba todo el poder, todo el ánimo del gefe del nuevo gobierno, para llevar á cabo una serie de medidas, que, si bien justas, políticas y morales en sí mismas, parecian, no obstante, á muchos espíritus exaltados, otros tantos actos precursores de una completa contrarevolucion. Pero al hacer el general Bonaparte todo eso, tenia cuidado de dar por sí mismo no solo el primer ejemplo de olvido de los odios políticos, sino de despertar estrepitosamente aquel sentimiento de gloria, por el cual conducia á los hombres de su tiempo, y los arrancaba á los inmobles furores de los partidos. Así, pues, aunque el general Augereau le habia ofendido, con su conducta, digna de reproche, el 18 de Brumario, lo nombró sin embargo para mandar el ejército de Holanda.

«Mostrad, le escribia en una carta que »fue publicada, mostrad en todos los ac»tos que en vuestra posicion llevais á ca»bo, que sois superior á esas miserables »divisiones de partido, cuyas desgracia»das consecuencias son, hace diez años, el »destrozo de la Francia..... Si las cir»constancias me obligan á hacer la guer»ra en persona, estad seguro que no os »dejaré en Holanda, y que jamas olvi»daré la bella jornada de Castiglione.»

Institucion de las armas de honor.

Al mismo tiempo se anticipaba á la fundacion de la Legion de Honor instituyendo las armas de honor. Aquella democracia francesa, despues de haber pregonado su horror por las distinciones personales, lo mas que entonces podia admitir eran recompensas por acciones militares. Como consecuencia de un artículo de la Constitucion, el primer cónsul hizo decretar para toda accion brillante unos premios que consistirian en un fusil de honor para los soldados de infantería, una carabina de honor para los de caballería, granadas de honor para los artilleros, y últimamente sables de honor para los oficiales de todas graduaciones. A esta institucion que fue decretada el 25 de diciembre (4 de Nevoso) el general la acompañó con hechos positivos. Al siguiente dia concedió al general Saint-Cyr un sable por una brillante accion que acababa de dar en el Apenino. «Recibid, le dijo como tes»timonio de mi satisfaccion un hermo»so sable que llevareis los dias de com»bate. Haced conocer á los soldados que »están bajo vuestras órdenes, que es»toy contento de ellos, y que espero es»tarlo aun mas en lo sucesivo.»

A estos actos que anunciaban su toma de posesion del poder, que marcaban el carácter de su gobierno, y hacian resaltar la disposicion en que se hallaba de mostrarse superior á todas las pasiones de los partidos, los acompañó el primer Cónsul inmediatamente con pasos de una importancia mas considerable, tanto respecto de la Vendée como de las potencias de Europa.

Apesar de haberse firmado una suspension de armas en la Vendée y entablándose negociaciones, la pacificacion de aquel país no se adelantaba. El general Bonaparte habia dejado pocas dudas á los realistas que se habian dirijido á él para sondear sus intenciones, y saber si bastaria á su ambicion ser el restaurador, el sosten, el primer súbdito de la casa de Borbon. El general los habia desengañado, presentándose irre-

vocablemente adherido á la causa de la revolucion francesa. Aquella franqueza en sus declaraciones, no facilitó en nada las negociaciones empezadas. Los gefes vendeanos vacilaban entre el temor que les inspiraba la fuerza y vigor del nuevo gobierno, y las instancias de los emigrados de Lóndres, autorizados para ofrecerles de parte de M. Pitt, armas, dinero y sembarcos.

La Inglaterra contaba particularmente con una nueva insurreccion en la Vendée, y proyectaba hacer sobre esta parte de nuestras costas una tentativa semejante á la que habia ensayado en Holanda. El mal éxito de esta última no la habia desanimado, y pedia con instancias al emperador Pablo el auxilio de sus tropas, si bien es verdad, con muy pocas probabilidades de obtenerle. La Prusia que empezaba á manifestar hácia el gobierno consular cierto interes, no cesaba de repetir al ayudante de campo Duroc y al encargado de negocios de Francia M. Otto: «Concluid de una vez con la Vendée, porque por allí os preparan los golpes mas sensibles.»

El general Bonaparte lo sabia. A mas de los perjuicios que la Vendée causaba á los ejércitos de la República, distrayendo una parte de sus fuerzas, la guerra civil le parecia no solo una desgracia, sino tambien una especie de deshonra para un gobierno, porque atestiguaba un estado interior deplorable. Habia, pues, tomado para concluirla las medidas mas eficaces; hizo venir de Holanda una parte del ejército, que bajo las órdenes del general Brune, acababa de vencer á los anglo-rusos; le agregó una parte de la guarnicion de Paris, que le importaba poco disminuir considerablemente, supliendo la fuerza material con el prestigio de su nombre, y de esta suerte logró reunir en el Oeste un ejército excelente, fuerte de unos 60,000 hombres. Puso á su cabeza al general Brune, con encargo especial de que conservase como segundo suyo al prudente y conciliador Hedouville, quien tenia todos los hilos de la negociacion con los realistas. El nombre del general Brune era una respuesta á los que contaban con un nuevo desembarco de los anglo-rusos. Pero ántes de dar un golpe decisivo, si las condiciones de la pacificacion no eran al fin aceptadas, el primer Cónsul creyó de su deber dirigirse á los Vendeanos el mismo dia de su instalacion en el poder.

El 29 de Diciembre (8 de Nevoso) dirigió á los departamentos del Oeste una proclama y un decreto de los Cónsules concebida en estos términos:

Proclama dirigida á la Vendée.

»Una guerra impia »amenaza abrasar por »segunda vez los de»partamentos del Oeste. El deber de los »primeros magistrados de la República es prevenir sus progresos y extinguirla en su cuna; pero no quieren »desplegar la fuerza sino despues de haber agotado las vias de la persuacion »y de la justicia.»

Distinguiendo entre los hombres criminales, vendidos al extrangero y enemigos irreconciliables de la República, y los ciudadanos extraviados, que al sostener la guerra civil solo habian querido resistir á persecuciones crueles, el primer Cónsul recordaba todos los actos que debian tranquilizar á estos últimos y atraerlos hácia el nuevo gobierno, tales como la revocacion de la ley de rehenes, la restitucion de las iglesias á los sacerdotes, y la libertad concedida á cada cual de observar el domingo; en seguida prometia una amnistía completa á los que se sometieran, abandonando las filas de los rebeldes y deponiéndo las armas de que los habia provisto la Inglaterra. Pero añadia, que serian reducidos inmediatamente por la fuerza los que persistieran en la insurreccion. Anunciaba la suspension de la Constitucion, es decir, que se pondrian en práctica medidas extraordinarias en los puntos en que las bandas rebeldes continuasen mostrándose armadas. »El gobierno» decia á la conclusion la proclama de los Consules, «perdonará; se compadecerá »de los arrepentidos; la indulgencia se»rá completa y absoluta; pero castigará »á cualquiera que despues de esta decla»racion se atreva á resistirse á la sobe»rania nacional..... Pero no, no conoz»camos mas que un sentimiento, el amor »á la patria. Los ministros de un Dios »de paz, serán los primeros motores de »la reconciliacion y de la concordia. Que »hablen al corazon el lenguaje que apren»dieron en la escuela de su Maestro; que »vayan á los templos, que se abren de »nuevo para ellos, á ofrecer el sacri»ficio que expiará los crímenes de la gue»rra y la sangre que ha hecho derramar.»

Esta manifestacion, apoyada en una fuerza temible, era de naturaleza bastante para producir el efecto que se deseaba, sobre todo dimanando de un gobierno nuevo, extraño del todo á los execsos y á las faltas que habian servido de pretexto á la guerra civil.

Despues de haber procedido asi respecto á los enemigos interiores, se dirigió el primer Cónsul á los enemigos exteriores, resuelto á dar un paso solemne cerca de dos potencias, que hasta entonces no habian dado ninguna señal de reconciliarse con la Francia, y que parecian, al contrario, encarnizadas en la guerra: queremos hablar del Austria y de la Gran Bretaña.

La Prusia, como se ha visto, habia acogido perfectamente al ayudante de campo Duroc, y no cesaba de dar diarias y expresivas pruebas de simpatia al primer cónsul. Satisfecha de sus relaciones con él, deseaba triunfos á su gobierno contra la anarquia y á sus ejércitos contra el Austria. En cuanto al proyecto de presentarse como mediadosa, siempre alimentaba la idea, pero no se atrevia á dar el primer paso, porque creia aun alejado el momento de la paz, y no queria empeñarse tan pronto en una negociacion cuyo éxito no era posible preveer. En efecto: cualquiera que observase bien el estado de las cosas de Europa, podia fácilmente conocer que para desatar los lazos que unian á la Inglaterra y al Austria se necesitaba todavía otra campaña. La corte de Madrid habia visto tambien con satisfaccion el advenimiento al poder del general Bonaparte, porque con él, la alianza de España con la Francia parecia mas honrosa y útil. Mas el horizonte no se aclaraba completamente por ningun punto. El general Bonaparte resolvió, pues, el mismo dia en que la Constitucion le investia oficialmente con una nueva autoridad, dirigirse á las potencias que eran enemigas declaradas, para ofrecerles la paz, y mostrar públicamente su sin razon é injusticia si la rehusaban. Dado este paso, sin obtener ningun buen resultado, podria de nuevo emprender la guerra, teniendo á su favor la opinion de todo el mundo.

Desde luego dió las órdenes convenientes para que verificasen su partida todos los agentes del gobierno frances últimamente nombrados, y que aun no habian salido de Paris, porque se quiso fuesen acreditados por un gobierno definitivamente constituido. El general Beurnonville se puso en camino para Berlin; M. Alquier para Madrid; M. de Semonville para La Haya y M. Bourgoing para Copenhague. El general Beurnonville llevó el encargo de hacer una diestra lisonja al rey de Prusia, cual era la de pedirle un busto de Federico el Grande para colocarle en el gran salon de Diana del palacio de las Tullerias. El primer Cónsul habia dispuesto que se colocasen en esta galeria los retratos de todos los hombres grandes, objetos de su predileccion. M. Alquier, no solo estaba encargado de expresar en Madrid al rey y á la reina las mas cariñosas muestras de afecto, sino tambien de entregar un presente al principe de la Paz, que aunque no era ministro tenia una influencia considerable. Este presente consistia en hermosas armas fabricadas en Versailles, célebre entónces en toda la Europa por la perfeccion de sus productos.

Público ofrecimiento de paz dirigido á la Inglaterra y al Austria.

Hecho esto se ocupó el primer cónsul en el paso que habia pensado dar con respecto á las dos cortes enemigas, la Inglaterra y el Austria. En general se acostumbra disimular estas negociaciones, y precederlas de ciertas tentativas indirectas, para alejar la humillacion de una negativa. El general Bonaparte al hablar á la Inglaterra y al Austria queria hablar al mundo, y para esto necesitaba hacerlo de un modo solemne, que saliese del todo de las formas acostumbradas, y que pudiera dirigirse al corazon de los mismos soberanos, para lisongearlos ó causarles embarazos. En su consecuencia, en lugar de dirigir notas á lord Grenville ó á M. de Thugut, escribió directamente dos cartas al rey de Inglaterra y al emperador de Alemania, encargando á los ministros de ambas cortes las transmitiesen á sus soberanos.

Carta al rey de Inglaterra.

La carta dirigida al rey de Inglaterra estaba concebida en estos términos:

*Paris 5 de Nevoso del año VIII* (26 de Diciembre de 1799.) Llamado »por el voto de la nacion francesa á ocu»par la primera magistratura de la repú«blica, creo conveniente al tomar posesion «de ella, dar parte directamente á V. M.

»La guerra que hace cuatro años des»truye las cuatro partes del mundo ¿de»berá ser eterna? ¿acaso, no hay ningun »medio de entenderse?

»¿Cómo es que las dos naciones mas »ilustradas de la Europa, poderosas y fuer»tes mas que lo que exigen su seguridad »y su independencia, pueden sacrificar »á ideas de vana grandeza el bien del »comercio, la prosperidad interior y la »felicidad de las familias? ¿cómo no co»nocen que la paz es la primera de las »necesidades y la primera de las glorias?

»Estos sentimientos no pueden ser es»traños á V. M. que gobierna una na»cion libre con el solo objeto de hacer»la dichosa.

»V. M. no verá en estas insinuacio»nes, sino mi deseo sincero de contri»buir eficazmente por segunda vez á la »pacificacion general, por medio de una »negociacion pronta, de confianza, y des»nuda de esas formas, que si pueden »ser necesarias para disfrazar la depen»dencia de los Estados débiles, no de»muestran en los Estados fuertes sino »el deseo de engañarse mutuamente.

»La Francia y la Inglaterra, abusan»do de sus fuerzas, pueden por largo tiem»po aun y para mal de todos los pueblos, »prolongar la lucha que las va aniquilan»do: pero, me atrevo á decirlo, la suer»te de todas las naciones civilizadas es»tá unida á la conclusion de una guer»ra que comprende al mundo entero.

»Firmado, BONAPARTE.

»*Primer Cónsul de la República Francesa.*»

El mismo dia dirigió el primer Cónsul al emperador de Alemania la siguiente carta:

Carta al emperador de Alemania.

»De vuelta á Europa »despues de diez y ocho »meses de ausencia, en»cuentro encendida la »guerra entre la República Francesa y »V. M.

»La nacion francesa me llama á ocu»par la primera magistratura.

»Estraño á todos los sentimientos de »vana gloria, mi primer voto es por »evitar la efusion de sangre que va á cor»rer. Segun todo anuncia, en la pró»xima campaña, ejércitos numerosos y »habilmente dirigidos triplicarán el nú»mero de las víctimas que ya ha hecho »la renovacion de las hostilidades. El co»nocido carácter de V. M. no me deja »ninguna duda acerca de los sentimien»tos de su corazon. Y si esos sentimien»tos son escuchados, entreveo la posibi»lidad de conciliar los intereses de las »dos naciones.

»En las relaciones que anteriormen»te he tenido con V. M. me ha dispen»sado personalmente algunos miramien»tos. Yo ruego á V. M. que vea en es»te paso el deseo de corresponder á ellos, »y de convencerle cada vez mas del par»ticular aprecio que siento por V. M.

»Firmado, BONAPARTE.

»*Primer cónsul de la República Francesa.*»

Tal era la manera con que anunciaba el primer Cónsul su advenimiento, ya á los partidos que dividian á la Francia ya á los gabinetes coligados contra ella. Ofrecia la paz y se disponia á conquistarla por la fuerza sino podia obtenerla por medios amistosos. Su intencion era emplear el invierno en una campaña corta y decisiva en la Vendée, á fin de poder en la primavera dirigir sobre el Rhin y sobre los Alpes las tropas que estarian disponibles para la guerra exterior, una vez concluida la interior.

Apertura del cuerpo legislativo.

Enero de 1800. Mientras aguardaba el resultado de estas gestiones, el dia 1.° de Enero de 1800 (11 de Nevoso del año VIII abrió las sesiones legislativas, y determinó consagrar esta legislatura de cuatro meses, en preparar por medio de buenas leyes la reorganizacion administrativa de la Francia, que apenas estaba comenzada. Acababa de sustituir en el ministerio del interior al sábio Laplace, con su hermano Luciano; y de nombrar á M. Abrial, hombre honrado y muy aplicado al trabajo, para reemplazar en el ministerio de justicia, á M. Cambaceres, elegido cónsul.

El 1.° de Enero de 1800 se reunieron el Senado, el Cuerpo Legislativo y el Tribunado. El Senado eligió para presidente á M. Sieyes; el Cuerpo Legislativo á M. Perrin-des Vosges, y el Tribunado á M. Daunon. Inmediatamente se presentaron al Cuerpo Legislativo numerosos proyectos de ley.

Reinaba una especie de ansiedad á la vista de aquellas asambleas deliberantes nuevamente reunidas. Todos estaban cansados de agitaciones; tenian sed de des-

canso, y estaban ya fastidiados de aquella viva aficion á la elocuencia política que habia sentido la Francia en ochenta y nueve, cuando Mirabeau, Barnave, Maury, Cazales, le abrieron una nueva carrera de gloria; la de la tribuna. La irritacion contra los abogados era general, y solo gozaban favor los hombres de accion capaces de procurar á la Francia la victoria y la paz. Sin embargo, aun todavia no se habian decidido por el establecimiento del poder absoluto, ni deseaban que fuese del todo ahogada la libertad y una discusion prudente. Si el poder de accion que un nuevo legislador acababa de establecer en la Constitucion creando un primer Cónsul y escogiendo para esta magistratura al primer capitan del siglo, era incompatible con la libertad, estaban prontos á sacrificarla: pero todo el mundo habia quedado satisfecho al ver que era posible conciliar la libertad con un poder fuerte. No eran por cierto los agitadores vulgares y los republicanos obstinados los que pensaban así; eran los hombres prudentes é ilustrados, que no habrian querido que la revolucion se desmintiese á sí misma tan pronto y tan completamente. Así es, que los indiferentes se preguntaban unos á otros con curiosidad, y los buenos ciudadanos con verdadera inquietud, como se portaria con el gobierno el Tribunado, único cuerpo que podia usar de la palabra, y como tomaria el gobierno una oposicion, si llegaba á crearse alguna.

Cuando se declara una reaccion, por muy general que sea, no arrastra consigo á todo el mundo, y así, exáspera é irrita á los que no ha podido arrastrar. MM. Chénier, Andrieux, Ginguené, Daunou y Benjamin Constant que pertenecian al Tribunado, á la vez que lamentaban los crímenes de la época del terror, no estaban dispuestos á creer que la revolucion francesa hubiese sido injusta con sus adversarios. Las doctrinas monárquicas y religiosas, que volvian manifiestamente les incomodaban sobre todo por la inmoderada precipitacion con que se verificaba el retroceso á las antiguas ideas; y por ello experimentaban un descontento que no trataban de disimular. La mayor parte de los que pensaban así eran sinceros. Fuertemente ligados á la revolucion, admitian todas sus consecuencias, excepto la sangre y las expoliaciones, y no querian lo que creian entrever en la profunda mente del nuevo dictador. En buen hora que no se persiguiese á los sacerdotes, pero que se les favoriese hasta volverlos á los altares, era demasiado para aquellos fieles sectarios de la filosofía del siglo XVIII; que se diese un poco mas de unidad y de fuerza al poder pase, pero que se llevase aquel cuidado hasta restablecer la unidad monárquica, en beneficio de un militar, era aun demasiado á sus ojos. Por lo demas, como sucede siempre, las causas eran diversas: si tales eran las opiniones de MM. Chenier, Ginguené, Daunou, Tracy y Cabanis, no podian ser las de M. Constant, el cual seguramente no habia podido contraer en la sociedad de la familia Necker, con quien vivia, ni aversion hácia las ideas religiosas, ni una exclusiva aficion á la revolucion francesa. Habiendo entrado en el Tribunado, gracias á las solicitudes de sus amigos, no por eso dejó de ser á los pocos dias el mas bullicioso entre los que componian la nueva oposicion. Impulsábale á ello su humor cáustico y burlon, y principalmente el descontento de la familia de Necker, del cual participaba. Mad. de Staël, que era la sola que representaba entónces á aquella ilustre familia, fue un tiempo gran admiradora del general Bonaparte, á quien habria sido fácil atraerse una persona, cuya viva imaginacion era sensible á todo lo grande. Pero aunque dotado de talento y de genio, habia herido con frases poco decorosas á una muger que le disgustaba, por hallar en ella pretensiones superiores á su sexo, causando de esta suerte en su alma una irritacion, sino temible á lo menos molesta. Cualquier falta por ligera que sea, produce sus consecuencias. El primer Cónsul habia recogido el fruto de la suya, al encontrar una oposicion bastante incómoda por parte de los que estaban sometidos á la influencia del talento atractivo de Mad. Staël. M. Constant era de este número.

Sin ninguna intencion seguramente, y solo por la necesidad, se habia establecido el Tribunado en el Palais-Royal. Las Tullerías se habian destinado al gefe del gobierno. El Luxemburgo, en donde antes habia estado el consejo de los Ancianos, se cedió como era natural al Senado; dejando el Palacio Borbon al

cuerpo Legislativo. No quedaba, pues, para el Tribunado mas que el Palais-Royal. La disposicion de tomar por la parte mas mala los actos mas sencillos, era tal en ciertos espíritus, que se quejaron amargamente de la eleccion de aquel edificio, pretendiendo que se habia querido rebajar la dignidad del Tribunado al colocarlo en el ordinario asilo del desórden y del desenfreno. Discutianse el 2 y el 3 de Enero en el Tribunado ciertos artículos del reglamento, cuando uno de sus miembros, M. Duveyrier, pidió de pronto la palabra para quejarse de algunas medidas que segun él, perjudicaban á muchos propietarios de establecimientos que hacia largos años vivian en Palais-Royal. Los reclamantes eran personas de poca consideracion; y ademas habian sido indemnizados. El tribuno Duveyrier reclamó fuertemente contra aquellas supuestas injusticias, y dijo que no se debia despopularizar á la representacion nacional, haciéndola responsable de faltas cometidas en su nombre. Pasando en seguida á la eleccion del local, «Yo no soy de esos, esclamó, que se ofenden, de que se haya elegido para establecer el Tribunado un lugar, teatro ordinario de desórdenes y escesos de todo género; en ello no veo ni peligro ni alusion que pueda sernos desfavorable. Al contrario, doy gracias á la popular intencion de los que han querido que los Tribunos del pueblo se hallen en medio del pueblo; que los defensores de la libertad sean colocados en los lugares testigos del primer triunfo de la libertad. Yo les doy gracias por habernos proporcionado los medios de ver desde esta tribuna el sitio en que el generoso Camilo Desmoulins, dando la señal de un movimiento glorioso, enarboló nuestra escarapela nacional, nuestro mas hermoso triunfo, nuestro eterno signo de union; esa escarapela que hizo nacer tantos prodigios, á la cual deben tantos héroes la celebridad de sus armas, y que solo con la vida podremos abandonar. Yo les doy gracias por habernos proporcionado la vista de estos lugares, en donde si se quisiese levantar un ídolo de quince dias, nosotros recordariamos la caida de un ídolo de quince siglos.»

Primeras sesiones del Tribunado.

Tan brusco ataque produjo la mas viva sensacion en la asamblea, y muy pronto en todo Paris. El Tribunado pasó á la órden del dia, reprobando aquellas palabras la mayoria de sus miembros. Pero no por eso dejó el efecto de ser menos grande, y era este un mal principio para un cuerpo, que si queria salvar la libertad de los peligros con que la amenazaba una reaccion entonces general, tenia que guardar infinitas consideraciones, ya hácia los espíritus prontos á alarmarse, ya hácia un gefe de gobierno que se irritaba con facilidad.

Una escena de tal naturaleza no podia dejar de tener sus consecuencias. La cólera del primer Cónsul fué estremada, y los humildes adoradores de su naciente poder pusieron los gritos en el cielo. MM. Estanislao de Girardin, de Chauvelin y otros, que sin querer abdicar toda su independencia en presencia del nuevo gobierno, desaprobaban, no obstante, aquella intempestiva oposicion, tomaron la palabra en la siguiente sesion, y propusieron, para atenuar el efecto del discurso del tribuno Duveyrier, que se prestase una especie de juramento á la Constitucion.

«Antes de proceder á nuestros trabajos, dijo M. Girardin, me parece debemos dar al pais un testimonio de nuestra adhesion á la Constitucion. No os propondré que jureis su observancia. Conozco, y vosotros conoceis tambien, la inutilidad de los juramentos; pero creo que al aceptar un cargo, es útil prometer desempeñarle lealmente. Sigamos el ejemplo del Senado conservador y del Consejo de Estado, y asi fijaremos la opinion que debe formarse de nosotros, y haremos enmudecer á la maledicencia, que propala ya que el Tribunado es una resistencia organizada contra el gobierno. No, el Tribunado no es un foco de oposicion, sino de luces; no, no quiere el Tribunado combatir sin tregua los actos del gobierno; al contrario, está pronto á acojerlos con júbilo cuando sean conformes al interes público. El Tribunado se dedicará á calmar las pasiones en vez de irritarlas. Su moderacion debe hacerse lugar entre todas las facciones para reunirlas y disolverlas. Los moderados son los que llevaron á cabo el 18 de Brumario, esa jornada saludable y gloriosa que ha salvado á la Francia de la anarquia interior y de la invasion extrangera. Volvamos, para salvar á la República, á los principios que la fun-

daron, pero evitemos la vuelta de los excesos que tantas veces la han puesto en peligro. Si desde aquí vemos el sitio en que se enarboló por primera vez el signo de la libertad, desde aquí tambien vemos el lugar en que se concibieron los crímenes que han ensangrentado la revolucion. Yo estoy muy léjos de aplaudir la eleccion hecha de este palacio para celebrar en él nuestras sesiones; al contrario, lo siento; pero por lo demas, los recuerdos que evoca están, por fortuna, muy léjos de nosotros. El tiempo de los discursos vehementes, de las excitaciones á los grupos sediciosos del Palais-Royal ha pasado. No obstante, si ciertas declamaciones no pueden ya perdernos, pueden al menos retardar el momento del bien. Al resonar desde esta tribuna en Paris, y desde Paris en toda la Europa, pueden alarmar los ánimos, suministrar pretextos y retardar la paz que tanto deseamos!.... La paz, añadió M. de Girardin, la paz debe preocupar de continuo nuestra mente; y cuando tengamos siempre delante tan grande interes, no nos permitiremos expresiones semejantes á las que se le escaparon el otro dia á uno de nuestros cólegas, y que ninguno de nosotros ha recogido porque no tenian aplicacion, puesto que no conocemos en Francia ningun ídolo."

El orador concluyó su discurso, proponiendo que cada tribuno hiciese la siguiente declaracion: *Prometo cumplir con fidelidad las funciones de que me ha encargado la Constitucion.*

Esta proposicion fue adoptada. Disgustado M. Duveyrier del escándalo que habia producido su discurso, trató de excusarse, y quiso ser el primero en hacer la declaracion, cuya idea habia dado M. de Girardin. Todos los miembros del Tribunado se apresuraron á imitarle.

Asi se reparó un poco el mal efecto de la primera escena. Sin embargo, el primer Cónsul concibió hácia el Tribunado una aversion invencible, la misma, por otro parte que hubiera sentido, hacia todo asamblea libre que usase ó abusase de la palabra. En su consecuencia, hizo que se insertasen en el *Moniteur*, observaciones muy amargas sobre los tribunos de Francia y los tribunos de Roma.

Las sesiones siguientes trajeron nuevas manifestaciones tan sensibles como las precedentes. La primera proposicion presentada por el gobierno tenia por objeto arreglar las fórmulas que se habian de seguir en la presentacion, discusion y adopcion de los proyectos de ley. Este era uno de los objetos desatendidos en la Constitucion del año VIII, y abandonados á la legislatura. En las disposiciones propuestas no era el Tribunado objeto de muchas consideraciones. El proyecto del gobierno establecia que se presentarian las leyes al cuerpo legislativo por medio de tres Consejeros de Estado; que en seguida se comunicarian al Tribunado, el cual debia estar pronto en el dia que el gobierno fijase para discutirlas por el órgano de sus tres oradores, en presencia del cuerpo legislativo. Cuando mas el Tribunado podia solicitar algun plazo del cuerpo legislativo, quien debia decidir si se le concedia ó no. Preciso es convenir que en esto se trataba al Tribunado con muy poco decoro, porque se queria que desempeñase su encargo en un dia fijo, lo que apenas se podria exigir de una seccion del consejo de Estado ó de las oficinas de un ministerio. Nadie se permitiria en la actualidad fijar á un cuerpo deliberante el dia y el término de una discusion: este es un cuidado que se deja á su inteligencia y á su zelo, si el asunto es urgente. Pero las conveniencias parlamentarias, que son, como la política, el fruto de la costumbre, no podian preceder entre nosotros á las prácticas del gobierno representativo. Pasábase casi sin transicion de la violencia revolucionaria á la aspereza militar. Las comisiones que durante un mes habian ejercido el poder legislativo, discutiendo secretamente y despachando algunas leyes en veinte y cuatro horas, habian correspondido mas á los gustos del primer Cónsul, que queria siempre ser servido y satisfecho al momento. Esto nos explica, sin excusarlas, las inconcebibles disposiciones del proyecto del gobierno.

Proyecto del gobierno sobre el modo de discutir las leyes.—Ataques contra el proyecto.

La naciente oposicion del Tribunado, tenia, pues, razon en combatir este proyecto; pero despues de lo acontecido en la primera sesion, era una desgracia para ella tener que combatir la primera proposicion emanada de los Cónsules,

porque con ello hacia creer que habia allí un partido dispuesto á atacarlo todo; añadiendo á este mal el modo con que se condujo. El ataque mas vivo partió de M. Constant. En un ingenioso é irónico discurso, como él sabia hacerlos, pidió que el Tribunado tuviese un tiempo determinado para examinar los proyectos de ley que se le presentasen, y no se viese obligado á examinarlos corriendo. Con este motivo recordaba el peligro de las *leyes de urgencia* dadas durante la revolucion, las cuales habian sido siempre desastrosas; preguntaba por qué se tenia tanto empeño en concluir tan rápidamente con el Tribunado; por qué se le consideraba ya de tal manera hóstil que se queria abreviar cuanto fuese posible el paso que habian de hacer las leyes por su seno. «Todo esto depende, añadió, de la falsa idea que se tiene de que no somos sino un cuerpo de oposicion, destinado á no hacer otra cosa, que contrariar sin descanso al gobierno; lo que no es, ni puede ser, porque nos debilitaria en la opinion. Esta falsa idea ha llenado todos los artículos de ese proyecto de una impaciencia inquieta y desmesurada; se nos presentan, por decirlo asi, las proposiciones al vuelo, con la esperanza de que no podremos asirlas; y se las quiere hacer pasar por nuestro exámen, como por un ejército enemigo, para transformarlas en leyes sin que háyamos podido alcanzarlas."

Discurso de M. Constant

Muchas reflexiones picantes se mezclaron á este largo discurso que produjo gran sensacion. M. Constant habia puesto el mayor esmero en sostener que el Tribunado no era un cuerpo dedicado especialmente á la contradiccion, y que él no contradeciria sino cuando el interes público lo exijiese; pero habia repetido sus protestas de una manera y con un tono poco apropósito para convencer á nadie de su sinceridad, y si al contrario para hacer evidente la idea de oposicion sistemática que tanto cuidado ponia en negar.

Discurso del tribuno Riouffe.

El tribuno Riouffe, conocido por su fiel y valerosa amistad con los girondinos proscriptos, era uno de esos hombres, que conmovidos en extremo por los horrores del año noventa y tres, estaban dispuestos á arrojarse ciegamente en los brazos del nuevo gobierno, cualquiera que fuese la conducta de éste. Asi, pues, quiso rechazar los ataques, á su entender inoportunos, de M. Benjamin Constant.

«Desconfianzas, decia, tan injuriosas como las que se han manifestado aqui, bastarian para romper toda comunicacion ulterior en las relaciones de hombre á hombre; y seria imposible que las autoridades que tienen que vivir juntas, pudiesen largo tiempo tratarse las unas con las otras, si las consideraciones no fuesen un deber sagrado, de las que jamas deberian apartarse."

El orador declaró en seguida, que en cuanto á él tenia una confianza absoluta en el gobierno; é hizo un elogio verdadero del primer Cónsul, pero demasiado largo y con expresiones poco meditadas. «Cuando un orador, decia, elogia á Camilo Desmoulins, y otro á la Convencion nacional, no me encerraré yo en un *silencio conspirador*; tambien ensalzaré al que el universo ensalza; si hasta aqui no se ha celebrado mas que á la virtud proscripta, yo tendré un nuevo género de valor celebrando al génio en el seno del poder y de la victoria; yo me honraré de ver á la cabeza de la República al que ha conquistado á la nacion francesa el título de la Gran Nacion, y le proclamaré grande, clemente y justo...." Continuando M. Riouffe su discurso, comparó al general Bonaparte á César y á Anibal; y con este lenguaje propio de una admiracion legítima, pero inoportuna, provocó una manifestacion bastante desagradable. Muchas veces le interrumpieron diciendo: Hablad de la ley.—Yo quiero, repuso M. Riouffe, hablar del hombre á quien admira el universo..... Hablad de la ley, le repitieron los que le interrumpian, y se vió obligado á entrar en la cuestion.

Sea que M. Riouffe hubiese provocado con la expresion sincera, pero difusa y poco diestra de sus sentimientos, la impaciencia de los que le interrumpieron, ó bien que la admiracion que él sentia no hallase igual acogida en los demas miembros del Tribunado, no produjo su discurso ningun efecto dichoso. M. de Chauvelin trató de neutralizarlo por medio de un discurso en favor de la ley que se discutia.

No negó sus defectos; pero, «las cir»cunstancias, dijo, las circunstancias que

»nos rodean, el estado de varios depar»tamentos que pueden exigir medidas »prontas, y aun urgentes; consideracio»nes políticas de gran peso; la calum»nia que nos espia; las divisiones cuya »existencia se complace ya en suponer; »la necesidad tan apremiante de union »entre los poderes, todo nos invita á que »votemos la adopcion del proyecto que »se nos ha presentado.»

En efecto, puesto el proyecto á votacion fue aprobado por una mayoria que hubiera debido asegurar y tranquilizar al gobierno: cincuenta y cuatro votos contra 26 decidieron que los oradores del Tribunado encargados de usar de la palabra ante el cuerpo legislativo apoyarian la ley propuesta. Aun mas favorablemente la acojió el cuerpo legislativo, adoptándola por una mayoria de doscientos tres votos contra veinte y tres. No podia desearse mas, porque al fin, una mayoria de dos terceras partes en el Tribunado (cuerpo cuya oposicion no decidia nada, porque no votaba las leyes) y una mayoria de nueve decimas partes en el cuerpo legislativo, (único cuerpo cuyo voto era decisivo), debian satisfacer al primer Cónsul, y á sus allegados, hacerlos condescendientes respecto á aquella última manifestacion del espíritu liberal, é indulgentes respecto á la manera poco conforme con que se habian expresado, que, despues de todo, era un derecho que les concedia la misma libertad. Pero el primer Cónsul que no podia estar seriamente alarmado, parecia, sin embargo, bastante resentido, expresándose sin rodeos. Empezaba á servirse mucho de la prensa, y aunque la amase poco, sabia, sin embargo, emplearla en provecho propio. Así es, que hizo se insertase en el Moniteur del 8 de Enero (18 de Nevoso) un artículo en extremo inoportuno, en el cual procuraba él mismo demostrar la poca capacidad de aquella oposicion, y hacer ver que no tenia plan alguno de contrariar al gobierno, atribuyéndola en algunos espíritus á un deseo de perfeccion imposible en las leyes humanas, y en otros al de llamar la atencion. «Así, pues, añadia el periódico oficial, todo hace creer que no existe en el Tribunado una oposicion combinada y sistemática; en una palabra, una verdadera oposicion. Pero cada cual tiene sed de gloria, cada cual quiere confiar su nombre á las cien bocas de la fama; algunas personas ignoran todavia, que es mas difícil adquirir la consideracion pública por medio de buenas frases, que por medio de la constancia en servir útil, aunque oscuramente, á ese público que aplaude y que juzga.»

Este modo de tratar á uno de los grandes Cuerpos del Estado, era poco decoroso; y probaba por parte del primer Cónsul la disposicion en que se hallaba de permitírselo todo, y por parte de la Francia la disposicion á sufrirlo todo.

Sin embargo, pronto estas impresiones dieron lugar á otras: los vastos trabajos del gobierno, de los cuales eran llamados á participar el Cuerpo Legislativo y el Tribunado, embargaron la atencion de todos, ocupándola casi exclusivamente. El primer Cónsul hizo presentar al Cuerpo Legislativo dos proyectos de ley de la mas alta importancia. El uno tenia por objeto la administracion departamental y municipal, y vino á ser la famosa ley del 28 de Pluvioso del año VIII, que ha constituido en Francia la centralizacion administrativa; la otra era relativa á la organizacion del poder judicial, organizacion que aun existe hoy dia. A estos dos proyectos se agregaron otros sobre los emigrados, cuya suerte era urgente determinar; sobre el derecho de testar, cuyo restablecimiento solicitaban todas las familias; sobre el tribunal de presas, que era preciso establecer en el interes de nuestras relaciones con las potencias neutrales; sobre la creacion de nuevas contadurias, cuya necesidad era reconocida; y por último sobre los presupuestos de ingresos y gastos del año VIII.

Proyectos de ley relativos á la organizacion administrativa y judicial de la Francia.

La administracion de la Francia segun hemos expuesto mas arriba, se hallaba en 1799 en el mayor desórden. En todo pais hay dos clases de negocios que despachar: los del Estado, que son la quinta, los impuestos, los trabajos de utilidad general y la aplicacion de las leyes; y los de provincias y los del comun que consisten en promover los intereses locales de toda especie. Si se deja á un pais entregado á sí mismo, es decir, si no está regido

Estado de desórden en que se encontraba la administracion en 1799

por una administracion general, á la vez inteligente y fuerte, los primeros de estos negocios, los del Estado, no se hacen, y los segundos encuentran en el interes provincial ó comunal un principio de zelo, pero un zelo caprichoso, desigual, injusto, y rara vez ilustrado. A las administraciones provinciales ó comunales no les falta, es seguro, aficion para ocuparse en lo que particularmente las concierne; pero son siempre pródigas, vejatorias, siempre enemigas de la regla general. La extraña tirania de la edad media no tuvo en Europa otro origen. Desde que la autoridad central se retira de un pais, no hay clase de desórden á que no se hallen prontos á entregarse los intereses locales, aun comprendiendo los que han de causar su ruina. En 1789, donde quiera que las municipalidades habian gozado de alguna libertad, se hallaban casi en un estado de bancarrota. Cuando en 1808 fueron suprimidas la mayor parte de las ciudades libres de Alemania, estaban completamente arruinadas. De modo que sin una fuerte administracion general, los negocios del Estado no se hacen, y los negocios locales se hacen mal.

La Asamblea Constituyente y la Convencion Nacional, despues de haber sucesivamente removido la organizacion administrativa de la Francia, habian venido á parar en un estado que era el de la anarquía. Administraciones colectivas de todas categorías, deliberando siempre, sin obrar jamas, teniendo á su lado comisarios del gobierno central encargados de solicitar de ellas ó el despacho de los negocios del Estado, ó el cumplimiento de las leyes, pero privados del poder de obrar por sí mismos, tal era el régimen departamental y municipal que estaba en vigor en el 18 de Brumario. En cuanto al régimen municipal ó particular, se habian imaginado una especie de municipalidades de canton, que aumentaban la confusion administrativa. Se halló que el número de los comunes era demasiado grande, por que excedia de cuarenta mil; y seguramente, la vigilancia de semejante número de pequeños gobiernos locales, muy difícil en sí, venia á ser imposible para unas autoridades constituidas como lo estaban las de aquel tiempo. Hoy bastan los prefectos ayudados de los subprefectos, con la condicion de que trabajen mucho. Pero supóngase en lugar de prefectos y de subprefectos pequeñas asambleas deliberantes, y se comprenderá el desórden que debia reinar en una administracion semejante. Aquellos cuarenta y tantos mil comunes fueron, pues, reducidos á cinco mil municipalidades cantonales, formadas de la reunion de varios comunes en una sola. Se creyó que reuniendo asi varios comunes bajo una misma direccion, se les podria dar primero un gobierno, y despues colocarlos mas cerca de la autoridad central para que pudiese exercer mejor su vigilancia. Pero pronto resultó de esto una confusion mas espantosa que la que se queria hacer cesar. Las cinco mil municipalidades de canton eran todavia demasiado numerosas y estaban muy alejadas aun de la autoridad central para que esta pudiese vigilarlas; y sin haberlas aproximado lo bastante al gobierno, se las habia alejado sensiblemente de las poblaciones que estaban destinadas á regir. La administracion comunal está establecida para ser colocada lo mas cerca posible de los lugares en que ha de obrar su influjo. El magistrado que hace constar los nacidos, los muertos y los matrimonios; que vela sobre la policía y la salubridad de las poblaciones; que cuida de las aguas, de la iglesia y del hospicio del pueblo ó de la ciudad, debe residir en la misma ciudad ó en el mismo pueblo; debe, en fin, vivir en medio de sus conciudadanos. Aquellas municipalidades de canton habian dado, pues, por resultado un inútil alejamiento de la autoridad doméstica, sin haber llevado los negocios locales bastante cerca de la vista del gobierno para que pudiese asirlos. Añádase que nada se hacia entonces bien, por el desórden de la época, y se comprenderá la confusion que debia acarrear el vicio de la institucion, agravado por el vicio de las circunstancias.

Malos resultados de las municipalidades de canton.

A todas estas causas de desórden se habia añadido otra. Es necesario no solo administrar por cuenta del Estado y de los comunes, sino tambien hacer justicia, pues los ciudadanos pueden tener que quejarse, bien porque al abrir una calle ó un camino se usurpe parte de su propiedad, bien porque al valuar sus bienes para la imposision de las contribuciones, se evaluen injustamente. En

el antiguo régimen la justicia ordinaria, único freno entonces de la autoridad ejecutiva (lo que explicaba muy bien la resistencia que el parlamento hacia á la corte) estaba apoderada de todo lo que se llama contencioso administrativo. Esto era un grave inconveniente, porque los jueces civiles ejercen mal la justicia administrativa; por no conocer á fondo su espíritu. Conociéndolo así nuestros primeros legisladores de la revolucion, creyeron poder resolver la dificultad, abandonando lo contencioso administrativo á las pequeñas asambleas locales, á las cuales se habia encargado la administracion. Figúrese, pues, á aquellas administraciones colectivas, reemplazando á los que hoy llamamos prefectos, subprefectos y maires, encargadas de hacer todo lo que estos hacen, y de juzgar ademas todos los negocios que pertenecen á los consejos de prefectura, y se tendrá una idea aproximada del desórden que reinaba entonces. Aun con el espíritu de órden que prevalece hoy dia, el resultado seria el caos; añadánsele las pasiones revolucionarias, y se comprenderá qué clase de caos debia ser. Así era, que jamas se concluian las listas de contribuciones, que la recaudacion de los impuestos se hallaba con un atraso de muchos años, que la hacienda estaba arruinada y los ejércitos sumidos en la miseria. Solo las quintas solian algunas veces verificarse, gracias á las pasiones revolucionarias que habian hecho el mal, pero que habian contribuido á repararlo en parte; porque teniendo por principio un desordenado pero ardiente amor á la Francia, y á su grandeza y libertad, empujaban violentamente á las poblaciones á las armas.

Institucion de los Prefectos, Subprefectos y Maires.

En tal situacion puede decirse que el primer Cónsul fue un enviado por la Providencia. Su entendimiento sencillo, recto, y guiado por un carácter activo y resuelto, debia conducirle á la verdadera solucion de aquellas dificultades. La Constitucion habia puesto á la cabeza del Estado un poder ejecutivo y un poder legislativo: el poder ejecutivo casi concentrado en un solo gefe, y el poder legislativo dividido en muchas asambleas deliberantes. Natural era colocar en cada escalon de la escala administrativa un representante del poder ejecutivo encargado de obrar, y á su lado para inspeccionar sus actos, ó bien para ilustrarlos, pero no para obrar en su lugar, un pequeño cuerpo deliberante, como un consejo de departamento, de distrito ó de comun. A esta idea sencilla, clara, fecunda, se debe la bella administracion que existe hoy en Francia. El primer Cónsul quiso que hubiese en cada departamento un prefecto encargado, no de activar cerca de una administracion colectiva el despacho de los negocios del Estado, sino de resolverlos por sí mismo y de dirigir al mismo tiempo los negocios departamentales, pero esto de acuerdo con un consejo de departamento, y con los recursos votados por este consejo. Como el sistema de las municipalidades de canton estaba universalmente condenado, y M. Sieyes, autor de todas las divisiones territoriales de la Francia, habia sentado en la nueva Constitucion el principio de la division por distritos, resolvió el primer Cónsul emplearla para pasarse sin las administraciones de canton. Desde luego, la administracion comunal fue repuesta donde debia estar, es decir, en el mismo comun, ciudad ó pueblo; y entre el comun y el departamento se creó un grado administrativo intermediario, es decir, los distritos. Entre el prefecto y el maire, debia haber el subprefecto encargado, bajo la vigilancia del prefecto, de la direccion de un cierto número de comunes, sesenta, ochenta ó ciento, mas ó menos, segun la importancia del departamento. Por último, en el mismo comun debia haber un maire, tambien revestido del poder ejecutivo, teniendo á su lado su poder deliberante en el consejo municipal, y siendo un agente directo y dependiente de la autoridad general para el despacho de los negocios del Estado y ajente del comun respecto á los negocios locales, dirigiendo sus intereses de acuerdo con él, y bajo la vigilancia en todos casos del prefecto y del subprefecto y por consiguiente del Estado.

Supresion de las municipalidades cantonales y adopcion de la division de distritos.

Tal es la admirable gerarquía á la que debe la Francia una administracion incomparable por la energía y precision de su accion, por la pureza de sus cuen-

tas, y que es tan excelente que bastó, como luego veremos, para introducir en seis meses el órden en Francia, bajo el impulso, es verdad, de un genio superior, del primer Cónsul, y con el favor de circunstancias especiales, porque en todas partes imperaba el horror al desórden, y habia sed de órden, disgusto por la charlatanería, y deseo de resultados prontos y positivos.

Quedaba la cuestion de la parte contenciosa, es decir de la justicia administrativa, encargada de hacer que no se carguen al contribuyente mayores cantidades que las que estén en armonía con sus facultades; que el ribereño de un arroyo ó de una calle no se vea expuesto á que le usurpen parte de sus propiedades, y que el encargado de los trabajos de la ciudad ó del Estado encuentre un juez de sus contratos con el comun ó el gobierno; cuestiones difíciles, y que para resolverlas eran poco á propósito los tribunales ordinarios. Empleose tambien el principio de una prudente division de los poderes. El prefecto, el subprefecto y el maire encargados de la accion administrativa, podian ser sospechosos de parcialidad, é inclinados á hacer prevalecer su voluntad; ademas de que el litigante perjudicado, casi siempre tiene algo que reclamar contra sus actos. Los consejos de departamento, de distrito y de comun, podian y debian tambien aparecer sospechosos, porque los mas tienen comunmente un interes contrario al del reclamante. El administrar justicia es, por otra parte, un trabajo largo y continuo, y no se queria ni que los consejos de los departamentos ni los comunales fuesen permanentes. El primer Cónsul queria señalarles quince dias por año, tiempo suficiente para someterles sus negocios, tomar su parecer, y para que votasen sus gastos. Por el contrario se necesitaba un tribunal administrativo que juzgase sin interrupcion. Estableciόse, pues, una justicia especial, un tribunal de cuatro ó cinco jueces que residian al lado del prefecto y que juzgaban con él; una especie de pequeño consejo de Estado ilustrando las decisiones del prefecto, asi como el Consejo de Estado ilustra y dirige las de los ministros, y sujetos por otra parte por la via de las apelaciones á este consejo supremo. Estos son esos tribunales que todavia se llaman hoy consejos de prefectura, y de cuya equidad jamas se ha dudado.

Creacion de los consejos de prefectura.

Tal fue el gobierno provincial y comunal, que se estableció en Francia; un gefe único, prefecto subprefecto ó maire, despachando todos los negocios; un consejo deliberativo, consejo de departamento de distrito ó de comun, votando los gastos locales; despues un pequeño cuerpo judicial, colocado al lado del prefecto únicamente para hacer la justicia administrativa; gobierno, en fin, subordinado de una manera absoluta al gobierno general respecto á los negocios del Estado, y vigilado y dirigido, aunque obrando por sí solo, respecto á los negocios departamentales y comunales. Despues que esta bella y sencilla institucion existe entre nosotros, es decir de medio siglo á esta parte, no han cesado de reinar el órden y la justicia; bien entendido que las palabras de órden y de justicia, como todas las de los idiomas conocidos, no tienen mas que un valor relativo, y quieren decir que bajo el punto de vista administrativo, ha habido en Francia tan poco desórden é injusticia como puede desearse en un gran Estado.

Nombramiento de todos los agentes de la administracion, y de todos los miembros de los consejos locales conferido al primer Cónsul

Como era natural, queria el primer Cónsul que los prefectos, subprefectos y maires, fuesen nombrados por el poder ejecutivo, porque siendo sus agentes directos debian estar imbuidos de su espíritu; y en cuanto á los negocios, que habian de dirigir segun los intereses locales, se necesitaba que los dirigiesen siguiendo tambien el interes general del Estado. Pero no habria sido natural que el poder ejecutivo nombrase los miembros de los consejos de los departamentos, distritos y comunes, encargados de fiscalizar á los agentes de la administracion y votarles fondos. Esta pretension era efecto de la misma Constitucion que la justificaba. *La confianza*, habia dicho M. Sieyes, *debe venir de abajo y el poder de arriba.* Segun esta máxima la nacion daba su confianza por medio de la inscripcion de las listas de notabilidad, y la autoridad superior conferia el poder eligiendo sus agentes en

aquellas listas. El senado debia elegir todos los cuerpos políticos deliberantes. Pero, estando destinados los consejos, á cuyo cargo corrian los intereses locales, á formar parte de la administracion general de la República, el poder ejecutivo, segun la Constitucion, debia nombrarlos, sacándolos de las listas de notabilidad. En virtud, pues, del espíritu y de la letra de la Constitucion, el primer Cónsul debia elegir en las listas de la notabilidad departamental á los miembros de los consejos de departamentos; en las listas de la notabilidad de distrito, los miembros de los consejos de distritos; y por último, en las listas de la notabilidad comunal los miembros de los consejos municipales. Este poder excesivo en tiempos ordinarios, era necesario entonces. En efecto, la eleccion para la formacion de los consejos locales era tan imposible como para la de las grandes asambleas políticas. No hubiera producido, mas que agitaciones funestas y triunfos alternativos é insignificantes á todos los partidos extremos, en vez de una fusion tranquila y fecunda de todos los partidos moderados; fusion que era indispensable para fundar la nueva sociedad, con los restos reunidos de la antigua.

Organizacion judicial.

No fue menos bien imaginada la organizacion judicial. Tuvo por doble objeto el colocar la administracion de justicia, mas cerca de los que habian de necesitarla, y asegurarles, sobre la justicia local, si querian recurrir á ella, una justicia de apelacion, mas alejada, pero en mas elevado puesto, y mas luminosa é imparcial, en razon á la altura en que estaba colocada.

Conociendo nuestros primeros legisladores revolucionarios la aversion que inspiraban los parlamentos, habian suprimido los tribunales de apelacion, y establecido un solo tribunal por departamento, presentando un primer grado de jurisdiccion para los litigantes del departamento, y un segundo grado de jurisdiccion en un tribunal de apelacion para los departamentos vecinos. La apelacion tenia lugar no de tribunal inferior á tribunal superior, sino de tribunal vecino á tribunal vecino. Bajo estos tribunales estaban los jueces de paz y su superior era el tribunal de Casacion. Siendo muy dilatado el radio de los departamentos, y por consecuencia hallándose muy alejado de algunos pueblos el único tribunal, se habia extendido la competencia de los jueces de paz lo bastante para dispensar á los ciudadanos el tener que trasladarse á la cabeza de partido. Tambien se habian creado cuatrocientos ó quinientos tribunales de correccion encargados de reprimir los delitos leves. El jurado criminal residia en la cabeza de partido cerca del tribunal central.

Esta organizacion judicial no habia producido mejores resultados que las municipalidades cantonales. Los jueces de paz, cuya competencia se habia extendido demasiado, estaban fuera de su objeto. La justicia del primer grado se encontraba demasiado léjos, residiendo en la cabeza de partido; y la justicia de apelacion venia á ser poco menos que ilusoria, porque la apelacion solo se concibe cuando se recurre á luces superiores. Los tribunales supremos, como antiguamente los parlamentos, y como en la actualidad los tribunales reales, reuniendo en su seno magistrados eminentes y rodeados de un foro ilustrado, presentan una superioridad de saber, á la cual se puede muy bien recurrir; pero apelar de un tribunal de primera instancia á otro tribunal de primera instancia, no se concibe. Los tribunales de policía correccional eran tambien demasiado numerosos, y limitados, por otra parte, á un solo objeto. Era, pues, evidentemente preciso reformar esta organizacion judicial. El primer Cónsul, aceptando las ideas de su colega Cambaceres, al que prestó en esta ocasion el apoyo de su buen sentido y de su ánimo, hizo que se adoptase la organizacion que aun existe en nuestros dias.

La division de distritos que se acababa de concebir para la administracion departamental, presentaba una gran comodidad para la administracion judicial; parecia el medio de crear una primera justicia local, cerca de los que habian de necesitarla, sin perjuicio de que pudiesen recurrir á una justicia de apelacion colocada mas lejos y á mayor altura. Se creó, pues, un tribunal de primera instancia por distrito, formando un primer grado de jurisdiccion; y despues sin temor de que pareciera que se establecian los antiguos

Creacion de los tribunales de primera instancia y de apelacion.

parlamentos, se tomó el partido de crear los tribunales de apelacion. Uno por departamento era mucho como número, y poco para la elevacion é importancia de la jurisdiccion. En su consecuencia se crearon veinte y nueve, lo que les dió sobre poco mas ó menos la importancia de los antiguos parlamentos, y se colocaron en los lugares que habian gozado de la presencia de aquellos tribunales supremos. Era esta una ventaja que se restituia á las localidades que habian estado privadas de ella. Eran antiguos depósitos de tradiciones judiciales, cuyos restos merecian ser acogidos. El foro de Aix, de Dijon, de Tolosa, de Burdeos, de Rennes y de Paris, eran focos de ciencia y de talento, que era preciso reanimar.

Los tribunales de primera instancia establecidos en cada distrito, fueron encargados al mismo tiempo de la policía correccional, lo que les daba una doble utilidad, colocando en el distrito la justicia civil y preresiva en primer grado. La justicia criminal, siempre confiada al jurado, debió residir sola en la capital del departamento y administrarse por medio de jueces procedentes de los tribunales de apelacion que presidiesen el jurado, formando, en una palabra un tribunal criminal. Esta parte de la administracion de justicia no se ha completado hasta mas tarde.

Por consecuencia de las disposiciones precedentes, debia tener la justicia de paz una competencia mas limitada. La ley destinada á reformarla se dejó para la siguiente sesion, porque era imposible hacerlo todo á la vez. Pero al perfeccionarla se quiso conservar esta justicia del pueblo, paternal, expeditiva y poco costosa. Como superior del edificio judicial, se mantuvo con algunas modificaciones y una jurisdiccion represiva sobre todos los magistrados, el Tribunal de Casacion, una de las mas bellas instituciones de la revolucion francesa; tribunal que no está destinado á juzgar por tercera vez lo que los tribunales de primera instancia y de apelacion han juzgado ya dos veces; pero que, dejando á un lado el fondo del litigio, solo interviene cuando se suscita alguna duda sobre el sentido de la ley, determinando este sentido por una série de fallos; añadiendo asi á la unidad del texto emanado de la legislacion, la unidad de interpretacion emanada de una jurisdiccion suprema, comun á todo el territorio.

Nuestra organizacion judicial data, pues, del año de 1800, año tan fecundo: despues ha consistido en cerca de dos mil jueces de paz, magistrados populares, que administran justicia al pobre á poca costa; en cerca de trescientos tribunales de primera instancia, uno por distrito que administran la justisia civil y criminal en primer grado; en veinte y nueve tribunales superiores (1) que administran la justicia civil en apelacion, y la justicia criminal por jueces que salen de su seno, y van á presidir el jurado en la capital del departamento; por último, en un tribunal supremo colocado sobre toda la gerarquía judicial, que interpreta las leyes y completa la unidad de la legislacion con la unidad de la jurisprudencia.

Adopcion de las leyes propuestas acerca de la organizacion administrativa y judicial.

Las dos leyes de que se trata eran demasiado urgentes y bien concebidas para que encontrasen sérios obstáculos. Sin embargo, sufrieron mas de una impugnacion en el Tribunado, donde se hicieron objeciones bastante mezquinas contra el sistema administrativo que se proponia. No se quejaron de la concentracion de autoridad en las manos de los Prefectos, Subprefectos y Maires, porque era conforme á las ideas del momento, y tomada de la Constitucion, que colocaba un gefe único á la cabeza del Estado; pero censuraron la creacion de los tres grados en la escala administrativa, el departamento, el distrito y el comun. Sobre todo, pretendian que no se debia reconstituir el comun, porque no se hallarian maires bastante ilustrados. Era esto, sin embargo, la restauracion de la autoridad doméstica, y bajo este punto de vista, la concepcion mas popular que podia imaginarse. Respecto á la organizacion judicial, se gritó contra la restauracion de los parlamentos, que-

(1) Solo señalamos aquí cantidades aproximativas, porque el número de tribunales ha variado sin cesar desde esta época á causa de los cambios de territorio que ha sufrido la Francia. Por ejemplo, hoy dia solo existen veinte y siete *cours royales* ó tribunales de apelacion.

jándose sobre todo de la jurisdiccion atribuida al Tribunal de Casacion sobre los magistrados inferiores, haciéndo sobre ello objeciones poco dignas de recuerdo. A pesar de todo se adoptaron las dos leyes propuestas. Los veinte ó treinta votos que componian el centro de la oposicion del Tribunado, se pronunciaron contra estas leyes, pero las tres cuartas partes votaron su adopcion. El Cuerpo Legislativo las adoptó casi por unanimidad. La ley relativa á la administracion departamental tiene la fecha, célebre desde entonces, de 28 de Pluvioso del año VIII. La que concierne á la organizacion judicial data del 27 de Ventoso del mismo año.

Nombramiento del personal administrativo y judicial.

No queriendo el primer Cónsul dejarlas como una letra muerta en el Boletin de las Leyes, nombró al momento los prefectos, subprefectos y maires. Estaba expuesto á cometer algun error, como sucede siempre cuando se elijen precipitadamente muchos empleados á la vez. Pero un gobierno ilustrado y celoso rectifica pronto el error de sus primeras elecciones. Basta que el espíritu general que las preceda haya sido bueno. Y siendo asi, el espíritu de aquellas elecciones era excelente, y á la vez firme, imparcial y conciliador. El primer Cónsul buscó en todos los partidos los hombres reputados por de honradez y de capacidad, no excluyendo mas que á los hombres violentos, y aun eligiendo algunas veces á estos últimos si el tiempo y la experiencia los atraian á la moderacion, que era entonces el carácter esencial de su política. Asi es que llamó para desempeñar las prefecturas, que eran plazas importantes y bien retribuidas, pues los prefectos debian recibir doce, quince y hasta veinte y cuatro mil francos de asignacion (lo que valia el doble de lo que representan hoy) á personas que habian figurado de un modo honroso en las grandes asambleas políticas, y que hacian conocer claramente la intencion de tales nombramientos; porque si bien los hombres no son las cosas ni los principios, al menos las representan á los ojos de los pueblos. El primer Cónsul nombró, por ejemplo, para la prefectura de Marsella, á M. Cárlos Lacroix, ex-ministro de relaciones exteriores; para la de Saintes, á M. Francais de Nantes; para la de Lyon, á M. Verninhac, antiguo embajador; para la de Nantes, á M. Letourneur, antiguo miembro del Directorio; para la de Bruselas, á M. de Pontécoulant; para la de Ruan, á M. Bengnot; para la de Amiens, á M. Quinette; para la de Gante, á M. Faypoult, antiguo ministro de hacienda. Todos estos hombres y otros que se habian ido á buscar en la Constituyente, en la Legislativa, en la Convencion y en los Quinientos, y elegido entre los ministros, los directores, y los embajadores de la República, eran apropósito para ejercer las nuevas funciones administrativas, y dar al gobierno de las provincias la importancia que merecian tener. La mayor parte siguieron en sus destinos durante todo el reinado del primer Cónsul y del Emperador. Uno de ellos, M. de Jessaint, era todavía prefecto hace cuatro años. El primer Cónsul eligió para la prefectura de Paris á M. Frochot, y le dió por cólega en la prefectura de policía á M. Dubois, magistrado cuya energia fué muy útil para purgar á la capital de todos los malhechores que los partidos habian vomitado en su seno.

El mismo espíritu presidió á los nombramientos judiciales. Nombres respetables tomados del antiguo foro y de la magistratura antigua se mezclaron en cuanto fue posible á los nombres nuevos de sugetos honrados. El primer Cónsul hizo todo lo posible para formar el personal de la administracion de justicia con nombres brillantes, porque le agradaba el esplendor en todas las cosas, y habia llegado ya el momento en que se podia, sin mucho peligro, tomar algo de lo pasado. Un magistrado llamado d'Aguesseau encabezó la lista de los nombramientos judiciales en calidad de presidente del tribunal de apelacion de Paris, hoy dia tribunal real. Estos funcionarios apenas nombrados, recibian la órden de pasar al instante á tomar posesion de sus destinos, y contribuir cada uno por su lado á la obra de la organizacion, que era la ocupacion constante del jóven general, y en la cual queria fundar su gloria; como en efecto la adquirió por este medio mas sólida que la que le crearon sus prodigiosas victorias.

Era menester tocar á un mismo tiempo á todo en aquella sociedad totalmente desquiciada. La emigracion, tan cul-

Abolicion de la lista de los emigrados. Disposiciones legales respecto á los emigrados inscriptos ó no inscriptos.

pable y tan desgraciada á la vez, justo objeto de interes y de aversion, porque en sus filas se encontraban hombres cruelmente perseguidos y malos franceses que habian conspirado contra su pais; la emigracion merecia la atencion particular del gobierno. En virtud de la última legislacion bastaba un decreto del Directorio, ó de las administraciones departamentales, para anotar en la lista de los emigrados á toda persona ausente; desde luego eran confiscados sus bienes, y si se les volvia á encontrar en el territorio de la república la ley pronunciaba su muerte. Una multitud de individuos, verdaderamente emigrados ó solamente ocultos, que bien por olvido, ó bien porque no habian tenido un enemigo que los denunciase no habian sido inscriptos en la fatal lista podian serlo todavia. Bastaba para ello que se encontrasen aquel enemigo, y entonces caian bajo el golpe de las leyes de proscripcion. De esta suerte muchos franceses vivian en una continua zozobra. En cuanto á los que se hallaban, debida ó indebidamente inscriptos, llegaban en gran número con el fin de obtener que se les borrase. Su temerario empeño atestiguaba la confianza que tenian en la humanidad del gobierno, pero ofuscaba á ciertos revolucionarios, de los cuales tenian unos que reprocharse algunos excesos cometidos contra los emigrados que volvian, y otros habian adquirido sus bienes. Era esto un nuevo motivo de desórden; y si bien no debia continuar la proscripcion, tampoco se debia dejar vivir en la inquietud, á los hombres que habian tomado parte en la revolucion, aunque hubiesen obrado violentamente. Se debia á todos los que se habian comprometido por ella, una completa seguridad; porque desgraciadamente los hombres son por lo comun ó frios egoistas, ó apasionados partidarios de la causa que han abrazado, y en este último caso no es la moderacion el mérito mas ordinario.

Urgia poner un remedio á este estado de cosas. El gobierno presentó un proyecto de ley, cuyo primer artículo tenia por objeto la abolicion de la famosa lista de los emigrados. Contando desde el 4 de Nevoso del año VIII (25 de Diciembre de 1799) dia en que se publicó la Constitucion, se declaró que la lista quedaba abolida; es decir, que toda ausencia del territorio de la República, posterior á dicha época, no debia ser calificada de emigracion ni seguida de las mismas penas. Se permitia en lo sucesivo el ausentarse, el pasar de Francia al extrangero y del extrangero á Francia, sin que se reputase como un hecho que merecia ser condenado; porque verdaderamente durante diez años habia sido un crímen el ausentarse. La libertad de ir y de venir fue devuelta á todos los ciudadanos.

A esta primera disposicion se añadió la siguiente: los individuos, mas ó menos acusados de emigracion, de los cuales unos se habian ausentado momentáneamente del territorio y ocultádose otros para sustraerse á la persecucion, y que dichosamente habian sido omitidos en la lista de los emigrados, no podian ser inscriptos en ella sino en virtud de una decision de los tribunales ordinarios; es decir, del jurado. Para estos era tambien abolir en cierto modo la lista, porque no habia peligro de que se aumentase con nuevos nombres, teniendo en cuenta el espíritu que reinaba en los tribunales.

Por último, mientras se sometia á los tribunales á los que aun no habian sido inscriptos, asegurándoles de esta suerte las garantías de la justicia ordinaria, se sometia á la autoridad administrativa á los que habiendo sido inscriptos indebidamente, ó que al menos asi lo pretendian, querian reclamar que se les borrase. Aquí se conocia la indulgencia del nuevo gobierno respecto á este particular; porque creadas por él las nuevas autoridades administrativas, y llenas de su espíritu, no podian dejar de acojer con facilidad las reclamaciones de este género. En efecto, bastaba presentar certificaciones de residencia en cualquier punto de la Francia, certificaciones comunmente falsas, para probar que habian sido injustamente declarados ausentes y hacerse borrar de la lista. Con la complacencia general que todos tienen en violar las leyes tiránicas, este medio, de conseguir ser borrados, no podia faltar á los reclamantes. Ademas, se permitió tambien á los emigrados que querian ser borrados, entrar en el pais bajo la vigilancia de la

alta policía. En el lenguaje de aquel tiempo se llamó á esto obtener *vigilancias:* se expidieron muchas, y los emigrados que tenian mas empeño en volver hallaban así un medio de adelantar el momento de ser borrados. Ademas, estas *vigilancias* fueron para la mayor parte de los que las usaron, una licencia definitiva.

Respecto á los emigrados cuyos nombres no se podian arrancar de la fatal lista, á causa de la notoriedad de su emigracion, quedaron existentes las leyes que les comprendian. El espíritu de la época era tal, que no se podia obrar de otra suerte; porque si habia compasion hácia los desgraciados, todos se hallaban irritados contra los culpables que habian salido del territorio para hacer armas contra su patria, ó para llamar sobre ella los ejércitos del extrangero. Por lo demas, en todos los casos, borrados ó no borrados, ninguno tenia derecho sobre sus bienes vendidos. Las ventas eran irrevocables, ya en virtud de la Constitucion, ya en consecuencia de las disposiciones de la nueva ley. Solo los que lograban ser borrados, y hallaban sus bienes secuestrados, pero no vendidos, podian aspirar á que se les devolviesen.

Tal fue la ley propuesta y adoptada por una inmensa mayoría á pesar de algunas críticas en el Tribunado de parte de aquellos que encontraban era demasiado favor, ó cuando menos bastante con respecto á los emigrados.

Restablecimiento del derecho de testar.

En el número de las disposiciones legales entonces en vigor, que parecian una tiranía insoportable, se encontraba la interdiccion del derecho de testar. Las leyes existentes no permitian disponer al morir sino de la décima parte de los bienes si habia hijos, y de la décima sesta no habiéndolos. Estas disposiciones habian sido el resultado de la primera indignacion revolucionaria contra los abusos de la antigua sociedad francesa; sociedad aristocrática, en que la vanidad paternal queriendo tan pronto constituir un mayorazgo, tan pronto violentar las afecciones de sus hijos con enlaces desproporcionados, despojaban á los unos en provecho de los otros. Pero por uno de esos arrebatos comunes al espíritu humano, en vez de reducir el poder paternal á sus justos límites, le habian completamente encadenado. Un padre no podia ya recompensar ni castigar, ni si tenia hijos disponer de nada, ó poco menos, en favor del que habia merecido sus afecciones; y lo que es mas extraordinario, si solo tenia parientes próximos ó lejanos, no podia dejarles mas que una parte insignificante de su fortuna, es decir, la décima sesta. Era esto un verdadero atentado al derecho de propiedad, y uno de los mas sensibles rigores del régimen revolucionario; por que la muerte hiere todos los dias, y miles moribundos espiraban sin poder obedecer las inclinaciones de su corazon, hácia los que les habian servido, cuidado y consolado en su ancianidad.

Para hacer esta reforma no era, pues, posible esperar á la redaccion del código civil. En su consecuencia se expidió una ley para restablecer el derecho de testar dentro de ciertos límites. En virtud de esta ley, el padre que tenia menos de cuatro hijos, podia al morir disponer en su testamento de la cuarta parte de su fortuna; de la quinta si tenia menos de cinco, y así sucesivamente observando la misma proporcion. Podia disponer de la mitad sino tenia mas que ascendientes ó colaterales, y de la totalidad sino tenia parientes aptos para sucederle.

Esta medida fue la mas atacada en el Tribunado, sobre todo por el tribuno Andrieux, hombre honrado, sincero, pero mas ingenioso que ilustrado. Pretendia que esto era volver á los abusos del derecho de primogenitura, y á las violencias del antiguo régimen sobre los hijos de familia. A pesar de todo, esta ley pasó, como las otras, por una gran mayoría.

Tribunal de presas.

El gobierno instituyó por otra ley el Tribunal de Presas, que habia venido á ser indispensable para administrar á los países neutrales una justicia imparcial, y atraerlos hácia la Francia por medio de mejores tratamientos. En fin, se llamó la atencion de las dos asambleas sobre las leyes de hacienda.

Poco podia decirse sobre este objeto en el Cuerpo Legislativo, habiendo dado ya las leyes necesarias las dos Comisiones Legislativas. Los trabajos administrativos que el gobierno habia emprendido, á consecuencia de estas leyes, con el objeto de reorganizar la hacienda,

no eran tampoco una materia de discusion. No obstante, era preciso votar aunque solo fuese por salvar las apariencias, los presupuestos del año VIII. Si la percepcion se hubiese hecho con economia y regularidad, si los impuestos se hubiesen pagado exactamente, y no solo pagado por los contribuyentes, sino fielmente invertidos por los depositarios de las rentas públicas, el estado de la Hacienda hubiera sido soportable. Los impuestos ordinarios podian producir como unos 430 millones; y esta era la suma á que se pensaba reducir los gastos públicos en tiempo de paz; y aun á mucho menos. Bien pronto probó la experiencia que no era posible ni aun en tiempos de paz, reducirlos á menos de 500 millones; pero tambien probó que era cosa fácil hacer producir á las contribuciones esta suma, sin aumentar las tarifas. Dejando aparte los costos de recaudacion y los gastos locales, ascendió el presupuesto de esta época, en efectivo como sucede hoy, á 600 ó 620 millones.

Leyes de hacienda.

A lo que ascendia el presupuesto en 1800.

La insuficiencia de los ingresos no era grande sino con relacion á los gastos de la guerra; y esto no tiene nada de extraordinario, porque asi sucede en todas partes. En ningun pais se puede jamas sostener la guerra con los recursos ordinarios de la paz. De lo contrario, seria una prueba de que en tiempo de paz tenian las contribuciones un aumento innecesario. Pero, gracias al desórden de lo pasado, no se sabia si á causa de la guerra subiria el presupuesto á 600, 700 ú 800 millones. Los unos decian que á 600, los otros que á 800, haciendo cada cual diferentes conjeturas. La esperiencia probó de nuevo que con 150 millones añadidos al presupuesto ordinario, se podia hacer frente á las necesidades de la guerra, contando con ejércitos victoriosos que viviesen sobre el pais enemigo. Asi, pues, se avaluó el presupuesto de ingresos y gastos de aquel año en 600 millones; y como los productos ordinarios solo ascendian á 430 millones, resultaba un déficit de 170 Pero no estaba aquí la verdadera dificultad, porque habria sido pretender demasiado, que al salir del caos de la hacienda, se equilibrasen al momento los gastos con los ingresos. Se necesitaba primero hacer efectivos los impuestos ordinarios. Si se lograba este resultado era positivo obtener con prontitud con que atender á las necesidades mas urgentes, porque el crédito debia animarse al punto, y con los valores de diferentes especies, cuya creacion hemos enumerado en otra parte, se tenia en las manos el medio de obtener de los capitalistas los fondos necesarios para ocurrir á todas las necesidades. Para conseguirlo trabajaba sin descanso M. Gaudin, secundado, contra las dificultades que hallaba, por la firme y sostenida voluntad del primer Cónsul. La direccion de las contribuciones directas, recientemente establecida, desplegaba la mayor actividad. Las listas de las contribuciones estaban muy adelantadas, y aun sometidas á la recaudacion. Empezábase á ver llegar á la cartera del tesoro las obligaciones de los recaudadores generales, que se negociaban con un interes poco usurario. La dificultad para el establecimiento de este sistema de obligaciones, consistia siempre en que la cantidad de los papeles puestos en circulacion, era muy dificil de fijar, sobre todo en particular á cada recaudacion general. Un recaudador que debia percibir 20 millones, no podia suscribir obligaciones por esta suma, si habian de llegar á su poder seis ú ocho millones de valores muertos en bonos de atrasos, de requisicion &c. El ministro, pues, se dedicaba á recojer este papel, á valuar el que podia presentarse en cada recaudacion general, y á hacer suscribir á los recaudadores generales obligaciones por la suma de numerario que suponia debia entrar en su caja.

En esta misma legislatura se creó una nueva especie de empleados con responsabilidad, destinados á dar mayor exactitud á la distribucion de los fondos del tesoro; estos fueron los recaudadores de distrito. Hasta entonces, entre los recaudadores colocados cerca de los contribuyentes, y el recaudador general colocado en la capital no habia otras personas intermedias que unos comisionados, agentes del recaudador general, dependientes de él y que solo con él se entendian. Era este, sin embargo, uno de los medios por donde mejor se podia observar y comprobar la entrada de los productos en las cajas públicas. Por desgracia estaba este punto descui-

Institucion de los recaudadores particulares de distritos.

dado. Creáronse recaudadores particulares en cada distrito, dependientes del Estado, obligados á darle cuenta de lo que recibian y de lo que entregaban al recaudador general, y siendo testigos seguros y desinteresados del movimiento de los fondos, pues que no eran ellos los que recibian el beneficio de la estancacion de los fondos públicos en las cajas de los empleados responsables. Por medio de esta creacion habia la ventaja de conocer con mas exactitud el estado de la recaudacion, y de percibir nuevas fianzas en metálico; y esto que seria indiferente en la actualidad no lo era entonces: habia, en fin, la ventaja de dar otro uso mas á la division de distritos, recientemente imaginada. Ya la administracion de justicia civil y correccional, y una parte considerable de la administracion comunal se habia establecido en el centro de los distritos; y al establecer ademas una parte de la administracion de hacienda, se reportaba otra nueva utilidad de aquella division, la cual, segun algunos, no era mas que una arbitraria subdivision del territorio. Y puesto que bajo ciertos aspectos se la habia juzgado indispensable, nada podia hacerse mejor que multiplicar su uso, y hacer ver que era real y no artificial como se la suponia. Los prefectos, y los subprefectos tenian órden de acercarse á los recaudadores, y de vigilar por si mismos inspeccionando los libros y la exactitud de las distribuciones. Por fortuna no estamos hoy en ese caso; pero en aquellos momentos en que todo estaba aun en embrion, era un gran estímulo para los empleados responsables, la facultad concedida á los prefectos y subprefectos para inspeccionar sus cajas.

La reorganizacion de la hacienda no podia, pues, hacerse con mas viveza. Pero las asambleas no aprecian mas que los resultados realizados, y no veian todo lo que se hacia de verdadera utilidad en el interior de la administracion. Se discutió en el Tribunado hasta lo infinito acerca de la gran cuestion de la nivelacion de los ingresos con los gastos; se quejaron del déficit, se propusieron mil sistemas, y hubo algunas personas tan poco sensatas que pretendieron negar su voto á las leyes de hacienda, hasta que el gobierno presentase un medio de nivelar los ingresos y los gastos. Pero todas estas proposiciones no dieron ningun resultado. Las leyes propuestas fue adoptadas por una gran mayoria en el Tribunado, y casi por una unanimidad en el Cuerpo Legislativo.

Creacion del Banco en Francia.

Una institucion digna de ser mencionada en la historia, se añadió á todas las que hemos espuesto: tal fué el Banco de Francia. Los antiguos establecimientos de descuentos habian sucumbido en medio de los desórdenes de la revolucion; y sin embargo, era imposible que Paris estuviese sin un Banco. En todo centro comercial, en que reina cierta actividad, se necesita una moneda cómoda para los pagos, es decir, el papel moneda, y un establecimiento que descuente en grande los efectos del comercio. Estos dos servicios se prestan mútuos socorros, porque los fondos depositados en cambio de los billetes en circulacion, son los mismos que se presentan al comercio por medio del descuento. En efecto, donde quiera que haya algun movimiento en los negocios, aunque poco considerable, un Banco debe obtener buen resultado, si solo descuenta sobre buen papel, y sino emite mas billetes que los necesarios; en una palabra, si proporciona sus operaciones á las verdaderas necesidades de la plaza en que reside. Esto era lo que hacia falta en Paris, y lo que debia tener buen éxito si se hacia bien. Este nuevo Banco, ademas de sus negocios con los particulares, debia hacerlos con el tesoro, y por consecuencia reportar tantos beneficios cuantos servicios podia prestar. El gobierno excitó á los principales banqueros de la capital, á cuyo frente se colocó M. Perregaux, hacendista cuyo nombre está unido á todos los grandes servicios hechos entonces al Estado, y se formó una asociacion de ricos capitalistas, para la creacion de un Banco, llamado Banco de Francia, el mismo que existe en la actualidad. Constituyóse con un capital de 30 millones; y debió ser gobernado por quince regentes y una junta gubernativa de tres personas, que se reemplazó despues por un director. Segun sus estatutos, debia descontar los efectos de comercio, respondiendo en los negocios legítimos y no colusorios; emitir billetes de circulacion como moneda, y no hacer nin-

guna clase de especulacion extraña al descuento y al comercio del metálico. Fiel á sus estatutos, ha llegado á ser el mejor establecimiento que de su clase se conoce en el mundo. Bien pronto se verá lo que hizo el gobierno para dar á las operaciones de este Banco el rápido movimiento que le hizo prosperar desde los primeros dias de su existencia.

Mientras el gobierno Consular, de acuerdo con el Cuerpo Legislativo, se dedicaba á estos vastos trabajos de administracion interior, se habian continuado sin interrupcion las negociaciones con las potencias amigas ó beligerantes. A la carta del primer Consul al rey de Inglaterra, se habia seguido inmediatamente la respuesta. El primer Cónsul habia escrito el 26 de Diciembre (5 de Nevoso), y la contestacion tenia la fecha del 4 de Enero (14 de Nevoso): esto queria decir que el gabinete ingles habia tomado de antemano su partido, y nada tenia que deliberar sobre este asunto. En efecto, la Inglaterra habia podido en 1797 pensar en negociaciones, y enviar á lord Malmesbury á Lila, cuando su situacion rentística no era la mas alhagüeña, y el Austria se veia obligada á firmar en Campo-Formio la paz del continente: pero en la actualidad en que la creacion del *income-tax* sacaba de apuros al tesoro ingles; en que el Austria de nuevo en guerra con nosotros, habia llevado sus ejércitos hasta nuestras fronteras, y cuando se trataba de arrebatarnos las importantes posesiones de Malta y del Egipto, y de vengar la afrenta de Texel, la paz no debia ser muy del gusto de aquella potencia. Por otra parte, tenia aun otra razon mas poderosa para rehusarla, y era que la guerra convenia á las pasiones y á los intereses de M. Pitt. Este célebre gefe del gabinete británico, habia hecho de la guerra con Francia su mision, su gloria, el fundamento de su existencia política. Si la paz hubiera sido necesaria, quizas habria tenido que abandonar su puesto. Sostenia la lucha con esa tenacidad de caracter que unida á sus talentos oratorios, habian hecho de él un hombre de Estado poco ilustrado, pero poderoso. La respuesta, pues, no podia ser dudosa: fue negativa y poco atenta. No se hizo al primer Cónsul el honor de dirigirle directamente la respuesta; y apoyándose en la costumbre, por otra parte excelente, de comunicarse de ministro á ministro, lord Grenville dirijió una nota á M. de Talleyrand.

Nota de la Inglaterra.

Esta nota descubria torpemente el disgusto que habia causado á M. Pitt, el reto no de guerra, sino de paz, dirigido por el primer Cónsul á la Inglaterra. Su contenido era una recapitulacion, constantemente reproducida hacia algunos años, de los principios de la guerra: se imputaba la primera agresion á la República Francesa; se la acusaba en un lenguaje violento, de los estragos cometidos en Alemania, en Holanda, en Suiza y en Italia, y aun hablaba de las rapiñas ejercidas por sus generales en este último pais; á esta acusacion se agregaba la de que pretendia destruir por todas partes el trono y los altares: llegando despues á las últimas proposiciones del primer Cónsul, el ministro ingles decia que sus fingidas demostraciones pacíficas no eran las primeras del mismo género; que los diversos gobiernos revolucionarios sucesivamente entronizados y destruidos hacia diez años, habian hecho mas de una vez otras semejantes; que S. M. el rey de la Gran Bretaña no podia ver aun en lo que pasaba en Francia un cambio de principios, capaz de satisfacer y tranquilizar á la Europa; que el solo cambio que podria asegurarla completamente seria el restablecimiento de la casa de Borbon, pues solo entónces el órden social podria no aparecer en peligro; y que, por lo demas, no se ponia el restablecimiento de esta casa, como condicion absoluta de la paz con la República Francesa; pero que hasta tanto se manifestasen nuevos síntomas mas significativos y satisfactorios, la Inglaterra persistiria en la lucha, tanto por su seguridad como por la de sus aliados.

Esta nota inconveniente, que fue desaprobada por los hombres sensatos de todos los partidos, hacia poco honor á M. Pitt, y descubria en este mas pasiones que ilustracion. Ella probaba que un gobierno nuevo necesita para hacerse respetar muchas victorias, y aunque el actual habia conseguido ya numerosas y brillantes, era evidente que necesitaba alcanzar aun muchas mas. El primer Cónsul no se desconcertó por eso, y que-

Réplica del primer Cónsul.

riendo aprovechar la buena posicion que le daba á los ojos del mundo la moderacion de su conducta, dió una contestacion dulce y firme, no en forma de carta al rey, sino en forma de despacho dirijido al ministro de negocios extrangeros lord Grenville. Recapitulando en pocas palabras los primeros acontecimientos de la guerra, probaba con una grande reserva de lenguaje, que la Francia únicamente habia tomado las armas para resistir una conspiracion europea tramada contra su seguridad; concediendo las desgracias que la revolucion francesa habia causado á todo el mundo, insinuaba, de paso, que los que con tanto encarnizamiento habian perseguido la República Francesa, podian con mas razon reprocharse el ser la verdadera causa de aquellas violencias, tan á menudo lamentadas. Pero añadia, ¿á qué conducen estos recuerdos? Hé aquí hoy dia un gobierno dispuesto á hacer cesar la guerra: ¿será la guerra sin fin porque este ó el otro haya sido el agresor? y si no se quiere que sea eterna ¿no es preciso poner coto á esas incesantes recriminaciones? Seguramente no se espera obtener de la Francia el restablecimiento de los Borbones ¿puede ser entonces conveniente hacer insinuaciones semejantes á las que se han permitido hacerle? ¿Y qué se diria si la Francia en sus comunicaciones provocase á la Inglaterra á que restableciese en el trono á la familia de los Estuardos, que no descendió de él hasta el último siglo? Pero dejemos á un lado estas cuestiones irritantes, añadia la nota dictada por el primer Cónsul; si, como nosotros, deplorais los males de la guerra, convengamos una suspension de armas y designemos una ciudad, Dunkerque, por ejemplo, ó cualquier otra que elijais con el fin de que se reunan en ella los comisionados para las negociaciones; el gobierno frances pone á disposicion de la Gran Bretaña pasaportes para los ministros á quienes revista con sus poderes.

Esta actitud tan tranquila produjo el efecto ordinario que un hombre de sangre fria produce sobre un hombre colérico, y provocó de lord Grenville una réplica mas viva, mas amarga, y peor razonada que su primera nota. En esta réplica el ministro ingles procuraba paliar la falta que habia cometido al hablar de la casa de Borbon, contestando que no era por ella por quien se hacia la guerra, sino por la seguridad de todos los gobiernos, y declaraba de nuevo que las hostilidades continuarian sin descanso. Esta última comunicacion era del 20 de Enero (30 de Nevoso). Ya no habia nada mas que hablar sobre el particular. El general Bonaparte habia hecho ya lo bastante: confiando en su gloria no habia temido ofrecer la paz; la habia ofrecido sin mucha esperanza, pero de buena fé; y con este paso habia ganado la doble ventaja de poner de manifiesto tanto á los ojos de la Francia, como á los de la oposicion inglesa las irracionales pasiones de M. Pitt. ¡Dichoso él si en todas ocasiones hubiera unido á su poder una conducta tan moderada y calculada tan hábilmente!

Respuesta del Austria, mas moderada pero tambien negativa.

Las comunicaciones del Austria fueron mas moderadas, sin que por eso dejasen traslucir ninguna esperanza de paz. No creyendo esta potencia que por muy pacíficas que fueran las intenciones del primer Cónsul llegasen hasta el punto de abandonarle la Italia, estaba resuelta á continuar la guerra; pero conociendo al vencedor de Castiglioni y de Rívoli, y sabiendo que no se debia contar mucho con la victoria, teniéndole por adversario, no queria cerrar el camino á las negociaciones ulteriores.

Como si el Austria se hubiera puesto de acuerdo con la Inglaterra respecto á la forma, la contestacion que daba al primer Cónsul era un despacho de M. de Thugut á M. de Talleyrand. Este despacho tenia la fecha del 15 de Enero de 1800 (25 de Nevoso.) En su esencia era igual á la nota del gobierno ingles. En ella se decia, que solo se hacia la guerra para garantir á la Europa de un trastorno universal; que lo que mas se deseaba era ver á la Francia dispuesta á la paz; pero ¿qué garantias daba ésta de sus nuevas disposiciones? Se concedia, sin embargo, que bajo el mando del primer Cónsul eran de esperar mayor moderacion dentro y fuera del pais, mas estabilidad en las miras, y mas fidelidad en los compromisos contraidos; de lo que resultaria mas probabilidades de una paz sólida y du-

radera. Esperábase este dichoso cambio de sus grandes talentos; pero sin decirlo, se daba á entender que hasta que se hubiese completamente efectuado no se debia pensar en ninguna negociacion.

Insiste el primer Cónsul para obligar al Austria á explicarse categóricamente.

Obrando con el Austria lo mismo que con la Inglaterra, no se atuvo el primer Cónsul á esta evasiva explicacion, y sin desanimarse por la vaguedad de la respuesta, quiso colocar al gabinete de Viena en la obligacion de explicarse positivamente, y de rehusar ó aceptar la paz de una manera categórica. El 28 de Febrero (9 de Ventoso) encargó á M. de Talleyrand escribiese á M. de Thugut ofreciéndole por base de las negociaciones el tratado de Campo-Formio. Este tratado, le decia, habia sido un acto de gran moderacion de parte del general Bonaparte hácia el emperador de Austria, porque dueño en 1797 de exigir de este príncipe los mayores sacrificios, por la amenazadora posicion del ejército frances á las puertas de Viena, con la esperanza de alcanzar una paz duradera habia preferido ventajas moderadas á otras mas superiores; hasta el punto, añadia el ministro frances, de haber incurrido, por sus miramientos hácia la corte imperial, en la censura del Directorio. M. de Talleyrand, en fin, declaraba que la casa de Austria recibiria en Italia las indemnizaciones que por el tratado de Campo-Formio se le habian prometido en Alemania.

Oferta de tomar el tratado de Campo-Formio por base de las negociaciones.

Para comprender la extension de las proposiciones del primer Cónsul, es preciso recordar que el tratado de Campo-Formio concedia á la Francia, la Bélgica y el Luxemburgo; á la República Cisalpina, la Lombardia, el Mantuano, las Legaciones &c., y que el Austria recibiria en indemnizacion á Venecia y la mayor parte de los Estados Venecianos. En cuanto á la línea del Rhin que abraza ademas de la Bélgica y el Luxemburgo los paises comprendidos entre el Mosa, el Mosela y el Rhin; en una palabra, lo que llamamos hoy las provincias Rinianas, el Austria debia mediar para que el imperio germánico se las concediese á la Francia. Que el Austria cederia al momento el condado de Falkenstein, situado entre la Lorena y la Alsacia, y se obligaria á abrir á las tropas francesas las puertas de Maguncia que ocupaba por cuenta del imperio. En compensacion debia recibir el Austria el obispado de Salzbourgo del lado de la Baviera, cuando las provincias eclesiásticas fuesen secularizadas. Estos diversos arreglos habian de negociarse en el congreso de Rastadt, terminado tan trágicamente en 1799 por el asesinato de los plenipotenciarios franceses. Tal era el tratado de Campo-Formio.

Al ofrecer el primer Cónsul este tratado por base de una nueva negociacion no resolvia la cuestion de la línea del Rhin en lo que concernia á las provincias Rinianas; solo decidia la cuestion de la Bélgica irrevocablemente cedida á la Francia, abandonando la de aquellas provincias á una negociacion ulterior con el Emperador; y al ofrecer en Italia las indemnizaciones en otro tiempo estipuladas en Alemania, insinuaba que los triunfos obtenidos por el Austria en Italia serian tomados en consideracion para proporcionarle en este pais un estado mejor. Añadia que para las potencias de segundo órden de Europa se estipularia *un sistema de garantías, propio á restablecer en toda su fuerza el Derecho de gentes, sobre el cual descansaban esencialmente la seguridad y la dicha de las naciones.* Esta era una alusion á la invasion de la Suiza, del Piamonte, de la Toscana, de los Estados del Papa y de Nápoles que tanto se habia censurado al Directorio, y tomado por pretesto de la segunda coalicion; era un ofrecimiento bastante claro de restablecer estos diversos Estados y de asegurar asi á la Europa contra las pretendidas invasiones de la República Francesa.

No se podia conceder mas; y aun era menester toda la necesidad que la Francia tenia entonces de paz, para obligar al primer Cónsul á hacer semejantes ofrecimientos. Y como este no hacia las cosas á medias, dirigió asi al Austria como á la Inglaterra la proposicion formal de una suspension de armas, no solo en el Rhin, donde ya existia esta suspension, sino tambien en los Alpes y en el Apenino, donde aun no existia.

El 24 de Marzo (3 de Germinal) M. de Thugut contestó en términos, por otra

Respuesta del Austria, en que pide una negociacion general.

parte muy moderados, que el tratado de Campo-Formio, violado tan pronto como fue concluido, no contenia un sistema de pacificacion capaz de tranquilizar á las potencias beligerantes; que el verdadero principio adoptado en todas las negociaciones era tomar por base el estado en que la suerte de las armas habia colocado á cada potencia, y que esta era la sola base que el Austria podria aceptar. M. de Thugut añadia, que ántes de ir mas léjos, tenia que pedir un explicacion, relativa á la forma de la negociacion; porque le importaba saber si la Francia querria admitir á los representantes de todos los Estados que estaban en guerra, con el fin de llegar á una paz general, la sola que podia ser leal y prudente, y la sola á que el Austria podia acceder.

Este lenguaje probaba dos cosas; primero, que al pretender el Austria como punto de partida el estado actual, es decir, la situacion en que habia dejado á cada potencia la última campaña, alimentaba grandes pretensiones en Italia; segundo, que no se separaria de la Inglaterra, á la cual la ligaban estrechamente los tratados de subsidio. Esta fidelidad á la Inglaterra era de su parte un deber emanado de su posicion, que influyó, como se verá mas tarde, en la suerte de las negociaciones y de la guerra.

Semejante respuesta, aunque comedida en sus términos, dejaba poca esperanza de entenderse, pues que hacia depender la conducta de una potencia dispuesta á escuchar algunas palabras de paz, de la conducta de otra potencia resuelta á no escuchar ninguna. No obstante el general Bonaparte contestó de nuevo, que al ofrecer en Italia las indemnizaciones estipuladas en otro tiempo en Alemania, no proponia partir del *status ante bellum* sino del *status post bellum*, es decir, teniendo en cuenta los triunfos del Austria en Italia. Que los pasos dados por él con Inglaterra probaban su deseo de la paz general: que por otra parte esperaba poco de una negociacion comun á todas las potencias beligerantes, porque la Inglaterra no queria ninguna avenencia; pero que admitiria pura y simplemente las proposiciones del Austria; que en su consecuencia aguardaba la designacion del punto en que se podria tratar, y que, puesto que se queria seguir combatiendo, era preciso fijarle fuera del teatro de la guerra.

El Austria declaró, que siendo tales las intenciones del gabinete frances, iba á dirigirse á sus aliados, pero que antes de consultarles, le era imposible hacer ninguna designacion precisa. Esto era remitir la cuestion á un término indefinido.

Evidente necesidad de continuar la guerra y de comprar la paz con nuevas victorias.

Al dirigir el primer Cónsul estas comunicaciones á la Inglaterra y al Austria, no se habia formado ninguna ilusion acerca de su resultado; pero habia querido probar una tentativa pacífica; primero, porque deseaba la paz y la reputaba como necesaria para la organizacion del nuevo gobierno, y segundo, porque juzgaba que semejante paso lo colocaria en una posicion mejor en el espíritu de la Francia y de la Europa.

Viva discusion en el parlamento británico con motivo de haberse rechazado las ofertas de paz.

Justificó completamente sus cálculos lo que pasó en el parlamento de Inglaterra. M. Pitt, por su brutal manera de contestar á las demostraciones de la Francia, se atrajo ataques violentos y perfectamente fundados. Jamas la oposicion de MM. Fox y Sheridan habia sido inspirada por una causa mas noble; jamas habia sido tan brillante, ni merecido con mas justicia la estimacion de los hombres honrados de todos los paises.

En efecto, la continuacion de la guerra era bastante poco motivada, porque la Inglaterra se encontraba entonces en posicion de obtener todo lo que razonablemente podia desear. Sin duda no hubiera obtenido de nosotros el abandono de Egipto; pero resignada algunos meses despues á dejárnoslo, (las negociaciones ulteriores lo probaron) podia haber consentido entonces, y hubiera conservado á este precio sus conquistas, inclusas las Indias, y evitado los inmensos peligros á que su tenacidad la expuso mas tarde. No era, pues, en el fondo sino un interes ministerial, el que llevaba al gabinete británico á sostener la guerra con tanto encarnizamien-

to. Las interpelaciones de la oposicion fueron vivas é incesantemente repetidas. Exigió y obtuvo se presentasen los documentos relativos á la negociacion, y se empeñaron con este motivo las mas violentas discusiones. Los ministros sostenian que no se podia negociar con el gobierno frances porque no presentaba ninguna seguridad el tratar con él; que se habia atraido sucesivamente por su falta de buena fe, la guerra con todo el mundo á excepcion de Dinamarca y Suecia, y que aun con estos paises se habian alterado ultimamente las relaciones; que con aquel gobierno era la paz engañosa y funesta, siendo testigos de ello los Estados de Italia; que despues de haber sido el agresor para con los príncipes de la Europa, queria destronarlos á todos, porque estaba devorado de una incesante necesidad de destruccion y de conquistas; que el general Bonaparte no ofrecia mayores garantias que sus predecesores; que si el nuevo gobierno frances no era terrorista, era siempre revolucionario, y que con la revolucion francesa no se debia esperar ni paz, ni tregua; que si no se podia anonadarla, era preciso al menos estenuarla hasta el punto que no fuese temible. Los ministros ingleses, y especialmente lord Grenville, emplearon, respecto al primer Cónsul el lenguaje mas ultrajante. No habian tratado peor á Robespierre.

Lenguaje de los ministros ingleses en el parlamento.

MM. Fox, Shéridan, Tierney, el duque de Bedford y lord Holland respondieron con razones poderosas á estos argumentos.—Preguntais quién ha sido el agresor, decian, y ¿qué importa esto? decis que es la Francia, la Francia dice que es la Inglaterra: ¿será preciso que nos destruyamos hasta ponernos de acuerdo sobre esta cuestion histórica? Y ¿qué importa quien sea el agresor, si aquel que acusais de haberlo sido, es el primero que ofrece deponer las armas? Decis que no se puede tratar con el gobierno francés; ¡pero vosotros enviasteis á lord Malmesbury á Lila para tratar con el Directorio! La Prusia y la España han tratado con la República Francesa y no han tenido de que quejarse. Hablais de los crímenes de ese gobierno; pero vuestra aliada la corte de Nápoles, los ha cometido mas atroces que los de la Convencion, porque no tiene la escusa de las pasiones populares. Hablais de ambicion; pero la Rusia, la Prusia y el Austria se han repartido la Polonia; pero el Austria acaba de reconquistar la Italia sin devolver sus estados á los Príncipes que la Francia habia despojado; vosotros mismos os apoderais de la India, de una parte de las colonias españolas y de todas las colonias holandesas. En esta lucha de cólera y de codicia empeñada entre todos los estados, ¿quién se atreverá á llamarse mas desinteresado? O no tratareis jamás con la República Francesa, ó nunca encontrareis un momento mas favorable que este, porque un hombre poderoso y respetado acaba de apoderarse del mando, y parece dispuesto á ejercerlo con justicia y moderacion. ¿Es digno del gobierno inglés llenar de ultrages á un personage ilustre, gefe de una de las primeras naciones del mundo, y que por lo menos es un gran capitan, cualesquiera que sean los vicios ó las virtudes que mas tarde pueda demostrar el tiempo en él? A menos que no se diga que se quiere agotar á la Gran Bretaña su sangre, sus tesoros, todos sus mas preciosos recursos para lograr el restablecimiento de la casa de Borbon, no se puede dar una razon plausible para negarse á tratar ahora con la Francia.

Respuesta de la oposicion á los ministros ingleses

Nada habia que contestar á unos argumentos tan apremiantes y verdaderos. M. Tierney, aprovechándose de la falta que habia cometido el gobierno ingles al hablar en sus notas del restablecimiento de la casa de los Borbones, hizo una proposicion especial contra esta casa. Propuso que se emitiese un voto formal, el de separar la causa de Inglaterra de la de los Borbones, tan funesta á los dos paises, lo mismo á la Gran Bretaña, esclamó, que á la Francia! Yo he oido, continuó; yo he oido á muchos de los partidarios de la administracion de M. Pitt, decir que no habiendo hecho el gobierno frances la oferta de una negociacion colectiva, habia fundamento para rehusar una negociacion aislada que nos debilitaria y nos separaria de nuestros aliados, pero no he oido á ninguno que deje de censurar severamente; que se fije por

Mocion de M. de Tierney contra la casa de Borbon.

término de la guerra el restablecimiento de la casa de Borbon!—Y era verdad, como decia M. Tierney, que todo el mundo habia censurado esta falta, y que el gabinete de Viena, menos apasionado que el de Inglaterra se habia guardado muy bien de imitarla. Los ministros ingleses contestaron que no habian presentado aquella condicion como absoluta é indispensable; pero se les replicó con razon que bastaba indicarla para violar el derecho de gentes y atentar contra la libertad de las naciones.—Y ¿qué diriais, esclamó M. Tierney (repitiendo el argumento del gabinete francés) que diriais si el general Bonaparte, victorioso, os declarara que no queria tratar sino con los Estuardos? Por otra parte, añadió, ¿es quiza por reconocimiento hácia la casa de Borbon por lo que prodigais nuestra sangre y nuestros tesoros? ¡Acordaos de la guerra de América! ¿O es mas bien por el principio que esa casa representa? ¿Vais, pues, á desencadenar contra vosotros todas las pasiones que sublevaron á la Francia contra los Borbones? ¿Vais á atraer sobre vosotros á todos los que no quieren nobles, diezmos, ni derechos feudales; á todos los que han adquirido bienes nacionales, á todos los que hace diez años han empuñado las armas por la revolucion francesa? ¿Quereis agotar hasta la última gota la sangre de tantos franceses, antes que pensar en negociaciones? Yo pido formalmente, concluyó M. Tierney, que la Inglaterra separe su causa de la de la casa de Borbon.

En otra mocion, el célebre Shéridan, el mas osado siempre y el mas incisivo de los oradores llevó el debate al terreno mas sensible para el gabinete británico, á la expedicion de Holanda, de cuyas consecuencias, vencidos los ingleses y los rusos por el general Brune, se habian visto reducidos á capitular.

Discurso de M. Shéridan.

—Parece, decia M. de Shéridan, que si bien nuestro gobierno no puede concluir con la República Francesa tratados de paz, puede al menos hacer capitulaciones. Yo le pido que nos esplique los motivos de la que acaba de firmar para la evacuacion de la Holanda.—Interpelado asi M. Dundas, dió tres causas de la expedicion de Holanda; la primera, separar á las Provincias-Unidas de la Francia; la segunda, disminuir los medios marítimos de Francia y aumentar los de Inglaterra, apoderándose de la escuadra holandesa; y la tercera, el hacer una diversion útil á los aliados: y añadió que el gabinete británico habia logrado dos cosas de las tres, pues que tenia la escuadra, y habia contribuido á que se ganase la batalla de Novi, atrayendo á Holanda las fuerzas destinadas á la Italia. Apenas habia concluido el ministro, cuando M. Shéridan, con una verbosidad sin igual, le dijo: Si, habeis creido las relaciones de los emigrados, y arriesgado en el continente un ejército inglés para cubrirle de vergüenza. Habeis querido separar la Holanda de la Francia, y la habeis unido á ella mas que nunca, llenándola de indignacion por el inicuo robo de su escuadra y de sus colonias. Decis que teneis la escuadra holandesa; pero os habeis valido para ello de un proceder inaudito, odioso, provocando la insurreccion de sus tripulaciones, y dando un espectáculo de los mas funestos, el de los marineros insurreccionados contra sus gefes, violando esa disciplina que constituye la fuerza de las armadas y la grandeza de nuestra nacion. Asi os habeis apoderado ignominiosamente de esa escuadra, pero no para la Inglaterra, sino para el Stathouder; porque os habeis visto obligados á declarar que era suya y no de Inglaterra. En fin, es posible que hayais hecho un servicio al ejército austriaco en Novi; pero ¡vanagloriaos, ministros del rey de la Gran Bretaña de haber salvado un ejército austriaco, haciendo pasar á cuchillo un ejército inglés!

A pesar de los esfuerzos de la oposicion, obtiene M. Pitt todos los medios para continuar la guerra.

Tan virulentos ataques no impidieron que obtuviese M. Pitt inmensos recursos pecuniarios, como unos mil cien millones (casi el doble del presupuesto de Francia en aquel tiempo); la autorizacion para dar subsidios al Austria y á los estados de la Alemania meridional; importantes adiciones al *income-tax* que producia ya 180 millones al año; una nueva suspension del *habeas corpus*, y por último la gran medida de la union de Irlanda. Pero los ánimos en Inglaterra estaban profundamente conmovidos de tanta razon y elocuencia.

Los hombres pensadores de toda Europa conocian la sin razon con que se trataba á la Francia, y pronto, uniéndose la victoria á la justicia, debia expiar M. Pitt con crueles humillaciones la jactancia de su política respecto al primer Cónsul. Entretanto M. Pitt estaba en disposicion de suministrar á la coalicion los medios para una nueva campaña; la última, en verdad, á causa del aniquilamiento de las partes beligerantes, pero la mas encarnizada por lo mismo que debia ser la última.

El primer Cónsul ántes de renovar las hostilidades, procura sacar de la Prusia todo el partido que era posible obtener en el momento.

En esta grave coyuntura, el primer Cónsul quiso sacar de la corte de Prusia toda la utilidad que podia esperarse en el momento. Esta corte no hubiera podido, en presencia de adversarios tan poderosos, alcanzar la paz sino imponiéndola auxiliada de una intervencion armada; papel que no le era imposible desempeñar, pero enteramente fuera de las miras del jóven rey, que se aplicaba á reparar su tesoro y su ejército, mientras que todo el mundo se aniquilaba á su alrededor. Ya este príncipe habia sondeado á las potencias beligerantes, y las habia encontrado tan léjos de entenderse, que habia renunciado á interponerse entre ellas. Por otra parte, el gabinete prusiano tenía tambien sus miras interesadas. Deseaba que la Francia aniquilase al Austria, y se aniquilase á sí misma en una lucha prolongada; pero tambien hubiera deseado que renunciase á una parte de la línea del Rhin; que contentándose con la Bélgica y el Luxemburgo por aquel lado, no exigiese las provincias Rinianas. Así lo aconsejaba al primer Cónsul, diciéndole desde luego, que estando menos próximas la Francia á la Prusia, estarian mas acordes, y que tranquilizados los gabinetes europeos por esta moderacion, se inclinarian mas á la paz. Pero aunque el primer Cónsul usó de una gran reserva al explicarse sobre este punto, habia en el fondo poca esperanza de que se decidiese á hacer este sacrificio; y el gabinete prusiano no veia en todo esto una paz que le satisfaciese lo bastante para que se mezclase mucho en ella. Así, pues, daba gran cantidad de consejos, envueltos en una forma dogmática aunque muy amistosa, pero sin obrar nada.

Sin embargo, este gabinete podia ser útil para mantener la neutralidad del Norte de Alemania, y hacer entrar en esta neutralidad al mayor número posible de príncipes alemanes, y separar, en fin, enteramente de la coalicion al emperador Pablo. En cuanto á esto, lo hacia con gran zelo, porque queria asegurar y extender la neutralidad del Norte de Alemania, y sobre todo atraer la Rusia á su sistema. Pablo, siempre extremado en sus sentimientos, de dia en dia se habia irritado mas contra el Austria y la Inglaterra: decia en voz alta que obligaria al Austria á reponer á los príncipes italianos en los tronos de Italia, que habia reconquistado con los ejércitos rusos, y á la Inglaterra á restablecer la órden de Malta en aquella fortaleza insular, de la que estaba próxima á apoderarse; porque el emperador mostraba por aquel antiguo órden de caballería una extraña pasion y se habia hecho nombrar Gran Maestre. Censuraba la manera con que se habian recibido en Viena y en Lóndres las manifestaciones del primer Cónsul, y en sus confidencias, que habian llegado á ser íntimas, con la Prusia, dejaba entrever que hubiera deseado se le hubiesen dirigido otras semejantes. En efecto, el primer Cónsul no se habia atrevido á dar con él este paso, temiendo lo que podia suceder con un carácter como el del Czar. Advertida la Prusia de todas estas particularidades, informaba de ellas al gabinete frances, quien por cierto no las desaprovechaba.

Explicacion del primer Cónsul con M. de Saudoz, ministro de Prusia.

Antes de abrirse la campaña, porque se aproximaba la estacion de las operaciones militares, el primer Cónsul hizo venir á su lado á M. de Saudoz, ministro de Prusia, y el 5 de Marzo (14 de Ventoso) tuvo con él una explicacion positiva y completa. Despues de haber recapitulado largamente todo lo que habia hecho para restablecer la paz, y todos los malos procederes é invencibles obstáculos que se le habian opuesto, le expuso toda la importancia de sus preparativos militares, y sin descorrer el velo á sus profundas combinaciones, dejó entrever al ministro prusiano la inmensidad de recursos que le quedaban á la Francia; en se-

guida le declaró que lleno de confianza en la Prusia, esperaba de ella nuevos esfuerzos para poner de acuerdo á las potencias beligerantes, mientras se ocupaban en combatir; y que en defecto de la paz general, poco probable ántes de una nueva campaña, esperaba dos servicios del rey Federico: la reconciliacion de la República con Pablo I y una tentativa directa cerca del Elector de Baviera, para arrancar á este príncipe de la coalicion.—Ponednos en relaciones con Pablo I, dijo el general Bonaparte, y decidid al Elector de Baviera á que rehuse sus soldados y su territorio á la coalicion, y nos habreis hecho dos servicios que tendremos en cuenta. Si el Elector accede á nuestras peticiones, podeis prometerle todas las consideraciones que se pueden desear durante la guerra, y las mejores relaciones cuando se logre la paz.

El primer Cónsul expuso al enviado de Prusia sus miras ulteriores. Le declaró que siendo el tratado de Campo-Formio la base ofrecida para las futuras negociaciones, la frontera del lado del Rhin seria una cuestion que se trataria mas tarde con el imperio; y que la independencia de la Holanda, de la Suiza, y de los Estados italianos se garantizaria formalmente. Sin explicarse acerca del punto en que el Rhin dejaria de ser la frontera francesa, dijo únicamente, que nadie podria creer que la Francia no exigiese al menos hasta Maguncia, pero que por la parte abajo de Maguncia podrian servir de límites el Mosela y el Mosa. La Bélgica y el Luxemburgo quedaban siempre fuera de disputa. Añadió, en fin, que si la Prusia prestaba á la Francia los servicios que estaba en disposicion de hacerle, se comprometia á dejar al gabinete de Berlin una influencia considerable en las negociaciones de la paz. Este era, en efecto, el punto mas capital para la Prusia, porque deseaba mezclarse en aquellas negociaciones para hacer que se fijasen las fronteras alemanas de la manera que mas convenia á sus miras.

Esta comunicacion, llena de oportunidad y de franqueza, causó en Berlin el mejor efecto. El rey contestó, que respecto al emperador Pablo habia ya empleado con él sus buenos oficios, y seguiria haciéndolo con el fin de unirle á la Francia; que por lo tocante á Baviera, envuelta por todas partes por el Austria, no podia hacer nada; pero que si el emperador se decidia, quizas se lográra con el doble auxilio de la Prusia y de la Rusia retirar al elector de la coalicion.

Despues de dar todos estos pasos, tan hábilmente concertados, no quedaba ya sino abrir los hostilidades lo mas pronto posible. Sin embargo, no era todavia la sazon mas oportuna, y debia llegar este año mas tarde que de costumbre, porque la Francia tenia que organizar sus ejércitos, disueltos en parte, y el Austria llenar el vacio que habia dejado la Rusia en los cuadros de la coalicion. Entónces pensó el primer Cónsul que habia llegado el momento de concluir con la Vendée: primero, por hacer cesar el odioso espectáculo de la guerra civil; y segundo para estar en disposicion de transportar al Rhin y á los Alpes, las excelentes tropas que retenia la Vendée en el interior de la república.

Esfuerzos del primer Cónsul para concluir la guerra civil ántes de empezar de nuevo la guerra exterior.

Las manifestaciones dirijidas por él á las provincias insurreccionadas, juntamente con las ofertas de paz hechas á las potencias, habian producido grande efecto. Aquellas manifestaciones habian sido apoyadas con una fuerza imponente de unos sesenta mil hombres, sacados de la Holanda, del interior y aun del mismo Paris. El primer Cónsul habia llevado su arrojo hasta el punto de permanecer en Paris, lleno entónces de la escoria de todos los partidos, con 2300 hombres de guarnicion; y lo habia llevado hasta el extremo de publicarlo. Para contestar á los ministros ingleses que pretendian que el gobierno consular no era mas sólido que los que le habian precedido, hizo imprimir un estado comparativo de las fuerzas que se encontraban en Lóndres y en Paris, del que se deducia que Lóndres tenia una guarnicion de 14000 hombres, y Paris de 2300. Con estos apenas habia para cubrir los puestos de guardia de simple policía que vigilan en los grandes establecimientos públicos y en las moradas de los altos funcionarios. Era, pues, evidente que el nombre del general Bonaparte guardaba á Paris.

Sea de esto lo que fuese, las provincias insurreccionadas se vieron envuel-

tas de improviso por un ejército temible, encontrándose asi colocadas entre una paz inmediata y generosa, ó la certeza de una guerra de exterminio. Asi, pues, no podian detenerse en tomar un partido. MM. de Andigné é Hyde de Newille, despues de haber visto de cerca al primer Cónsul, habian perdido todas sus ilusiones, y no creian ya que llegase un dia en que quisiese restablecer á los Borbones. Tampoco creian que se pudiese lograr vencer á tal hombre. M. Hyde de Neuville, enviado por el conde de Artois para juzgar del estado de las cosas, se decidió á volver á Lóndres, no queriendo por su parte abandonar el partido de los Borbones, pero reconociendo la imposibilidad de continuar la guerra, y dejando á todos los gefes el consejo de hacer lo que la necesidad de la época y de las situaciones les recomendase. M. de Andigné volvió á la Vendée á contar lo que habia visto.

Cortas incertidumbres de los realistas.

El plazo de la suspension de las hostilidades iba á espirar. Era preciso que los gefes del partido realista firmasen una paz definitiva, ó se decidiesen á emprender al momento una lucha á muerte con un ejército formidable. En 1796, en el primer entusiasmo de la insurreccion no habian podido vencer los 16000 hombres de la guarnicion de Mayenna, y solo habian logrado tener algunos combates heroicos y sangrientos, para acabar por sucumbir. ¿Qué podrian en la actualidad contra 60000 soldados, los primeros de Europa la mitad de los cuales habia bastado para arrojar al mar á los rusos y á los ingleses? Nada evidentemente, y esta opinion era universal en las provincias insurreccionadas, sin embargo de que cada una participaba mas ó menos de ella. En la orilla izquierda del Loira, entre Saumur, Nantes y los Sables, en una palabra, en la antigua Vendée, que estaba agotada de hombres y de todas cosas, sentian un cansancio extraordinario y juzgaban esta última insurreccion, que solo la habia motivado la debilidad y los rigores del Directorio, por lo que valia, es decir por una locura. En la orilla derecha, en los alrededores de Mans, pais que tambien habia sido teatro de una lucha desesperada, dominaban los mismos sentimientos. En la Baja Normandia, en que la insurreccion era de fecha mas reciente y donde M. de Frottè, gefe jóven, activo, astuto y ambicioso acaudillaba á los realistas, habia mayor disposicion de continuar la guerra. Lo mismo sucedia en el Morbihan, donde la distancia en que se hallaba de Paris, su proximidad á la mar, y la naturaleza del terreno ofrecian mas recursos, y en donde un gefe de una energia feroz é indomable, Jorge Cadoudal, sostenia los ánimos. En estas dos últimas provincias, las comunicaciones mas frecuentes con los ingleses, contribuian á hacer mas tenaz la resistencia.

Esfuerzo de los emigrados agentes de la Inglaterra para impedir la pacificacion.

De un extremo á otro de la Vendée y de la Bretaña se conferenció acerca del partido que se habia de tomar. Los emigrados pagados por la Inglaterra, cuya adhesion consistia en continuas idas y venidas, y que no tenian que sufrir todas las consecuencias de la insurreccion, estaban en vivas contestaciones con la gente del pais, sobre la cual pesaba sin descanso todo el peso de la guerra civil. Aquellos sostenian que era preciso continuar la lucha, y estos, por el contrario, que se necesitaba ponerla fin. Estos representantes de un interés mas inglés que realista, decian que el gobierno de los Cónsules iba á perecer, como los otros gobiernos revolucionarios, despues de algunos dias de engañosa apariencia, y que iba á perecer por el desórden de la hacienda y de la administracion; que los ejércitos rusos é ingleses debian enviar una parte de sus fuerzas á la Vendée para dar la mano á los realistas franceses; que no necesitaban mas que algunos dias de paciencia para recoger el fruto de ocho años de esfuerzos y de combates, y que persistiendo tendrian probablemente el honor de conducir á Paris los Borbones victoriosos. Los insurgentes que no iban habitualmente á refugiarse á Lóndres y á vivir del dinero inglés, sino que permanecian en sus pueblos con los suyos, viendo sus campos arrasados, incendiadas sus casas, y á sus mugeres é hijos expuestos al hambre y á la muerte, decian que el general Bonaparte siempre habia salido con bien en cuanto habia emprendido; que léjos de creerse en Paris que todo iba á caer en disolucion, se creia que todo se reorganizaba bajo la

afortunada mano del nuevo gefe de la República; que esta República que se decia estaba aniquilada acababa de enviarles un ejército de sesenta mil hombres; que esos rusos é ingleses tan alabados habian rendido sus armas á la mitad de aquel mismo ejército; que era cosa fácil formar en Lóndres hermosos proyectos y hablar de adhesion y de constancia, cuando se estaba fuera de los lugares, de los acontecimientos y de sus consecuencias; y que en vista de todo esto, era menester moderar aquellos discursos en presencia de una gente que hacia ocho años sufria sola los males de la mas horrorosa guerra civil. Entre estos realistas, cansados de la lucha, hasta se insinuaba que el general Bonaparte en sus deseos de bien, despues de haber restablecido la paz, y de haber hecho cesar las persecuciones, y levantado los altares, quizas levantaria tambien el trono; y se repetian las fabulas, que no estaban admitidas entre los principales realistas despues de la entrevista de MM. de Andigné é Hyde de Neuville con el primer Cónsul, pero que habian conservado alguna creencia entre las últimas filas de los rebeldes, y contribuian á aproximar los ánimos al gobierno.

El clérigo Bernier, cura de Saint-Laud.

Habia en el centro de la antigua Vendée un simple sacerdote, el clérigo Bernier, cura de Saint-Laud, destinado á tomar muy pronto parte en los negocios de la República y del Imperio, el cual por su mucha inteligencia y habilidad natural se habia adquirido un gran ascendiente entre los gefes realistas. Habia visto de cerca aquella larga insurreccion que á nada habia conducido mas que á causar desgracias; y juzgando perdida, al menos por el momento, la causa de los Borbones, creia que solo se podia salvar del trastorno general producido por la revolucion francesa, el antiguo altar de los cristianos. Ilustrado sobre este último punto por los actos del primer Cónsul y por sus frecuentes comunicaciones con el general Hédouville, no conservaba ninguna duda, y contaba que sometiéndose se obtendria la paz, el fin de las persecuciones, y al menos la tolerancia, ya que no la proteccion del culto. Así, pues, aconsejó la sumision á todos los antiguos gefes de la orilla izquierda, y con su influencia hizo callar á todos los mensajeros que iban y venian de la Vendée á Lóndres. Tuvo lugar una reunion en Montfaucon, y en un consejo de oficiales realistas, el clérigo Bernier decidió á M. de Autichamp, caballero jóven y muy valiente, pero dócil á los consejos y luces de los otros, á deponer las armas por lo tocante á aquella provincia. La capitulacion se firmó el 18 de Enero (28 de Nevoso). La República prometia una amnistía completa, respeto hácia el culto, la exencion de contribuciones por algun tiempo en las provincias asoladas, y borrar á todos los gefes de la lista de emigrados. Los realistas prometian en cambio una completa sumision, y deponer inmediatamente sus armas.

El clérigo Bernier dispone á los de la orilla izquierda del Loira á deponer las armas.

Paz de Montfaucon.

El mismo dia 18 de Enero escribió el clérigo Bernier al general Hedouville: «Vuestros deseos y los mios se han »cumplido. Hoy á las dos ha sido acep»tada con reconocimiento la paz en Mont»faucon por todos los gefes y oficiales »de la orilla izquierda del Loira. Sin du»da, la orilla derecha seguirá su ejem»plo, y la oliva de la paz reemplazará en »ambas orillas del Loira los tristes ci»preses que hizo crecer la guerra. He »encargado á MM. de Baurollier, Dubou»cher y Renou para que os lleven esta »dichosa noticia. Los recomiendo á la »benevolencia del gobierno y á la vues»tra. Inscritos por equivocacion en la »fatal lista de 1793 se han visto despo»jados de sus bienes. Hicieron ese sa»crificio á la necesidad de las circuns»tancias, pero no han dejado de desear »la paz. Esta paz es obra vuestra; man»tenedla, general, por la justicia y la »beneficencia. Vuestra gloria y vuestra »ventura van unidas á ella. Yo haré to»do lo que dependa de mí para llenar »vuestras saludables miras: la pru»dencia lo exije, y la humanidad lo quie»re..... Mi corazon pertenece al país en »que vivo, y su felicidad es el primero »de mis deseos.=«Bernier.»

Este ejemplo produjo su efecto. Dos dias despues los insurreccionados de la orilla derecha mandados por un anciano y va-

La orilla derecha depone tambien las armas.

liente caballero, M. de Chatillon, y disgustados como él de servir á las miras de la Inglaterra mas bien que á la causa realista, se rindieron: de este modo quedó pacificada toda la antigua Vendée. Extremada fué la alegria que esto causó ya en los campos donde reinaba el realismo, ya en las ciudades donde, por el contrario, imperaba el espíritu republicano. En varias ciudades, tales como Nantes y Angers, los gefes realistas, llevando la escarapela tricolor, fueron recibidos en triunfo y festejados como hermanos. Por todas partes empezaron á rendir las armas y á someterse de buena fé, bajo la influencia de una opinion que poco á poco se iba haciendo general, y era, que la guerra, sin conseguir la vuelta de los Borbones, solo daria por resultado mayor efusion de sangre, y la destruccion del pais, y que al contrario, la sumision proporcionaria descanso, seguridad y el restablecimiento de la religion, que era lo que mas deseaban todos.

Continuacion de la guerra en Bretaña.

Sin embargo, la pacificacion encontraba mas obstáculos en la Bretaña y en la Normandia. La guerra por estos puntos era mas reciente, como acabamos de decirlo, y no habia cansado tanto los ánimos; por otra parte, proporcionaba por allí vergonzosos beneficios, en tanto que en la Vendée solo habia producido males. En el centro de la Bretaña y hácia la Normandia era donde se habian refugiado todos los *chuanes*, es decir, los hombres á quienes la insurreccion habia acostumbrado á la rapiña, y que en su consecuencia no podian ya pasar sin este género de vida; resultando que mas que á la República hacian la guerra á las arcas de los recaudadores de los fondos públicos, á las diligencias y á los compradores de bienes nacionales. Estaban ademas en relacion con una sociedad de mala gente establecida en Paris, de la cual recibian los avisos que los guiaban en sus expediciones. En fin, en el Morbihan, donde imperaba la insurreccion mas tenaz, Jorge, el único caudillo implacable de los vendeanos, recibia de los ingleses el dinero y los recursos materiales que podian secundar su resistencia: asi, pues, estaba poco dispuesto á someterse.

Pero se habian hecho los preparativos para destruir á los gefes realistas que no quisieran rendirse. El 21 de Enero (1.° de Pluvioso) rompiendo el general Chabot la suspension de armas, marchó sobre las partidas del centro de la Bretaña, acaudilladas por MM. de Bourmont y de la Prevalaye. Cerca del comun de Melay alcanzó á M. de Bourmont, que á la cabeza de 4000 *chuanes* se defendió vigorosamente, viéndose, no obstante, obligado á ceder á los republicanos, acostumbrados á vencer á otros soldados mas aguerridos que aquellos campesinos. El mismo Bourmont solo se salvó con trabajo despues de haber corrido grandes peligros; hasta que obligado á conocer que nada podia hacer ya por su causa, rindió las armas el 24 de Enero (4 de Pluvioso.)

Algunos combates en Bretaña.

Sumision de M. de Bourmont.

El general Chabot marchó en seguida sobre Rennes para dirigirse desde allí al centro de la Bretaña, en donde el general Brune concentraba grandes fuerzas. El 25 de Enero (5 de Pluvioso) varias columnas que habian salido de Vannes, de Auray y de Elven, al mando de los generales Harty y Gency, encontraron en Grandchamps las partidas de Jorge. Los dos generales republicanos habian enviado por el camino de Vannes algunos convoyes de granos y de ganado de que se habian apoderado en el territorio de los insurgentes; y habiendo querido los *chuanes* recobrarlos, se vieron envueltos por las columnas que los escoltaban, y á pesar de su vigorosa resistencia perdieron 400 hombres, varios gefes, y fueron completamente derrotados. Al siguiente dia 27 en otro combate violento que tuvo lugar en Hennebon, murieron 300 *chuanes*, concluyendo de este modo todas las esperanzas de la insurreccion. Habia muy cerca de la costa un navio ingles de 80 y algunas fragatas, que pudieron ver cuán quiméricas eran las ilusiones con que habian entretenido al gobierno británico. Por lo demas se habian engañado recíprocamente, el gobierno británico al prometer una nueva expedicion como la de Holanda, y los Bretones al anunciar un levantamiento en masa. Los realistas desembarcados recientemente, solo con trabajo pudieron reunirse en lanchas á la division inglesa, y fueron recibidos como emigrados que habian prometido mu-

Sumision de Jorge.

cho y hecho muy poco. Jorge se vió reducido á rendir las armas, y entregó 20000 fusiles y 20 piezas de artillería, que acababa de recibir de los ingleses.

En la Baja Normandia M. de Frotté, caudillo jóven y muy adherido á su causa, era, como Jorge, el realista mas resuelto á continuar la guerra. Fué perseguido por los generales Gardane y Chambarlhac, destacados de la guarnicion de Paris, con quienes tuvo varios encuentros en diferentes puntos. El 25 de Enero (5 de Pluvioso) fue alcanzado M. de Frotté por el general Gardanne en las herrerías de Corsé cerca de la Motte-Fouquet, y perdió mucha gente. El 26 (6 de Pluvioso) uno de los gefes llamado Duboisgny, fue atacado en su castillo de Duboisgny cerca de Fougeres, y sufrió, como M. de Frotté, una pérdida considerable. Por último, el 27 (7 de Pluvioso) el general Chambarlhac envolvió en los alrededores de S. Cristoval, no léjos de Alenzon, algunas compañías de *chuanes*, y mandó pasarlas por las armas.

Viendo M. de Frotté, como los demas, pero por desgracia muy tarde, que era inútil oponer resistencia ante las numerosas columnas que habian invadido el pais, pensó era ya tiempo de rendirse. En su consecuencia escribió para pedir la paz al general Hedouville, que á la sazon se hallaba en Angers, y mientras volvia la contestacion propuso al general Chambarlhac una suspension de armas. Este contestó, que no teniendo poderes para tratar se dirijiria al gobierno para obtenerlos, pero que en el intervalo no podia tomar sobre sí el suspender las hostilidades, á menos que no consintiese M. de Frotté en que entregasen sus soldados las armas. Esto era justamente lo que mas temia M. de Frotté. Consentia en someterse y en firmar una pacificacion momentánea pero con la condicion de permanecer armado, con el fin de aprovechar mas tarde la primera ocasion favorable para empezar de nuevo la guerra. Al mismo tiempo escribió á sus subalternos algunas cartas en las cuales les prescribia se rindiesen, recomendándoles conservasen sus fusiles. Durante esto, irritado el primer Cónsul con la obstinacion de M. de Frotté habia mandado no se le diese cuartel y se hiciese con él un ejemplar. Inquieto M. de Frotté de no recibir contestacion á sus proposiciones quiso ponerse en comunicacion con el general Guidal que mandaba el departamento del Orne, y fue hecho prisionero con seis de los suyos mientras procuraba verle. Las cartas que se le encontraron, en las cuales ordenaba á sus subalternos se rindiesen pero conservando sus armas, se reputaron una traicion. Fué conducido á Verneuil y entregado á una comision militar.

Prision y muerte de M de Frotté.

Al llegar á Paris la noticia de su prision rodeó al primer Cónsul una multitud de personas, y obtuvieron de él la suspension de la sentencia, lo que equivalia á un indulto. Pero el correo portador de la órden del gobierno llegó demasiado tarde. No rigiendo la Constitucion en los departamentos insurreccionados, M. de Frotté habia sido juzgado sumariamente, y cuando llegó la próroga, este jóven y valiente caudillo habia ya sufrido la pena de su obstinacion. La doblez de su conducta, aunque probada, no era sin embargo bastante digna de condenarse para que no se sintiera su ejecucion, la sola, por lo demas, que ensangrentó este dichoso término de la guerra civil.

Febrero de 1800.

Desde este dia los departamentos del Oeste quedaron del todo pacificados. La prudencia del general Hedouville, el vigor y la prontitud de los medios empleados, el cansancio de los rebeldes y la mezcla de confianza y de temor que les inspiraba el primer Cónsul, produjeron tan rápida pacificacion, que quedó completamente terminada á fines de Febrero de 1800 (primeros dias de Ventoso). El desarme se verificaba en todas partes, y solo quedaban algunos bandidos con quienes debia acabar pronto una justicia activa é implacable. Las tropas empleadas en el Oeste se volvieron á poner en marcha hácia Paris, para coadyuvar á los vastos designios del primer Cónsul.

Fin de la guerra civil.

La Constitucion suspendida en los cuatro departamentos del Loira inferior, de Ille y Vilaine, del Morbihan y de las Costas del Norte, fué puesta en vigor; y la mayor parte de los gefes que acababan de deponer las armas, fueron

Los gefes realistas van á Paris y ven al primer Cónsul.

sucesivamente atraídos á Paris, con objeto de ponerlos en relaciones con el primer Cónsul. Sabia este que no bastaba arrancarles las armas de las manos, sino que era preciso hacerse dueño de aquellas almas exaltadas y dirigirlas hácia un noble fin. Queria arrastrar consigo á los gefes realistas en la inmensa carrera abierta en aquel momento á todos los franceses, y conducirlos á la fortuna y á la gloria por ese camino de peligros que estaban acostumbrados á recorrer. En su consecuencia les invitó á que pasasen á Paris. Su fama, que inspiraba un vivo deseo de conocerle de cerca, á todos los que se les presentaba ocasion para ello, y su humanidad tan ensalzada ya en la Vendeé, y que tenian que invocar en favor de las numerosas víctimas de la guerra civil, eran otros tantos motivos honrosos para que le visitasen los gefes realistas. El primer Cónsul recibió y acojió muy bien, desde luego al clérigo Bernier, y despues á MM. de Bourmont, de Autichamp, de Châtillon, y por último hasta al mismo Jorge Cadoudal. Distinguió al clérigo Bernier, y resolvió atraérselo empleándole en los difíciles negocios de la iglesia; conferenció con frecuencia con los gefes militares, conmoviéndolos con su noble lenguaje, y hasta decidió á algunos á que entrasen á servir en los ejércitos franceses. Tambien logró ganar el corazon de M. de Châtillon, quien se retiró á su hogar, se casó, y vino á ser el mediador ordinario y siempre escuchado de sus conciudadanos, cuando habia que solicitar del primer Cónsul algun acto de justicia ó de humanidad. Con la gloria, con la clemencia, y haciendo bien es como se concluyen las revoluciones.

Resistencia de Jorge de Cadoudal á la influencia del primer Cónsul.

Solo Jorge resistió á tan alta influencia. Cuando se le condujo á las Tullerias el ayudante de campo encargado de introducirle concibió á su aspecto tales temores que no quiso cerrar la puerta del gabinete del primer Cónsul, y llegaba á cada momento para ver á hurtadillas lo que pasaba. La entrevista fue larga. El general Bonaparte hizo en vano resonar las palabras de patria y de gloria en los oidos de Jorge; y en vano tambien probó fomentar la ambicion en el corazon de aquel feroz soldado de la guerra civil; nada logró, y se convenció de ello al ver el rostro de su interlocutor. Al separarse de él, partió Jorge para Inglaterra con M. Hyde de Neuville. Varias veces, al contar su entrevista á su compañero de viage, le decia mostrándole su vigoroso brazo: ¡Qué falta he cometido en no ahogar á ese hombre entre mis brazos!

La pronta pacificacion de la Vendée produjo grande efecto en los ánimos. Algunos malévolos que no querian explicarla por sus causas naturales, es decir por la energia de los medios físicos, por la prudencia de los medios morales, y sobre todo por la influencia del gran nombre del primer Cónsul, pretendian que habia habido con los vendeanos convenios secretos, en los cuales se les prometia alguna importante satisfaccion.

Nuevos rumores ocasionados por la pacificacion de la Vendée.

No se decia claramente pero se insinuaba, que seria aquella algo mas, quizas, que el restablecimiento de los principios del antiguo régimen, y aun que el de los mismos Borbones. Propagaban estas ridículas fábulas los noveleros del partido revolucionario; pero las personas sensatas, apreciando mejor los actos del general Bonaparte, se decian que no se obraban tan grandes cosas para otros, y que si no trabajaba únicamente para la Francia, trabajaba al menos para él y no para los Borbones. Por lo demas, la pacificacion de la Vendée era á los ojos de todo el mundo un acontecimiento de los mas dichosos y presagio de una paz mas importante y mas difícil: la paz con la Europa.

Marzo de 1800

Fin de la legislatura del año VIII.

Antes de abrir la campaña de este año, el primer Cónsul se apresuró á cerrar las sesiones del Cuerpo Legislativo y á hacer que se adoptasen los numerosos proyectos de ley que se habian presentado. Algunos miembros del Tribunado se quejaban de la rapidez con que se los hacian discutir y votar. »Nosotros somos, decia el tribuno Se»dillez, hombre imparcial y moderado, »arrastrados por un *torbellino de urgen»cia*, cuyo rápido movimiento se dirige »al objeto de nuestros votos. ¿No vale »mas ceder á la impetuosidad de ese mo-

»vimiento, que exponerse á entorpecer »su marcha? El año próximo examina»remos con mas madurez los proyectos »presentados, y rectificaremos lo que »tenga necesidad de serlo.» En efecto, todo marchaba hácia el objeto que se habia propuesto el primer Cónsul. Las leyes votadas se ponian en ejecucion; los empleados elegidos marchaban á sus destinos. Los nuevos Prefectos entraban en sus cargos, y la administracion presentaba por todas partes un conjunto y actividad nunca vistos hasta entonces. Las contribuciones atrasadas ingresaban en las cajas del tesoro, desde que la formacion de las listas permitia presentarse con un título legal á los contribuyentes. Nuevas medidas señalaban cada dia, mas claramente la marcha política del gobierno. Una segunda lista de proscriptos acababa de obtener licencia para volver de su emigracion. Figuraban en ella muchos escritores: MM. de Fontanes, de La Harpe, Suard, Sicard, Michaud, Fiévée habian sido llamados de su destierro ó autorizados pora salir del lugar en que se ocultaban. Los miembros de la Asamblea Constituyente, conocidos por haber votado la abolicion de las instituciones feudales, quedaron libres de todos los rigores con que los habian perseguido la Convencion y el Directorio. Un famoso proscripto del 18 de Fructidor que habia negociado y firmado el primer tratado de paz con la República, el ex-director Barthélemy fué nombrado Senador á propuesta de los Consules. Por último, otro proscripto de la misma fecha, Carnot sacado recientemente del destierro, y colocado despues de inspector del ejército, acababa de ser nombrado ministro de la guerra en reemplazo del general Berthier, que iba á tomar el mando de uno de los ejércitos de la República. El nombre de Carnot era entonces un gran nombre militar, al que se unia el recuerdo de las victorias de la Convencion en noventa y tres; y si bien el nombre del general Bonaparte era suficiente para que temblase la coalicion, junto el de Carnot al suyo, produjo una verdadera sensacion en los estados mayores extrangeros.

Gracia concedida á nueves proscriptos.

El ex-director Barthélemy introducido en el Senado.

El ex-director Carnot llamado al ministerio de la guerra.

Aproximándose la legislatura á su fin, la oposicion del Tribunado hizo una última tentativa que causó alguna agitacion, aunque fué rechazada por una gran mayoria. Las sesiones del Cuerpo Legislativo no debian durar mas de cuatro meses. El Tribunado no tenia término fijo para sus sesiones, de modo que podia reunirse, aunque las vacaciones del Cuerpo Legislativo le dejaban sin tener en que ocuparse. Se le propuso emplease su tiempo con las peticiones, que estaba solo encargado de recibir, y con las votaciones que estaba autorizado á emitir sobre los objetos de interes general. M. Benjamin Constant propuso que estas peticiones se pasasen á comisiones distintas, sometiéndolas á un trabajo continuo, y proporcionándose por este medio no solo la discusion sobre todos los actos del gobierno, cosa en si muy legitima, sino la discusion permanente durante todos los meses del año. Esta proposicion fué desechada en lo que tenia de grave. Se decidió que el Tribunado se reuniria una vez cada quince dias para oir una relacion de las peticiones, y que esta relacion se haria por la mesa de aquel cuerpo, compuesta del presidente y de los secretarios. Reducida la proposicion á este término, no tenia nada de alarmante.

Ultima tentativa de la oposicion en el Tribunado.

Salvo esta última tentativa, el fin de la legislatura fué tranquilo aun en el Tribunado. Los proyectos del gobierno habian obtenido tal mayoria, que era necesario una gran susceptibilidad para culpar á este cuerpo de la oposicion de una veintena de sus miembros. Aunque dispuesto el primer Cónsul á no soportar nada, tomó el partido de no hacer caso. Asi, pues, esta primera legislatura llamada del año VIII, no correspondió en modo alguno á los temores que ciertos propagadores de malas noticias hacian ostentacion de difundir. Si mas tarde hubieran permanecido las cosas en esta situacion, todos se habrian acomodado con este último simulacro de las asambleas deliberantes, y hubieran sido soportadas tanto por aquella generacion alarmada, cuanto por el gefe que habia adoptado.

Poco ántes de concluirse la legislatura, tomó el primer Cónsul respec-

Reglamento de policía respecto á la prensa periódica.

to á la prensa periódica una medida que hoy seria nada menos que un fenómeno imposible, pero que entonces, gracias al silencio de la Constitucion sobre este punto, era una medida muy legal, y segun el espíritu de la época, poco menos que insignificante. En efecto, nada decia la Constitucion tocante á la prensa periódica, y parecia asombroso que la importante libertad de escribir no hubiera merecido una mencion especial en la ley fundamental del Estado. Pero entonces la tribuna, lo mismo en las asambleas que en los clubs, habia sido para las pasiones revolucionarias el medio mejor de producirse, y tanto se habia usado del derecho de hablar, que apenas se habia hecho caso del derecho de escribir. En la época del 18 de Fructidor se empleó un poco mas la prensa, pero con especialidad por los realistas, lo que contribuyó á excitar contra ella tal aversion entre los revolucionarios, que despues solo les inspiró un mediano interes. Así, pues, sufrieron que fuese proscripta en el 18 del Fructidor, y que no se hiciese mencion de ella en la Constitucion del año VIII, dejándola, desde luego, á la arbitrariedad del gobierno.

El primer Cónsul que habia ya soportado con poca paciencia los ataques de los periódicos realistas cuando solo era general del ejército de Italia, empezaba á inquietarse de las indiscreciones que la prensa cometia respecto á las operaciones militares, y de los virulentos ataques que se permitia contra los gobiernos extrangeros. Dedicándose particularmente á reconciliar á la República con la Europa, temia que los periódicos republicanos violentamente desencadenados contra los gabinetes extrangeros, sobre todo, despues de haber rechazado las ofertas de la Francia, no hiciesen vanos todos sus esfuerzos de reconciliacion. El rey de Prusia especialmente se habia quejado de algunos periódicos franceses, manifestando el disgusto que le causaban. El primer Cónsul, que queria borrar en todo las señales de violencia, y que por otra parte no estaba contenido respecto á la libertad de la prensa por una opinion pública, firme y determinada, tal como la que existe hoy dia, tomó una decision por la cual suprimió un sin número de periódicos, designando á la vez los que tendrian el privilegio de continuar publicándose. Estas determinaciones debian permanecer vigentes hasta la paz general. Los periódicos que se conservaron fueron trece. *El Monitor Universal.--El Diario de los Debates.—El Diario de Paris.—El Bien Informado.—El Publicista.—El Amigo de las Leyes.—La Llave del Gabinete.—El Ciudadano Frances.—La Gaceta de Francia.—El Diario de los hombres libres.—El Diario de la tarde.—El Diario de los Defensores de la Patria.—La Década Filosófica.*

Lista de los periódicos autorizados para publicarse.

Estos periódicos privilegiados, estaban por otro lado advertidos que los que publicasen artículos contra la Constitucion, contra los ejércitos, su gloria ó su interes, ó bien invectivas contra los gobiernos amigos ó aliados de la Francia serian inmediatamente suprimidos.

Esta medida que pareceria en la época actual tan extraordinaria, fue acogida sin murmuracion ni asombro, porque las cosas solo tienen valor por el espíritu que reina.

Resúmen de los votos recogidos en toda la Francia con motivo de la nueva Constitucion.

Los votos pedidos á los ciudadanos sobre la nueva Constitucion habian sido recogidos y contados. El resultado de este resúmen se comunicó por un mensaje de los Cónsules al senado, al cuerpo legislativo y al Tribunado. Ninguna de las Constituciones anteriores habia sido aceptada por un número mayor de sufragios.

En 1793 se contaron 1,800,000 votos favorables á la Constitucion de dicha época y 11,000 en contra; y en 1795 tuvo la Constitucion Directorial 1,570,000 votos favorables y 49,000 contrarios. Esta vez se presentaron mas de 3,000,000 de votantes, de los cuales 3000,000 adoptaron la Constitucion y solo 1500 la rechazaron (1). De seguro, estas vanas formalidades no sirven de nada para los hombres pensadores, pues no se juzga de la voluntad de una sociedad por esos signos vulgares y á veces mentidos, sino por su as-

(1) He aquí los números exactos: en 1793, 1,801,918 votos favorables y 11,610 contrarios; en 1795, 1,057,390 votos favorables y 49955 contrarios; en 1800 de 3,012,569 votantes, 3,011,007 favorables y 1562 contrarios.

pecto moral. Pero la diferencia en el número de votantes tenia aquí una incontestable significacion. Probaba al menos cuan general era el sentimiento que llamaba á un gobierno fuerte y reparador, capaz de asegurar el órden, la victoria y la paz.

El primer Cónsul se establece en el palacio de las Tullerías.

Antes de marchar al ejército se decidió el primer Cónsul á dar un paso importante, cual era el establecerse en las Tullerias. Con la disposicion de los ánimos á ver en él un César ó un Cromwell, destinado á terminar el reinado de la anarquía por el reinado del poder absoluto, el establecerse en el palacio de los reyes era un paso atrevido y delicado, no por las resistencias que podia hallar, sino por el efecto moral que estaba en el caso de producir.

Ceremonia fúnebre en honor de Washington.

El primer Cónsul hizo preceder aquel paso con una ceremonia imponente y habilmente imaginada. Washington acababa de morir. La muerte de este ilustre personage que habia llenado con su nombre el fin del siglo último, habia sido un motivo de sentimiento para todos los amigos de la libertad en Europa. Juzgando el primer Cónsul que una manifestacion con este objeto seria oportuna, dirigió á los ejércitos la siguiente órden del dia:

»Washington ha muerto! Este grande »hombre combatió la tirania, y ha con»solidado la independencia de su patria. »Su memoria será siempre cara al pue»blo francés, como á todos los hombres »libres de ambos mundos, y especialmen»te á los soldados franceses, que como »él y los soldados americanos, combaten »por la igualdad y la libertad.

En su consecuencia se decretaron diez dias de luto, que debia consistir en un crespon negro colocado en todas las banderas de la República. El primer Cónsul no se limitó á esto: dispuso una funcion sencilla y noble en la iglesia de los Inválidos llamada en el lenguage fugitivo de aquella época, *el templo de Marte*. Las banderas conquistadas en Egipto no habian sido presentadas aun al gobierno. El general Lannes fué el encargado de entregarlas en esta ocasion al ministro de la guerra, bajo la magnífica cúpula levantada por el gran rey á la ancianidad guerrera

El 9 de Febrero (20 de Pluvioso) reunidas todas las autoridades en los Inválidos, presentó el general Lannes al ministro de la guerra Berthier noventa y seis banderas conquistadas en las Pirámides, en el Monte Tabor y en Aboukir, pronunciando un discurso corto y marcial. Berthier le contestó en el mismo estilo. Estaba este sentado entre dos inválidos centenarios, y tenia delante el busto de Washington rodeado de mil banderas, conquistadas en Europa por los ejércitos de la Francia republicana.

Elogio de Washington por M. de Fontanes.

No léjos de aquel sitio se habia colocado una tribuna, y se vió subir á ella á un proscripto que debia su libertad á la política del primer Cónsul: era M. de Fontanes, escritor puro y brillante, el último que ha hecho uso de esa lengua francesa tan perfecta, y sepultada hoy con el siglo diez y ocho en el abismo de lo pasado. M. de Fontanes pronunció en un lenguage estudiado pero sublime, el elogio fúnebre del héroe de la América. Celebró las virtudes guerreras de Washington, su valor, su prudencia, su desinteres, y colocó sobre el génio militar que sabe alcanzar victorias, el génio reparador que sabe terminar las guerras civiles, cerrar las llagas de la patria y dar la paz al mundo. Al lado de la sombra de Washington evocó las de Turena, de Catinat y de Condé, y hablando en cierto modo á nombre de aquellos grandes hombres, pronunció bajo la forma mas delicada y digna, alabanzas, que estaban esta vez llenas de nobleza, porque estaban tambien llenas de sábias lecciones.

»Si, exclamó al concluir; si, tus con»sejos serán oidos, ¡ó Washington! oh »guerrero! oh legislador! oh ciudadano »sin tacha! Aquel que, jóven aun, te ha »sobrepujado en los combates, cerrará »como tú con sus triunfantes manos las »heridas de la patria. Muy pronto, y te»nemos por prenda su voluntad y su »génio guerrero si desgraciadamente »fuese necesario, muy pronto el himno »de paz resonará en este templo de la »guerra; entonces el sentimiento uni»versal de alegria borrará el recuerdo »de todas las injusticias y de todas las »opresiones..... ya los oprimidos olvidan »sus males confiándose al porvenir!.... »Las aclamaciones de todos los siglos

»acompañarán al héroe que haga este »beneficio á la Francia y al mundo tan»to tiempo conmovido."

Concluido este discurso se colocaron en todas las banderas los crespones negros, y la República Francesa llevó luto por el fundador de la República Americana, como sucede en las monarquías por las pérdidas que experimentan las otras. ¿Qué faltaba á esta ceremonia para que igualase en grandeza á aquellas escenas fúnebres que presenciaba Luis VIX para oir de la boca de Flechier y de Bossuet el elogio de uno de sus guerreros? No era, sin duda, la grandeza de las cosas y de los hombres; ¿por que se hablaba de Washington delante de Bonaparte, y se hablaba en medio de una sociedad que habia visto subir al cadalso á otro *Cárlos I*, y seguirle en él mugeres coronadas! Se podian pronunciar á cada instante los nombres de Fleurus, de Arcola, de Rívoli, de Zurich, de las Pirámides, y ¡seguramente estos nombres magníficos podian dar grandeza á un discurso, tan bien como los de Dunes y de Rocroy! ¿Qué faltaba, pues, á esta solemnidad para ser del todo grande? Faltaba lo que ni aun los mas grandes hombres podian darle; faltaba ántes que todo la religion, no esa religion de apariencias, sino la que verdaderamente se siente y sin la cual los muertos son siempre friamente célebres: faltaba el génio de Bossuet, porque hay grandezas que no se reproducen en las naciones, y si los Turenas y los Condés han tenido sucesores, los Bossuet no los tienen: faltaba, en fin, cierta sinceridad, porque ese homenage que se tributaba á un héroe, célebre sobre todo por el desinteres de su ambicion, era demasiado afectado: sin embargo, no váyamos á creer con la multitud de interpretaciones vulgares, que todo fuese allí pura hipocresía: la habia, sin duda; pero ¡tambien habia las ilusiones ordinarias de la época, y de todas las épocas! En efecto, mas comunmente se engañan los hombres á sí mismos que engañan á otros. Muchos franceses, como los romanos en tiempo de Augusto, creian aun en la República, porque se pronunciaba respetuosamente su nombre; y no es muy seguro que el que ordenó aquella fiesta fúnebre, el mismo general Bonaparte no se engañase al celebrar á Washington, y no creyese, en efecto, que así en Francia como en América se podia ser el primero, sin ser rey ó emperador.

Trabajos ejecutados en las Tullerías para recibir á los Cónsules.

Esta ceremonia era el preludio de la instalacion de los tres Cónsules en las Tullerías. Desde mucho tiempo ántes se estaban haciendo en este palacio las reparaciones necesarias: se borraban las señales que habia dejado la Convencion, y se suprimian los gorros colorados que la misma habia hecho colocar en medio de los dorados artesones. El primer Cónsul debia ocupar el departamento del primer piso, el mismo que la familia real reinante ocupa durante las recepciones de la noche. Su esposa é hijos debian habitar el entresuelo. La galería de Diana era, como en la actualidad, el vestíbulo que habia que atravesar para llegar á las habitaciones del gefe del Estado. El primer Cónsul la hizo adornar con bustos que representaban una série de hombres grandes, procurando mostrar en la eleccion de aquellos las predilecciones de su espíritu: eran dichos bustos, Demóstenes, Alejandro, Aníbal, Scipion, Bruto, Ciceron, Catón, Cesar, Gustavo Adolfo, Turena, Condé, Dugnai-Trouin, Marlborough, Eugenio, el mariscal de Sajonia, Washington, Federico el Grande, Mirabeau, Dugommier, Dampierre, Marceau y Joubert; es decir, guerreros y oradores, defensores de la libertad y conquistadores, héroes de la antigua Monarquía y de la República, y por último, cuatro generales de la revolucion muertos en el campo de batalla. Reunir á su alrededor las glorias de todas las épocas y de todos los países, así como queria reunir al rededor de su gobierno á todos los partidos, era la inclinacion que se complacia en manifestar.

Pero no debia habitar solo las Tullerías, pues sus dos cólegas debian ocuparlas con él. El Cónsul Lebrun fue alojado en el pabellon de Flora. En cuanto al Cónsul Cambaceres, que ocupaba un lugar preferente al Cónsul Lebrun, rehusó vivir en el palacio de los reyes. Este personage de prudencia consumada y el único quizas de los hombres de aquella época que no se entregase á ilusiones, dijo á su cólega Lebrun: Seria una falta que fuésemos á vivir en las Tu-

llerias; eso no nos conviene á nosotros, y por mi parte no iré. El general Bonaparte querrá pronto vivir solo, y tendriamos que salir: mas vale no entrar.—En efecto, no entró, é hizo que le diesen una buena casa en la plaza del Carrousel, la que tuvo por todo el tiempo que Napoleon conservó el imperio.

Cuando todo estuvo dispuesto, y algunos dias despues de la fúnebre ceremonia de los Inválidos, determinó el primer Cónsul tomar publicamente posesion de las Tullerias, lo que efectuó con gran solemnidad.

Los Cónsules se trasladan solemnemente del Luxemburgo á las Tullerias.

El 19 de Febrero (30 de Pluvioso) dejó el Luxemburgo, para trasladarse á su nuevo palacio, precedido y seguido de un imponente cortejo. Los brillantes regimientos que habian pasado de la Holanda á la Vendée y de la Vendée á Paris, é iban por la centésima vez á cubrirse de gloria en las llanuras de Alemania y de Italia, abrian la marcha mandados por Lannes, Murat y Bessieres. Iban despues en carruages, casi todos prestados, los ministros, los consejeros de Estado, y las autoridades públicas; por último, en una hermosa carroza tirada por seis caballos iban los tres Cónsules. Estos caballos tenian en aquella circunstancia una significacion particular: eran los que el emperador de Alemania habia regalado al general Bonaparte con motivo de la paz de Campo-Formio. Habia tambien recibido de aquel príncipe un magnífico sable que tuvo cuidado de ceñir aquel dia. De este modo desplegaba á su alrededor todo lo que recordaba al guerrero pacífico. La multitud estendida por las calles y por los malecones que dan á las Tullerias, acojió su presencia con vivas aclamaciones. Estas aclamaciones eran sinceras, porque saludaban en él la gloria de la Francia y el principio de su prosperidad. Al llegar al Carrousel, la carroza de los Cónsules fue recibida por la guardia consular, y pasó por delante de dos cuerpos de guardia construidos, el uno á la derecha y el otro á la izquierda del patio del palacio. Sobre uno de ellos habia quedado la siguiente inscripcion: LA MONARQUIA ESTA ABOLIDA EN FRANCIA Y NO SE RESTABLECERA JAMAS.

Apenas entró en el patio, montó el primer Cónsul á caballo, y pasó revista á las tropas formadas delante del palacio. Cuando llegó al frente de las banderas de la 96, 43, y 30 medias brigadas, banderas ennegrecidas y desgarradas por las balas, las saludó, y fue saludado á su vez por las aclamaciones de los soldados. Despues de haber recorrido las filas se colocó delante del pabellon de Flora para verlas desfilar. En el balcon de palacio, situado encima del sitio en que estaba el general Bonaparte, se hallaban los Cónsules, las principales autoridades, y por último la familia de aquel, la cual empezaba á tener rango en el Estado. Concluida la revista subió á los aposentos, donde el ministro del interior le presentó las autoridades civiles, el de la guerra las militares, y el de marina todos los oficiales marinos que momentaneamente se encontraban en Paris. Hubo tambien aquel dia un banquete en las Tullerias y en casa de los ministros.

Servicio interior del palacio consular.

El servicio del palacio consular se arregló del modo siguiente: Un consejero de Estado antiguo ministro del Interior, M. Benezech, estaba encargado de la administracion general de este palacio. Los ayudantes de campo, y con especialidad Duroc, debian hacer los honores del palacio y reemplazar á esa multitud de oficiales de todas clases que ordinariamente llenan las vastas habitaciones de los monarcas europeos. Cada quince dias, el 2 y el 17 de cada mes, recibia el primer Cónsul al Cuerpo Diplomático, y una vez cada diez dias, en dias diferentes y en determinadas horas, recibia á los Senadores, á los miembros del Cuerpo Legislativo, á los del Tribunado y á los del Tribunal de Casacion. Los empleados que necesitaban hablarle debian dirijirse á los ministros de quienes dependian para que los presentasen. El 2 de Ventoso (21 de Febrero) dos dias despues de su instalacion en las Tullerias, dió audiencia al Cuerpo Diplomático. Rodeado de un numeroso estado mayor, y teniendo los Cónsules á su lado, recibió á los representantes de los Estados que no estaban en guerra con la República. Introducidos por M. de Benazech, y presentados por el ministro de relaciones exteriores, entregaron sus credenciales al primer Cónsul, quien las transmitió al ministro, sobre poco mas ó menos, como hacen

los soberanos en los gobiernos monárquicos. Los agentes extrangeros que figuraron en esta audiencia, fueron M. de Musquiz, embajador de España; M. de Saudoz-Rollin, ministro de Prusia; M. de Schimmelpenninck, embajador de Holanda; M. de Serbelloni, enviado de la República Cisalpina; en fin, los encargados de negocios de Dinamarca, de Suecia, de Suiza, de Baden, de Hesse-Cassel, de Roma, de Génova, &c. (Monitor del 4 de Ventoso del año VIII).

Concluida la presentacion fueron introducidos estos diversos ministros á la presencia de Mad. Bonaparte.

Revista de las tropas en el Carrousel.

Cada cinco dias pasaba el primer Cónsul revista á todos los regimientos que atravesaban por Paris para dirigirse á las fronteras. Entonces era cuando se dejaba ver á las tropas y á la multitud, siempre ansiosa de contemplarle á su paso. Delgado, pálido, é inclinado sobre su caballo, interesaba y sorprendia á la vez por una belleza grave y triste, y por una apariencia de mala salud, que empezaba á inquietar mucho á todos, porque jamas la conservacion de un hombre habia sido tan deseada como la suya.

Despues de estas revistas eran admitidos á su mesa los oficiales de las tropas: lo mismo sucedia á veces con los ministros extrangeros, los miembros de las asambleas, los magistrados y los empleados de categoria, y en todas estas comidas reinaba un lujo decente. En esta naciente corte no habia aun ni damas de honor ni chambelanes; y la etiqueta era severa, aunque ya algo afectada; cuidando sobre todo abandonar los usos del Directorio, bajo el cual una ridícula imitacion de las costumbres antiguas, unida á la disolucion de las costumbres actuales, habia dejado sin ninguna dignidad la representacion exterior del gobierno. En esta naciente corte todos estaban silenciosos, y observaban y seguian con la vista al personage extraordinario que habia hecho ya tan grandes cosas, y que hacia esperar otras muchas aun mayores: todos aguardaban que les preguntase, y contestaban con deferencia.

Al dia siguiente de haberse establecido el general Bonaparte en las Tullerias, al recorrerlas con su secretario M. de Bourrienne, le dijo, «Pues bien, Bourrienne, hénos ya aquí en las Tullerias!... Ahora es preciso permanecer.»

## FIN DEL LIBRO SEGUNDO

# LIBRO TERCERO.

## ULMA Y GÉNOVA.

*Preparativos de guerra.—Fuerza de la coalicion en 1800.—Ejército del baron de Melas en Liguria y del mariscal de Kray en Suabia.—Plan de campaña de los austriacos.—Importancia de la Suiza en esta guerra.—Plan del general Bonaparte.—Forma este la resolucion de caer sobre el flanco de M. de Kray y sobre la retaguardia de M. de Melas.—Papel que destina á Moreau y que se destina á sí mismo.—Creacion del ejército de reserva.—Instrucciones á Massena.—Principio de las hostilidades.—El baron de Melas ataca al ejército de Liguria en el Apenino, y lo divide en dos mitades, arrojando á la una sobre el Var y á la otra sobre Génova.—Encerrado Massena en Génova se prepara á hacer una tenaz resistencia.—Descripcion de Génova.—Combates heróicos de Massena.—Instancias del primer Cónsul á Moreau para empeñarle á dar principio á las operaciones en Alemania con el fin de poder socorrer con mas prontitud á Massena.—Paso del Rhin por cuatro puntos.—Moreau logra reunir tres cuerpos de los cuatro de su ejército y cae sobre los austriacos en Engen y Stokach.—Batallas de Engen y de Mœsskirch.—Retirada de los austriacos sobre el Danubio.—Accion dada por Saint-Cyr en Riberach.—M. de Kray se establece en el campamento atrincherado de Ulma.—Moreau maniobra para desalojarle de él.—Movimientos poco acertados de Moreau que afortunadamente no producen ningun resultado lamentable.—Encierra Moreau definitivamente á M. de Kray en Ulma y toma una fuerte posicion delante de Augsburgo, con el fin de aguardar en ella los acontecimientos de Italia.—Resúmen de las operaciones de Moreau.—Carácter de este general.*

Despues de haber dirigido á la Europa vivas instancias para obtener la paz, instancias que no habrian parecido dignas á no emanar de un general cubierto de gloria, no quedaba al primer Cónsul otro recurso que la guerra, para la cual por lo demas se habia preparado todo con la mayor actividad durante el invierno de 1799 á 1800 (año VIII). Esta guerra fue á la vez la mas legítima y una de las mas gloriosas de aquella época heróica.

Falta del Austria en querer continuar la guerra.

Aunque observando el Austria en las formas mas comedimiento que la Inglaterra, habia, no obstante, venido á parar en las mismas conclusiones, y rehusado la paz. La vana esperanza de conservar en la Italia la ventajosa posicion que habia adquirido con las victorias de Suwarow, los subsidios que le suministraban los ingleses, la errónea opinion que tenia de que agotada la Francia de hombres y de dinero no podria sostener una nueva campaña, y sobre todo la fatal obstinacion de M. de Thugut, que representaba en Viena el partido de la guerra con la misma obstinacion que M. Pitt en Lóndres, y que mezclaba en la cuestion mas pasion personal que verdadero patriotismo; todas estas causas reunidas habian conducido al gabinete austriaco á cometer una falta política de las mas graves; la de no aprovecharse de una buena situacion para negociar. Se necesitaba estar enteramente ciego para creer que los triunfos que habian debido á la incapacidad del Directorio, se obtendrian tambien de un gobierno nuevo, completamente reorganizado, prodigiosamente activo y dirigido por el primer capitan del siglo.

El archiduque Cárlos desaprueba la guerra, y es reemplazado por M. de Kray en el mando de los ejércitos imperiales.

El archiduque Cárlos, que unia á verdaderos talentos militares mucha moderacion y modestia, habia señalado todos los peligros que traeria consigo la continuacion de la guerra, y la dificultad de hacer frente al célebre adversario que iba á entrar en la lid. Por única contestacion se le reemplazó en el mando de los ejércitos austriacos, privándose asi del único gene-

ral que hubiera podido dirijirlos con algunas probabilidades de buen éxito. La deposicion de este principe, que se quiso disimular confiriéndole el título de gobernador de Bohemia, fue amargamente sentida por el ejército imperial, sin embargo de haberle dado por sucesor al baron de Kray, que se habia distinguido en la última campaña de Italia. M. de Kray era un oficial valiente, de capacidad, experimentado, y no se mostró indigno del mando que se le confirió.

Subsidios dados á los príncipes alemanes, para empeñarlos á levantar nuevos contingentes.

Para llenar el vacio que habian dejado los rusos en las filas de la coalicion, el Austria, secundada por la Inglaterra, obtuvo de los estados del Imperio un suplemento de fuerza bastante considerable. Por un tratado particular firmado el 16 de Marzo por M. de Wickham, ministro británico cerca del Elector de Baviera, se obligó este príncipe á proporcionar ademas de su contingente legal como miembro del imperio, un cuerpo supletorio de 12000 bávaros. Otro tratado del mismo género firmado el 20 de Abril con el duque de Wurtemberg, proporcionó al ejército coaligado otro cuerpo de 6000 wurtemburgueses. Por último, el 30 de Abril el mismo negociador obtuvo del elector de Maguncia un cuerpo de 4 á 6000 maguncienses; y todos bajo las mismas condiciones pecuniarias. Ademas de los gastos de reclutamiento, de equipo y de manutencion de las tropas, la Inglaterra garantizaba á los príncipes alemanes coaligados que no se trataria sin su intervencion con la Francia, y se obligaba á hacerles restituir sus estados, cualquiera que fuese el éxito de la guerra: en cambio exigía de dichos príncipes la promesa de no escuchar ninguna proposicion de paz aislada.

De todas estas tropas alemanas las de Baviera eran las mejores; seguianlas las de Wurtemberg, pero las de Maguncia eran milicias sin disciplina ni valor. Independiente de estos contingentes regulares, se habia excitado á los paisanos de la Selva Negra á tomar las armas, asustándoles con la idea de los desastres que cometian los franceses, quienes en aquella época desvastaban mucho menos que los imperiales los campos cultivados de la desdichada Alemania.

Ejército imperial de Suabia.

El ejército imperal de Suabia, con todos estos cuerpos auxiliares, ascendia á unos 150,000 hombres, de los cuales 30,000 estaban de guarnicion en las plazas, y 120,000 en el ejército de operaciones. Estaba este provisto de una artillería numerosa y buena, aunque inferior á la artillería francesa, y sobre todo de una soberbia caballeria, como es costumbre en los ejércitos austriacos. El Emperador tenia ademas 120,000 hombres en Lombardia, al mando del baron de Mélas. Las escuadras inglesas, reunidas en el Mediterráneo, y cruzando sin cesar en el golfo de Génova apoyaban todas las operaciones de los austriacos en Italia. Ademas debian llevarles un cuerpo auxiliar de ingleses y de emigrados, reunido entonces en Mahon y que hacian subir á 20,000 hombres; estando convenido que este cuerpo desembarcaria en Tolon, dado caso que el ejército imperial encargado de operar junto al Apenino lograse vencer la línea del Var.

Ejército de Lombardia.

Habian creido tambien poder reunir algunas tropas rusas á algunas inglesas, y desembarcarlas en las costas de Francia para excitar levantamientos en Bélgica, en Bretaña y en la Vendée; pero la voluntaria inaccion de los rusos y la pacificacion de la Vendée, desbarató esta operacion, con la que contaban mucho los aliados.

Total de las tropas coaligadas.

Tenia, pues, la coalicion para continuar la guerra con la Francia una fuerza de cerca de 300,000 hombres, 150,000 en Suabia, 120,000 en Italia, y 20,000 en Mahon, estando secundada ademas por toda la marina inglesa. Preciso es decir que esta fuerza hubiera sido muy insuficiente contra la Francia reorganizada y en posesion de todos sus medios; pero contra la Francia apenas salida del caos á donde la habia arrojado la debilidad del Directorio, era una fuerza considerable, y con la cual se hubieran podido obtener grandes resultados, si se hubiese sabido emplear. Añádese que era una fuerza real y poco propensa á rebaja porque los 300,000 hombres que la componian estaban acostumbrados á las fatigas y situados junto la misma frontera que debian atacar: circunstancia importante, porque todo ejér-

cito visoño difícilmente resiste á los primeros trabajos de la guerra, y si ademas tiene que andar un camino muy largo para llegar al teatro de ella, su número disminuye en proporcion de las distancias que tiene que recorrer.

Debemos dar á conocer la distribucion de las tropas coaligadas, y el plan con arreglo al cual debian operar.

Plan de la coalicion.

M. de Kray á la cabeza de los 150,000 hombres que mandaba, ocupaba la Suabia, colocado en medio del ángulo que forma el Rhin en este territorio cuando despues de haber atravesado del Este al Oeste desde Constanza hasta Basilea se vuelve bruscamente para correr hacia el Norte desde Basilea hasta Strasburgo. En esta situacion teniendo M. de Kray á su flanco izquierdo la Suiza y á su flanco derecho la Alsacia, observaba todas las desembocaduras del Rhin por donde los ejércitos franceses podian penetrar en Alemania. M. de Kray no tenia la pretension de pasar el rio para invadir el suelo de la República, pues su papel al principio de la campaña debia ser menos activo. La iniciativa de las operaciones estaba reservada al ejército de Italia, fuerte de 120,000 hombres, y situado, por consecuencia de las ventajas que habia obtenido en 1799 en el mismo pie del Apenino. Este ejército debia bloquear á Génova, tomarla si era posible, salvar en seguida el Apenino y el Var y presentarse delante de Tolon, donde los ingleses y los emigrados del Mediodia, mandados por el general Villot, uno de los proscriptos del Fructidor debian reunirse con los austriacos. Una nueva invasion en la provincia de Francia que contenia el mayor de nuestros establecimientos marítimos, era muy del gusto de los ingleses, y á ellos debe atribuirse en gran parte este plan, que despues fue tan criticado. Suponíase que cuando el ejército austriaco de Italia, el cual, gracias al clima de la Liguria, podia empezar las operaciones antes que el de Suabia, hubiese penetrado en la Provenza, el primer Cónsul abandonaria el Rhin para cubrir el Var, con cuyo medio tendria entónces el mariscal Kray una ocasion para empezar sus operaciones. Encontrándose así la Suiza estrechada entre dos ejércitos victoriosos, debia caer naturalmente en sus manos, sin que hubiese necesidad de renovar contra ella los impotentes esfuerzos de la campaña anterior. Las hazañas de Lecourbe y de Massena en los Alpes habian separado á los austriacos de la idea de toda operacion en grande dirigida especialmente contra la Suiza, limitándose á una simple observacion de este territorio. El extremo izquierdo del mariscal de Kray debia encargarse de este cuidado en Suabia, y la caballeria del baron de Melas, inútil en el Apenino, debia hacer lo mismo en la Lombardia. El plan de los austriacos consistia, pues, en contemporizar en Suabia, operar al momento en Italia, adelantarse por este lado hasta el Var, y cuando atraidos los franceses sobre el Var, desguarneciesen el Rhin, pasar este rio, avanzar en dos masas la una al Este por Basilea, y la otra al Mediodia por Niza, y allanar así, sin atacarla, la formidable barrera de la Suiza.

Los jueces en materia de operaciones militares han censurado mucho al Austria de haber descuidado á la Suiza, lo que permitió al general Bonaparte desembocar por ella, para arrojarse sobre el flanco del mariscal de Kray, y sobre la retaguardia del baron de Melas. Nosotros creemos, y de ello se podrá juzgar por la exposicion de los hechos, que ningun plan, por seguro que fuese, era posible en presencia del general Bonaparte, y con la irreparable falta de dejar á la Suiza en manos de los franceses.

Para comprender bien esta memorable campaña, y juzgar sanamente las determinaciones de la partes beligerantes, es menester figurarse con exactitud la posicion de la Suiza, y la influencia que debia tener en las operaciones militares, sobre todo, al punto á que habian llegado.

Descripcion de la cordillera de los Alpes. Operaciones que pueden hacer la Francia y el Austria á los dos lados de esta cordillera.

Hacia las fronteras orientales de la Francia empiezan los Alpes á elevarse del centro del continente europeo. En seguida se prolongan hácia el Este, separando la Alemania de Italia y dejando á un lado el Danubio y sus afluentes, y al otro el Pó y todos los pequeños rios que le hacen tan caudaloso. La parte de los Alpes mas

próxima á Francia es la que forma la Suiza. Su prolongacion constituye el Tyrol que hace muchos siglos pertenece al Austria.

Cuando los ejércitos austriacos se adelantan hácia Francia se ven obligados á subir el valle del Danubio por un lado, y del Pó por otro, separados en dos masas que obran á lo largo de la cordillera de los Alpes. Mientras estas dos masas ó cuerpos permanecen en Baviera y en Lombardia pueden comunicarse y atravesar los Alpes por el Tyrol que pertenece al emperador; pero cuando llegan á Suabia junto al alto Danubio, y al Piamonte junto al Pó superior, se encuentran separados uno de otro, porque la Suiza independiente y neutral les cierra el paso.

Esta neutralidad de la Suiza es un obstáculo que la política de Europa ha puesto sabiamente entre la Francia y el Austria para disminuir los puntos de ataque entre estas dos potencias temibles. En efecto, si la Suiza se franquea al Austria, esta puede adelantar sus ejércitos comunicando libremente desde el valle del Danubio al valle del Pó, y amenazando á las fronteras de Francia desde Basilea hasta Niza. Este es un peligro inmenso para la Francia, porque se ve obligada á tomar sus precauciones y estar sobre sí desde las bocas del Rhin hasta las bocas del Ródano, mientra que si los Alpes suizos quedan cerrados, puede concentrar todas sus fuerzas sobre el Rhin, despreciando el ataque que pueda hacérsele por el Mediodia, visto que jamas ha salido bien á los imperiales una operacion sobre el Var, á causa de lo largo del rodeo. La neutralidad de la Suiza es pues una gran ventaja para la Francia.

Importancia capital de la Suiza.

Pero no lo es menos para el Austria y aun puede serlo mas que para la Francia. En efecto, si la Suiza llega á ser el teatro de las hostilidades, el ejército frances puede invadirla primero, y como su infanteria es inteligente, ágil y valiente, y tan apropósito para la guerra de montañas como para la de llanuras, tiene muchas probabilidades de mantenerse en ella. La prueba está en la misma campaña de 1799. Si los Alpes son atacados por la gran cordillera del lado de Italia, puede el ejército frances oponer la resistencia que Lecourbe opuso á Suwarou en las gargantas del San Gotardo; y si son atacados del lado de Alemania por la parte baja, opone tras de los lagos y los rios la resistencia que opuso Massena tras el lago de Zurich, y que concluyó con la memorable batalla de este nombre. Asi pues, cuando el ejército frances se apodera de la Suiza, tiene una posicion amenazadora, de la cual puede aprovecharse para alcanzar extraordinarios resultados, como se verá pronto en la narracion de las operaciones del general Bonaparte.

En efecto, los dos ejércitos austriacos que se hallen el uno en Suabia y el otro en el Piamonte, separados por la Suiza, no tienen ningun medio de comunicarse, y los franceses desembocando por el lago de Constanza de un lado, y por los grandes Alpes del otro, pueden arrojarse sobre los flancos del ejército de Suabia ó sobre las retaguardias del ejército de Italia. Este peligro es imposible de evitar, cualquiera que sea el plan que se adopte, á menos de no volver cincuenta leguas atras, y retroceder hasta Baviera por un lado y hasta Lombardia por otro.

Tres partidos que podian tomar los austriacos.

Hubiera sido, pues, preciso que los austriacos hiciesen una de estas cosas: ó que perdiendo las ventajas que habian conseguido en la última campaña, nos abandonasen á la vez la Suabia y el Piamonte; ó que si rehusaban hacer tal sacrificio, probasen hacerse dueños de la Suiza por un ataque general, lo que no podia salirles bien, porque era atacar de frente un obstáculo casi insuperable, contra el cual se habian ya estrellado; ó, en fin, que se dividiesen como lo hicieron en dos grandes ejércitos, quedando separados por la Suiza, que se encontraba asi colocada sobre sus flancos y sus retaguardias. Es verdad que siguiendo este último partido, hubieran podido disminuir considerablemente uno de los dos ejércitos para aumentar el otro no dejando, por ejemplo, al baron de Mélas sino los medios necesarios para contener á Massena, y aumentar hasta 200,000 hombres el ejército de Suabia; ó hacer lo contrario reuniendo sus principales fuerzas en el Piamonte. Pero en uno de estos casos tenia casi que entregar la Italia, la Italia, objeto único

y la presa mas ardientemente codiciada de la guerra; y en el otro tenia que abandonar sin combatir el Rhin, la Selva Negra, las fuentes del Danubio, y acortar á los franceses el camino de Viena: era, en fin, en ámbos casos darnos una gran ventaja, porque aumentar uno de los dos ejércitos á 200,000 hombres, era dar la victoria á la potencia que poseyera al general Bonaparte, porque, en efecto, solo el general Bonaparte podia entonces mandar un ejército de 200,000 hombres á la vez.

No habia, pues, ningun plan enteramente seguro para el Austria, siendo los franceses dueños de la Suiza, lo que, de paso, prueba que la neutralidad Suiza está muy bien inventada en el interés de las dos potencias, aumentando sus medios defensivos y disminuyendo sus medios ofensivos; es decir, que da á su seguridad todo lo que quita á su poder agresor. Nada mejor podria hacerse en el interés de la paz general.

Los austriacos no tenian, pues, muchos partidos que tomar, y por mas que se ha dicho, eligieron quizas el solo posible, decidiéndose á contemporizar en Suabia y á operar vivamente en Italia, quedando separados por el obstáculo de la Suiza que les era imposible destruir. Pero en esta posicion podian conducirse de varias maneras, y es menester confesar que no solo no adoptaron la mejor, sino que ni aun supieron preveer los peligros, que les amenazaban. Obstinándose en creer que los ejércitos franceses estaban aniquilados; no suponiendo que el de Alemania fuese capaz de tomar la ofensiva y pasar el Rhin en presencia de 150,000 austriacos apostados en la Selva Negra; imaginándose aun mucho menos que se pudiesen pasar los Alpes donde no habia caminos y en la estacion de los yelos, y no viendo por otra parte el tercer ejército que podria intentar el pasarlos, se abandonaron á una confianza que les fue fatal. No obstante, para ser justos, debemos reconocer que muchos se habrian equivocado como ellos, porque su seguridad descansaba sobre obstáculos al parecer invencibles. Pero pronto les enseñó la experiencia que delante de un adversario tal como el general Bonaparte, toda seguridad era engañosa y podia ser mortal, aunque se fundase en barreras insuperables, rios ó montañas de nieve.

La Francia tenia dos ejércitos: el de Alemania que por la reunion de los ejércitos del Rhin y de la Helvecia ascendia á 130,000 hombres, y el de Liguria reducido á unos 40,000. En las tropas de Holanda, de la Vendée y del interior habia elementos diseminados para formar un tercer ejército; pero solo una superior habilidad administrativa podia reunirlos á tiempo y sobre todo de improviso en el punto en que era necesaria su presencia. El general Bonaparte imaginó emplear estos diversos medios como sigue:

Vasto proyecto del general Bonaparte.

Massena con el ejército de Liguria no aumentado pero si abastecido de víveres y municiones, tenia órden de permanecer en el Apenino entre Génova y Niza y sostenerse allí como en unas Termópilas. El ejército de Alemania al mando de Moreau aumentado todo lo posible, debia hacer falsas demostraciones de paso por toda la extension del Rhin desde Strasburgo á Basilea y desde Basilea á Constanza; marchar despues rápidamente al abrigo del parapeto natural que forma este rio, seguir hasta Schaffouse, echar allí cuatro puentes á la vez, caer en masa sobre el flanco del mariscal de Kray, sorprenderle, arrollarle en desórden hácia el alto Danubio, adelantársele si era posible, cortarle el camino de Viena, envolverle quizás, y hacerle sufrir uno de esos memorables desastres, de que ha habido en este siglo mas de un ejemplo. Si el ejército de Moreau no llegaba á tener tanta fortuna, podia siempre arrojar á M. de Kray sobre Ulma y Ratisbona, obligarle así á descender el Danubio, y alejarle de los Alpes, de modo que no pudiese nunca enviar allí ningun socorro. Hecho esto, tenia órden de destacar su ala derecha hácia la Suiza, para secundar la peligrosa empresa cuya ejecucion se reservaba el general Bonaparte. El tercer ejército, llamado de reserva, cuyos elementos apenas existian, debia formarse entre Ginebra y Dijon y estar allí á la mira de los primeros acontecimientos y pronto á socorrer á Moreau en caso de necesidad. Pero si Moreau lograba llevar á cabo al menos una parte de su plan, este ejército de reserva marchando á las órdenes del general Bonaparte á Ginebra, y de Ginebra al Valais, dando la mano al destacamen-

to sacado del ejército de Alemania, y pasando en seguida el monte San Bernardo sobre los hielos y las nieves, debia por medio de un prodigio mayor que el de Annibal, caer sobre el Piamonte, coger por la retaguardia al baron de Melas ocupado delante de Génova, envolverle, dar una batalla decisiva y si la ganaba obligarle á que rindiese las armas.

Seguramente, si la ejecucion correspondia á tal plan, ninguna concepcion mas hermosa hubiera jamás honrado la memoria de ningun guerrero antiguo ó moderno: pero la ejecucion es la sola que dá á las combinaciones militares su valor, porque privadas de este mérito no son mas que vanas quimeras.

Para la ejecucion habia en este caso que vencer una infinidad de dificultades, que se hallaban en la reorganizacion de los ejércitos del Rhin y de Liguria, en la creacion del ejército de reserva, en el secreto que debia guardarse sobre su creacion y destino, y por último, en el doble paso del Rhin y de los Alpes, equivalente el segundo á todo lo que el arte de la guerra ha ideado de mas extraordinario.

Esfuerzo del primer Cónsul para poner á los ejércitos franceses en estado de entrar en campaña.

El primer cuidado del general Bonaparte habia sido reclutar el ejército. Las deserciones en el interior, las enfermedades y los combates le habian reducido á 250,000 hombres en el momento que hacia frente á una coalicion general, lo que apenas se creeria sino lo acreditasen documentos justificativos. Por fortuna estos 250,000 hombres que estaban perfectamente aguerridos eran capaces de luchar contra un número doble de enemigos. El primer Cónsul habia pedido al Cuerpo Legislativo 100,000 conscriptos, que se le habian concedido con un verdadero celo patriótico; lo que era de esperar atendiendo á que la guerra, despues de haberse rechazado las ofertas de paz hechas por la Francia, era legítima y evidentemente necesaria, y la menor duda hubiera sido criminal: no habia ademas por qué temerla. Estos 100,000 jóvenes conscriptos, combinados con 250,000 soldados veteranos, debian formar un ejército excelente. Los Prefectos nuevamente instituidos, y ya en posesion de sus destinos, daban al reclutamiento una actividad que jamas habia tenido; pero á pesar de todo, no podian presentarse los conscriptos en sus cuerpos, instruidos y en disposicion de servir, sino despues de cinco ó seis meses. El primer Cónsul tomó el partido de retener en el interior del pais los cuerpos destruidos por la guerra, y emplearlos en cuadros de instruccion para los nuevos reclutas. Por el contrario, encaminó hácia la frontera á los cuerpos capaces de entrar en campaña, teniéndo cuidado de trasladar de las filas de los que debian permanecer en el interior á las de los que iban á combatir á todos los soldados que estaban en estado de servir bien; y solo obrando asi pudo juntar 200,000 hombres para trasladarlos inmediatamente á las fronteras: pero esto bastaba bajo su mano hábil y poderosa.

Llamamiento hecho á los voluntarios.

Al mismo tiempo apeló á los sentimientos patrióticos de la Francia. Dirijiéndose á los soldados de las primeras requisiciones, á quienes el desaliento general, consecuencia de los reveses sufridos, habia vuelto á sus hogares, hizo reunir á la fuerza á los que se habian marchado de sus filas sin licencia, y se esforzó en despertar el celo de los que las tenian legales; tratando al mismo tiempo de excitar las inclinaciones militares en todos los jóvenes, cuya imaginacion se inflamaba al nombre del general Bonaparte. Aunque se habia enfriado el entusiasmo de los primeros dias de la Revolucion, la vista del enemigo en nuestras fronteras reanimaba los corazones; y no era un socorro que se debia despreciar el que podia ofrecer, aun, el entusiasmo de los voluntarios.

Al cuidado que se ponia en el alistamiento, añadió el primer Cónsul algunas reformas útiles en lo relativo á la administracion y á la organizacion del ejército. Primeramente creó los inspectores de revista, encargados de hacer constar el número de los hombres presentes de todas armas, y de impedir que el tesoro pagase mas soldados que los que aparecian en sus registros. En la artillería hizo un cambio de la mayor importancia. Los trenes de esta arma eran en-

Creacion de los inspectores de revista.

Reforma importante respecto á los conductores de la artillería.

tonces conducidos por carreteros pertenecientes á compañías de trasportes, que no estando retenidos por el sentimiento de honor, como sucedia á los otros soldados, cortaban al primer peligro los tirantes de sus caballos, y emprendian la fuga dejando los cañones en poder del enemigo. Creyendo, pues, el primer Cónsul que el conductor encargado de llevar una pieza de artilleria al lugar del combate presta un servicio tan grande como el artillero que hace uso de ella; que corre el mismo peligro, y que por lo tanto necesita el mismo móvil moral, es decir el honor, convirtió á los conductores de la artilleria en soldados vestidos de uniforme, y que formaban parte de los regimientos del arma. Eran estos 10 ó 12,000 hombres montados que debian manifestar tanto celo en conducir sus piezas delante del enemigo, ó en retirarlas rápidamente, como los que las servian en cargarlas, apuntarlas y dispararlas. Esta reforma estaba en sus principios, y hasta mas tarde no podria producir sus útiles consecuencias.

Requisa de caballos.

La artilleria y la caballeria tenian tambien necesidad de caballos. No teniendo el primer Cónsul ni tiempo ni medios para comprarlos, mandó hacer una requisa extraordinaria de un caballo por cada treinta: esta era una necesidad dura pero inevitable. Los ejércitos debian proveerse desde luego de ellos tomándolos de los sitios en que se hallasen, y despues de las provincias cercanas mas próximas.

Desgraciado estado del ejército de Liguria.

El primer Cónsul habia enviado á Massena los fondos de que podia disponer para acudir al socorro del desgraciado ejército de Liguria: de los 60,000 hombres que lo componian por la reunion de los ejércitos de Lombardia y de Nápoles, despues de la sangrienta batalla de Trebbia, habia quedado reducido por la miseria á unos 40,000, pudiendo solo presentar poco mas de 30,000 combatientes. El trigo escaseaba, pues no podia venir ni del Piamonte ocupado por los austriacos, ni por el mar, guardado por los ingleses. Aquellos infelices soldados no tenian, pues, para alimentarse mas que las cosechas del Apenino, casi nulas como todo el mundo sabe, y ni aun querian entrar en los hospitales, donde faltaban hasta los primeros alimentos; viéndoseles vagar por el camino de Niza á Génova devorados por el hambre y las calenturas, y presentando el mas doloroso de los espectáculos, cual es el de los valientes á quienes deja morir de hambre la patria que defienden.

Provisto Massena de algunos fondos que le habia remitido el gobierno, habia comprado todo el trigo almacenado en Marsella, y puesto en camino para Génova; pero desgraciadamente durante aquel invierno, tan rigurosos los vientos como el enemigo, no cesaban de contrariar la navegacion entre estas dos ciudades reemplazando en cierto modo el bloqueo que no podian continuar los ingleses con motivo de la mala estacion. No obstante, habiendo logrado llegar algunos cargamentos se dió de nuevo pan á las tropas de la Liguria; distribuyéndoles ademas armas, zapatos, algunas prendas de vestuario, y esperanzas. Respecto á la energia militar no se necesitaba nada para inspirársela, porque jamas habia visto Francia soldados que soportasen con mas firmeza los reveses. Aquellos vencedores de Castiglione, de Arcola y de Rivoli habian sufrido sin conmoverse las derrotas de Cassano, de Novi y de la Trebbia, y el temple que habian adquirido no se habia alterado bajo los golpes de la fortuna adversa; y sobre todo la presencia del general Bonaparte á la cabeza del gobierno, y la del general Massena al frente del ejército los habria animado si de ello hubiese habido necesidad. No se necesitaba mas que alimentarlos, vestirlos y armarlos para sacar de ellos los mas grandes servicios, y para esto se hizo cuanto se pudo. Por medio de algunos actos de severidad restableció Massena la disciplina, quebrantada entre estas tropas, y reunió algo mas de 30,000 hombres, impacientes de emprender de nuevo bajo sus órdenes el camino de la fértil Italia.

Conducta señalada á Massena.

El primer Cónsul le prescribió una conducta hábilmente concebida. Tres pasos estrechos á traves del Apenino conducian de la vertiente continental á la vertiente marítima: eran estos el de la Bochetta, que desembocaba en Génova; el de Cadibona que lo hacia en Savona, y el de Tende en Niza. El primer Cónsul ordenó á Massena que no dejase mas que débiles destaca-

mentos en la garganta de Tenda y en la de Cadibona, lo necesario para observar estos pasos, y que se concentrase con 25 ó 30,000 hombres sobre Génova. Estando esta ciudad fuertemente guarnecida no era muy probable la invasion del Mediodia de la Francia, y en todo caso poco temible, porque los austriacos no serian tan temerarios que se adelantasen mas allá del Var, sobre Tolon y las Bocas del Ródano, dejando á Massena á su retaguardia. Por otra parte, podia Massena caer con sus 30,000 hombres reunidos sobre los cuerpos que hubiesen atravesado los desfiladeros del Apenino; seguro en este caso del triunfo, porque teniendo en cuenta la naturaleza de aquellos lugares estrechos y escarpados, era difícil que encontrase mas de 30,000 hombres á la vez. Habia, pues, medios de hacer frente por todas partes al enemigo. Por desgracia, la ejecucion de este excelente plan no era sino para un general que hubiese tenido la prodigiosa habilidad del vencedor de Montenotte: sin embargo, el primer Cónsul estaba seguro de tener en Massena un tenaz defensor de las alturas del Apenino, y capaz de preparar operaciones que entretuviesen al baron de Mélas en Liguria, durante todo el tiempo necesario para las sábias combinaciones del plan de campaña.

Preciso es decir, no obstante, que el ejército de Liguria fue tratado como si se le destinase al sacrificio: no se le envió ni un hombre ni mas material que el necesario. A otra parte se dirijian los principales esfuerzos del gobierno, porque en otra parte debian darse los golpes mas grandes. El ejército de Liguria estaba expuesto á perecer, para dar á los otros tiempo de salir victoriosos. ¡Tal es la dura fatalidad de la guerra que pasa de la cabeza de los unos á la cabeza de los otros, obligando á estos á morir, para que aquellos vivan y triunfen!

El ejército del Rhin.

El ejército mejor tratado fue el que bajo las órdenes de Moreau estaba destinado á operar en Suabia. Así, pues, se le envió cuanto fue posible en hombres y en material, haciéndose los mayores esfuerzos para asegurarle una artillería completa y todos los grandes medios necesarios para que pudiese pasar el Rhin de improviso, y por un solo punto si era posible. El general Moreau, de quien se ha dicho estaba celoso el primer Cónsul, iba, pues, á tener á sus órdenes el ejército mas brillante y numeroso de la República, compuesto de unos 130,000 hombres, en tanto que el de Massena no tenia mas que 36,000, y 40,000 á lo mas el del primer Cónsul. No era esto, sin embargo una vana lisonja hecha al orgullo de Moreau; pues motivos mas serios habian determinado esta distribucion de fuerzas. La operacion destinada á arrojar á M. de Kray hácia Ulma y Ratisbona era de la mas alta importancia para el buen éxito de la campaña general; porque en presencia de aquellos dos poderosos ejércitos austriacos que avanzaban hácia nuestras fronteras, se necesitaba primero haber alejado al uno, para poder pasar los Alpes por la retaguardia del otro. Esta primera operacion debia, pues, emprenderse con medios decisivos que asegurasen su buen resultado; y aunque el primer Cónsul apreciaba mucho el mérito de Moreau, se estimaba mas á sí propio, para que no creyese que en el caso de tener que carecer de recursos uno de los dos, se hallaba él en disposicion de pasarse sin ellos mejor que Moreau. Además el sentimiento que le dirijia en aquella ocasion era mas grande, mediando los negocios del Estado, que la misma generosidad, porque era el amor á la causa pública que anteponia á todo interes particular, bien fuese el suyo ó el de los otros.

Razones que hubo para dar al general Moreau 130,000 hombres.

Si bien el ejército del Rhin se hallaba como los demas de la República, cubierto con los harapos de la miseria, era un ejército excelente, y aunque aumentado con algunos reclutas, solo lo necesario para rejuvenecerle, estaba compuesto en su mayoría de aquellos soldados viejos que bajo las órdenes de Pichegrú, de Kléber, de Hoche y de Moreau habian conquistado la Holanda, las orillas del Rhin, pasado algunas veces este rio, y aun aparecido en el Danubio. No se habria podido decir sin injusticia que eran mas valientes que los del ejército de Italia, pero presentaban todas las cualidades de tropas perfectas, pues eran prudentes, sóbrios, disciplinados, instruidos y valientes, y sus gefes dignos de mandarlos. La formacion de este ejército en divisiones completas de todas ar-

mas y obrando separadamente, habia contribuido á desenvolver hasta el mas alto punto los talentos militares de los generales que las mandaban. Estos generales de division, iguales en mérito, aunque de méritos diversos, eran: Lecourbe, el oficial mas hábil de su tiempo para la guerra de las montañas; Lecourbe, cuyo glorioso nombre repetian los ecos de los Alpes; Richepanse, que unia á un valor audaz una rara inteligencia, y que hizo de allí á poco á Moreau en los campos de Hohenlinden el servicio mayor que un lugarteniente puede haber hecho jamas á su general; Saint-Cyr, espíritu frio, profundo, carácter poco sociable, pero adornado de todas las cualidades de un general en gefe; en fin, el jóven Ney á quien un valor heróico dirigido por un dichoso instinto de la guerra, le habia hecho ya popular en todos los ejércitos de la República. A la cabeza de todos estos lugar-tenientes estaba Moreau, espíritu lento, indeciso á veces, pero sólido, y cuyas indecisiones se terminaban en resoluciones cuerdas y firmes cuando se hallaba frente á frente del peligro. La experiencia habia especialmente formado y extendido su golpe de vista militar: pero mientras su génio marcial se engrandecia en medio de las pruebas de la guerra, su carácter civil débil, accesible á todas las influencias, habia sucumbido ya, y debia sucumbir de nuevo á las pruebas de la política, que solo es dado sobrepujar á las almas fuertes y á los talentos verdaderamente elevados. Por lo demas, la fatal pasion de los celos no habia alterado aun la pureza de su corazon ni corrompido su patriotismo. Por su experiencia, su costumbre de mando y su alta reputacion militar, era, despues del general Bonaparte, el único hombre capaz de mandar 100,000 soldados.

Lecourbe. Richepanse. Saint-Cyr. Ney. Moreau.

Plan particular trazado por el primer Cónsul á Moreau.

El plan detallado que le habia prescrito el primer Cónsul, consistia en desembocar en Suabia por el punto que le permitiese obrar mejor sobre el extremo izquierdo del mariscal de Kray, de modo que pudiera adelantarse á este; separarle de la Baviera y encerrarle entre el alto Danubio y el Rhin; en cuyo caso el ejército austriaco de Suabia estaba perdido. Para lograr este resultado se necesitaba pasar el Rhin, no por dos ó tres puntos, sino por uno solo, el mas próximo posible de Constanza; operacion singularmente atrevida y difícil, porque se trataba de poner del otro lado del rio, y en presencia del enemigo, 100,000 hombres á la vez con todo su material: y se debe confesar que ántes de la batalla de Wagram ningun general habia pasado un rio con un conjunto tan grande de efectos y de hombres, y con el arrojo que el caso requeria. Asi, pues, era necesaria mucha destreza para engañar á los austriacos acerca del punto elegido para el paso, mucha audacia en su ejecucion, y lo que siempre se necesita, mucha dicha. El primer Cónsul habia mandado reunir en las afluencias del Rhin, y particularmente en el Aar, un número considerable de barcas, para echar tres ó cuatro puentes á la vez á distancia de unas cien toesas unos de otros. Pero restaba hacer penetrar tales combinaciones en el ánimo frio y poco audaz de Moreau.

Despues de haber desplegado el primer Cónsul un celo extraordinario en todo lo concerniente al ejército de Liguria y de Alemania, se aplicó á sacar de la nada un ejército que muy pronto llevó á cabo grandes cosas, bajo el título de ejército de reserva.

Creacion del ejército de reserva.

Para que este ejército llenase su objeto, era menester no solo crearle, sino hacer esto sin que nadie lo creyese. Vamos á exponer como se condujo para obtener este doble resultado.

Asi como el primer Cónsul habia sabido encontrar en Holanda y en las fuerzas acumuladas en Paris por el Directorio, los medios de pacificar á la Vendée en tiempo oportuno, supo hallar en la Vendée pacificada los recursos necesarios para crear un ejército, que lanzado de improviso en el teatro de las operaciones militares, debia cambiar la suerte de la campaña. Al escribir al general Brune, comandante superior de las provincias del Oeste, le dirigia las siguientes palabras, que expresaban tan bien su modo de obrar, asi como el de los grandes maestros en materias de administracion y de guerra:

»Mandadme á decir si aparte de las »cinco medias brigadas, que os pedí por »el último correo, podeis disponer aun »de una ó dos medias brigadas, que vol»verán á su destino dentro de tres me»ses. *Es menester resolvernos á medir la »Francia como otras veces el valle del Adi»ge; esto no es mas que la relacion de las »décadas á los dias.*» (4 de Ventoso del año VIII.—5 de Marzo de 1800. (Despacho de la secretaría de Estado.)

Aunque los ingleses no debian estar muy inclinados á hacer nuevos desembarcos en el continente desde su aventura del Texel, y sobre todo desde que los rusos se separaron de la coalicion, no se podia, sin embargo, dejar sin defensa la vasta extension de nuestras costas desde Zuiderzeé hasta el golfo de Gascuña, y mucho mas estando tan reciente la pacificacion de la Vendée. El primer Cónsul dejó, pues, en Holanda una fuerza mitad francesa mitad holandesa para guardar un pais tan precioso para la Francia, y formándola en divisiones activas completas en todas armas y prontas á marchar, confirió su mando á Augereau. Cuando por consecuencia de las operaciones se hubiese asegurado que no era de temer ningun desembarco, este cuerpo de operaciones de Augereau debia subir el Rhin y cubrir las retaguardias de Moreau en Alemania.

De entre los 60,000 hombres reunidos desde las costas de la Normandía hasta las de Bretaña y del Poitou, eligió el primer Cónsul las medias brigadas que se resentian de la guerra, y las encargó la custodia del pais insurreccionado. Ademas cuidó de reducir la fuerza efectiva de aquellas, haciendo pasar al ejército activo los soldados capaces de servir, dejándolas asi en disposicion de recibir mayor número de conscriptos, á los que debian instruir á la vez que guardaban las costas. Las distribuyó en seguida en cinco reducidos campamentos compuestos de todas armas, prontos á ponerse en marcha á la primera señal, y mandados por buenos oficiales. Dos de estos campamentos estaban en Bélgica, el uno en Lieja y el otro en Maëstricht, y ambos destinados á contener esta comarca, minada y trabajada por el clero, y á concurrir en caso de necesidad á la defensa de Holanda. Habia otro en Lila pronto á arrojarse sobre el Somma y la Normandía; otro en Saint Ló, y por último otro en Rennes, que era el mas numeroso, pues contaba de 7 á 8,000 soldados. La fuerza de los otros ascendia á 4 ó 5000; componiendo entre todos como unos 30,000 hombres, que debian aumentarse hasta el doble con el ingreso en ellos de los nuevos conscriptos. Debian ademas servir de policía en los paises recientemente conquistados, tales como la Bélgica, y en los paises hacia poco pacificados, como la Normandía, la Bretaña y el Poitou. El primer Cónsul habia mandado registrar los bosques para buscar las armas ocultas, y comenzado á formar, con el atractivo de un enganche ventajoso, tres ó cuatro batallones compuestos de todos los individuos que habian contraido en la guerra civil costumbres aventureras, y queria sin decírselo enviarlos á Egipto. Respecto á los gefes habia señalado á todos residencias alejadas del teatro de la guerra civil, endulzando la amargura de su destierro con pensiones suficientes á proporcionarles un verdadero bienestar.

Tomadas estas disposiciones, quedaban de los 60,000 hombres reunidos para la pacificacion del interior, como unos 30,000 soldados excelentes, inclusos en las medias brigadas que habian sufrido menos en la guerra. Los unos habian vuelto á Paris despues de la ejecucion de M. de Frotté en Normandía; los otros estaban en Bretaña y en la Vendée. Con ellos formó el primer Cónsul tres brillantes divisiones, dos en Bretaña, en Rennes y en Nantes, y la tercera en Paris. Estas divisiones debian completarse á toda prisa; proveerse del material que se hallase á mano, y procurarse el demas ya en camino, por los medios que vamos á dar á conocer. Para ello tenian órden de dirijirse á la frontera, midiendo la Francia, segun el lenguaje del primer Cónsul, como otras veces media el ejército de Italia el valle del Adige. La llegada de estas divisiones á Suiza estaba irrevocablemente fijada para el mes de Abril.

Existia tambien otro recurso, que consistia en los depósitos del ejército de Egipto, estacionados en el mediodía de la Francia, por no haber podido enviar á los reclutas á sus cuerpos por la imposibilidad de atravesar el mar siempre guardado por los ingleses; asi, pues, añadiendo á estos depósitos algunos conscriptos podian sacarse de ellos catorce buenos batallo-

nes aptos para entrar en campaña. Dióse la órden de encaminarlos á Lyon al momento que estuviesen completos; con lo cual se contaba con una division excelente y capaz de hacer los mayores servicios.

Lo mas difícil y pesado en la formacion de un ejército es la organizacion de la artillería: el primer Cónsul que queria formar el ejército de reserva en el Este, tenia en los depósitos de Auxonne, de Besanzon y de Brianzon los medios de reunir sesenta bocas de fuego con todo su personal y material. Dos hábiles oficiales de artillería que le eran adictos; los generales Marmont y Gassendi fueron despachados de Paris con órden de preparar las sesenta piezas en aquellos diversos depósitos, sin decir donde se reunirian.

Medios empleados para disimular la formacion del ejército de reserva.

Faltaba señalar el punto donde se reunirian todas estas fuerzas diseminadas. Si se hubiese procurado ocultar en silencio tales preparativos solo se hubiera logrado lo contrario; pero conociéndolo así el primer Cónsul quiso engañar al enemigo con el mismo ruido que iba á hacer. Para lograrlo mandó insertar en el *Monitor* un decreto de los Cónsules mandando la creacion de un ejército de reserva que debia formarse en Dijon y componerse de 60,000 hombres; saliendo al mismo tiempo Berthier, que habia quedado pasivo con la entrada de Carnot en el ministerio de la guerra, en posta para aquel punto, á fin de empezar la organizacion de dicho ejército. Hízose tambien un enérgico llamamiento á los antiguos voluntarios de la Revolucion, que despues de una ó dos campañas habian vuelto á sus hogares, invitándoles á presentarse en Dijon, á cuya ciudad se envió con mucha ostentacion algun material y unos cuantos conscriptos. Antiguos oficiales dirigidos al mismo punto, presentaron una apariencia de cuadros para empezar la instruccion de dichos conscriptos. Los periodistas, que solo con gran sobriedad podian hacer mencion de los asuntos militares, tuvieron facultad para decir cuanto se les antojó respecto al ejército que se organizaba en Dijon, y pudieron llenar sus periódicos con los detalles que concernian á aquel. Todo esto era suficiente para atraer á Dijon los espías de toda la Europa, como en efecto, no faltaron, concurriendo en gran número.

Si las divisiones formadas en Nantes, Rennes y Paris con las tropas sacadas de la Vendée; si la division formada en Tolon, Marsella y Aviñon con los depósitos del ejército de Egipto; y si la artillería preparada en Besanzon, Auxonne y Brianzon con los recursos de estos arsenales, se hubiesen reunido en Dijon, todos se habrian enterado del secreto del primer Cónsul. Pero como todos creian en la existencia del ejército de reserva, se guardó mucho de obrar así. Encaminó aquellas divisiones hácia Génova y Lausana por caminos diferentes, de tal modo que la atencion pública no pudiera fijarse sobre ningun punto; y así pasaban por refuerzos destinados al ejército del Rhin, que estando estendido desde Strasburgo hasta Constanza, podía parecer el objeto hácia que se dirigian aquellos refuerzos. El material de guerra preparado en los arsenales de Auxonne y de Besanzon pasaba asimismo por un suplemento de artillería destinado al mismo ejército, y los preparativos que se hacian en Brianzon parecian corresponder al ejército de Liguria. Tambien envió el primer Cónsul un convoy de aguardiente á Ginebra, que tampoco indicaba su objeto porque nuestro ejército de Alemania tenia su base de operaciones en Suiza; y mandó fabricar en los departamentos ribereños del Ródano 2,000,000 de raciones de galletas, destinadas á alimentar al ejército de reserva en medio de la esterilidad de los Alpes. De esta cantidad 1,800,000 raciones subieron secretamente el Ródano hácia Ginebra, y las 200,000 fueron enviadas ostensiblemente á Tolon para dar á suponer que estos inusitados repuestos se habian hecho para la marina. Por último, las divisiones puestas ya en marcha, y conducidas lentamente y sin fatigarlas hácia Ginebra y Lausana (en efecto tenian la mitad de Marzo y todo Abril para hacer su marcha), recibian en el mismo camino lo que las faltaba de vestuario, zapatos, fusiles y caballos; pues habiendo señalado el primer Cónsul el que debian seguir, y previsto cuidadosamente la naturaleza de sus necesidades, les tenia preparados en cada lugar que atravesaban socorros ya de esta especie y ya de la otra, procurando siempre no llamar la

atencion por una gran reunion de materiales en un mismo punto. Hasta la correspondencia relativa á estos preparativos se habia sustraido del ministerio de la guerra, sosteniéndose secretamente entre el primer Cónsul y los gefes de los cuerpos, por medio de ayudantes de campo que iban y venian en posta, que lo veian todo con sus ojos, que todo lo hacian directamente, armados con las ordenes irresistibles del primer Cónsul, y que por otra parte ignoraban el plan general á que concurrian.

Este escreto estaba profundamente encerrado entre el primer Cónsul, Berthier y dos ó tres generales de ingenieros y de artilleria. Ninguno de ellos lo hubiera revelado porque el secreto es un acto de obediencia que obtienen los gobiernos en proporcion del ascendiente que ejercen, y bajo este título ninguna indiscrecion tenia que temer el del primer Cónsul. No viendo los espias extrangeros, que habian acudido á Dijon, mas que algunos conscriptos, algunos voluntarios, y varios oficiales antiguos, se creyeron muy astutos descubriendo que nada habia allí que tuviese fundamento, y que era evidente que el primer Cónsul hacia todo aquel ruido para asustar al baron de Melas, é impedirle que penetrase por las bocas del Ródano, persuadiéndole que hallaria en el Mediodia de Francia un ejército de reserva capaz de detenerle. Así lo creyeron todas las personas que se decian jueces en la materia; y pronto los periódicos ingleses llenaron sus columnas con mil y mil burlas y sarcasmos. Tambien se repartió una caricatura á propósito del ejército de reserva, que representaba á un niño dando la mano á un inválido con piernas de palo.

Burla que hizo toda la Europa respecto al ejército de reserva.

Esto era justamente lo que mas deseaba el primer Cónsul; que se burlasen en aquel momento de sus proyectos; porque entretanto marchaban sus divisiones, se preparaba el material necesario en las fronteras del Este, y en los primeros dias de Mayo un ejército improvisado estaba pronto ó á secundar á Moreau, ó á lanzarse mas allá de los Alpes para cambiar la faz de los acontecimientos.

El primer Cónsul no habia descuidado á la marina. Desde la correria que el almirante Bruix habia hecho el año anterior por el Mediterráneo con las fuerzas combinadas de Francia y de España, la grande escuadra que dirijia habia vuelto á entrar en Brest. Componiase esta de quince navios españoles y de unos veinte franceses, en todos unos cuarenta, los cuales estaban bloqueados á la sazon por veinte navios ingleses. Aprovechándose el primer Cónsul de los primeros recursos pecuniarios que logró reunir, envió á la escuadra algunos víveres y parte de sus atrasos, excitándola á que no se dejase bloquear aunque viniesen treinta contra veinte, á salir á la primera ocasion aunque tuviese que arrostrar un combate, y que si podia mantenerse en el mar, pasase el estrecho, se presentase delante de Tolon, recogiese algunos buques encargados de conducir socorros al Egipto, y fuese en seguida á hacer levantar el bloqueo de Malta y de Alejandria. Desembarazados los caminos, el comercio solo bastaba para abastecer de nuevo las guarniciones francesas, diseminadas en las costas del Mediterráneo.

Algunos socorros dados á la marina.

Tales eran los cuidados que dedicaba el primer Cónsul á los negocios militares, en tanto que con MM. Sieyes, Cambacérés, Talleyrand, Gaudin y otros colaboradores se ocupaba en reorganizar el gobierno, restablecer la hacienda, crear una administracion civil y judicial y negociar, en fin, con la Europa. Pero no le bastaba concebir los planes y preparar su ejecucion, sino que necesitaba hacérselos comprender á sus lugar-tenientes, que aunque sometidos á su autoridad consular, no le estaban entonces tan completamente subordinados, como lo estuvieron despues, cuando bajo el título de mariscales del imperio obedecian á un emperador. Sobre todo el plan prescrito á Moreau habia trastornado su cabeza fria y tímida, llenándole de espanto y de asombro la operacion que se le trazaba. Ya hemos hablado del terreno en que debia operar. Hemos dicho que el Rhin corre del Este al Oeste, de Constanza á Basilea y se dirige desde Basilea al Norte pasando por Brisach, Strasburgo y Maguncia. En el ángulo que describe se halla el pais conocido con el nombre de Selva-Negra, pais arbolado y montañoso, cortado por

Resistencia de Moreau al plan que se le habia propuesto.

desfiladeros que conducen del valle del Rhin al valle del Danubio. El ejército frances y el austriaco ocupaban en cierto modo los tres lados de un triángulo: el ejército frances ocupaba dos desde Strasburgo á Basilea, y desde Basilea á Schaffouse, y el ejército austriaco uno solo, desde Strasburgo á Constanza. Tenia, pues, este la ventaja de poder concentrarse con mas facilidad. Teniendo M. de Kray el ala izquierda de su ejército, que se hallaba á las órdenes del príncipe de Reuss, en los alrededores de Constanza; la derecha, en los desfiladeros de la Selva-Negra hasta Strasburgo, y su centro en Donau-Eschingen, en el punto de intercepcion de todos aquellos caminos, podia encontrarse rápidamente en el mismo sitio que Moreau eligiese para pasar el rio, bien fuese desde Strasburgo á Basilea, ó desde Basilea á Constanza. Este era el objeto de las inquietudes del general frances, que temia no se presentase M. de Kray con su ejército en masa en el punto elegido para el paso, haciendo este imposible, y quizas desastroso.

No lo creia asi el primer Consul; y si, al contrario, que el ejército frances podia concentrarse con facilidad sobre el flanco izquierdo del ejército de M. de Kray, y obligarle á internarse. Para lograrlo, queria, como hemos dicho, que aprovechándose el ejército frances del parapeto que lo cubria, es decir, del Rhin, subiese rio arriba con prontitud, se reuniese entre Basilea y Schaffouse, que con las barcas sigilosamente dispuestas en las afluencias del rio, echase en una mañana cuatro puentes, y que desembocando en número de 80 ó 100,000 hombres, entre Stokach y Donan-Eschingen cayese sobre el flanco de M. de Kray, le cortase de su reserva y del ala izquierda, y arrojase sus restos hácia el alto Danubio. Ejecutándo esta operacion con prontitud y vigor, pensaba el primer Cónsul que el ejército austriaco podia ser destrozado. Lo que él mismo hizo mas tarde partiéndo de un punto diferente, pero en los mismos lugares alrededor de Ulma, y lo que llevó á cabo aquel mismo año por el monte de S. Bernardo, prueban que nada tenia este plan de impracticable. Creia ademas que no maniobrando el ejército frances en terreno enemigo, pues yendo por la orilla izquierda le era fácil marchar sin combatir, podria, tomando ciertas precauciones, ocultar dos ó tres jornadas á M. de Kray, y estar en el sitio del paso, antes que este general hubiese reunido medios para impedirlo.

Este era el plan que habia turbado el ánimo de Moreau, poco acostumbrado á combinaciones tan atrevidas. Temia, que advertido á tiempo M. de Kray, se presentase con todas sus fuerzas al encuentro del ejército frances, y lo arrojase al rio. Moreau preferia aprovecharse de los puentes que existian en Strasburgo, Brisach y Basilea para desembocar en varias columnas en la orilla derecha: y por este medio pensaba dividir la atencion de los austriacos, atraerlos principalmente hacia los desfiladeros de la Selva-Negra que venian á salir á los puentes de Strasburgo y de Brisach; y despues de atraerlos á estos desfiladeros, ocultarse de pronto, costear el Rhin con las columnas que hubieran atravesado este rio, y colocarse delante de Schaffouse para cubrir el paso del resto del ejército.

El plan de Moreau no dejaba de tener mérito, pero tampoco estaba exento de graves contras, porque si procuraba evitar el peligro de un solo paso verificado en masa, el dividir esta operacion tenia el inconveniente de dividir las fuerzas, de lanzar sobre el terreno enemigo dos ó tres columnas, y de hacerles ejecutar una marcha peligrosa de flanco hasta Schaffouse, donde debian proteger el último y mas importante paso del rio. Por último, este plan tenia la desventaja de no dar sino pocos ó ningunos resultados, porque no lanzaba al ejército frances entero y á la vez sobre el flanco izquierdo del mariscal de Kray, único medio de adelantarse al general austriaco é incomunicarle con la Baviera.

Es un espectáculo digno de la consideracion de la historia el que ofrecian estos dos hombres, opuestos el uno al otro en una circunstancia interesante que tanto hacia resaltar la diferencia de sus talentos y de sus carácteres. El plan de Moreau, como sucede comunmente á los planes de los hombres de segundo órden, solo tenia las apariencias de la prudencia; si bien podia tener buen éxito por el modo con que fuera ejecutado, porque, lo repetimos de nuevo, en la

ejecucion consiste todo; pues á veces por ella se estrellan las mejores combinaciones y salen bien las peores. Sin embargo Moreau persistia en sus ideas. Queriendo el primer Cónsul persuadirle por la mediacion de otra persona hizo venir á Paris al general Dessoles, gefe de estado mayor del ejército de Alemania, hombre de talento fino, de penetracion, y digno de servir de lazo entre dos hombres poderosos y susceptibles; porque sabia conciliar á sus superiores, lo que no acontece muy frecuentemente á los subordinados. El primer Cónsul lo llamó, pues, á Paris hácia mediados de Marzo (fin de Ventoso) le detuvo algunos dias á su lado, y despues de haberle explicado sus ideas, no solo hizo que las comprendiese perfectamente sino tambien que les diese la preferencia sobre las de Moreau. Pero no por eso dejó de persistir en aconsejar al primer Cónsul que adoptase el plan de Moreau, porque, segun decia, era menester dejar al gefe que maniobra obrar segun sus ideas y carácter, y mas cuando el de que se trataba era un hombre digno del mando que se le habia confiado.—Vuestro plan, dijo al primer Cónsul, es mas grande, mas decisivo y probablemente mas seguro, pero no está adaptado al genio que lo debe poner en ejecucion. Vuestro modo de hacer la guerra es superior al de todos; Moreau tiene el suyo que es, sin duda inferior al vuestro, pero es, no obstante, excelente. Dejadle obrar y obrará con seguridad, aunque con lentitud, proporcionandoos los resultados que necesitais para el triunfo de vuestras combinaciones generales. Si, por el contrario, quereis imponerle vuestras ideas, lo turbareis, hasta le ofendereis, y no obtendreis nada de él por haber querido sacar demasiado.—El primer Cónsul, tan versado en el conocimiento de los hombres como en el de su arte, apreció los prudentes consejos del general Dessoles y cedió á ellos.—Teneis razon, le dijo; Moreau no es capaz de comprender ni de ejecutar el plan que he concebido. Así, pues, que obre como quiera con tal que arroje al mariscal de Kray hácia Ulma y Ratisbona, y envie en seguida su ala derecha hácia la Suiza. El plan que no comprende ni se atreve á ejecutar, voy yo á ejecutarlo en otra parte del teatro de la guerra. Lo que él no se atreve á hacer en el Rhin, voy yo á hacerlo en los Alpes.—Algun dia echará de menos la gloria que me abandona.—Expresion soberbia y profunda que contiene toda una profecia militar, como podrá conocerse (1).

El general Dessoles es llamado á Paris.

Bellas palabras del primer Cónsul con motivo de la negativa de Moreau.

Dejada así al arbitrio de Moreau la manera de pasar el rio, quedaba todavia otro punto por arreglar. Deseaba el primer Cónsul que el ala derecha mandada por Lecourbe quedase de reserva sobre el territorio suizo, pronta á secundar á Moreau si habia necesidad, pero sin penetrar en Alemania si su presencia no era necesaria, con el fin de que no tuviese que retroceder para volver de nuevo hácia los Alpes. Por otra parte sabia lo dificil que es arrancar á un general en gefe una parte de su ejército cuando las operaciones se han comenzado. Moreau insistió para no desprenderse de Lecourbe, comprometiéndose á enviarle al general Bonaparte, luego que hubiera logrado arrojar sobre Ulma al mariscal de Kray. El primer Cónsul cedió á sus deseos, resuelto á concederlo todo para mantener la buena armonia; pero quiso que Moreau firmase un convenio, por el cual se comprometiese á destacar á Lecourbe con 20 ó 25,000 hombres hácia los Alpes, despues que hubiese arrojado á los austriacos sobre Ulma. Este convenio fue firmado en Basilea entre Moreau y Berthier, considerado oficialmente este último como general en gefe del ejército de reserva.

Abril de 1800.

El general Dessoles habia salido de Paris despues de quedar conforme con el primer Cónsul acerca de los puntos pendientes. Todos estaban acordes, todo dispuesto para entrar en campaña, é importaba empezar inmediatamente las operaciones, porque si Moreau ejecutaba en tiempo oportuno la parte del plan que le concernia, podria el primer Cónsul arrojarse del lado allá de los Alpes, y socorrer á Massena ántes que fuese destrozado en la

Vivas instancias del primer Cónsul á Moreau para decidirle á abrir la campaña

(1) En mi juventud tuve la honra de oir esta relacion de la misma boca del general Dessoles.

lucha que tenia que sostener con 36,000 hombres contra 120,000. El primer Cónsul queria que Moreau empezase á maniobrar á mediados de Abril, ó cuando mas á fines de este mes; pero sus instancias eran infructuosas; porque Moreau no estaba dispuesto á ello, ni tenia la actividad ni el genio suficiente para suplir la insuficiencia de los medios. Mientras esto, fieles los austriacos á su plan de tomar la iniciativa en Italia, se arrojaban sobre Massena, y daban principio á una lucha, cuya memoria ha hecho inmortal la desproporcion de las fuerzas de ámbos ejércitos.

Principio de las hostilidades en Liguria.

El ejército de Liguria presentaba á lo mas 36000 hombres en estado de servir actualmente, y distribuidos del modo que sigue:

Trece ó 14,000 hombres á las órdenes del general Suchet componian la izquierda del ejército, y ocupaban la garganta de Tenda, Niza y la linea del Var. Un cuerpo destacado de este ala, fuerte de unos 4000 hombres al mando del general Thureau, se hallaba apostado en el monte Cenis. Habia por consiguiente 18,000 hombres destinados á guardar la frontera de Francia desde el monte Cenis hasta la garganta de Tenda.

Distribucion de los dos ejércitos á lo largo del Apenino.

Diez ó 12,000 hombres á las órdenes del general Soult, formando el centro del ejército, defendia las dos principales desembocaduras del Apenino, la que por el Bormida superior da sobre Sabona y Finale, y la de la Bocchetta que cae hácia Génova.

Unos 7 á 8000 mil hombres al mando del intrépido Miollis, guarnecian á Génova, y una garganta que desemboca cerca de esta ciudad por el lado opuesto á la de la Bocchetá. Asi, pues, la segunda mitad de este ejército, fuerte de unos 18,000 hombres, á las órdenes de los generales Soult y Miollis, defendian el Apenino y la Liguria; siendo evidente el peligro de una separacion entre las dos partes del ejército que ocupaban á Niza y á Génova.

Estos 36,000 franceses tenian á su frente los 120,000 austriacos del baron de Melas, perfectamente descansados, alimentados y abastecidos, gracias á la abundancia de todo que habia en Italia, y á los subsidios que la Inglaterra proporcionaba al Austria. El general Kaim, con la artilleria de grueso calibre, la caballeria y un cuerpo de infanteria, en todo 50,000 hombres se habia quedado en el Piamonte, para servir de retaguardia, y observar las salidas de la Suiza. El baron de Melas con 70,000 hombres, la mayor parte de infanteria se habia adelantado hácia las desembocaduras del Apenino. Tenia ademas de la superioridad del número la ventaja de una posicion concéntrica; porque Massena se veia forzado á guardar con solo 30,000 hombres, pues los restantes ocupaban el monte Cenis, el semicirculo que forman los Alpes marítimos y el Apenino, desde Niza á Génova, semicirculo que tiene á lo ménos cuarenta leguas de circunferencia. El general de Melas por el contrario, situado del otro lado de los montes en el centro de este semi-circulo, entre Coniceva y Gavi, tenia muy poco camino que recorrer para dirijirse á cualquiera punto que quisiese atacar, y podia hacer con facilidad falsas demostraciones sobre uno de los mismos puntos y lanzarse rápidamente sobre el otro. Amenazado, pues, Massena de este modo, tendria que andar cuarenta leguas para ir desde Niza al socorro de Génova, ó desde Génova al socorro de Niza.

Sobre el conjunto de estas circunstancias estaban fundados los consejos dados por el primer Cónsul á Massena, consejos de que ya hemos hablado mas arriba de una manera general, pero que es preciso darlos á conocer mas detalladamente. Tres caminos buenos para conducir la artilleria, atravesaban los montes de un lado al otro: el que por Turin, Coni y Tenda, desemboca en Niza y el Var; el que subiendo por el valle del Bormida va á caer por la garganta de Cadibona sobre Sabona; y por último el de la Bocchetta que por Tortona y Gavi desciende por la izquierda de Génova al valle de Polcevera. El peligro consistia en que el baron de Melas se dirijiese en masa por la salida del medio, cortase al ejército francés en dos, y le arrojase mitad sobre Génova, mitad sobre Niza. Conociendo el primer Cónsul este peligro, dirijió á Massena dos cartas (en 5 y 12 de Marzo) llenas de una prevision admirable, y dándole las instrucciones siguientes:—

Buenos consejos del primer Cónsul á Massena

Guardaos, le decia, de dar mucha extension á

vuestra línea. Tened poca gente en los Alpes y en la garganta de Tenda, porque por allí os defienden las nieves. Dejad algunos destacamentos en Niza y los fuertes circunvecinos, y las cuatro quintas partes de vuestras fuerzas tenedlas en Génova y en sus alrededores. El enemigo desembocará sobre vuestra derecha hácia Génova, sobre vuestro centro hácia Savona, y probablemente por ambos puntos á la vez. Rehusad uno de los dos ataques, y arrojaos con todas vuestras fuerzas sobre una de las columnas enemigas. El terreno no le permitirá usar de su superioridad en artillería y en caballería, y solo podrá atacaros con la infantería: la vuestra es infinitamente superior á la suya, y favorecida por la naturaleza del pais podrá suplir al número. En ese terreno desigual, maniobrando bien, podreis con 30,000 hombres vencer á 60,000; y para poner 60,000 infantes en Liguria es menester que el baron de Mélas tenga 90,000, lo que supone un ejército de 120,000 hombres á lo menos. M. de Mélas no tiene ni vuestra actividad ni vuestros talentos; y por lo tanto nada teneis porque temerle. Si se presenta en Niza estando vos en Génova dejadle venir y no os conmovais; pues es seguro que no se atreverá á pasar muy adelante quedando vos en Liguria, pronto á arrojaros sobre su retaguardia ó sobre las tropas que haya dejado en el Piamonte.

Diversas causas impidieron á Massena seguir tan prudentes consejos. Primero, se halló sorprendido con la brusca irrupcion de los austriacos, ántes de haber podido rectificar la distribucion de sus fuerzas, y adoptar sus disposiciones definitivas; segundo, no tenia bastantes provisiones en la ciudad de Génova para concentrar en las inmediaciones todo su ejército; y temiendo gastar los víveres que necesitaba la plaza en caso de ser sitiada, queria servirse de los recursos de Niza que eran mucho mas abundantes. En fin, debemos decirlo, Massena no comprendia bastante la profundidad de las instrucciones de su gefe, para pasar por encima de los inconvenientes, reales por otra parte, de una concentracion general en Génova. Massena era quizas el primero de los generales contemporáneos, en el campo de batalla, y aun respecto á carácter tan firme como el de los generales de todos los tiempos; pero aunque tenia mucho talento natural, la extension de sus miras no igualaba á la prontitud de su golpe de vista y á la energía de su alma.

Falto, pues, de tiempo, de víveres, y no comprendiendo bastante la importancia del proyecto del primer Cónsul, no se concentró á tiempo sobre Génova, y fue sorprendido por los austriacos. Entraron en accion el 5 de Abril (15 de Germinal) es decir, mucho ántes de la época en que se creia volverian á empezarse las hostilidades. El baron de Mélas se adelantó con unos 70 á 75,000 hombres para forzar la cordillera del Apenino, y sus segundos Ott y Hohenzollern se dirijieron con 25,000 hácia Génova. El general Ott, con 15,000 atravesando la llanura de Trebbia, se presentó por las gargantas de Scoffera y de Monte-Creto que desembocan sobre la derecha de Génova; y el general Hohenzollern con 10,000 amenazó la Boccheta que viene á dar á la izquierda de aquella plaza. El baron de Mélas con 50,000 hombres subió el Bormida y atacó simultáneamente todas las posiciones del camino que hemos llamado del medio, el cual vá á dar por Cadibona á Savona. Su intencion, como lo habia previsto el primer Cónsul, era forzar nuestro centro y separar al general Suchet del general Soult que se daban la mano hácia aquel punto. Empeñóse, pues, una lucha violenta desde el nacimiento del Tanaro y del Bormida hasta las escarpadas cimas que dominan á Génova; sosteniendo los generales Elsnitz y Mélas combates encarnizados contra el general Suchet en Rocca-Barbena, Sette-Peni, Melogno y Santiago, y contra el general Soult en Montelegino, Stella, Cadibona y Savona. Aprovechándose los soldados de la República de aquel terreno montuoso, y parapetándose con todas las dificultades que ofrecia, se defendieron con un valor incomparable, é hicieron perder al enemigo un número de soldados tres veces mayor que el que ellos perdieron, porque su fuego penetraba en masas numerosas y compactas: pero obligados á combatir sin descanso contra tropas que á cada momento se renovaban, se vieron obligados á ceder el terreno, vencidos por el aniquilamiento y la fatiga, mas bien que por los austriacos. Los ge-

Combate en el valle del Bormida superior. La línea francesa queda cortada en dos.

nerales Suchet y Soult tuvieron que separarse y retirarse, el uno á Borghetto y el otro á Savona; quedando en su consecuencia cortada la línea francesa, como era fácil preveerlo; y siendo arrojada la mitad del ejército de Liguria hácia Niza, y condenada la otra mitad á encerrarse en Génova.

Por el lado de Génova quedó indeciso el triunfo. El ataque de la Bochetta intentado por el conde de Hohenzollern con muy poca fuerza para vencer á los franceses, es decir con unos 10,000 hombres contra 5,000 fue rechazado por la division del general Gazan.

Pero á la derecha de Génova, esto es, hácia las posiciones del Monte Creto y de Scoffera que facilitan el acceso al valle de Biságno, el general Ott, vencedor de la division de Miollis que solo tenia 4,000 hombres que oponer á 15,000, bajó á las faldas del Apenino y envolviendo todos los fuertes que cubrian la ciudad mostró los colores austriacos á los genoveses espantados. Al mismo tiempo la escuadra inglesa les enseñó el pabellon británico. Si bien los habitantes de la ciudad eran patriotas y partidarios de la Francia, los campesinos de los valles cercanos unidos al partido aristocrático, como los calabreses en el reino de Nápoles lo estaban á la reina Carolina, y los vendeanos en Francia á los Borbones, se sublevaron á la vista de los soldados de la coalicion, y tocaron á rebato en todos los pueblos. Un cierto baron de Aspres que estaba al servicio imperial y gozaba alguna influencia en la comarca los excitaba á la rebelion. La tarde del 6 de abril, viendo los desgraciados habitantes de la clase media de Génova en las montañas circunvecinas los fuegos de los austriacos, y ondeando en el mar el pabellon ingles, temieron que la oligarquía, loca ya de contento, no restableciese en breve su aborrecido imperio.

Sitio de Génova. Massena encerrado en la plaza con 18,000 hombres.

Pero el intrépido Massena estaba en medio de ellos, y aunque separado del general Suchet por el ataque dirigido sobre su centro tenia aun de 15 á 18,000 hombres; y con tal guarnicion podia desafiar á cualquier enemigo, que fuese á echar abajo á su vista las puertas de Génova.

Para dar á comprender las operaciones que ejecutó el general frances durante este memorable sitio, es menester describir el teatro en que se hallaba colocado. Génova está situada en el centro mismo de un magnífico golfo que lleva su nombre, y al pie de un estribo del Apenino. Prolongándose este estribo de Norte á Sur por medio de las aguas, se divide antes de sumerjirse en ellas en dos partes una hácia Levante y otra hácia Poniente, formando asi un triángulo inclinado cuya punta está unida al Apenino y cuya base se apoya en el mar. Hácia la base de este triángulo, y con la irregularidad comun á la naturaleza, se extiende Génova en prolongadas calles, adornadas con magníficos palacios. La naturaleza y el arte habian hecho ya mucho para su defensa. Del lado del mar dos muelles, dirijiéndose el uno hácia el otro casi hasta cruzarse, formaban el puerto y le defendian contra las escuadras enemigas. Por la parte de tierra un primer recinto fortificado envolvia y cerraba de cerca la parte edificada y poblada de la ciudad. Otro segundo recinto mas vasto, y fortificado como el anterior, coronaba las alturas, y describia como acabamos de decir un triángulo al rededor de Génova. Dos fuertes, los de la Espuela y del Diamante, el uno dominando al otro, y colocados en la cumbre del mismo triángulo, cubrian con su fuego dominador todo el conjunto de las fortificaciones.

Pero no era esto todo lo que se habia hecho para mantener al enemigo á una gran distancia. Si se vuelve la espalda al mar y se mira á Génova, cae el Levante á la derecha y el Poniente á la izquierda. Dos pequeños rios, el de Bisagno al Levante ó á la derecha, y el de Polcevera al Poniente ó á la izquierda, bañan los dos lados del recinto exterior. El Bisagno desciende de las alturas del Monte-Creto y de Scoffera, que hay que atravesar cuando se viene del lado del Apenino subiendo el Trebbia. El lado del valle de Bisagno que está opuesto á la ciudad se llama el Monte-Ratti y presenta diferentes posiciones, desde cuyas alturas se habria podido hacer gran daño á Génova á no haber estado ocupadas. Para evitar este mal se habia tenido cuidado de coronarlas con tres fuertes, el de Quezzi, el de Richelieu y el de Santa Tecla. Colocado, por el contrario, el valle de la Polcevera

á la izquierda de Génova y descendiendo de las alturas de la Boccheta, no ofrece ninguna posicion dominante que pudiera ocupar el arte para proteger la ciudad. Pero un barrio de bastante extension, el de S. Pedro de Arena, situado á la orilla del mar, formaba un monton de casas que era útil y fácil defender.

Así, pues, la fortificacion de Génova presentaba un triángulo inclinado 15 grados al horizonte, teniéndo 9000 toesas de extension, y estando unido por su cúspide al Apenino, bañado en su masa por la mar, y costeado por el Bisagno por la parte de Levante, y por el Polcevera por la de Poniente. El fuerte de la Espuela, y dominando á este el del Diamante cubrian su cúspide. Los fuertes de Richelieu, de Santa Tecla, y de Quezzi impedian que de los flancos del Monte-Ratti se dirijiesen fuegos destructores sobre aquella ciudad de palacios de mármol.

Tal era entónces Génova, tales sus defensas que el arte, el tiempo y las contribuciones impuestas á la Francia han perfeccionado despues.

Massena podia reunir todavia 18,000 hombres; y si con semejante guarnicion y en una plaza tan fuerte, hubiese tenido víveres suficientes, habria sido invencible. Vamos á ver cuanto puede el carácter en la guerra para reparar una falta de combinacion ó de prevision.

Plan de defensa del general Massena

Resuelto Massena á oponer al enemigo una tenaz resistencia, quiso al momento llevar á cabo dos cosas importantes: la primera consistia en rechazar del otro lado del Apenino á los Austriacos que amagaban á Génova desde muy cerca, y la segunda en unirse al general Suchet por un movimiento combinado con este general á lo largo del camino de la Corniche.

Para ejecutar su primer designio necesitaba atraer á los austriacos á lo largo del Bisagno por un lado y del Polcevera por el otro, y rechazarlos por el Monte-Creto y por la Boccheta á los montes de donde habian venido. Sin perder un dia, al siguiente de la primera aparicion del enemigo, es decir el 7 de Abril (17 de Germinal) salió de Génova por el lado de Levante, y atravesó el valle de Bisagno seguido de la valiente division de Miollis, que se habia visto obligada á retirarse la ante víspera ante las fuerzas muy superiores en número del general Ott. Massena reforzó esta division con una parte de la reserva, y la dividió en dos columnas yendo él á su frente; la derecha á las órdenes del general de Arnaud costeó el mar, y se dirigió hácia Quinto; y la izquierda mandada por Miollis marchó hácia las alturas del Monte-Ratti. Otra tercera columna al mando del general Petitot, subió por el valle de Bisagno, á orillas de este rio que corre al pie de Monte-Ratti. La precision del movimiento de estas tres columnas fue tal, que el fuego se oyó á un mismo tiempo en todos los puntos. El general de Arnaud por un lado, y el general Miollis por otro, asaltaron las alturas del Monte-Ratti con el mayor vigor. La presencia del mismo Massena y el deseo de vengarse de la sorpresa de la víspera animaba á los soldados; de modo que los austriacos fueron precipitados en los torrentes, y perdieron todas sus posiciones. El general de Arnaud pasó adelante y siguiendo por la cresta de los montes, llegó hasta la misma cima del Apenino en la garganta de Scoffera. Massena seguido de algunas compañias de reserva, bajó al valle de Bisagno para reunirse á la pequeña columna de Petitot, que asi reforzada rechazó por todas partes al enemigo, y subiendo rio arriba llegó á secundar el movimiento del general de Arnaud sobre Scoffera. Precipitados los austriacos en aquellos tortuosos valles dejaron en poder de Massena 1,500 prisioneros, y á su cabeza el baron de Aspres, el instigador de la sublevacion de los campesinos de la Fonte-Buona.

Massena en su primera salida arroja á los austriacos lejos de Génova.

Cuando en la tarde del mismo dia volvió á entrar Massena en Génova despues de haber librado á los genoveses de la presencia de los enemigos, y trayendo prisionero al gefe cuya entrada triunfal se daba como próxima, fue extremada la alegria de la poblacion patriota que era la mas numerosa, y la demostraron recibiendo al general con aclamaciones: ademas los habitantes tenian preparadas camillas para transportar á los heridos, y vino y sustancias para alimentarlos. Por todas partes se disputaban el honor de recibirlos.

Consumado este acto de valor por la parte de Levante, que era la que mas

importaba desembarazar, porque solo de este lado cercaban los austriacos proximamente la ciudad, quiso Massena aprovechar la espera que le daba esta ventaja, para hacer un esfuerzo por la parte de Poniente; es decir hácia Savona, y restablecer por este medio sus comunicaciones con el general Suchet. A fin de garantir á Génova de cualquier ataque durante su ausencia, dividió las tropas que le quedaban en dos cuerpos: el de la derecha, á las órdenes del general Miollis, y el de la izquierda á las del general Soult. El cuerpo del general Miollis debia cubrir á Génova con dos divisiones; la del general de Arnaud que debia defender el lado de Levante, haciendo frente al Bisagno, y la de Spital que debia defender el del Poniente, dando frente á la Polcevera. El cuerpo de la izquierda, al mando del general Soult estaba encargado de ocupar la campiña con las dos divisiones de Gardanne y Gazan. Con esta fuerza que ascendia á unos 10,000 hombres, fué con las que concibió Massena el proyecto de acercarse á Savona, mandando secretamente á Suchet que hiciese un movimiento simultáneo sobre el mismo punto. La division de Gardanne se dirijió á lo largo de la orilla del mar, y la de Gazan sobre las cumbres del Apenino con la intencion de que teniendo el enemigo que atender á dos columnas diferentes se dividiese tambien. Maniobrando en seguida con rapidez sobre este terreno, que tenia muy conocido, Massena queria segun le aconsejasen las circunstancias, reunir sus dos divisiones en una sola y derrotar, ya en las alturas del Apenino, ó á lo largo de la orilla del mar, al cuerpo enemigo que estuviese mas expuesto á sus golpes. Mandaba en persona la division de Gardanne, y habia confiado al general Soult la division de Gazan. Su proyecto era seguir el litoral por Voltri, Varaggio, y Savona; y que el general Soult subiese por Agua-Bianca y San-Pietro-del-Alba á Sassello.

Operacion intentada por Massena para ponerse de nuevo en comunicacion con el general Suchet.

En la mañana del 9 de Abril empezaron nuestras tropas su movimiento. El baron de Mélas, despues de haber dividido el ejército francés queria encerrar á Massena en Génova, y reducir al mismo tiempo su línea que era demasiado estensa; porque abrazaba un espacio de quince leguas lo menos, desde el valle de Tanaro hasta el de la Trebbia. Los dos ejércitos se encontraron al hacer su movimiento, resultando de aqui el empeñarse en terreno tan desigual un combate vivo y confuso. Mientras que Massena marchaba en dos columnas, el baron de Mélas lo hacia con tres y el conde de Hohenzollern con la cuarta intentaba un nuevo ataque sobre la Bocchetta. De este modo iban á encontrar 10,000 franceses á mas de 40,000 enemigos.

Desfilando el general Soult por Voltri, divisó sobre su derecha á los austriacos que habian pasado la Bocchetta y coronaban las alturas inmediatas, desde donde podian llegar á un sitio llamado Agua-Santa, amenazar la retaguardia de las columnas francesas y cortarles la retirada á Génova. El general Soult creyó prudente rechazarlos, y en su consecuencia empeñó un combate brillante, en el cual el coronel Mouton, que mas tarde fue mariscal y conde de Lobau, comandante de la tercera media brigada, hizo prodigios de valor. El general Soult se apoderó de una pieza de artilleria, hizo algunos prisioneros, y logró á traves de un enjambre de enemigos, ganar el camino montañoso de Sassello. Sin embargo, el tiempo empleado en este combate, que por lo demas no impidió los progresos ulteriores de los austriacos sobre la retaguardia de nuestras columnas, fue causa de que el general Soult no pudiese llegar á Sassello del otro lado del Apenino, en el momento en que el general Massena lo esperaba. Habia este caminado por la orilla del mar y al siguiente dia, 10 de Abril, estaba en los alrededores de Varaggio, formada su fuerza en dos columnas y buscando modo de entrar en comunicacion por las alturas con el cuerpo del general Soult, que suponia en Sassello. El enemigo cuyas fuerzas eran décuplas de las nuestras, trató de envolver las dos pequeñas columnas de Massena, y particularmente la de la izquierda que mandaba éste en persona. Contando Massena con su columna de la derecha y con el movimiento del general Soult hácia Sassello, resistió mucho tiempo con 1,200 hombres á un cuerpo de 8 ó 10,000, y desplegó en esta ocasion una firmeza extraordinaria. Obligado á batirse en retirada y habiendo perdido de

vista su columna de la derecha, que se habia quedado atras á causa de una tardía distribucion de víveres, se dirijió á buscarla á traves de horrorosos precipicios y de las partidas de campesinos sublevados; hasta que logrando dar con ella se la llevó á reunirla con el resto de la division de Gardanne, que seguia costeando la mar por Varaggio y Cogoletto. La dificultad de concertar sus movimientos en medio de aquella multitud de enemigos, y en un terreno tan desigual, habia impedido que el cuerpo del general Soult se uniese oportunamente al de Massena, por cuya causa resolvió este replegar sus tropas, trepar por su derecha á la cumbre del Apenino, reunirse á su segundo y caer sobre los cuerpos austriacos dispersos en aquellos valles; pero desordenadas nuestras tropas se habian desparramado por los caminos y no podian ser replegadas á tiempo. Massena tomó entonces el partido de enviar de refuerzo al general Soult todos cuantos se hallaban en estado de marchar, y con la fuerza restante compuesta de heridos y de soldados cansados, volvió á ganar, siempre costeando el mar, los alrededores de Génova, con el fin de cubrir la retirada del cuerpo del ejército y asegurarle la entrada de la plaza. Con un solo puñado de hombres tuvo, pues, que sostener varios combates sumamente desproporcionados, y en uno de estos encuentros, sorprendido un batallon frances, iba á ceder ante una carga de húsares de Sockler, cuando Massena les cargó al frente de 30 caballos, y los obligó á retirarse. Al fin pudo ocupar á Voltri, donde esperó la vuelta del general Soult. Lanzado éste á las montañas, en medio de destacamentos enemigos cinco ó seis veces superiores en número, corrió grandes peligros, y á pesar de los mas gloriosos esfuerzos hubiera acabado por sucumbir sin los socorros que tan á tiempo le habia enviado Massena. Reforzado á tiempo pudo volver á tomar el camino de Génova, despues de haber sostenido con ventaja la lucha mas difícil y mas desigual. Por último, reunióse con su general en gefe, y ambos entraron de dia en Génova, llevando delante á 4,000 prisioneros. El general Suchet habia procurado, por su parte, reunirse con el general en gefe, pero no habia podido traspasar la enorme masa del ejército austriaco.

Vuelve á entrar Massena en Génova.

Los genoveses se admiraron extremadamente al ver entrar por segunda vez en su ciudad al general frances precedido por columnas de prisioneros. Con este motivo adquirió un ascendiente poderoso, y el ejército y el pueblo le obedecian con la mayor sumision.

Desde aquel momento debia considerarse Massena como definitivamente encerrado en Génova; pero no era su ánimo dejarse ostigar muy de cerca. Su proyecto era mantener al enemigo siempre alejado de los muros, fatigarle con combates contínuos, y entretenerle de tal manera que no pudiese ni forzar el Var, ni volver á Lombardia, ni oponerse á la proyectada marcha del primer Cónsul á traves de los Alpes.

Policía establecida en Génova.

Apenas entró Massena el 18 de Abril (28 de Germinal) se ocupó de la policía interior y del abastecimiento de la plaza. Temiendo la traicion de los nobles de Génova, tomó sus precauciones contra cualquier sorpresa de su parte. La guardia nacional compuesta de patriotas ligurienses, sostenida por una fuerza francesa que acampaba en la plaza principal de la ciudad, con la mecha de sus cañones encendida, debia reunirse al toque de generala. A esta señal los habitantes tenian órden de retirarse á sus casas; y solo la fuerza armada estaba autorizada á transitar por las calles. En los demas dias debian todos recojerse á las diez de la noche, y no se permitia reunion ninguna.

Massena habia mandado recoger todo el grano existente en Génova, ofreciendo pagarle, y pagándole en efecto á quien lo presentaba voluntariamente; pero apoderándose á la fuerza por medio de visitas domiciliarias del que rehusaban entregarle. Despues de hacerse dueño de todos estos granos, habia puesto á racion al ejército y al pueblo, procurándose asi los medios de sostener á los soldados y á los habitantes pobres los quince primeros dias del sitio. Ya casi habian transcurrido estos quince dias; pero aun quedaban algunos víveres que el oro de los ricos hacia salir exclusivamente para su uso de ciertos depósitos ocultos.

Indagacion de los víveres existentes en Génova.

Por órden de Massena se hicieron nuevas pesquisas, y se encontró bastante grano de toda especie, centeno, avena y otros, con que mantener al pueblo y al ejército, aunque con pan malo, durante otros quince dias. Al mismo tiempo se lisongeaban todos que alguna propicia ráfaga de viento alejaria á los ingleses y daria lugar á que entrase algun cargamento de víveres, contando para ello con los corsarios corsos y ligurienses, á los cuales se les habia dado patente para perseguir á las embarcaciones cargadas de granos. Por último, Massena estaba resuelto á recurrir al último extremo, decidido, antes de rendirse, á alimentar sus tropas con el cacao de que estaban llenos los almacenes de Génova. Provisto ademas con algun dinero que le habia enviado el primer Cónsul, se valia de él en los casos extremos y le servia para consolar de vez en cuando á sus infortunados soldados, de sus crueles padecimientos. A consecuencia de los encuentros con el enemigo tenia ya muchos miles de hombres fuera de combate; y un gran número de ellos en los hopitales, no quedando en los fuertes, en los dos recintos de la plaza ó en la reserva sino una fuerza activa de unos 12,000 hombres.

En medio de aquellas horribles circunstancias, mostrando Massena siempre su frente serena y sosegada, concluyó por inspirar á los suyos el valor que le animaba. Su ayudante de campo Franceschi se embarcó en una lancha para ganar la costa de Niza, y presentarse al primer Cónsul con el fin de poner en su conocimiento, los dolores, las hazañas, y los inminentes peligros del ejército de Liguria.

Grande ataque del 30 de abril rechazado por Massena.

El 30 de Abril por la mañana (10 de Floreal) un cañoneo general en todos los puntos á la vez, por la parte de Levante, del lado de Bisagno, por la de Poniente, del lado de la Polcevera, y á todo lo largo de la mar por la presencia de una division de lanchas cañoneras, anunció un gran proyecto del enemigo. En efecto, los austriacos desplegaron grandes fuerzas en aquella jornada. El conde de Hohenzollern atacó la meseta de los Dos Hermanos, sobre la cual se elevaba el fuerte del Diamante, y habiendo logrado á viva fuerza apoderarse de ella, intimó la rendicion al dicho fuerte. El valiente oficial que lo mandaba declaró que solo despues de haber sucumbido á la fuerza, entregaria el punto confiado á su honor. Este fuerte era de la mayor importancia, porque dominaba el de la Espuela, y por consecuencia todo el recinto. El campo austriaco de la Coronata situado en las orillas del Polcevera hácia el frente del Poniente, rompió un fuego violento sobre el barrio de san Pedro de Arena, intentando al mismo tiempo varios ataques para estrechar el terreno que ocupábamos en aquel sitio. Por el lado opuesto, es decir, hácia Bisagno, el enemigo cercó el fuerte de Richelieu, y desgraciadamente se apoderó del de Quezzi, que no estaba concluido del todo cuando empezó el sitio. Por último, se apoderó del pueblo de san Martin de Albaro, colocado bajo el fuerte de santa Tecla, y estaba próximo á ocupar la formidable posicion de la Madona del Monte, desde la cual podian arrasar la ciudad de Génova. Ya los soldados del general de Arnaud habian abandonado las últimas casas del pueblo de san Martin de Albaro, casi habian roto sus filas, y muchos andaban dispersos haciendo fuego en guerrillas, cuando acudió el general Massena, los rehizó, restableció el combate, y detuvo al enemigo.

Medio dia habia transcurrido, y ya era tiempo de reparar el mal. Massena entró al momento en Génova y dió las disposiciones oportunas. Confió al general Soult la 73 y la 106 medias brigadas, y le mandó recobrase la meseta de los Dos Hermanos. Pero queriendo antes reconquistar el fuerte de Quezzi, y que el enemigo evacuase á San Martin de Albaro, dirijió él mismo sobre aquel punto la division de Miollis reforzada con algunos batallones sacados de la 2.ª y 3.ª divisiones de línea.

Rehecha de este modo la division de Arnaud, volvió á San Martin de Albaro, arrojó á la quebrada de Sturla al enemigo que le habia ocupado, le hizo algunos prisioneros y cubrió la derecha de las columnas francesas que se adelantaban hácia el fuerte de Quezzi. Mientras que el valiente coronel Mouton á la cabeza de dos batallones de la 3.ª atacaba de frente dicho fuerte, el ayudante general Hector estaba encargado de dar la vuelta al Monte-Ratti por las

alturas del fuerte de Richelieu; pero á pesar de los mas inauditos esfuerzos el valiente coronel Mouton fue rechazado, aunque no cedió el terreno hasta caer medio muerto, herido de una bala que le atravesó el pecho. Massena que no tenia mas que dos batallones, dirijió al uno sobre el flanco derecho de la posicion ocupada por el enemigo; y la mitad del otro sobre el flanco izquierdo de la misma posicion, empeñándose un combate violento al rededor del fuerte de Quezzi. Demasiado próximos los combatientes para hacerse fuego peleaban á pedradas y á culatazos; y ya iban á ceder nuestros soldados al número, cuando Massena á la cabeza del medio batallon que le quedaba decidió la victoria. El fuerte de Quezzi fue reconquistado, y arrojados los austriacos de posicion en posicion dejaron un gran número de muertos, de heridos y de prisioneros. En aquel mismo instante aprovechando Massena el efecto producido por estas ventajas, ordenó al general Soult se apoderase de la meseta de los Dos Hermanos, cuyo ataque habia diferido. Esta operacion se encargó al general de brigada Spital, quien despues de una obstinada refriega logró su intento; quedando de esta suerte en un dia de combate dueños otra vez nuestros soldados de la meseta de los Dos Hermanos que dominaba el punto extremo de la plaza, del fuerte de Quezzi, de los puestos de San Martin de Albaro y de la Madona del Monte, y en fin de todas las posiciones decisivas y sin las cuales no podian los austriacos sitiar á Génova. Massena volvió á entrar en la ciudad llevando las escalas que el enemigo habia preparado para asaltar los muros. Los austriacos perdieron en aquella jornada 1,600 prisioneros, y 2,400 muertos ó heridos, en todo unos 4,000 hombres, lo que hacia ascender á 12 ó 15000 el número de los que habian sido muertos ó hechos prisioneros por Massena, desde que principiaron las hostilidades, y lo que es mas grave aun, habia aniquilado la moral del ejército enemigo, con los inauditos esfuerzos que le habia obligado á hacer.

En seguida se procuró reparar á toda prisa el fuerte de Quezzi. Este trabajo que parecia obra de un mes, se concluyó en tres dias, empleando de 500 á 600 toneles de tierra que fueron transportados por los soldados, y sirvieron para levantar atrincheramientos. El 5 de Mayo (15 de Floreal) un buque cargado de granos trajo víveres para cinco dias, que fue un suplemento precioso para la reducida masa de provisiones. Pero era urgente socorrer á la plaza, sin lo cual no podria sostenerse mucho tiempo porque el pan empezaba á faltar

Posicion del general Suchet en el Var.

Por su parte el general Suchet, viendo diseminadas sus fuerzas por las cumbres del Apenino, se habia visto obligado á abandonar la posicion de Borghetto y aun la Roya, que no era ya sostenible, marchando el enemigo en completa libertad por la garganta de Tenda, amenazando á Niza y el Var, y hasta apoderándose el baron de Mélas de aquella ciudad, donde entró en triunfo, gozoso de hollar un suelo que la República habia declarado pertenecer al territorio frances. En su consecuencia el general Suchet se replegó detras del Var, en una posicion reconocida de mucho tiempo atras por nuestros oficiales de ingenieros. El puente de san Lorenzo sobre el Var, cubierto por una cabeza de puente, presentaba un desfiladero de 400 toesas que era necesario atravesar, y podia reputarse como un obstáculo insuperable. Toda la orilla derecha, guarnecida por los franceses, estaba cubierta de baterías, desde la embocadura del rio hasta las montañas. Los fuertes de Montalban y Vintimille, situados delante del Var, habian sido ocupados por guarniciones francesas en el momento de evacuar á Niza. En el de Montalban, situado á retaguardia de los austriacos y á una altura visible desde el campamento de los franceses, habia un telégrafo, por cuyo medio recibia el general Suchet noticias de los movimientos del enemigo. Se le habian reunido ademas todas las tropas disponibles que se hallaban en los departamentos circunvecinos, y contaba aun con 14,000 hombres, defendidos por buenos atrincheramientos y en una posicion difícil de forzar.

Al recibir el primer Cónsul las noticias de Génova insta á Moreau para que rompa las hostilidades sobre el Rhin.

Al recibir estas noticias de la Liguria dirigió el primer Cónsul vivas instancias á Moreau para decidirle á empezar las hostilidades. Hacia un mes que todo estaba convenido entre ellos y

ninguna dificultad imputable al gobierno, detenia al ejército del Rhin; pero Moreau, perezoso de suyo, y no queriendo comprometerse en un territorio enemigo, sin estar seguro del triunfo, diferia sin razon el principio de las operaciones. Entretanto todo lo que él tardaba en abrir la campaña, tenia que tardar tambien en salir á ella el ejército de reserva, y redundaba en perjuicio de Massena y de sus valientes soldados, cuyos males y sufrimientos se prolongaban.—Apresuraos, decian de Paris á Moreau; apresuraos por medio de vuestros triunfos á adelantar el momento de socorrer á Massena. Falto de víveres, y con soldados estenuados hace quince dias que este general sostiene una lucha desesperada. Nos dirigimos á vuestro patriotismo, á vuestro propio interés, porque si Massena se ve obligado á capitular, será menester quitaros una parte de vuestras fuerzas para correr hácia el Ródano al socorro de los departamentos meridionales.—En fin se le comunicó por el telégrafo la órden formal de pasar el Rhin.

Las razones que impedian á Moreau entrar en accion habrian sido buenas en circunstancias menos urgentes. La Alsacia estaba exausta, y la Suiza, hollada durante dos años por los ejércitos de toda la Europa, se hallaba enteramente desprovista de recursos. Los naturales se veian reducidos á trasportar á los muchachos en tropas, desde los cantones pobres á los cantones ricos, por no tener con que alimentarlos, y las familias arruinadas los confiaban á la beneficencia de las que aun tenian algunos medios de subsistencia. Nada, pues, podia pedirse á tal pais, al que por otra parte no se debia exasperar porque era el punto de apoyo de nuestros dos principales ejércitos. En su consecuencia, Moreau vivia, como lo hemos dicho, con las provisiones de sitio de nuestras plazas del Rhin. No era esta, sin embargo, la verdadera causa del retardo, pues, por el contrario, debia haberlo sido para que se hubiese apresurado á vivir sobre el pais enemigo; pero su artilleria y su caballeria no tenian caballos; y tambien carecia de efectos y utensilios de campamento, teniendo apenas lo necesario para echar un puente. No obstante, vista la urgencia de las circunstancias se decidió á pasarse sin lo que aun le faltaba, salvo el procurárselo en el camino. Su ejército estaba tan bien compuesto que podia pasar sin lo que no tenia ó conquistárselo. A fines de abril (primeros dias de Floreal) se decidió, pues, Massena, á principiar aquella campaña, la mas brillante de su vida, y una de las mas memorables de nuestros anales.

Como ya hemos visto, tenia Moreau á su disposicion 130,000 hombres, mas bien mas que menos. Unos 30,000 ocupaban las plazas de Strasburgo, Landau, Maguncia, y las cabezas de los puentes de Bale, Brisach, Kehl y Cassel. De estos 30,000, 6 ó 7,000 á las órdenes del general Moncey, ocupaban los valles del San Gotardo y del Simplon, para cerrarlos á los austriacos en caso que quisiesen penetrar en ellos. Quedaban, pues, 100,000 hombres en el ejército activo, prontos á entrar en campaña. La infanteria sobre todo, era soberbia, y contaba 82,000 hombres, la artilleria 5,000 con ciento diez y seis bocas de fuego, y la caballeria 13,000. Como se vé, las dos armas de artilleria y caballeria se encontraban en una proporcion muy inferior; pero estaban perfectamente organizadas, y por otra parte, la calidad de la infanteria permitia pasarse sin las otras armas auxiliares.

Distribucion del ejército de Moreau.

Dividió Moreau su ejército en cuatro cuerpos. Lecourbe mandaba la derecha, fuerte de 25,000 hombres y estacionada desde el lago de Constanza hasta Schaffouse. Un segundo cuerpo de 30,000 hombres, denominado de reserva y á las inmediatas órdenes de Moreau, ocupaba el territorio de Basilea. El tercero de 25,000 hombres á las órdenes de Saint-Cyr, componia el centro y se extendia á las inmediaciones del Viejo y del Nuevo Brisach. Por último, el general Sainte-Suzanne á la cabeza de unos 20,000 hombres, ocupaba á Strasburgo y Kehl, y formaba la izquierda del ejército.

Inconvenientes de los cuerpos separados completos de todas armas.

Hacia mucho tiempo que Moreau habia adoptado esta division en cuerpos separados, completos en infanteria, artilleria y caballeria, de modo que cada cual se bastase á sí mismo donde quiera que se hallase; pero con el inconveniente, como muy pronto demostró la experiencia, de aislarse voluntariamente y de obrar por su propia cuen-

ta, especialmente cuando el general en gefe no ejercia su autoridad con bastante vigor para atraerlos sin cesar á un centro de accion comun. Este inconveniente se aumentó aun mas por una disposicion particular que adoptó Moreau en esta campaña, cual fue la de hacerse cargo del mando directo de uno de estos cuerpos, bajo la denominacion de cuerpo de reserva. Saint-Cyr, que hacia tiempo servia con Moreau, y que gozaba á su lado de gran crédito, se opuso á semejante combinacion (1), censurándola porque absorvia las atenciones del general en gefe, le hacia descender á representar un papel que no era el suyo, y sobre todo porque perjudicaba á los demás cuerpos del ejército, que rara vez eran tan bien tratados como los cuerpos colocados directamente bajo la dependencia del estado mayor general. Pero estas críticas, cuya justicia se demostró mas de una vez en aquella campaña, no se apreciaron como debian serlo. Moreau persistió en su resolucion, por satisfacer intereses de parcialidad. Habiendo ya confiado la direccion de su estado mayor al general Dessoles, y queriendo, sin embargo, dar colocacion al general Laborie, uno de los amigos peligrosos que mas adelante contribuyeron á perderle, le dió el mando de la reserva en calidad de segundo. Esta circunstancia hizo nacer entre Moreau y Saint-Cyr, una frialdad que bien pronto se cambió en un rompimiento abierto.

Distribucion del ejército austriaco.

M. de Kray, adversario de Moreau, tenia segun hemos dicho, 150,000 hombres, 40,000 de los cuales estaban en las plazas del Rhin y del Danubio, y 110,000 en el ejército activo. La infanteria compuesta de bávaros, de wutemburgueses, y maguncienses, era mediana; pero la caballeria que contaba 26,000 caballos era excelente, y la artilleria bien servida y numerosa, pues se componia de 300 bocas de fuego. La derecha de los austriacos á las órdenes de M. de Sztarray observaba el Rhin entre Maguncia y Rastadt, y en comunicacion con las levas de los campesinos maguncienses mandados por el baron de Albini. El general de Kienmayer cubria la desembocadura de Strasburgo mas allá de Kinzig. El mayor Giulay ocupaba con una brigada el valle del Infierno, y observaba el Antiguo-Brisach. El grueso del ejército austriaco fuerte de 40,000 hombres estaba acampado detrás de los desfiladeros de la Selva-Negra, entre Donau-Eschingen y Villengen, punto donde juntan los caminos que van desde el Rhin al Danubio. M. de Kray habia colocado en las ciudades inmediatas á la Selva-Negra una fuerte vanguardia al mando del archiduque Fernando, con el encargo de observar el camino de Basilea; y una numerosa retaguardia en Stokach á las órdenes del príncipe José de Lorena para custodiar los almacenes establecidos en esta ciudad, guardar los caminos de Ulma y de Munich, y comunicarse con el lago de Constanza, donde se hallaba con una flotilla el inglés William. En fin, el príncipe de Reus, á la cabeza de 30,000 hombres de regimientos austriacos y de milicias tirolesas, ocupaba el Rheinthal, desde los Grisones hasta el lago de Constanza; considerándose esta fuerza como la izquierda del ejército imperial. M. de Kray, en medio de esta red tendida á su alrededor, se lisonjeaba de estar instruido del menor movimiento de los franceses.

Primeros movimientos de Moreau.

El plan de Moreau, expuesto mas arriba, que consistia en desembocar por los tres puntos de Strasburgo, Brisach y Basilea, para ocultarse en seguida y subir el Rhin hasta Schaffouse, habia sido adoptado sin modificacion (1). El 25 de Abril puso Moreau sus tropas en movimiento, habiéndose trasladado en persona á Strasburgo, en medio del cuerpo de Sainte-Suzanne, para hacer creer con su presencia en aquel punto, que su intencion era maniobrar por el camino directo de Strasburgo, al traves de la Selva-Negra. Para ocultar mejor sus movimientos habia tomado otra precaucion, cual era la de no reunir sus tropas anticipadamente. Las medias brigadas salian, pues, de sus

(1) Véase sobre este particular las memorias del mariscal Saint-Cyr, campaña de 1800.

(1) El mariscal Saint-Cyr en sus memorias comete un error sobre este punto. El primer Cónsul habia adoptado el plan por entero. Esta circunstancia consta de una carta del general Dessoles archivada en el Memorial de la Guerra y por la correspondencia manuscrita.

mismos acantonamientos, para dirigirse al sitio por donde debian pasar el Rhin, reuniéndose en el camino al cuerpo de que formaban parte. Estando ya todo dispuesto, tres imponentes cabezas de columnas obrando simultaneamente en un espacio de treinta leguas franquearon en un mismo instante los puentes de Strasburgo, del Antiguo Brisach y de Basilea. Era el dia 25 de Abril.

Paso del Rhin por tres puntos.

El general Sainte-Suzanne que mandaba el ala izquierda y marchaba desde Strasburgo, arrolló cuanto se encontraba á su paso, que fueron algunos cuerpos destacados, cuya resistencia no fue muy grande. Sin embargo, no queriendo empeñarse en sérios combates, se detuvo entre Renchen y Offenbourg, amenazando á la vez los dos valles de Renchen y de Kinzig, pero procurando sobre todo persuadir á los austriacos que su intencion era llegar al Danubio por la Selva-Negra, siguiendo el valle de Kinzig. Al mismo tiempo Saint-Cyr desembocó por el Antiguo-Brisach y se adelantó hasta Friburgo, arrollando bruscamente los destacamentos enemigos, pero observando lo mismo que Sainte Suzanne, la precaucion de no internarse mucho. Delante de Friburgo halló algunas dificultades, porque los austriacos habian atrincherado las alturas que rodean á esta ciudad, y colocado detras de los atrincheramientos á los campesinos armados de las montañas de Suabia, bajo el pretexto de defender sus hogares de los estragos de los franceses. Pero esto no podia durar mucho: Friburgo fue ocupado en cortos instantes, y acuchillados algunos de aquellos desdichados campesinos, sin que se volviesen á ver en campaña los restantes. En seguida se colocó Saint-Cyr de modo que se creyese queria penetrar en el valle del Infierno.

La reserva desembocó aquel mismo dia por el puente de Basilea, sin encontrar obstáculo, y mandó la division de Richepanse, hácia Schliengen y Kandern para dar la mano al cuerpo de Saint, Cyr, que iba á subir el Rhin por la ribera por espacio de dos dias.

Durante todo el dia del 26 de Abril (6 de Floreal) quedó Sainte-Suzanne en posicion mas allá de Strasburgo; Saint-Cyr mas allá de Brisach, y la reserva que habia desembocado por Basilea acabó de desplegarse, esperando el movimiento de los dos cuerpos destinados á subir por la rivera el Rhin arriba. Moreau dejó á Strasburgo para unirse á su cuartel general, que estaba colocado en medio de la reserva.

El dia 27 se empleó tambien en engañar al enemigo acerca de la direccion de nuestras columnas. Los austriacos debian creer en un movimiento decidido por Kinzig y el valle del Infierno. En efecto, estos dos desfiladeros son el camino mas directo para un ejército que se dirije desde el Rhin hácia el Danubio, porque se separan á alguna distancia uno de otro, se extienden en la misma direccion, y por último, vienen á reunirse entre Donau-Eschingen y Hüfingen no léjos de Schaffouse, punto en donde se encontraba el cuerpo del general Lecourbe. Era, pues, natural suponer que las dos columnas, fuertes de 20 á 25,000 hombres cada una, que se presentaban á la entrada de estos desfiladeros, iban verdaderamente á empeñarse en ellos para darse la mano con Lecourbe. Con el fin de guardarlos mejor, M. de Kray destacó de Villingen 12 escuadrones y 9 batallones, y los envió de refuerzo al general Kienmayer; viéndose obligado á mermar las fuerzas de Stokach, para reemplazar á las tropas que sacaba de Villingen.

Es engañado M. de Kray por los falsos movimientos de Moreau.

Pero en la noche del 27 y el dia 28, mientras M. de Kray caia en el lazo, cambió la direccion de las columnas francesas. Sainte-Suzanne se replegó sobre Strasburgo, volvió á pasar el Rhin con todo su cuerpo, y subió por la rivera izquierda para no tener que hacer en territorio enemigo un movimiento de flanco demasiado extenso. Llegado á Nuevo-Brisach volvió á pasar á la orilla derecha y reemplazó á Saint-Cyr delante de Friburgo como si tratara de empeñarse en el valle del Infierno. Por su parte, Saint-Cyr volviéndose á la derecha pero sin dejar la rivera alemana, costeó el Rhin con su artilleria, caballeria y bagajes, y mientras estos marchaban por la llanura, una gran parte de su infanteria lo hacia por el flanco de los montes, por Saint-Huber, Neubof, Todnau, y Saint-Blaise. Moreau ha-

bia tomado esta disposicion para no obstruir las márgenes del Rhin, desembarazar las alturas de la Selva-Negra llenas de destacamentos austriacos y pasar lo mas cerca posible de sus manantiales los rios Wiesen, Alb y Wutach, que descienden de estas alturas al Rhin, al traves del territorio de las ciudades inmediatas á la Selva-Negra. Por desgracia se habian supuesto caminos que no existian, y Saint-Cyr se vió obligado á atravesar paises escabrosos, siempre cerca del enemigo y sin artilleria. Sin embargo no se retardó mucho, ni se vió en la imposibilidad de llegar á Saint-Blaise, sobre el Alb, el dia convenido.

Al mismo tiempo subia Moreau por la orilla del Rhin con la reserva, manteniéndose como Saint-Cyr en la orilla alemana. Richepanse que mandaba la vanguardia, despues de haber visto desembocar la artilleria y caballeria de Saint-Cyr, que seguian como se ha dicho las márgenes del Rhin, emprendió su marcha para Saint-Blaise, con el objeto de unirse en las montañas á la infanteria del mismo cuerpo. Los generales Delmas y Leclerc, que mandaban las dos divisiones de la reserva, se dirijieron sobre Soeckingen y despues sobre el Alb, delante del puente de Albruck. Este puente estaba atrincherado. El ayudante general Cohorn, á la cabeza de un batallon de la 14 de ligeros, de dos batallones de la 50 y del 4.° de húsares avanzó en columna sobre los atrincheramientos y los tomó; en seguida saltó sobre los hombros de un granadero, pasó de este modo el Alb y no dió tiempo al enemigo para destruir el puente. Tomó algunos cañones é hizo algunos prisioneros.

El 29 de Abril (9 de floreal) el centro bajo las órdenes de Saint-Cyr, y la reserva al mando de Moreau, se hallaban en linea sobre el Alb, desde la abadia de Saint-Blaise, hasta la confluencia del Alb con el Rhin; Sainte-Suzanne llegaba al Nuevo Brisach por la orilla izquierda, y al extremo de nuestra derecha, reunia Lecourbe su cuerpo, entre Diesenhofen y Schaffouse, pronto á verificar su paso cuando Saint-Cyr y Moreau hubiesen subido por el rio hasta su altura. El 30 de Abril, Sainte-Suzanne pasó el Rhin y se presentó á la entrada del Valle del Infierno: Saint-Cyr permaneció en los alrededores de Saint-Blaise y Moreau se adelantó sobre el Wutach. Por último el 1.° de Mayo (11 de floreal) dió el ejército el paso último y decisivo y lo verificó con felicidad. M. de Kray habia comenzado á conocer su error y á llamar hácia sí los cuerpos que se habian empeñado demasiado en los desfiladeros de la Selva-Negra. Sainte-Suzanne destinado á atravesar el Valle del Infierno que desemboca en las mismas posiciones que el ejército francés debia ocupar, luego que concluyó su movimiento, encontró las tropas de Kienmayer, en retirada y las siguió paso á paso. Saint-Cyr no cesó de flanquear el cuerpo del archiduque Fernando y lo impelió de Bettmeringen á Stühlingen sobre el Wutach, á donde llegó á la noche. Las tropas de Moreau pasaron el Wutach, sin encontrar mucha resistencia, restablecieron el puente, al cual solo faltaban algunos maderos, y procuraron darse la mano por la derecha con Schaffouse donde se hallaba Lecourbe, y por la izquierda con Stühlingen, donde se encontraba Saint-Cyr. Este era el momento que Lecourbe debia escoger para pasar el Rhin. En la mañana del 1.° de Mayo fueron colocadas 30 piezas de artilleria sobre las alturas de la orilla izquierda del rio, para barrer con sus fuegos los alrededores de la aldea de Reichlingen; y 25 barcos transportaron á la orilla derecha al general Molitor con dos batallones, para proteger el establecimiento de un puente preparado hacia mucho tiempo en el Aar. En hora y media quedó este puente echado: el general Vandamme pasó con gran parte de las tropas del cuerpo de Lecourbe, y ocupó en un instante los caminos que conducen á Engen y Stokach, puntos importantes de la linea enemiga. En seguida tomó la ciudad de Stein, y el fuerte de Hohentwiel reputado inexpugnable, y bien abastecido y artillado. Al mismo tiempo dirigiéndose la brigada de Goulu hácia Paradis encontró en la aldea de Busingen una resistencia bastante viva, pero de la cual triunfó en breve. Por último, la division de Lorges entró por la tarde en Schaffouse, y se reunió con las tropas de Moreau.

Mayo de 1800.

Todo el ejército se encuentra el 1.° de Mayo del lado allá del Rhin.

De este modo el 1.° de Mayo por la tarde el ejército entero se hallaba del otro lado del Rhin. Los tres cuerpos principales de Saint-Cyr, Moreau y Lecourbe, formando una masa de 75 á 80,000 hombres, ocupaba una linea que pasaba por Bondorf, Stüblingen, Schaffouse y Radolfzell hasta la punta del lago de Constanza; y estaban prontos á marchar sobre Engen y Stokach, amenazando á la vez la linea de retirada y los almacenes del enemigo. Sainte-Suzanne, con la izquierda, fuerte de 20000 hombres, seguia á los austriacos en el desfiladero del Valle del Infierno, esperando para desembocar sobre el Danubio superior y reunirse con el grueso del ejército, que este levantase el bloqueo del desfiladero pasando mas adelante.

Resultado general de la operacion de Moreau.

Este movimiento se habia ejecutado en seis dias y con la mayor felicidad. Moreau, presentando tres columnas por los puentes de Strasburgo, Brisach y Basilea, habia atraido al enemigo hacia estas tres desembocaduras, y cambiando despues de pronto de direccion y marchando por su derecha á lo largo del Rhin con dos de sus cuerpos por la orilla alemana y uno por la francesa, habia subido hasta la altura de Schaffouse, protegiendo el paso de Lecourbe. Habia hecho 1,500 prisioneros, tomado 6 piezas de campaña con sus trenes, otras 40 montadas en el fuerte de Hohentwiel y algunos almacenes. Las tropas habian mostrado en todo un aplomo y una resolucion que solo podia esperarse de tropas veteranas, llenas de confianza en si mismas y en sus gefes.

Todas las criticas que pudieran hacerse contra este plan se desvanecen en vista de su buen éxito. Es imposible ver movimientos mas complicados llevados á cabo tan felizmente, ó prestarse á este fin el enemigo con mas credulidad, y concurrir los gefes de los cuerpos con mas precision. Sin embargo, este plan del entendido Moreau presentaba al menos tantos peligros como el del primer Cónsul, que se habia rechazado como temerario; porque Saint-Cyr y Moreau habian presentado su flanco por espacio de muchos dias, en una marcha á lo largo del Rhin, encerrados entre las montañas y el rio; habiéndose visto Saint-Cyr separado por un instante de su artilleria, y marchando al presente solo Sainte-Suzanne por el Valle del Infierno. Si el mariscal de Kray, inspirado de pronto, se hubiese arrojado sobre Saint-Cyr, Moreau ó Sainte-Suzanne, tenia la probabilidad de haber aniquilado á uno de estos cuerpos, lo que quizás habria causado un movimiento retrógrado de todo el ejército francés. Pero Moreau tenia á su favor dos ventajas: primera, la de tomar la ofensiva, que siempre desconcierta al enemigo; y segunda, la de tener tropas excelentes, capaces de reparar con su firmeza cualquier accidente imprevisto, como repararon con su valor en los combates, segun pronto veremos, mas de una falta de su general.

Próximo encuentro de los dos ejércitos.

Se aproximaba el momento en que los dos ejércitos, despues de haber maniobrado, el uno para pasar el Rhin, y el otro para impedir el paso, iban al fin á encontrarse del otro lado del rio. El 2 de Mayo (12 de Floreal) se preparó Moreau para este encuentro, pero no suponiéndolo tan próximo como en efecto debia serlo, no tomó medidas de concentracion bastante prontas y completas. Imaginó Moreau enviar á Lecourbe con sus 25,000 hombres sobre Stokach, donde se hallaban á la vez la retaguardia de los austriacos, sus almacenes y sus comunicaciones con el Vorarlberg y el príncipe de Reuss. Tal era la vigorosa ejecucion del plan convenido con el primer Cónsul; porque cortado M. de Kray de Stokach, se veia separado del lago de Constanza, y por consecuencia de los Alpes. Moreau ordenó, pues, á Lecourbe, salir el 3 de Mayo (13 de Floreal) por la mañana para tomar á Stokach, punto importante defendido por 12,000 hombres á las órdenes del príncipe de Lorena-Vaudemont. Por su parte, se dirigió Moreau con toda la reserva sobre Engen, observando siempre á Lecourbe, y pronto á acudir á su socorro, en caso de necesidad. Tambien dió á Saint-Cyr la orden de adelantarse, conservando una posicion extendida desde Bettmaringen y Bondorf hasta Engen, de modo que se uniese á él por una parte, y por la otra se diese la mano con Sainte-Suzanne, quien debia salir pronto del valle del Infierno.

Marchaba asi Moreau en batalla dando la espalda al Rhin, la derecha al la-

go de Constanza y la izquierda á las desembocaduras de la Selva-Negra, presentando un frente de quince leguas, exactamente paralelo á la línea de retirada que debian recorrer los austriacos si se retiraban de Donau-Eschingen á Stokach, á donde los llamaban tantos intereses. La posicion de Moreau era muy extensa, sobre todo estando tan próximo al enemigo, y ante un adversario activo y resuelto hubiera expuesto el ejército frances á graves consecuencias. Dichosamente para nosotros, el ejército de M. de Kray estaba aun menos concentrado que el de Moreau. M. de Kray, cuya posicion se prestaba mas que la nuestra para concentrarse rápidamente, porque ocupaba desde Constanza á Strasburgo la base de un triángulo, del que ocupábamos los dos lados, sorprendido ahora por nuestro movimiento y teniendo ya sobre su flanco izquierdo á los franceses reunidos en sus tres cuartas partes y todos al otro lado del rio, se hallaba en una situacion difícil. Conociéndolo así habia dado á los destacamentos del ejército austriaco que estaban cerca del Rhin, órdenes precipitadas para atraerlos por la Selva-Negra sobre el Danubio superior; pero solo una resolucion rápida y bien concertada podia sacarle del peligro. Para conocer bien esta situacion, es necesario echar una ojeada sobre el teatro de tan complicadas operaciones.

Caracter del territorio de la Suabia, y naturaleza de las operaciones que se pueden ejecutar en ella.

La comarca arbolada y montuosa que se conoce con el nombre de Selva Negra, al rededor de la cual corre el Rhin, sin penetrarla, y de la que se aleja para dirigirse al Norte, pròduce bajo la forma de un sencillo manantial, un rio muy modesto en su nacimiento, aunque destinado á ser uno de los mas caudalosos del mundo: tal es el Danubio. Derrámale al Este, á donde él se dirije, inclinándose un poco al Norte, hácia donde le echa el prolongado pie de los Alpes que llega hasta Viena: en su tránsito recoje todas las aguas que descienden de esta larga cordillera de montañas, lo que hace que crezca tanto un rio cuyo origen es tan humilde.

Los generales austriacos que defienden contra los franceses el valle del Danubio, camino ordinario á su patria, pueden adoptar dos planes. En caso de que los franceses hayan penetrado por la Suiza y la Selva Negra, pueden ó seguir la falda de los Alpes, apoyando su izquierda en las montañas, y su derecha en el Danubio, y defendiendo sucesivamente todos los rios confluentes como el Iller, el Lech, el Isar y el Inn, ó bien abandonar los Alpes, ocupar el Danubio, siguiendo su corriente, y deteniéndose en las grandes posiciones que presenta, como las de Ulma y Ratisbona, &c., prontos á cubrirse con su cáuce, que sucesivamente se vá ensanchando, ó á arrojarse sobre el imprudente adversario que haya hecho una falsa maniobra. Este último partido es el que mas comunmente prefieren.

Dos maneras de defender el valle del Danubio.

El mariscal de Kray podia adoptar uno ú otro; apoyarse en los Alpes ó maniobrar sobre el Danubio. Apoyándose en los Alpes contrariaba, sin saberlo, el plan del primer Cónsul, quien para caer con seguridad desde estas altas montañas sobre las retaguardias del baron de Mélas, deseaba alejar de la Suiza y del Tyrol al ejército imperial de Suabia, pero aventuraba su ala derecha empeñada muy adelante por las orillas del Rhin, sin saber lo que seria de ella. Adoptando, por el contrario, el partido de maniobrar sobre las dos orillas del Danubio, tenia la certeza de unirse á su ala derecha, pero se separaba de su izquierda mandada por el príncipe de Reuss, aunque sin sacrificarla, porque podia encontrar en el Tyrol un asilo y un medio para emplear sus fuerzas. De cualquier modo se prestaba, sin saberlo, á las miras del primer Cónsul, alejándose de los Alpes; pero el mal no era tan grande, porque aun apoyándose en ellos, no es probable que hubiera pensado entrar en la Lombardia para socorrer al baron de Mélas. El plan que presentaba, pues, menos inconvenientes, y que estaba mas en armonía con la ordinaria marcha de los ejércitos imperiales, era concentrarse en el Danubio superior. Pero para lograrlo, debia obrar con prontitud y resolucion. Por su desgracia, M. de Kray tenia almacenes inmensos en Stokach, cerca del lago de Constanza, con una fuerte retaguardia de 12,000 hombres á las órdenes del príncipe de Lorena-Vaudemont,

y le era preciso que la llevase inmediatamente desde Stokach al Danubio superior, dirigiéndose él al mismo punto, sacrificando esos almacenes que en ningun caso podia tener tiempo de evacuar. Pero no fue esto lo que hizo, y con la intencion, sin embargo, de maniobrar despues sobre el Danubio, envió á M. de Nauendorff con el centro del ejército austriaco sobre Engen, con el fin de socorrer á Stokach; mandando al príncipe Fernando que se hallaba en la Selva Negra se dirigiese hácia el mismo punto; y á la derecha de su ejército, al mando de MM. de Sztarray y de Kienmayer, que dejase el Rhin y se le uniese inmediatamente.

M. de Kray no toma mas que términos medios

Los grandes almacenes de víveres tan comunes entre los alemanes, traen consigo el grave inconveniente de sujetar á su conservacion los movimientos de un ejército. Los franceses se pasan sin ellos, diseminándose de noche por los campos para buscar con que mantenerse, sin que la disciplina se resienta demasiado; y como son activos é industriosos saben hallarse á la vez en el merodeo y bajo sus banderas: pero las tropas alemanas sometidas á tal prueba, rara vez dejan de desbandarse y desorganizarse. Sin embargo, los almacenes proporcionan una ventaja, y es la de no abrumar al pais ocupado, y no exasperarle contra el ejército invasor.

Ventajas é inconvenientes de los grandes almacenes.

Marchando Moreau con su derecha sobre Stokach y con su reserva sobre Engen, en tanto que el cuerpo de Saint-Cyr se extendia para darse la mano con Sainte-Suzanne, iba, pues, á encontrar la retaguardia de M. de Kray en Stokach, su centro en Engen y á flanquear las tropas del príncipe Fernando que estaban en camino para reunirse con el ejército austriaco. De este encuentro debia resultar una batalla inesperada, como sucede frecuentemente en la guerra, cuando los acontecimientos no son dirigidos por talentos superiores, capaces de preveerlos y de dirijirlos.

Desde por la mañana marchó Lecourbe hácia Stokach, dirijiendo á la izquierda, para que se uniese con Moreau, á la division de Lourges, echando adelante por la carretera de Schaffouse á Stokach á la division de Montrichard con la reserva de caballeria de Nansouty, y llevando, por último, á la derecha, entre Stokach y el lago de Constanza, la division de Vandamme. Esta fue dividida en dos brigadas; la una al mando del general Leval, maniobrando para interponerse entre Stokach y el lago de Constanza por Bodmann y Sernadingen no encontró ningun obstáculo, porque el príncipe de Reuss, que hubiera podido ponerlo, no se daba mucha prisa por comunicarse con su general en gefe: la otra al mando del general Molitor, y dirigida por Vandamme en persona, se encaminó hácia la espalda de Stokach por un camino de travesía, mientras que Nansouty y Montrichard, marchaban directamente por la carretera de Schaffouse. En la espesura de los bosques vieron alguna fuerza de infanteria que se replegaba, y otra de caballeria que despejaba la campiña replegándose tambien, y por último llegaron á las posiciones que parecia iban á defender los austriacos. Montrichard los encontró en batalla mas allá de la aldea de Steusslingen, protegidos por un gran cuerpo de caballeria. La infanteria francesa atravesó el pueblo en dos columnas y se desplegó á derecha é izquierda, amenazando los flancos del enemigo: al mismo tiempo la caballeria de la division de Montrichard, apoyada por toda la reserva de Nansouty desembocó por Steusslingen, y cargó vigorosamente y arrolló á los imperiales, que se retiraron á Neuzingen. Esta posicion era la segunda y principal que cubria á Stokach, y se apoyaba en la de Wahlwyes, á la cual amenazaba Vandamme en aquel momento con la brigada de Molitor. En el pueblo de Neuzingen divisaron una numerosa infanteria, apoyada en un bosque por derecha é izquierda y cubierta de artilleria. Para desalojarla, Montrichard la flanqueó por una altura llamada el Hellemberg, mientras que Vandamme flanqueando á Wahlwyes, desembocaba por detrás de Neuzingen. La posicion fue tomada y todo el cuerpo reunido de Lecourbe se arrojó en masa sobre Stokach, de cuyo punto se apoderó. De nuevo quisieron los austriacos hacer frente mas allá de Stokach, presentando á 4,000

Batalla de Engen, dada el 3 de Mayo de 1800.

Lecourbe se apodera de Stokach.

hombres de infantería en batalla cubiertos por toda su caballería, pero cargando á esta última arma los regimientos de de Nansouty la arrojaron en desórden sobre la infantería, que ya solo pensó en rendirse. Lecourbe hizo 4,000 prisioneros y tomó 8 piezas de artillería, 500 caballos y los inmensos almacenes de Stokach. Y no podia ser de otra suerte, porque además de contar Lecourbe con soldados capaces de batirse con un enemigo superior en número, tenia doble gente que el príncipe de Lorena, á pesar de haber destacado la division de Lorges para comunicarse con Moreau. Habia, pues, despachado pronto su tarea, y si al conjunto de todas estas operaciones hubiese presidido una direccion vigorosa, Lecourbe pudo y debió ser empleado en otra parte, como se verá muy pronto.

Resultado que obtuvo Lecourbe por la parte de Stokach.

La division de Lorges, destinada á servir de punto de intermedio entre Lecourbe y Moreau, se habia dividido en dos brigadas. La brigada de Goulu habia marchado hácia Aach para despejar el espacio comprendido entre Stokach y Engen, y no hallando ningun enemigo á quien combatir, habia vuelto á Stokach, donde fue inútil su presencia. Por su parte el general Lorges con el resto de la division se habia unido á las tropas de Moreau y las acompañaba hácia Engen.

Ataque de Moreau contra Engen.

Moreau, con todo lo que se llamaba cuerpo de reserva, estaba en marcha desde por la mañana sobre Engen. Al mismo tiempo atravesaba M. de Kray dicha villa, para ir al socorro de sus almacenes de Stokach; y conociendo al momento por el número de tropas que se desplegaban ante él, que iba á tener una batalla en lugar de un reconocimiento, se puso en disposicion de combatir, fiado en la masa de los 40,000 hombres que tenia á sus órdenes, y en las fuertes posiciones donde la casualidad acababa de conducirle. Al dejar junto Schaffouse las orillas del Rhin para entrar en las del Danubio, en aquella tierra varia, escabrosa y cuyas pendientes son poco profundas, se encuentra un pequeño valle, el del Aach, que lleva al lago de Constanza las aguas que no van ni al Rhin ni al Danubio. En este valle está la villa de Engen; y para bajar á ella se necesita pasar una serie de alturas arboladas, de muy difícil acceso. La infantería de los austriacos ocupaba estas eminencias, y la caballería estaba en la llanura de Engen. Necesitaba, pues, Moreau tomar primero dichas alturas, y bajar despues á la llanura para arrojar la caballería imperial. Marchaba él mismo á la cabeza de las divisiones de Delmas y Bastoul y de la mitad de la division de Lorges; habiendo dirigido ya por su izquierda por el camino llamado de Blumenfeld la division de Richepanse, que internándose en una serie de valles debia flanquear las posiciones del enemigo por parages menos defendidos, y si se lograba el objeto, caer todas las fuerzas en masa sobre Engen.

Lorges, que se habia adelantado un poco de las tropas de la reserva, encontró un cuerpo numeroso de enemigos cerca de Waterdingen, y ántes de atacarle, aguardó á la division de Delmas, que no tardó en llegar, cargando entonces ámbos y desalojando á los austriacos. Llegados á este punto, quedábales aun que trepar á las alturas que rodean á Engen; y para esto se necesitaba que atravesasen mesetas bastante escarpadas, dominadas á la derecha por la posicion llamada el Maulberg y á la izquierda por un pico muy elevado conocido con el nombre de pico de Hohenhewen. Encargado Lorges de atacar el Maulberg, avanzó, y despues de un ligero cañoneo cedió el enemigo. Entonces Delmas, tomando á la izquierda, se dirigió hácia un bosque que rodeaba el pie de Hohenhewen, y que estaba ocupado por ocho batallones de infantería enemiga. Dos batallones de la 46 se precipitaron sobre este bosque sin hacer fuego, mientras que el general Grandjean y el ayudante general Cohorn lo flanqueaban con un destacamento. Apenas recibieron los dos batallones una descarga, se precipitaron sobre el enemigo á bayoneta calada; y viéndose los austriacos atacados de frente con tanto arrojo, y flanqueados por su derecha, abandonaron el bosque. Habiendo conquistado nuestras tropas todas las principales posiciones que defendian la entrada al valle de Engen, solo les quedaba bajar á este valle atravesado por un arroyo caudaloso. El ene-

migo se habia retirado al pico de Hohenhewen, en cuyas pendientes habia colocado su artillería y su infantería, y formado en batalla en la llanura de Engen á 12,000 hombres de caballería. Moreau quiso ántes que nada tomar el expresado pico, y mandó á la division de Delmas que le atacase. Al salir esta del bosque de que se habia apoderado, se vió expuesta á un fuego mortífero, que soportó con serenidad. Colocándose entonces el general Jacopin á la cabeza de la infantería, empezó á subir por las pendientes del pico, cuando una bala le atravesó un muslo; pero el general Grandjean flanqueó la posicion, y el ayudante-general Cohorn, á quien ya hemos visto pasar el Alb en los hombros de un granadero, se precipitó á la cima con un batallon y desalojó á los austriacos. De este modo se hallaron nuestras tropas en posesion de todas las alturas que dominan la llanura de Engen, y pudieron desplegarse sin dificultad. El enemigo se retiró del otro lado de esta llanura, mas allá del arroyo que la atravesaba, y al pie de una cadena de collados que forman su opuesto límite: allí colocó á vanguardia su numerosa caballería con la mayor parte de su artillería, y á retaguardia en la hondonada de un valle á cuya entrada se encuentra la aldea de Ehingen, una fuerte reserva de granaderos. Tal era la masa de fuerzas que era preciso arrollar, para que toda la ventaja de la batalla quedase por nosotros.

Mientras sucedia esto, se oia muy á lo lejos del otro lado del pico de Hohenhewen á lo largo de aquel circuito de alturas llenas de arbolado, que rodean á Engen, un fuego muy vivo. Era la division de Richepanse que se batia con las tropas con que habia coronado M. de Kray aquella parte del campo de batalla. El general Richepanse se habia visto forzado á partir su division en dos brigadas, en el fondo mismo de los pequeños valles en que se habia empeñado, para tomar dos posiciones, llamada la una de Leipferdingen y la otra de Waterdingen, y allí sostenia un combate tenaz y aventurado; cuando, con gran fortuna suya vió aparecer las primeras tropas del cuerpo de Saint-Cyr, que no habian llegado antes á consecuencia de la falta de unidad de las disposiciones de Moreau. Saint-Cyr habia tenido que dar la mano á Sainte-Suzanne con una de sus divisiones; se habia visto obligado á aguardar á Ney á quien detenia la falta de víveres, y á esperar tambien su artillería siempre retrasada desde el paso del Rhin; y por otra parte, encontrando continuamente en su camino al príncipe Fernando y no pudiendo oponerle mas que una division, se habia visto precisado á marchar con cautela; llegando, en fin, al socorro de Richepanse en el momento en que M. de Kray hacia el último y mas vigoroso esfuerzo para impedirle que desembocase en Engen.

Juzgando Moreau por lo vivo del fuego el peligro de Richepanse, quiso atraer á los austriacos sobre su izquierda, y para ello, creyó debia atacar la aldea de Ehingen que formaba el apoyo de la posicion del enemigo del otro lado de la llanura; pues segun hemos dicho habia este colocado, al pie de una cadena de collados, su artillería y su caballería, y además una reserva de granaderos en el valle á que dá entrada la aldea de Ehingen. En efecto, el general Bontemps con la 67 media brigada, dos batallones de la 10 de ligeros y dos escuadrones del 5.° de húsares, seguido del general de Hautpoul con la reserva de caballería, y marchando en dos columnas por la llanura, sufriendo el fuego de una batería de doce piezas, llegaron animosamente á la aldea de Ehingen y la tomaron. Pero de pronto se arrojaron sobre ellos los ocho batallones de granaderos, apoyados por una carga vigorosa de la caballería austriaca, y bajo esta inesperada tempestad se vieron nuestros soldados obligados á abandonar el pueblo. La caballería del general de Hautpoul fue arrollada por la gran masa de la caballería imperial, y el valiente general Bontemps recibió una grave herida enmedio de aquella confusion. Al mismo tiempo redoblaba el fuego á nuestra izquierda mas allá del pico de Hohenhewen, lo que anunciaba el peligro de Richepanse, que se obstinaba en forzar el recinto de las alturas.

Las tropas francesas son rechazadas por un momento de Ehingen.

Moreau que en los momentos críticos tenia toda la firmeza de una alma verdaderamente guerrera, conoció al momento toda la gra-

Decide la victoria Moreau á la cabeza de algunas compañías de granaderos.

vedad de la situacion, y se decidió á dar un golpe vigoroso para hacerse dueño del campo de batalla. En su consecuencia, mandó avanzar los restos de la division de Bastoul y poniéndose él mismo á la cabeza de algunas compañías de granaderos, los anima, los lleva adelante, arrolla cuanto encuentra al paso, y nuestras tropas victoriosas vuelven á entrar en Ehingen. Mientras que fija por este lado la fortuna, Richepanse hace por el suyo prodigios de valor. Unido Saint-Cyr á Ney, y libre del todo del archiduque Fernando, manda delante de sí la brigada del general Roussel, la que rivalizando en ánimo y valor con las tropas de Richepanse empeñadas hacia tiempo en la refriega, las ayuda á conquistar las alturas disputadas con tanta tenacidad. La accion se decide, pues, por todos lados á nuestro favor, pero á precio de muchos esfuerzos y de mucha sangre vertida; pues solo la 4.ª media brigada acababa de perder en aquellos combates de 500 á 600 hombres.

Comenzaba á anochecer; los franceses redoblaban su ardor, mientras que los austriacos sabedores de la derrota del príncipe de Lorena-Vaudemont en Stokach empezaban á desanimarse; por cuya causa y temiendo ser flanqueado por Stokach, mandó M. de Kray, tocar á retirada, y se apresuró á ganar el Danubio por Tuttlingen y Liptingen.

Resultados de la batalla de Engen.

Las pérdidas del ejército francés en esta série de combates encarnizados habia sido bastante considerable, pues consistió en 2,000 hombres fuera de combate entre heridos y muertos; pero el ejército austriaco tuvo 3,000 y dejó de 4 á 5000 prisioneros. Las tropas francesas habian corregido con su valor los defectos del plan general, pues que en efecto dejaba mucho que desear; y actualmente se pueden apreciar sus lados débiles. Por de pronto es fácil de juzgar por los mismos resultados, lo inconveniente que era haber pasado el Rhin por varios puntos; pues á consecuencia de esta operacion no habia podido disponerse mas que de tres cuerpos que marchasen en union, y aun el tercero, que era el de Saint-Cyr tuvo que verse paralizado por la necesidad de darse la mano con el 4.º que quedaba retrasado. Además se debia á este sistema de paso por varios puntos el retraso de la artillería de Saint-Cyr, lo que no habia dejado de contribuir á diferir el socorro dado á Richepanse. Respecto á la misma batalla, Moreau se habia visto obligado con 25,000 hombres á combatir en Engen á 40,000 mientras que Lecourbe con 20,000, no tuvo que combatir en Stokach mas que á 12,000, y en tanto que Saint-Cyr se hallaba reducido casi al papel de simple observador. Acusado este de haber llegado demasiado tarde, aseguraba no haber recibido en todo el dia un ayudante de campo del cuartel general. Jamás se vieron tales cosas, ó si acaso fueron muy raras, en los campos de batalla donde mandaba el primer Cónsul. Sin embargo, para obrar como Moreau, se necesitaba ser un general de relevado mérito; pues una vez en presencia del peligro, se habia portado con la serenidad y el valor que no le abandonaron jamás; y secundado por el valor de sus tropas habia al cabo alcanzado la victoria, y adquirido sobre el enemigo una superioridad decidida.

Faltas de Moreau en esta jornada.

Mandó Moreau acampar su ejército en el campo de batalla; y si al dia siguiente hubiera perseguido con actividad á M. de Kray por el camino de Stokach al Danubio, es probable lo hubiera puesto en desórden. Pero Moreau no estaba dotado de un carácter ardiente, y tenia demasiados miramientos hácia sus tropas, para ejecutar esos rápidos movimientos que sin duda cansan por el pronto á los hombres, pero que en realidad economizan su sangre y sus fuerzas, precipitando los resultados. El dia 4 de Mayo (14 de Floreal) se empleó en rectificar la posicion del ejército y en ir marchando con lentitud hácia el Danubio. Saint-Cyr se dirigió hácia el mismo punto por Tuttlingen, y Moreau y Lecourbe por Mœsskirch, vigilando siempre su derecha y las desembocaduras del Vorarlberg, por donde habria podido venir el príncipe de Reuss.

M. de Kray se retira sobre el Danubio y Moreau le sigue.

M. de Kray no se habia decidido aun á ceder el terreno sin combatir. Su ejército estaba ya muy desordenado, y debilitado ademas por la falta de unos 10,000 hombres, y sin embargo cometió el yerro de exponerle á nuevos encuentros

con los franceses antes de haber pasado el Danubio, y de unirse con los generales Kienmayer y Sztarray que volvian de las orillas del Rhin al traves de la Selva-Negra al mismo tiempo que el cuerpo frances de Sainte-Suzanne. Para reponerse el ejército austriaco de la fuerza moral que habia perdido, hubiera necesitado estar al abrigo de un gran rio, algunos dias de reposo y algunos refuerzos; pero la posicion de Mœsskirch, en que Moreau le dejó tiempo de rehacerse y serenarse, inspiró á M. de Kray la resolucion imprudente pero valerosa de combatir otra vez todavia.

La posicion de Mœsskirch era, en efecto, muy fuerte. La carretera que por Engen y Stokach va á parar al Danubio pasa un poco antes de llegar á Mœsskirch bajo los fuegos de una meseta ancha y elevada, que se llama la meseta de Krumbach; la deja á la izquierda, y penetra despues en un terreno cubierto de bosques, formando un largo desfiladero, al fondo del cual se descubre el pueblo de Mœsskirch á la derecha y el de Heudorf á la izquierda. Detras de Mœsskirch se extiende una línea de alturas que se continuan hasta Heudorf y vienen á unirse por la parte de atras y por la izquierda á la meseta de Krumbach; de modo que pasando el camino primero bajo la meseta de Krumbach, y ocultándose luego en un bosque, desemboca por último al campo raso bajo los fuegos de las alturas que se extienden desde Mœsskirch hasta Heudorf.

M. de Kray habia coronado esta posicion con una artillería formidable: el príncipe de Lorena formando la izquierda de los austriacos ocupaba á Mœsskirch y las alturas circunvecinas; M. de Nauendorf, formando el centro estaba desplegado sobre Heudorf con una reserva de granaderos á retaguardia; y M. de Wrède, con los bávaros, el archiduque Fernando y el general Giulay reunidos, componia la derecha del ejército imperial sobre la meseta de Krumbach.

Batalla de Mœsskirch dada el 5 de mayo.

Asi como Moreau no habia contado con dar una batalla en Engen, aun contaba menos darla en Mœsskirch. Sin embargo, sospechándose que podia encontrar alguna resistencia en este punto se lo habia prevenido á Lecourbe mandándole á decir que quizás seria menester hacer algun esfuerzo, pero sin darle las órdenes precisas de concentracion que reclama la inminencia de una gran batalla. Estando Lecourbe á vanguardia del ejército, y marchando con tres divisiones habia enviado bastante lejos sobre su derecha á la division de Vandamme para observar los movimientos del príncipe de Reuss hácia el Vorarlberg. Una parte de esta division á las órdenes del general Molitor debia dirijirse por el camino de Pfullendorff y Klosterwald sobre el flanco de Mœsskirch. Lecourbe con las divisiones de Montrichard y Lorges y con la reserva de caballería debia adelantarse por la carretera que acabamos de describir, y que despues de haber pasado bajo de Krumbach desemboca al través de los bosques enfrente de Mœsskirch. Moreau seguia el mismo camino manteniéndose á alguna distancia á retaguardia. Saint-Cyr flanqueaba á lo lejos la izquierda de Moreau ocupando las dos orillas del Danubio hácia Tuttlingen. No eran ciertamente estas disposiciones para una gran batalla. No se debia haber enviado solo á Vandamme con media division sobre el flanco de la posicion de Mœsskirch, sino por el contrario, haber dirigido por aquel lado á Lecourbe con todo su cuerpo. Tampoco Moreau debia haber salido tan tarde, ni apiñarse con Lecourbe en un bosque; ni Saint-Cyr debia haber sido colocado tan léjos.

Mas sea lo que se quiera, Lecourbe se puso en marcha desde la mañana, conforme á las disposiciones adoptadas, y llegado á la altura de Krumbach dejó esta meseta á su izquierda y penetró en el desfiladero del bosque, donde encontró algunas guerrillas que se replegaron al instante, llegando sin contratiempo al desembocadero. Entonces descubrió el descampado en cuyo fondo se ve á Mœsskirch dominado por todas partes por alturas coronadas con la artillería austriaca. Al momento que asomaron las cabezas de columna, cinco piezas de artillería haciendo fuego de frente, por el lado de Mœsskirch, y otras veinte tirando de flanco por la parte de Heudorf vomitaron una granizada de balas rasas y de metralla. Entonces se situaron dos batallones de infantería ligera á la orilla del bosque, y tres regimientos de caballería, el 9.º de húsares, el 12 de cazadores y el 11 de dra-

gones se adelantaron rápidamente para proteger la colocacion de nuestra artillería; pero acribillados por todos lados, bajo el fuego de las veinte y cinco piezas, se vieron obligados á replegarse, quedando al mismo tiempo desmontados en su mayor parte quince cañones que el general Montrichard habia querido oponer á la artillería austriaca. Hasta la misma infantería ligera tuvo que guarecerse en el bosque. La caballería austriaca quiso á su vez cargarnos, pero fue rechazada con vigor. Sin embargo, cada vez que el general Montrichard queria salir del bosque, un fuego violento detenia á sus columnas. Pronto se hizo evidente que aquel punto no era el verdadero de ataque contra Mœsskirch, sino que al contrario debia ser por la derecha, siguiendo el camino transversal de Klosterwald por donde se adelantaba Vandamme. Pero este estaba aun bastante léjos á causa de la distancia que tenia que recorrer: mientras llegaba se decidió Lecourbe á hacer una tentativa sobre Heudorf, desfilando por su izquierda á lo largo de la orilla del bosque. En su consecuencia la 10 de ligeros, á pesar de un vivo fuego de artillería y de fusilería, entró en dicho pueblo, pero fue rechazada por fuerzas superiores; y mientras que nuestra caballería llegaba á socorrerla, la artillería de los austriacos colocada en la altura á espaldas de Heudorf la obligó á verificar un movimiento retrógrado. Así, pues, esta segunda tentativa para desembocar por la izquierda, no fue mas feliz que la emprendida ántes para desembocar directamente sobre Mœsskirch.

Animados los austriacos con nuestra desgracia, quieren tomar la ofensiva é intentan caer desde Heudorf sobre la division de Lorges; pero era una empresa demasiado arriesgada teniendo que luchar contra tropas tan valientes. La 38 se forma en columna y marcha adelante; y á pesar de la metralla que vomitan sobre ella ocho piezas avanza con la mayor sangre fria y penetra en Heudorf á bayoneta calada. Sobre el terreno escarpado que se elevaba detras de este pueblo, habia un bosque, y en el se hallaba formada en columnas en masa la infantería austriaca, la cual precipita fuerzas superiores sobre aquella valiente media brigada, que abrumada por el número, tiene que retroceder; pero llega á su socorro la 67 y la rehace. Ambas cargan de nuevo; sigue á ellas toda la division, pasan el pueblo, ganan aquellas formidables alturas y se apoderan de aquel asilo de espeso arbolado desde donde el enemigo vomitaba sus fuegos contra nosotros. Mientras á nuestra izquierda y al rededor del pueblo de Heudorf se empeña tan terrible combate, desemboca al fin Vandamme por nuestra derecha sobre Mœsskirch á la cabeza de la brigada de Molitor, y la dispone hábilmente para el ataque, á pesar del mortífero fuego que hace la infantería austriaca situada en este pueblo; en seguida cargan nuestros valientes soldados con furor, y penetran en Mœsskirch al mismo tiempo que dos batallones flanquean la posicion por las alturas. Montrichard, siempre encerrado en el bosque, se aprovecha de este momento para desembocar en el terreno descubierto que tan fatal nos habia sido, y se precipita con cuatro columnas por el frente de la artillería de los austriacos, ya algo turbados por el espectáculo de aquellos simultáneos ataques. Las cuatro columnas de Montrichard llegan, pasan una rambla que se extiende al pie de las alturas, y trepan á la meseta de Mœsskirch en el instante en que las tropas de Vandamme apoderadas ya del pueblo comenzaban á aparecer por la misma. Por todas partes son puestos los austriacos en fuga: su reserva situada un poco á la espalda de Rohrdorf quiere obrar á su vez; pero las divisiones reunidas de Vandamme y de Montrichard la contienen.

En aquel momento éramos dueños de toda la línea desde Mœsskirch á Heudorf; pero juzgando entónces M. de Kray, con mucha exactitud cual era el punto vulnerable de nuestra posicion, destaca una parte de sus fuerzas y las dirije á nuestra izquierda, sobre la meseta de Krumbach, por donde amenaza nuestro flanco y nuestra retaguardia. La division de Lorges que ocupaba á Heudorf corria el peligro de ser destruida, pues rendida y aniquilada despues de tomar repetidas veces aquel punto, se habia arrojado sobre ella la reserva de granaderos, hallándose á la vez abrumada bajo el fuego de la artillería, y bajo la masa de la infantería austriaca. Por fortuna, avisado Moreau por la viveza del cañoneo habia apresurado su marcha, y llegado, al fin á la entrada del bosque con su cuer-

po formado de las divisiones de Delmas, Bastoul y Richepanse. Al ver el peligro de la division de Lorges se apresura á enviar á su socorro la division de Delmas, y cambiando las valientes tropas que la componian la faz de las cosas, arrollan á los granaderos austriacos, y vuelven á tomar á Heudorf y el bosque que lo domina. Pero si á nosotros nos llegan refuerzos, lo mismo le sucede á M. de Kray: su derecha compuesta del archiduque Fernando y del general Giulay, á la que seguia Saint-Cyr paso á paso desde el principio de las operaciones, traida rápidamente sobre el campo de batalla, se dirije por entre Heudorf y Krumbach sobre el mismo flanco de la division de Delmas, amenazando envolverla. Al momento una parte de esta hace frente á la izquierda: la brigada 57 que habia merecido en Italia el sobrenombre de la Terrible, se forma en batalla, lucha durante una hora contra las masas austriacas, acribillada á la vez por diez y seis piezas de artilleria, á las cuales solo puede oponer el general Delmas cinco, que pronto son desmontadas; y á pesar de aquel espantoso fuego permanece inmóvil y logra contener al enemigo. Moreau, corriendo de un cuerpo á otro para situarlos ó sostenerlos, lleva la division de Bastoul al socorro de la de Delmas, llegando en el momento en que no pudiendo los austriacos desordenarla, procuraban privarla de los socorros de la division de Bastoul, desplegándose sobre la meseta de Krumbach para interceptar nuestras comunicaciones, llegando hasta el punto de bajar de la meseta al camino y mezclarse á la columna de nuestros equipajes. Asi, despues de haber empezado la batalla en Mœsskirch, se extiende á Heudorf y de Heudorf á Krumbach abrazando todo el ángulo de aquella vasta posicion, y cubriéndola de fuego, de sangre y de despojos. En tan crítica circunstancia la division de Bastoul sostiene dignamente los esfuerzos de la division de Delmas; pero va á ser envuelta si el enemigo logra bajar de la meseta de Krumbach y apoderarse de la carretera por donde llegan nuestras tropas. Por fortuna la division de Richepanse, traida á tiempo al punto decisivo, se forma en columnas de ataque, trepa, bajo un fuego mortífero, á la meseta de Krumbach y flanquea al archiduque Fernando, ocupando la posicion que los austriacos querian ocupar. Despues de este esfuerzo, ya no le quedaba á M. de Kray ningunas fuerzas para obrar contra Richepanse; viéndose por lo tanto obligado á tocar á retirada, y quedando por nosotros la victoria desde Krumbach á Heudorf, y desde Heudorf á Mœsskirch.

Inaccion de Saint-Cyr en esta jornada.

En este momento el cuerpo de Saint-Cyr se hallaba á algunas leguas de distancia en Neuhausen-ob-Eke. Si se hubiese presentado, el ejército austriaco era perdido, y en lugar de una victoria ordinaria, habriamos alcanzado una de esas victorias brillantes que terminan una campaña. ¿Qué fatal inaccion le detenia, pues, tan cerca del lugar donde podia decidir el destino de la guerra? Esto es difícil de explicar. Saint-Cyr sostenia al dia siguiente que no habia recibido ninguna órden; Moreau respondia que se las habia mandado con varios ayudantes de campo: Saint-Cyr replicaba que estando tan cerca del campo de batalla, un solo oficial que se le hubiese mandado habria llegado indefectiblemente; á lo que contestaban los parciales de Moreau, que Saint-Cyr, mal compañero de armas, habia querido dejar destruir á los que tenia cerca, lo mismo en Mœsskirch que en Engen.

¡Asi en la vida militar como en la civil hay celos, y se acusan y se calumnian! Las pasiones humanas son en todas partes las mismas, y seguramente no es capaz la guerra de enfriarlas, moderarlas y hacer que vean las cosas con justicia. La verdad es, que descontento Saint-Cyr de la pandilla que dominaba á Moreau, afectaba encerrarse en el mando de su cuerpo, á cuya cabeza maniobraba con rara perfeccion; pero sin mezclarse nunca en lo que correspondia hacer al general en gefe, aguardaba para obrar las órdenes, que hasta un teniente debe saber prevenir, sobre todo, oyendo cañonazos. Saint-Cyr, que alegaba la proximidad para probar que si se le hubiesen enviado órdenes las habria recibido, se acusaba á si mismo, porque la misma proximidad le privaba de toda excusa posible por no haber llegado, al menos con una division, allí donde un espantoso cañoneo anunciaba una lucha violenta, y probablemente de graves peligros. Aparte de esto, pronto

iba á reparar Saint-Cyr con grandes servicios, los yerros que habia cometido en aquella circunstancia.

Franceses y austriacos estaban rendidos al fin de aquella jornada. En medio de la confusion de las batallas jamas se sabe exactamente el número de los muertos y de los heridos; pero fue grande en Mœsskirch; pues el ejército frances hubo de perder 2,000 hombres y el doble el ejército austriaco. Pero el primero estaba lleno de confianza; habia quedado por suyo el campo de batalla, queria partir al dia siguiente para continuar aquella serie de combates que sin procurarles hasta entónces resultados positivos le aseguraban sin embargo una continua superioridad sobre el enemigo. El ejército austriaco, por el contrario profundamente quebrantado en su ánimo, no era capaz de proseguir por mucho tiempo semejante lucha.

Todo el mundo adivina, despues de la reseña que acabamos de hacer, las críticas hechas contra las operaciones de Moreau (1). Habia marchado sobre un campo de batalla sin reconocerle de antemano; habia dirigido pocas fuerzas sobre el verdadero punto de ataque que era el camino de Klosterwald á Mœsskirch, que cae al flanco de este pequeño pueblo; habia procedido con lentitud y empeñado todas sus divisiones unas despues de otras, en un bosque de donde no podian salir sin perder muchos hombres; y por último no habia traido á Saint-Cyr al terreno en que su presencia lo hubiera decidido todo. Por su parte M. de Kray, despues de dirigir acertadamente sus esfuerzos sobre nuestro punto vulnerable, que era nuestra izquierda, habia cometido el yerro de dejarse tomar á Mœsskirch; pero debemos decir para justificarlo que sus tropas estaban muy lejos de igualar á las francesas en cuanto á pericia y firmeza. Por otra parte empezaban ya á perder la confianza, y no era fácil hacerles soportar la vista y el ímpetu de los franceses.

Al dia siguiente 6 de Mayo (16 de Floreal) se apresuró M. de Kray á guarecerse tras del Danubio, para obrar, en fin, en esta gran línea de operaciones. Aquella era la ocasion de perseguirle para que le fuese difícil ya que no imposible el pasar el rio. Moreau marchó en línea, con la izquierda al Danubio, muy próximo al punto por donde pasaban los austriacos, pudiéndo destruirlos si repentinamente hubiese vuelto sobre su izquierda. Saint-Cyr formaba en aquel momento el ala apoyada en el Danubio; y no habiendo entrado en accion el dia ántes, se hallaba en disposicion de obrar y asimismo lo deseaba. Vió á las tropas imperiales amontonarse con cierta precipitacion sobre el punto de Sigmaringen, donde el Danubio forma un recodo, en el que se habia acumulado el ejército austriaco, deseoso de pasar cuanto ántes á la otra orilla. Saint-Cyr le apercibia distintamente, á corto tiro de cañon, en un espacio que apenas hubiera bastado á una division, y tan sorprendido á la vista de los franceses, que á la sola aparicion de una brigada de Ney, suspendió su paso, se formó en batalla y se cubrió con sesenta piezas de artillería. Al verle Saint-Cyr tan acumulado y turbado, tenia la certeza de precipitarle en el Danubio dándole una sola carga con todas sus fuerzas, para cuyo efecto hizo adelantar algunas piezas de artillería, que de cada tiro se llevaba filas enteras, pero que no podian estar en batería delante de las sesenta bocas de fuego de M. de Kray. Saint-Cyr, esperaba llamar con aquel cañoneo la atencion de Moreau y traerle del cuerpo de reserva al cuerpo de la izquierda; y no viéndole llegar le envió un oficial para advertírselo y que le diese órden de atacar. Pero la union no existia ya entre ellos; y se creyó en el estado mayor, ó se fingió creerlo, que Saint-Cyr queria de nuevo inclinarse á la izquierda para aislarse mas y obrar solo, y en esta atencion se le contestó con la órden de inclinarse á la derecha, para comunicarse mas estrechamente que lo acostumbraba al cuerpo de reserva que formaba el centro del ejército.—Esta medida es indispensable, le decian, á fin de que el general en gefe pueda disponer de vuestras tropas en caso de necesidad (1). —El sentido de esta órden indicaba claramente la disposicion en que se ha-

Mala posicion de los austriacos en Sigmaringen que no se supo aprovechar.

(1) Véanse las memorias de Saint-Cyr pag. 215 y siguientes, T. VI campaña de 1800.

(1) Saint-Cyr, pág. 201 tomo ya citado.

llaba el general en gefe y los que le rodeaban; siendo evidente que Moreau tenia bastante á su cargo con el mando de un cuerpo, y que la debilidad de su carácter daba lugar á divisiones intestinas, funestas en todas partes, pero mas funestas aun en los ejércitos.

M. de Kray pudo, pues, salvarse sin peligro y rehacer su ejército al otro lado del Danubio, donde M. de Kienmayer acababa de unírsele con las tropas que llegaban de las orillas del Rhin. M. de Sztarray le seguia de cerca.

El ejército de Moreau habia encontrado en Stokach y en Donau-Eschingen, varios almacenes; nada le faltaba, y estaba animado por los triunfos y por haber tomado continuamente la ofensiva. El 7 y el 8 de Mayo (17 y 18 de Floreal) continuó marchando Moreau hácia la izquierda del Danubio, presentando una linea de batalla demasiado extendida siempre, y descansando de vez en cuando para dar á Sainte-Suzanne lugar de que se le uniese.

El 9 (19 de Floreal) sabiendo Moreau que Sainte-Suzanne, que habia venido por la orilla derecha del Danubio, se encontraba al fin á la altura del ejército, dejó por un dia su cuartel general y pasó el Danubio con el fin de inspeccionar las tropas recien llegadas. Segun su posicion estas tropas formaban en adelante el ala izquierda, mientras que Saint-Cyr quedaba en el centro y el cuerpo de reserva, iba á desempeñar verdaderamente el papel que correspondia á su denominacion. Segun todas las probabilidades, ocupado M. de Kray en dar descanso á su ejército, debia mantenerse al otro lado del Danubio, y nosotros podiamos continuar el 9 marchando adelante sin hallar al enemigo. Moreau dió órden á la derecha, es decir á Lecourbe que se colocase el 9 entre Wurzach y Ochsenhausen; á la reserva que se dirigiese á este último punto; y en fin, al centro, es decir á Saint-Cyr, que pasase el Biberach con la izquierda en observacion del Danubio. Asi se adelantaba el ejército bastante cerca del Iller, describiendo una linea paralela á este afluente del Danubio. Moreau salió el 9 por la mañana creyendo podria consagrar un dia entero en la inspeccion del cuerpo de Sainte-Suzanne.

Pero M. de Kray habia tomado una determinacion nueva é inesperada, de resultas del parecer de un consejo de guerra que habia juzgado conveniente salvar los inmensos almacenes de Biberach, y no entregarlos como los de Engen y de Stokach á los franceses. En su consecuencia, volvió á pasar con todo su ejército á la orilla derecha del Danubio por Riedlingen y fue á situarse á vanguardia y á retaguardia de Biberach. Este lugar habia sido ya el teatro de una batalla ganada en 1796 por Moreau, gracias sobre todo á Saint-Cyr, y volvió á ser en esta ocasion venturoso para el ejército y para el mismo Saint-Cyr.

Accion de Biberach.

Biberach está situado en un pequeño valle inundado por el Riess, y es tan pantanoso que un hombre á caballo no puede entrar en él sin peligro, siendo preciso pasarle por el mismo Biberach, y por el puente unido á esta corta poblacion. Se penetra en este valle atravesando una especie de desfiladero abierto entre unas alturas, las de Galgenberg por un lado, y las de Mittelbiberach por otro. Pasado este desfiladero se presenta de pronto Biberach: se pasa el pantano de Riess por el puente que tiene el pueblo, y mas allá del pantano se descubre una soberbia posicion llamada de Mettenberg, sobre la cual puede hacerse fuerte un ejército provisto de artilleria. M. de Kray no queria situarse delante del desfiladero, teniendo una salida tan estrecha para la retirada, y no podia hacerlo sino detras de Biberach, mas allá del Riess y sobre el mismo Mettenberg; pero tan poco podia dejar descubierto á Biberach. En su consecuencia, despues de establecer el grueso de su ejército sobre la posicion del Mettenberg, colocó un cuerpo de 8 á 10 batallones, y de una docena de escuadrones delante del desfiladero de Mittelbiberach, para retardar la marcha de los franceses, y tener tiempo de evacuar ó destruir la mayor parte de sus almacenes.

Este proyecto era peligroso, sobre todo con un ejército desmoralizado. Habiendo recibido Saint-Cyr la órden de ir á pernoctar mas allá de Biberach, pronto descubrió la posicion que habian tomado los austriacos; y estaba disgustado por no tener cerca al general en gefe, ó al menos á su gefe de estado mayor, para que le diese las órdenes convenientes, y sacar partido de aquel encuentro.

Moreau estaba ausente y el general Dessoles tampoco se hallaba allí. Si Saint-Cyr hubiese tenido sus fuerzas reunidas no hubiera titubeado en arriesgar un ataque con solo el cuerpo que estaba á sus órdenes, pero por desgracia estaban en parte diseminadas; porque obligado á observar por su izquierda el Danubio habia dedicado á este objeto la division de Ney que era la mejor que tenia. Envió varios oficiales en su busca, pero empeñado Ney á lo largo de las sinuosidades del rio, al través de sendas espantosas no era fácil dar con él y traerle. Para atacar una masa de 60.000 hombres lo menos, no tenia Saint-Cyr mas que las dos divisiones de Tharreau y Baraguay de Hilliers con la reserva de caballeria del general Sahuc, agregada á su cuerpo. La desmoralizacion del enemigo le tentaba á acometer la empresa, pero la desproporcion de las fuerzas le hacia dudar, cuando de pronto se oyeron los fuegos de Richepanse, quien teniendo órden de mantenerse en comunicacion con Saint-Cyr y de pasar al otro lado del Riess por el puente de Biberach, llegaba al mismo punto por un camino transversal, el de Reichenbach.

Teniendo ya Saint-Cyr á su disposicion la excelente division de Richepanse, con la cual podia llenar el vacio que habia dejado en su cuerpo la ausencia de Ney, no titubeó ya; pensando que si el destacamento que habia delante del desfiladero que precede á Biberach, era arrollado, la derrota de este cuerpo de 8 á 10,000 hombres, seria de mas gravedad que la de una simple vanguardia, y abatiria profundamente el espíritu del ejército. Asi, pues, sin tomarse ni aun tiempo de preparar sus tropas para un ataque, hizo marchar á paso redoblado los diez y ocho batallones y los veinte y cuatro escuadrones que estaban á sus órdenes, y los precipitó sobre los 10,000 austriacos que obstruian el paso del desfiladero. Arrollados por tan recio choque entraron revueltos en Biberach y en el valle del Riess. Fácil era hacer á casi todos prisioneros, pero no quiso Saint-Cyr, temiendo que empeñados sus soldados en perseguirlos le fuese luego imposible reunir sus divisiones para que concurriesen á la operacion principal. Se contentó, pues, con entrar en Biberach, establecerse allí y asegurar la conservacion de los almacenes. Despues de haber ocupado este punto, y de prepararse una retirada en caso necesario, pasó el Riess, en ocasion que Richepanse acababa de ponerse á su derecha por el camino de Reichenbach. Reforzado con esta nueva division, pasó Saint-Cyr el Riess por el puente de Biberach, y se adelantó personalmente para reconocer la posicion del enemigo. En aquel momento, los millares de hombres precipitados tan violentamente en el Riess, iban subiendo al través de las filas del ejército austriaco, que se abrian para dejarlos pasar, y en su aspecto se podia conocer con facilidad cuan turbado estaba aquel ejército. Saint-Cyr envió algunas guerrillas que se adelantaron para provocar al enemigo sin que saliesen otras contrarias á arrojarlas abajo, respondiendo solo con descargas generales, como hacen tropas asustadas que procuran serenarse con el ruido. Era Saint-Cyr sobre el campo de batalla uno de los tácticos mas hábiles que ha habido entre nosotros, y viendo el estado del ejército austriaco tomó al momento su partido. Mandó formar en dos columnas las divisiones de Tharreau y de Baraguay, y formó otra tercera con la de Richepanse, colocando la caballeria en escalones sobre las alas. En seguida movió todas las columnas á la vez, y principiaron á subir las cuestas de Mettenberg, con una serenidad sin igual. Los austriacos á la vista de aquellos soldados que trepaban con tanta calma por una posicion tan formidable, y desde la cual siendo ellos tres veces superiores en número, podian precipitarlos en los pantanos de Riess, se sobrecogieron de admiracion y de espanto. M. de Kray ordenó un movimiento retrógrado; sus soldados no le ejecutaron como él hubiera deseado, porque despues de un corto tiroteo cedieron el terreno de Mettenberg y concluyeron por huir en desórden, dejando en poder de las tropas de Saint-Cyr muchos miles de prisioneros y los inmensos almacenes, que sirvieron para alimentar largo tiempo al ejército francés. La noche impidió que se persiguiese al enemigo. En el interin llegó Moreau, y á pesar de su frialdad hácia Saint-Cyr, le dió al dia siguiente en presencia de Carnot, ministro de la guerra, un brillante testimonio de satisfaccion. Desembarazado en aquel momento Moreau de los malos amigos que le rodeaban, supo ser justo con un lugar-

teniente que habia vencido sin hallarse él presente y sin sus órdenes.

El ejército frances habia quedado completamente victorioso: los austriacos no eran ya capaces de detenerle, y en su consecuencia nada tenia que hacer sino seguir adelante. M. de Kray, habia enviado, no se sabe por qué, un destacamento para defender los almacenes de Memmingen. Memmingen se hallaba en el camino que seguia Lecourbe, y fue ocupado, destrozado el destacamento y tomados los almacenes. Era el 10 de Mayo (20 de Floreal). El 11 y el 12 se retiró definitivamente M. de Kray á Ulma, y Moreau siguió siempre una extensa linea, sobre poco mas ó menos perpendicular al Danubio. El 13 de Mayo se hallaba del otro lado del Iller, sin haber encontrado una séria resistencia en el paso de este rio. La derecha y la reserva estaban en Ungerhausen, Kellmüntz, Iller-Aicheim, é Illertissen. Saint-Cyr fue situado en la confluencia del Iller y del Danubio, sobre ámbas orillas del primero, ocupando el puente de Unterkirchberg, y dándose la mano con Sainte-Suzanne que se adelantaba por la orilla izquierda del Danubio. Desde la abadia de Wiblingen, donde se encontraba la division de Ney, y donde tenia Saint-Cyr su cuartel general, se podian ver distintamente las tropas austriacas en el vasto campo atrincherado de Ulma.

M. de Kray se retira á Ulma.

Todos los cuerpos destacados acababan de reunirse á sus respectivos ejércitos. El mariscal de Kray habia hecho que se le reuniese dias ántes M. de Kienmayer, y despues M. Sztarray. Moreau tenia tambien sus fuerzas completas con la llegada de Sainte-Suzanne. Los dos ejércitos habian tenido pérdidas; pero las de los austriacos eran mucho mas considerables que las nuestras, pues se las hacia subir á 50,000 hombres, entre prisioneros, heridos y muertos. La historia en este parte tiene que atenerse á conjeturas, porque los dias de batalla, los generales atenuan siempre sus pérdidas, y cuando necesitan reclamar socorros del gobierno, exageran constantemente el número de muertos, de heridos y de enfermos. Asi, pues, no se sabe nunca con exactitud el total de los soldados presentes en sus cuerpos. M. de Kray que habia entrado en campaña con 110,000 ó 115,000 hombres en el ejército activo, y 35 ó 40,000 en las guarniciones de las plazas, debia tener en la actualidad unos 80,000 hombres, pero extenuados de cansancio y completamente desmoralizados.

Estado de los dos ejércitos, despues de sus primeras operaciones.

Apreciábase la pérdida del ejército frances en 4,000 hombres muertos, 6 ó 7000 heridos, algunos enfermos, y varios prisioneros, en todo 12 ó 13,000 hombres actualmente fuera de servicio, de los cuales debian ingresar en el ejército de 4 á 5,000 hombres, cuando hubiesen tomado algun reposo. Este cálculo reducia por el momento á 90,000 hombres el ejército activo de Moreau; pero iba á verse obligado á desprenderse de una parte bastante considerable de sus fuerzas, conforme al convenio firmado con el general Berthier al principio de la campaña. Se habia estipulado en este convenio que una vez rechazado M. de Kray á ocho ó diez jornadas del lago de Constanza, se replegaria Lecourbe sobre los Alpes para reunirse al ejército de reserva. Los riesgos que corria Massena hacian necesaria y urgente la ejecucion de este empeño; y por lo tanto el motivo que separaba á Lecourbe de Moreau no era el detener á este enmedio de sus triunfos, sino el legítimo de salvar á Génova y á la Liguria. El ejército de reserva formado á costa de tantos esfuerzos solo tenia unos 40,000 hombres de tropas aguerridas; y preciso le era algun refuerzo para ponerle en disposicion de emprender la extraordinaria operacion que debia ejecutar al otro lado de los Alpes.

Deseoso el primer Cónsul de obrar cuanto antes por el lado de Italia, y queriendo á la vez atender á Moreau, y asegurar sin embargo la ejecucion de sus órdenes, eligió al mismo ministro de la guerra Carnot, para llevar al cuartel general del ejército del Rhin, la órden formal de destacar el cuerpo de Lecourbe hácia San Gotardo. Las cartas que acompañaban esta órden estaban llenas de cordialidad y de razones irresistibles. El primer Cónsul sabia muy bien que no le mandarian á Lecourbe con 25,000 hombres, pero se daba por satisfecho con tal que le remitiesen de 15 á 16,000.

Mision de Carnot cerca de Moreau.

Moreau, recibió á Carnot con bastante frialdad, pero ejecutó fielmente las órdenes que le llevaba el ministro. Carnot, como buen ciudadano, disipó las dudas que hubieran podido nacer en aquel ánimo débil y fácil de engañar, é hizo renacer en él la confianza hácia el primer Cónsul, que procuraban destruir perversos intrigantes.

Destacamento del ejército del Rhin enviado á los Alpes.

Algunos historiadores que han adulado á Moreau, pero que lo han adulado despues de 1815, han hecho subir á 25,000 hombres el destacamento sacado del ejército de Alemania. Contestando el mismo Moreau al primer Cónsul no lo valuaba mas que en 17,800, y aun este número era exagerado, pues solo atravesaron la Suiza para pasar el San Gotardo unos 15 á 16,000 soldados. Quedaron, pues, á Moreau unos 72,000 combatientes, que pronto se aumentaron hasta 75,000 con los que salieron de los hospitales (1); número mas que suficiente para batir á 80,000 austriacos. En efecto, no tenia mas M. de Kray, y estaban del todo abatidos é incapaces de sostener el menor encuentro formal con los franceses.

Para no aminorar su ejército á la vista del enemigo, Moreau le dejó la misma distribucion que tenia, tomando los 16,000 hombres que destinaba al primer Cónsul de todos los cuerpos que componian su ejército; disimulando de este modo, lo mejor que se pudo, la disminucion de fuerzas. Moreau quiso conservar á su lado á Lecourbe, que bien valia por algunos miles de hombres, y lo consiguió; nombrándose para el mando de aquellas tropas destacadas al valiente general Lorges. Despues de haberlas visto Carnot marchar para su destino, volvió inmediatamente á Paris.

Esta operacion se hizo durante los dias 11, 12 y 13 de Mayo (21, 22 y 23 de Floreal). El ejército francés quedó con la fuerza de 72,000 hombres sin contar las guarniciones de las plazas, la division de Helvecia, y los que debian salir de los hospitales. Por otra parte se hallaba con la misma fuerza efectiva que tenia antes de la llegada de Sainte-Suzanne, fuerza que le habia bastado para salir siempre victorioso.

M. de Kray se habia establecido en Ulma, donde hacia tiempo existia un campo atrincherado, destinado á servir de asilo á las tropas imperiales. De los dos sistemas de defensa de que hemos hablado, el de costear el pie de los Alpes, cubriéndose con todos los afluentes del Danubio, ó el de apoderarse de las dos márgenes de este rio, habia sido preferido el segundo por el consejo áulico, y M. de Kray lo siguió exactamente. El primero seria bueno en el caso de querer mantener en comunicacion permanente los dos ejércitos de Italia y de Alemania; pero presenta poca defensa en sus primeros escalones, porque el Iller, el Lech, el Isar, y el Inn, son solo obstáculos sucesivos de algun valor, siendo solo considerable el último, pero no invencible, porque no los hay de este género en la guerra. Pero un ejército que renunciando á las comunicaciones con Italia, se coloca en el mismo Danubio, teniendo á su disposicion todos los puentes, y destruyéndolos sucesivamente á medida que se retira, pudiendo pasar á una ú otra orilla mientras que el enemigo está en una sola, y siéndole posible, si este enemigo quiere dirigirse directamente sobre Viena, seguirle al abrigo del Danubio y arrojarse sobre su retarguardia haciéndole pagar bien caro el primer descuido que cometa, esta es la posicion que generalmente se juzga como la mejor para cubrir al Austria.

Posicion de M. de Kray en Ulma.

M. de Kray, pues, se habia situado en Ulma, donde se habian hecho grandes trabajos para recibirle. Sabido es que en este punto la orilla izquierda del Danubio formada por las primeras quebradas de las montañas de Suabia, domina la orilla derecha. Ulma se halla al pie de las alturas de aquella orilla, junto al mismo Danubio: se habia reparado su recinto, y construido una cabeza de puente en la orilla opuesta; y todas las alturas á espaldas de la ciudad, y especialmente el Michelsberg, estaban cubier-

(1) He establecido estos datos en vista de la misma correspondencia de Moreau, y debo decir que los cálculos de esta correspondencia estan exajerados en favor de aquel. Da á cada uno de sus batallones 650 hombres, y 700 á los del destacamento enviado á Italia. El cálculo no puede ser exacto, porque enviando á los batallones tal como estaban, si en su ejército tenian 650, no podian tener 700 los del cuerpo destacado.

tas de artillería. Si los franceses se presentaban por la orilla derecha, el ejército austriaco apoyando una de sus alas en Ulma y otra en el convento de Elchingen, cubierta por el rio, y barriendo con sus fuegos el terreno llano de la orilla derecha, era inatacable; y si por el contrario se presentaban por la orilla izquierda, el ejército austriaco ocupaba entonces una posicion igualmente segura. Para comprenderlo, se necesita saber que la posicion de Ulma se halla cubierta en la orilla izquierda por el rio Blau que desciende de las montañas de Suabia para precipitarse en el Danubio cerca de Ulma, formando una profunda quebrada. Asi, pues, si los franceses pasaban el Danubio mas arriba de Ulma para atacar por la orilla izquierda, el ejército austriaco cambiaba de posicion, y en lugar de hacer frente al curso del Danubio, le volvia la espalda y se cubria con la corriente del Blau. Teniendo su ala izquierda en Ulma, su centro en Michelsberg, y su ala derecha en Lahr y Jungingen, se necesitaba hacer varias marchas por la orilla izquierda para doblar esta nueva posicion, y abandonar entónces del todo la orilla derecha, lo que podia destruir todas las combinaciones de la campaña, porque quedaba en descubierto el camino de los Alpes. Tal fue el campamento donde los fatigados soldados de M. de Kray encontraron asilo por algun tiempo.

Proposicion hecha por Saint-Cyr de tomar á Ulma á viva fuerza, rechazada por Moreau.

Saint-Cyr estaba en el convento de Wiblingen, y desde sus ventanas veia distintamente sin necesidad de anteojo, la posicion de los austriacos. Lleno de confianza en la audacia de los franceses, ofrecia, y con él varios generales, apoderarse á viva fuerza del campo enemigo, respondiendo del buen éxito con su cabeza; y preciso es convenir, que si bien debia desconfiarse, por la conocida audacia de algunos de ellos, como Ney ó Richepanse, el táctico Saint-Cyr, sugeto de entendimiento frio, metódico y seguro, era digno de toda confianza. Pero Moreau, demasiado prudente para aventurar un ataque de aquella naturaleza, proporcionando á M. de Kray la ocasion de ganar una batalla en la defensiva; porque si bien es verdad que si Moreau vencia, arrojado el ejército austriaco en el Danubio, debia quedar medio destruido, y terminada la campaña; tambien lo es que si por desgracia quedaba vencido en el ataque, le era preciso retroceder, comprometiendo la campaña de Alemania, y mas que todo, haciendo casi imposible la campaña decisiva de Italia. Moreau no obraba en la guerra con osadia, pero si con seguridad: en su consecuencia, dejó hablar á los valientes que se comprometian á arrollar y destruir á los austriacos, y rehusó probar un ataque á viva fuerza. Quedaba, pues, la guerra de maniobras. El ejército frances, segun acabamos de decir, podia pasar á la orilla izquierda mas arriba de Ulma; pero para rodear esta posicion de los austriacos, se necesitaba empeñarse de tal modo en dicha orilla, que quedaba la Suiza descubierta, y comprometido el destacamento que se habia dirigido hácia los Alpes. Podia tambien, permaneciendo en la orilla derecha, descender por el Danubio, hasta mucho mas abajo de Ulma, pasarlo muy retirado de los austriacos, y desconcertar su posicion, cortándolos del Danubio inferior; pero al descender el rio se comprometia la retaguardia del ejército, dejándose asimismo descubierto el camino de la Suiza. Moreau renunció, pues, estos medios para desalojar á M. de Kray de sus posiciones; y aunque con la calidad de sus tropas podia aventurarse á todo, nadie podrá censurarle por tanta prudencia, y sobre todo por el escrúpulo que puso en seguir el plan que mejor cubria las operaciones del primer Cónsul, su gefe, pero tambien su émulo.

Entonces resolvió hacer una maniobra que era la verdadera, y consistia en dirijirse sobre Augsburgo, es decir, abandonar el curso del Danubio para atravesar sus afluentes, y hacer caer todas las líneas de defensa de los austriacos por una marcha directa hácia el corazon del imperio. Esta maniobra, seriamente ejecutada, habria atraido infaliblemente á M. de Kray del Danubio y de su campamento de Ulma para seguir al ejército frances. Esta operacion, aunque no dejaba descubiertos los Alpes, porque colocaba siempre á Moreau á su pie, era muy atrevida; pero no se podian adoptar términos medios: era preciso ó permanecer inmóvil delante de Ulma, ó dirigirse resueltamente sobre Augsburgo y Munich, porque una simple demostracion no era bastante á engañar á M.

de Kray, y si solo á comprometer los cuerpos que quedasen en observacion cerca de Ulma. Moreau cometió en esta ocasion una falta que debia tener grave consecuencias.

Movimiento de Moreau sobre Augsburgo.

En los dias 13, 14 y 15 de Mayo, pasó Moreau el Iller y dejando á Sainte-Suzanne solo en la orilla izquierda del Danubio, y á Saint-Cyr en la confluencia del Iller y del Danubio, condujo el cuerpo de reserva sobre el Guntz, por la parte de Babenhausen, á Lecourbe mas allá del Guntz junto á Erkheim, y á un cuerpo de flanqueadores á Kempten, camino del Tirol. En esta estraña posicion que se extendia veinte leguas, tocando á Ulma por un lado y amenazando por el otro á Augsburgo, no podia engañar á M. de Kray con el peligro de una marcha sobre Munich, y si inspirarle la tentacion de caer en masa sobre el cuerpo de Sainte-Suzanne que habia quedado solo á la izquierda del Danubio. Si M. de Kray hubiera cedido á esta idea empleando en ella todas sus fuerzas Sainte-Suzanne estaba perdido.

Peligro de Sainte-Suzanne al quedar solo en la izquierda del Danubio.

Las órdenes dadas á Saint-Cyr el 15 (25 de Floreal) se ejecutaban por la mañana del 16, en el momento en que Sainte-Suzanne se vió asaltado por una enorme masa de caballeria. Su division de la derecha, mandada por el general Legrand, estaba en Erbach y Papelau, á lo largo del Danubio; la de la izquierda á las órdenes de Souham ocupaba á Blaubeuren, sobre ambas orillas del Blau, y la reserva al mando del general Colaud, un poco detrás de las dos divisiones. Empezó el combate por una nube de caballeria que envolvia por todos lados á nuestras columnas; y mientras que nuestros soldados se veian cargados por numerosos escuadrones, las masas de infanteria que salian de Ulma y subian por el Danubio preparaban un ataque mas terrible aun. Dos columnas de infanteria y de caballeria se dirigieron, la una sobre Erbach, para atacar y envolver las dos brigadas de que se componia la division de Legrand, y la otra sobre Papelau para cortar dicha division de la de Souham. El general Legrand hizo con sus tropas un movimiento retrógrado, retirándose con lentitud al través del bosque, y desembocando despues sobre las mesetas de algunos montes entre Donaurieden y Ringingen. Las tropas ejecutaron este movimiento de retirada con el mayor aplomo, tardando muchas horas en ceder un terreno reducido, deteniéndose á cada instante, formándose en cuadros y desbaratando con un fuego terrible á la caballeria que les iba á los alcances. La division Souham acometida por ambos flancos se vió obligada á ejecutar un movimiento semejante, y concentrarse en Blaubeuren detrás del Blau, arrojando en la profunda quebrada que forma este rio á los austriacos que la ostigaban mas de cerca.

La division Legrand era la que se hallaba en mayor peligro, porque estaba cerca del Danubio, y por este motivo queria el enemigo destruirla con el fin de interceptar todos los socorros que podian llegar del otro lado del rio. Las dos brigadas, de que constaba, se defendian con el mayor valor, cuando, en un momento en que la infanteria se retiraba, y en que la artilleria ligera enganchaba para hacer lo mismo, la caballeria enemiga volvió á la carga precipitándose de pronto sobre aquella desgraciada division. Pero el valiente ayudante-general Levasseur, que habia perdido su caballo en una carga, tomó otro, corrió al alcance del 10.° regimiento de caballeria que se alejaba del campo de batalla, lo llevó sobre el enemigo, cargó los escuadrones austriacos, diez veces superiores en número, y detuvo su marcha; dando tiempo á la artilleria para salvar sus piezas, situarse á retaguardia, y proteger á su vez á la caballeria que la acababa de salvar.

Durante este tiempo habia llegado el general Sainte-Suzanne con una parte de la division Colaud al socorro de la division Legrand, y el general Decaen, con el resto, habia ido á socorrer la division Souham á Blaubeuren. Entonces se restableció el combate, pero á pesar de este refuerzo, podia concluir de una manera desastrosa, porque era de temer que el ejército austriaco se arrojase en masa sobre el cuerpo de Sainte-Suzanne. Por fortuna Saint-Cyr, que se hallaba al otro lado del Danubio, no dejando aquella vez atropellar á sus camaradas, de lo cual se le ha acusado muy á menudo, acudió á socorrerles á toda prisa. Al oir el cañoneo

sobre la orilla izquierda, habia enviado los ayudantes para traer á sus divisiones de las márgenes del Iller á las del Danubio, con órdenes de no perder un momento, de replegar al instante los puestos avanzados, y de que partiese inmediatamente el grueso de las tropas, sin esperarlos dejando, atras un cuerpo que los recogiese. En cuanto á él, colocado en el puente de Unterkirchberh, que se halla sobre el Iller, al momento que llegaba un cuerpo ya fuese de infantería, de caballería ó de artillería, le hacia marchar á carrera hácia el Danubio, prefiriendo este desórden del momento á la pérdida de tiempo. En seguida presentóse él mismo en la orilla del Danubio. Sospechando el enemigo que Sainte-Suzanne podia ser socorrido, habia roto todos los puentes que hay hasta llegar á Dischingen; y viendo á Saint-Cyr que procuraba encontrar un vado ó restablecer un puente, habia formado una parte de sus tropas á lo largo de la orilla izquierda, con el fin de hacer frente á las de Saint-Cyr que llegaban por la derecha, y haciéndo además un vivo fuego de artillería, al que Saint-Cyr se habia apresurado á contestar. Este combate á cañonazos emprendido de una orilla á otra inspiró algun temor, acerca de su retirada, á los austriacos que habian salido de Ulma, los hizo retroceder, dió lugar á que Sainte-Suzanne se desembarazase un poco, é infundió la mas viva alegria y un nuevo ardor en las filas de nuestros infelices soldados, que hacia doce horas sostenian un combate desesperado. Ellos pidieron á Sainte-Suzanne pasar adelante y habiéndoseles concedido, todas nuestras divisiones se movieron á la vez, é hicieron retroceder á los austriacos hasta ponerse al abrigo de los cañones de Ulma; pero al recorrer el campo de batalla, con la alegria de haberle reconquistado, le hallaron cubierto de nuestros muertos y heridos. Por lo demás, la pérdida de los austriacos no era inferior á la nuestra. Quince mil franceses habian combatido todo un dia contra 36,000 hombres, de los cuales 12,000 eran de caballería. M. de Kray se habia hallado, sin cesar, presente en el campo de batalla.

Sin el valor de las tropas y la energía y talentos de los generales, la falta que habia cometido Moreau hubiera causado la pérdida de nuestra ala izquierda. Moreau se presentó inmediatamente en aquella ala, y movido como por una idea súbita y puramente accidental, resolvió hacer pasar el ejército entero á la orilla izquierda del rio.

Moreau pasa á la orilla izquierda con todo su ejército.

El 17 (27 de Floreal) dejando á Sainte-Suzanne descansar en las posiciones de la víspera, envió al cuerpo de Saint-Cyr entre el Iller y el Danubio, condujo á la reserva, que estaba á sus órdenes, á Unterkirchberg, sobre el mismo Iller, y mandó á Lecourbe cayese entre el Guntz y Weissenhorn: el 18 hizo el ejército un segundo movimiento hácia su izquierda. Sainte-Suzanne fue enviado al otro lado del Blau; Saint-Cyr al otro lado del Danubio y la reserva á Gocklingen sobre el mismo Danubio, pronta á pasar el rio. El 19 fue mas pronunciada la maniobra: Sainte-Suzanne habia dado vuelta completamente á Ulma y tenia su cuartel general en Urspring; Saint-Cyr estaba sobre las dos orillas del Blau, con su cuartel general en Blaubeuren; la reserva habia pasado el Danubio entre Erbach y el Blau, y Lecourbe estaba pronto á atravesar este rio.

Irresoluciones de Moreau. Vuelve de nuevo á la orilla derecha.

Todo parecia anunciar un ataque á viva fuerza contra el campo atrincherado de Ulma. En esta nueva posicion, tenia M. de Kray su izquierda en Ulma, su centro sobre el Blau, su derecha en Elchingen, y daba la espalda al Danubio defendiendo el otro lado de la posicion de Ulma. Moreau, despues de haber hecho un detenido reconocimiento, engañó las esperanzas de sus lugar-tenientes, que creian ver en aquel movimiento sobre la izquierda un proyecto formal, y que por otra parte deseaban que se acometiese atrevidamente el campo de los austriacos, porque miraban el triunfo como infalible. Saint-Cyr insistió de nuevo, pero no fue escuchado; tomando Moreau el partido de volverse, no queriendo aventurar un ataque á viva fuerza á lo largo del Blau, ni dar vuelta á la posicion por su izquierda, temiendo dejar descubierta la Suiza. Mandó, pues, de nuevo á todo el ejército volver á la orilla derecha; y el 20 de Mayo y los dias siguientes, levantó el campo con gran descontento de los generales y

de los soldados que esperaban dar un asalto, y con gran asombro de los austriacos que lo temian.

Estos falsos movimientos reanimaron el campo austriaco aunque sin abatir al ejército frances, lo que era dificil por el sentimiento que tenia de su superioridad. Moreau podia haber intentado un movimiento, que hemos indicado mas arriba, y que ejecutado mas tarde le valió un hermoso triunfo. Consistia éste en bajar siguiendo la corriente del Danubio, amenazar á M. de Kray con atravesar el rio mas abajo de Ulma y obligarle á levantar el campo, haciéndole temer por su linea de comunicacion. Pero temiendo siempre Moreau dejar descubierto el camino de los Alpes, tuvo la idea de hacer una segunda tentativa sobre Augsburgo, para probar si esta vez se engañarian los austriacos, y se persuadirian que, dejando atras á Ulma, marchaba definitivamente sobre la Baviera, y quizas sobre el Austria. El 22 de Mayo (2 de Pradial) todo el ejército frances habia vuelto á pasar el Danubio; Lecourbe con el ala derecha amenazaba á Augsburgo por Landsberg, y Sainte-Suzanne con el ala izquierda se mantenia á alguna distancia del Danubio, entre Dellmensingen y Achstetten. El mismo dia 22, el principe Fernando á la cabeza de 12,000 hombres, la mitad al menos de caballeria, ya con el fin de detenernos cerca de Ulma, ó bien para reconocer nuestras intenciones, atacó á Sainte-Suzanne, pero fue vigorosamente rechazado, conduciéndose las tropas con el valor acostumbrado, y distinguiéndose el general Decaen. Los dias siguientes continuó Moreau su movimiento: el 27 de Mayo (7 de Pradial) Lecourbe se apoderó con tanto valor como inteligencia del puente de Landsberg sobre el Lesch, y entró el 28 en Augsburgo. M. de Kray no se amilanó por esta demostracion, y permaneció obstinadamente en Ulma; y esta, preciso es decirlo, fue la mejor de sus determinaciones, y la que hace mas honor á su firmeza y buen juicio.

Posicion definitiva de Moreau delante de Augsburgo, aguardando los acontecimientos de Italia.

Desde aquel instante se encerró Moreau en una inaccion calculada; rectificando y mejorando su posicion. En vez de formar una extensa linea, cuya extremidad tocase al Danubio, posicion que exponia nuestro cuerpo de la izquierda á sostener combates desiguales con todo el ejército austriaco, ejecutó un cambio de frente, y haciéndo cara al Danubio, se colocó paralelamente á este rio, pero á bastante distancia, apoyando su izquierda en el Iller, su derecha en el Guntz, ocupando su retaguardia á Augsburgo y observando un cuerpo de flanqueadores el Tyrol. De esta suerte presentaba el ejército francés una masa bastante sólida, para no temer un combate aislado contra una de sus alas, y no correr otra suerte que la que podia ofrecer una gran batalla, deseada por todos en nuestras filas, porque hubiera sido la pérdida definitiva del ejército imperial.

En esta posicion, que nadie puede censurar, tenia intencion Moreau de aguardar los resultados de la campaña que el primer Cónsul intentaba en aquellos momentos del otro lado de los Alpes. Sus lugar-tenientes le instaban con empeño á que saliese de su inaccion, y el se obstinaba en responderles, que seria una imprudencia hacer mas antes de recibir noticias de Italia; que si el general Bonaparte vencia en aquella parte del teatro de la guerra, se emprenderia entónces contra M. de Kray una maniobra decisiva; pero que si el ejército francés no era afortunado del otro lado de los Alpes, se hallarian embarazados con los mismos progresos que hubieran hecho en Baviera. La empresa del general Bonaparte, cuyo secreto era conocido de Moreau, tenia algo de extraordinario para un talento como el suyo; y no debe causar asombro que concibiese temores acerca del éxito que podia tener, y que no quisiese ir adelante sin conocer con certeza la suerte del ejército de reserva.

A consecuencia de estas resoluciones, tuvo Moreau vivos altercados con algunos de sus lugar-tenientes, especialmente con Saint-Cyr. Quejábase éste de la inaccion en que se les tenia, y sobre todo de la parcialidad que reinaba en las distribuciones hechas á los diversos cuerpos del ejército. Decia que al suyo le faltaba muy á menudo hasta el pan, mientras que el del general en gefe, que se hallaba á su lado, vivia en la abundancia; y no eran recursos los que faltaban despues de haber tomado los almacenes del enemigo, sino los medios de trasporte. Sobre este punto tuvo Saint-Cyr mas de una contestacion; y era conoci-

do que estaba de malas con el estado mayor que rodeaba á Moreau, siendo este el motivo principal de aquellas sensibles rencillas. El general Grenier acababa de llegar, y Saint-Cyr queria que Moreau diese á aquel general el mando de la reserva, para que se desprendiese de las preocupaciones y de la parcialidad, consecuencias inevitables de un mando particular. Por desgracia, Moreau se negó á ello; y entonces Saint-Cyr pretestando el mal estado de su salud, se retiró, privando al ejército del mas hábil de sus oficiales generales. Por lo demas Saint-Cyr habia nacido para mandar y no para obedecer. El general Sainte-Suzanne se retiró tambien á causa de las mismas desavenencias, y fue enviado al Rhin para organizar un cuerpo destinado á cubrir las retaguardias del ejército de Alemania, y á contener las fuerzas del baron de Albini. El general Grenier ocupó el puesto de Saint-Cyr, y Richepanse el de Sainte-Suzanne. Moreau, que tenia á sus soldados bien provistos de víveres, y en una fuerte posicion, tomó el partido de aguardar, y escribió al primer Cónsul las siguientes líneas que expresan perfectamente su situacion y sus intenciones:

«*Babenhausen 7 de Pradial del año VIII.* (27 *de Mayo de* 1800.)

«Ciudadano Cónsul: Aguardamos con »impaciencia la noticia de vuestros triun»fos. Por aquí M. de Kray y yo nos tan»teamos uno á otro; él, para permanecer »al rededor de Ulma, y yo para hacerle »que deje el puesto.....

«Hubiera sido peligroso, sobre todo »para vos, que yo hubiese llevado la guer»ra á la orilla izquierda del Danubio. Por »el contrario, nuestra actual posicion ha »obligado al príncipe de Reuss á situar»se en las desembocaduras del Tyrol, en »los nacimientos del Lech y del Iller: así, »pues, no debe daros cuidado.

«Os ruego me deis noticias vuestras, »y me mandeis decir lo que sea posi»ble hacer por vos.....

«Si M. de Kray me ataca, retrocede»ré hasta Memmingen; haré que se me »reuna el general Lecourbe y nos bati»remos. Si se dirige sobre Augsburgo, »lo haré yo igualmente; para ello tendrá »que abandonar á Ulma, y entonces ve»remos lo que se pueda hacer para cu»brirnos.

«Mas ventajas sacaríamos con guer»rear en la orilla izquierda del Danubio, »y hacer exacciones en Wurtemberg y »la Franconia; pero esto no os acomoda»ria, porque el enemigo podria destacar »algunos cuerpos á Italia, dejándonos »asolar varios principados del imperio.

«Contad con mi adhesion,

«*Firmado.*—MOREAU.»

Carácter de las operaciones que acababa de ejecutar Moreau.

Habian transcurrido un mes y dos dias, y si bien Moreau no habia obtenido esos resultados prontos y decisivos, que concluyen de un golpe toda una campaña, como lo hubiera conseguido pasando el Rhin por un solo punto hácia Schaffouse, arrojándose en masa sobre la izquierda de M. de Kray, y dando las batallas de Engen y de Mœsskirch con sus fuerzas reunidas; ó como lo hubiera logrado en Sigmaringen arrojando al ejército austriaco en el Danubio; apoderándose á viva fuerza del campo de Ulma, ú obligándole á levantarle por una decidida maniobra sobre Augsburgo; habia cumplido, sin embargo, la condicion esencial del plan de campaña, pasado el Rhin sin accidente en presencia del ejército austriaco, dádole dos grandes batallas, que aunque sin concentrar suficientemente sus fuerzas, las habia ganado por su firmeza y acierto en el campo de batalla; y en fin, á pesar de su irresolucion delante de Ulma, habia encerrado á los austriacos en esta plaza, y los tenia bloqueados, interceptándoles el camino de la Baviera y del Tyrol, y pudiendo aguardar en una buena posicion los acontecimientos de Italia. Si en todo ello no se descubre ese talento superior y decidido que constituye los grandes capitanes, se encuentra un juicio prudente y sosegado, que repara con su aplomo y firmeza las faltas de una inteligencia poco extensa y de un caracter sin resolucion; y por último se encuentra á un excelente general, de esos que muy á menudo deben desear las naciones, y como no habia otro en la Europa: porque fue dado á Francia en aquella época, á Francia que tenia ya al general Bonaparte, poseer tambien á Moreau, Kleber, Desaix, Massena, y Saint-Cyr; es decir, los mejores generales de segundo órden; debiendo añadir que ya habia producido á Dumouriez y Pichegrú! Tiempo de gloriosa memoria, que debe inspirarnos alguna

confianza en nosotros mismos, y probar á la Europa que toda nuestra gloria de este siglo no es debida á un solo hombre, y que no es producto de esa rara casualidad que engendra á genios como los de Aníbal, César ó Napoleon.

Lo que sobre todo se podía tachar á Moreau era su falta de vigor en el mando; el dejarse rodear y dominar por una pandilla militar; el permitir que naciesen desavenencias en torno suyo, privándose así de sus mejores oficiales, y el no saber corregir con la fuerza de su voluntad la viciosa organizacion de su ejército, que llevaba á sus lugar-tenientes á que se aislasen unos de otros, y se cometiesen actos de mala confraternidad militar. Moreau, como lo hemos dicho muchas veces, y como tendremos que repetirlo aun, pecaba por su carácter. ¡Que no tuviéramos delante de los ojos un velo que nos ocultase á nosotros mismos, y ocultase á todos la triste sucesion de los tiempos, permitiéndonos gozar cumplidamente las nobles y modestas hazañas de ese guerrero, cuyo corazon no habian alterado aun la envidia y el destierro!

Ahora debemos trasladarnos á un teatro diferente, para ser testigos de un espectáculo muy diferente tambien: la Providencia, tan fecunda en contrastes, va á mostrarnos otro talento, otro carácter, otra fortuna; y, para honra de nuestra nacion, soldados siempre los mismos, es decir, siempre inteligentes, subordinados é intrépidos.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

# LIBRO CUARTO.

## MARENGO.

*El primer Cónsul aguarda con impaciencia las noticias de Alemania.—Llegadas estas noticias anunciando triunfos, se decide á partir para Italia.—Miseria de la guarnicion de Génova llegada al extremo.—Constancia de Massena.—El primer Cónsul se apresura á ir á su socorro, ejecutando el proyecto de pasar los grandes Alpes.—Partida del primer Cónsul, su fingida aparicion en Dijon y su llegada á Martigni en el Valais.—Elige el monte de S. Bernado para pasar la gran cordillera.—Medios imaginados para transportar la artillería, las municiones, los víveres y todo el material.—Principia el paso.—Dificultades inauditas vencidas por el arrojo de las tropas.—Obstáculo imprevisto del fuerte de Bard.—Sorpresa y sentimiento del ejército á la vista de este fuerte, reputado desde luego como inexpugnable.—La infantería y la caballería dan un rodeo y evitan aquel obstáculo.—Arrastrada la artillería á brazos pasa bajo los fuegos del fuerte.—Es tomada Ivréa, y se despliega el ejército en las llanuras del Piamonte, antes que los austriacos hayan sospechado su existencia y su marcha.—Paso simultáneo del S. Gotardo por el destacamento formado de las tropas de Alemania.—Plan del general Bonaparte despues de haber bajado á Lombardía.—Se decide á ir á Milan para reunirse á las tropas llegadas de Alemania, y envolver en seguida á M. de Mélas.—Ilusiones de M. de Mélas destruidas de pronto.—Dolor de este anciano general.—Sus órdenes inciertas al principio y despues positivas de evacuar las márgenes del Var y los alrededores de Génova.—Apuros extremos de Massena.—La imposibilidad absoluta de alimentar á los soldados y al pueblo de Génova le obliga á rendirse.—Honrosa capitulacion.—Tomada Génova se concentran los austriacos en el Piamonte.—Importancia del camino de Alejandría á Plasencia.—Deseos vehementes de los dos ejércitos de ocupar á Plasencia.—Los franceses llegan primero.—Posicion de Stradella, elegida por el primer Cónsul para envolver á M. de Mélas.—Espera algunos dias en esta posicion.—Creyendo que se le han escapado los austriacos, va el primer Cónsul en su busca, y los encuentra de improviso en la llanura de Marengo.—Batalla de Marengo perdida y vuelta á ganar.—Feliz inspiracion de Desaix y su muerte.—Sentimiento del primer Cónsul.—Desesperacion de los austriacos, y convenio de Alejandría, por el cual entregan la Italia y todas sus plazas al ejército francés.—El primer Cónsul se detiene algunos dias en Milan para arreglar los negocios de Italia.—Cónclave en Venecia, y promocion de Pio VII al pontificado.—Vuelta del primer Cónsul á Paris.—Entusiasmo que excita su presencia.—Continuacion de las operaciones en el Danubio.—Paso de este rio por mas abajo de Ulma.—Victoria de Hochstedt.—Moreau conquista toda la Baviera hasta el Inn.—Armisticio en Alemania lo mismo que en Italia.—Principio de las negociaciones de paz.—Llegada á Paris de M. Julien enviado por el emperador de Alemania.—Fiesta del 14 de Julio en los Inválidos.*

El primer Cónsul aguarda noticias de Alemania antes de dejar a Paris.

Solo esperaba el primer Cónsul los triunfos del ejército del Rhin para bajar á las llanuras de Italia; porque no podia pedir á Moreau ántes de aquellos triunfos una parte de sus tropas, ni M. de Kray estaba tan separado de M. de Mélas que se pudiese emprender todo á espaldas de este. Esperábalos, pues, con la mayor impaciencia, resuelto á dejar á Paris y tomar el mando del ejército de reserva al momento que tuviese noticias ciertas y favorables de las operaciones de Moreau. En efecto, el tiempo apremiaba, pues Massena se hallaba reducido en Génova al último apuro, donde le dejamos luchando contra todas las fuerzas de los austriacos con un ejército estenuado de cansancio, y á pesar de su inmensa inferioridad, causaba diariamente al enemigo pérdidas considerables. Habiéndose permitido el general Ott el 10 de Mayo una baladro-

nada inoportuna anunciando á Massena que hacia salva por una victoria obtenida sobre el general Suchet, noticia absolutamente falsa, el ilustre defensor de Génova preparó una brillante respuesta á aquella bravata. Salió de Génova al frente de dos columnas: la de la izquierda mandada por el general Soult, subió por el Bisagno y dió vuelta al Monte-Ratti, y la otra, al mando de Miollis, atacó dicho monte de frente. Acometidos con vigor los austriacos fueron precipitados en los barrancos, y perdieron aquella importante posicion y 1500 hombres que quedaron prisioneros; volviendo Massena triunfante á la ciudad de Génova: al dia siguiente por la mañana escribió al general Ott, que hacia salva por la victoria que habia alcanzado la víspera: ¡venganza heróica y digna de aquel corazon grande!

Noble respuesta de Massena á una bravata del general Ott.

Pero este era el término de sus triunfos, porque extenuados los valientes que tenia á sus órdenes, apenas podian soportar el peso de sus armas. El 13 de Mayo (23 de Floreal), cediendo aquel hombre enérgico al dictámen de sus generales, consintió, casi á su pesar en una operacion cuyo resultado fue de los mas desgraciados: dicha operacion tenia por objeto apoderarse del Monte-Creto, importante posicion que hubiera sido muy ventajoso arrebatar á los austriacos, porque los hubiera arrojado entónces muy lejos de Génova; pero por desgracia habia pocas probabilidades de conseguirlo. Massena, que por cierto no desconfiaba de su ejército, porque cada dia le exigia y obtenia de él los mayores esfuerzos, no le creia, sin embargo, capaz de tomar una posicion que el enemigo defenderia con todas sus fuerzas; y, por lo tanto, preferia hacer una expedicion sobre Porto-Fino, á lo largo del mar, para apoderarse de un gran convoy de víveres que sabia se hallaba por aquel lado. Sin embargo, cedió contra su costumbre, y el 13 por la mañana se dirigió sobre el Monte-Creto: al principio fue el combate brillante; pero desgraciadamente una furiosa tormenta de algunas horas quebrantó las fuerzas de nuestras tropas. El enemigo habia reconcentrado sobre aquel punto cuerpos numerosos, y rechazó hácia los valles á nuestros soldados, muertos de hambre y de cansancio. Mirando entonces el general Soult como asunto de honor salir bien de una expedicion que habia aconsejado, reunió á su alrededor la 3.ª media brigada, la condujo valerosamente al enemigo, y quizas habria alcanzado el triunfo, si una bala no le hubiese roto una pierna, dejándole tendido en el campo de batalla. Sus soldados quisieron llevárselo, pero no tuvieron tiempo, y aquel general, que tan perfectamente habia ayudado á Massena durante todo el sitio, quedó en manos del enemigo.

Ataque desgraciado sobre el Monte-Creto.

Volvió el ejército á Génova muy contristado sin embargo de que llevaba consigo algunos prisioneros. Mientras combatia habia estallado en el interior de la ciudad un motin de mugeres. Impelidas estas desdichadas por la necesidad, recorrian las calles tocando unas campanillas y pidiendo pan. Fueron dispersadas, y desde entonces tuvo el general frances que atender casi exclusivamente al cuidado de alimentar á la poblacion de Génova, que le daba, por otra parte, pruebas de la mas noble adhesion. Sucesivamente se habia procurado, como hemos visto, primero granos para quince dias, y despues para otros quince. Por último, un barco que habia llegado de improviso á Génova, trajo granos para cinco dias, todo lo cual le habia proporcionado sustento para mas de un mes. Bloqueado desde el 5 de Abril, habian podido sostenerse con aquellos recursos hasta el 10 de Mayo, y viendo disminuir sus provisiones, habia reducido la racion que se daba diariamente al ejército y al pueblo; supliéndose por último por medio de una sopa hecha con yerba, y un poco de carne que aun quedaba en la ciudad. Los habitantes ricos aun encontraban con que alimentarse bien, comprando á peso de oro algunos víveres ocultos, que no habian podido descubrir las investigaciones de la policía para destinarlos al sustento de todos. De este modo solo tenia Massena que desvelarse por los pobres, que eran los que mas sentian el hambre; y en su provecho habia impuesto una contribucion á la clase opulenta, atrayéndolos tambien por este medio al partido de los franceses. Por lo demas, temiendo la mayoria de

Hambre en Génova. Motines de mugeres.

la poblacion á los austriacos y al régimen político que defendian, estaba decidida á ayudar con su resignacion á Massena, al que miraban con cierta admiracion y respeto, movidos por la energía de su carácter. Pero la parte oligárquica, sirviéndose de algunos infelices hambrientos, le suscitaba todos los estorbos imaginables. Para contenerlos, dispuso Massena que parte de sus batallones, con la mecha de sus cañones encendida estuviesen de reten en las principales plazas de la ciudad. Pero el pan con que aun se alimentaban, amasado con avena, habas y con todos los granos que pudieron procurarse, se iba á agotar y tambien iba á faltar la carne. Para el 20 de Mayo no debian quedar mas que materias que era casi imposible emplear como alimentos. Era, pues, urgente levantar el bloqueo de la plaza antes del 20 de Mayo, si no se queria que Massena cayese prisionero con todo su ejército, y que el baron de Mélas pudiendo disponer de 30,000 hombres mas, volviese al Piamonte para cerrar los desfiladeros de los Alpes.

Necesidad de levantar el bloqueo de Génova antes del 20 de Mayo.

El ayudante de campo Franceschi encargado de llevar noticias al gobierno, habiendo conseguido á fuerza de destreza y de audacia pasar al través de los austriacos y de los ingleses, habia hecho conocer al primer Cónsul el deplorable estado de la plaza de Génova. Así el primer Cónsul no descuidaba nada para poner al ejército de reserva en estado de atravesar los Alpes. Por esta causa habia mandado á Carnot á Alemania con órden expresa de los Cónsules, de que se pusiese en marcha el destacamento destinado á pasar el San Gotardo. El mismo, trabajando día y noche en correspondencia con Berthier, que estaba organizando las divisiones de infantería y de caballería; con Gassendi y Marmont que organizaban la artillería, y con Marescot, que hacia reconocimientos en toda la línea de los Alpes; apremiaba á todos con aquel ardor impetuoso de que se valiera para llevar á los franceses desde las riveras del Pó á las del Jordan, y desde las del Jordan á las del Danubio y del Boristenes. No debia salir de Paris hasta el último momento, pues no queria abandonar el gobierno político de Francia, ni dejar libre el puesto á los intrigantes y conspiradores, sino el menos tiempo posible. Entretanto las divisiones que habian partido de la Vendée, de la Bretaña, de Paris y de las márgenes del Ródano, atravesaban la vasta extension del territorio de la República, y las cabezas de sus columnas se presentaban ya en Suiza. En Dijon permanecian siempre los depósitos de los cuerpos, y además algunos conscriptos y voluntarios enviados á dicha ciudad para acreditar en Europa la opinion de que el ejército de Dijon era una pura fábula destinada únicamente á asustar á M. de Mélas. Hasta aquel momento todo salia á medida de su deseo, y la ilusion de los austriacos era completa. Los movimientos de las tropas hácia Suiza, pasaban desapercibidos, merced al esparcimiento de los cuerpos, y á la idea que todos abrigaban de que eran refuerzos enviados al ejército de Alemania.

El primer Cónsul acelera cuanto le es posible su entrada en campaña.

Dispuesto, en fin, ya todo, dió el primer Cónsul sus últimas disposiciones. Recibió un mensaje del Senado, del Tribunado y del Cuerpo Legislativo, en el que le expresaban los votos que hacia la nacion porque volviese pronto *vencedor y pacificador;* y contestó á él con una solemnidad calculada. Su respuesta debia contribuir, con los artículos del *Monitor,* á probar que su viage anunciado con tanto aparato, era, como el ejército de reserva, una ficcion, y nada mas. Encargó al Cónsul Cambaceres que presidiese en su lugar el Consejo de Estado, que componia entonces en cierto modo todo el gobierno; y el Cónsul Lebrun tuvo la mision de velar sobre la administracion de la Hacienda. A cada uno en particular le dijo:—Mantenecos firmes; si ocurriere alguna novedad, no os turbeis: yo volveré como el rayo á destruir á los atrevidos que osen poner la mano en el gobierno.—Encargó con especialidad á sus hermanos, que le eran adictos por un interes mas personal, que le tuviesen al corriente de todo, y le diesen la señal de regreso si su presencia era necesaria. Mientras que él publicaba su partida con ostentacion, los cónsules y los ministros debian, por el contrario, decir en confianza á los propagadores de noticias, que el primer Cónsul solo dejaba á Paris por unos dias, y únicamente para pasar revista á las tropas, pron-

tas á entrar en campaña.

Además, partia lleno de esperanza y de satisfaccion. Su ejército contenia muchos conscriptos, pero tambien se componia en su mayor parte de soldados aguerridos, acostumbrados á vencer, y conducidos por oficiales formados en su escuela; además tenia una confianza absoluta en la profunda concepcion de su plan. Segun los mas recientes informes, M. de Mélas se obstinaba en internarse en la Liguria, con la mitad de sus fuerzas sobre Génova y la otra mitad sobre el Var. No dudando pues, el primer Consul en vista de aquellas noticias del buen éxito de su empresa, veia ya en su ardiente imaginacion, el punto mismo en que encontraria y destruiria el ejército austriaco. Un dia antes de partir, reclinado sobre sus mapas, y haciendo señales de diferentes colores para figurar la posicion de los cuerpos franceses y austriacos, dijo delante de su secretario, que lo escuchaba con sorpresa y curiosidad: «Ese pobre M. de Mélas pasará por Turin, »y se replegará hácia Alejandria..... Yo »pasaré el Pô, le alcanzaré sobre el ca»mino de Plasencia en las llanuras de la »Scrivia; y le batiré aquí, aquí....." al decir estas palabras puso una de sus señales en San Giuliano. Pronto se apreciará cuan extraordinaria era aquella especie de vision acerca del porvenir.

Partida del primer Cónsul el 6 de Mayo.

El dia 6 de Mayo antes de amanecer salió de Paris llevando consigo á su ayudante de campo Duroc, y á su secretario M. de Bourrienne. Llegado á Dijon pasó revista á los depósitos y á los conscriptos que allí se habian reunido, pero sin tener material ni ninguno de los accesorios precisos para un ejército pronto á entrar en campaña. Despues de esta revista que aun debia persuadir mas á los espias de que el ejército de reserva no era mas que una pura invencion, se dirigió á Ginebra y de Ginebra á Lausana, donde ya todo era serio, y donde todo lo que se hacia debia empezar á desengañar á los incrédulos, pero demasiado tarde para que pudiesen mandar á Viena avisos que fuesen ya útiles.

El primer Cónsul llega á Ginebra y despues á Lausana.

El 13 de Mayo pasó el general Bonaparte revista á una parte de sus tropas, y entró en conferencia con los oficiales que habian sido llamados para que le noticiasen lo que habian hecho, y recibir sus últimas órdenes. Al que mas deseaba oir era al general Marescot, encargado del reconocimiento de los Alpes. Puestos en parangon todos los pasos, este oficial de ingenieros se decidia por el de San Bernardo, pero creia la operacion muy difícil.--Difícil, respondió el primer Cónsul, pero ¿es posible? --Ya lo creo, replicó el general Marescot, pero se necesitan hacer esfuerzos extraordinarios.--Pues bien, partamos, fue la sola respuesta del primer Cónsul.

Conferencia del primer Cónsul con el general Marescot.

Este es el momento de dar á conocer los motivos que le decidieron á elegir el San Bernardo. El monte de San Gotardo estaba destinado á las tropas que venian de Alemania, y cuyo mando se habia conferido al general Moncey. Este paso se encontraba en su camino y podia á lo mas proporcionar sustento á 15,000 hombres; porque los valles de la Suiza estaban enteramente arruinados por la estancia de los ejércitos beligerantes. Quedaban los pasos del Simplon, del Grande San Bernardo y del monte Cenis, que no estaban como en la actualidad atravesados por grandes caminos. Se necesitaba, pues, desmontar los carruages al pie de las gargantas de dichos montes y transportarlos en trineos al otro lado de ellos; ofreciendo los expresados parages casi las mismas dificultades unos que otros. Sin embargo, el monte Cenis, frecuentado mas á menudo, era mas transitable que los otros, y á causa de esto presentaba acaso menos obstáculos materiales; pero desembocaba cerca de Turin, es decir, en medio de los austriacos, demasiado cerca de ellos, y no era tan apropósito para el proyecto de envolverlos. Por el contrario, el Simplon, el mas lejano de los tres con respecto al punto de partida, ofrecia inconvenientes opuestos. Es cierto que desembocaba en los alrededores de Milan en un hermoso pais, bastante léjos de los austriacos, y justamente á su retaguardia, pero presentaba una gran dificultad, y era la de las distancias. En efecto para llegar allí se necesitaba subir con el material del ejército á todo lo largo del Valais, lo que hubiera exigido medios

Razones de preferir el San Bernardo para pasar los Alpes.

de transporte que no teniamos á nuestra disposicion. En medio de los valles áridos y cubiertos de nieve que se iban á atravesar, se necesitaba llevarlo todo; y por cierto que no era una cosa indiferente tener veinte leguas mas que recorrer. Por el contrario, en el caso de pasar el San Bernardo, no habia que andar mas que desde Villeneuve á Martigny, es decir desde la extremidad del lago de Ginebra, punto donde cesa el medio de la navegacion, hasta el pie de la garganta del monte. Era, pues, una corta distancia la que habia que atravesar. El San Bernardo desemboca en seguida en el valle de Aosta junto á Ivréa, entre los dos caminos de Turin y de Milan, y en una excelente direccion para envolver á los austriacos; y por esta causa y tambien por la brevedad de la travesia fue preferido, á pesar de ser el paso mas difícil y acaso el mas peligroso.

El primer Cónsul se decidió, pues, á conducir la masa principal de sus fuerzas por el mismo San Bernardo. Llevaba consigo unos 40,000 hombres, lo mejor del ejército de reserva, 35,000 de infanteria y de artilleria y 5000 de caballeria. Entretanto, queriendo dividir la atencion de los austriacos, imaginó que bajasen por otros pasos algunos destacamentos, que no habian podido reunirse al grueso del ejército. No lejos del Gran San Bernardo se encuentra el pequeño San Bernardo, el cual desde las alturas de Saboya desemboca tambien en el valle de Aosta. El primer Cónsul dirigió hácia aquel paso al general Chabran con la 70 media brigada y algunos batallones de Oriente, completados con conscriptos, que componian una division de 5 á 6,000 hombres la cual debia reunirse junto á Ivréa con la columna principal. En fin, el general Thurreau, que con 4,000 hombres de tropas de la Liguria defendia el monte Cenis, tenia órden de presentarse en este paso, y hacer lo posible por penetrar hasta Turin. De este modo el ejército frances debia bajar de los Alpes por cuatro parages á la vez, el San Gotardo, el grande y el pequeño San Bernardo y el monte Cenis. La masa principal, fuerte de 40,000 hombres, obrando en el centro de este semicírculo tenia la certidumbre de unirse á los 15,000 hombres llegados de Alemania, á las tropas del general Chabran y quizas á las del general Thurreau; lo que debia componer una fuerza total de unos 65,000 soldados, y turbar el animo del enemigo, que á la presencia de todos estos cuerpos no sabria hácia que punto oponer su resistencia.

Demostraciones accesorias por varias desembocaduras de los Alpes.

Hecha la eleccion de los puntos por donde se habia de verificar el paso, era preciso ocuparse de la operacion misma, que consistia en trasladar á 60,000 hombres con todo su material al otro lado de los Alpes, sin caminos abiertos, á traves de peñascos y de hielos, y en la época mas temible del año, la del deshielo de las nieves. Es una cosa bastante molesta de suyo para un ejército, el llevar consigo un parque de artilleria, porque cada pieza exige muchos carros para su servicio, y para 60 bocas de fuego eran menester unos 300; pero en aquellos altos valles, estériles los unos por un invierno eterno, y apenas suficientes los otros para alimentar á sus pocos habitantes, no podia encontrarse ningun medio de subsistencia; siendo por lo tanto necesario llevar el pan para los hombres y hasta el forrage para los caballos. La dificultad era, pues, inmensa. Desde Ginebra hasta Villeneuve todo era fácil, merced al lago de Leman y á una navegacion de diez y ocho leguas, tan cómoda como rápida; pero de Villeneuve, punto extremo del lago, hasta Ivréa, por cuya desembocadura se entra en la rica llanura del Piamonte, habia que recorrer cuarenta y cinco leguas, diez de ellas por las peñas y los ventisqueros de la gran cordillera. El camino de Villeneuve á Martigny y de Martigny á San Pedro era bueno para los carruages, pero desde allí se necesitaba ya empezar á trepar por senderos cubiertos de hielo, de dos á tres pies de anchura, al lado de precipicios, y expuestos cuando se iba sintiendo el calor del dia al choque de horrorosas moles de nieve. Por estos senderos habia que caminar cerca de diez leguas para llegar del otro lado del San Bernardo á la aldea de Saint-Remy, en el valle de Aosta; en el cual se encontraba un camino por donde podian transitar los carruages, que se dirijia por Aosta, Chatillon, Bardé, é Ivréa á la llanura del Pia-

Naturaleza del camino que habia que recorrer.

monte. De todos estos puntos solo se habia señalado uno que pudiese ofrecer algunas dificultades; y era el de Bard, donde existia, segun decian, un fuerte, del que habian hablado algunos oficiales italianos, pero que al parecer no debia presentar un obstáculo demasiado serio. Habia, pues, que atravesar llevándolo todo consigo, como acabamos de decir, cuarenta y cinco leguas desde el lago de Ginebra á las llanuras del Piamonte; y por diez leguas de las cuarenta y cinco no podian transitar los carruages.

Medios empleados para el transporte del material.

He aqui las disposiciones imaginadas por el primer Cónsul para el transporte del material, y ejecutadas por los generales Marescot, Marmont y Gassendi. Desde Ginebra á Villaneuve se habian hecho inmensas provisiones de granos, galleta y avena; y sabiendo el general Bonaparte que con dinero se podria procurar fácilmente el auxilio de los robustos montañeses de los Alpes, habia enviado á determinados puntos fondos considerables en metálico. Se habian, pues, reunido allí, pero solo en los últimos dias y por subido precio, todos los carros del pais, todas las caballerias y todos los aldeanos; y por este medio se habia conseguido transportar desde Villaneuve á Martigny, y desde Martigny hasta San Pedro, al pie de la garganta del monte, pan, galleta, forrage, vino aguardiente, y bastante cantidad de reses vivas; como asi mismo la artilleria con sus cajas de municiones. Una compañia de obreros situada al pie de las gargantas, en San Pedro, tenia encargo de desmontar las piezas, y de dividir las cureñas en fragmentos numerados, con el fin de poderlas transportar sobre cavalgaduras; y los cañones separados de sus cureñas debian ir en trineos con rodajas preparados en Auxonne. Para las municiones de infantería y de artilleria se habian preparado multitud de pequeñas cajas, fáciles de colocar sobre las caballerias, y que debian ser transportadas como todo lo demas, por medio de las acémilas del pais. Una segunda compañia de obreros, provista de fraguas de campaña debia atravesar la montaña con la primera division, y establecerse en la aldea de Saint-Remy, donde empezaba el camino transitable, para montar de nuevo los trenes de la artilleria, y colocar las piezas en sus cureñas. Tal era la enorme tarea que era preciso hacer. Se habia agregado al ejército una compañia de pontoneros, desprovistos del material necesario para echar los puentes, pero destinados á servirse del que no dejaria de conquistarse en Italia.

El primer Cónsul habia pensado ademas valerse de los socorros de los religiosos establecidos en el hospicio del grañ San Bernardo. Todo el mundo sabe que algunos piadosos cenobitas, establecidos allí desde muchos siglos, viven en aquellas horrorosas soledades, masarriba de los lugares habitados, para socorrer á los viageros á quienes sorprende el mal tiempo, y sepulta á veces bajo las nieves. El primer Cónsul les habia enviado, á última hora, una suma de dinero, con el fin de que pudiesen reunir gran cantidad de pan, de queso y vino. Se habia preparado un hospital en San Pedro, y otro en Saint-Remy á espaldas de los montes, y de estos debian trasladarse los heridos y los enfermos, si los hubiese, á otros hospitales mas estensos, establecidos en Martigny y en Villeneuve.

Revista del ejército al pie de los montes.

Terminados todos estos preparativos empezaron las tropas á aparecer. Situado en Lausana el general Bonaparte las inspeccionaba detenidamente, las hablaba, las animaba con el fuego de que estaba lleno, y las preparaba á la inmortal empresa, que habia de ocupar en la historia un lugar al lado de la gran expedicion de Annibal. Habia cuidado de ordenar dos inspecciones, la primera en Lausana, y la segunda en Villeneuve. Allí se pasaba revista á cada infante y á cada soldado de caballeria; y por medio de almacenes improvisados en cada uno de los dos puntos, se les suministraban zapatos, vestuarios, y armas que les faltaban. Esta precaucion era buena, porque á pesar de todos los trabajos que se habia tomado, veia á veces el primer Cónsul llegar soldados veteranos, cuyo uniforme se hallaba en mal estado, y las armas inútiles para el servicio. Al verlos se lamentaba vivamente, y hacia reparar estas omisiones, causadas por la precipitacion ó la negligencia de los agentes, é inevitables siempre hasta cierto punto. Habia llevado la prevision hasta el grado de colocar al pie de la garganta de los montes talleres de

guarnicioneros para reparar los arneses de la artillería. Sobre este asunto tan vulgar en la apariencia, habia escrito él mismo varias cartas; y citamos esta circunstancia para instruccion de los generales y de los gobiernos á quienes está confiada la vida de los hombres, y que comunmente tienen la pereza ó el orgullo de descuidar semejantes menudencias. En efecto, nada de cuanto puede contribuir al buen éxito de las operaciones, y á la seguridad de los soldados, es indigno del talento ó la categoría de los gefes que los mandan.

Para evitar embarazos estaban las divisiones escalonadas desde el Jura hasta el pie del San Bernardo; y el primer Cónsul se hallaba en Martigny, en un convento de Bernardos. Desde allí lo mandaba todo, y sostenia una activa correspondencia con Paris, y con los otros ejércitos de la República. Tenia noticias de la Liguria, que le manifestaban que M. de Mélas, siempre bajo el dominio de las mayores ilusiones, ponia todo su conato en apoderarse de Génova, y en forzar el puente del Var. Asegurado, pues, sobre este asunto importante, dió la órden para empezar el paso. Por lo que hace á él, continuó del lado acá del San Bernardo para comunicarse todo el mas tiempo que le fuese posible con el gobierno, y para despacharlo todo por sí mismo al otro lado de los montes. Berthier, por el contrario, debia trasladarse al otro lado del San Bernardo para recibir las divisiones y el material que el primer Cónsul iba á enviarle.

Orden de empezar el paso.

Lannes pasó el primero á la cabeza de la vanguardia en la noche del 14 al 15 de Mayo (24 y 25 de Floreal). Mandaba seis regimientos de tropas escogidas, perfectamente armadas, y que á las órdenes de este gefe fogoso y á veces insubordinado, pero siempre hábil y valiente, iba á acometer con alegría aquella marcha aventurada. Pusiéronse en camino desde la media noche á las dos de la madrugada, para adelantarse al instante en que derritiéndose las nieves al calor del sol, precipitaban montañas de hielo sobre la cabeza de los temerarios pasageros que se internaban en aquellas horrorosas angosturas. Para llegar á la cima donde se halla el hospicio de San Bernardo se necesitaban ocho horas, y dos solamente para bajar á Saint-Remy; y por lo tanto tenian suficiente tiempo para pasar ántes del momento del mayor peligro. Los soldados vencieron con ardor las dificultades de aquella travesía, aunque llevaban mucho peso, porque se les habia obligado á tomar galletas para muchos dias, y una gran cantidad de cartuchos. Trepaban por aquellos escarpados senderos, cantando en medio de los precipicios, soñando con la conquista de aquella Italia, donde habian gustado tantas veces de los placeres de la victoria, y abrigando el noble presentimiento de la gloria inmortal que iban á adquirir. Para los soldados de infantería era menos grande el trabajo que para los de caballería, por que estos tenian que andar á pie llevando de la brida á sus caballos. Ningun peligro presentaba esto á la subida, pero no sucedia asi á la bajada, porque siendo muy estrecho el sendero, tenian que ir delante del caballo, expuestos, si el animal daba un paso en falso, á ser arrastrados con él á los precipicios. En efecto, sucedieron algunas desgracias de este género, pero en corto número; muriendo algunos caballos, pero casi ningun soldado de caballería. Por la mañana llegaron al hospicio, reanimándose allí las fuerzas y el buen humor de aquellos valientes soldados, á vista de la sorpresa que se les tenia preparada por órden del primer Consul. Provistos de antemano los religiosos de las provisiones necesarias, tenian dispuestas mesas, y sirvieron á cada soldado una racion de pan, de vino y de queso. Despues de algun descanso se pusieron de nuevo en camino, y bajaron á Saint-Remy, sin que tuviera lugar ningun desagradable acontecimiento. Lannes se estableció inmediatamente al otro lado de la montaña, y tomó todas las medidas necesarias para recibir á las demas divisiones, y particularmente al material.

El general Lannes abre la marcha á la cabeza de la vanguardia.

Lannes llega sin contratiempo al otro lado de los montes.

Cada dia debia pasar una de las divisiones del ejército, debiendo, en su consecuencia, durar la operacion muchos dias, sobre todo á causa del material que era menester pasase con las divisiones. Se puso mano á la obra mientras que las tropas se sucedian en el paso; empezándose por transportar los víveres

Paso de otras divisiones y del material.

y las municiones. Como esta parte del material podia dividirse en pequeños cajones, conducidos sobre el lomo de las caballerias, no ofrecia las dificultades que para lo demas, que consistia solo en la insuficiencia de los medios de transporte, pues á pesar de haberse prodigado el dinero á manos llenas, no se encontraban tantas caballerias como se necesitaban para el enorme peso que habia que conducir al otro lado del San Bernardo. Sin embargo, habiéndose logrado pasar los víveres y las municiones en seguida de las divisiones del ejército, y con la ayuda de los soldados, se trató, en fin, de la artilleria. Ya hemos dicho que las cureñas y cajas de municiones habian sido desmontadas y colocadas sobre caballerias, pero quedaban los cañones, cuyo peso no podia reducirse dividiendo la carga. Respecto á las piezas de á doce y á los obuses, la dificultad fue mayor que se habia imaginado: pues ni aun pudieron servir los trineos que se habian construido en los arsenales. Imaginóse un medio que fue adoptado al momento y que tuvo buen éxito; cual fue el dividir por la mitad troncos de abeto, ahuecarlos y cubrir con dos de ellos una pieza de artilleria, para llevarlas asi arrastrando á lo largo de las quebradas; y gracias á estas precauciones ningun choque podia perjudicarlas. Caballerias enganchadas á tan extraña carga sirvieron para subir algunas piezas hasta la cima; pero la bajada era mas difícil, porque solo podia verificarse á fuerza de brazos, y corriendo infinitos peligros, pues se necesitaba retener la pieza á fin de impedirla que rodase á los principios. Por desgracia empezaban á faltar las caballerias, y sobre todo quien las guiase, porque era menester un gran número de hombres, y estaban todos rendidos de cansancio. Se trató de recurrir á otros medios ofreciendo á los paisanos de los alrededores hasta mil francos por cada pieza de cañon que arrastrasen desde San Pedro á Saint-Remy. Para transportar cada una se necesitaban cien hombres, y un dia para la subida, y otro para la bajada. Algunos centenares de paisanos se presentaron y transportaron varias piezas, guiados por los artilleros. Pero ni aun el mismo atractivo de la ganancia pudo decidirlos á que renovasen sus esfuerzos. Todos ellos desaparecieron, y fue preciso renunciar á sus servicios, á pesar de haber enviado oficiales en su busca y prodigado el dinero. Entonces se pidió á los soldados de las divisiones que arrastrasen por sí mismos su artilleria, y sin embargo de que todo se podia obtener de soldados tan decidos, para animarlos se les prometió el dinero que no querian ya ganar los cansados paisanos; pero lo rehusaron diciendo, que era un deber y un honor para la tropa el salvar sus cañones; y no dejar las piezas abandonadas. Arrastrábanlas compañias de cien hombres, que salian sucesivamente de sus filas para tirar de ellas á su vez; y para animarlos en los pasos dificiles, á vencer aquellos obstáculos de tan nueva especie, la música tocaba tonadas vivas y alegres. Cuando llegaban á la cumbre del monte encontraban el refrigerio preparado por los religiosos de San Bernardo, y tomaban al mismo tiempo algun descanso, para poder hacer á la bajada mayores y mas peligrosos esfuerzos. Asi se vió á las divisiones de Chambarlhac y de Monnier arrastrar por si mismas su artilleria; y no permitiendo lo adelantado de la hora bajar en el mismo dia, prefirieron pasar la noche sobre la nieve, mas bien que separarse de sus cañones. Por fortuna, el cielo estaba sereno, y no tuvieron que arrostrar además de las dificultades del terreno, los rigores del tiempo.

Durante los dias 16, 17, 18, 19 y 20 de Mayo continuaron pasando las divisiones con sus víveres, municiones y artilleria. El primer Cónsul situado siempre en Martigny aceleraba la expedicion del material, y Berthier le recibia al otro lado del San Bernardo, haciendo que en seguida le reparasen los obreros. El primer Cónsul, cuya prevision era inmensa, pensó al momento que Lannes que tenia ya reunida su division, y algunas piezas de á cuatro, se adelantase hasta la desembocadura de la montaña para apoderarse de aquel punto. En su consecuencia le mandó cayese sobre Ivréa y la tomase con el fin de asegurar asi la entrada en la llanura del Piamonte.

Lannes se dirige á Ivréa y encuentra un obstáculo imprevisto.

Lannes marchó el 16 y el 17 de Mayo sobre Aosta, donde se hallaban algunos croatos que fueron arrojados al fondo

del Valle; encaminándose en seguida hácia la villa de Chatillon á la que llegó el 18, arrollando á un batallon enemigo que se hallaba en ella y haciéndole bastantes prisioneros. En seguida se internó Lannes en el valle, que se ensanchaba visiblemente á medida que descendian, y presentaba á la vista de nuestros soldados habitaciones, árboles y campos cultivados, precursores de la fertilidad de Italia. Aquellos valientes soldados marchaban llenos de alegria, cuando estrechándose el valle de nuevo les presentó una garganta angosta, y cerrada por un fuerte erizado de cañones. Era este el fuerte de Bard señalado ya como un obstáculo por varios oficiales italianos, pero como un obstáculo que se podia vencer. Los oficiales de ingenieros afectos á la vanguardia se adelantaron, y despues de un breve reconocimiento declararon que el fuerte obstruia completamente el camino del valle y que no se podia pasar sin forzar aquella barrera, que á primera vista perecia inexpugnable. Esta noticia circuló por la division y causó una dolorosa sorpresa. Hé aquí cual era la naturaleza de aquel obstáculo imprevisto.

El fuerte de Bard detiene al ejército.

Recorre el valle de Aosta un rio que recibe todas las aguas del San Bernardo, y que con el nombre de Dora-Baltea va á verterlas en el Pó. Al aproximarse á Bard se angosta el valle; el camino que pasa entre la falda de los montes y el cauce del rio se presenta sucesivamente mas estrecho, y por último, un peñasco que parece caido de las alturas cercanas, le cierra casi enteramente, siguiendo entonces el rio su curso por un lado del peñasco, y pasando el camino por el otro. Este camino con casas á los lados compone toda la aldea de Bard. Sobre la cima del peñasco, un fuerte inexpugnable por su posicion, aunque mal construido, abraza con sus fuegos por la derecha el curso del Dora-Baltea, y por la izquierda la prolongada calle que forma la aldea de Bard, y cuya entrada y salida se hallaban cerradas por puentes levadizos. Una guarnicion poco numerosa, pero bien mandada, ocupaba el fuerte.

Descripcion del Valle y del fuerte de Bard.

Lannes que no era hombre que se detenia por nada hizo adelantar algunas compañias de granaderos, que echaron abajo los puentes levadizos y entraron en Bard á pesar del vivo fuego que se las hacia; pues el comandante del fuerte hizo vomitar sobre aquella desdichada aldea una multitud de balas y de bombas; pero al fin se contuvo por miramiento hácia sus habitantes. La division de Lannes se estacionó en las afueras. Siendo evidente que bajo los fuegos del fuerte, que dominaban el camino en todas direcciones, no se podia pasar el material de un ejército; Lannes lo puso al instante en conocimiento de Berthier, quien apresurándose á llegar, reconoció con sorpresa cuan dificil era vencer aquel obstáculo que se presentaba de repente. Fue consultado el general Marescot, y examinando el fuerte le declaró casi inexpugnable no á causa de su construccion, que era bastante mediana, sino por su posicion aislada enteramente. Lo escarpado del peñasco no permitia el asalto; y en cuanto á sus muros aunque no estaban terraplenados no podian ser batidos en brecha, porque no habia medio de establecer una bateria á su alcance. No obstante era posible subir á fuerza de brazos á las alturas circunvecinas algunas piezas de poco calibre. Berthier dió, en su consecuencia, las órdenes oportunas; y los soldados que estaban hechos á llevar á cabo las empresas mas dificiles, trabajaron en subir dos piezas de á cuatro, y aun dos de á ocho, lográndolo en efecto, y colocándolas sobre la montaña de Albaredo que domina el peñasco y el fuerte de Bard. En seguida rompieron un fuego oblicuo, que aunque causó alguna sorpresa á la guarnicion no la desanimó, antes bien contestó al fuego, desmontando una de nuestras piezas que era de pequeño calibre.

Marescot declaró que no habia esperanza de tomar el fuerte, y que se necesitaba pensar en otro medio para vencer aquel obstáculo. Se hicieron varios reconocimientos por la izquierda á lo largo de las sinuosidades de la montaña de Alvaredo, y se halló al fin un sendero, que á traves de muchos peligros, mayores aun que los que habia presentado el San Bernardo, iba á juntarse con la carretera del valle en San Donaz, mas abajo del fuerte. Aunque este sendero atravesaba una montaña de segundo órden, era cuando menos tan dificil de pa-

sar que el San Bernardo pues no le frecuentaban mas que pastores y rebaños. Si se necesitaba intentar una segunda operacion como la que se acababa de hacer, y pasar aquel nuevo desfiladero desmontando y volviendo á montar otra vez la artillería, y arrastrándola con trabajos semejantes á los ya verificados, podian no ser bastante para ello los brazos del ejército, y al mismo tiempo podia quedar inservible aquel material de removerlo tanto. Asustado Berthier, dió al momento contraórden á las columnas que llegaban sucesivamente; é hizo suspender por todas partes la marcha de los soldados y del material para que no se empeñase mas adentro el ejército, si habia de concluir por retroceder. En un instante se extendió la alarma por la retaguardia, y todos se creyeron detenidos en aquella gloriosa empresa. Berthier envió muchos expresos al primer Cónsul para advertirle de tan inesperado contratiempo.

Aviso dado al primer Cónsul de la existencia del fuerte de Bard.

No se habia éste aun movido de Martigny, porque no queria atravesar el San Bernardo, antes de ver con sus propios ojos la expedicion de las últimas partes del material. Al anunciarle la existencia de un obstáculo, juzgado insuperable, sintió al pronto cierto disgusto; pero reponiéndose al momento rechazó obstinadamente la suposicion de un movimiento retrógrado. Nada en el mundo podia reducirle á tal extremo. Pensaba que si no habia podido detenerle una de las mas altas montañas del globo, menos podria vencer su ánimo y su genio un peñasco secundario. El fuerte, se decia, se tomará con audacia, y sinó se hará un rodeo para evitarle. Por otra parte con tal que pudiesen pasar la infantería y la caballería y algunas piezas de á cuatro, se dirigian á Ivréa, á la entrada de la llanura, y allí aguardarian á que se les reuniese la artillería de grueso calibre; y si esta no podia pasar, por el obstáculo que acababa de presentarse, y para tenerla era necesario tomar la del enemigo, la infantería francesa era bastante numerosa y valiente para arrojarse sobre los austriacos y apoderarse de sus cañones. Ademas estudió de nuevo sus mapas, interrogó á multitud de oficiales italianos, y sabiendo por ellos habia otros caminos que salian del valle de Aosta á los valles comarcanos, escribió varias cartas á Berthier prohibiéndole interrumpir el movimiento del ejército, é indicándole con una precision asombrosa los reconocimientos que se habian de practicar al rededor del fuerte de Bard. No queriendo ver ningun peligro grave sino en la llegada de un cuerpo enemigo que cerrase la desembocadura de Ivréa, recomendó particularmente á Berthier que enviase á Lannes á este punto por el sendero de Albaredo, y que tomase una fuerte posicion al abrigo de la artillería y de la caballería de los austriacos.—Luego que Lannes, añadia el primer Cónsul, guarde la entrada del valle, poco importa lo que pueda sobrevenir, porque no pasará de ser alguna pérdida de tiempo. Tenemos víveres en abundancia para esperar, y al fin alcanzaremos nuestro objeto, ya evitando ó venciendo el obstáculo que nos detiene en este momento.

Dadas á Berthier dichas instrucciones, dirijió sus últimas órdenes al general Moncey que debia desembocar por el San Gotardo, y al general Chabran, que salia por el pequeño San Bernardo, justamente delante del fuerte de Bard; decidiéndose al fin á pasar en persona los montes. Antes de partir, recibió noticias del Var, que le anunciaban que el 14 de Mayo (24 de Floreal) el baron de Mélas seguia aun en Niza. Como era entónces el 20 de Mayo, no era de suponer que el general austriaco hubiese recorrido en seis dias el espacio que media desde Niza á Ivréa. En su consecuencia, se puso en marcha antes del amanecer del 20, para atravesar el desfiladero del San Bernardo, acompañado del ayudante de campo Duroc y de su secretario Bourrienne. Las artes le han pintado pasando las nieves sobre un caballo fogoso; pero hé aquí la verdad pura y sencilla. Trepó el San Bernardo montado en un mulo, envuelto en la levita cenicienta que llevaba siempre, conducido por un guia del pais, mostrando en los pasos difíciles la distraccion de un hombre cuyo pensamiento está en otra parte, hablando con los oficiales repartidos por el camino, interrogando á ratos al conductor que le acompañaba, y haciendo que le contase su vida, sus placeres y sus penas, como un viagero ocio-

El primer Cónsul se decide á pasar el San Bernardo.

so que no tiene otra cosa que hacer. El conductor que era un jóven, le contó sencillamente los pormenores de su oscura existencia, y sobre todo el sentimiento que le causaba el no poder contraer matrimonio con una jóven de aquel valle, por falta de recursos. El primer Cónsul, ya escuchándole, y ya preguntando á los muchos pasageros que habia por la montaña, llegó al hospicio donde aquellos buenos religiosos le recibieron con el mayor afecto y cordialidad. Apenas se apeó de su bagaje escribió un billete que dió á su guia, recomendándole lo entregase puntualmente al intendente del ejército que se habia quedado al otro lado del San Bernardo. Cuando el jóven volvió aquella noche á San Pedro, supo con sorpresa cuan poderoso era el viagero á quien habia conducido, y como el general Bonaparte le hacia donacion de un campo, de una casa, de los medios, en fin, de contraer matrimonio y de realizar todos los sueños de su modesta ambicion. Aquel montañes acaba de morir en nuestros dias en su pais, propietario del campo que le habia dado el dominador del mundo. Este acto particular de beneficencia en un momento en que tan preocupado estaba el primer Cónsul, es digno de notarse. Aunque no se repute mas que por un puro capricho de conquistador, dispensando á la ventura el bien ó el mal, destruyendo á la vez los imperios ó edificando una choza, deben citarse tales caprichos, siquiera para excitar á los señores de la tierra á que los imiten: pero semejante acto revela otra cosa. El alma humana se inclina á la bondad en esos momentos en que la agitan deseos ardientes, y hace el bien como un acto meritorio para alcanzar lo que solicita de la Providencia.

El primer Cónsul se detuvo algunos instantes con los religiosos, les dió gracias por los cuidados que habian tenido con el ejército, y les hizo un don espléndido para el socorro de los pobres y de los viageros.

El primer Cónsul llega á Bard y da nuevas órdenes.

En seguida bajó rápidamente deslizándose sobre la nieve, segun la costumbre del pais, y llegó aquella misma tarde á Etroubles. Al dia siguiente, despues, de dedicar algunos cuidados al parque de artilleria y á los víveres partió para Aosta y para Bard. Reconociendo que era cierto lo que le habian dicho, resolvió que la infanteria, caballeria y las piezas de á cuatro pasasen por el sendero de Albaredo, lo que era posible reparando aquel camino. Todas las tropas debian tomar posesion de las desembocaduras de las montañas delante de Ivréa, y mientras se verificaba, el primer Cónsul debia probar alguna tentativa sobre el fuerte, ó buscar medios para salvar aquel obstáculo, haciendo pasar la artilleria por algun otro desfiladero. Mandó al general Lecchi que á la cabeza de los italianos, subiese por la izquierda para penetrar por el camino de Grassoney en el valle de la Sesia, el cual desemboca cerca del Simplon y del lago Mayor. Este movimiento tenia por objeto despejar el camino del Simplon, dar la mano á un destacamento que bajaba por allí, y reconocer, en fin, todas las sendas por donde pudieran transitar los carruages. El primer Cónsul se ocupó al mismo tiempo del fuerte de Bard. La única calle que componia aquella aldea estaba en poder de los franceses, pero á no atravesarla bajo una lluvia de balas, no habia otro medio de pasar con un material de artilleria, aun cuando la travesia no fuese mas que de doscientas ó trescientas toesas. Se le intimó la rendicion al comandante del fuerte; pero este contestó con firmeza, y como hombre que apreciaba la importancia del puesto confiado á su valor. Asi, pues, solo la fuerza podia hacernos dueños del paso. La artilleria que se habia colocado sobre la montaña de Albaredo no producia notable efecto; como tampoco le produjo la escalada que se intentó al primer recinto del fuerte, y de la que salieron heridos ó muertos algunos granaderos, y el excelente oficial Dufour. En aquel momento marchaban las tropas por la senda de Albaredo, en la cual mil quinientos trabajadores habian hecho las obras mas urgentes, tales como las de ensanchar los parages mas estrechos, por medio de algunos desmontes de tierra, disminuir las pendientes demasiado rápidas, formando escalones donde pudiesen apoyarse los pies, y echar con troncos de árboles algunos puentes sobre los barrancos de dificil paso. El ejército se adelantaba sucesivamente hombre á hom-

El ejército menos la artilleria da vuelta al fuerte de Bar por la senda de Albarado.

bre, y llevando de la brida los soldados de caballeria á sus caballos. El oficial austriaco que mandaba el fuerte de Bard veia asi desfilar á nuestras columnas, desesperado de no poder detener su marcha; y mandó á decir á M. de Mélas que era testigo del paso de todo un ejército de infanteria y caballeria sin tener los medios de impedirlo, pero que respondia con su cabeza de que llegaria sin un solo cañon.

Decision de la artilleria francesa, que pasa todos sus cañones bajo el fuego del fuerte de Bard.

Durante este tiempo nuestra artilleria se lanzaba á una tentativa de las mas atrevidas; cual era el hacer pasar una pieza bajo el mismo fuego del fuerte, á favor de la noche. Por desgracia, advertido el enemigo por el ruido, arrojó bombas de luz que iluminaron el camino como si fuese de dia, y le permitieron barrerle con una lluvia de proyectiles, que hirieron ó mataron á siete artilleros de los trece que se habian decidido á arrastrar aquella pieza. Motivo habia con esto para desanimar á los mas valientes, cuando se imaginó un medio bastante ingenioso pero muy peligroso aun. Se cubrió la calle con paja y estiércol; se colocaron estopas al rededor de las piezas para impedir que aquellas moles de metal retumbasen sobre sus cureñas, se desengancharon de sus tiros, y arrastrándolas á brazo los valerosos artilleros, se atrevieron á pasarlas á lo largo de la calle de Bard, bajo las baterias del fuerte. Este medio tuvo el mejor éxito. El enemigo que de tiempo en tiempo tiraba por precaucion hirió á algunos de nuestros artilleros; pero á pesar de sus fuegos, pronto se halló transportada toda la artilleria de grueso calibre al otro lado del desfiladero, y vencido aquel temible obstáculo que habia causado al primer Cónsul mas desvelos que el paso del mismo San Bernardo. Los caballos de la artilleria habian tomado la senda de Albaredo.

Mientras se ejecutaba esta atrevida operacion, siguiendo Lannes adelante al frente de su infanteria, se apoderó el dia 22 de Mayo de la ciudad de Ivréa, que no habia sido reparada desde las guerras de Luis XIV, y que por un singular pero tardio presentimiento, el estado mayor austriaco hacia fortificar entonces mismo. Las defensas de Ivréa consistian en una ciudadela separada del recinto de la plaza y en un muro con bastiones. El valiente general Watrin á la cabeza de su division asaltó la ciudadela, Lannes se dirigió sobre la plaza y una y otra fueron tomadas al asalto por nuestros soldados. Habia en ellas 5 ó 6000 austriacos, la mitad de caballeria, que se retiraron precipitadamente. Lannes les hizo prisioneros, los arrojó fuera del valle y vino á tomar posicion á la entrada de la llanura del Piamonte, y en los puntos que el primer Cónsul le habia designado. Algunos dias despues, la ciudad de Ivréa, defendida por los austriacos, hubiera sido, no un obstáculo insuperable, pero si un grave estorbo. Se encontraron en ella víveres y cañones, se acabó de fortificarla y se la abasteció de provisiones, de manera que fuese, en caso de algun reves, uno de los apoyos de nuestra línea de retirada.

Toma de Ivréa por asalto.

Durante esto el general Chabran descendia con su division por el pequeño San Bernardo; y como esta division contaba muchos conscriptos, recientemente incorporados, se le confió el bloqueo del fuerte de Bard que no debia tardar en rendirse, luego que se viera sin recursos, y que no podia detener ya la marcha de la artilleria. El general Thurreau á la cabeza de un cuerpo de 4000 hombres se apoderaba de la salida de Suza, hacia 1500 prisioneros y ganaba algunos cañones, pero se veia obligado á detenerse á la entrada del valle, entre Suza y Bussolino. El general Lecchi con los italianos daba la vuelta al valle de la Sesia, rechazaba la division de Roban, le arrebataba algunos centenares de hombres, y venia á desembarazar la desembocadura del Simplon, y dar la mano á un destacamento de la division que habia quedado en Suiza al principio de la campaña. Por último, el cuerpo del general Monccy escalonado en el valle de San Gotardo trepaba ya á sus alturas.

Movimientos de todos los cuerpos del ejército.

De este modo el movimiento general del ejército se verificaba en todos los puntos con un éxito completo. Se necesitaba, al fin, salir del valle de Aosta. Lannes, siempre á vanguardia, dejó este valle el 26 de Mayo (6 de Pradial) y no titubeó en presentarse en la lla-

nura. El general austriaco Haddick estaba encargado de cerrar aquella desembocadura de los Alpes con algunos miles de hombres de infantería y su numerosa caballería, y se hallaba cubierto por un riachuelo, el Chiusella, que desagua en el Dora-Baltea: sobre aquel riachuelo habia un puente. Lannes se adelantó rápidamente con su infantería, y aunque recibió á nuestros batallones un súbito y bien dirigido fuego de artillería, no les impidió el avanzar. El valiente coronel Macon entró con su media brigada en el cauce del rio, le vadeó por mas arriba y mas abajo del puente, y se estableció en la orilla opuesta. La caballería austriaca mandada por el general Palfy quiso entonces cargar á aquella media brigada, pero fue derrotada, y muerto su general. Reforzados los franceses con el resto de la division de Lannes, se adelantaron persiguiendo al enemigo con su acostumbrado ardor. Aprovechándose el general Haddick del desórden con que seguian el alcance nuestras tropas, lanzó contra ellas sus escuadrones, con mucha oportunidad. La 6.ª de ligeros se vió obligada á detenerse; pero la 22, formada en columna cerrada, rechazó con solo sus fuegos aquella nueva carga de la caballería austriaca. Algunos miles de caballos se movieron entonces á la vez para tentar el último esfuerzo contra nuestra infantería, pero la 40 y la 22 medias brigadas, formadas en cuadro, sostuvieron con una rara firmeza aquel terrible choque. Tres veces fueron cargadas, y otras tantas se estrellaron los escuadrones enemigos delante de sus bayonetas. Viéndose entónces el general Haddick en la imposibilidad de resistir á la vanguardia del ejército frances, dió la orden de retirada, y despues de haber perdido muchos hombres muertos ó heridos y algunos prisioneros, cedió la llanura del Piamonte á Lannes, y se retiró detras del Orco. Lannes continuó su marcha, y el 28 de Mayo (8 de Pradial,) se dirigió á Chivasso á orillas del Pó. Desconcertados los austriacos con tan improvista invasion se apresuraban á evacuar á Turin. Bajaban por el Pó barcas cargadas de trigo, de arroz, de municiones y de heridos, de las cuales se apoderó Lannes; sirviendo la abundancia de víveres preparados por los austriacos para su ejército, para que los disfrutase el nuestro.

Combate de la Chiusella dado el 26 de Mayo.

Trece dias habian transcurrido, y la prodigiosa empresa del primer Cónsul habia tenido el éxito mas completo. Un ejército de 40,000 hombres de infantería, caballería y artillería, habia pasado sin caminos transitables, las mas grandes montañas de Europa, arrastrando á fuerza de brazos su material sobre la nieve, y atravesando con él bajo el fuego mortífero de un fuerte que disparaba á corta distancia. Una division de 5,000 hombres habia bajado por el pequeño San Bernardo; otra de 4,000 habia desembocado por el monte Cenis; un destacamento ocupaba el Simplon; y por último, un cuerpo de 15,000 franceses, á las órdenes del general Moncey, se hallaba en la cima del San Gotardo. Eran, pues, mas de 60,000 soldados los que iban á entrar en Italia; y si bien es verdad que se hallaban separados por largas distancias los unos de los otros, tambien lo es que tenian la seguridad de reunirse bien pronto con la masa principal de 40,000 hombres, que desembocaba por Ivréa en el centro del semicírculo de los Alpes. ¡Y esta marcha extraordinaria, no era una locura de un general que por envolver á su adversario se exponia á ser envuelto él mismo! Dueño el general Bonaparte del valle de Aosta, del Simplon y del San Gotardo, tenia la certidumbre de poder volver, si perdia una batalla, al punto de donde habia partido; sacrificando á lo mas alguna artillería si era ostigado en su retirada. No teniendo ya nada que ocultar se presentó en Chivasso, arengó á sus tropas, las felicitó por la firmeza que habian desplegado ante la caballería austriaca, les anunció los grandes resultados que preveia, y se mostró no solo á sus soldados sino tambien á los italianos y á los austriacos, para intimidar ahora con su temible presencia al enemigo, á quien hacia poco queria dejar dormir en una profunda seguridad.

Ilusiones del baron de Mélas destruidas al primer aviso.

¿Qué hacia entretanto el baron de Mélas? Tranquilo siempre con las noticias que le daban el gabinete de Viena y sus propios agentes, respecto á aquel fabuloso ejército de reserva, continuaba aquel general el sitio de Génova y el ataque del puente de Var. En ambos pun-

tos habia experimentado pérdidas considerables; pero en cuanto á lo demas persistia en creer, que la reunion que se verificaba en Dijon no era mas que un hacinamiento de conscriptos, destinados á llenar las bajas en los cuadros de los dos ejércitos del Rhin y de la Liguria. Un parte que le llegó á mediados de Mayo, le inspiró algunos temores acerca de lo que pasaba á sus espaldas; sin embargo, se tranquilizó muy pronto y volvió á creer que las tropas reunidas en Dijon debian descender directamente por el Saona y el Ródano para incorporarse al cuerpo del general Suchet en el Var. En esta inteligencia, en vez de enviar tropas por la garganta de Tenda al Piamonte, conservó todas sus fuerzas al mando del general Elsnitz ante el puente de Var. Entretanto las columnas francesas que desembocaban á la vez por todos los valles de los Alpes, vistas y designadas con la mas completa certidumbre por el general Wukassowich, le arrancaron al fin de sus ilusiones, pero sin desengañarle del todo. Dejó al general Ott con 30,000 hombres delante de Génova, al general Elsnitz con 20,000 ante el puente de Var, debiendo ser reforzados estos últimos con las tropas del general Saint-Julien, que habian quedado disponibles despues de la toma de Savona, y retrocedió con un cuerpo destacado de 10,000 hombres por la garganta de Tenda para dirigirse á Coni, á cuya plaza llegó el 22 de Mayo. Hasta entónces creia el general austriaco que las tropas francesas que se habian presentado no eran mas que partidas de conscriptos, destinadas á hacer una demostracion á su retaguardia, para distraerle del sitio de Génova, sin que creyese aun, que fuese el mismo general Bonaparte á la cabeza de un grande ejército. Pero pronto vió desvanecerse esta última ilusion. Uno de sus oficiales que conocia perfectamente al general Bonaparte, fue enviado á Chivasso á orillas del Pó. Este oficial vió con sus propios ojos al vencedor de Castiglione y de Rivoli, é instruyó de ello á su gefe, quien solo entonces pudo conocer toda la extension de los peligros que corria; pues no era posible que el primer Cónsul se hubiera dignado tomar el mando de una reunion de quintos. Y no era esto todo; se habia dudado que los franceses tuviesen cañones, pero acababa de oirse en Chiusella el ruido de su artilleria. Aquel anciano respetable que habia desplegado cualidades incontestables en la campaña precedente, se vió entregado entónces á las mas crueles angustias. Cada dia se aumentaba su turbacion, porque pronto supo que las cabezas de las columnas del general Moncey bajaban del San Gotardo.

El baron de Mélas vuelve á pasar la garganta de Tenda con un cuerpo destacado de 10,000 hombres.

Crueles angustias del baron de Mélas cuando conoció enteramente la verdad.

En efecto se hallaba en una situacion extraordinariamente grave. De los 120,000 hombres que tenia, habia perdido al menos 25,000 delante de Génova y del Var; y los que le quedaban se hallaban diseminados. El general Ott con 30,000 hombres estaba delante de Génova; el general Elsnitz con 25,000 delante del puente del Var; el general Kaim, encargado de custodiar con unos 12,000 hombres las desembocaduras de Suza y de Pignerol habia perdido á Suza y se retiraba sobre Turin; el general Haddick que con unos 9000 hombres debia guardar los valles de Aosta y de la Sesia, acababa de retirarse delante de Lannes; y el general Wukassowich, que con 10,000 hombres observaba los valles del Simplon y del San Gotardo; ¿qué podia hacer ante las fuerzas de Moncey? El baron de Mélas en persona se hallaba en Turin con un cuerpo de 10,000 hombres traido de Niza. ¿No procuraria el general Bonaparte caer enmedio de todos aquellos cuerpos dispersos, batirlos unos despues de otros, y destruirlos? Quizá era tiempo aun de tomar determinaciones que lo salvasen, con tal de que se concibieran y ejecutaran al momento; pero el general austriaco perdió algunos dias en reponerse y enterarse de los proyectos de su adversario; en formar los suyos propios, y en resignarse, en fin, á hacer los sacrificios que debia traer consigo una concentracion de fuerzas; pues se necesitaba abandonar á la vez el Var, quizás á Génova, y de seguro una gran parte del Piamonte.

Como estaba diseminado el ejército austriaco.

Vacilacion del baron de Mélas.

Mientras este deliberaba, el general Bonaparte tomaba sus determinaciones con la

prontitud y resolucion que tenia de costumbre; y á la verdad que no eran estas determinaciones menos graves que las de su adversario. Si los austriacos estaban dispersos, no lo estaban menos los franceses, porque bajaban del monte Cenis, del grande y del pequeño San Bernardo, y del San Gotardo. Era menester reunirlos, cerrar en seguida la retirada al baron de Mélas, y por último, hacer levantar el bloqueo de Génova salvando á Massena, que en aquel momento debia hallarse reducido al último extremo.

Gravedad de las determinaciones que tenia que tomar el general Bonaparte.

Al descender el San Bernardo tenia el general Bonaparte á su derecha el monte Cenis y Turin; á su izquierda el San Gotardo y Milan, y á cincuenta leguas á su frente á Génova y Massena. ¿Qué partido podia tomar? Apoyarse á la derecha en el monte Cenis para unirse ó los 4,000 hombres del general Thurreau no podia producir sino muy cortos resultados, exponiéndose además á encontrar en seguida á M. de Mélas; lo que si bien no ofrecia muchos peligros por el estado de diseminacion de sus fuerzas, tenia en su contra el dejarle francos por la izquierda los caminos de Milan ó de Plasencia, por donde podia verificar su retirada. Y á la verdad, no merecia haberse hecho tan grandes esfuerzos dirigiéndose por medio de los Alpes para ocupar las comunicaciones del enemigo, si despues de haberlas ocupado, se le dejaban de nuevo libres. Marchar adelante, pasar el Pó, volar á Génova por entre los cuerpos dispersos del ejército austriaco, abandonando al general Moncey á la izquierda, y comprometiendo todas sus comunicaciones, no era prudente ni digno de la mente profunda que habia combinado todas las partes de aquel plan, con tanta reflexion como arrojo. Ignorábase qué reunion de fuerzas se podia hallar en aquel camino; se sacrificaba la línea de retirada hácia los Alpes, y se abandonaba á sí mismos á los generales Thurreau y Moncey, que probablemente se verian reducidos á replegarse hácia el monte Cenis y el San Gotardo, y sabe Dios con cuantos peligros lo conseguirian. Mas hubiera valido en ese caso socorrer directamente á Massena por Tolon, Niza y Génova. Despues de todas estas consideraciones era evidente que solo quedaba un partido, cual era el apoyarse á la izquierda hácia el San Gotardo y Milan, y dar la mano á los 15,000 hombres del general Moncey. De este modo se unia al ejército su principal destacamento, lo que le hacia subir á 60,000 combatientes; se ocupaba la capital de la Italia superior; se sublevaba á los pueblos que se hallaban á retaguardia de los austriacos; se tomaban todos sus almacenes; se apoderaba de la línea del Pó y de todos los puentes de este gran rio; y, por último, al ponerse en estado de obrar sobre sus dos orillas, se detenia á M. de Mélas, cualquiera que fuese el camino por donde quisiera retirarse. Es verdad que con este plan se retardaba ocho ó diez dias el enviar socorros á Massena, lo cual era doloroso; pero el general Bonaparte pensaba que su presencia en Italia bastaria para que el enemigo dejase desahogado al ejército de Liguria; pues creia que el baron de Mélas se apresuraria á llamar á sí los cuerpos que atacaban á Génova y al puente de Var. De todos modos, los generales Massena y Suchet habian llenado el objeto que se les habia señalado, deteniendo á M. de Mélas junto al Apenino, fatigándole, agotando sus fuerzas, y sobre todo impidiéndole cerrar los desfiladeros de los Alpes. Aunque el defensor de Génova debiese sucumbir, no hacia mas que consumar la larga serie de sacrificios impuestos al noble y desgraciado ejército de Liguria, para el buen éxito de una vasta combinacion.

El general Bonaparte se decide á marchar sobre Milan.

Tomado su partido, dió el general Bonaparte con la mayor celeridad sus últimas disposiciones, y dirigió todo su ejército á la orilla izquierda del Pó. Reunió su parque de artillería, que acababa de ponerse en estado de servicio, y mandó á Lannes que juntase todas las barcas de que se habia apoderado en Chivasso, las dispusiese como si se fuera á echar un puente, y que pasase al Piamonte. Su intencion era engañar segunda vez al baron de Mélas acerca de sus proyectos, y lo logró tan bien como la primera vez. A vista de los movimientos ordenados por el general Bonaparte, queriendo M. de Mélas lisongearse hasta el último momento, creyó que los franceses no ha-

Ultimas ilusiones de M. de Melas.

brian podido bajar de los Alpes sino en corto número; que el general Bonaparte, como todo lo hacia presumir, queria solo atravesar el Pó para entrar en Turin y dar la mano por el monte Cenis al general Thurreau; y que, en su consecuencia, le podia hacer frente, cortando todos los puentes y disputándole el paso del Pó con unos 30,000 hombres. Concibió, pues, esperanzas de poderse defender sobre esta línea sin hacer el doble sacrificio de abandonar las posiciones que ocupaba en el Var, y perder los progresos que habia hecho al frente de Génova. M. de Mélas reunió al general Haddick, que habia vuelto del valle de Aosta; al general Kaim, que estaba situado en la desembocadura de Suza; á los 10,000 hombres que habia traido consigo de Niza, y además á un nuevo destacamento sacado del Var; formando asi un conjunto de 30.000 hombres; y no suponiendo que tuviésemos mas, esperó disputar con estas fuerzas el rio que separaba los dos ejércitos.

No trató el primer Cónsul de destruir la nueva ilusion de su adversario; y dejándole hácia Turin, ocupado en aquella semi-concentracion de fuerzas, se replegó de pronto sobre Milan. Lannes que al parecer debia subir el rio arriba para dirigirse desde Chivasso á Turin, lo bajó súbitamente por el contrario y se adelantó por Crescentino y Trino sobre Pavia, donde se encontraban los inmensos almacenes de víveres, municiones y artillería de los imperiales, y la mas importante de sus comunicaciones, pues domina á la vez el paso del Pó y del Tessino. Murat marchó por Verceil hácia el punto de Buffalora, y el ejército entero siguió el movimiento general sobre Milan, llegando nuestras tropas el 31 de Mayo delante del Tessino. Este rio es ancho y profundo; no habia barcas para pasarle y del otro lado se veia una caballeria numerosa perteneciente al cuerpo de Wukassowich, que guardaba el Simplon y aquella parte de las desembocaduras de los Alpes. Detras del Tessino corre el Naviglio-Grande, ancho canal que atraviesa el territorio hasta Milan. Este canal sigue, durante cierta distancia, un curso paralelo al del rio, del cual procede, hallándose ademas muy próximo á él. Encerrada la caballeria enemiga en una lengua de tierra muy estrecha entre el Tessino y el Canal, ejecutaba con mucha incomodidad sus movimientos y no podia hacer uso de todas sus fuerzas. El ayudante general Girard, tomó algunas barcas, que los paisanos de los alrededores habian escondido cerca de Galiata, y que se apresuraron á proporcionar al ejército; pasó el rio seguido de un corto número de soldados, y se arrojó sobre la vanguardia de los austriacos. Reforzado sucesivamente por los continuos viages de aquellas barcas, y apoyado por el fuego de la artillería, rechazó á la caballería, que no se atrevió á aventurarse demasiado en aquel terreno poco á propósito para ella; la obligó á que repasase el Naviglio-Grande por un punto que se llama el puente de Turbigo, y de este modo atravesó de una sola acometida el Naviglio y el Tessino. Pero el general Wukassowich se presentó con la brigada de Laudon y trató de penetrar en la aldea de Turbigo, viéndose entonces el ayudante general Girard acometido por 4 ó 5000 hombres de infantería, á los que solo podia oponer algunos centenares de soldados. Sin embargo, se defendió por espacio de muchas horas con el mayor valor y presencia de ánimo, logrando conservar el puente de Turbigo, cuya pérdida hubiera arrojado á los franceses al otro lado del Naviglio-Grande y quizas del mismo Tessino. Mientras se defendia con tanto denuedo, el general Monnier que habia logrado tambien pasar el canal un poco mas abajo, acudió á su socorro, cayó sobre las tropas de Laudon y las arrojó de Turbigo. Aquella línea que debia detener al ejército frances, quedó, pues, rota con solo un simple combate de vanguardia. Al dia siguiente, 1.º de Junio (12 de Pradial) la division de Boudet pasó hácia Buffalora, y todo el ejército se adelantó sobre Milan. Temiendo entonces Wukassowich, quedar encerrado entre el grande ejército que se adelantaba por Lombardía, y el cuerpo de Moncey que bajaba del San Gotardo, se retiró precipitadamente, y mandó á la brigada de Dedovich, que se hallaba al pié de las montañas, que se replegase detras del Adda por Cassano, buscando él mismo un refugio detras de dicho rio por Milan y Lodi, despues de dejar una guarnicion de 2,800 hombres en el castillo de Milan.

Paso del Tessino.

Junio de 1800.

Ningun obstáculo detenia ya al ejército frances, el cual podia entrar en la capital de la Lombardia que hacia mas de un año gemia bajo el yugo de los austriacos. Hasta entonces no habian oido hablar los desdichados italianos sino de los triunfos de M. de Mélas y de la miseria de los franceses. Las caricaturas del ejército de reserva habian circulado en Milan, lo mismo que en Viena y en Lóndres. Representábanle en ellas como una multitud hacinada de viejos y de niños, armados con palos, montados sobre asnos, y llevando dos escopetas por artilleria. Mientras que de este modo se prodigaba el ridículo sobre la República francesa, lo que no le causaba mucho perjuicio, se hacia pesar la mas dura opresion sobre los infelices italianos. Todos los hombres distinguidos por su fortuna ó sus luces que encerraba la Lombardia, se hallaban presos ó desterrados, sobre todo, aquellos que habian tomado parte en los negocios de la República Cisalpina. Y es digno de notarse que menos habia oprimido la persecucion á los patriotas exagerados y que se asemejaban á los jacobinos franceses, que á los hombres moderados, cuyo exemplo podia ser mas contagioso para los pueblos Excepto algunas hechuras del gobierno austriaco, y algunos nobles adheridos al partido oligárquico, todo el mundo suspiraba por la vuelta de los franceses. Pero nadie se atrevia á confiar en ella, especialmente al ver los adelantos del baron de Mélas en la Liguria, y lo próximo que estaba de tomar á Génova y de pasar el Var, y al primer Cónsul tan ocupado, al menos en la apariencia, en evitar los peligros de una invasion que amenazaba á la Francia por el lado del Rhin. Hasta se divulgaba en el pueblo que el general Bonaparte, tan conocido en Italia, habia muerto en Egipto; que nuevo Faraon se habia ahogado en el mar Rojo, y que aquel cuyo nombre figuraba entónces en Paris era uno de sus hermanos.

Sorpresa y alegria de los milaneses al saber la llegada de un ejército francés.

Júzguese, pues, cual sería la sorpresa de los italianos, cuando se les anunció de improviso la aparicion de un ejército francés en Ivréa, su marcha sobre el Tessino, y por último el paso de este rio. Figúrese la agitacion que reinaria en Milan, las afirmaciones y denegaciones que se cruzaron por espacio de cuarenta y ocho horas, y la alegria, en fin, que estalló al ver confirmadas aquellas noticias con la presencia del mismo general Bonaparte, marchando con su estado mayor á la cabeza de la vanguardia. El 2 de Junio (13 de Pradial) corrió el pueblo entero á recibir al ejército francés, reconoció al ilustre general que tantas veces habia visto dentro de sus muros, le acogió con transportes de entusiasmo, y le recibió como á un salvador bajado del cielo. Los sentimientos de los italianos siempre ardientes y expresivos, jamás habian estallado con tanta energia, porque jamás se habian reunido tantas circunstancias para que la alegria de un pueblo fuese tan repentina y verdadera. Luego que el general francés entró en Milan se apresuró á abrir las cárceles y á restituir el gobierno del pais á los amigos de la Francia, dotando á la República Cisalpina de una administracion provisional, que formó de los hombres mas respetables. Sin embargo, fiel en Italia al sistema que habia seguido en Francia, no permitió ninguna violencia ni reaccion; y al restituir el poder á los italianos de su partido, no les permitió que le ejerciesen en daño de los del partido contrario.

Entrada del general Bonaparte en Milan.

Despues de dedicar los primeros cuidados á los negocios de los milaneses, se apresuró á enviar sus columnas en todas direcciones, hasta los lagos, el Adda, y el Pó, con el objeto de propagar la insurreccion á favor de los franceses, de apoderarse de los almacenes del enemigo, de interceptar sus comunicaciones, y de cortarle la retirada. Hasta aquí todo iba perfectamente, porque Lannes que se habia dirigido sobre Pavía acababa de entrar allí el 1.° de junio haciéndose dueño de inmensos almacenes. Aquel general habia encontrado en Pavia los hospitales austriacos, depósitos considerables de granos, forrages, municiones, armas y especialmente trescientas piezas de artilleria, la mitad de campaña. Se habia proporcionado allí ademas mucho material de puentes, de que carecian las compañías de pontoneros franceses, y que iban á emplear sobre el Pó. La division de Chabran que se habia quedado al frente del fuerte del Bard se ha-

bia apoderado de él el 1.° de Junio, hallando diez y ocho cañones, y despues de dejar allí lo mismo que en Ivréa, las correspondientes guarniciones, vino á ocupar el curso del Pó desde el Dora-Baltea hasta la Sesia. Lannes lo ocupaba desde este punto hasta Pavia. El cuerpo del general de Béthencourt que venia del Simplon, fue colocado al frente de Arona hácia la punta del lago Mayor. La legion italiana fue llevada por Brescia en seguimiento de los austriacos que se retiraban á toda prisa. Al mismo tiempo las divisiones de Duhesme y de Loison pasaban el Adda y se dirigian á Lodi, á Crema y á Pizzighittone. No teniendo ya el general Wukassowich ni aun la pretension de guardar el Adda, se retiraba detras del Mincio bajo el fuego del cañon de Mantua.

Nada detenia al presente la marcha del general Moncey, salvo siempre la dificultad de sustentarse en los áridos valles de la Suiza superior. Sus primeras columnas acababan de salir; pero era menester aguardar á las restantes algunos dias aun; y este era el mayor inconveniente de la situacion, porque importaba apresurarse, si no se queria que Génova cayese en poder de los austriacos. Ahora estaba seguro el general Bonaparte de poder reunir todas sus columnas, excepto la del general Thurreau, que se hallaba atrincherado en la desembocadura del monte Cenis sin poderle pasar. Por lo demas nuestro ejército estaba perfectamente situado en medio del Milanesado, teniendo segura su retirada por el monte Cenis, el San Bernardo, el Simplon y el San Gotardo, dominando el Adda, el Tessino y el Pó, viviendo con el producto de los almacenes de los austriacos, cortándoles todos los caminos, y en disposicion de dar una batalla decisiva, despues de la cual no les quedaba otro recurso, si eran vencidos, que el de rendir las armas. Si llegaba á tener lugar la rendicion de Génova seria un acontecimiento deplorable, no solo por el valiente ejército que la defendia, sino porque el cuerpo austriaco que la sitiaba reforzaria al general Mélas, y haria mas difícil la gran batalla que debia concluir la campaña. Pero si el general Bonaparte conseguia la victoria, Génova é Italia quedaban reconquistadas de un solo golpe. No obstante, deseaba salvar á Génova; pero no habia que confiar en la reunion del cuerpo de Moncey antes del 5 ó del 6 de Junio, y no podia lisonjearse de que Génova se resistiese hasta entónces.

El baron de Mélas, á quien las últimas noticias lo habian aclarado todo, y que veia á su adversario, dentro de Milan, apoyar á todas las columnas que sucesivamente bajaban de los Alpes, comprendia ahora el vasto plan formado contra él. Para colmo de desgracia acababa de saber los reveses de M. de Kray, y la retirada de este último sobre Ulma. Abandonó al fin el sistema de las medidas á medias, y dió órden decidida al general Elsnitz de abandonar el puente de Var, y al general Ott de renunciar al sitio de Génova, para que se reuniesen ambos en Alejandria. Esto era lo que esperaba el general Bonaparte. Pero estaba decretado que el noble y desventurado ejército de Liguria pagase hasta lo último con su sangre, con sus sufrimientos, y en fin, con una rendicion dolorosa, los triunfos del ejército de reserva.

Desengañado de un todo M. de Mélas renuncia á las medidas indecisas.

Órden de concentracion dada al ejército austriaco.

El gran carácter de Massena se habia sostenido hasta lo último. *Antes de rendirse*, decian los soldados, *nos hará comer hasta sus botas*. Habiéndose concluido la carne de las reses, comian la de los caballos, y faltando despues esta, se alimentaban con los animales mas inmundos. El pan malo, hecho con avena y habas habia sido tambien agotado. Desde el 23 de Mayo (3 de Pradial) recogió Massena el almidon, la linaza y el cacao existentes en los almacenes de Génova, y dispuso se amasase un pan, que apenas podian comer los soldados, y que muy pocos podian digerir; yendo casi todos á llenar los hospitales. Reducido el pueblo á una sopa de yerba por único alimento experimentaba todas las angustias del hambre. Las calles estaban llenas de infelices que espiraban de inanicion, y de mugeres extenuadas que exponian á la caridad pública los hijos que no podian alimentar. Otro espectáculo asustaba al ejército y á la ciudad; y era el de los numerosos prisioneros que habia hecho Massena, y á los cuales no se les podia

Apuros extremos de Massena en Génova.

dar ningun sustento. Massena no queria ponerlos en libertad, despues de haber visto aparecer de nuevo en las filas de los enemigos á los que la habian alcanzado de esta suerte, pero para conciliar ambos extremos, propuso primero al general Ott, y despues al almirante Kdith, que proporcionasen los víveres que aquellos necesitaban para su sustento diario, ofreciendo bajo su palabra de honor que no destinaria la mas mínima parte para la guarnicion. La palabra de tal hombre bien merecia crédito; pero era tan grande el odio de los contrarios que resolvieron imponer á Massena el cargo de alimentar á los prisioneros, aunque tuviesen estos que sufrir las privaciones mas crueles. Los generales enemigos tuvieron, pues, la barbarie de condenar á sus soldados á los horribles sufrimientos del hambre, para aumentar la miseria de Génova, dejándola algunos miles de bocas mas que alimentar. Massena suministró á los prisioneros la sopa de yerba que daba á los habitantes; pero como no era bastante alimento para unos hombres robustos acostumbrados á la abundancia de las fértiles campiñas de Italia, siempre estaban próximos á sublevarse; y para apartarlos de aquella idea, los hizo encerrar Massena en unos pontones que se anclaron en medio del puerto, y sobre los cuales se asestó una formidable artillería pronta á vomitar sobre ellos la muerte. Aquellos infelices prorrumpian en horrorosos alaridos que conmovian profundamente á la poblacion, ya demasiado afectada con sus propios padecimientos.

Diariamente disminuia el número de nuestros soldados; se les veia espirar en las calles; y habia sido necesario permitirles que se sentasen al montar la guardia. Desanimados los genoveses no prestaban ya el servicio de la guardia nacional, temiendo verse comprometidos cuando los austriacos entrasen en la ciudad, lo que no podia tardar, trayendo consigo al partido oligárquico. De vez en cuando anunciaban sordos rumores que la desesperacion de los habitantes iba á estallar, y para prevenir la explosion ocupaban las principales plazas algunos batallones con sus cañones cargados.

Massena imponia al pueblo y al ejército por su actitud impasible. El respeto que inspiraba este héroe comiendo el repugnante pan de los soldados, viviendo con ellos bajo el fuego del enemigo, y soportando ademas de sus padecimientos físicos, los cuidados del mando con una firmeza inalterable, contenia á todo el mundo: ejercia en medio de la desolada Génova el ascendiente de una alma grande.

Entretanto, un resto de esperanza animaba aun á los sitiados. Varios ayudantes de campo del general, habian atravesado el bloqueo con grandes trabajos, y traido algunas noticias. Los coroneles Reille, Franceschi y Ortigoni, habian pasado y llegado á saber, no solo que el primer Cónsul se habia puesto en camino, sino que estaba atravesando los Alpes. Uno de ellos, Franceschi, le habia dejado bajando el San Bernardo; pero desde el 20 de Mayo no se habian recibido otras noticias. Diez ó doce dias transcurridos en tal situacion les parecian siglos, y se preguntaban con despecho cómo podia ser que en diez dias no se hubiese franqueado el general Bonaparte el espacio que separaba los Alpes del Apenino. Tal como le conocemos, decian, es ya vencedor ó vencido; y sino llega es porque ha sucumbido en tan temeraria empresa. Si hubiese podido desembocar en Italia, ya hubiera llamado hácia él al general austriaco arrancándole de los muros de Génova. Otros pretendian que el general Bonaparte habia considerado al ejército de Liguria como un cuerpo sacrificado al buen éxito de una grande operacion; que habia querido solo una cosa, y era el retener al baron de Mélas junto al Apenino, y que habiéndolo conseguido no pensaba ya en hacer levantar el bloqueo, y se dirigia á otro objeto mas vasto.—Pues bien! añadian los genoveses y aun nuestros mismos soldados: si nos han sacrificado á la gloria de Francia, pase: pero alcanzado ya el objeto; ¿se quiere que no quede ninguno de nosotros? Si esto fuese en el fuego, con las armas en la mano, en horabuena: pero morir de hambre y de enfermedades, ¡esto es imposible! Ya ha llegado el tiempo de rendirse.—Algunos soldados desesperados llegaron hasta romper sus armas: y al mismo tiempo se anunció un complot de algunos hombres extraviados por el sufrimiento. Massena les dirigió una proclama elocuente, en la cual recordaba á los soldados sus deberes, que consistian tanto en soportar las privaciones y los sufrimientos,

cuanto en arrostrar los peligros, y les presentaba el ejemplo de sus oficiales que comian sus mismos alimentos, y diriamente quedaban heridos ó muertos á su cabeza. Les decia que el primer Cónsul se adelantaba con un ejército para salvarlos, y que capitulando en aquella ocasion perdian el resultado de dos meses de esfuerzos y de sacrificios.—Aguardad algunos dias mas, quizás algunas horas, les decia, y os vereis libres, despues de haber hecho ¡eminentes servicios á la patria!

Asi, pues, á cada ruido, á cada movimiento que se sentia hácia el horizonte corriaa todos presurosos, creyendo oir el cañon del general Bonaparte. Un dia se persuadieron todos que el fuego de la artilleria retumbaba en la Bocchetta, y por todas partes estalló una alegria loca: hasta el mismo Massena se presentó en las murallas. Pero, ¡vana ilusion! era el ruido de una tempestad en las gargantas del Apenino; y todos volvieron á caer en el abatimiento mas profundo.

Necesidad en que se encuentra Massena de rendirse.

Por último, el dia 4 de Junio ya no quedaban mas que dos onzas por plaza de aquel horrible pan amasado con almidon y cacao. Era, pues, preciso entregar la plaza, porque no podia reducirse á nuestros desdichados soldados á que se devorasen unos á otros, y en la imposibilidad material de existir, habia un término inevitable para la resistencia. Por otra parte el ejército francés tenia la satisfaccion de haber hecho todo cuanto podia exigirse de su ánimo y firmeza; y en su íntima conviccion no estaba ya cubriendo las Termópilas de la Francia, sino sirviendo para favorecer una maniobra que en aquel momento debia haber tenido ya un éxito feliz, ó haberse desgraciado. Sobre todo empezaba á creer que el primer Cónsul pensaba mas en extender sus combinaciones que en socorrerlo. Massena abrigaba la misma idea, aunque sin manifestarla; pero no creia cumplir completamente con sus deberes hasta haber llegado al último término posible de la resistencia. Aquellas dos miserables onzas de pan que quedaban para cada soldado estaban ya consumidas; y siendo fuerza el rendirse, se resignó, al fin, con el mas amargo dolor.

El general Ott le habia enviado un parlamentario, porque tanto interesaba á los austriacos como á los franceses concluir pronto. En efecto, aquel general tenia las órdenes mas terminantes para levantar el sitio de Génova y replegarse sobre Alejandria. Algunos historiadores han dicho que esas ofertas del enemigo debian haber hecho conocer á Massena el estado en que aquel se hallaba. Sin duda, él sabia que con aguardar un dia ó dos, á lo mas, seria quizas socorrido; pero ¿como pasaba esos dias? —Dadme, les decia á los genoveses, víveres para dos dias, para uno tan solo, y os salvo del yugo de los austriacos; y á mi ejército del dolor de rendirse.

Conferencias relativas a la rendicion de Génova.

Por último el 3 de Junio se vió obligado Massena á entrar en negociaciones. Se hablaba de capitulacion, pero él rechazó de tal manera la idea, que nadie volvió á ocuparse de ella. Exigia que el ejército pudiera retirarse libremente con sus armas y bagajes, y á banderas desplegadas, y con la facultad de obrar y de combatir, cuando hubiese pasado la linea de los sitiadores.—Si no, decia á los parlamentarios austriacos, saldré de Génova con las armas en la mano, me presentaré en vuestro campo con 8,000 hombres hambrientos y combatiré hasta abrirme paso.—Los sitiadores consentian en dejar salir la guarnicion, pero querian quedase Massena prisionero, temiendo que trasladándose aquella guarnicion con un gefe como él, desde Génova á Savona, se reuniese á las tropas de Suchet, y tentase aun alguna empresa temible sobre la retaguardia del baron de Mélas. Para calmar la indignacion de Massena se le confesó el motivo de aquella condicion tan honrosa para él; pero Massena no quiso oir hablar mas sobre el asunto. Entónces se le propuso que se retirase la guarnicion por mar, con el objeto de que no tuviese tiempo de reunirse al cuerpo de Suchet. A todas estas proposiciones, dió su acostumbrada respuesta, esto es, que se abriria paso. Al fin consintieron en que pasasen los 8,000 hombres por tierra, es decir todos los que podian sostener el peso de sus armas. Los convalecientes debian ser embarcados sucesivamente, y transportados al cuartel general de Suchet. Quedaban 4,000 enfermos á quienes los austriacos se comprometian á alimentar, cui-

dar y restituir al ejército francés, y se dejaba al general Miollis para que los mandase. Massena no echó en olvido los intereses de los habitantes de Génova, y exigió como condicion precisa, que ninguno de ellos fuese perseguido por las opiniones que hubiera manifestado durante la ocupacion de la plaza por nosotros; y que los bienes y las personas fuesen fielmente respetados. M. de Corvetto, célebre genovés, despues ministro de Francia, presenció aquellas conferencias, y fue testigo de los esfuerzos que se hicieron en favor de los genoveses. Massena quiso además que se les dejase su actual forma de gobierno, que debian á la revolucion francesa, pero sobre este particular rehusaron comprometerse los generales austriacos.

Bellas palabras de Moreau

—Pues bien! les dijo Massena, haced lo que querais; pero os declaro que antes de quince dias estaré de vuelta en Génova!—Palabras proféticas, á las cuales un oficial austriaco, M. de Saint-Julien, dió esta noble y delicada respuesta: Encontrareis en esta plaza, señor general, á hombres á quien habeis enseñado á defenderla.

La conferencia definitiva tuvo lugar el 4 de Junio por la mañana, en una capilla junto al puente de Cornigliano. El artículo que tenia por objeto la retirada por tierra de una parte del ejército, ofreció la última dificultad. Pero como Massena les presentase la alternativa de acceder á lo que deseaba, ó de sostener al dia siguiente un combate desesperado, los generales austriacos se vieron en la precision de ceder. Se estipuló que aquel convenio de evacuacion, del cual se habia borrado de intento la palabra capitulacion, se concluiria aquella misma tarde. Por lo demás llenos de admiracion los oficiales austriacos hácia el general francés le colmaron de atenciones y de muestras de respeto.

Rendicion de Génova.

Llegada la noche aun vacilaba Massena en firmar el convenio, esperando siempre que podria ser socorrido. Por último, cuando no pudo diferirlo sin faltar á la palabra que habia dado, otorgó su firma. A la mañana siguiente salieron nuestras tropas, con el general Gazan á su frente, y encontraron raciones en las avanzadas del enemigo. Massena se embarcó para llegar mas pronto al cuartel general de Suchet, saliendo del puerto en un buque que llevaba izada la bandera tricolor, y bajo los fuegos de la escuadra inglesa.

Asi concluyó aquel memorable sitio, durante el cual un ejército frances acababa de distinguirse con grandes virtudes y mayores servicios. Habia hecho mas prisioneros y dado muerte á mas enemigos que soldados contaba. Con 15000 hombres habia aprehendido ó puesto fuera de combate á mas de 18,000 austriacos; y sobre todo habia abatido el ánimo del ejército imperial, obligándole á hacer continuos y extraordinarios esfuerzos. Pero ¿se quiere saber á qué precio habia hecho tales cosas la valiente guarnicion de Génova? De los 15,000 combatientes de que se componia habia perdido 3000 en el campo de batalla, y 4000, heridos ó enfermos de mas ó menos gravedad, yendo solo 8000 á incorporarse al ejército activo. El general Soult, segundo de Massena habia quedado en poder del enemigo con una pierna rota. De tres generales de division, uno de ellos, Marbot, habia muerto de epidemia; y otro, Gazan, habia sido herido gravemente. De seis generales de brigada, fueron heridos cuatro, Gardanne, Petitot, Frezsinet y de Arnaud. De doce ayudantes-generales seis fueron heridos, uno quedó prisionero y otro muerto. Dos oficiales de estado mayor fueron muertos, siete prisioneros y catorce heridos. De diez y siete coroneles once quedaron fuera de combate ó prisioneros; y las tres cuartas partes de los oficiales sufrieron la misma suerte. De esto se deduce, que dando el ejemplo de sacrificarse ellos mismos, fue como los gefes de aquel valiente ejército lo sostuvieron en medio de tan crueles pruebas. Por lo demás aquel ejército se mostró digno de los gefes que le dirigian, y jamás el soldado francés desplegó mas constancia y heroismo. ¡Honor, pues al valor desgraciado que con su inmenso sacrificio contribuyó á los triunfos del valor afortunado, cuyas hazañas vamos á narrar en seguida!

A que precio habia detenido el ejército de Liguria á los austriacos delante de Génova.

Mientras que obligado el general Ott á levantar el sitio de Génova concedia á Massena las honrosas condiciones que acaba-

Retirada de los austriacos sobre el Var.

mos de enumerar, el general Elsnitz, llamado por las órdenes del baron de Mélas abandonaba el puente de Var. Los ataques de los austriacos sobre este punto habian sido tardios porque se habia retardado la artilleria de grueso calibre que venia por mar. Sucesivamente tuvieron lugar diferentes tentativas en los dias 22 y 27 de mayo; y la última sobre todo fue un verdadero golpe de desesperacion del general Elsnitz, que antes de retirarse no quiso perdonar ningun esfuerzo; pero todos sus ataques fueron vigorosamente rechazados. Reconociendo, al fin, el general Elsnitz que no tenia ninguna probabilidad de buen éxito, pensó en volver á pasar los montes. Penetrando Suchet al primer golpe de vista las intenciones del general austriaco, tomó sus medidas para que no pudiese verificar la retirada con seguridad. Conoció que maniobrando siempre por su izquierda á lo largo de las montañas, colocaria á los austriacos en una peligrosa situacion, y probablemente lograria apoderarse de algun cuerpo destacado. En efecto, á mas de la linea del Var que habia detenido la invasion del enemigo, se extiende paralelamente la linea del Roya, cuyo nacimiento se encuentra en la garganta misma del Tenda. Si dirijiéndose los franceses mas allá del Var, adelantaban á los austriacos en el nacimiento del Roya, se apoderaban de la garganta de Tenda y reducian á sus adversarios á correr á lo largo de las crestas del Apenino para hallar una salida. Esta acertada idea, ejecutada con vigor produjo al general Suchet los mas felices resultados. Empezó por desalojar de Ronciglione al general Gorupp; continuó marchando con rapidez por su izquierda, sobre la derecha de los austriacos; se apoderó sucesivamente de la garganta del Rauss que facilita el paso del valle del Var al de Roya, tomó el famoso campo de las Mil Horcas, y dueño de la garganta de Tenda se halló el 1.° de junio situado en la linea de retirada del general Elsnitz. El general Gorupp arrojado en desórden hácia el Roya superior, logró ganar tambien la garganta de Tenda, pero dejando en su camino muchos muertos y prisioneros. El general Elsnitz, con el resto de su ejército no tuvo otro recurso que seguir la vertiente maritima del Apenino hasta Oneille, y retroceder por Pieve y Santiago al valle de Tanaro. Tenia que caminar á traves de montañas horrorosas con soldados ya amilanados por aquella especie de fuga, y yendo á sus espaldas un enemigo que pasaba con alegria de la defensiva á la ofensiva. Por espacio de cinco dias fueron perseguidos los austriacos sin descanso, sufriendo continuos reveses; y por último el 6 de junio llegó el general Elsnitz á Orméa con solo 10,000 hombres, y el 7 entró en Ceva. El general Gorupp se habia retirado sobre Coni con una division. Se valua en 10,000 hombres la pérdida que habia sufrido el cuerpo austriaco del Var.

Brillante persecucion de los austriacos por el general Suchet.

El general Suchet que habia estado separado por tanto tiempo de Massena, le encontró al fin á lo largo de la ribera en los alrededores de Savona. Los 12,000 franceses que venian de la parte del Var se reunieron á los 8000 que habian salido de Génova, formando asi un cuerpo de 20,000 hombres, en excelente posicion para caer sobre las retaguardias del baron de Mélas. Pero Massena se habia hecho, al desembarcar, una herida de bastante gravedad, y no podia montar á caballo: ademas los 8000 hombres que tenia á sus órdenes estaban extenuados de cansancio; y preciso es decirlo, en el corazon de todos los defensores de Génova existia una irritacion secreta contra el primer Cónsul, de quien sabian que habia entrado triunfante en Milan, mientras que el ejército de Liguria se hallaba reducido á capitular. Massena no quiso que el general Suchet corriese los azares de bajar á Italia, ignorando los movimientos que al otro lado de los Alpes iban á hacer los dos generales contrarios. Habiendo reunido el baron de Mélas á todos sus lugartenientes, Haddick, Raim, Elsnitz y Ott, podia encontrarse á la cabeza de fuerzas respetables, arrojarse sobre el general Suchet, y derrotarlo antes de que pudiese encontrar al general Bonaparte. Massena permitió á su lugarteniente Suchet que pasase el Apenino y se situase al frente de Acqui, mandándole permanecer en aquella posicion observando é inquietando al ejército austriaco, y permaneciendo suspendido sobre su cabeza como la es-

Reunion de Suchet y de Massena.

Posicion tomada por el ejército de Liguria á espaldas del ejército austriaco.

pada de Damocles. Ahora se verá cuantos servicios prestó aun el ejército de Liguria, con solo su presencia en la cumbre del Apenino.

Pensaba Massena que terminando aquel valiente ejército por un movimiento amenazador, la memorable defensa de Génova, habia hecho lo bastante para el triunfo del primer Cónsul, y no podia hacer mas sin cometer una imprudencia: ¡razon tenia este gran guerrero! Entregaba los austriacos al general Bonaparte aniquilados, y reducidos en mas de una tercera parte. De los 70,000 hombres que habian pasado el Apenino no volvian mas de 40,000 contando el destacamento llevado á Turin por M. de Mélas. Los 50,000 que habian quedado en Lombardía, tambien se hallaban bastante disminuidos, y sobre todo muy diseminados. Los generales Haddick y Kaim, que guardaban el uno el valle de Aosta, y el otro el valle de Suza, habian tenido pérdidas de bastante consideracion. El general Wukassowich, arrojado al otro lado del Mincio y separado de su general en gefe por el ejército frances que habia bajado del San Bernardo, quedaba paralizado para el resto de la campaña. Un cuerpo de algunos miles de hombres estaba en Toscana á la ventura. Reuniendo al momento M. de Mélas á los generales Elsnitz y Ott que volvian de las márgenes del Var y de frente de Génova, y á los generales Haddick y Kaim que venian de los valles de Aosta y de Suza, podia reunir una masa de cerca de 75,000 hombres. Pero necesitaba dejar guarniciones en las plazas del Piamonte, y de la Liguria, tales como Génova, Savona, Gavi, Acqui, Coni, Turin, Alejandria y Tortona, y por tanto, solo podia presentar en línea un dia de batalla poco mas de 50,000 soldados, suponiendo que no invirtiese mucha gente en la guarnicion de las plazas, y que la reunion de sus generales se verificase sin contrariedad.

Estado en que deja Massena los austriacos al general Bonaparte

Grave situacion de M. de Mélas.

La situacion del generalísimo austriaco era, pues, muy crítica, aun despues de la toma de Génova. Lo era, no solo bajo el punto de vista de la separacion y disminucion de sus fuerzas sino tambien respecto á la marcha que tenia que seguir para salir del estrecho recinto del Piamonte, en el cual acababa de encerrarle el general Bonaparte. Se necesitaba, en efecto, volver á pasar el Pó á la vista de los franceses, y ganar, pasando la Lombardía que estos ocupaban, el camino del Tyrol ó de Frioul. La dificultad era inmensa en presencia de un adversario que sobresalia, sobre todo en la guerra, en el arte de los grandes movimientos.

Diversas salidas para fugarse.

M. de Mélas habia conservado siempre el curso superior del Pó desde su nacimiento hasta Valencia. Le era fácil pasar por este rio por Turin, Chivasso, Casale ó Valencia, segun le acomodase; pero por cualquiera de estos puntos que pasara iba á caer sobre el Tessino, ocupado por el general Bonaparte, y sobre Milan, centro de todas las fuerzas francesas. Habia, pues, pocas probabilidades de escapar por este lado. Restábale el partido de apoyarse á la derecha, y de dirigirse hácia el curso inferior del Pó, es decir, encaminarse á Plasencia ó á Crémona con el fin de ganar la carretera de Mantua. Plasencia, pues, venia á ser para los dos adversarios el punto capital que debian ocupar. Para M. de Mélas era quizás el único medio que tenia para librarse de las horcas caudinas, y para el general Bonaparte el de recojer el premio de su atrevida marcha por medio de los Alpes. En efecto, si este último dejaba escapar á los austriacos, aun cuando hubiese librado el Piamonte, alcanzaba un resultado bastante mezquino en comparacion de los peligros que habia arrostrado, y se ponia ademas en ridículo á los ojos de la Europa, atenta á aquella campaña, si no llevaba á cabo su maniobra, cuya intencion estaba ya manifiesta. Plasencia era, por tanto, la llave del Piamonte; y era precisa, asi al que queria salir, como al que deseaba cerrar el paso á su adversario.

Plasencia es el punto capital para los dos ejércitos.

Por esta causa fijó M. de Mélas dos puntos de concentracion á sus tropas: Alejandria á las que estaban en el alto Piamonte, y Plasencia á las que se hallaban en los alrededores de Génova; man-

Ordenes de concentracion á los generales austriacos.

dando tambien á los generales Kaim y Haddick que marchasen desde Turin, por Asti, sobre Alejandría; y al general Elsnitz que volvia de las orillas del Var, que se dirigiese tambien allí por Ceva y Cherasco. Una vez reunidos estos tres cuerpos, debian pasar de Alejandría á Plasencia. Al general Ott, que volvia de Génova, le ordenó que bajase directamente sobre Plasencia, por la Bochetta y Tortona. Un cuerpo de infantería desembarazado de todo lo que detiene la marcha de un ejército, recibió la órden de dirigirse mas directamente á aquel punto por el camino de Robbio, que se extiende á la orilla del valle de la Trebbia. En fin, el general Oreilly, que se hallaba ya en los alrededores de Alejandría con un fuerte destacamento de caballería, recibió instrucciones para que, sin aguardar la concentracion de las tropas del alto Piamonte, se trasladase á Plasencia con toda la velocidad de sus caballos. El pequeño cuerpo, aventurado en Toscana, recibió tambien la órden de dirigirse á aquel punto por el ducado de Parma y el camino de Fiorenzuola. Así, mientras que la principal parte del ejército austriaco se concentraba sobre Alejandría para marchar desde allí á Plasencia, los cuerpos que se hallaban mas próximos á esta ciudad tenian la órden de dirigirse á ella en línea recta y al momento.

El general Bonaparte procura como el general austriaco, apoderarse de Plasencia.

Mas era dudoso se pudiese ganar por la mano al general Bonaparte en operacion tan importante. Habia perdido este en Milan cinco ó seis dias en reunir los cuerpos que habian llegado por el San Gotardo: tiempo precioso porque Génova habia sucumbido en aquel intervalo. Pero ahora que el general Moncey con las tropas sacadas de Alemania, habia pasado el San Gotardo, iba á no perder un minuto. Situado en el camino por donde pasaban los correos que desde Viena dirigian á Turin á M. de Mélas y los despachados por M. de Mélas desde Turin á Viena, estaba iniciado en todos los pensamientos del gobierno imperial. Habia leido, por ejemplo, los singulares despachos en que tranquilizando M. de Thugut al general austriaco, le recomendaba permaneciese sosegado, que no se apartase de su objeto por la fábula del ejército de reserva, y que se apoderase pronto de Génova y de la línea del Var, con el fin de poder mandar un cuerpo destacado al socorro del mariscal de Kray, estrechado en Ulma. Tambien habia leido los despachos de M. de Mélas, llenos al principio de confianza, y despues de turbacion y de inquietud. La alegría que al leerlos sintió, se vió, sin embargo, turbada el 8 de Junio, porque supo por aquella misma correspondencia, que Massena se habia visto obligado á entregar á Génova el dia 4. Por lo demás, en nada cambiaba esta noticia su plan de campaña; pues queriendo presentarse á espaldas del enemigo para envolverle, y forzarle á rendir las armas, la Italia y la ciudad de Génova quedaban, si lo conseguia, reconquistadas de un solo golpe. El inconveniente verdaderamente grave que resultaba de la toma de Génova, consistia en tener encima las tropas disponibles del general Ott: pero el despacho interceptado traia en sí mismo el consuelo, porque decia que el ejército de Massena no habia quedado prisionero de guerra. De modo que si por una parte iban á bajar del Apenino tropas austriacas bastante considerables, por la otra debian tambien bajar de las mismas montañas en seguimiento de ellas, tropas francesas con las cuales no se contaba al principio.

El general Bonaparte intercepta todos los correos austriacos.

Como Génova habia ya abierto sus puertas, no le apremiaba tanto al primer Cónsul la necesidad de batirse con M. de Mélas; pero sí, la de ocupar la línea del Pò desde Pavía hasta Plasencia y Crémona; y tomaba para apoderarse de estos importantes puntos, y especialmente del de Plasencia, disposiciones tan activas como las del mismo M. de Mélas. Mientras se ocupaba en Milan en reunir las tropas llegadas de los diversos puntos de los Alpes, dirigia hácia el Pò las tropas que habian venido con él, por el San Bernardo. Lannes con la division de Watrin, se habia apoderado ya de Pavía, teniendo el encargo de pasar el Pò un poco mas abajo de su reunion con el Tessino, es decir por Belgiojoso. Murat con las divisiones de Boudett y de Monnier recibió la órden de pasarle por Plasencia; y Dubesme, con la division de Loison por Crémona.

Lannes pasa el Pô por Belgiojoso.

El 6 de Junio habiéndo reunido Lannes; en el Tessino junto á Pavia, todas las barcas disponibles, las condujo al Pô, y llegadas entre Belgiojoso y San Cipriano, dió principio al paso. El general Watrin, que se hallaba á sus órdenes, pasó el rio con un destacamento; mas apenas llegó á la orilla derecha tuvo que hacer frente á las tropas que habian salido de Valencia y de Alejandria para ir rápidamente sobre Plasencia. Corrió el peligro de ser arrojado al rio, pero el general Watrin se mantuvo firme hasta que, yendo y viniendo las barcas, le llevaron refuerzo, quedando al fin dueño del terreno. El resto de la division de Watrin, conducido por Lannes, pasó en seguida el Pô y tomó posesion un poco mas allá, amenazando la carretera de Alejandria á Plasencia.

Murat se apodera de Plasencia.

El mismo dia llegaba Murat á Plasencia. Se hallaban en esta ciudad todas las administraciones austriacas, y algunos centenares de hombres para custodiarlas. A la aproximacion del peligro, el gefe austriaco hizo armar de cañones la cabeza del puente de Plasencia, situada en la orilla izquierda del Pô, y trató de defenderse, aguardando á que llegasen en su socorro los cuerpos que se adelantaban por todos lados. La vanguardia de la division de Monnier que creia presentarse ante una posicion sin defensa, fue recibida con un horrible fuego de metralla, y no pudo apoderarse de aquella posicion acometiéndola de frente. Aguardó, pues, al otro dia, para ejecutar un ataque en regla.

Al siguiente dia 7, el general Oreilly que habia recibido de M. de Mélas la órden de correr de Alejandria á Plasencia, llegó con su caballeria. Los demas cuerpos austriacos, asi el que subia de Parma por Fiorenzuola, como el que bajaba con el general Gottesheim por Bobbio, y el que venia con el general Ott por Tortona, no habian llegado todavia. El general Orcilly con solo sus escuadrones no estaba en defender á Plasencia, y aquellas pocas tropas que habian querido resistirse en la cabeza del puente, habian perdido una cuarta parte de sus fuerzas. En aquella situacion el comandante austriaco mandó retirar la artillería y cortar el puente de Plasencia, establecido sobre barcas; y cuando el general Boudet corria para reparar el descalabro de la vispera, encontró la cabeza del puente libre, y destruido el mismo puente. Pero quedaba una parte de las barcas que habian servido para construirle, de las que se apoderó Murat, y por su medio hizo pasar en desembarcos sucesivos á la otra orilla del Pô, un poco mas abajo de Nocetto, la brigada de Monnier. Esta brigada se arrojó sobre Plasencia, y penetró en ella, despues de un combate bastante empeñado. El general Oreilly se apresuró á retroceder para llegar á tiempo de salvar el parque de artilleria, que remitido desde Alejandria, estaba expuesto á caer en manos de los franceses, si se presentaba delante de Plasencia. En efecto volvió atras bastante pronto para impedir que aquel parque cayese en las manos de Murat ó en las de Lannes. Tuvo que dar mas de una carga de caballeria contra las avanzadas de Lannes, que habian pasado el Pô por Belgiojoso, pero pudo desembarazarse, y dió contra-órden al parque, que se encerró en Tortona. Mientras que el general Oreilly volvia atras hácia Alejandria, pasando con fortuna por medio de nuestras avanzadas, la vanguardia de la infanteria del general Gottesheim que habia bajado á lo largo de la Trebbia por Bobbio se presentaba al frente de Plasencia. Era el regimiento de Klébeck el que de este modo venia á estrellarse contra toda la division de Boudet. Aquel desgraciado regimiento combatido por fuerzas superiores, perdió un gran número de hombres que quedaron prisioneros, y se replegó en desórden sobre el cuerpo principal de Gottesheim, al que precedia. Asustado el general Gottesheim de aquella refriega repentina, volvió á subir á toda prisa por las pendientes del Apenino, para dirigirse atravesando las montañas, á Tortona y Alejandria, lo que le expuso á andar errante varios dias. Por último, el regimiento que venia de Toscana por el camino de Parma y de Fiorenzuola, llegaba aquel mismo dia á los arrabales de Plasencia. Este cuerpo destacado sufrió una nueva derrota, porque cayendo de improviso en medio de un ejército enemigo, fue re-

Todos los cuerpos austriacos son rechazados de Plasencia.

chazado en desórden sobre el camino de Parma. De esta suerte, de los cuatro cuerpos que marchaban sobre Piasencia, tres de ellos, aunque ciertamente los menos importantes, habian sido arrollados y huian, dejando muchos prisioneros. El cuarto y el mas considerable, el del general Ott, teniendo que dar un rodeo mas grande, aun estaba algo retirado é iba á encontrarse con Lannes al frente de Belgiojoso. En aquel momento eran los franceses dueños del Pò, y poseian los dos principales pasos; el de Belgiojoso cerca de Pavia, y el mismo de Plasencia. Pronto ocuparon un tercero, porque al dia siguiente el general Duhesme á la cabeza de la division de Loison se apoderó de Cremona, batiendo á un destacamento que el general Wukassowich habia dejado al retirarse, haciéndole 2,000 prisioneros y recogiendo mucho material.

Los franceses quedan dueños de todos los pasos del Pò.

El general Bonaparte dirigia desde Milan todas estas operaciones. Habia enviado á Berthier á las orillas del Pò, y dia por dia, y á veces hora por hora, le prescribia en su incesante correspondencia los movimientos que se habian de ejecutar.

Si bien apoderándose del Pò, desde Pavia á Plasencia, quedaba el general Bonaparte dueño de la línea de retirada que probablemente debia seguir M. de Mélas, no se habia, sin embargo, conseguido todo, porque lo que hacia que el camino de Plasencia fuese para los austriacos la verdadera línea de retirada, era la presencia de los franceses detras del Tessino y en las cercanías de Milan. En efecto, en aquella posicion cerraban los franceses el paso que se hubieran podido abrir los austriacos atravesando el Pò entre Turin y Valencia; pero ahora, si los franceses querian pasar el Pò entre Pavia y Plasencia y abandonaban á Milan para ir en busca de M. de Mélas, debilitaban el Tessino; lo que podria infundir á M. de Mélas la idea de pasar, bien por Turin ó por Casales, ó por Valencia; de atravesar por nuestra retaguardia abandonada, y quizas por la ciudad de Milan, y devolvernos sobre poco mas ó menos lo que les habiamos hecho al bajar de los Alpes.

No era tampoco imposible que decidiéndose M. de Mélas á sacrificar una parte de sus bagajes y de artillería de grueso calibre, que tambien podia dejar en las plazas del Piamonte, retrocediese hácia Génova, y subiendo por Tortona y Novi hasta la Bochetta, bajase desde allí al valle de la Trebbia, para caer sobre el Pò mas abajo de Plasencia, en los alrededores de Crémona ó de Parma, y lograse por medio de este rodeo llegar á Mantua y á los estados austriacos. Aquella marcha al través de la Liguria y de los estribos del Apenino, la misma que acababa de prescribir al general Gottesheim, era la menos probable, porque presentaba grandes dificultades, y traia consigo el sacrificio de una parte del material; pero en rigor era posible, y debia preveerse como las otras. El general Bonaparte empleó todos sus cuidados para precaverse contra todos estos diversos eventos; y quizás no haya en la historia un ejemplo de disposiciones tan hábiles, y concebidas con tanta profundidad, como las que imaginó en aquella ocasion decisiva.

Se necesitaba resolver el triple problema de cerrar con una barrera de hierro el camino principal que va directamente desde Alejandria á Plasencia; de ocupar, de manera que se pudiese acudir allí en caso necesario, el otro, que por el Pò superior cae sobre el Tessino; y por último permanecer en estado de bajar á tiempo sobre el Pò inferior, si procurando los austriacos escaparse por la parte opuesta del Apenino, querian pasar el rio mas abajo de Plasencia hacia Crémona ó Parma. Meditando sin cesar el general Bonaparte sobre el mapa de Italia para buscar un punto que llenase aquellas tres condiciones, hizo una eleccion digna de ser eternamente admirada.

Ultimas disposiciones del general Bonaparte para envolver á los austriacos.

Si se examina la direccion de la cordillera de los Alpes, se verá que á consecuencia del circuito que forma para abarcar el golfo de Génova, sube hácia el Norte, formando estribos que vienen á estrechar muy de cerca al Pò desde la posicion de Stradella hasta los alrededores de Plasencia. En toda aquella parte del Piamonte y del ducado de Parma, el pié de las alturas se aproxima al rio hasta el punto de no dejar mas que un sitio muy estrecho á la carretera de Plasencia. Es difícil desalojar á

un ejército situado delante de la Stradella, á la entrada de una especie de desfiladero de muchas leguas de largo, con la izquierda sobre las alturas, el centro en la carretera y la derecha á lo largo del Pó y en los terrenos cenagosos que le rodean. Es necesario añadir que el camino está lleno de villas y de aldeas, cuyos edificios son de cal y canto, y capaces de resistir á la artillería. Esta posicion presentaba, pues, ademas de sus ventajas naturales, la de inutilizar las numerosas fuerzas de caballería y de artillería que contaba el ejército austriaco.

Posicion de la Stradella ocupada por el primer Cónsul.

Tenia ademas otras ventajas especiales. Muy cerca de aquella posicion es donde vienen á juntarse los afluentes de la otra ribera del Pó, cuya ocupacion es mas importante, tales como el Tessino y el Adda. Asi, pues, el Tessino se reune al Pó un poco mas abajo de Pavia, y mas arriba de Belgiojoso casi en frente de la Stradella, á unas dos leguas lo mas de distancia. El Adda, siguiendo su curso mas allá, tarda mas en reunirse al Pó, viniendo á entrar en él entre Plasencia y Crémona. Ya se comprenderá, que situado el general Bonaparte en la Stradella, y dueño de los puentes de Belgiojoso, de Plasencia y de Crémona, estaba en posesion de los puntos mas importantes, porque cerraba el camino principal de Alejandría á Plasencia, y podia al mismo tiempo, verificando una marcha forzada, correr sobre el Tessino, ó bajar el Pó hasta Crémona y volar hácia el Adda, que guardaba sus espaldas contra el cuerpo de Wukassowich.

En aquella especie de enrejado ó cruzamiento formado por el Apenino, el Pó, el Tessino y el Adda, fue donde distribuyó sus fuerzas el primer Cónsul. Resolvió desde luego dirigirse á la Stradella con los 30,000 soldados mejores de su ejército, que componian las divisiones de Watrin, Chambarlhac, Gardanne, Boudet y Monnier, á las órdenes de Murat, Victor y Lannes, y ocupar la posicion que hemos descrito, la izquierda en las montañas, el centro en el camino real y la derecha á lo largo del Pó. La division de Chabran que habia venido por el pequeño San Bernardo, encargada de ocupar al momento á Ivréa, fue mandada en seguida á Verceil, con órden de replegarse sobre el Tessino, en caso de aproximarse el enemigo. La division de Lapoype, que habia bajado del San Gotardo, fué situada sobre el mismo Tessino en los alrededores de Pavia. Eran estos 9 á 10,000 hombres que debian replegarse los unos sobre los otros, disputar el paso del Tessino á todo trance, y dar tiempo al general Bonaparte para que acudiese á su socorro en una marcha. El destacamento del Simplon á las órdenes del general Bethencourt, guardaba, hácia Arona, el camino del San Gotardo, retirada del ejército frances en caso de un revés; la division de Gilly debia custodiar á Milan, pues asi lo hacia necesario la presencia de una guarnicion austriaca en el castillo de dicha ciudad; estos dos objetos entretenian á 3 ó 4,000 hombres. Por último, la division de Lorges, llegada de Alemania, tenia órden de establecerse en Lodi sobre el Adda. La division de Loison, que formaba parte del ejército de reserva, estaba encargada, bajo las órdenes del general Duhesme, de defender á Plasencia y Crémona: componiendo un total de 10 á 11,000 hombres la fuerza empleada en estos dos últimos puntos.

Tal era la distribucion de los cincuenta y tantos mil soldados, de que podia disponer el general Bonaparte en aquel momento: 32,000 estaban en el punto central de la Stradella, 9 á 10,000 sobre el Tessino; 3 ó 4,000 en Milan y Arona y por último, 10 ú 11,000 en el curso inferior del Pó y del Adda; todos colocados de manera que pudieran sostenerse recíprocamente con cuanta prontitud era posible. En efecto, á un aviso que llegase del Tessino podia el general Bonaparte correr en una sola marcha al socorro de los 10,000 franceses que le guardaban, invirtiendo el mismo espacio de tiempo para bajar sobre Plasencia y Crémona, á un aviso que le llegase del Pó inferior, mientras el general Loison defendia el paso del rio. Ademas, estas fuerzas de uno y otro lado podian dirigirse sobre la Stradella y reforzar al general Bonaparte en tan corto tiempo como aquel podia emplear en juntarse á ellas.

El general Bonaparte parecia abandonar aquí su principio ordinario de concentrar sus fuerzas en vísperas de una gran batalla. Si semejante concentracion pasa por una obra maestra del arte,

cuando se verifica con oportunidad, en el momento de una accion decisiva y en el caso en que dos adversarios marchen uno contra el otro, no sucede asi cuando uno de ellos quiere evadirse, pues entonces el arte consiste en asegurarle ántes de combatirle, y en este caso se hallaba el general Bonaparte. En efecto, le era preciso tender una red alrededor del ejército austriaco, y que esta red fuese bastante fuerte para detenerle, porque si no hubiera tenido sobre el Tessino ó sobre el Pô inferior mas que vanguardias, propias á lo mas para dar un aviso, pero no para cerrar el paso al enemigo, no se conseguia el objeto. Se necesitaban en todos los puntos fuerzas capaces de avisar la llegada de los austriacos, y de detenerlos, conservando en el centro un cuerpo principal, pronto á correr á cualquier parte con fuerzas decisivas. No podia, pues, combinarse con mas profundidad el empleo de sus fuerzas, ni modificar mas hábilmente la aplicacion de sus propios principios, que lo hizo el general Bonaparte en aquella ocasion. En su manera de aplicar, segun las circunstancias, un principio verdadero pero general, es en donde se reconoce á los hombres de accion extraordinarios.

Decidido este plan, dió, conforme á él, sus órdenes el general Bonaparte. Lannes, con la division de Watrin, habia sido mandado á la Stradella por Pavia y Belgiojoso. Importaba que las divisiones de Chambarlhac, Gardanne, Monnier y Boudet, dirigidas á Plasencia, viniesen en su apoyo antes que los cuerpos austriacos, que rechazados de Plasencia iban á reunirse al general Ott, hácia Tortona, tuviesen tiempo de caer sobre él. Esto es lo que el general Bonaparte habia previsto con su prodigiosa sagacidad. No pudiendo dejar á Milan hasta el dia 8, para trasladarse el 9 á la Stradella, hizo llegar á manos de Berthier, Lannes y Murat las instrucciones siguientes:—Concentraos, les decia, en la Stradella. El dia 8 ó el 9 á mas tardar, caerán sobre vosotros los 15 ó 18,000 austriacos que vienen de Génova. Salid á su encuentro y derrotadlos. Estos serán otros tantos enemigos menos que combatir el dia de la batalla decisiva, que nos aguarda con todo el ejército de M. de Mélas.—

Prevision del general Bonaparte.

Dadas estas órdenes salió el 8 de Milan para pasar el Pô en persona, y hallarse en la Stradella al siguiente dia.

Imposible era adivinar con mas exactitud los movimientos del enemigo. Hemos dicho hace poco que tres destacamentos austriacos se habian presentado inútilmente al frente de Plasencia; que el destacamento llegado de Toscana por Fiorenzuola, habia sido rechazado; que el del general Gottesheim, que habia bajado con la infantería por el valle de la Trebbia acababa de ser arrollado sobre aquel valle; y en fin, que el general Oreilly que habia acudido desde Alejandria con la caballeria, se habia visto obligado á volver hácia Tortona. Pero el general Ott por su parte, marchando con el cuerpo principal por el camino de Génova á Tortona, llegaba á la Stradella el 9 de Junio por la mañana, segun lo habia previsto el general Bonaparte. Traia á su vanguardia á los generales Gottesheim y Oreilly, á quienes habia encontrado en retirada, y queria dar un ataque vigoroso sobre Plasencia, no imaginándose que el ejército frances pudiese estar escalonado casi todo en el desfiladero de la Stradella. Con las tropas que se le acababan de agregar tenia de 17 á 18,000 hombres. Lannes no habia podido reunir en la mañana del dia 9 mas que 7 ú 8,000; pero, gracias á los reiterados avisos del general en gefe, iban á reunírsele otros 5 ó 6,000 durante el dia. El campo de batalla era el que hemos descrito. Lannes se presentaba con la izquierda sobre las alturas del Apenino, el centro sobre la calzada hácia la aldea de Casteggio, y la derecha en la llanura del Pô. Habia cometido la falta de situarse mucho mas adelante de la Stradella, hácia Casteggio y Montebello, allí donde el camino cesa de formar un desfiladero, por la estension de la llanura. Pero llenos los franceses de confianza, aunque inferiores en número, eran capaces de hacer los mayores esfuerzos, sobre todo, hallándose bajo las órdenes de un gefe como Lannes, que poseia hasta el mas alto grado el arte de atraerlos.

Batalla de Montebello, dada el 9 de Junio.

Posicion de Lannes en Montebello.

Dirigiendo Lannes vigorosamente sobre Casteggio á la division de Watrin rechazó las avanzadas de Oreilly. Su plan

consistia en apoderarse de Casteggio, situado delante de él en el camino, ya atacándole de frente ó bien dando un rodeo por la llanura del Pò por un lado, ó por las asperezas del Apenino por otro. La numerosa artilleria de los austriacos colocada en el camino barria el terreno en todas direcciones. Dos batallones del 6.° de ligeros se esforzaron por apoderarse de aquella mortifera artilleria envolviéndola por la derecha, mientras que el tercero del 6.° y el regimiento 40 entero se esforzaban por ganar los repechos vecinos situados á su izquierda, y el resto de la division de Watrin marchaba sobre el mismo Casteggio donde se hallaba el centro del enemigo. Un combate encarnizado se trabó por todas partes. Ya estaban los franceses próximos á apoderarse de las posiciones atacadas, cuando acudió el general Gottesheim con su infanteria para apoyar á Oreilly, y arrolló á los batallones que habian trepado á las alturas. Lannes sostuvo sus tropas bajo un fuego espantoso, impidiendo que cediesen al número: sin embargo, iban á sucumbir cuando llegó la division de Chambarlhac que hacia parte del cuerpo del general Victor. El general Rivaud á la cabeza del 43 trepó de nuevo á las alturas, sostuvo los batallones franceses que acababan de ser rechazados, y logró mantenerse en ellas despues de inauditos esfuerzos. En el centro, es decir, en la carretera, vino el 96 á auxiliar al general Watrin en su ataque contra la villa de Casteggio; y el 24 desplegándose á la derecha en la llanura, trató de rodear la izquierda del enemigo, con el fin de inutilizar los fuegos de su artilleria. Mientras se verificaba este esfuerzo combinado sobre las alas, el valiente Watrin tuvo que sostener un encarnizado combate en Casteggio, perdiendo y volviendo á ganar dicha villa repetidas veces. Pero Lannes, presente á todo, dió el impulso decisivo. Cumpliendo sus órdenes permaneció el general Rivaud á la izquierda dueño de las alturas, y habiéndolas atravesado bajó por detrás de Casteggio: las tropas dirigidas por la derecha hácia la llanura lograron dar la vuelta á la villa tanto tiempo disputada, y unos y otros marcharon hácia Montebello, mientras que haciendo el general Watrin el último esfuerzo contra el centro enemigo, le derrotaba y pasaba al fin mas allá de Casteggio. Encontrándose en aquel momento rechazados los austriacos por todas partes, huyeron hácia Montebello dejando en nuestras manos un número considerable de prisioneros.

La accion habia durado desde las once de la mañana hasta las ocho de la noche. Los austriacos del bloqueo de Génova, acostumbrados por Massena á los mas rudos combates, eran los que se hallaban en las llanuras del Piamonte luchando con desesperacion para abrirse paso. Estaban secundados por una numerosa artilleria, y habian desplegado un valor mas que comun. El primer Cónsul llegó en el mismo momento en que se concluia la batalla, de la que tan bien habia previsto el lugar y el dia. Encontró á Lannes cubierto de sangre, pero ébrio de alegria, y á las tropas gozosas por su triunfo, y abrigando, como él ha dicho despues, el sentimiento de haberse portado bien. Los quintos se habian mostrado dignos de rivalizar con los soldados veteranos: habiamos hecho 4000 prisioneros, y herido ó muerto mas de 3000 hombres. Muy dificil nos habia sido ganar la victoria, pues 12,000 combatientes á lo mas, habian luchado contra 18,000.

Tal fue la batalla de Montebello que dió á Lannes y á su familia el título que la distingue entre las familias francesas de aquella época: ¡título glorioso que deben llevar sus hijos con orgullo!

Este primer encuentro era un buen preludio que anunciaba á M. de Mélas que no se abriria con mucha facilidad el camino delante de él. Debilitado el general Ott en 7000 hombres se retiró consternado sobre Alejandria. El ánimo y aliento del ejército francés llegaron al mas alto grado de exaltacion.

El primer Cónsul se apresuró á reunir sus divisiones, y á cubrir con fuerzas considerables el camino de Alejandria á Plasencia, que segun todas las probabilidades debia seguir M. de Mélas. Habiéndose adelantado Lannes demasiado, el primer Cónsul retrogradó un poco hasta el mismo punto llamado la Stradella, porque hallándose por este sitio mas estrecho el desfiladero por la aproximacion de las alturas y del rio, hace la posicion mas segura.

El primer Cónsul aguarda en la Stradella los movimientos de los austriacos.

Los dias 10 y 11 de Junio se pasaron en observar los movi-

mientos de los austriacos, en concentrar el ejército, en hacerle descansar de sus rápidas marchas, y en organizar lo mejor que fue posible la artillería, porque hasta entónces no se habian podido reunir en aquel punto mas que 40 piezas de campaña.

Llegada de Desaix al cuartel general.

El 11 se vió llegar al cuartel general á Desaix que era uno de los generales mas distinguidos de aquella época, pues quizás igualaba en talentos militares á Moreau, Massena, Kleber y Lannes, sobrepujando á todos por las raras perfecciones de su carácter. Venia del Egipto, donde Kleber acababa de cometer faltas políticas que pronto tendremos el sentimiento de contar, y que en vano habia tratado Desaix de prevenir; volviendo á Europa para no presenciar su triste espectáculo. Pero por otro lado aquellas faltas habian sido reparadas despues de un modo glorioso. Detenido Desaix cerca de las costas de Francia, habia sido tratado por los ingleses de una manera odiosa, y llegaba indignado y solicitando vengarse con las armas en las manos. Amaba al primer Cónsul con cierta pasion, y movido este por el afecto de un corazon tan noble, le correspondia con la amistad mas viva que sintió en su vida. Pasaron toda una noche juntos, contándose los acontecimientos de Egipto y de Francia, y al momento le confirió el primer Cónsul el mando de las divisiones de Monnier y de Boudet reunidas.

El primer Cónsul sale de la Stradella para marchar al encuentro del enemigo.

Al dia siguiente 12 de Junio sorprendido el general Bonaparte de no ver asomar á los austriacos, no pudo dejar de concebir algunos temores. Admirado de que en semejante situacion, vacilase aun M. de Mélas, perdiendo tiempo y dejando que se cerrasen todas las salidas en torno suyo, juzgando, por sí mismo, demasiado bien de su adversario, se dijo que M. de Mélas no habia podido perder tan preciosas horas, y que debia haberse escapado, bien subiendo hácia Génova, ó bien pasando el Pô superior, para forzar el paso del Tessino. Cansado de esperar, abandonó el 12 despues del medio dia su posicion de Stradella, y se adelantó seguido de todo su ejército hasta la altura de Tortona. Ordenó el bloqueo de esta plaza y estableció su cuartel general en Voghera. El 13 por la mañana pasó el Scrivia y desembocó en la inmensa llanura que se extiende entre el Scrivia y el Bormida, conocida hoy con el nombre de la llanura de Marengo. Es la misma en que algunos meses antes le representaba su previsora imaginacion una gran batalla con M. de Mélas. Alejado en este sitio el Pô del Apenino, deja vastos espacios, por los cuales corren ya menos rápidas las aguas del Tanaro y del Bormida, las cuales se juntan cerca de Alejandria, entrando en seguida en el lecho del Pô. Costeando la carretera el pie del Apenino hasta Tortona, se separa de él frente de esta plaza; vuelve hácia la derecha, pasa el Scrivia y desemboca en una vasta llanura. La atraviesa primero por una aldea llamada San-Giuliano, pasa en seguida por otra llamada Marengo, y por último atraviesa el Bormida, y va á salir á la célebre fortaleza de Alejandria.—Si el enemigo quisiera seguir la carretera de Plasencia á Mantua me aguardaria aquí, se dijo el general Bonaparte; aquí su numerosa artillería y su excelente caballería tendrian grandes ventajas, y combatirian con todos sus recursos reunidos.—Hecha esta reflexion, para confirmarse mas el general Bonaparte en sus conjeturas, mandó que reconociese el campo la caballería ligera, la cual no encontró ni una sola partida de austriacos. Hácia la caida de la tarde, mandó adelantar hasta Marengo al cuerpo del general Victor, compuesto de las divisiones de Gardanne y de Chambarlhac. En aquel punto se hallaba el destacamento de Oreilly que defendió un momento la aldea de Marengo, y la abandonó en seguida volviendo á pasar el Bormida. Un reconocimiento mal hecho dió tambien lugar á creer que el enemigo no tenia ningun puente sobre el Bormida.

Llanura de Marengo.

No se encuentra á un solo enemigo en la llanura.

Segun todas las señales, no le quedó duda al general Bonaparte de que M. de Mélas se le habia escapado, porque no hubiera abandonado este la llanura, y sobre todo la aldea de Marengo que forma la entrada, si hubiera querido atravesarla para presentar la batalla

El primer Cónsul cree que los austriacos se le han escapado.

y conquistar el camino de Alejandria á Plasencia. Engañado por esta reflexion tan exacta, el general Bonaparte dejó al general Victor con sus dos divisiones en Marengo; escalonó en la llanura á la division de Watrin, que estaba á las ordenes de Lannes, y corrió á su cuartel general de Voghera para adquirir noticias del general Moncey situado en el Tessino, y del general Duhesme situado sobre el Pô inferior, y saber asi lo que habia sido de M. de Mélas. Oficiales de estado mayor, despachados de todos aquellos puntos, debian traerle á su cuartel general las nuevas que adquiriesen. Pero el Scrivia habia salido de madre, y afortunadamente se vió obligado á detenerse en Torre-di-Garofolo. Las noticias recibidas del Tessino y del Pô que llegaron aquel mismo dia, anunciaban que todo estaba allí tranquilo: nada habia intentado M. de Mélas por aquel lado. ¿Donde podia hallarse?..... El general Bonaparte pensó que habria subido hácia Génova por Novi, con el fin de pasar al valle de la Trebbia y caer sobre Crémona. Parecia, en efecto, que no hallándose en Alejandria ni en marcha sobre el Tessino no habia podido tomar otro partido. Tambien era de suponer que, siguiendo M. de Mélas el ejemplo de Wurmser en Mantua iria á encerrarse en Génova, donde provisto de víveres por los ingleses, y con una guarnicion de 50000 hombres, tendria medios de prolongar la guerra. Apoderándose con vehemencia estas ideas de la mente del primer Cónsul, mandó á Desaix marchase sobre Rivalta y Novi con solo la division de Boudet. Efectivamente para dirigirse M. de Mélas de Alejandria á Génova tenia que pasar por Novi.

No obstante, por un dichoso presentimiento dejó de reserva en el cuartel general la division de Monnier, que era la segunda de Desaix, y lo previó todo en cuanto le fue posible, dejando á Victor en Marengo con dos divisiones, á Lannes con una en la llanura, y á Murat á sus flancos con toda la caballeria. Si se piensa en la distribucion general de las fuerzas francesas en aquel momento, repartidas, parte sobre el Tessino, parte sobre el Pô inferior y el Adda, y parte en el camino de Génova, por fuerza ha de estrañarse su diseminacion; pero esto era una consecuencia forzosa de la situacion general y de las circunstancias del dia.

El 13 en la noche, víspera de una de las grandes batallas que refiere la historia, el general Bonaparte pernoctó en el pueblo de Torre-di-Garofolo, y durmió, esperando recibir noticias al otro dia.

Deliberaciones en el cuartel general austriaco.

Mientras tanto reinaba en Alejandria la mayor confusion. El ejército austriaco estaba desanimado. Acababa de reunirse un consejo de guerra, y ninguna de las resoluciones que temia el general frances habia sido adoptada. Habian pensado, si, retirarse por el Pô superior y el Tessino ó encerrarse en Génova; pero los generales austriacos, en su calidad de valientes, habian preferido seguir los consejos del honor.—Despues de todo, habian dicho, hace diez y ocho meses que combatimos como buenos soldados: habiamos reconquistado la Italia, y marchábamos hácia las fronteras de Francia; nuestro gobierno nos impulsaba hácia ellas: ayer mismo nos comunicaba la órden de ir: á él le pertenecia advertirnos del peligro que amenazaba á nuestra espalda. Si hay error en nuestra situacion, el error es suyo. Todos los medios propuestos para evitar el encuentro del ejército frances son complicados, dificiles, y azarosos: solo hay un partido sencillo y honroso y es el de hacernos paso. Mañana debemos abrirnos camino á costa de nuestra sangre. Si lo logramos, ganaremos, despues de una victoria, el camino de Plasencia y de Mantua; si nó, despues de haber cumplido nuestro deber, la responsabilidad de nuestro desastre pesará sobre otros.

El primer Cónsul no habia imaginado que en semejantes circunstancias pudiera perderse tanto tiempo en deliberar. Pero nadie le igualaba en la prontitud de sus determinaciones; y M. de Mélas estaba en una posicion bastante desgraciada para no perdonarle las crueles perplejidades que retardaban su definitiva resolucion. Al adoptar el partido de presentar la batalla, se conducia el general austriaco como un soldado de honor, pero podia censurársele haber dejado 25,000 hombres en las plazas de Coni, Turin, Tortona, Génova, Acqui, Gavi y Alejandria, sobre todo despues de las pérdidas que acababa de experimentar el general Ott en Montebello. Con 25,000 hombres en las plazas, 3000 en

Toscana y 12,000 entre Mantua y Venecia, le quedaban solo 40,000 hombres que presentar en el campo de batalla, donde iba á decidirse la suerte de la guerra. ¡He aqui en lo que habia quedado aquel brillante ejército de 120,000 hombres, que debia al principio de la campaña forzar las fronteras meridionales de la Francia! 40,000 habian perecido, 40,000 estaban diseminados, y 40,000 iban á combatir para escaparse de las horcas caudinas; pero entre estos últimos se hallaba una poderosa caballeria y 200 cañones.

M. de Mélas se decide á dar la batalla.

Quedó decidido que al dia siguiente todo el ejército desembocaria por los puentes del Bormida, porque habia dos cubiertos por una misma cabeza de puente, á pesar de las falsas noticias dadas al general Bonaparte; que el general Ott á la cabeza de 10,000 hombres la mitad de caballeria y la otra mitad de infanteria, desembocaria por el Bormida y volviendo á la izquierda se dirigiria á una aldea llamada Castel-Ceriolo; que los generales Haddik y Kaim á la cabeza del grueso del ejército, compuesto de unos 20,000 hombres se apoderarian de la aldea de Marengo, que da entrada á la llanura, y que el general Oreilly con 5 ó 6000 soldados, tomaria á la derecha subiendo por el Bormida. Una numerosa artilleria debia sostener aquel movimiento. Un destacamento bastante considerable, especialmente de caballeria, quedó á espaldas de Alejandria, sobre el camino de Acqui, para observar las tropas de Suchet, de cuya llegada tenian vagas noticias.

Batalla de Marengo dada el 14 de Junio de 1800.

Ya hemos descrito la vasta llanura de Marengo, que se halla atravesada en toda su extension por la carretera de Alejandria á Plasencia, y se encuentra encerrada entre el Scrivia y el Bormida. Viniendo los franceses de Plasencia y del Scrivia, encontraban primero á San Giuliano, y despues, á unos tres cuartos de legua lo mas, á Marengo; que tocaba casi el Bormida, y que formaba la principal desembocadura que tenia que conquistar el ejército austriaco para salir de Alejandria. Entre San Giuliano y Marengo se prolongaba en linea recta el camino que se iba á disputar, y á ambos lados se extendia una llanura cubierta de trigo y de viñedos. Mas abajo de Marengo, á la derecha de los franceses y á la izquierda de los austriacos, se encontraba Castel-Ceriolo pueblo considerable, por el cual debia pasar el general Ott con el fin de rodear al cuerpo del general Victor situado en Marengo. Sobre Marengo, pues, iba á dirigirse el principal ataque de los austriacos, porque esta aldea daba entrada á la llanura.

Los austriacos pasan el Bormida.

Al apuntar el dia pasó el ejército austriaco los dos puentes del Bormida. Pero su movimiento fue lento porque no habia mas que una cabeza de puente por donde pudiese desembocar. Oreilly pasó el primero, y encontró á la division de Gardanne, á quien el general Victor habia llevado mas adelante despues de ocupar á Marengo. Formaban esta division la 101 y la 44 medias brigadas. Apoyado Oreilly por una numerosa artilleria, y teniendo fuerzas dobles la obligó á replegarse y á encerrarse en Marengo. Por fortuna no la siguió, aguardando que el centro á las órdenes del general Haddick pudiese sostenerle. La lentitud de la marcha á través del desfiladero formado por los puentes hizo perder dos ó tres horas á los austriacos. Al fin los generales Haddick y Kaim se desplegaron á retaguardia de Oreilly, y el general Ott pasó por aquellos mismos puentes para dirigirse á Castel-Ceriolo.

Al momento reunió el general Victor sus dos divisiones para defender á Marengo, y envió á decir al primer Cónsul que todo el ejército austriaco se adelantaba con evidente intencion de dar una batalla.

Un obstáculo del terreno vino á secundar muy oportunamente el valor de nuestros soldados. Mas allá de Marengo, entre los austriacos y los franceses, habia un arroyo profundo y cenagoso llamado el Fontanona, que corria entre Marengo y el Bormida, desaguando en este rio un poco mas abajo. Victor situó á su derecha, es decir, en la aldea de Marengo á las 101 y 44 medias brigadas, á las órdenes del general Gardanne; á la izquierda de la aldea la 24, la 43 y la 96, al mando de Chambarlhac; y un poco á retaguardia al general Kellerman con la 20, 2 y 8 de caballeria, y un es-

cuadron del 12. La restante fuerza del 12 fue enviada al Bormida superior para observar los movimientos lejanos del enemigo.

Ambos ejércitos se disputan la aldea de Marengo.

El general Haddick se adelantó hácia el arroyo, protegido por 25 piezas de artillería que metrallaban á los franceses, y se arrojó con valentía en el cauce del Fontanona á la cabeza de la division de Bellegarde. Saliendo al punto el general Rivaud (1) del abrigo de la aldea con la 44 y la 101, hizo fuego á quema ropa sobre los austriacos que querian desembocar por allí; empeñándose un combate de los mas violentos á la orilla del Fontanona. Haddick volvió á la carga varias veces; pero manteniéndose firme Rivaud bajo las baterías de los austriacos, detuvo con un fuego de fusilería muy de cercano al cuerpo de Haddick, y lo arrojó en desórden al otro lado del arroyo. El desgraciado general Haddick recibió una herida mortal, y sus soldados se retiraron. M. de Mélas hizo avanzar entonces á las tropas del general Kaim, y mandó á Oreilly que costease á lo largo el Bormida, y subiese hasta un sitio llamado la Stortigliona, para dar á nuestra izquierda una carga con la caballería de Pilati. Pero en aquel instante se hallaba á caballo el general Kellerman á la cabeza de su division de caballería, observando el movimiento de los escuadrones enemigos, y Lannes que habia pernoctado en la llanura á la derecha de Victor, venia á ponerse en línea entre Marengo y Castel-Ceriolo. Los austriacos hicieron un segundo esfuerzo. Las divisiones de Gardanne y de Chambarlhac formadas en semicírculo al rededor del alveo semicircular del Fontanona, estaban situadas de manera que podian hacer un fuego convergente sobre el punto de ataque, y aniquilaron con su fusilería á las tropas del general Kaim. Durante este tiempo habia logrado el general Pilati pasar por mas arriba el Fontanona á la cabeza de 2,000 caballos. El valiente Kellerman, que en aquella jornada añadió mucho á la gloria de Valmy, unida á su nombre, se precipitó sobre los escuadrones de Pilati en cuanto trataron de desembocar, los acuchilló y los precipitó en el cenagoso lecho de aquella pequeña corriente, que no hubiera podido trazar mejor el arte para cubrir la posicion de los franceses.

Aunque sorprendido nuestro ejército no tuviese en línea en aquel momento mas que á los dos cuerpos de Victor y de Lannes, es decir, de 15 á 16,000 hombres para resistir á unos 36,000; no obstante, gracias á la falta cometida en la víspera por los austriacos de no haber ocupado la villa de Marengo, falta que por otra parte les habia sido de provecho, pues engañó al general Bonaparte, tenia tiempo para aguardar á su gefe y á las reservas que habian quedado atrás ó estaban destacadas sobre el camino de Novi.

Tal era la situacion, cuando decidido M. de Mélas á intentar los últimos esfuerzos para salvar el honor y la libertad de su ejército, y perfectamente secundado por sus soldados, veteranos todos, y cuyo corazon estaba enorgullecido por las victorias de la campaña precedente, mandó acometer otra vez á la línea francesa. El general Ott que habia tardado mucho en desfilar, se hallaba en disposicion de empezar á obrar por la izquierda de los austriacos. Maniobró para darnos la vuelta, atravesó á Castel-Ceriolo y envolvió á Lannes, que situado al lado de Victor entre Marengo y Castel-Ceriolo, formaba la derecha de nuestra línea. Mientras que la columna del general Ott llamaba la atencion de Lannes, reunidos los cuerpos de Oreilly, Haddick y Kaim, se dirigieron de nuevo sobre el Fontanona, en frente de Marengo, apoyando todos sus movimientos una formidable artillería. Los granaderos de Lattermann entraron en el arroyo, lo pasaron y llegaron al borde opuesto. Situada la division de Chambarlhac á la izquierda de Marengo y sobre los flancos de los granaderos austriacos, hizo sobre ellos un fuego mortífero: sin embargo, uno de aquellos batallones de granaderos, consiguió mantenerse al otro lado del Fontanona. M. de Mélas redobló el cañoneo sobre la division de Chambarlhac, que no estaba cubierta con las casas de la aldea como la que defendia á Marengo. Mientras tanto los pontoneros austriacos construyeron de prisa un puente de caballetes. Entonces el valiente Rivaud á la cabeza de la 44, salió de la aldea de Marengo, y marchan-

(1) Olivero Rivaud.

do, á pesar de la metralla, sobre los que asaltaban aquel punto, iba á precipitarlos en el Fontanona, pero horrorosas descargas de artillería detuvieron á la 44, aniquilada en aquella obstinada lucha, y saliendo herido el mismo Rivaud. Aprovechando aquel momento, se adelantaron en masa los granaderos de Lattermann y penetraron en Marengo. Rivaud, cubierto de sangre, se puso de nuevo á la cabeza de la 44, cargó vigorosamente á los granaderos y los arrojó fuera de Marengo; pero recibido, desde que salió del abrigo de las casas, con un espantoso fuego de artillería, no pudo hacerles volver á pasar el arroyo, que tan bien habia protegido hasta entónces á nuestro ejército. Debilitado aquel valiente oficial por la sangre que perdia, y pudiéndose apenas sostener, tuvo que consentir le alejasen del campo de batalla. Mantuviéronse, pues, los granaderos austriacos en la posicion que acababan de conquistar. Al mismo tiempo fue destrozada la division de Chambarlhac, que como hemos dicho no estaba protegida por ningun abrigo y recibia la metralla á cuerpo descubierto. El general Oreilly rechazó á la 96 situada á nuestro extremo izquierdo, y empezó á envolverla. Hácia la derecha, Lannes, que no teniendo, al principio que hacer frente mas que al cuerpo del general Kaim iba á arrojarle en el cauce del Fontanona, se vió acometido de improviso por la espalda por el general Ott que acababa de desembocar de Castel-Ceriolo con su numerosa caballería. La brigada de caballería de Champeaux formada á retaguardia del cuerpo de Lannes, como lo estaba Kellermann á la de Victor, ejecutó en vano cargas brillantes, saliendo herido mortalmente el infortunado Champeaux. Separado nuestro ejército de sus dos alas y arrojado de Marengo, en cuyo punto se habia afirmado tan fuertemente al principio, nada tenia ya en que sostenerse y corria el peligro de ser arrojado á la llanura que tenia á la espalda, donde ningun apoyo podia protegerle contra 200 cañones y una inmensa caballería.

El ejército frances pierde la aldea de Marengo.

Eran las diez de la mañana: la carnicería habia sido horrible. Una considerable multitud de heridos obstruia el camino entre Marengo y San-Giuliano. Ya una parte de las tropas de Victor abrumadas por el número se retiraban en desórden, gritando que todo estaba perdido. En efecto todo estaba perdido si no llegaba un refuerzo de tropas nuevas, que se hallasen descansadas; y sobre todo, si no se presentaba un gran capitan, capaz de recobrar la victoria.

El general Bonaparte llega al campo de batalla.

Advertido el general Bonaparte de que en vez de escapársele el ejército austriaco, como sospechaba, le sorprendia por el contrario, en aquella llanura de Marengo, tan desierta la víspera, acudió desde Torre-di-Garofolo, bendiciendo la dichosa avenida del Scrivia que le habia impedido el pernoctar en Voghera. Traia consigo á la guardia consular, cuerpo poco numeroso, pero de un valor incomparable, y que vino á ser mas tarde la guardia imperial; y á la division de Monnier, compuesta de tres excelentes medias brigadas. Seguiale á poca distancia una reserva de dos regimientos de caballería. Por último habia enviado á Desaix la órden de marchar precipitadamente sobre San-Giuliano.

Al frente de estas reservas llegó el primer Cónsul á galope al campo de batalla. Halló á Lannes envuelto á la derecha por la infantería y la caballería del general Ott, procurando, no obstante, sostenerse á la izquierda en los alrededores de Marengo; á Gardanne defendiéndose todavia en los vallados de esta aldea, objeto de tan encarnizada lucha; y por el otro lado á la division de Chambarlhac, derrotada, y dispersándose bajo el fuego de los austriacos.

En presencia de esto, juzga con su golpe de vista superior lo que conviene hacer para restablecer la accion. Destrozada su izquierda se halla verdaderamente en derrota; pero su derecha, aunque amenazada, se sostiene todavia: á ella, pues, deben llevarse socorros. Situándola sólidamente en Castel-Ceriolo, tendrá un punto de apoyo en medio de aquella vasta llanura, y podrá girar al rededor de su ala fortalecida y llevar á retaguardia su ala vencida para librarla de los golpes del enemigo. Si por este movimiento perdian la carretera de Marengo á San-Giuliano, el mal seria reparable; porque á espaldas de su nueva posicion pasa otro camino que conduce á Salé, y desde Salé á

las orillas del Pô. Su línea de retirada hácia Pavía quedaba, pues, asegurada. Por otra parte, situado á la derecha de la llanura se halla en el flanco de los austriacos; que van á adelantarse por la carretera de Marengo á San-Giuliano, si quieren aprovechar la victoria.

Hechas estas reflexiones con la rapidez del relámpago, el general Bonaparte ejecuta al punto la resolucion que acaba de concebir. Manda adelantar en la llanura á la derecha de Lannes á los 800 granaderos de la guardia consular, con órden de contener á la caballería austriaca, mientras llegan las tres medias brigadas de Monnier. Formados en cuadro aquellos valientes, sostienen con una admirable sangre fria las cargas de los dragones de Lobkowitz, y se mantienen firmes á los repetidos asaltos de una multitud de caballos. Un poco á su derecha manda el general Bonaparte á dos medias brigadas de Monnier, llegadas en aquel momento, que se dirijan sobre Castel-Ceriolo. Estas dos medias brigadas, la 70 y la 19, conducidas por el general Carra-Saint-Cyr, marchan adelante, y ya formadas en cuadro para detener á la caballería, ya en columnas de ataque para repeler á la infantería, logran ganar el terreno perdido y situarse en los vallados y jardines de Castel-Ceriolo. En aquel mismo instante, el general Bonaparte á la cabeza de la 72 llega á sostener la izquierda de Lannes, mientras que Dupont, gefe de estado mayor, va á reunir á retaguardia los restos del cuerpo del general Victor perseguidos por los caballos de Oreilly, pero protegidos por Murat con la reserva de caballería. La presencia del primer Cónsul, y la vista de las gorras de pelo de su guardia de á caballo, han reanimado las tropas: vuelve á empezar el combate con nueva furia. El valiente Watrin, del cuerpo de Lannes, con la 6.ª de línea y la 22 ataca á la bayoneta á los soldados de Kaim y los arroja en el Fontanona. Lannes, comunicando á la 40 y á la 28 el fuego de su alma heróica, lleva á ambas sobre los austriacos. Por todas partes se combate con encarnizamiento en aquella inmensa llanura. Gardanne procura reconquistar á Marengo; Lannes trata de apoderarse del arroyo que tan útil fue en un principio á nuestras tropas; los granaderos de la guardia consular, siempre formados en cuadro como una ciudadela viva en medio de aquel campo de batalla, llenan el vacio entre Lannes y las columnas de Carra-Saint-Cyr que se hallan en las primeras casas de Castel-Ceriolo. Pero el baron de Mélas, con el valor de la desesperacion, guiando á sus masas reunidas en Marengo, sale, al fin, de la aldea y rechaza á los soldados extenuados de Gardanne, que en vano se hacen fuertes en todos los obstáculos. Oreilly acaba de abrumar con la metralla á la division de Chambarlhac, que seguia á descubierto bajo el fuego de una inmensa artillería.

No hay medio de sostenerse, y es preciso ceder el terreno. El general Bonaparte manda cederle poco á poco, mostrando gran serenidad. Pero mientras que su izquierda, privada de Marengo y falta de apoyo retrocede rápidamente hasta San-Giuliano, donde va á buscar un abrigo, continua él teniendo por suya la derecha de la llanura, y cede lentamente, gracias al punto de Castel-Ceriolo, gracias á la energía de la guardia consular, y gracias sobre todo á Lannes que hace esfuerzos inauditos. Mientras este se sostiene á la derecha, el primer Cónsul conserva una línea de retirada segura por Salé hácia las orillas del Pô; y si Desaix enviado á Novi la víspera, llega á tiempo, puede reconquistar el campo de batalla, é inclinar á su lado la victoria.

Heróica resistencia de Lannes.

En este momento es cuando Lannes y sus cuatro medias brigadas hacen esfuerzos dignos de los homenages de la posteridad. El enemigo que ha salido en masa de Marengo á la llanura, arroja con ochenta cañones una lluvia de balas y de metralla. Lannes á la cabeza de aquellas cuatro medias brigadas, tarda dos horas en recorrer tres cuartos de legua. Cuando el enemigo se aproxima y le acosa mucho, se detiene y le carga á la bayoneta. Aunque su artillería está desmontada, algunas piezas ligeras á las que se enganchan los mejores caballos, y servidas con tanta destreza como valor, ayudan con sus fuegos á las medias brigadas, acosadas muy de cerca, y se atreven á ponerse en batería en frente de la formidable artillería austriaca. La guardia consular, que ha resistido á multiplicadas cargas de caballería se ve ahora atacada á cañonazos. Procúrase batirla en brecha como si fue-

ra una muralla, y en seguida se lanzan sobre ella los caballos de Frimont. Tiene pérdidas sensibles y retrocede, pero sin romper su cuadro. Carra-Saint-Cyr se replega tambien y abandona á Castel-Ceriolo, conservando sin embargo, un último apoyo en los viñedos detrás de la aldea. No obstante, permaneciamos dueños del camino de Castel-Ceriolo á Salé. Por todas partes presenta la llanura un vasto campo de carniceria, donde el fuego de las explosiones, se junta al de la artilleria, porque Lannes hace volar las cajas de municiones que no puede llevar consigo.

Ha transcurrido la mitad del dia, y M. de Mélas cree, al fin, obtener la victoria, comprada á tanta costa. Este anciano, que al menos por su valor, se muestra digno de su adversario en tan memorable jornada, vuelve á Alejandria extenuado de cansancio, dejando el mando á su gefe de estado mayor M. de Zach. En seguida despacha correos á toda la Europa, anunciando su victoria y la derrota del general Bonaparte en Marengo. Aquel gefe de estado mayor encargado del mando, forma entonces el grueso del ejército austriaco en columna de marcha sobre la carretera de Marengo á San-Giuliano. Coloca á la cabeza dos regimientos de infanteria, despues los granaderos de Latermann y en seguida los bagajes. Situa á la izquierda al general Oreilly, á la derecha á los generales Kaim y Haddick, y en este órden procura ganar la carretera de Plasencia, objeto de tantos esfuerzos, y salvacion del ejército austriaco.

Son las tres de la tarde: si no sobreviene algun nuevo incidente, puede considerarse como perdida la batalla por los franceses, salvo si logran reparar al siguiente dia, con las tropas que se repleguen del Tessino y del Adda sobre el Pó, la desgracia de la jornada. Sin embargo, aun queda Desaix con toda la division de Boudet: ¿llegará á tiempo?.... De esta circunstancia depende la suerte de la batalla. Los ayudantes de campo del primer Consul habian corrido en su busca desde por la mañana. Pero antes de haberle encontrado, Desaix, al primer cañonazo disparado en la llanura de Marengo habia hecho alto. Oyendo aquel cañoneo lejano, dedujo que el enemigo que se le enviaba á buscar á Novi, en el camino de Génova, se hallaba en el mismo Marengo. Al punto habia enviado á Savary con algunos centenares de caballos sobre Novy, para averiguar lo que allí pasaba, quedando con su division á la espectativa, y oyendo siempre la artilleria de los austriacos y de los franceses, que no cesaba de resonar en direccion del Bormida. No habiendo encontrado Savary á nadie en las cercanias de Novi, se habia confirmado Desaix en su feliz conjetura, y sin pérdida de tiempo habia marchado hácia Marengo, haciendo que le precedieran muchos ayudantes de campo para anunciar su llegada al primer Cónsul. Habia estado en marcha todo el dia, y á las tres de la tarde, sus cabezas de columnas empezaban á presentarse á la entrada de la llanura en las cercanias de San Giuliano. El mismo Desaix se adelantó al galope y corrió al lado del primer Cónsul. ¡Dichosa inspiracion de un lugarteniente tan entendido como leal! ¡Dichosa fortuna de la juventud! Si quince años despues, el primer Cónsul, tan bien secundado ahora por sus generales, hubiera encontrado un Desaix en el campo de batalla de Waterloo, habria conservado el imperio, y la Francia su posicion de predominio entre las potencias de la Europa.

La presencia de Desaix va á cambiar la faz de las cosas. Todos le rodean y le cuentan los acontecimientos de la jornada. Los generales se forman en circulo en torno suyo y del primer Cónsul, y discuten acaloradamente acerca de lo grave de la situacion. La mayor parte opinan por la retirada. El primer Cónsul no participa de este dictamen, é insta vivamente á Desaix para que emita el suyo. Paseando Desaix sus miradas por el devastado campo de batalla, y sacando despues su relox para ver la hora, responde al general Bonaparte estas sencillas y nobles palabras: —Sí, la batalla está perdida; pero no son mas que las tres, y tenemos tiempo para volverla á ganar.— Complacido el general Bonaparte del dictámen de Desaix se dispone á aprovechar los recursos que este general le trae, y las ventajas que le asegura la posicion tomada desde la mañana. En efecto, se halla á la derecha de la llanura, mientras que el enemigo ocupa la izquierda, en columna de marcha sobre

Dictamen de Desaix sobre el estado de la batalla.

la carretera, adelantándose hácia San-Giuliano. Llegando Desaix por San-Giuliano con 6000 hombres de tropas frescas y cayendo de frente sobre los austriacos puede detenerlos, y dar lugar á que reunido el cuerpo del ejército se arroje sobre sus flancos. Al punto se dan todas las disposiciones convenientes al efecto.

Nuevas disposiciones para volver á ganar la batalla.

Las tres medias brigadas de Desaix se hallan formadas delante de San-Giuliano un poco á la derecha del camino real; la 30 desplegada en línea, y la 9 y la 59 en columnas cerradas sobre las álas de la primera, ocultándolas á la vista del enemigo una pequeña desigualdad del terreno. A su izquierda se encuentran reunidos y un poco repuestos los restos de los cuerpos de Chambarlhac y Gardanne, á las órdenes del general Victor; á su derecha en la llanura, Lannes que ha cesado su movimiento de retirada; luego la guardia consular, y despues Carra-Saint-Cyr, que se ha mantenido lo mas cerca posible de Castel-Ceriolo. El ejército forma asi una larga línea oblícua desde San-Giuliano á Castel-Cerioto. Entre Desaix y Lannes y un poco á retaguardia se encuentra colocada en un claro la caballería de Kellermann. Una batería de doce piezas, único resto de toda la artillería del ejército, se halla extendida al frente del cuerpo de Desaix.

Tomadas estas disposiciones, el primer Cónsul recorre á caballo las filas de sus soldados, y habla á los diferentes cuerpos: «Amigos mios, les dice; basta de retroceder; acordaos que tengo por costumbre dormir en el campo de batalla.»—Despues de haber reanimado á sus tropas, que tranquilizadas por la llegada de su reserva arden en deseos de vencer, dá la señal, y se toca á ataque en toda la línea.

Los austriacos, mas bien en órden de marcha que en órden de batalla, caminaban por la carretera. La columna dirigida por M. de Zach iba la primera: algo á retaguardia venia el centro casi desplegado por la llanura y haciendo frente á Lannes.

Empieza por tercera vez la batalla.

De improviso descubre el general Marmont doce cañones. Una espesa metralla cae sobre la cabeza de la columna austriaca sorprendida, pues no aguardaba una nueva resistencia, creyendo á los franceses decididamente en retirada. Apenas tiene tiempo de recobrarse de tan súbita sorpresa, cuando Desaix se pone en movimiento con la 9.ª de ligeros. «Advertid al primer Cónsul, dijo á su ayudante de campo Savary, que voy á cargar y necesito ser apoyado por la caballería.»—Desaix marcha á caballo á la cabeza de aquella media brigada. Sube con ella el leve recuesto del terreno que la ocultaba á la vista de los austriacos y se anuncia de pronto con una descarga de fusilería á quema ropa. Responden á ella los austriacos, y cae al momento Desaix herido de una bala que le atraviesa el pecho.—«Ocultad mi muerte, dijo al general Boudet que era su gefe de division, porque esto podrá desanimar á nuestros soldados.»—¡Inútil precaucion de aquel héroe! Sus soldados le han visto caer, y como los de Turena piden á gritos vengar á su gefe. La 9.ª de ligeros que mereció aquel dia el título de *incomparable*, conservándole hasta el fin de nuestras guerras, despues de haber hecho sus descargas, se forma en columna y cae sobre la compacta masa de los austriacos. Sorprendidos á su vista los dos primeros regimientos que abrian la marcha, se echan desordenados sobre la segunda línea y desaparecen en sus filas. La columna de granaderos de Lattermann se encuentra entonces sola á la cabeza, y recibe aquel choque como tropa escogida, manteniéndose firme. La lucha se hace estensiva á ambos lados del camino real. La 9.ª de ligeros es apoyada á la derecha por las tropas reunidas de Victor, y á la izquierda por las 30 y 59 medias brigadas de la division de Boudet que han seguido el movimiento. Los granaderos de Lattermann se defienden con trabajo, cuando viene á descargar de pronto sobre ellos una tempestad imprevista. El general Kellermann, que á peticion de Desaix habia recibido la órden de cargar, parte al galope, y pasando entre Lannes y Desaix, sitúa una parte de sus escuadrones en disposicion de hacer frente á la caballería austriaca que tenia delante, y con los demas se arroja sobre el flanco de la columna de granaderos, atacados ya de frente por la infantería de Boudet. Ejecutada aquella carga con

Vigoroso ataque de Desaix.—Su muerte.

un vigor extraordinario, parte por medio la columna. Los dragones de Kellermann acuchillan á derecha é izquierda, hasta que acosados de todos lados los infelices granaderos, rinden las armas: dos mil se entregan prisioneros; y á su frente el mismo general Zach se ve obligado á entregar su espada. De este modo se encuentran privados los austriacos de direccion para lo restante de la batalla; porque M de Mélas, como se ha visto, creyendo asegurada la victoria, habia vuelto á Alejandria. Kellermann no se da por satisfecho, y precipitándose sobre los dragones de Lichtenstein los pone en fuga. Repléganse estos sobre el centro de los austriacos que se desplegaban en la llanura al frente de Lannes, y causan en él algun desórden. Entonces se adelanta Lannes y embiste con vigor aquel centro desordenado, mientras que los granaderos de la guardia consular y Carra-Saint-Cyr, se dirigen de nuevo sobre Castel-Ceriolo, de donde no se hallaban muy alejados. En toda la línea desde San Giuliano á Castel-Ceriolo han tomado de nuevo los franceses la ofensiva; y marchan adelante, ébrios de alegria y de entusiasmo al ver cómo vuelve hácia ellos la victoria. La sorpresa y el desaliento han pasado á las filas de los austriacos.

Lannes estrecha enérgicamente á los austriacos.

¡Admirable poder de la voluntad que se obstina, y que obstinándose logra atraer á si la fortuna! Desde San Giuliano á Castel-Ceriolo avanza á paso de carga aquella línea oblícua de los franceses, arrollando á los austriacos, asombrados de tener que dar una nueva batalla. Pronto ha reconquistado Carra-Saint-Cyr la aldea de Castel-Ceriolo, y el general Ott que se habia adelantado mas allá de aquella aldea, temiendo verse envuelto, piensa en retroceder ántes de haber perdido sus comunicaciones. Un terror pánico se apodera de su caballeria, que huye al galope gritando: á los puentes. Entonces ya no piensan mas que en ver quien llegará primero á los puentes del Bormida. El general Ott, volviendo á pasar por Castel-Ceriolo con las tropas de Vogelsang, se ve obligado á abrirse paso por medio de los franceses, y lográndolo, gana apresuradamente las márgenes del Bormida, donde todos se precipitan atropelladamente.

Terror pánico de la caballeria austriaca.

En vano pretenden los generales Kaim y Haddick sostener el centro: Lannes no les deja lugar para ello, los mete en Marengo, los impele hácia el Fontanona y del Fontanona al Bormida. Pero los granaderos de Weidenfeld hacen frente un instante para dar tiempo de retroceder al general Oreilly, que se habia adelantado hasta Cassina-Grossa. La caballeria austriaca intenta dar por su parte algunas cargas para detener la marcha de los franceses; pero es rechazada por los granaderos á caballo de la guardia consular, conducidos por Bessieres y el jóven Beauharnais. Reunidos los cuerpos de Lannes y de Victor, se arrojan al fin sobre Marengo y rechazan á Oreilly y á los granaderos de Weidenfeld. La confusion crece por instantes sobre los puentes del Bormida. Infantes, caballos, artilleros, todos se amontonan en desórden; y como los puentes no tienen cabida para tantos, se arrojan muchos en el Bormida para pasarle á nado. Un conductor de artilleria prueba atravesarle con el cañon que conduce, y lo consigue. Toda la artilleria quiere entonces imitar su ejemplo, pero una parte de los carruages se quedan atascados en el cauce del rio. Los franceses que los persiguen con ardor, les toman hombres, caballos, cañones y bagajes. El desgraciado baron de Mélas, que dos horas ántes habia dejado su ejército victorioso, habia acudido al rumor de aquel desastre y no podia dar crédito á sus ojos. Su desesperacion era extrema.

El ejército austriaco es arrojado en desórden en el Bormida.

Tal fue la sangrienta batalla de Marengo, que ejerció, como lo veremos pronto, una influencia inmensa sobre los destinos de la Francia y del mundo; y en efecto dió al momento la paz á la República, y mas tarde el imperio al primer Cónsul. Fue cruelmente disputada y valia la pena de serlo, porque jamás podia presentarse un resultado mas grave para uno de los dos adversarios. M. de Mélas se batia á fin de evitar una desastrosa capitulacion; y el general Bonaparte jugaba en aquel dia toda su fortuna. Atendiendo al número de los combatientes fueron inmensas las pérdidas, y fuera de todas las proporciones comunes. El ejército austriaco perdió unos

Resultados inmensos de la batalla de Marengo.

8000 hombres entre muertos y heridos y mas de 4000 prisioneros. Su estado mayor fue cruelmente diezmado: el general Haddick quedó muerto; los generales Vogelsang, Lattermann, Bellegarde, Lamarsaille y Gottesheim, fueron heridos; y con ellos un gran número de oficiales. Perdieron tambien en hombres fuera de combate ó prisioneros la tercera parte de su ejército, si como se ha dicho generalmente era de 36 á 40,000 hombres. En cuanto á los franceses tuvieron 6000 heridos ó muertos, y unos 1000 prisioneros, que constituye la cuarta parte de los 28,000 soldados presentes á la batalla. Su estado mayor sufrió tanto como el de los austriacos. Los generales Mainony, Rivaud, Malher y Champeaux estaban heridos; y el último mortalmente. La pérdida mas considerable era la de Desaix; y la Francia no habia experimentado otra mas sensible en diez años de guerra. A los ojos del primer Cónsul fue aquella una pérdida suficiente para disminuirle la alegria de la victoria. Acudiendo su secretario M. de Bourrienne, á felicitarle por aquel milagroso triunfo, le dijo:--¡Qué hermosa jornada!--Sí, muy hermosa, respondió el primer Cónsul, si hubiera podido abrazar á Desaix esta noche en el campo de batalla. Iba á nombrarle, añadió, ministro de la guerra, y lo hubiera hecho príncipe á haber podido.—El vencedor de Marengo no sospechaba aun que podria en breve dar coronas á los que le servian. El infortunado Desaix yacia junto á San Giuliano en medio de aquel vasto campo de carniceria. Su ayudante de campo Savary que hacia mucho tiempo le era afecto, buscándole en medio de los muertos, le reconoció por su abundante cabellera, le recojió con piadoso esmero, le envolvió en el capote de un húsar, y colocándolo sobre su caballo, le trasladó al cuartel general de Torre-di-Garofolo.

El ayudante de campo Savary recoge el cuerpo de Desaix.

Aunque la llanura de Marengo estaba inundada de sangre francesa, reinaba la mayor alegria en el ejército. Soldados y generales conocian el mérito de su conducta, y apreciaban la inmensa importancia de una victoria conseguida á espaldas del enemigo. Los austriacos, por el contrario, estaban consternados, pues se veian envueltos y reducidos á sufrir la ley del vencedor. El baron de Mélas, que habia tenido en aquella jornada dos caballos muertos, y que á pesar de su edad se habia conducido como el soldado mas jóven y valiente de su ejército, se hallaba sumido en el dolor mas profundo. Creyéndose vencedor habia entrado en Alejandria para descansar un poco. Ahora veia á su ejército casi destruido, huyendo en todas direcciones, y abandonando su artillería á los franceses ó dejándola atascada en los pantanos del Bormida: para colmo de desgracia, su gefe de estado mayor Zach, que gozaba de toda su confianza, estaba prisionero de los franceses. En vano paseaba sus miradas sobre sus generales: ninguno queria aconsejarle, y todos maldecian al gabinete de Viena que los habia entretenido con ilusiones tan funestas, precipitándolos asi en un abismo. Sin embargo era preciso tomar un partido ¿pero cuál?... ¿Combatir para abrirse paso? Acababan de intentarlo y no lo habian logrado. ¿Retirarse sobre Génova, ó bien pasar el Pô superior para forzar el Tessino? Pero ambos partidos dificiles antes de la batalla, eran imposibles despues de dada y perdida. El general Suchet se hallaba á algunas leguas á la espalda con el ejército de Liguria, hácia Acqui; y el general Bonaparte estaba delante de Alejandria con el ejército de reserva victorioso. Ambos iban á unirse y á cortar el camino de Génova. El general Moncey, que guardaba el Tessino con el destacamento que habia venido de Alemania, podia ser socorrido por el general Bonaparte en tan poco tiempo como se empleara en atacarlo. No habia, pues, probabilidad de salvacion por ningun lado y era necesario fijarse en la cruel idea de capitular; ¡dichosos sí abandonando la Italia, conseguian la libertad del ejército austriaco, logrando de la generosidad del vencedor que aquel desgraciado ejército no quedase prisionero de guerra! En su consecuencia se resolvió enviar un parlamentario al general Bonaparte para entrar en negociaciones. Fue elegido el príncipe de Lichtenstein para que se dirigiese á la mañana siguiente 15 de Junio (26 de Pradial) al cuartel general del ejército francés.

Desesperacion del ejército austriaco.

Envio de un parlamentario austriaco al primer Cónsul.

Por su parte el primer Cónsul tenia

muchos motivos para entrar en negociaciones. Habia logrado su objeto principal porque la Italia se encontraba libre en una sola batalla. Despues de la victoria que acababa de lograr, y que completaba el cerco absoluto de los austriacos, estaba cierto de obtener la evacuacion de Italia; en rigor hubiera podido exigir tambien que los vencidos depusiesen las armas y quedasen prisioneros: pero humillando el honor de aquellos valientes, quizas se les impelia á acometer un acto de desesperacion: era ademas verter inutilmente sangre, y sobre todo perder tiempo. Ausente el primer Cónsul de Paris hacia un mes, le importaba volver pronto. Teniamos un prisionero que podia ser un mediador poderoso, y era M. de Zach. El primer Cónsul se franqueó con él, y en su presencia expresó el sincero deseo que le animaba de hacer la paz, y su disposicion á tratar con el ejército imperial y á concederle las condiciones mas honrosas. Habiendo llegado en aquel momento el parlamentario austriaco, manifestó delante de este enviado las mismas disposiciones que á M. de Zach, encargando á ambos que volviesen con Berthier cerca del baron de Mélas para sentar las bases de la capitulacion. Segun su costumbre en todas las circunstancias de este género, declaró irrevocablemente las condiciones decididas ya en su mente, anunciando que ninguna conferencia se las haria alterar. Consentia en no exigir que el ejército austriaco quedase prisionero; tambien se conformaba en dejarle pasar con todos los honores de la guerra; pero exigia que se entregasen inmediatamente á la Francia todas las plazas de la Liguria, del Piamonte, de la Lombardia, y de las Legaciones, y que los austriacos evacuasen toda la Italia hasta el Mincio. Los agentes de la negociacion partieron al momento para el cuartel general austriaco.

Disposiciones del primer Cónsul á tratar con los austriacos.

Berthier enviado al cuartel general austriaco.

Aunque rigurosas, eran naturales las condiciones que llevaban, y hasta puede decirse generosas. Solo una era dura y casi humillante, pues por tal debia conceptuarse la entrega de Génova despues que tanta sangre se habia derramado, y de haberla ocupado muy pocos dias; pero era evidente que el vencedor no podia ceder en esto. Sin embargo, M. de Mélas envió su principal negociador al primer Cónsul para suscitar algunas contestaciones sobre el armisticio propuesto.—Caballero, le dijo con viveza el primer Cónsul, mis condiciones son irrevocables. No estoy haciendo la guerra desde ayer, y conozco vuestra posicion tan bien como la mia. Estais en Alejandria obstruidos y rodeados de muertos, de heridos, y de enfermos; desprovistos de víveres; privados de lo mas escogido de vuestro ejército, y envueltos por todas partes. Podria exigirlo todo, pero respeto las canas de vuestro general, y el valor de vuestros soldados, y no pido mas que lo que imperiosamente exige la situacion actual de los negocios. Volved á Alejandria; en la inteligencia de que por mas que hagais no obtendreis otras condiciones.

El convenio fue firmado en Alejandria el mismo dia 15, bajo las bases propuestas por el general Bonaparte. Se convino primero que habria una suspension de armas en Italia hasta que se recibiese respuesta de Viena. Si el convenio era aceptado tenian facultad los austriacos para retirarse con los honores de la guerra detras de la línea del Mincio. Se comprometian al retirarse, á entregar á los franceses todas las plazas fuertes que ocupaban. Los castillos de Tortona, de Alejandria, de Milan, de Arona y de Plasencia debian entregarse del 17 al 20 de Junio (27 de Pradial al 1.° de Messidor); los castillos de Céva y de Savona, y las plazas de Coni y de Génova del 16 al 24 de Junio, y el fuerte de Urbino el 26. El ejército austriaco debia dividirse en tres columnas, que se retirarian una despues de otra, á medida que se fuesen entregando las plazas. Las inmensas provisiones acumuladas por M. de Mélas en Italia, debian repartirse por mitad: la artillería de las fundiciones italianas se adjudicaba al ejército frances, y la de las fundiciones austriacas al ejército imperial. Los imperiales, despues de evacuar la Lombardia hasta el Mincio, debian encerrarse detras de la siguiente línea: el Mincio, el Fossa-Maestra y la orilla izquierda del Pò desde Borgo-Forte, hasta el

Célebre convenio de Alejandria firmado el 15.

Condiciones de aquel convenio.

desagüe de este rio en el Adriático. Peschiera y Mantua quedaban en poder del ejército austriaco. No necesitaba decirse que el destacamento de aquel ejército situado en la actualidad en Toscana, continuaria ocupando aquella provincia. No se podia hablar en la capitulacion de los Estados del Papa y del rey de Nápoles, porque estos príncipes eran estraños á los acontecimientos de la Italia superior. Si dicho convenio no era ratificado por el emperador, tendrian diez dias para anunciar la vuelta de las hostilidades. Mientras tanto no se podia enviar ni por una ni por otra parte ningun destacamento á Alemania.

Tal fue en resúmen aquel célebre convenio de Alejandria, que dió en un dia á la Francia, la restitucion de la Italia superior, que traia consigo la de toda la Italia. Despues se ha censurado mucho y con mucha severidad á M. de Mélas por aquella campaña y aquel convenio. Es necesario ser justos con la desgracia, sobre todo, cuando la abona una conducta llena de honor. M. de Mélas fue engañado respecto á la existencia del ejército de reserva por el gabinete de Viena, que no cesó de animarlo con las ilusiones mas funestas. Una vez desengañado, puede censurársele de no haber reunido sus tropas, ni tan pronto ni tan completamente como era necesario, y haber dejado demasiada fuerza en las guarniciones de las plazas. En efecto, no era detras de sus muros sino en el campo de batalla de Marengo, donde debian defenderlas. Pero admitida esta falta se debe reconocer que M. de Mélas obró como lo hacen los valientes cuando se ven envueltos, abriendose el paso con la espada en la mano. Lo intentó con arrojo y fue vencido. Desde entonces no habia para él sino una cosa posible, y era salvar la libertad de su ejército, porque tenia la Italia irrevocablemente perdida. No podia obtener mas que lo que obtuvo; y al contrario hubiera sufrido mas humillaciones á haberlo querido el vencedor. Y el mismo vencedor procedió acertadamente no exigiendo mas, porque queriendo humillar á aquellos valientes se hubiera expuesto á reducirlos á sangrientos extremos, y á perder un tiempo precioso, cuando su presencia en Paris era indispensable en aquel momento. Compadezcamos, pues, á M. de Mélas, y admiremos sin reserva la conducta del vencedor, que debió los prodigiosos resultados de aquella campaña, no á la casualidad, sino á las combinaciones mas profundas y mas maravillosamente ejecutadas.

¿Cuál fue el verdadero vencedor de Marengo?

Algunos detractores del primer Cónsul han querido atribuir al general Kellermann el éxito que tuvo la batalla de Marengo, y todos los resultados que trajo consigo aquella accion memorable. Pero si ha de despojarse de esa gloria al general Bonaparte; ¿por qué no se le atribuye á aquella noble víctima de la mas feliz inspiracion, á Desaix, que adivinando las órdenes de su gefe antes de recibirlas, le llevó la victoria y con ella su vida? ¿Por qué no atribuirla tambien á aquel intrépido defensor de Génova, que deteniendo á los austriacos en el Apenino, dió tiempo al general Bonaparte para que bajase de los Alpes, y se los entregó medio destruidos? Segun esto, todos, Kellermann, Desaix, Massena, todos, escepto el general Bonaparte, serian los verdaderos vencedores de Marengo. Pero en este mundo, la voz de los pueblos ha adjudicado siempre la gloria, y la voz de los pueblos ha proclamado vencedor de Marengo, al que descubriendo con el golpe de vista del genio todo el partido que podia sacarse de los altos Alpes para caer á espaldas de los austriacos, habia engañado por tres meses consecutivos su vigilancia; creado un ejército que no existia; hecho esta creacion increible á toda la Europa; atravesado el San Bernardo sin caminos transitables; aparecido en el centro de la Italia asombrada; envuelto con maravilloso arte á su desdichado adversario, presentándole por último una batalla decisiva, perdida por la mañana, ganada por la tarde y de seguro ganada al otro dia, á no haberlo sido en aquel mismo: porque ademas de los 6000 hombres de Desaix, 10,000 que hubieran acudido del Tessino, y 10,000 situados en el Pó inferior, presentaban medios infalibles para destruir al ejército enemigo. Supóngase, en efecto, á los austriacos vencedores el 14 de Junio, internándose en el desfiladero de la Stradella, encontrando en Plasencia á los generales Gardanne y Loison, con 10,000 hombres para disputarles el paso del Pó, y llevando á la espalda al general Bona-

parte reforzado con los generales Desaix y Moncey; ¿qué hubieran hecho los austriacos en aquel mal paso, detenidos por un rio bien defendido y perseguidos por un ejército superior en número? Hubieran sucumbido aun mas desastrosamente que en los campos del Bormida. El verdadero vencedor de Marengo es, pues, aquel que avasalló la fortuna con sus combinaciones profundas, admirables, sin igual en la historia de los grandes capitanes.

A mas de esto fue bien servido por sus lugartenientes, y no hay necesidad de sacrificar ninguna gloria para edificar la suya, Massena, con su heróica defensa de Génova, Desaix, con su feliz determinacion; Lannes con su incomparable firmeza en la llanura de Marengo, y Kellermann, con una brillante carga de caballeria, contribuyeron á su triunfo. A todos los recompensó de un modo espléndido, y tributó á la muerte de Desaix los mas nobles recuerdos. El primer Cónsul mandó que se hiciesen magníficas exequias por el hombre que acababa de hacer á la Francia tan eminente servicio; y hasta tuvo el cuidado de recoger á su familia militar, trayendo junto á si á los dos ayudantes de campo, los coroneles Rapp y Savary, que habian quedado sin destino por la muerte de su general.

Carta del primer Cónsul al emperador de Alemania.

Antes de dejar el campo de batalla de Marengo, quiso dirigir el primer Cónsul una nueva carta al emperador de Alemania. Aunque la primera solo le habia valido una respuesta indirecta, dirigida por M. de Thugut á M. de Talleyrand, creia que la victoria le permitia renovar instancias ya rechazadas. En aquel momento deseaba la paz con el mayor ardor. Conocia que su verdadero papel era pacificar á la Francia en el exterior despues de haberla pacificado en el interior, y que esta tarea cumplida legitimaria su naciente autoridad mas que pudieran hacerlo nuevas victorias. Susceptible, por otra parte, de las mas vivas impresiones, le habia afectado singularmente la vista de aquella llanura de Marengo, sobre la cual yacia la cuarta parte de los dos ejércitos. Bajo la influencia de aquellos sentimientos, escribió al emperador una carta bastante extraña.—Sobre el campo de batalla, le decia, en medio de los sufrimientos de una gran multitud, de heridos y rodeado de 15,000 cadáveres, conjuro á V. M. que oiga la voz de la humanidad, y no consienta que dos naciones valientes se degüellen por intereses estraños. A mí me toca instar para ello á V. M. porque me hallo mas cerca del teatro de la guerra. Su corazon no puede estar tan vivamente conmovido como el mio.....

La carta era larga. En ella trataba el primer Cónsul, con la elocuencia que le era propia, y con un lenguaje que no era el de la diplomacia, los motivos que aun podian tener la Francia y el Austria para continuar en guerra una contra otra. ¿Combatis por la religion? le decia. ¡Entonces declarad la guerra á los rusos y á los ingleses que son los enemigos de vuestra fe, en vez de ser su aliado! ¿Es acaso para preservaros de las principios revolucionarios? La guerra los ha propagado en la mitad del continente al extender las conquistas de la Francia, y solo se logrará con ella que se propaguen mas. ¿Es para conservar el equilibrio europeo? Los ingleses amenazan mas que nosotros ese equilibrio, porque han llegado á ser los dueños y los tiranos del comercio, y nadie puede luchar contra ellos, mientras que la Europa podrá siempre contener á la Francia, si esta aspirase sériamente á amenazar la independencia de las naciones. (Raciocinio muy exacto por desgracia, y que quince años de guerra no han hecho mas que justificar.) ¿Peleais, añadia el diplomático guerrero, por la integridad del Imperio Germánico? V. M. misma nos ha entregado á Maguncia y los Estados alemanes de la orilla izquierda del Rhin. Por otra parte el imperio os pide con instancia la paz. ¿Será, en fin, por los intereses de la casa de Austria? Nada mas natural; pero ejecutamos el tratado de Campo-Formio que concede á V. M. muchas indemnizaciones en compensacion de las provincias perdidas en los Paises Bajos, y os las asegura alli donde preferis obtenerlas, es decir en Italia. Envie V. M. agentes donde mas le acomode, y añadiremos al tratado de Campo-Formio estipulaciones capaces de tranquilizarle sobre la existencia de los Estados de segundo órden, ya que se echa en cara á la República francesa haberlos conmovido.—El primer Cónsul hacia aqui alusion á la Holanda, á la Suiza, al Piamonte, al Estado Romano, á la Toscana, y á Na-

poles, revolucionados por el Directorio. Con estas condiciones, añadia, la paz queda hecha: hagamos comun el armisticio á todos los ejércitos, y entremos al momento en negociacion.

M. de Saint-Julien, uno de los generales que merecian la confianza del emperador, llevó á Viena aquella carta y el convenio de Alejandria.

Algunos dias despues, algo recobrado el primer Cónsul de sus primeras impresiones, se arrepintió de ello, como le sucedia muy á menudo, cuando llevado del primer impulso le acontecia escribir una carta sin haber consultado á cabezas mas frias que la suya. Dando cuenta de su determinacion á los Cónsules les decia: —He mandado un posta al Emperador con una carta que os comunicará el ministro de relaciones esteriores. *La hallareis un poco original*; pero está escrita sobre un campo de batalla. (22 de Junio.)

Partida del primer Cónsul para Milan.

Despues de haberse despedido de su ejército partió para Milan el 17 de Junio (28 de Pradial) por la mañana, tres dias despues de la victoria de Marengo. Se le aguardaba con viva impaciencia y llegó allí al principio de la noche. Avisada la poblacion, se agolpó en las calles para verle pasar, recibiéndole con gritos de júbilo y arrojando flores sobre su carruage. La ciudad estaba iluminada con esa brillantez que solo los italianos saben desplegar en sus fiestas. Los lombardos que acababan de soportar por espacio de diez ó doce meses el yugo de los austriacos, mas duro aun por la guerra y la violencia de las circunstancias, temblaban al verse de nuevo bajo su insoportable autoridad. Durante los diversos azares de aquella corta campaña, habian oido las noticias mas contradictorias y esperimentado las ansiedades mas crueles, y estaban alborozados de ver, al fin, asegurada su libertad. El general Bonaparte hizo proclamar al punto el restablecimiento de la República Cisalpina, y se apresuró á poner algun órden en los negocios de Italia, que con su última victoria cambiaban completamente de aspecto.

Ya hemos dicho que la guerra emprendida por la formidable coalicion de los rusos, ingleses y austriacos, para restablecer en sus Estados á los príncipes caidos por las pretendidas invasiones del Directorio, no habia restablecido á uno solo de ellos en su puesto. El rey del Piamonte estaba en Roma; el gran duque de Toscana en Austria; el Papa habia muerto en Valencia, y sus provincias estaban invadidas por los napolitanos. La familia real de Nápoles, enteramente entregada á los ingleses, era la sola que se encontraba en sus estados, en los que consentia la mas sanguinaria de las reacciones. La reina de Nápoles, el caballero Acton y lord Nelson, permitian, si es que no mandaban, abominables crueldades. La victoria de la República francesa debia cambiarlo todo, y tan interesada se hallaba en ello la humanidad como la política.

Estado de los negocios de Italia á consecuencia de la batalla de Marengo.

El primer Cónsul instituyó en Milan un gobierno provisional, mientras que se reorganizaba la República Cisalpina, y le señalaba fronteras definitivas, lo cual no podia hacerse hasta el restablecimiento de la paz. Respecto al rey del Piamonte no se creyó obligado á guardarle consideraciones que no le habia tenido el Austria, y en su consecuencia no se apresuró á restablecerle en sus Estados. Le sustituyó un gobierno provisional y nombró al general Jourdan comisario cerca de aquel gobierno, con la mision de dirigirle. Hacia tiempo que el primer Cónsul queria emplear, y quitar á sus enemigos aquel hombre honrado y entendido, poco á propósito para ser el gefe de los anarquistas en Francia. El Piamonte quedaba asi conservado en reserva, con la intencion de disponer de él al restablecerse la paz, bien en provecho de la República francesa, bien como prenda de reconciliacion con la Europa, reconstituyendo los estados de segundo órden destruidos bajo el poder del Directorio. La Toscana debia quedar ocupada por un cuerpo austriaco. El primer Cónsul hizo vigilarla, pronto á penetrar en ella si los ingleses desembarcaban, ó continuaban, haciendo levas de hombres contra la Francia. En cuanto á Nápoles ni dijo ni hizo nada, aguardando las consecuencias de su victoria sobre el espíritu de aquella corte. Ya la reina de Nápoles, asustada, se disponia á dirigirse á Viena pa-

Disposiciones respecto al Piamonte, á la Toscana y á los Estados romanos.

ra invocar el apoyo del Austria, y especialmente el de la Rusia.

Cónclave en Venecia para dar un sucesor á Pio VI.

Quedaba la corte de Roma, donde los intereses temporales se complicaban con los intereses espirituales mas graves. Como ya se ha visto, Pio VI acababa de morir en Francia prisionero del Directorio. Fiel el primer Cónsul á su política, habia mandado que se le hiciesen solemnes exequias. En Venecia se habia reunido un cónclave y habia obtenido con mucho trabajo del gabinete austriaco el permiso de dar un sucesor al difunto Papa. Treinta y cinco cardenales asistian á aquel cónclave; y hacia de secretario un prelado llamado monseñor Consalvi, sacerdote romano, jóven, ambicioso, notable por la sutileza, penetracion y amenidad de su talento, y que mas tarde se mezcló en los negocios mas grandes del siglo. El cónclave, segun sucede en toda eleccion política ó religiosa, se habia dividido. Veinte y dos de sus miembros se habian unido al cardenal Braschi, sobrino del último Papa, y presentaban como candidato al pontificado al cardenal Bellisomi, obispo de Cesena. Los que no querian perpetuar en Roma la dominacion de la familia Braschi, unidos al cardenal Antonelli, presentaban al cardenal Mattei signatario del tratado de Tolentino: pero no le daban mas que trece votos. Varios meses se habian empleado en sostener por ambas partes aquella lucha silenciosa pero obstinada; y ninguno de los contendientes habia ganado un voto sobre los otros. Entonces se pensó en el sábio cardenal Gerdil, que habia figurado en las controversias del último siglo. Este nuevo candidato era saboyardo, y de consiguiente súbdito de Francia, despues de las victorias de la República. El Austria ejerció contra él su derecho de exclusion. Para concluir se apartaron dos votos del cardenal Mattei, y prometieron dárselos al cardenal Bellisomi, lo que le aseguraba veinte y cuatro votos, es decir, las dos terceras partes de sufragios, número rigoroso exigido por las leyes de la Iglesia para que sea válida una eleccion. Como se hallaban en los Estados de Austria, creyeron conveniente someterle de antemano este nombramiento, con el fin de obtener su tácita aprobacion; pero la corte de Viena cometió el yerro de dejar pasar mas de un mes sin dar ninguna respuesta. Esto hirió la susceptibilidad de los príncipes de la Iglesia; al mismo tiempo se desunieron todos los partidos, y la eleccion del cardenal Bellisomi se hizo imposible. Aquel momento de desórden y de cansancio era el que aguardaba el hábil secretario del cónclave, el prelado Consalvi, para hacer salir una nueva candidatura, objeto de sus largas y secretas meditaciones. Hablando á todos los partidos el lenguaje que mas podia persuadirles, presentó á los unos los inconvenientes de la dominacion de los Braschi, á los otros lo poco que se podia confiar en el Austria y en las diversas cortes cristianas; y despues, dirijiéndose al antiguo interés romano, tan profundo, tan sagaz, descubrió á sus sorprendidos ojos una perspectiva del todo nueva para ellos.—De la Francia, les dijo, es de donde nos han venido las persecuciones de diez años á esta parte. Pues bien, acaso nos vengan en lo futuro de la Francia los socorros y consuelos. La Francia desde Carlo-Magno ha sido siempre la protectora mas útil y menos molesta. Un jóven muy extraordinario, y difícil de juzgar todavía, domina hoy en ella. Pronto, no lo dudeis, habrá reconquistado la Italia. (Aun no se habia dado la batalla de Marengo.) Acordaos que en 1797 protegió á los sacerdotes, y que recientemente ha celebrado exequias fúnebres á Pio VI. Testigos dignos de fe nos han repetido las singulares palabras que le han oido decir sobre la Religion y sobre la corte de Roma. No descuidemos, pues, los recursos que se encontrarán por este lado. Hagamos una eleccion que no pueda ser considerada por la Francia como una hostilidad hácia ella, y si, al contrario, que pueda convenirle hasta cierto punto; y quizas hagamos con ello una cosa mas útil para la Iglesia, que pidiendo candidatos á todas las cortes católicas de Europa.

El cardenal Consalvi.

Esto era ciertamente un relámpago de aquel talento de la corte romana que iba á despedir aun algunos brillantes destellos al principio de este siglo. Monseñor Consalvi presentó entonces el nombre del cardenal Chiaramonti, obispo de Imola. No se podia hacer una eleccion mejor para el objeto que se proponia. El cardenal Chiaramonti, natural de Cesena, de edad de cincuenta y ocho años,

El cardenal Chiaramonti, despues Pio VII.

pariente de Pio VI y elevado por él á la púrpura romana, gozaba por su talento, su saber y sus virtudes del aprecio universal. A sus atractivas cualidades unia una gran firmeza, y en época anterior se le habia visto luchar con una constancia victoriosa, contra los enredos de su órden, la de San Benito, y contra las persecuciones del Santo Oficio. Su acto mas reciente y célebre era una pastoral hecha en su calidad de obispo de Imola, cuando fue agregada á la República Cisalpina. En ella habia hablado de la Revolucion francesa con una moderacion que habia encantado al vencedor de Italia y escandalizado á los fanáticos del antiguo régimen. Respetado, no obstante, de todos, agradaba al partido Braschi, no repugnaba al partido contrario, convenia á todos los cardenales cansados de la prolongacion del cónclave, y parecia dichosamente elegido á los que esperaban mucho para el porvenir de la buena voluntad de la Francia. La inesperada adhesion de un ilustre personage decidió su nombramiento, que por otro lado no presentaba una verdadera dificultad sino en la resistencia personal del candidato á tal honor. Aquella adhesion fue la del cardenal Maury. Este célebre campeon de la antigua monarquia francesa estaba retirado cerca de la corte romana, donde vivia recompensado con el capelo de cardenal por sus luchas con Barnave y Mirabeau. Era emigrado, pero emigrado dotado de un talento notable y de un gran juicio, y acogia con secreta satisfaccion la idea de adherirse al gobierno de la Francia, despues que la gloria redimia la novedad del gobierno. Disponia de seis votos, y se los dió al cardenal Chiaramonti, quien fue elegido Papa, casi en los momentos de la llegada del general Bonaparte á Milan por el camino del San Bernardo.

Eleccion de Pio VII decidida por la adhesion del cardenal Maury.

El nuevo Pontífice se hallaba en Venecia, no habiendo podido obtener de la corte de Viena que se le coronase en San Marcos, ni de la corte de Nápoles que se le restituyese á Roma. Entretanto, habiendo salido casi de improviso para trasladarse á Ancona, negociaba en esta ciudad la evacuacion de los estados de la Iglesia, y su vuelta á la capital del mundo cristiano. En tan precaria situacion, mostrándose benévola la Francia con la Santa Sede, podia prestarle un apoyo muy útil, y la singular prevision de monseñor Consalvi se veria confirmada de una manera repentina. Aquel encuentro del cardenal Chiaramonti y del primer Cónsul, elevado el uno al trono pontifical, y el otro á la dictadura republicana, casi á un mismo tiempo, no dejaba de ser uno de los acontecimientos mas asombrosos y fecundos de este siglo.

No pudiendo en 1796 el jóven Bonaparte, general sometido al Directorio, atreverse á todo, y no teniendo todavia la pretension de dar lecciones á la Revolucion francesa, habia sostenido al Papa por el tratado de Tolentino, y solo le habia quitado las legaciones para trasmitirlas á la República Cisalpina. Ascendido ahora á la dignidad de primer Cónsul, dueño de hacer lo que creyese conveniente, decidido á modificar gran parte de las cosas consumadas por la Revolucion francesa, no podia titubear en su conducta hácia el Papa recien elegido. Apenas volvió á Milan, vió al cardenal Martiniana, obispo de Vercelli, amigo de Pio VII, y le declaró que estaba resuelto á vivir en armonia con la Santa Sede, á reconciliar la Revolucion francesa con la Iglesia, y aun á sostener á esta contra sus enemigos, si el nuevo Papa se mostraba razonable y comprendia bien la situacion actual de la Francia y del mundo. Estas palabras dichas asi al anciano cardenal, no debian ser perdidas, y pronto habian de dar abundantes frutos. El obispo de Vercelli hizo marchar á Roma á su propio sobrino el conde de Alciati, con el fin de entablar una negociacion.

Insinuaciones del primer Cónsul al nuevo Papa.

A aquellas insinuaciones añadió el general Bonaparte un acto aun mas ostensible, y que no se hubiera atrevido á llevar á cabo en Paris, pero que le agradaba hacer llegar desde lejos á Francia, como señal de sus futuras intenciones. Los italianos habian preparado un solemne *Te Deum* en la antigua catedral de Milan. Quiso asistir á él, y el 18 de Junio (29 de Pradial) escribió á los Cónsules estas palabras: «Hoy, á pesar de »lo que puedan decir nuestros ateistas »de Paris, voy de gran ceremonia al *Te-*

»*Deum* que se canta en la Metrópoli de »Milan.» (Despacho de la *Secretaría de Estado.*)

Disposiciones militares del primer Cónsul antes de salir de Italia.

Despues de haber dedicado su atencion á los negocios generales de Italia, dió algunas disposiciones indispensables para distribuir el ejército en el pais conquistado, alimentarlo y reorganizarlo. Massena acababa de reunírsele. El enojo del defensor de Génova se disipó por la lisongera acogida que le hizo el primer Cónsul, y recibió el mando del ejército de Italia, que por tantos títulos merecia. Componíase este ejército del cuerpo que habia defendido á Génova, del que habia defendido el Var, de las tropas que habian bajado del San Bernardo, y de las que á las órdenes del general Moncey, habian llegado de Alemania. Todos estos cuerpos formaban una masa imponente de 80,000 soldados veteranos. El primer Cónsul los situó en las fértiles llanuras del Pô, á fin de hacerles descansar de sus fatigas, y de indemnizarles de sus privaciones con la abundancia de que iban á gozar.

Massena es nombrado general en gefe.

Con su prevision acostumbrada, mandó el primer Cónsul volar los fuertes y ciudadelas que cerraban las comunicaciones entre la Francia y la Italia. En su consecuencia fue dispuesta y ejecutada la demolicion de los fuertes de Arona, de Bard y de Seravalle, y las ciudadelas de Ivréa y de Ceva. Fijó la clase y el importe de las contribuciones que debian servir para alimentar al ejército; hizo él mismo salir á la guardia consular calculando las marchas de modo que pudiese llegar á Paris para la fiesta del 14 de Julio; la cual, segun sus instruciones debia celebrarse con gran pompa; teniendo hasta el cuidado de arreglar en el mismo Milan los detalles de aquella fiesta. «Es necesario, escribia, esmerarse en hacer brillante la solemnidad del 14 de Julio, y tener cuidado que no *remede* las diversiones que han tenido lugar hasta el dia. Las carreras de carros podian ser muy buenas en Grecia, donde combatian sobre carros. Eso no significa gran cosa entre nosotros." (Milan 22 de Julio. *Despacho de la Secretaría de Estado.*) Prohibió que le elevasen arcos de triunfo, diciendo que no queria *otro arco de triunfo* que la satisfaccion pública.

Si á pesar de todo lo que le llamaba á Paris se habia detenido el primer Cónsul diez dias en Milan, fue para asegurarse de la fiel ejecucion del convenio de Alejandria. Desconfiaba de la buena fe austriaca, y hasta creyó descubrir algun retardo en la entrega de ciertas plazas. Al momento reprendió á Berthier su debilidad, y mandó que se detuviese á la segunda y tercera columna del ejército de M. de Mélas. La primera habia ya partido. Se podia temer con fundamento sobre todo por Génova, de que intentasen los austriacos entregarla á los ingleses antes que los franceses hubiesen entrado en ella. En efecto, el príncipe de Hohenzollern, ya espontáneamente, ó ya excitado por los ingleses, se negaba en aquel momento á entregar á las tropas de Massena una plaza que tanto trabajo les habia costado el conquistar. Llegando estas dificultades á noticias de M. de Mélas, insistió de la manera mas leal con su lugarteniente, para que cumpliese el convenio de Alejandria, amenazándole de lo contrario, con abandonarle á las consecuencias que podia traer consigo un acto de deslealtad. Las palabras de M. de Mélas fueron atendidas, y Génova entregada á los franceses el 24 de Junio, en medio de la alegria de los patriotas ligurienses, libertados en tan pocos dias de la presencia de los austriacos y de la dominacion oligárquica. Asi se cumplieron las bellas palabras de Massena:—Os juro que estaré de vuelta en Génova antes de quince dias!—

Los franceses entran de nuevo en Génova.

Hecho esto, salió el primer Cónsul de Milan el 24 de Junio con su ayudante de campo predilecto Duroc, Bessieres comandante de la guardia consular, M. de Bourrienne su secretario, y Savary uno de los dos oficiales que habia agregado á su servicio, en memoria de Desaix. Se detuvo algunas horas en Turin para mandar que hiciesen varios trabajos en la ciudadela, atravesó el monte Cenis y entró en Lion bajo arcos de triunfo, y rodeado de toda la poblacion, maravillada de los prodigios que acababan de ejecutarse. Los lioneses á quienes entusiasmaba igualmente su gloria y su política, invadieron la fon-

da de los Celestinos donde habia parado, y quisieron porfiadamente verle. Vióse obligado á presentarse á ellos, estallando á su vista unánimes aclamaciones. Pidiéronle con tantas instancias que colocase la primera piedra de la plaza de Bellecour, cuya reconstruccion iba á empezarse, que tuvo que consentir en ello; pasando, en su consecuencia, un dia en Lion, enmedio del concurso de todos los pueblos de las cercanias. Despues de haber dirigido á los lioneses palabras que les encantaron, relativas al próximo restablecimiento de la paz, del órden y del comercio, continuó su marcha para Paris. Los habitantes de las provincias acudian por todas partes á su paso. Aquel hombre tan mimado ahora por la fortuna, gozaba en extremo de su gloria; y entretanto conversando sin cesar, durante el camino, con sus compañeros de viage, les dirigió estas notables palabras, que tan bien pintan su insaciable amor de fama.—Sí, les dijo; en menos de dos años he conquistado al Cairo, á Milan y Paris; pues bien, si mañana muriese no ocuparia ni media página en una historia universal.—Llegó á Paris en la noche del 2 al 3 de Julio.

Acogida que hacen al primer Cónsul en su tránsito.

Su vuelta era necesaria, porque alejado de Paris hacia cerca de dos meses, su ausencia, sobre todo en el momento en que circularon las falsas noticias de Marengo, habia hecho renacer algunas intrigas. Momentos hubo en que le habian creido muerto ó vencido, y los ambiciosos habian empezado ya á trabajar. Los unos pensaban en Carnot, los otros en M. de La Fayette, libertado de Olmutz, y vuelto á Francia, gracias al primer Cónsul; y querian hacer de Carnot ó de M. de La Fayette un presidente de la República. M. de La Fayette no tenia ninguna parte en aquellas intrigas, y mucho menos Carnot. Pero José y Luciano Bonaparte concibieron sospechas muy injustamente contra este último, de que hicieron participe á su hermano. De aqui dimanó la sensible resolucion, que mas tarde llevó á cabo el primer Cónsul, de quitar á Carnot la cartera del ministerio de la guerra. Tambien habian creido ver que MM. de Talleyrand y Fouché que se odiaban mútuamente, habian propendido, no obstante á aproximarse, sin duda para ponerse de acuerdo, y aprovecharse juntos de las circunstancias. Nada se habia llegado á traslucir en aquel momento que tuviese relacion con el hombre, que debia figurar mas que otro, en el caso de que el general Bonaparte hubiese desaparecido de la escena: este hombre era M. de Sieyes, y fue el único que se mostró tan reservado. Por lo demás, todo esto apenas tuvo tiempo de principiar, por la celeridad con que fueron destruidas las malas noticias con otras buenas. Pero se exageró mucho lo que habia pasado al contárselo al primer Cónsul, y este concibió contra algunos personages resentimientos, que tuvo la habilidad de disimular y aun de olvidar del todo, respecto á aquellos que le habian señalado, exceptuando á uno solo, al ilustre Carnot. Por otra parte, entregado enteramente el primer Cónsul al gozo de sus triunfos, no quiso que la mas ligera nubecilla, viniese á turbar en aquel momento la felicidad pública. Acogió á todos perfectamente, y fue acogido con entusiasmo, especialmente por los que tenian algo que echarse en cara. Sabiendo el pueblo de Paris su llegada se agolpó debajo de las ventanas de las Tullerias, y en todo el dia no se desocuparon las avenidas y el jardin del palacio. El primer Cónsul se vió obligado á presentarse muchas veces á la multitud. Por la noche la ciudad de Paris fue espontáneamente iluminada. Se celebraba con ardor una victoria milagrosa, presagio cierto de una paz ardientemente deseada. Aquel dia conmovió tan profundamente al que era objeto de todos aquellos homenages, que veinte años despues, solo, desterrado y prisionero en medio de la soledad del Océano Atlántico, lo contaba, al renovar sus recuerdos, entre los mas hermosos de su vida.

Posicion de los principales personages de la república durante la ausencia del general Bonaparte.

Al dia siguiente se presentaron á él los cuerpos del Estado, y dieron el primer ejemplo de esas felicitaciones, cuyo fastidioso espectáculo se ha visto renovado tantas veces y bajo todos los reinados. Pero entónces era nuevo y tenia justo fundamento. Vióse, pues, concurrir á las Tullerias el Senado, el Cuerpo legislativo,

Los cuerpos del Estado se presentan al primer Cónsul para felicitarle.

el Tribunado, los tribunales superiores, la prefectura del Sena, las autoridades civiles y militares, los directores del Banco de Francia, y por último el Instituto y las sociedades científicas. Estos altos cuerpos acudian á cumplimentar al vencedor de Marengo, y le hablaban como se hablaba antes y como se ha hablado despues á los reyes. Pero es preciso decir que aquel lenguage aunque uniformemente encomiador, estaba dictado por un sincero entusiasmo. En efecto, cambiada en pocos meses la faz de las cosas, sucediendo la seguridad á una ansiedad profunda; colocando una victoria inaudita á la Francia á la cabeza de las potencias de Europa; cesando las angustias de una guerra general con la certidumbre de una paz próxima, y anunciándose, en fin, la prosperidad por todas partes; resultados tan inmensos y realizados tan pronto ¿no habian de arrebatar los ánimos? El presidente del Senado concluyó, como sigue, su alocucion, que puede dar una idea de las otras:

«Nos complacemos en reconocer que »la patria os es deudora de su salva»cion, y que la República os deberá su »afianzamiento, y el pueblo una pros»peridad que habreis hecho suceder en »un dia, á diez años de la mas borras»cosa de las revoluciones.»

Mientras pasaban estas cosas en Italia y en Francia, Moreau continuaba á orillas del Danubio su brillante campaña contra M. de Kray. Le hemos dejado maniobrando al rededor de Ulma para obligar á los austriacos á que abandonasen aquella fuerte posicion. Se habia situado entre el Iller y el Lech, apoyando su izquierda y su derecha en estos dos rios, dando el frente al Danubio y la espalda á la ciudad de Augsburgo, pronto á recibir á M. de Kray si este queria combatir, y obstruyéndole entretanto el camino de los Alpes, que era la condicion esencial del plan general. Si los triunfos de Moreau no habian sido prontos y decisivos, fueron sostenidos y suficientes para permitir al primer Cónsul que llevase á cabo en Italia lo que se habia propuesto. Pero habia llegado el momento en que el general del ejército del Rhin, alentado por el tiempo y por los triunfos del ejército de reserva, iba á emprender una maniobra seria para desalojar á M. de Kray de la posicion de Ulma. Ahora que, sin tener noticia aun de la batalla de Marengo, sabia no obstante el éxito feliz del paso de los Alpes, no temiendo ya tanto descubrir las montañas, estaba completamente libre en sus movimientos. De las diferentes maniobras que eran posibles para desalojar á los austriacos de la posicion de Ulma prefirió la que consistia en pasar el Danubio por mas abajo de aquella posicion, y obligar á M. de Kray á abandonarla, amenazándole cortar su línea de retirada. Esta maniobra era, en efecto, la mejor; pues la que consistia en dirigirse directamente sobre Viena por Munch era demasiado atrevida para el carácter de Moreau, y acaso prematura para el estado general de las cosas. La de pasar el rio mas arriba y cerca de Ulma para apoderarse á viva fuerza del campamento de los austriacos, era aventurada como todo ataque á viva fuerza. Pero pasar por mas abajo de Ulma, amenazando á M. de Kray, cortarle su línea de retirada, y obligarle á que la recuperase, era á la vez la maniobra mas prudente y la mas segura.

Operaciones de Moreau junto al Danubio.

Moreau adopta la idea de pasar el Danubio por mas abajo de Ulma.

Del 15 al 18 de Junio se puso Moreau en movimiento para ejecutar su nueva resolucion. La organizacion de su ejército, como se ha dicho, habia recibido algunas modificaciones á consecuencia de la partida de los generales Saint-Cyr y Sainte-Suzanne. Lecourbe formaba siempre la derecha, y Moreau el centro á la cabeza del cuerpo de reserva. El cuerpo de Saint-Cyr, puesto á las órdenes del general Grenier formaba la izquierda. El cuerpo de Sainte-Susanne, reducido á las proporciones de una fuerte division, y confiado al audaz Richepanse, iba á hacer el servicio de un cuerpo de flanqueadores, y recibió al momento la mision de observar á Ulma mientras se maniobraba por mas abajo.

Algunos combates se habian trabado en los alrededores de Ulma, principalmente uno dado el 5 de Junio en que dos divisiones francesas habian hecho frente á 40,000 austriacos. Por parte de M. de Kray era esto un modo de fijarnos delante de Ulma, ocupándonos enteramente allí. El 18 de Junio estaba Richepanse á la vista de Ulma; Grenier con la izquierda en Guntzbourg; el cen-

tro compuesto del cuerpo de reserva, en Burgau, y Lecourbe con la derecha se extendia hasta Dillingen. El enemigo habia cortado todos los puentes, desde Ulma hasta Donauwerth. Pero un reconocimiento hecho por Lecourbe habia decidido á Moreau á elegir los puentes de Blindheim y de Gremheim para pasar el Danubio, porque estando imperfectamente cortados estos dos puentes su reparacion era mas fácil. Encargóse á Lecourbe aquella peligrosa operacion; y para que le fuese mas fácil le dieron de refuerzo al general Boyer con cinco batallones, y toda la reserva de caballeria, á las órdenes del general de Hautpoul. El centro, al mando del general en gefe se trasladó desde Burgau á Aislingen para hallarse en disposicion de secundar el paso. Grenier con la izquierda, recibió la órden de hacer una tentativa por su lado para llamar sobre sí la atencion del enemigo. El 19 de Junio por la mañana situó Lecourbe sus tropas entre la aldea de Blindheim y la de Gremheim, cuyos puentes no estaban mas que medio destruidos; y tuvo cuidado de ponerse al abrigo detras de algunos bosquecillos y vallados. Le faltaba material de puentes, pues solo tenia algunos maderos; pero suplia con la audacia á todo lo que le faltaba. El general Gudin, á las órdenes de Lecourbe, dirigió aquella tentativa de paso. Colocáronse algunas piezas de artilleria en la orilla del Danubio para alejar al enemigo, y al mismo tiempo el oficial agregado Quenot se arrojó valerosamente á nado para apoderarse de dos grandes barcas que se descubrian en la orilla opuesta. Este valiente oficial las trajo bajo una lluvia de balas, y volvió con una ligera herida en el pie. Escogiéronse entonces los mas hábiles nadadores de las divisiones, quienes quitándose sus vestidos, los colocaron con sus armas en las dos barcas, y se arrojaron en medio de las aguas del Danubio, bajo el fuego del enemigo. Llegados á la otra orilla, y sin tomar tiempo para vestirse empuñaron sus armas, cayeron sobre algunas compañias de austriacos, que guardaban aquella parte del rio, las dispersaron, y se apoderaron de dos piezas de artilleria con sus cajas de municiones. Hecho esto corrieron á los puentes, cuyos estribos subsistian aun, y trabajaron en las dos orillas para colocar escalas y maderos restableciendo un principio de comunicacion. Sin perder momento algunos artilleros franceses pasaron al otro lado del Danubio, y fueron á emplear contra el enemigo las dos piezas que le se habian tomado. Pronto se vieron dueños de ambas orillas, y se restablecieron suficientemente los puentes para dar paso á la mayor parte de las tropas. La infanteria y la caballeria empezaron á pasar. Era de presumir que numerosos refuerzos austriacos subirian con prontitud de Donauwerth, y bajarian de todas las posiciones superiores de Gundelfingen, Guntzbourg y Ulma. Lecourbe, que se habia dirijido en persona á aquellos parages, situó la infanteria de que podia disponer, y algunos pelotones de caballeria en la aldea de Schwenningen que se halla en el camino de Donauwerth. Este punto era importante, pues por él debian presentarse los austriacos que subiesen por la orilla del Danubio. Muy pronto, en efecto, se presentaron 4000 hombres de infanteria, 500 caballos y seis piezas de artilleria, y atacaron la aldea, que en menos de dos horas fue perdida y reconquistada muchas veces. Sin embargo, la superioridad numérica de los austriacos y su empeño en apoderarse de una posicion tan interesante, iban á triunfar de nuestras tropas y hacerlas abandonar la aldea, cuando Lecourbe recibió oportunamente un refuerzo de dos escuadrones de carabineros. Al momento los reunió á algunos pelotones del 8.° de húsares que tenia á mano, y los precipitó sobre la infanteria enemiga que se extendia en la llanura á orillas del Danubio. Aquella carga fue ejecutada con tanto vigor y prontitud, que arrollados los austriacos nos dejaron su artilleria, 2000 prisioneros y 300 caballos. Dos batallones de wurtemburgueses quisieron hacerse firmes formándose en cuadro, pero fueron rotos como los demas. Despues de este brillante combate sostenido por la brigada de Puthod, nada tenia Lecourbe que temer por la parte del Danubio inferior: pero no era por allí por donde amenazaba el mayor peligro. El grueso de los austriacos se hallaba situado mas arriba, es decir, en Dillingen, Gundelfingen y Ulma, y era necesario dirijirse á aquel lado para hacer frente al enemigo que iba á bajar

Paso del Danubio, y batalla de Hochstett, dada el 19 de Junio.

por allí. Por fortuna las divisiones de Montrichard, de Gudin, y la reserva de Hautpoul habian pasado por los puentes restablecidos de Gremheim y de Blindheim, y ocupaban la célebre llanura de Hochstëtt, tristemente célebre para nosotros desde el tiempo de Luis XIV (13 de Agosto de 1704). El enemigo que desde los puntos mas próximos habia corrido sobre Dillingen á alguna distancia de Hochstëtt, estaba formado cerca del Danubio con la infantería á nuestra izquierda, á lo largo de los pantanos del rio, y detras de algunos vallados, la caballería á nuestra derecha reunida en gran número. Se presentaba asi en buen órden aguardando los refuerzos que le llegaban, y retirándose con lentitud para unirse mas pronto á ellos; cuyo movimiento retrógrado seguian paso á paso la 37 media brigada y un escuadron del 9.° de húsares. Desembarazado Lecourbe por el combate de Schwenningen del enemigo que podia venir por el Danubio inferior, habia llegado al galope á la cabeza del 2.° regimiento de carabineros, de los coraceros, del 6.° y del 9.° de caballería, y en fin del 9.° de húsares, que componian casi toda la reserva de caballería del general de Hautpoul. Estaba en el llano y separado del enemigo por un pequeño arroyo de agua el Egge, junto al cual se hallaba la aldea de Schrezheim. Lecourbe á la cabeza de los coraceros atraviesa la aldea al galope, los forma al salir de ella, y los precipita sobre la caballería austriaca, que sorprendida por aquella fuerte y repentina carga, se replega en desórden y deja en descubierto los 9000 hombres de infantería que estaba encargada de proteger. Abandonados asi aquellos infantes, quieren arrojarse á las zanjas que surcan las orillas del Danubio, al rededor de Dillingen; pero los coraceros bien dirigidos, cortan la columna y separan de ella 1800 hombres que quedan prisioneros.

Ya eran dos combates afortunados los que se debian en aquella jornada á la caballería, y este no fue el último. Situase Lecourbe junto al Egge aguardando el resto de sus reservas que llegaban por el puente de Dillingen que habia caido en nuestras manos. Pero la caballería de M. de Kray corria á toda prisa, adelantando la infantería y se formaba en dos grandes líneas en la llanura de Lauingen. Esta era la ocasion de que aprovechase nuestra caballería el ardor que le habian infundido los triunfos de aquel dia, midiendo sus armas en la llanura con los numerosos y brillantes escuadrones del ejército austriaco. Despues de haber hecho Lecourbe que su infantería ocupase á Lauingen, reunió toda la caballería de sus divisiones á la de Hautpoul, y la desplegó en la llanura, ofreciendo á los enemigos, un género de combate que debia incitarle á causa del número y de la cualidad de sus ginetes. La primera línea austriaca arranca al galope con la uniformidad y aplomo propios de una caballería muy ducha en las maniobras. Hace retroceder, en efecto, el 2.° regimiento de carabineros, que tan bizarramente se habia conducido por la mañana, y á algunos escuadrones de húsares que habian cargado con él. Entonces se adelantan nuestros coraceros, se unen á los carabineros y á los húsares, quienes viéndose apoyados, hacen cara al enemigo, y todos juntos caen vigorosamente sobre los escuadrones austriacos que retroceden á su vez. Al verlo se adelanta la segunda línea de la caballería enemiga, y teniendo la ventaja del impulso, sobre nuestros ginetes, que se habian desunido en la carga, los obligan á replegarse aceleradamente. Pero estaba de reserva el 9.° que maniobrando con habilidad y osadía acomete por el flanco á la caballería austriaca, la sorprende; la arrolla y asegura á nuestros victoriosos escuadrones la llanura de Hochstëtt.

Las resultas de muertos, heridos ó prisioneros no podian ser muy considerables; porque solo son sangrientos los encuentros de la caballería con la infantería. Pero quedaba por nosotros la llanura, y nuestra caballería acababa de adquirir una verdadera superioridad sobre la de los austriacos, lo que no habia sucedido hasta entónces. Desde aquel momento nuestras armas tenian ya un decidido ascendiente sobre las del enemigo. Eran las ocho, y en los largos dias de Junio quedaba aun tiempo á los imperiales para disputarnos la orilla izquierda del Danubio, tan gloriosamente conquistada por la mañana. En efecto, 8000 hombres de infantería seguidos de una numerosa artillería llegaban al socorro de los cuerpos ya vencidos. Tambien se habia presentado Moreau á la cabeza de todas sus reservas. Empéñase entonces una

nueva batalla mas encarnizada. La infantería francesa acomete á su vez bajo las balas y la metralla á la infantería austriaca. Los soldados de M. de Kray que tenian gran interés en mantenerse en la posicion de Ulma despliegan un vigor estremado. El mismo Moreau se halla muchas veces en medio de lo mas recio de la pelea: pero su infantería apoyada por la caballería que habia vuelto á la carga, queda al fin victoriosa cerca de las once de la noche. En aquel mismo instante la 37 media brigada entraba en Gundelfingen, quedando asi todas las posiciones de la llanura en nuestro poder. Habiamos pasado el Danubio, hecho 5000 prisioneros, y tomado 20 cañones, 1200 caballos, 300 carros, y los considerables almacenes de Donauwerth. Se habia combatido diez y ocho horas consecutivas. Aquella operacion, que cambiaba los tristes recuerdos de Hochstëtt en recuerdos de gloria, era, despues de la de Marengo, la mas brillante de la campaña, y honraba del mismo modo á Lecourbe que á Moreau. Animándose este lentamente, estimulado, al fin, con los ejemplos de Italia habia entrado en mas grandes planes, y acababa de cojer un laurel de aquel árbol donde el primer Cónsul los habia arrancado tan bellos. ¡Dichosa y noble rivalidad, si no hubiera pasado de este círculo!

Resultados de la batalla de Hochstëtt.

Despues de una maniobra tan osada y tan decisiva por parte de su adversario, no podia M. de Kray mantenerse por mas tiempo en Ulma, sin ver cortadas sus comunicaciones con Viena. Marchar directamente sobre los franceses para darles una batalla, era demasiado aventurado con soldados, cuyo ánimo habia acabado de destruir la última jornada. Asi, pues, se apresuró á levantar el campo aquella misma noche: mandó marchar delante el parque compuesto de cerca de mil carruages, y á la siguiente mañana salió con el grueso del ejército por el camino de Nordlingen. Marchaba con un temporal horroroso y por caminos intransitables con las lluvias. Sin embargo, fue tal la rapidez de su retirada que logró llegar en veinte y cuatro horas á Neresheim. Para sostener el espíritu de sus desanimadas tropas extendió el rumor que acababa de firmarse una suspension de armas en Italia, y que iba á ser extensiva á Alemania, debiendo ser la paz su precisa consecuencia. Aquella noticia esparció la alegria entre sus soldados, y los animó algun tanto. Al fin llegaron á Nordlingen.

M. de Kray levanta el campo y abandona la posicion de Ulma.

Moreau habia sabido demasiado tarde la partida del ejército. Richepanse no pudo apercibirse de la evacuacion de Ulma, sino cuando ya se retiraban los últimos destacamentos, y al momento dió parte á su general en gefe. Pero en aquel intervalo los austriacos habian ganado la delantera y el mal tiempo que reinaba hacia dos dias, no permitia alcanzarlos por medio de una marcha forzada. Sin embargo, llegó Moreau á Nordlingen el 23 de Junio por la noche, picando la retaguardia de M. de Kray, que continuaba su retirada. Viendo, por último, que á causa de los malos caminos no lograria adelantar lo necesario para alcanzar al ejército austriaco, y que se veria arrastrado en aquella persecucion infructuosa hasta una distancia que no sabia, tomó el partido de detenerse, y de elegir una posicion, calculada segun el estado presente de las cosas. Sin quererle dar M. de Kray la buena noticia de la victoria de Marengo, que no habia llegado al campamento de los franceses, le comunicó, sin embargo, la suspension de armas estipulada en Italia, y le propuso otra semejante para Alemania. Sospechando entónces Moreau que habian ocurrido grandes acontecimientos del lado allá de los Alpes, no dudando que fuesen dichosos, esperaba recibir á cada instante un correo que se los comunicase, y no quiso hacer trato alguno antes de conocerlos, especialmente antes de haber conquistado mejores acantonamientos para sus soldados. Tomó la resolucion de volver á pasar el Danubio; de confiar á Richepanse el cerco de las dos principales plazas situadas junto á aquel rio, Ulma é Ingolstadt; de trasladarse con el grueso de su ejército mas allá del Lech; de ocupar á Ausburgo y á Munich; y asegurar asi una parte de la Baviera para mantenerse y de conquistar por último los fuertes del Isar y todos los caminos que van á parar al Inn.

En su consecuencia, volvió Moreau á pasar el Danubio y el Lech por Donauwerth y Rhain, y trasladó sus diversos cuerpos por Pottmess y Pfaffenhofen has-

ta las orillas del Isar. Ocupó en este rio los puentes de Landshut, Moosburg, y Freisingen, y destacó á Decaen sobre Munich, el cual entró allí como en triunfo el dia 28 de Junio. Mientras que se ejecutaba este movimiento, se encontraron por última vez los dos ejércitos y chocaron de improviso en un combate sin objeto. Esto sucedió en Neubourg en la orilla derecha del Danubio, mientras que los unos y los otros marchaban sobre el Isar. Una division francesa, empeñada bastante lejos del resto del ejército, tuvo que sostener un largo y encarnizado combate, en el cual salió al fin victoriosa, despues de haber experimentado la sensible pérdida del valiente Latour-d'Auvergne. Este ilustre soldado, honrado por el general Bonaparte con el título de primer granadero de Francia, fue muerto de una lanzada en el corazon. El ejército derramó lágrimas sobre su tumba, y no dejó el campo de batalla hasta despues de haberle levantado un monumento.

Muerte del granadero Latour-d'Auvergne.

Julio de 1800.

El 3 de Julio (14 de Mesidor) se hallaba Moreau en medio de la Baviera bloqueando á Ulma y á Ingolstad en el Danubio, y ocupando en el Isar á Landshut, Moosburg, Freinsingen y Munich. Aquel era el momento de pensar, al fin, en el Tirol, y de arrebatar al príncipe de Reuss las fuertes posiciones de que estaba apoderado á lo largo de las montañas, en los nacimientos del Iller, del Lech y del Isar; posiciones desde las cuales podia inquietar siempre á los franceses. Ciertamente no era muy peligroso, pero su presencia nos obligaba á tener en su observacion destacamentos considerables, y era un motivo de continuo cuidado para nuestra ala derecha. Con este objeto, se reforzó al general Molitor; y se le puso en estado de atacar á los Grisones y al Tirol. Las posiciones de Fussen, Reitti, Immenstadt y Feldkirch, fueron sucesivamente tomadas de una manera pronta y brillante, y nuestra posicion sobre el Isar quedó así perfectamente asegurada.

M. de Kray habia vuelto á pasar el Isar y se habia dirigido detrás del Inn, ocupando delante de este rio el campo de Ampfing, y las cabezas de los puentes de Wasserbourg y de Mühldorf. Se estaba á mediados de Julio (fin de Mesidor). El gobierno francés habia dejado al general Moreau la libertad de obrar á su voluntad, y de dejar las armas cuando lo juzgase conveniente. Con razon creyó este, no convenia que siguiese combatiendo solo. El descanso que gozaban los soldados de Italia causaba envidia á los de Alemania; además el ejército del Rhin, situado entre el Isar y el Inn, tenia una posicion mucho mas adelantada que la del ejército de Italia, dejando así uno de sus flancos en descubierto. Y si bien una de las estipulaciones del convenio de Alejandria prohibia, así á los franceses como á los austriacos, enviar destacamentos á Alemania, podia suceder que esta estipulacion no se observase exactamente, y que el ejército del Rhin tuviese pronto sobre sí un aumento imprevisto de enemigos. Moreau, que habia recibido muchas proposiciones de M. de Kray, se decidió por último á darles oido, el 15 de Julio (26 de Mesidor), consintió en firmar en Parsdorf, poblacion situada delante de Munich, una suspension de armas, igual sobre poco mas ó menos á la de Italia.

Suspension de armas en Alemania.

Los dos ejércitos debian retirarse detras de una linea de demarcacion, que partiendo de Balzers en los Grisones se prolongaba por el Tirol, corria entre el Isar y el Inn, á igual distancia de estos dos rios, venia á caer á Wilshofen sobre el Danubio, subiendo por la orilla de este rio hasta la embocadura del Alt-Mühl y seguia el Alt-Mühl, el Rednitz y el Main hasta Maguncia. Las plazas de Philipsbourg, Ulma, é Ingolstadt, quedaban bloqueadas; pero cada quince dias debian recibir cierta cantidad de víveres proporcionada á la fuerza de sus guarniciones. Los dos ejércitos tenian un plazo de doce dias, para prepararse, en caso de renovarse las hostilidades; de este modo tenia el ejército francés para alimentarse la Franconia, la Suabia, y una gran parte de la Baviera. Situados nuestros soldados junto al Mincio por un lado de los Alpes, y junto al Isar por otro, iban á indemnizarse en las fértiles llanuras de Italia y de Alemania, de sus privaciones y de sus trabajos. Bien lo habian merecido aquellos valientes soldados, llevando á cabo las mas nobles hazañas que habian he-

cho famosas hasta entonces las armas francesas. Aunque el ejército del Rhin no habia brillado tanto como el de Italia, se habia señalado sin embargo en una campaña dirigida con tanta prudencia como vigor. El último acontecimiento grande de ella, el paso del Danubio junto á Hochstött, podia colocarse entre los mas brillantes hechos de armas de nuestra historia militar. La opinion, que en 1799 no habia sido favorable á Moreau, habia llegado á ser en 1800 casi parcial á su favor. Despues del nombre del general Bonaparte, y muy distante es verdad, pero á una distancia en que los puestos eran muy honoríficos aun, se colocaba sin cesar el nombre del general Moreau; y como la opinion es mudable, este último eclipsaba aquel año el del vencedor de Zurich, por el cual habia sido eclipsado el año anterior.

La noticia de los venturosos triunfos del ejército del Rhin completó la satisfaccion producida por las victorias extraordinarias del ejército de Italia, y cambió en certidumbre las esperanzas de paz que tenian los ánimos. La alegria era general. Los fondos públicos denominados del cinco por ciento, que se vendian á 13 francos antes del 18 de Brumario, habian subido á 40. Un decreto de los Cónsules anunció á los tenedores de la deuda pública que el primer semestre del año IX que vencia el 22 de Setiembre de 1800, les seria pagado todo en dinero; ¡dichosa noticia que hacia mucho tiempo no recibian los desgraciados acreedores del Estado! Atribuianse todos estos bienes á los ejércitos, y á los generales que los habian conducido, pero especialmente al jóven Bonaparte, que acababa de combatir y de gobernar á la vez, de un modo igualmente extraordinario. Asi es que la fiestas del 14 de Julio, una de las dos solemnidades republicanas, conservadas por la Constitucion, fue celebraba con gran pompa. En los Inválidos estaba preparada una ceremonia magnífica. El músico Méhul habia compuesto hermosos cantos, y para ejecutarlos, se habian mandado venir los principales cantores de Italia, de la cual se empezaban á tomar entonces sus obras maestras y sus artistas. Despues de haber oido el primer Cónsul aquellos cantos bajo la cúpula de los Inválidos, se dirigió al campo de Marte, seguido de un numeroso estado mayor para recibir á la guardia consular. Llegaba esta aquella misma mañana, cubierta de polvo, destrozado su vestuario, y sin haber cesado de marchar desde el dia siguiente al de la batalla de Marengo, á fin de acudir con exactitud á la cita que le habia dado el primer Cónsul para el 14 de Julio. Traia á los Inválidos las banderas ganadas en la última campaña, con el fin de colocarlas en el depósito comun de nuestros trofeos. La multitud que circundaba los dos lados del campo de Marte, se precipitó para ver mas de cerca á los heroes de Marengo, y aquel delirio llevado á su colmo produjo algunos accidentes desgraciados: el primer Cónsul se vió oprimido por mucho tiempo en medio de aquel arrebato popular, volviendo á las Tullerías rodeado de la multitud que seguia sus pasos. Todo el dia se consagró á los regocijos públicos.

Algunos dias despues, el 21 de Julio (2 de Termidor), se anunció la llegada del conde de Saint-Julien, oficial de confianza del emperador de Alemania, encargado de llevar á Paris la ratificacion del convenio de Alejandria, y de conferenciar con el primer Cónsul sobre las condiciones de la próxima paz. No se dudó ya entonces de la conclusion de aquella paz tan deseada, que debia poner fin á la segunda coalicion. Puede decirse que jamas habia visto la Francia dias tan hermosos.

FIN DEL LIBRO CUARTO.

# LIBRO QUINTO.

## HELIÓPOLIS.

*Estado del Egipto despues de la partida del general Bonaparte.—Profundo disgusto del ejército, y su deseo de volver á Francia.—Kleber excita aquel sentimiento en vez de contenerlo.—Informe que hace el mismo del estado de la colonia.—Este informe que habia sido dirigido al Directorio, llega á poder del primer Cónsul.—Falsedades de que está lleno.—Grandes recursos de la colonia, y facilidad de conservarsela á Francia.—Llevado el mismo Kleber del sentimiento que habia alimentado, se dispone á tratar con los turcos y los ingleses.—Culpable convenio de El-Arisch, estipulando la evacuacion de Egipto.—Negativa de los ingleses á llevar á cabo dicho tratado, y su pretension de obligar al ejército frances á deponer las armas.—Noble indignacion de Kleber.—Rompimiento del armisticio y batalla de Heliópolis.—Dispersion de los turcos.—Kleber los persigue hasta la frontera de Siria.—Toma del campamento del Visir.—Distribucion del ejército en el Egipto inferior.—Vuelta de Kleber al Cairo, con el fin de reducir esta ciudad que se habia sublevado á sus espaldas.—Hábil contemporizacion de Kleber.—Despues de haber reunido sus fuerzas, ataca y recobra el Cairo.—Sumision general.—Alianza con Murad-Bey.—Kleber que creia no poder conservar al Egipto sometido, le reconquista en treinta y cinco dias contra las fuerzas de los turcos y de los egipcios sublevados.—Borra gloriosamente sus faltas.—Sensacion de los pueblos musulmanes al saber que el Egipto se halla en poder de los infieles.—Un fanático, que habia salido de Palestina, se dirige al Cairo para asesinar á Kleber.—Muerte funesta de este último, y sus consecuencias respecto á la colonia.—Tranquilidad presente.—Kleber y Desaix habian sucumbido en un mismo dia.=Carácter y vida de estos dos guerreros.*

Agosto de 1799.

Partida del general Bonaparte.

En Agosto de 1799, decidido el general Bonaparte por las noticias que habia recibido de Europa, á dejar repentinamente el Egipto, habia mandado al almirante Ganteaume hiciese salir del puerto de Alejandria las fragatas *la Muiron* y *la Carrere*, únicos buques que le quedaban despues de la destruccion de la escuadra, y fondease en la pequeña rada del Morabito, dos leguas al Oeste de Alejandria, donde pensaba embarcarse. Le acompañaban los generales Berthier, Lannes, Murat, Andréossy y Marmont, y los dos sábios de la espedicion, á quienes mas queria, Monge y Berthollet. El 22 de Agosto (5 de Fructidor del año VIII) se dirigió al Morabito, y se embarcó precipitadamente, temiendo siempre ver aparecer la escuadra inglesa. Abandonados en la playa los caballos que habian servido para el tránsito se volvieron al galope á Alejandria. La vista de aquellos caballos ensillados y sin ginetes causó cierta alarma, creyéndose que habria sucedido una desgracia á algunos oficiales de la guarnicion, hasta el caso de mandar salir del campo atrincherado un destacamento de caballeria para que averiguase que era aquello. Pronto, un picador turco que habia presenciado el embarque, explicó lo sucedido, y Menou, que era el único iniciado en el secreto, anunció en Alejandria la partida del general Bonaparte, y el nombramiento que habia hecho en Kleber para que le sucediese. Kleber habia recibido una cita, que debia verificarse en Roseta el 23 de Agosto; pero urgiéndole al general Bonaparte embarcarse, se habia ido sin aguardarle. Por otra parte; al imponer á Kleber la pesada carga del mando, no le desagradaba dejarle una órden absoluta, que no permite ni contestacion ni negativa.

Disgusto del ejército al saber la partida del general en gefe.

Esta noticia causó en el ejército una dolorosa sorpresa. Al pronto no quisieron creerla, y el general Dugua comandante de Roseta la hizo des-

mentir, no solo porque él tampoco la creia, sino temiendo el mal efecto que podia causar. Sin embargo pronto fue indudable de todo punto, y se declaró oficialmente á Kleber, sucesor del general Bonaparte. Apoderóse entónces la consternacion de los oficiales y de los soldados, pues habia sido necesario todo el ascendiente que ejercia sobre ellos el vencedor de Italia, para arrastrarlos á lejanas y desconocidas regiones, y para detenerlos allí. El amor á la patria es una pasion que llega á ser violenta, cuando la distancia, la novedad de los lugares, y los temores fundados sobre la posibilidad de volver á ella, llegan á excitarla. Muy á menudo estallaba esta pasion en Egipto por medio de murmuraciones y aun de suicidios. Pero la presencia del general en gefe, su lenguaje, y su incesante actividad hacian que se disiparan estas nubes sombrías. Sabiendo siempre ocuparse á sí mismo y ocupar á los demás, cautivaba hasta el mas alto grado los espíritus, y no dejaba nacer, ó disipaba en torno suyo el tédio que no tenia cabida en su alma. Decianse algunas veces que no volverian á ver la Francia, y que no podrian volver á atravesar el Mediterráneo, sobre todo desde que la escuadra habia sido destruida en Aboukir; pero el general Bonaparte estaba allí, y con él podia irse á todas partes, encontrar otra vez el camino de la Francia, ó crearse una patria nueva. Pero con su partida cambiaba todo de aspecto, y así la noticia de su marcha fué un rayo para ellos, calificándola todos con las mas injuriosas expresiones. Nadie se explicaba aquel movimiento irresistible de patriotismo y de ambicion que á la noticia de los desastres de la República, le habia impelido á volver á Francia. No veian mas que el abandono en que dejaba al desgraciado ejército que habia tenido bastante confianza en su genio para seguirle. Se decian que habiendo reconocido la imprudencia de aquella empresa, y la imposibilidad de llevarla á cabo, huia abandonando á otros lo que ya le parecia irrealizable. Pero, salvarse solo, dejando al otro lado de los mares á los que habia comprometido, era una crueldad, y hasta una cobardía, segun sus detractores: ¡por qué detractores tuvo siempre, y muy cerca de su persona, aun en las épocas mas brillantes de su carrera!

Conducta de Kleber en aquellas circunstancias.

Kleber no queria mucho al general Bonaparte, y toleraba su ascendiente con cierta especie de impaciencia. Si se contenia en presencia suya se desquitaba por otra parte con expresiones descomedidas. Descontentadizo y caprichoso, Kleber habia deseado ardientemente tomar parte en la expedicion de Egipto, para salir del estado de desgracia en que vivia bajo el Directorio; y ahora sentia ya haber abandonado las orillas del Rhin por las del Nilo, dejándolo así conocer con una debilidad indigna de su carácter. Aquel hombre tan grande en el peligro, se abandonaba así mismo como pudiera hacerlo el último de los soldados. El mando en gefe no le consolaba tampoco de la necesidad de quedar en Egipto, porque no le gustaba mandar. Obedeciendo al desencadenamiento de los ánimos contra el general Bonaparte, cometió la falta que podria llamarse criminal, si actos heróicos no la hubiesen reparado, de darle pábulo él mismo, arrastrando tras sí al ejército entero. A su ejemplo todo el mundo se puso á decir que no se podia ya permanecer en Egipto, y que era preciso volver á Francia á todo evento. Otros sentimientos se mezclaron al de volver al suelo patrio, para alterar el espíritu del ejército, y hacer nacer en él las pasiones mas lamentables.

Divisiones intestinas.

Una antigua rivalidad dividia entónces y dividió largo tiempo aun, á los oficiales salidos de los ejércitos de Italia y los del Rhin. Estaban celosos unos de otros, y unos y otros tenian la pretension de hacer la guerra de diverso modo y mejor; y si bien aquella rivalidad fue contenida por la presencia del general Bonaparte, era en el fondo, la causa principal de la diversidad de sus pareceres. Todos los procedentes de los ejércitos del Rhin se mostraban poco afectos hácia la expedicion de Egipto; por el contrario los oficiales que habian venido del ejército de Italia, aunque sintiendo mucho verse tan léjos de la Francia, conceptuaban buena aquella expedicion, porque era la obra de su general en gefe. Despues de la partida de éste, desapareció toda clase de reserva. Rodearon tumultuosamente á Kleber y repitieron con él en alta voz lo que por otra parte empezaba á ser el sentimiento ge-

neral de todos, esto es, que la conquista del Egipto era una empresa insensata, á la cual se debia renunciar cuanto antes. Este parecer encontró, sin embargo, opositores; y algunos generales, como Lanuse, Menou, Davout, y sobre todo Desaix se atrevieron á manifestar otros sentimientos. Desde entonces se formaron dos partidos, de los cuales el uno se llamó partido colonista, y el otro anti-colonista. Desgraciadamente estaba ausente Desaix concluyendo la conquista del Egipto superior, en donde combatia con feliz éxito, y administraba con mucha prudencia. No podia, pues, oponerse su influencia en aquel momento á la de Kleber, y para colmo de desgracia no debia permanecer en Egipto. Queriendo el general Bonaparte tenerle á su lado, habia cometido la imprudencia de no nombrarle general en gefe, dejándole solo la órden de volver á Europa lo mas pronto que le fuese posible. Desaix, cuyo nombre era universalmente querido y respetado en el ejército, y cuyos talentos administrativos eran iguales á sus talentos militares, hubiera gobernado perfectamente á la colonia, y se hubiera precavido contra todas las debilidades á que se entregó Kleber, al menos por un momento.

Sin embargo, Kleber era el general mas popular entre los soldados. Su nombramiento fue acogido con entera confianza, y les consoló algo de la pérdida del general ilustre que acababa de dejarlos. Pasada la primera impresion, aunque sin reponerse del todo los ánimos, fueron, sin embargo, cobrando mas calma, y pensaron con mas justicia. Se habló de otra manera: se dijo, que á pesar de todo, el general Bonaparte habia debido volar al socorro de la Francia, que estaba en peligro; y que por otra parte, estando ya el ejército establecido en Egipto, lo mejor que podia haber hecho en su favor, era ir á Paris para exponer energicamente sus necesidades y su situacion, y reclamar socorros, que él solo podia arrancar de la negligencia del gobierno.

Setiembre de 1799. — Kleber toma posesion del mando.

Kleber volvió al Cairo, tomó posesion del mando con cierta especie de aparato, y se alojó en la hermosa casa árabe que habia ocupado su predecesor en la plaza de Ezbekyeh. Desplegó cierto fausto, menos para satisfacer sus gustos que para imponer á los orientales, y quiso hacer sentir su autoridad ejerciéndola con vigor. Pero pronto los cuidados del mando que le eran insoportables, los nuevos peligros con que los turcos y los ingleses amenazaban el Egipto, y el sentimiento de hallarse léjos de su patria, que era general, llenaron su alma del desaliento mas sombrio. Despues de haber hecho que le diesen cuenta del estado de la Colonia, mandó al Directorio un despacho lleno de errores, acompañándole con una relacion del gefe de la hacienda, Poussielgue, en la cual se presentaban las cosas bajo el mas falso aspecto, y sobre todo el mas acusador con respecto al general Bonaparte.

Informe de Kleber al Directorio.

En aquel despacho y en aquella memoria fechadas en 26 de Setiembre (4 de Vendimiario del año VIII) el general Kleber y el intendente Poussielgue decian, que el ejército, ya disminuido en la mitad, se hallaba en aquel momento reducido á unos 15,000 hombres, que estaba casi desnudo, lo que era muy peligroso en aquellos climas, á causa de la diferencia de la temperatura entre el dia y la noche; que le faltaban cañones, fusiles, proyectiles y pólvora, efectos dificiles de reemplazar, porque el hierro colado, el plomo, las maderas de construccion y las materias propias para fabricar la pólvora faltaban en Egipto; que en la hacienda habia un déficit considerable, porque se debian á los soldados 4 millones de sus haberes, y de 7 á 8 millones á los proveedores por sus diferentes servicios; que el recurso de las contribuciones estaba agotado, y el pais pronto á revelarse si se le imponian otras nuevas; que no siendo abundante la inundacion del Nilo aquel año, la cosecha daba muestras de ser muy escasa, y que por lo tanto ni podrian ni querrian los egipcios satisfacer sus impuestos; que amenazaban á la colonia peligros de todo género; que los dos antiguos gefes de los mamelucos Murad-Bey é Ibrahim-Bey se sostenian siempre con muchos miles de caballos, el uno en el Egipto superior, y el otro en el Egipto inferior; que el célebre bajá de Acre, Djezzar iba á enviar al ejército turco un refuerzo de 30,000 soldados excelentes, de los

antiguos defensores de San Juan de Acre contra los franceses: que el mismo gran visir que habia ya salido de Constantinopla, se hallaba en las cercanias de Damasco con un ejército poderoso; que los rusos y los ingleses debian agregar una fuerza disciplinada á las fuerzas irregulares de los turcos; que en aquella triste posicion no les quedaba mas recurso que tratar con la Puerta, y que habiendo dado el general Bonaparte el ejemplo y la autorizacion expresa en las instrucciones dejadas á su sucesor, iban á ver si podian estipular con el gran visir una especie de dominacion mixta, por medio de la cual, ocuparia la puerta la campiña de Egipto, y percibiria el *miri* ó contribucion territorial, y la Francia ocuparia las plazas y los fuertes percibiendo las rentas de Aduanas. Kleber añadia, que el general en gefe habia previsto la crisis, y que este era el verdadero motivo de su precipitada partida. M. Poussielgue terminaba su relacion con una calumnia: el general Bonaparte, decia, se habia llevado al dejar el Egipto dos millones. Para completar este cuadro debe decirse, que el general Bonaparte habia colmado de beneficios á M. Poussielgue.

Tales fueron los despachos enviados al Directorio por Kleber y M. Poussielgue. Tratábase en ellos al general Bonaparte como á un hombre perdido, y á quien no se tiene ninguna consideracion. Le creian, en efecto, expuesto al doble peligro de caer en manos de los ingleses, ó de ser condenado severamente por el Directorio por haber dejado su ejército. ¿Cuál no hubiera sido el embarazo de los que escribian aquellos despachos, si hubieran sabido que serian abiertos y leidos por el hombre que era objeto de sus calumnias, el cual habia llegado á ser gefe absoluto del gobierno?

Demasiado indolente Kleber para enterarse por sí mismo de la verdadera situacion de las cosas, lo que menos pensaba era examinar si los estados que enviaba estaban de acuerdo con sus propias aserciones. Kleber no creia mentir: transmitia por negligencia y mal humor, todos los dichos que las pasiones habian multiplicado en torno suyo, hasta el punto de darles cierto carácter de pública notoriedad. Aquellos despachos fueron confiados á un sobrino del director Barras, y acompañados de una multitud de cartas, en las cuales manifestaban los oficiales del ejército una desesperacion tan injusta como imprudente. El sobrino de Barras fue detenido por los ingleses, y aunque arrojó precipitadamente al mar el paquete de despachos de que era portador, este paquete sobrenadó, y fue visto, recogido y enviado al gabinete británico. Pronto se verá lo que resultó de aquellas fatales comunicaciones que cayeron en poder de los ingleses, y fueron publicadas por toda la Europa.

Sin embargo, Kleber y M. Poussielgue habian dirigido sus despachos por doble conducto y diferentes caminos, llegando por uno de ellos á Francia y yendo á manos del primer Cónsul.

Falsedades de la memoria de Kleber.

¿Qué habia de verdad en aquel cuadro trazado por imaginaciones doloridas? Pronto se juzgará de ello por los mismos acontecimientos; pero entretanto debemos rectificar los falsos asertos que acaban de leerse.

El ejército, segun Kleber habia quedado reducido á 15,000 hombres; sin embargo en los estados enviados al Directorio aparecian 28,500. Cuando dos años despues volvió el ejército á Francia, aun contaba en sus filas 22,000 soldados, y en aquellos dos años habia dado muchas grandes batallas é innumerables combates. En 1798 habian salido de Francia en diferentes convoyes 34,000 hombres, 4,000 de los cuales habian quedado en Malta, llegando, pues, á Alejandria 30,000. Mas tarde 3000 marinos, restos de la escuadra destruida en Aboukir, habian reforzado el ejército haciéndolo subir á 33,000 hombres. Desde 1798 á 1799 habia perdido de 4 á 5000 soldados; quedábanle, pues, en 1800 unos 28;000, de los cuales, 22,000 al menos estaban hábiles para combatir.

El Egipto es un pais, donde las heridas se curan con extremada rapidez; y aquel año habia muy pocos enfermos, y no existia la peste. El Egipto estaba lleno de cristianos griegos, sírios ó cophtos que deseaban alistarse en nuestras filas, y que podian proporcionar 15 ó 20,000 excelentes reclutas. Los negros de Darfour comprados y emancipados proporcionaron hasta 500 buenos soldados á una sola de nuestras medias brigadas. Por otra parte el Egipto estaba sometido. Los campesinos que le cul-

tivaban, acostumbrados á obedecer á toda clase de dueños, jamas pensaban en tomar un fusil. Salvo algunas conmociones en las ciudades, no habia que temer mas que á los turcos indisciplinados que venian de lejos, ó á ingleses mercenarios transportados con gran trabajo en algunos buques. Contra tales enemigos era el ejército frances mas que suficiente, si hubiera estado dirigido, no con gran talento, sino solamente con prudencia y buen juicio.

Kleber decia en su despacho que los soldados estaban desnudos, pero el general Bonaparte habia dejado paño para vestirlos; y un mes despues de la remision de aquel despacho, estaban enteramente vestidos de nuevo. En todo caso el Egipto abundaba en telas de algodon, pues surtia de ellas á toda el Africa. No hubiera sido, pues, muy difícil procurarse dichas telas, bien comprándolas ó exigiéndolas como una parte de las contribuciones. En cuanto á víveres, Egipto es el granero de los paises que carecen de cereales. El trigo, el arroz, la vaca, el carnero, las aves, el azúcar, el café, estaban entonces diez veces mas baratos que en Europa. Era tanta la baratura en los mercados, que el ejército, aun cuando sus recursos no fuesen muy grandes, podia pagar todo lo que consumia: es decir que podia portarse en Africa mejor que lo hacen en Europa los ejércitos cristianos, donde todos saben que viven sobre el pais conquistado sin pagar nada. Decia Kleber que le faltaban armas, y le quedaban 11,000 sables, 15,000 fusiles; 1400 ó 1500 piezas de artillería, de las cuales 180 eran de campaña. Alejandria, la cual afirmaban que estaba desprovista de artillería desde el sitio de San Juan de Acre, contaba mas de 300 cañones en bateria. En cuanto á las municiones quedaban 3 millones de cartuchos de infantería, 27,000 cartuchos para cañon, ya fabricados, y recursos para fabricar mas, pues existian en los almacenes 200,000 proyectiles y 1,100,000 libras de pólvora. Los acontecimientos posteriores demostraron la verdad de estos datos, porque el ejército se batió dos años aun, y dejó á los ingleses considerables provisiones. En efecto, ¿donde habia de haberse echado el inmenso material tan cuidadosamente reunido por el general Bonaparte en la escuadra que transportó el ejército á Egipto?

Medios de vivir.

Estado de las municiones.

Respecto á la hacienda era igualmente falso el informe de Kleber. Los haberes se pagaban al corriente. Es verdad que aun no se habia establecido el sistema de hacienda mas á propósito para alimentar al ejército sin cansar al pais; pero los recursos existian, y con solo mantener los impuestos ya establecidos podian vivir en la abundancia. Con lo que debian rendir las contribuciones del año habia para proveer á todos los gastos corrientes, es decir, á mas de 16 millones de francos. Las cuentas presentadas mas adelante probaron que el Egipto bien administrado podia producir 25 millones al año. En este concepto no pagaba ni aun la mitad de lo que le sacaban con infinitas vejaciones los numerosos tiranos que le oprimian bajo el nombre de mamelucos. Segun el precio de los efectos en Egipto, el ejército podia vivir con 18 ó 20 millones. En cuanto á las cajas de fondos públicos; habia sacado tan poco de ellas el general Bonaparte, que ni aun las habia tocado al irse para cobrar el importe total de su sueldo.

Hacienda.

En cuanto á los próximos peligros que amenazaban á la colonia, he aquí la verdad. Murad-Bey, desanimado, recorria el Egipto superior con algunos mamelucos. Ibrahim-Bey, que bajo el gobierno de los mamelucos compartia con aquel la soberanía, se hallaba entónces en el Egipto inferior, hácia las fronteras de la Siria, y sus fuerzas no llegaban á 400 caballos, en lugar de los miles que se le suponian. Djezzar-Bajá estaba encerrado en San Juan de Acre, y léjos de preparar un socorro de 30,000 hombres para el ejército del visir, veia por el contrario con mucho disgusto la aproximacion de un nuevo ejército turco, especialmente entonces que su bajalato estaba ya libre del poder de los franceses. Los ingleses tenian sus fuerzas en Mahon, y en aquel momento pensaban emplearlas en Toscana, en Nápoles, ó sobre el litoral de la Francia. Por lo que hace á una expedicion rusa, era una pura fábula. Jamás habian pensado los rusos hacer tan larga travesia para acudir en socorro de la política inglesa en el Oriente.

Hostilidades que amenazaban al Egipto.

Los habitantes no estaban tampoco tan dispuestos, como se decia, á sublevarse. Teniendo ciertas consideraciones, como lo habia prescrito el general Bonaparte, con los *sheiks* que son los sacerdotes y letrados de los árabes, debian atraérselos muy pronto. Ya entonces empezábamos á tener algun partido entre ellos. Por otra parte teniamos á nuestra favor los cophtos, los griegos y los sirios, que eran todos cristianos, y se portaban como amigos y auxiliares útiles. Asi, pues, ningun peligro inminente era de temer por este lado. Es cierto que si los franceses sufrian algunos reveses, los egipcios con la ordinaria movilidad de los pueblos conquistados, harian como acababan de hacer los mismos italianos, y se unirian al vencedor del dia contra el vencedor de la víspera. No obstante, apreciaban la diferencia de dominacion entre los mamelucos que los oprimian siempre con el sable en la mano; y los franceses que respetaban sus propiedades, y rara vez le quitaban la vida á algunos.

Kleber habia, pues, cedido á peligrosas exageraciones, triste producto del odio, del fastidio y de la expatriacion. A su mismo lado el general Menou miraba las cosas con los colores mas bellos; creia á los franceses invencibles en Egipto, y contemplaba la expedicion como principio de una revolucion próxima y grande en el comercio del mundo. Jamás sabran los hombres precaverse lo bastante contra sus impresiones personales, en semejante especie de juicios. Kleber y Menou eran dos hombres honrados y de buena fé; pero el uno queria partir y el otro permanecer en Egipto: los estados mas claros y auténticos, significaban para ellos las cosas mas contrarias; la miseria y la ruina para el uno, y la abundancia y triunfos para el otro.

Instrucciones que habia dejado al partir el general Bonaparte.

Cualquiera que, por otra parte, fuese el estado de los negocios, Kleber y su partido se hacian gravemente culpables con pensar en la evacuacion, porque ningun derecho tenian para verificarla. Es verdad que el general Bonaparte en instrucciones llenas de sabiduria, y examinando todos los casos posibles, habia previsto hasta aquel en que el ejército se viera obligado á evacuar el Egipto.—Me vuelvo á Francia, decia: y bien sea como particular ó como hombre público obtendré que se os envien socorros. Pero si en la próxima primavera (escribia en Agosto de 1799) no habeis recibido ni socorros ni instrucciones, si la peste destruye mas de 1500 hombres ademas de las pérdidas de la guerra; si fuerzas considerables á que no podais resistiros estrechan en extremo, negociad entónces con el Visir, consentid, tambien si es preciso, en la evacuacion, salvo el obtener para ello el consentimiento del gobierno francés; y entretanto continuad ocupando á Egipto. Asi ganareis tiempo, y es imposible que en el intervalo no recibais socorros.—Estas instrucciones eran muy prudentes, pero el caso prevenido estaba muy lejos de realizarse. En primer lugar hubiera sido preciso fuese ya la primavera de 1800; despues, que ningun socorro ni instrucciones se hubieran recibido en Egipto en dicha época; y además que el ejército hubiese perdido por la peste una parte de su efectivo, ó bien que se hallase estrechado por fuerzas superiores: pero nada de esto ni que se le pareciera habia acontecido. Abrir una negociacion sin aquellas condiciones, era, pues, un acto verdaderamente criminal.

Desaix.

En Septiembre de 1799 (Vendimiario del año VIII), habiendo concluido Desaix la conquista y la sumision del Egipto superior, dejó dos columnas volantes en persecucion de Murad-Bey, á quien habia ofrecido la paz con la condicion de que se hiciese vasallo de la Francia; y volvió al Cairo por órden de Kleber, que queria servirse de su nombre en las desgraciadas negociaciones que iba á emprender. Entretanto, el ejército del Visir, anunciado hacia tiempo, se habia adelantado con lentitud. Sir Sidney Smith que escoltaba con sus buques las tropas turcas destinadas á venir por mar, acababa de conducir delante de Damieta 8,000 genizaros. El 1.° de Noviembre de 1799 (10 de Brumario del año VIII) se verificó el primer desembarco de 4000 genizaros hacia el Bogaz de Damieta, es decir, á la entrada del brazo del Nilo que pasa por delante de

Noviembre de 1799.

Tentativa de desembarco de 8000 genizaros rechazado por los franceses.

aquella ciudad. El general Verdier que solo tenia en Damieta 1000 hombres, salió con ellos, se trasladó mas allá del fuerte de Lesbeh, sobre una estrecha lengua de tierra, en cuya orilla habian desembarcado los turcos, y sin dar á los 4000 genízaros restantes el tiempo de llegar, atacó á los 4000 que estaban ya en tierra. A pesar del fuego de la artillería inglesa, ventajosamente colocada en una antigua torre, derrotólos, dejando que se ahogasen ó pasando á cuchillo á mas de 3000, y haciendo prisioneros á los demas. Las lanchas cañoneras viendo aquel espectáculo, se volvieron hácia sus buques sin desembarcar lo restante de las tropas turcas. Los franceses solo tuvieron 22 muertos y 100 heridos.

A la primera noticia de aquel desembarco habia mandado Kleber á Desaix con una columna de 3000 hombres, pero este último, enviado inutilmente á Damieta, habia encontrado á los franceses victoriosos y llenos de una confianza sin límites. Tan brillante hecho de armas deberia haber infundido ánimo á Kleber; pero por desgracia estaba dominado á la vez por su disgusto y el del ejército. Kleber habia atraido los ánimos y estos le atraian á su vez hacia la fatal idea de una inmediata evacuacion. Las murmuraciones contra el general Bonaparte volvian á renovarse. Ese jóven temerario, decian, que habia confiado á la ventura al ejército frances, y se habia arrojado él mismo á otros peligros, desafiando los mares y los cruceros ingleses para llegar á Francia; ese jóven temerario debia haber sucumbido en la travesía. Los generales prudentes, formados en la escuela del Rhin debian desechar de su mente una ilusion insensata, y volver á Europa con unos soldados valerosos, indispensables á la República, que se veia amenazada por todas partes.

Participando Kleber del disgusto del ejército piensa en negociaciones.

Hallándose en tal disposicion los ánimos habia enviado Kleber uno de sus oficiales al Visir, que habia entrado en Siria, para hacerle nuevas proposiciones de paz. Ya el general Bonaparte, queriendo indisponer al Visir con los ingleses, habia tenido la idea de empezar algunas negociaciones, que no eran de su parte mas que una pura ficcion; y que fueron recibidas con desconfianza y orgullo. Las de Kleber obtuvieron mejor acogida por la influencia de sir Sidney Smith, que se disponia á desempeñar un gran papel en los negocios de Egipto.

Sir Sidney Smith.

Este oficial de la marina inglesa habia contribuido mucho á impedir el éxito del sitio de San Juan de Acre, con lo cual estaba orgulloso; y meditaba desde entónces una estratagema de guerra, segun la expresion de los agentes ingleses, que consistia en aprovechar un momento de debilidad para arrancar á los franceses su preciosa conquista. En efecto, mostrando muy á las claras todas las cartas interceptadas de nuestros oficiales, el deseo que los agitaba de volver á Francia, sir Sidney Smith queria atraer al ejército á que entrase en negociaciones, haciéndole firmar una capitulacion, y embarcándole en seguida echarle en las playas de Europa, antes que el gobierno frances tuviese tiempo de conceder ó negar su ratificacion. Bajo este punto de vista habia predispuesto al gran Visir para que prestase oido á las proposiciones de Kleber. En cuanto á él, dedicándose á colmar de agasajos á los oficiales franceses, les dejaba que recibiesen noticias de Europa, teniendo cuidado de no dar paso mas que á las anteriores al 18 de Brumario. Por su parte Kleber acababa de enviar un negociador á sir Sidney Smith, porque los ingleses eran dueños del mar, y queria hacerlos intervenir en la negociacion para que pudiera verificarse su vuelta á Francia. Apresurándose sir Sidney á recibir este mensage, se habia mostrado dispuesto á entrar en negociacion, añadiendo, por otra parte, que en virtud del tratado del 5 de Enero de 1799, que él habia llevado á cabo, existia una triple alianza entre la Rusia, la Inglaterra y la Puerta, por la cual se obligaban estas potencias á hacerlo todo de comun acuerdo, y que por lo tanto, no podia ser válido ni ejecutorio ningun arreglo con la Puerta, si no se hacia con acuerdo de los agentes de las tres cortes. Sir Sidney Smith tomaba en sus comunicaciones el título de *Ministro plenipotenciario de S. M. B. cerca de la Puerta Otomana, y comandante de la escuadra de los mares de Levante.*

Sir Sidney Smith se daba un título que habia tenido, pero que ya no le

pertenecia desde la llegada de lord Elgin en calidad de embajador á Constantinopla; y en realidad, en aquel momento no tenia mas poder que el que un gefe militar tiene siempre, como el de firmar estipulaciones de guerra, suspensiones de armas &c.

Diciembre de 1799.

Negociaciones á bordo del navio *Tigre*, entre Desaix y sir Sidney Smith.

Kleber sin mirar detenidamente lo que iba á hacer y sin saber si trataba con agentes suficientemente acreditados, se empeñó á ojos cerrados en aquella senda peligrosa, donde le arrastraba un sentimiento comun á todo el ejército, y en la que hubiera hallado la ignominia, si por fortuna suya, no le hubiese dotado el cielo de un alma heróica, que debia volver en sí desde el momento en que reconociese la extension de su falta. Entró, pues, en negociacion, y ofreció á sir Sidney Smith, lo mismo que al Visir, que se habia adelantado hasta Gaza, en Siria, nombrar algunos oficiales con plenos poderes para tratar. Repugnándole recibir los turcos en su campamento, y no queriendo, por otra parte, exponer á sus oficiales en medio del ejército indisciplinado del gran Visir, imaginó elegir para lugar de las conferencias el navio *Tigre*, que montaba sir Sidney Smith.

Sir Sidney que no cruzaba aquellos mares sino con dos navios, (lo que, para decirlo de paso, probaba cuan posible era para la Francia comunicarse con el Egipto) no tenia en aquel momento mas que uno: el otro que era *el Theseo* se estaba reparando en Chipre. Obligándole el estado del mar á alejarse muy á menudo, las comunicaciones con la costa no eran ni regulares ni prontas. Por lo tanto, se necesitaba algun tiempo para obtener su consentimiento. Al fin, llegó su respuesta; manifestando que iba á dirigirse sucesivamente á Alejandria y Damieta, para recibir á su bordo á los oficiales que Kleber le enviase.

Kleber nombró á Desaix y al intendente Poussielgue, el mismo que habia calumniado tan torpemente al general Bonaparte, y á quien los egipcios calificaban en sus comunicaciones de *visir del sultan Kleber*. Poussielgue era el defensor de la evasion, y Desaix todo lo contrario. Este último habia hecho los mayores esfuerzos para resistir al torrente, y para alentar el corazon de sus compañeros de armas, y solo se habia encargado de la negociacion entablada por Kleber, con la esperanza de darle largas, y esperar á que llegasen de Francia socorros y órdenes. Para excusarse Kleber á los ojos de Desaix, le decia que el general Bonaparte era el primero que habia empezado las negociaciones con los turcos, y que ademas habia previsto y autorizado de antemano un tratado de evacuacion en el caso de un peligro inminente. Desaix, mal informado, esperaba siempre que el primer buque que llegase de Francia aclararia sus dudas, y acaso cambiaria las deplorables disposiciones del estado mayor del ejército. Partió al fin con M. Poussielgue y no habiendo podido unirse con sir Sidney Smith en Alejandria, le encontró delante de Damieta, y logró llegar á bordo del *Tigre* el 22 de Diciembre de 1799 (1 de Nevoso del año VIII). Era en el momento mismo en que el general Bonaparte acababa de ser investido del poder en Francia.

Sir Sidney Smith, á quien complacia en extremo tener á su bordo un plenipotenciario tal como Desaix, le hizo la acogida mas lisonjera, y procuró por todos los medios mas persuasivos, atraerle á la idea de evacuar el Egipto.

Condiciones presentadas por Desaix.

Desaix supo defenderse perfectamente, é hizo valer las condiciones que su gefe le habia encargado presentase. Estas condiciones, inadmisibles por parte del comodoro ingles, convenian mucho á Desaix que queria ganar tiempo; pues estaban tan mal calculadas de parte de Kleber, que su exageracion hacia imposible toda avenencia. Pero Kleber buscaba en su misma extension una excusa á su falta. Pedia, por ejemplo, que retirándose el ejército con todos los honores de la guerra, con armas y equipajes, pudiese desembarcar en el punto del continente que quisiese elegir, con el fin de llevar á la República el socorro de su presencia, donde lo juzgase mas útil. Pedia que la Puerta nos restituyese inmediatamente las islas Venecianas que habian venido á ser propiedad francesa despues del tratado de Campo-Formio, y eran Corfú, Zante, Cefalonia &c., ocupadas en aquel momen-

to por guarniciones turco-rusas; que estas islas, y sobre todo la de Malta, mas importante que las demas, quedasen bajo el dominio de la Francia, garantizándolo asi los firmantes del tratado de evacuacion; que al retirarse el ejército frances pudiese reforzar y abastecer las guarniciones; y por último, que el tratado que ligaba á la Puerta, la Rusia y la Inglaterra, fuese anulado al momento, y la triple alianza disuelta.

Estas condiciones, forzoso es decirlo, no eran razonables; y no porque fuesen un equivalente exagerado de lo que se perdia abandonando á Egipto, sino porque eran del todo irrealizables. Asi lo hizo conocer sir Sidney á Kleber. Unos oficiales, tratando de una simple suspension de armas, no podian comprender en sus negociaciones objetos de tanta monta. Zante, Cefalonia y Corfú estaban ocupadas por tropas turcas y rusas, y por lo tanto era menester recurrir no solo á Constantinopla sino tambien á San Petersburgo. Malta dependia del dominio del rey de Nápoles, y no podia disponerse de ella sin el consentimiento de aquel príncipe, que siempre habia rehusado cederla á la Francia. Echar en el momento tropas francesas en aquella isla, era por decirlo asi, decidir la cuestion. Ademas, que ni los cruceros, ni las guarniciones de todas las potencias coligadas, que se hallaban en ella, se retirarian por una órden de sir Sidney Smith, ó del gran Visir. Por otra parte, nunca consentiria la Inglaterra una condicion que aseguraba la isla de Malta á la Francia. Desembarcar el ejército frances en un punto del continente, donde pudiese cambiar las combinaciones de la guerra con su repentina aparicion, era un atrevimiento que no podia permitirse un simple comodoro, comandante de una estacion naval. Por último, anular el tratado de la triple alianza, era pedir á sir Sidney Smith que deshiciese él solo á bordo de su navío un tratado ratificado por tres grandes potencias, y que habia adquirido para el Oriente una grande importancia. Y aun suponiendo que todas esas condiciones fuesen aceptadas por las cortes, cuyo consentimiento se necesitaba, era menester enviarlas á Nápoles, á Lóndres, á San Petersburgo y á Constantinopla; y desde luego no era un convenio militar de evacuacion como el que se firmó en Marengo, que al momento podia ejecutarse. Si se dirigia el convenio á Lóndres para su aprobacion, era necesario, por consecuencia, remitirlo tambien á Paris, lo cual no queria Kleber. Todo esto iba efectivamente mas allá de los términos de una capitulacion militar.

No costó mucho trabajo á sir Sidney Smith convencer de estas razones á los agentes franceses encargados de la negociacion. Pero era urgente arreglar al momento dos objetos; primero, la partida de los heridos y de los sábios, agregados á la expedicion, para los cuales solicitaba Desaix salvo conducto; y segundo, una suspension de armas; porque aunque el ejército del gran Visir adelantaba lentamente, muy pronto habia de encontrarse en presencia del ejército frances. En efecto, ya habia llegado al frente del fuerte de El-Arisch, primer puesto frances en las fronteras de Siria, al que habia intimado la rendicion. Advertido Kleber de esta circunstancia, habia escrito á Desaix, previniéndole que exigiese como condicion indispensable de las negociaciones, la detencion del ejército turco en la frontera.

Partida de sir Sidney Smith para el campo del gran Visir.

El primer punto, el de la partida de los heridos y de los sábios, dependia de sir Sidney Smith, quien consintió en ello con mucha eficacia y cortesía. En cuanto al armisticio, declaró sir Sidney que iba á solicitarlo, pero que el obtenerlo no dependia de él, porque el ejército turco se componia de hordas fanáticas y bárbaras, y era cosa difícil hacer con él convenios regulares, y sobre todo asegurar su ejecucion. Para allanar esta dificultad pensó trasladarse al campamento del Visir, que se hallaba en las cercanias de Gaza. En efecto, hacia quince dias que se estaba tratando á bordo del *Tigre*, navegando á merced de los vientos entre las costas de Egipto y de Siria, y se habian dicho cuanto tenian que decirse; de modo, que la negociacion no podia continuarse de una manera útil, sino al lado del mismo gran Visir. Sir Sidney Smith propuso, pues, ir á verle, convenir en una suspension de armas, y preparar las cosas para la ida de los negociadores franceses, si se lisonjeaba de que podia prometerles

seguridad y respeto. Esta proposicion fue aceptada; y aprovechando sir Sidney un instante favorable, desembarcó en la costa, á la cual le condujo una barca, no sin haber corrido algunos peligros, dando cita al comandante del *Tigre* para el puerto de Jaffa, donde Poussielgue y Desaix debian bajar á tierra, si el lugar donde habian de celebrarse las conferencias era el campamento del gran Visir.

Cuando el comodoro ingles llegó al lado del gran Visir acababa de pasar en El-Arisch un horrible acontecimiento.

Ejército del gran Visir.

El ejército turco compuesto en su menor parte de genízaros, y en su mayor de esas milicias asiáticas que las leyes musulmanas ponen á disposicion del Sultan, presentaba una masa confusa é indisciplinada, temible para todo el que vistiese trage europeo. Se habia reunido en nombre del Profeta, diciendo á los turcos que aquel era el último esfuerzo que habia que hacer para arrojar de Egipto á los infieles, á quienes habia abandonado el formidable *Sultan de fuego*, Bonaparte; que estaban debilitados y desanimados; que bastaba presentarse á ellos para vencerlos; que todo el Egipto estaba pronto á sublevarse contra su dominacion, &c. Estas cosas y otras, repetidas en todas partes habian atraido al lado del Visir á 70 ú 80,000 fanáticos musulmanes. A los turcos se habian unido los mamelucos. Ibrahim-Bey, retirado, hacia algun tiempo, en Siria, y Murad-Bey que dando un largo rodeo habia bajado de las cataratas á las cercanias de Suez, se habian hecho auxiliares de sus antiguos competidores. Los ingleses habian fabricado para aquel ejército una especie de artillería de campaña arrastrada por machos. Los árabes beduinos con la esperanza de cebarse en los despojos de los vencidos, cualesquiera que fuesen, habian puesto á disposicion del Visir 15,000 camellos para ayudarle á atravesar el desierto que separa la Palestina del Egipto. El generalísimo turco tenia en su estado mayor semi-bárbaro algunos oficiales ingleses, y varios de esos culpables emigrados que habian enseñado al bajá Djezzar el arte de defender á San Juan de Acre. Ahora veremos de lo que fueron causa aquellos miserables tránsfugas.

Toma de el fuerte de El-Arisch, y matanza de una parte de la guarnicion francesa.

El fuerte de El-Arisch, ante el cual se encontraban los turcos en aquel momento, era, segun el dicho del general Bonaparte, una de las dos llaves de Egipto, y Alejandria era la otra. Segun su parecer, el ejército que viniese por mar no podia desembarcar en gran número sino sobre la playa de Alejandria; y el que viniese por tierra, teniendo que atravesar el desierto de Siria, estaba obligado á pasar por El-Arisch, para apagar la sed en los pozos que hay en aquel sitio. Por eso, habia mandado hacer grandes trabajos en el recinto de Alejandria, y poner en estado de defensa el fuerte de El-Arisch. Guarnecia este un destacamento de 300 hombres con víveres y municiones, mandado por un valiente oficial llamado Cazals. Habiéndose adelantado la vanguardia turca hasta El-Arisch, el coronel Douglas, oficial inglés al servicio de Turquía intimó la rendicion al comandante Cazals. Un oficial francés disfrazado fue portador, de la intimacion. Entabláronse conferencias, y se dijo á los soldados que la evacuacion del Egipto era inminente, que ya se anunciaba como cosa resuelta, que pronto seria inevitable, y que era una crueldad obligarlos á que peleasen por mas tiempo. Los culpables sentimientos, que los gefes habian consentido demasiado se estendiesen en el ejército, estallaron en aquel momento. Los soldados del fuerte de El-Arisch, llenos como todos sus compañeros del deseo de dejar el Egipto, declararon al comandante que no querian combatir, y que era necesario pensar en entregar el fuerte. Indignado el valiente Cazals los convocó, les habló con un lenguaje lleno de nobleza, y les dijo que si habia cobardes entre ellos podian separarse de la guarnicion é irse con los turcos, para lo cual les dejaba en libertad, y que él defenderia el fuerte hasta morir, con los franceses que quisiesen cumplir con su deber. Estas palabras despertaron por un instante en el corazon de los soldados sentimientos de honor. Rechazóse, pues, la intimacion y empezó el ataque del fuerte. Los turcos no eran capaces de tomar una posicion que se defendiese algun tanto. Las baterías del fuerte apagaron todos sus fuegos; sin embargo, dirigidos por los oficiales ingleses y emigrados habian lle-

vado sus trincheras hasta el ángulo saliente de un baluarte. El comandante dispuso que saliesen algunos granaderos con el fin de arrojar á los turcos del primer ramal de la trinchera. Solo siguieron al capitan Ferray, encargado de dirigirlos, tres granaderos, y viéndose abandonado se volvió al fuerte. Entretanto los revoltosos habian abatido la bandera, pero un sargento de granaderos la volvió á levantar, siguiéndose de aquí una lucha, durante la cual, los miserables que querian rendirse echaron cuerdas á algunos turcos: ya en el fuerte estos feroces enemigos, cayeron sable en mano sobre los desgraciados que les habian facilitado la entrada y dieron muerte á gran parte de ellos. Vueltos los demás sobre sí se reunieron al resto de la guarnicion, se defendieron desesperadamente, y fueron degollados la mayor parte. Algunos en muy corto número, obtuvieron una capitulacion, gracias al coronel Douglas, y debieron la vida á la intervencion de este oficial.

Así cayó el fuerte de El-Arisch. Tal fue el primer efecto del lastimoso estado en que se hallaban los ánimos en el ejército, y el primer fruto que los gefes recogian de sus propias faltas.

Era el 30 de Diciembre (9 de Nevoso): la carta escrita por sir Sidney Smith al gran Visir, para proponer una suspension de armas, no habia llegado á tiempo para prevenir el triste acontecimiento de El-Arisch. Sir Sidney Smith tenia generosos sentimientos, y aquella bárbara matanza de una guarnicion francesa le indignó, y le hizo temer, sobre todo, el rompimiento de los tratos. Se apresuró á enviar explicaciones á Kleber, tanto en su nombre, como en el del gran Visir, añadiendo la formal seguridad de que cesarian las hostilidades durante las negociaciones.

A vista de aquellas hordas, que mas bien parecian una emigracion de poblaciones salvages que un ejército que iba á combatir, que poco antes se peleaban entre sí por víveres ó por agua, Sir Sidney Smith concibió temores respecto á los parlamentarios franceses. Exigió que las tiendas destinadas á recibirlos, se levantasen en el mismo cuartel del gran Visir y del Reis-effendi, ambos presentes en el ejército; y que una guardia compuesta de tropas escogidas se colocase en torno de las tiendas; mandó levantar las suyas mismas, próximas á aquellas, y por último hizo bajar á tierra un destacamento de marinos ingleses, á fin de garantirse á sí propio de cualquier accidente, y á los oficiales franceses confiados á su buena fe. Tomadas estas precauciones envió á buscar á Jaffa á MM. Poussielgue y Desaix para conducirlos al lugar de las conferencias.

Al saber Kleber la matanza de El-Arisch no se indignó tanto como debiera, temiendo no se rompiesen las negociaciones si tomaba con empeño la reparacion de aquel hecho. Contentóse con reclamar con mas ardor aun la suspension de armas; y además, bien fuese por precaucion ó por estar mas cerca del lugar de las conferencias, dejó el Cairo y trasladó su cuartel general á Salahieh en la misma frontera del desierto, y á dos jornadas de El-Arisch.

Mientras tanto Desaix y Poussielgue, contrariados por los vientos, no habian podido desembarcar en Gaza hasta el 11 de Enero (21 de Nevoso), ni llegar á El-Arisch hasta el 13. Las conferencias empezaron desde su llegada; Desaix indignado estuvo ya para romper las negociaciones. Aquellos turcos ignorantes y bárbaros interpretaban á su modo la conducta de los franceses viendo en su disposicion á tratar, no el inmoderado deseo de volver á Francia sino el miedo de combatir. Así, pues, exigian que el ejército se rindiese como prisionero de guerra. Entonces quiso Desaix poner fin á todas las conferencias; pero sir Sidney intervino, moderó á ambas partes, y propuso condiciones honrosas, si es que podia haberlas para semejante resolucion. No era posible llevar adelante las primeras condiciones de Kleber. Así lo habia conocido este, despues de haber recibido las cartas que le habian escrito á bordo del *Tigre*, y no hablaba ya de las islas venecianas, de Malta, ni del abastecimiento de las guarniciones. Sin embargo, para dar alguna importancia á su capitulacion, persistió en un particular, cual era el que la Puerta se retirase de la triple alianza. En rigor esta condicion podia negociarse en El-Arisch; pues que allí estaba el gran Visir y el Reis-effendi; pero no se podia exigir al negociador ingles, cuya intervencion era, no obstante, indispen-

Enero de 1800.

Se trasladan las conferencias al campamento del Visir.

sable. Esta condicion quedó, pues, abandonada como las otras. Era un vano artificio que Kleber y sus consejeros empleaban consigo mismos, para disfrazar á sus propios ojos lo indigno de su conducta.

Condiciones aceptadas por una y otra parte.

Pronto, al fin, se trató de la evacuacion sola y sencilla, y de sus condiciones. Despues de largos debates, se convino que cesarian las hostilidades durante tres meses; que estos tres meses se emplearian por el Visir en reunir en los puertos de Roseta, de Aboukir y de Alejandria, los buques necesarios para el transporte de nuestro ejército, y por el general Kleber en evacuar el Nilo superior, el Cairo y las provincias comarcanas, y en concentrar sus tropas en los puntos de embarque; que los franceses saldrian con armas y equipajes, es decir, con los honores de la guerra; que se llevarian las municiones que necesitasen y dejarian las otras; que contando desde el dia en que se firmase el tratado, cesarian de imponer contribuciones, y abandonarian á la Puerta las que se les adeudasen, recibiendo en cambio tres mil bolsas, que equivalian entonces á tres millones de francos, y componian la suma necesaria para sus gastos, durante la evacuacion y la travesia. Los fuertes de Katieh, Salahieh y Belbeïs que formaban la frontera del Egipto del lado del desierto de Siria, debian entregarse diez dias despues de la ratificacion, y el Cairo á los cuarenta. Se habia convenido que la ratificacion la daria ocho dias despues el general Kleber por sí solo, sin recurrir al gobierno frances. Por último, sir Sidney Smith se comprometió en su nombre y en el del comisario ruso, á proporcionar pasaportes al ejército, para que pudiese atravesar por los cruceros ingleses.

Los comisionados franceses cometieron aquí un grave error respecto á la fórmula. La firma de sir Sidney Smith era indispensable, porque sin ella el mar quedaba interceptado. Por lo tanto, debieron habérsela exigido, puesto que era el negociador de aquel convenio. Entonces se hubiera aclarado el misterio de sus poderes: se hubiera sabido que si el comodoro ingles habia tenido otras veces poderes para tratar con la Puerta, carecia de ellos en aquel momento, porque lord Elgin habia llegado ya como embajador á Constantinopla: que no tenia ninguna instruccion especial para el caso presente, y sí únicamente grandes presunciones para esperar la aprobacion de su conducta en Lóndres. Poco instruidos los plenipotenciarios franceses de los usos diplomáticos, creyeron que puesto que sir Sidney ofrecia los pasaportes, tendria facultad para darlos, y que dichos pasaportes serian válidos.

Desaix ántes de firmar se dirige á Kleber.

Estando concluido el proyecto de convenio, no quedaba mas que firmarle; pero el noble corazon de Desaix se indignaba de lo que se le obligaba á hacer. Antes de poner su nombre al pie de semejante documento, mandó á su ayudante de campo Savary al cuartel general de Salahieh, donde se hallaba Kleber, para comunicarle el proyecto de convenio, y declararle que no le firmaria sino despues de haber recibido de su parte la órden formal para ello. Savary partió, llegó á Salahieh y desempeñó cerca de Kleber la comision que se le habia encargado. Kleber, que conocia confusamente su falta, quiso para cubrirla juntar un consejo de guerra, al que concurriesen todos los generales del ejército.

Consejo de guerra.

El consejo se reunió el 21 de Enero de 1800 (1.° de Pluvioso del año VIII). La sumaria del acta existe aun; y es sensible ver que hombres valientes, que habian derramado su sangre por su patria, y que iban á derramarla todavia, acumulasen miserables falsedades para disimular su indigna flaqueza. Este ejemplo debe servir de leccion á los militares, y enseñarles que no basta la firmeza en la guerra, y que el ánimo para arrostrar las balas y la metralla es la menor de las virtudes impuestas á su noble profesion. Hízose valer en aquel consejo de guerra la noticia, conocida entónces en Egipto, de que la grande escuadra franco-española habia pasado del Mediterráneo al Océano, de donde concluian que no habia que esperar ningun socorro de Francia; y para probarlo se hizo presente que habian pasado cinco meses desde la salida del general Bonaparte, durante los cuales no habia llegado ningun despacho. Se argumentó con el desaliento del ejército, que ellos mismos habian contribuido á producir;

citóse lo que acababa de suceder en Roseta y Alejandria, cuyas guarniciones se habian conducido como la de El-Arisch, amenazando sublevarse si inmediatamente no se las llevaba á Europa; se pretendió que el ejército activo estaba reducido á 8000 hombres; exageróse desmesuradamente la fuerza del ejército turco; se habló de una supuesta expedicion rusa que iba á unirse al gran Visir, expedicion que solo existia en la exaltada imaginacion de aquellos que querian abandonar el Egipto á cualquier precio; se estableció como muy positiva la imposibilidad de resistirse, asercion que pronto debia ser desmentida de un modo heróico por los mismos que la asentaban; y, por último, para aproximarse en cuanto fuese posible á las instrucciones del general Bonaparte, se alegaron algunos casos de peste muy dudosos, y completamente desconocidos en el ejército.

Sin embargo, á pesar de todo lo que se acababa de decir, estaban los partidarios de la evacuacion muy léjos de sujetarse á las instrucciones dejadas por el general Bonaparte. Las condiciones establecidas por este eran: 1.ª, que no hubiese llegado socorro ni órden alguna en la primavera de 1800; 2.ª, que la peste hubiese hecho sucumbir á 1500 hombres, además de las pérdidas de la guerra; 3.ª que el peligro fuese tan grande que hiciese imposible toda resistencia; además, habia recomendado, si estas circunstancias se realizaban, que se ganase tiempo en las negociaciones, y no se admitiese la evacuacion, sino bajo la cláusula de que habia de ser ratificada por la Francia.—Y sin embargo de todo esto, se estaba entónces únicamente en Enero de 1800, no habia peste ni ningun peligro inminente, y se trataba de resolver la evacuacion inmediata sin recurrir á la Francia.

Resistencia de Davout.

Un hombre que ha mostrado tener en la guerra algo mas que valor, es decir carácter, el general Davout, despues mariscal y príncipe de Eckmulh, se atrevió él solo á resistir aquella culpable decision. No temió hacer frente á Kleber, cuyo ascendiente sufrian todos, y combatió con energia el proyecto de capitulacion: pero no fue escuchado, y por una sensible condescendencia consintió en firmar la resolucion del consejo de guerra, dejando que se escribiese en el acta que habia sido adoptada por unanimidad.

Davout, no obstante, llamó aparte á Savary, y le encargó hiciese presente á Desaix, que si queria romper las negociaciones encontraria apoyo en el ejército. Volvió Savary al campamento de El-Arich, y puso en conocimiento de Desaix lo que habia pasado, y lo que le habia dicho Davout; pero leyendo Desaix al pie de la resolucion del consejo el nombre de Davout, contestó con viveza á Savary: ¿de quién quereis que yo me fie, cuando el mismo que desaprueba el convenio, no se atreve á autorizar su opinion con su firma? ¡Quieren que yo desobedezca, y no se atreven á sostener hasta el fin la opinion que han manifestado!—En vista de aquel torrente cedió Desaix aunque con dolor, y firmó el 28 de Enero este desgraciado convenio, célebre despues bajo el nombre de convenio de El-Arisch (8 de Pluvioso).

Fírmase el convenio de El-Arisch, estipulando la evacuacion de Egipto.

Luego que fue concluida la negociacion; empezó á conocerse su gravedad. Vuelto Desaix al campamento de los franceses se expresaba con dolor; y no disimulaba su profundo disgusto por haber sido elegido para tal mision, y obligado á desempeñarla por una órden del general en gefe. Davout, Menou y algunos otros, se desahogaban profiriendo amargas expresiones, y por todas partes estallaba la division en el campamento de Salahieh.

Sin embargo todo se iba disponiendo para partir; y la mayoria del ejército se hallaba entregada á la alegria por dejar aquellas tierras lejanas y volver pronto á ver á Francia. Sir Sidney Smith habia vuelto á bordo de su navío. El Visir se aproximaba, y se apoderaba una despues de otra de las posiciones fortificadas de Katieh, de Salahieh y de Belbeïs; que Kleber ansioso de ejecutar el tratado, le entregaba fielmente. Kleber volvió al Cairo para ordenar los preparativos de marcha, llamar á sí las tropas que cubrian el Egipto superior, concentrar su ejército y dirigirle en seguida hácia Roseta y Alejandria en las épocas convenidas para el embarque.

Mientras pasaban estos acontecimientos en Egipto, como consecuencias funestas de un sentimiento que los gefes

del ejército habia secundado en vez de refrenarlo, tenian lugar en Europa otros acontecimientos, consecuencias exactas de las mismas causas. En efecto, las cartas y despachos enviados por duplicado, habian llegado á la vez, como hemos visto, á Paris y á Lóndres. El oficio en que se acusaba al general Bonaparte, y que iba dirigido al Directorio, habia sido remitido al mismo general Bonaparte, gefe ya del gobierno. Tanta debilidad y falsedades le habian indignado, pero conociendo la necesidad que el ejército tenia de Kleber, apreciando las grandes cualidades de este general, y no creyendo que el desaliento pudiese llegar hasta el punto de abandonar el Egipto, disimuló sus propios resentimientos, y se apresuró á hacer partir de Francia instrucciones, y el anuncio de los grandes socorros que preparaba.

Efecto que produce en Europa las comunicaciones de Egipto.

El gobierno británico, á cuyo poder habian llegado los despachos duplicados de Kleber, y un gran número de cartas escritas por nuestros oficiales á sus familias, las mandó publicar todas, con el objeto de mostrar á la Europa la situacion de los franceses en Egipto, y de indisponer entre si á los generales Kleber y Bonaparte. Este era un cálculo natural por parte de una potencia enemiga. Al mismo tiempo habia recibido el gabinete inglés aviso de las proposiciones hechas por Kleber al gran Visir y á sir Sidney Smith. Creyendo al ejército francés reducido al último extremo, se apresuró á expedir la órden formal de no concederle ninguna capitulacion, á menos que no se rindiese prisionero de guerra. Hasta M. Dundas empleó en la tribuna del parlamento expresiones odiosas. Es necesario, dijo, hacer un ejemplar con ese ejército que ha invadido en plena paz los estados de nuestros aliados; el interés del género humano exige que sea destruido.

Orden dada por los ingleses exijiendo que el ejército francés quede prisionero de guerra.

Este lenguaje era bárbaro, y descubre la violencia de las pasiones que agitaban entonces el corazon de los dos paises. El gabinete inglés habia creido á la letra las exageraciones de Kleber y de nuestros oficiales, y miraba á los franceses como reducidos á sufrir todas las condiciones que se quisiera imponerles, y sin prever lo que efectivamente pasaba, cometió la ligereza de dar á lord Keith, comandante en gefe de las fuerzas navales del Mediterráneo, la órden absoluta de no firmar ninguna capitulacion, sin la condicion expresa de detener prisionero al ejército francés.

La órden salió de Lóndres el 17 de Diciembre y llegó á manos del almirante Keith, que se hallaba en la isla de Menorca, en los primeros dias de Enero de 1800, y el 8 de aquel mismo mes se apresuró este almirante á comunicar á sir Sidney Smith las instrucciones que acababa de recibir de su gobierno. Se necesitaba, y sobre todo en aquella estacion algun tiempo para atravesar el Mediterráneo; y asi es que las comunicaciones de lord Keith no llegaron á poder de sir Sidney Smith hasta el 20 de Febrero. Sir Sidney quedó afligidísimo; pues habiendo obrado sin instrucciones precisas de su gobierno, contando con la aprobacion de sus actos, se hallaba comprometido con los franceses, porque podia ser acusado por ellos de deslealtad. Mejor instruido, por otra parte del verdadero estado de las cosas, sabia muy bien que Kleber no consentiria nunca en entregarse prisionero de guerra, y veia expuesto á desgraciarse el convenio de El-Arisch, arrancado tan hábilmente en un momento de debilidad. Se apresuró á escribir á Kleber expresándole su sentimiento, advirtiéndole lealmente lo que pasaba, excitándole á que suspendiese al momento la entrega de las plazas egipcias al gran Visir; y suplicándole aguardase nuevas órdenes de Inglaterra antes de tomar ninguna resolucion definitiva.

Febrero de 1800.

—

Sentimiento de sir Sidney Smith al recibir las órdenes de Inglaterra.

Desgraciadamente cuando estos avisos llegaron al Cairo, el ejército frances habia ejecutado en parte el convenio de El-Arisch. Ya se habian entregado á los turcos todas las posiciones de la orilla derecha del Nilo, Katieh, Salahieh, Belbeïs, y algunas de las posiciones del Delta, especialmente la ciudad de Damieta y el fuerte de Lesbeh. Las tropas estaban ya en marcha para Alejandria con sus bagajes y municiones. La division del Egipto superior habia abandonado el alto Nilo á los turcos, y se replegaba sobre el Cairo para

reunirse junto al mar con el resto del ejército. Desaix, aprovechándose de la órden que habia recibido para volver á Francia, y no queriendo tomar parte en los pormenores de aquella vergonzosa retirada, habia partido con Davout, quien por su parte no podia permanecer al lado de Kleber. Olvidando este sus diferencias con Davout, habia querido detenerle, y le habia ofrecido el grado de general de division que podia conferirle en su calidad de gobernador del Egipto. Davout habia rehusado, diciendo no queria que su ascenso llevase la fecha de un acontecimiento tan deplorable. Pero mientras que Desaix y Davout se embarcaban, M. de Latour-Maubourg, que llegaba de Francia con los despachos del primer Cónsul, los encontró en la playa, y les contó la revolucion del 18 de Brumario y la elevacion del general Bonaparte al poder supremo. De este modo, en el momento en que Kleber se desasia de las posiciones fortificadas, llegaba á su conocimiento la desaprobacion del convenio de El-Arisch, y la noticia no menos grave de la instalacion del gobierno consular.

Pero no debia pasar mas adelante la debilidad de un gran carácter; y una propuesta deshonrosa iba á volver en sí á Kleber, y hacer de él lo que verdaderamente era, un héroe. Era preciso ó rendirse, ó defenderse en una situacion mucho peor que la que se habia declarado insostenible en el consejo de Salahieh; era preciso, ó sufrir la deshonra ó aceptar una lucha desesperada: Kleber no vaciló; y ahora se verá, que á pesar de haber empeorado la situacion, supo hacer lo que habia juzgado imposible algunos dias antes, dándose á sí mismo el mas noble de los mentís.

Marzo de 1800.

Ordenes dadas por Kleber.

Kleber revocó inmediatamente todas las órdenes que habia dirigido al ejército. Hizo venir del Egipto inferior hasta el Cairo una parte de las tropas que habian bajado el Nilo; mandó volver atrás las municiones; dió órdenes apremiantes á la division del Egipto superior para que se le reuniera é intimó al gran Visir que se detuviese en su marcha hácia el Cairo, pues de lo contrario empezaria inmediatamente las hostilidades. El gran Visir le contestó que estando ya firmado el tratado de El-Arisch debia ejecutarse, y que en su consecuencia iba á avanzar sobre la capital. Al mismo tiempo llegó al cuartel general un oficial procedente de Menorca y portador de una carta de lord Keith á Kleber. Entre otras expresiones contenia aquella carta las siguientes: «He recibido órde»nes positivas de S. M. B. para no con»sentir en ninguna capitulacion con el »ejército de vuestro mando, excepto en »el caso en que deponga las armas, se »entregue prisionero de guerra, y aban»done todos los buques que existen en »el puerto de Alejandria.»

Indignado Kleber mandó insertar en la órden del ejército la carta de lord Keith, añadiendo estas solas palabras:

Proclama á las tropas.

SOLDADOS! Á TALES INSOLENCIAS NO SE RESPONDE SINO CON VICTORIAS: PREPARAOS Á COMBATIR.

Este noble lenguaje resonó en todos los corazones. La situacion habia cambiado mucho despues del 28 de Enero, dia en que se firmó el convenio de El-Arisch! Entónces tenia el ejército todas las posiciones fortificadas del Egipto; dominaba á los egipcios que estaban tranquilos, y el Visir se encontraba en el desierto. Ahora, por el contrario, habia entregado los puntos mas importantes; no ocupaba mas que la llanura; todas las poblaciones estaban sublevadas, y la del Cairo, excitada por la presencia del gran Visir, que se hallaba á cinco horas de camino, solo esperaba la primera señal para revelarse. El lúgubre cuadro bosquejado en el consejo de guerra en que se habia discutido el convenio de El-Arisch, cuadro falso entónces, era ahora rigurosamente exacto. El ejército francés iba á combatir en la llanura que costea el Nilo, teniendo enfrente al Visir con 80,000 hombres y á sus espaldas los 300,000 habitantes del Cairo prontos á sublevarse; ¡y sin embargo nada temia! ¡Gloriosa reparacion de una falta grande!

Vanos esfuerzos de sir Sidney Smith para impedir la renovacion de las hostilidades.

Los agentes de sir Sidney Smith habian acudido para interponerse entre los franceses y los turcos, y hacerles oir nuevas palabras de avenimiento. Acabábase, decian, de escribir á Lóndres; y cuando el convenio de El-Arisch fuese conocido, indudablemente seria ratificado: en tal situacion era necesario suspender las

hostilidades y esperar. El gran Visir y Kleber consentian en ello, pero con condiciones opuestas. El gran Visir queria que se le entregase el Cairo; Kleber, por el contrario, exigia que el gran Visir retrocediese hasta la frontera. En tal estado de cosas combatir era el único recurso.

Batalla de Heliópolis dada el 20 de marzo.

El 20 de Marzo de 1800 (29 de Ventoso del año VIII) antes de amanecer salió del Cairo el ejército frances, y se desplegó en las ricas llanuras que baña el Nilo; teniendo el rio á la izquierda, el desierto á la derecha, y al frente, algo mas léjos las ruinas de la antigua Heliópolis. La noche, casi luminosa en aquellos climas, hacia fáciles las maniobras, sin hacerlas por eso perceptibles al enemigo. El ejército se formó en cuatro cuadros: dos á la izquierda, á las órdenes del general Reynier, y dos á la derecha, á las del general Friant. Estaba compuesto cada uno de dos medias brigadas de infantería, formadas en varias líneas: en los ángulos y por la parte de afuera estaban las compañías de granaderos dando la espalda á los mismos cuadros, sirviéndoles de refuerzo durante la marcha, ó contra las cargas de caballería, y destacándose para volar al ataque de las posiciones defendidas cuando el enemigo quisiese sostener algun punto. En el centro de la línea de batalla, es decir entre los dos cuadros de la izquierda y los dos de la derecha, estaba la caballeria formada en masa, con la artilleria ligera á sus alas. A alguna distancia á retaguardia y hácia la izquierda, un quinto cuadro menor que los otros, estaba destinado á servir de reserva. Las tropas que Kleber acababa de reunir en la llanura de Heliópolis podian calcularse en unos 10,000 hombres, y todos estaban tranquilos y animosos.

El dia empezaba á nacer. Kleber, que desde que era general en gefe, desplegaba para imponer á los egipcios cierto lujo, vestia un rico uniforme, y montado en un caballo de gran talla, presentaba á los soldados aquella noble persona, que tanto se complacian en ver, y cuya arrogante hermosura les llenaba de confianza.—Amigos, les dijo recorriendo sus filas: no poseeis en Egipto mas que el terreno que pisais. Si retrocedeis un solo paso, sois perdidos!—Su presencia y sus palabras, fueron acogidas con el mayor entusiasmo; y en cuanto fue de dia dió la órden de marchar adelante.

No se divisaba todavia mas que una parte del ejército del Visir. En aquella llanura del Nilo que se extendia á nuestra vista, se veia el pueblo de El-Matarieh, fortificado por los turcos, en el que habia una vanguardia de 5 á 6000 genízaros, soldados excelentes, escoltados por algunos miles de caballos. Un poco mas allá otro de aquéllos desordenados cuerpos parecia querer deslizarse entre el rio y nuestra ála izquierda, para ir á sublevar el Cairo á nuestra espalda. En frente, y mucho mas léjos las ruinas de la antigua Heliópolis, un bosque de palmeras, y grandes desigualdades del terreno, ocultaba á los ojos de nuestros soldados el grueso del ejército turco. Podia calcularse en 70 ú 80,000 hombres la reunion de todas aquellas fuerzas, contando el cuerpo principal, el cuerpo situado en El-Matarieh y el destacamento que se hallaba en marcha para penetrar en la ciudad del Cairo.

Kleber dispuso al principio que un escuadron de guias á caballo cargase al cuerpo destacado, que maniobraba sobre nuestra izquierda para penetrar en la ciudad del Cairo. Los guias se lanzaron al galope sobre aquella confusa tropa; pero los turcos que jamas temian á la caballeria, recibieron el choque y le devolvieron á su vez. Ya habian envuelto á nuestros soldados, y aun iban á aniquilarlos, cuando Kleber mandó á su socorro el regimiento 22 de cazadores y el 14 de dragones, que cayendo sobre aquella masa, en medio de la cual se hallaban envueltos los guias, la dispersaron á sablazos, poniéndola en fuga; los turcos se alejaron hasta perderse de vista.

Concluido esto, se apresuró Kleber á atacar el pueblo fortificado de El-Matarieh ántes que el grueso del ejército enemigo tuviese tiempo de llegar. Encargó esta operacion al general Reynier con los dos cuadros de la izquierda, y él mismo con los dos de la derecha, verificando un movimiento de conversion, se situó entre El-Matarieh y Heliópolis, á fin de impedir que el ejército turco viniese en socorro de la posicion atacada.

Llegado Reynier junto á El-Matarieh destacó las compañias de granaderos que

fortificaban los ángulos de los cuadros, y les mandó que atacasen el pueblo. Estas compañías se adelantaron formando dos pequeñas columnas. Los valientes genízaros no quisieron esperarlas y marcharon á su encuentro. Nuestros granaderos los recibieron á pie firme, les hicieron una descarga de fusilería á quema ropa, dieron muerte á gran número, y despues los atacaron á la bayoneta. Mientras que la primera columna de granaderos atacaba de frente á los genízaros, la segunda los flanqueaba y acababa de dispersarlos. Despues, ambas columnas reunidas penetraron en El-Matarieh, enmedio de una lluvia de balas; cayeron á bayoneta calada sobre los turcos que se resistian, y despues de haber hecho en ellos gran mortandad, quedaron dueños de la posicion. Los turcos huyeron por la llanura, y uniéndose á los que acababan de dispersar los guias, los cazadores y los dragones, corrieron en desórden hácia el Cairo, capitaneados por Nassif-Bajá, segundo del gran Visir.

El pueblo de El-Matarieh, lleno de despojos, segun las costumbres orientales, ofrecia un rico botin á nuestros soldados; pero no se detuvieron: soldados y generales conocian la necesidad de no ser sorprendidos en medio de un pueblo por la masa de las tropas turcas. El ejército recobrando poco á poco el órden que guardaba por la mañana, se adelantaba por la llanura, siempre formado en varios cuadros y con la caballería en el centro. Pasó las ruinas de Heliópolis, y mas allá apercibió una nube de polvo, que se elevaba en el horizonte, adelantándose rápidamente hácia nosotros. A la izquierda se encontraba el pueblo de Seriaqous, y á la derecha en medio de un bosque de palmeras el pueblo de El-Merg, situado á orillas de un pequeño lago, llamado Lago de los peregrinos. Una pequeña subida de terreno corria de uno á otro pueblo. De repente se detuvo aquella móvil columna de polvo, despues se disipó á una ráfaga de viento, y dejó ver al ejército turco, que formaba una larga línea flotante desde Seriaqous á El-Merg, situado en la parte elevada del terreno, y dominando un poco aquel en que estaban desplegadas nuestras tropas. Kleber dió entonces la órden de avanzar. Reynier, con los dos cuadros de la izquierda marchó hácia Seriaqous, y Friant con los dos cuadros de la derecha se dirigió hácia El-Merg. El enemigo habia distribuido un gran número de tiradores delante de las palmeras que rodeaban á El-Merg, pero un combate de tiradores no podia servir de nada contra soldados como los nuestros. Friant envió algunas compañías de infantería ligera, que pronto hicieron entrar á aquellos turcos destacados en la confusa masa de su ejército. El gran Visir se hallaba allí, en medio de un grupo de ginetes cuyas brillantes armaduras resplandecian á los rayos del sol. Algunas granadas dispersaron aquel grupo. El enemigo quiso contestar con su artillería; pero sus balas mal dirigidas pasaban por encima de la cabeza de nuestros soldados; y pronto fueron desmontadas sus piezas por las nuestras, quedando fuera de combate. Entonces se vieron moverse las mil banderas del ejército turco, y una parte de sus escuadrones saliéron del pueblo de El-Merg, y cayeron sobre los cuadros de la division de Friant. Las profundas grietas del terreno, efecto natural de un sol ardiente sobre una tierra largo tiempo inundada, retardaba dichosamente la impetuosidad de los caballos. El general Friant, dejando que se acercasen, mandó de pronto hacer un fuego de metralla casi á quema ropa, que les hacia caer á centenares, obligándoles á retirarse en desórden.

Esto era solo el preludio del ataque general, para el cual el ejército turco se preparaba visiblemente. Nuestros cuadros aguardaban á pie firme, dos á la derecha, dos á la izquierda, y la caballería en el centro, haciendo frente atras y adelante, y cubierta por dos líneas de artillería. A la señal dada por el gran Visir, la masa de la caballería turca se mueve por entero, cae sobre nuestros cuadros, se extiende por sus álas, las rodea, y envuelve pronto los cuatro frentes de nuestro órden de batalla. La infantería francesa, á quien no turban los gritos, el movimiento, ni el tumulto de la caballería turca, permanece tranquila con la bayoneta calada, y haciendo un fuego continuo y bien dirigido. En vano aquellos mil grupos de ginetes se mueven á su alrededor; caen bajo la metralla y las balas, llegan rara vez hasta las bayonetas, espiran á sus pies, ó

vuelven la espalda y huyen para no volver á aparecer.

Despues de una larga y espantosa confusion, el cielo, obscurecido por el humo y el polvo se aclara al fin, el sol se descubre, y nuestras victoriosas tropas aperciben ante ellas una masa de hombres y de caballos, muertos ó moribundos; y á lo léjos, tan léjos como la vista podia alcanzar, bandadas de fugitivos en todas direcciones.

El grueso de los turcos se retiraba, en efecto, hácia El-Kangah, donde habia acampado la noche precedente, en el camino del Egipto inferior. Solo algunos grupos se dirigian á reunirse con los cuerpos que por la mañana se encaminaban hácia el Cairo, capitaneados por Nassif-Bajá, segundo del gran Visir.

Kleber no queria dejar ningun descanso al enemigo. Conservando nuestros cuadros su órden de batalla, atravesaron la llanura con paso rápido, pasando por Seriaqous y El-Merg, y se adelantaron hasta El-Kangah, donde llegaron á la noche. Viéndose el enemigo ostigado de cerca, se puso de nuevo á huir en desórden, dejando á nuestro ejército los víveres y los bagajes de que tanta necesidad tenia.

Resultados de la batalla de Heliópolis.

Así, pues, en aquella llanura de Heliópolis, 10,000 soldados acababan de dispersar por la superioridad de la disciplina y del valor sereno, á 70 ú 80,000 enemigos. Pero á fin de obtener un resultado mas positivo que el de algunos miles de muertos ó de heridos, que yacian sobre el polvo, era necesario perseguir á los turcos, arrojarlos al desierto, y hacerlos perecer en él por el hambre, la sed, y el alfange de los árabes. El ejército frances, no obstante, estaba estenuado de cansancio, y Kleber le concedió algun descanso, dejando la persecucion para el siguiente dia.

Por nuestra parte apenas contábamos doscientos ó trescientos muertos y heridos, porque en aquel género de combate, una tropa formada en cuadro, que no se ha dejado romper, tiene pocas pérdidas. En aquel momento oia Kleber el estampido del cañon por la parte del Cairo; y sospechaba con fundamento que los cuerpos que habian dado la vuelta por su izquierda habian ido á secundar la insurreccion de aquella ciudad. En efecto, Nassif-Bajá, segundo del Visir, é Ibrahim-Bey, uno de los dos gefes mamelucos, habian entrado en ella con 2,000 mamelucos, 8 ó 10,000 ginetes turcos, y algunos campesinos insurreccionados, de los alrededores, en todo unos 20,000 hombres. Kleber apenas habia dejado 2,000 hombres en aquella capital, repartidos en la ciudadela y los fuertes. En su consecuencia, ordenó al general Lagrange que marchase á media noche con cuatro batallones, al socorro de las fuerzas del Cairo, y previno á todos los gefes de dichas fuerzas que tomasen fuertes posiciones, y que se mantuviesen en comunicacion los unos con los otros; pero sin aventurar antes de su vuelta ningun ataque decisivo. Temia que cometiese algun falso movimiento que comprometiera inútilmente la vida de sus soldados, cada dia mas preciosa á medida que estaban mas decididamente condenados á permanecer en Egipto.

Algunos restos del ejército del Visir penetran en el Cairo.

Conducta de Murat-Bey durante la batalla.

Durante el tiempo que habia durado la batalla, Murat-Bey segundo gefe de los mamelucos, que otras veces habia compartido con Ibrahim-Bey el dominio de Egipto, y que se distinguia de su cólega por un valor brillante, por una generosidad caballeresca y mucha inteligencia, habia quedado inmovil en las alas del ejército turco, á la cabeza de 600 excelentes caballos. Concluida la batalla se habia internado en el desierto y desaparecido. Esta conducta era á consecuencia de una palabra que habia dado á Kleber. Murad-Bey, recientemente agregado al cuartel del gran Visir, habia sentido renacer en su corazon los antiguos celos, que desde tiempo lejano dividian á los turcos y á los mamelucos; y conociendo que los turcos querian recobrar el Egipto, no para devolverle á los mamelucos, sino para poseerlo ellos, habia pensado aproximarse á los franceses, con el objeto de aliarse á su causa si triunfaban, ó de sucederles si eran vencidos. Sin embargo, obrando con circunspeccion, no habia querido decidirse hasta que no se hubiesen comenzado definitivamente las hostilidades, prometiendo á Kleber declararse en su favor despues de la primera batalla. Dada aquella batalla, y habiendo sido glorio-

sa para los franceses, su simpatía por ellos debió aumentarse mucho; y podiamos esperar tenerle dentro de pocos dias por aliado declarado.

Persecucion del ejército turco.

La misma noche del dia de la batalla, á la mitad de ella, y despues de algunas horas de descanso concedidas á las tropas, mandó Kleber levantar el campo, y se puso en marcha para Belbeis, con el fin de no dejar que los turcos se repusiesen. Llegó á dicho punto al dia siguiente bastante temprano, que era el 21 de Marzo (30 de Ventoso), pero ya el Visir habia pasado de Belbeis en su rápida fuga, dejando en el fuerte y en la ciudad un cuerpo de infantería y unos mil caballos en la llanura, que huyeron al aproximarse nuestras tropas. Arrojóse tambien á los turcos de la ciudad, los cuales se encerraron en el fuerte, donde despues de un corto fuego, la falta de agua y el espanto los decidieron á rendirse. Sin embargo, era tan grande el fanatismo de aquellas tropas, que algunos hombres prefirieron dejase matar á entregar sus armas. Entretanto recorriendo la llanura la caballeria del general Leclerc se apoderó de una gran caravana de camellos que se dirijia hácia el Cairo, y que conducia los bagajes de Nassif-Bajá y de Ibrahim-Bey. Esta captura reveló por completo á Kleber el verdadero proyecto de los turcos, que consistia no solo en insurreccionar la capital, sino tambien todas las ciudades considerables del Egipto. Advertido de este plan, y viendo que el ejército turco no hacia alto en ninguna parte, envió al general Friant con cinco batallones hácia el Cairo para apoyar á los cuatro que habian marchado la víspera desde El-Kandah al mando del general Lagrange.

Al dia siguiente 22 de Marzo (1.° de Germinal) se puso Kleber en camino para Salahieh. El general Reynier le precedia á la cabeza de la division de la izquierda; seguia el mismo Kleber con los guias y el 7.° de húsares, y á retaguardia el general Belliard con su brigada, resto de la division de Friant. Durante la travesía se recibió un mensage del gran Visir por el que solicitaba entrar en negociaciones, pero se le contestó con una negativa. Al llegar cerca de Karaïm, como á la mitad del camino de Salahieh, se oyó algun cañoneo; y poco despues se descubrió la division de Reynier formada en cuadro, y combatiendo con una multitud de caballos. Kleber ordenó á Belliard que apresurase su marcha, y él mismo se aproximó á toda prisa con la caballeria al cuadro de Reynier. Pero á su vista los turcos que atacaban á la division de Reynier, queriendo mejor combatir con la caballeria que con la infantería francesa, se replegaron y cayeron sobre los guias y el 7.° de húsares que Kleber traia consigo. Fue tan súbita é imprevista su carga que la artillería ligera no tuvo tiempo para ponerse en batería, siendo acuchillados los conductores sobre sus piezas; y Kleber con los guias y los húsares se vió por un momento en el mayor peligro, sobre todo, porque creyendo los habitantes de Karaïm que estaba perdido aquel puñado de franceses, habian acudido con horquillas y guadañas para dar fin de ellos. Pero Reynier envió al momento al 14 de dragones que desembarazó á Kleber á tiempo. Belliard, que habia redoblado el paso, llegó á poco con su infantería, haciendo pedazos algunos centenares de hombres.

Interesado Kleber por llegar á Salahieh apresuró su marcha, dejando para cuando volviese el castigo de Karaïm. El calor del dia era excesivo; soplaba el viente del desierto, y aspiraban con un aire ardiente un polvo fino y penetrante. Hombres y caballos estaban extenuados de fatiga. Llegóse por fin á Salahieh hácia la caida de la tarde. Hallándose ya junto á la entrada del Desierto, Kleber se preparó para dar al siguiente dia la última accion contra el gran Visir. Pero al otro dia, 23 de Marzo (2 de Germinal) los habitantes de Salahieh vinieron por la mañana á su encuentro, y le anunciaron que el Visir huia en el mayor desórden. Kleber acudió, y vió por sí mismo aquel espectáculo, que le probó cuanto se habia ecsagerado la importancia de los ejércitos turcos.

El Visir vuelve á pasar el desierto.

El gran Visir con 500 caballos escogidos y algunos bagajes habia penetrado en el desierto. El resto de su ejército huia en todas direcciones: una parte corria hácia el Delta; otra que se habia quedado en Salahieh pedia gracia de rodillas, y otra, en fin, habiendo querido buscar asilo en el desierto, perecia bajo el alfange de los árabes. Estos últimos, despues de haber

acompañado al ejército turco se habian quedado en la frontera, sabiendo que habria vencidos, y por lo tanto botin que recoger. Habian calculado bien; porque encontrando al ejército turco completamente desanimado é incapaz de defenderse aun de ellos mismos, degollaban á los fugitivos para robarlos. En el momento que Kleber llegó, habian ya invadido el campamento abandonado del Visir, y se habian arrojado sobre él como una bandada de aves de rapiña. A la vista de nuestro ejército montaron sobre sus ligeros caballos y se alejaron volando, dejando á nuestros soldados abundantes despojos. Habia en un espacio atrincherado de una legua cuadrada, una multitud infinita de tiendas, de caballos y de cañones, una gran cantidad de sillas y de jaezes de todas clases; 40,000 herraduras, víveres en abundancia, ricos vestidos, y muchos cofres ya abiertos por los árabes, pero llenos aun de esencias, de aloe, de telas de seda y de todos los objetos, en fin, que componian el bárbaro y brillante lujo de los ejércitos orientales. Al lado de doce literas de madera tallada y dorada se encontraba un carruage montado á la europea, de fábrica inglesa, y algunos cañones con la divisa: *Honni soit qui mal y pense;* testimonio irrefragable de la parte demasiado activa que tomaban los ingleses en aquella guerra.

Toma del campamento del Visir.

Nuestros soldados que no llevaban consigo nada, encontraron en el campamento turco víveres, municiones, un rico botin, y objetos cuya rareza les causaba risa, á lo cual siempre estaban dispuestos despues de cortos momentos de tristeza. ¡Estraño poder del ánimo sobre los hombres! Ahora que se veian victoriosos no querian abandonar el Egipto, ni se contemplaban condenados á morir en un destierro lejano!

Cuando Kleber se aseguró por sí mismo de que el ejército turco habia desaparecido, resolvió volver atras, para hacer entrar de nuevo en su deber á las ciudades del Egipto inferior, y sobre todo al Cairo. Al efecto dió las disposiciones siguientes: Los generales Rampon y Lanusse fueron encargados de recorrer el Delta. Rampon debia marchar sobre la importante ciudad de Damieta y conquistársela de nuevo á los turcos. Lanusse debia mantenerse en comunicacion con Rampon, limpiar de enemigos el Delta desde la ciudad de Damieta hasta la de Alejandria, y reducir sucesivamente las poblaciones sublevadas. Belliard tenia la mision general de apoyar aquellas diversas operaciones, y la especial de secundar á Rampon en su ataque contra Damieta, y el recobrar por sí mismo el fuerte de Lesbeh, que cierra una de las bocas del Nilo. Kleber dejó ademas á Reynier en Salahieh para impedir á los restos del ejército turco, internados en el desierto de Siria que volviesen de nuevo. Reynier debia permanecer en observacion sobre la frontera, hasta que los árabes hubiesen concluido la dispersion de los turcos, y volver en seguida al Cairo. Por último, el mismo Kleber partió al siguiente dia 24 de Marzo (3 de Germinal) con la 88 media brigada, dos compañías de granaderos, el 7.° de húsares, y el 3.° y el 14 de dragones.

Llegó Kleber al Cairo el 27 de Marzo. Grandes acontecimientos habian ocurrido desde su partida. La poblacion de aquella gran ciudad, que contaba cerca de 300,000 almas, y que era inconstante, apasionada, y amiga de mudanzas como lo es siempre toda muchedumbre, habia cedido á las sugestiones de los emisarios turcos, y se habia arrojado sobre los franceses, desde el momento que oyó tronar el cañon de Heliópolis. Acudiendo toda entera á los muros de la ciudad durante la batalla, y viendo á Nassif-Bajá é Ibrahim-Bey con algunos miles de caballos y de genízaros, creyó que volvian vencedores, y estos se guardaron de desengañarlos, afirmándoles, por el contrario, que los franceses acababan de ser exterminados, y que el gran Visir habia alcanzado una victoria completa. A esta noticia se habian sublevado 50,000 hombres en el Cairo, Boulag y Gyzeh, que armados de sables, de lanzas y de fusiles viejos, trataban de degollar á los franceses que habian quedado allí. Pero 2,000 hombres atrincherados en la ciudadela y en los fuertes que dominaban la ciudad, provistos de víveres y de municiones, presentaban una resistencia difícil de vencer. Replegados á tiempo, casi todos habian logrado encerrarse en

Vuelta de Kleber al Cairo.

Insurreccion del Cairo.

los puntos fortificados. Algunos, sin embargo, estuvieron en gran peligro: estos fueron los 200 hombres que se hallaban de guarnicion en la casa del cuartel general. Esta hermosa casa, ocupada otras veces por el general Bonaparte y despues por Kleber y las principales oficinas de la administracion, se hallaba situada en una de las extremidades de la ciudad, y caia por un lado á la plaza de Ezbekyeh, la mas hermosa del Cairo, y por otro á los jardines que daban al Nilo. Los turcos y la poblacion sublevada quisieron invadir aquella casa y degollar á los 200 franceses que la ocupaban. Esto les era tanto mas fácil, cuanto que el general Verdier que mandaba en la ciudadela, situada al otro lado del Cairo, no podia venir á socorrerlos. Pero los valientes soldados que se encontraban en la casa del cuartel general, ya haciendo un fuego nutrido y ya algunas salidas arrojadas, se portaron tan bien que contuvieron aquella feroz multitud, y dieron tiempo para que llegase el general Lagrange. Este, que como se dijo antes, habia sido destacado con cuatro batallones la misma noche del dia en que se dió la batalla, llegó al siguiente al medio dia, y entró por los jardines, haciendo por lo tanto inexpugnable la casa del cuartel general.

Matanza de los cristianos.

No encontrando los turcos medio de vencer la resistencia de los franceses, se vengaron sobre los desgraciados cristianos que tenian á mano, comenzando por asesinar á una parte de los habitantes del cuartel europeo: mataron á muchos comerciantes, saquearon sus casas, y robaron á sus hijas y á sus mugeres. En seguida se dirigieron á las de los árabes, á quienes acusaban de vivir en buena armonia con los franceses, y de beber vino con ellos, y los degollaron, haciendo seguir, como tenian por costumbre, el pillage á la matanza. Empalaron á un árabe que habia sido gefe de los genizaros bajo el gobierno de los franceses, y que tenia á su cargo la policia del Cairo, y trataron del mismo modo al que habia sido secretario del divan instituido por el general Bonaparte. Desde allí se dirigieron al barrio de los cophtos. Ya se sabe que estos descienden de los antiguos habitantes de Egipto, y han persistido en el cristianismo á pesar de todas las dominaciones musulmanes que se han sucedido en su pais. Tenian grandes riquezas procedentes de la recaudacion de las contribuciones que les habian confiado los mamelucos. Querian, pues, castigar en ellos á los amigos de los franceses, y sobre todo saquear sus casas. Por fortuna de los cophtos, el barrio que habitaban formaba la izquierda de la plaza de Ezbekyeh, y se apoyaba en el cuartel general; y por otra parte, su gefe, que era rico y valiente, se defendió bien y logró salvarlos.

En medio de aquellos horrores, Nassif-Bajá é Ibrahim-Bey se avergonzaban de lo que hacian ó dejaban hacer, y veian con sentimiento destruir unas riquezas que debian pertenecerles si quedaban en posesion de Egipto. Pero lo permitian todo á una poblacion de que no eran dueños, y por otra parte, querian por medio de la matanza alimentar su odio contra los franceses.

Entretanto llegó el general Friant, destacado de Belbeis, y despues el mismo Kleber; entrando ambos por los jardines de la casa del cuartel general. Aunque vencedor del ejército del Visir, tenia Kleber que allanar otra gran dificultad, tal como la de conquistar una ciudad inmensa, poblada por 300,000 habitantes, en parte sublevados, ocupada por 20,000 turcos, construida á la oriental, es decir, atravesada por calles angostas, y cuyos edificios eran verdaderas fortalezas. Estos edificios, tomando la luz por dentro, y no presentando por fuera sino paredes elevadas, tenian en lugar de techos azoteas, desde donde los sublevados hacian un fuego mortífero. Añádase á esto que los turcos eran dueños de toda la ciudad, excepto la ciudadela y la plaza de Ezbekyeh, la cual en cierto modo habian bloqueado cerrando con tapias aspilleradas las calles que daban á ella.

Los franceses no tenian mas que dos medios de ataque: ó hacer desde lo alto de la ciudadela un fuego destructor de bombas y granadas hasta que la ciudad quedase reducida, ó bien desembocar por la plaza de Ezbekyeh destruyendo todos los parapetos construidos á la entrada de la calle, y tomando á fuerza de armas, y uno á uno, todos los barrios. Pero el primer medio podia acarrear la destruccion de una gran ciudad.

que era la capital del pais, y de la cual se tenia necesidad para vivir, y el segundo nos exponia á perder mas soldados que nos hubieran costado diez batallas como la de Heliópolis.

Abril de 1800.

Hábil contemporizacion de *Kleber*.

Kleber mostró en esta ocasion tanta prudencia como energía acababa de acreditar en los combates, y resolvió ganar tiempo para que la insurreccion se fatigase por sí misma. Habiendo enviado casi todo su material al Egipto inferior, creyendo estar próximo á embarcarse, mandó á Reynier, que en cuanto fuese arrojado el ejército del Visir mas allá del desierto, y recobrada la plaza de Damieta y el fuerte de Lesbeh, subiese el Nilo con toda su division, trayendo consigo las municiones que se necesitaban en el Cairo. Mientras tanto hizo bloquear todas las salidas, por donde se comunicaba la ciudad con las afueras. Aun cuando los sublevados se habian procurado víveres en el saqueo de las casas de los egipcios, comunmente llenas de provisiones, y aun cuando hubiesen hecho balas de cañon y fundido cañones, era imposible dejasen de sentir bien pronto la escasez. Tambien debian concluir por desengañarse acerca del estado general de las cosas en Egipto, y saber que los franceses estaban por todas partes victoriosos, y disperso el ejército del Visir; y sobre todo poco podian tardar en dividirse, porque sus intereses eran opuestos. Los turcos de Nassif-Bajá, los mamelucos de Ibrahim-Bey y el pueblo árabe del Cairo, no podian estar mucho tiempo de acuerdo. Por todas estas razones creyó Kleber que debia contemporizar y ganar tiempo.

Alianza con Murad-Bey.

Mientras tanto, concluyó su tratado de alianza con Murad-Bey, valiéndose de la muger de este príncipe mameluco que estaba en Egipto, y que era una persona universalmente respetada y dotada de hermosura y de talento. Concedióle la provincia de Said, bajo la soberanía de la Francia, y con la condicion que pagase un tributo, que representaba una gran parte de las contribuciones de aquel territorio. Murad-Bey se obligó además á combatir en favor de los franceses, y los franceses se comprometieron, si llegaban alguna vez á retirarse, á facilitarle la ocupacion del Egipto. Como mas tarde veremos, Murad-Bey cumplió con fidelidad el tratado que acababa de firmar, empezando por ahuyentar del Egipto superior á un cuerpo turco que lo habia ocupado.

Por medio de Murad-Bey y por los jeques, que eran en secreto amigos de la Francia, entabló en seguida Kleber negociaciones con los turcos que se hallaban en el Cairo. Nassif-Bajá é Ibrahim-Bey, comenzaban, en efecto, á temer verse encerrados en la ciudad, caer en poder de los franceses y ser tratados á lo turco. Sabian por otra parte, que el ejército del Visir estaba completamente disperso, y por todo esto se prestaron de buena voluntad á entrar en negociaciones, y consintieron en una capitulacion, en virtud de la cual podian retirarse sanos y salvos. Pero en el momento en que iba á concluirse la capitulacion, los sublevados del Cairo que se veian abandonados á la venganza de los franceses, cobraron tal espanto y furor que hicieron romper las negociaciones, amenazaron degollar á los que querian abandonarlos, y hasta dieron dinero á los turcos para obligarlos á pelear. Para concluir la sumision era, pues, indispensable un ataque á viva fuerza.

El Egipto inferior habia vuelto á su deber. Reynier habia regresado al Cairo con su cuerpo y un convoy de municiones, y formaba el acordonamiento de una parte del recinto de la ciudad, del norte al levante; es decir, desde el fuerte de Camin á la ciudadela: el general Friant acampó hácia poniente en los jardines de la casa del cuartel general, entre la ciudad y el Nilo; la caballería de Leclerc se situó entre las divisiones de Reynier y de Friant, para batir la campaña; y el general Verdier ocupó la parte del sud.

Principio de las operaciones para recobrar el Cairo.

Los dias 3 y 4 de Abril (13 y 14 de Germinal) empezó el primer ataque un destacamento del general Friant, con el objeto de desembarazar la plaza de Ezbekyeh que era nuestra principal salida. Dióse principio á esta operacion por el barrio copto que formaba la izquierda. Penetraron las tropas con la mayor valentía en las calles que atravesaban este barrio en varias direcciones, mientras que otros destacamentos der-

ribaban las casas situadas al rededor de la plaza, con el fin de abrir entradas en el interior de la ciudad. Durante este tiempo la ciudadela arrojaba algunas bombas para intimidar á la poblacion. Estos ataques tuvieron buen resultado, y nos hicieron dueños de las calles que daban á la plaza de Ezbekyeh. Los dias siguientes se tomó una eminencia situada cerca del fuerte de Sulkouski, que dominaba el barrio cophto, y que los turcos habian fortificado. Antes de dar este ataque, Kleber hizo á los sublevados la última intimacion, que se negaron aquellos á escuchar. Procurando siempre llevar á efecto la rendicion de la ciudad, pero sin causarla graves males, pues que, por otra parte era inocente del furor de algunos fanáticos, quiso Kleber hablar á sus ojos por medio de un ejemplo terrible, mandando atacar á Boulaq, arrabal separado del Cairo en las orillas del Nilo.

Toma de Boulaq.

El 15 de Abril (25 de Germinal) la division de Friant cercó á Boulaq, é hizo llover sobre aquel desgraciado arrabal una multitud de bombas y de granadas. Favorecidos por este fuego se arrojaron los soldados al asalto, pero hallaron una viva resistencia de parte de los habitantes y de los turcos. Cada calle, cada casa fue el teatro de un combate encarnizado. Kleber mandó suspender por un momento aquella horrible carniceria para ofrecer el perdon á los sublevados; pero estos se negaron á admitirle. Entonces empezó de nuevo el ataque: el fuego se propagó de casa en casa, y Boulaq ardiendo, experimentó el doble horror de un incendio y de un asalto. Entretanto habiéndose arrojado los gefes de la poblacion á los pies del vencedor, Kleber mandó cesar la efusion de sangre y salvó los restos de aquel desventurado arrabal. Este era el barrio donde se hallaban los almacenes de comercio, y en ellos se encontró una cantidad inmensa de mercaderias, que se salvaron de las llamas en beneficio del ejército.

Toma del Cairo

Todo el vecindario del Cairo habia visto aquel espectáculo horrible, y aprovechando Kleber el efecto que debia haber producido, mandó atacar á la capital. Una casa próxima á la del cuartel general y ocupada por los turcos habia sido minada, y habiéndo puesto fuego á la mina saltó la casa con turcos y rebeldes. Esta fue la señal del ataque. Las tropas de Friant y de Belliard, desembocaron por todas las salidas de la plaza de Ezbekyeh, mientras que el general Reynier se presentaba por las puertas del Norte y del Este, y Vernier, desde lo alto de la ciudadela bombeaba la ciudad. El combate fue encarnizado. Las tropas de Reynier entraron por la puerta de Bab-el-Charyeh, situada á la extremidad del gran canal, y arrollando ante si á Ibrahim-Bey y á Nassif-Bajá que la defendian, los arrojaron contra la novena media brigada, que habiendo penetrado por la parte opuesta, rechazaba cuanto se oponia á su marcha victoriosa. Los cuerpos franceses se unieron despues de haber hecho en los enemigos una horrorosa carniceria, y la noche separó á los combatientes. Muchos miles de turcos, mamelucos y sublevados habian sucumbido, y cuatrocientas casas estaban ardiendo.

Retirada de los turcos que habian entrado en el Cairo.

Este fue el último esfuerzo de la insurreccion. Los habitantes que habian estado deteniendo á los turcos, les suplicaron con el mayor ahinco que saliesen del Cairo, dejándolos asi en libertad de tratar con los franceses, lo cual tambien deseaba Kleber, que detestaba aquellas escenas sangrientas, y no queria tampoco exponer á sus soldados. Los agentes de Murad-Bey le sirvieron de mediadores, y el tratado fue concluido. Nassif-Bajá é Ibrahim-Bey debian retirarse á Siria, escoltados por un destacamento del ejército frances, dejándoles la vida por única condicion. Salieron del Cairo el 25 de Abril (5 de Floreal) dejando á merced de los franceses á los desgraciados á quienes habian impulsado á revelarse.

Sumision de todo el Egipto.

Asi terminó aquella lucha sangrienta, que habia empezado con la batalla de Heliópolis el 20 de Marzo, y que concluia el 25 de Abril con la partida de los últimos lugartenientes del Visir, despues de treinta y cinco dias de combates entre 20.000 franceses de una parte, y de la otra todas las fuerzas del imperio otomano secundadas por el levantamiento de las ciudades egipcias. Grandes faltas habian ocasionado aquella sublevacion y provocado esta horri-

ble efusion de sangre. En efecto, si los franceses no hubiesen dado muestras de irse á retirar, jamas se hubieran atrevido los egipcios á sublevarse; limitándose la lucha á un combate brillante pero poco peligroso entre nuestros cuadros de infantería y la caballería turca. Pero con empezarse la evacuacion se dió lugar á los movimientos populares de algunas ciudades, siendo luego necesario tomarlas por asalto, lo que fue mas mortífero que una batalla. ¡Olvidemos, sin embargo, las faltas de Kleber para honrar su brillante y vigorosa conducta! No habia creido poder defender contra los turcos al Egipto pacificado y sometido, y acababa de conquistarle en treinta y cinco dias contra los turcos y los egipcios sublevados, con tanta energía como prudencia y humanidad.

Todas las ciudades del Delta habian vuelto á entrar en la obediencia; y Murad-Bey habia arrojado del Egipto superior el destacamento turco de Dervich-Bajá. Por todas partes temblaban los vencidos á la vista del vencedor, y aguardaban un castigo terrible; sobre todo, los habitantes del Cairo que habian cometido horrorosas crueldades no solo contra los árabes, partidarios de los franceses, sino contra los cristianos de todas naciones; pero Kleber que era tan humano como hábil se hubiera guardado mucho de pagar crueldades con crueldades. Sabia que una conquista, odiosa siempre á los ojos de cualquier pueblo, no llega á ser tolerable á los que la sufren, si no es con la condicion de un buen gobierno; y solo puede legitimarse ante las naciones civilizadas llevando á cabo grandes designios. Por lo tanto se apresuró á usar moderadamente de su victoria. Los egipcios estaban persuadidos que iba á tratarlos duramente, y creian que la pérdida de su cabeza y de sus bienes expiaria el crimen de los que se habian sublevado. Kleber los juntó; les mostró al principio un semblante severo; y despues los perdonó limitándose á imponer una contribucion sobre las ciudades que se habian sublevado.

Humanidad de Kleber.

El Cairo pagó diez millones, carga poco gravosa para una ciudad tan grande, y los habitantes se conceptuaron muy felices con verse libres á tan poca costa. Otros ocho millones fueron impuestos á las ciudades rebeldes del Egipto inferior.

Esta suma permitió pagar al momento los sueldos atrasados, así como los víveres de que tenia el ejército necesidad, y atender al cuidado de los heridos y á la conclusion de las fortificaciones empezadas. Era un recurso precioso, mientras se mejoraba el sistema tributario y se recaudaban los impuestos. Otro recurso del todo inesperado, se presentó en aquellas circunstancias. Setenta buques turcos que acababan de entrar en los puertos de Egipto para transportar al ejército frances, y que estaban cargados de mercaderías, quedaron detenidos por el derecho que daban á los franceses las últimas hostilidades, y sus cargamentos fueron vendidos en beneficio del ejército. Gracias á estos diversos recursos, se proveyó abundantemente á todos las necesidades, sin ser preciso imponer exaccion de ninguna otra naturaleza. El ejército se encontró en la abundancia, y los egipcios que no esperaban quedar tan bien librados, se sometieron con la mayor resignacion. Envanecido el ejército con sus victorias, confiado en su fuerza, y sabiendo que el general Bonaparte se hallaba á la cabeza del gobierno, no dudaba ya de que pronto vendrian á su socorro. Kleber habia alcanzado en los campos de Heliópolis la mas noble reparacion de sus faltas de un momento.

Mayo de 1800.

Reunió á los intendentes del ejército; y á las personas mas instruidas del pais, y se ocupó en organizar la hacienda de la colonia. Volvió á los cophtos la recaudacion de las contribuciones directas, de que estaban antiguamente encargados, y creó algunos impuestos de aduanas y de consumos. El total de los productos debia ascender á 25 millones, y bastaba á cubrir todas las necesidades del ejército, que no pasaban de 18 á 20 millones. Hizo entrar en las filas de nuestras medias brigadas á los cophtos, á los sirios y aun á los mismos negros, comprados en el Darfour, cuya instruccion emprendieron algunos oficiales que empezaban á hablar la lengua del pais. Estos nuevos soldados, metidos en los cuadros, combatieron despues tan bien como los franceses, á cuyo lado tenian

Medidas administrativas.

la honra de servir. Kleber mandó que se concluyesen los fuertes empezados al rededor del Cairo, y que se reparasen los de Lesbeh, Damieta, Burlos y Roseta, situados en las costas. Activó los trabajos de Alejandria, y dió nuevo impulso á los sabios descubrimientos del Instituto de Egipto. Desde las cataratas hasta las bocas del Nilo todo recobró el aspecto de un establecimiento sólido y duradero. Dos meses despues empezaron á aparecer en el Cairo las caravanas de Siria, de Arabia y de Darfour, y la hospitalaria acogida que recibieron aseguró su vuelta.

Si Kleber hubiese vivido, hubiéramos conservado el Egipto, al menos hasta el dia de nuestras grandes desgracias. Pero un deplorable acontecimiento iba á arrebatarnos aquel general en medio de sus hazañas y de su sabio gobierno.

Fanatismo excitado en todos los paises musulmanes.

Nunca se conmueven profundamente sin peligro los grandes sentimientos de la naturaleza humana. Todo el islamismo se habia conmovido con la presencia de los franceses en Egipto. Los hijos de Mahoma habian vuelto á sentir algo de aquella exaltacion que les impulsó otras veces contra los cruzados. Se oyó resonar, como en el siglo XII el grito de la guerra santa; y hubo algunos devotos musulmanes, que hicieron voto de cumplir el *combate sagrado*, que consistia en dar muerte á un infiel. En Egipto, donde trataban de cerca á los franceses, donde apreciaban su humanidad, donde podian compararles con los soldados de la Puerta, y especialmente con los mamelucos; en Egipto, en fin, donde eran testigos del respeto que profesaban á su profeta (respeto ordenado por el general Bonaparte) era menor hácia ellos la aversion; y cuando mas tarde abandonaron el pais, el fanatismo se habia ido insensiblemente apagando. Hasta se habia apercibido en algunas partes durante el último movimiento rebelde señales tan marcadas de adhesion hácia nuestros soldados, que los agentes ingleses habian quedado sorprendidos. Pero en lo demas del Oriente, solo una cosa llamaba la atencion, y era el haber invadido los infieles una vasta extension del territorio musulman.

Un jóven llamado Suleiman, natural de Alepo que tenia una imaginacion exaltada; que habia hecho varios viajes á la Meca y á Medina, que habia estudiado en la mezquita de El-Azhar, la mas rica y la mas célebre del Cairo, y en donde se enseña el Coran y la ley turca; este jóven que queria, en fin, entrar en el cuerpo de los Doctores de la fe, se encontraba errante en Palestina cuando la atravesaron los restos del ejército del Visir. Fue testigo de los sufrimientos y de la desesperacion de sus correligionarios y su enfermiza imaginacion quedó en extremo conmovida. El agá de los genizaros que habia tenido ocasion de verle, excitó aun su fanatismo por sus propias sugestiones; resultando de todo, que aquel jóven ofreció asesinar al *Sultan de los franceses*, el general Kleber. Diéronle un dromedario y una cantidad de dinero para el viage. En seguida se dirigió á Gaza, atravesó el desierto, y llegado al Cairo estuvo encerrado varias semanas en la gran mezquita, en la que se recibia á los estudiantes y á los viajeros pobres á expensas de aquel piadoso establecimiento. Las mezquitas ricas son en Oriente lo que eran otras veces en Europa los conventos: allí se encuentra la oracion, la enseñanza religiosa y la hospitalidad. El jóven fanático comunicó su proyecto á los cuatro jeques principales de la mezquita, que eran los gefes de la enseñanza. Estos se asustaron de su resolucion, de las consecuencias que podia traer consigo, y le dijeron que no lo lograria, y que de salir con su intento causaria grandes desgracias á Egipto; pero se guardaron, sin embargo, de dar parte á las autoridades francesas.

Sale un fanático de Palestina para asesinar á Kleber.

Cuando aquel desgraciado se confirmó en su resolucion, se armó de un puñal, siguió á Kleber muchos dias, y no habiendo podido acercarse á él, trató de introducirse en el jardin del cuartel general, y ocultarse en una cisterna abandonada. El 14 de Junio se presentó ante Kleber que se paseaba con Protain, arquitecto del ejército, indicándole los reparos que debian hacerse en la casa del cuartel general, para borrar las señales de las bombas y granadas. Acercóse á Kleber como para pedirle una limosna, y mientras Kleber se disponia

14 de Junio de 1800.

Asesinato de Kleber.

á escucharle, se arrojó sobre él, y le sepultó muchas veces su puñal en el corazon. Kleber cayó á la violencia de aquellos golpes. El arquitecto Protain, que tenia un baston, se precipitó sobre el asesino, y le golpeó violentamente en la cabeza, pero cayó á su vez herido de otra puñalada. A los gritos de ambas víctimas acudieron los soldados, levantaron á su general medio moribundo y buscaron y cojieron al asesino, á quien encontraron oculto detras de un monton de escombros.

Dolor del ejército.

Algunos minutos despues de aquella trágica escena, ya no existia Kleber. El ejército derramó amargas lágrimas, y hasta los mismos árabes, que habian admirado su clemencia despues de la rebelion, unieron su sentimiento al de nuestros soldados. Una comision militar que se reunió al momento juzgó al asesino que lo confesó todo, siendo en su consecuencia condenado segun las leyes del pais, y empalado. Los cuatro jeques que habian merecido su confianza fueron degollados, pues se creyeron necesarios para la seguridad de los gefes del ejército aquellos sangrientos sacrificios. ¡Vana precaucion! Con Kleber habia perdido el ejército un general, y la colonia un fundador, al que no podia reemplazar ninguno de los oficiales que habian quedado en Egipto. ¡Con Kleber habia perdido la Francia al Egipto! Menou, que le sucedió por su antigüedad, era ardiente partidario de la expedicion; pero á pesar de su celo no tenia toda la capacidad necesaria para desempeñar aquel cargo. Solo un hombre podia igualar á Kleber, y aun sobrepujarle en el gobierno de Egipto, y era el que tres meses ántes se habia embarcado en el puerto de Alejandria para dirigirse á Italia, y muerto en Marengo el mismo dia y casi en el mismo instante en que Kleber sucumbia en el Cairo: ¡este hombre era Desaix! Ambos murieron el 14 de Junio de 1800 poniendo en ejecucion las vastas miras del general Bonaparte. ¡Singular destino de aquellos dos hombres, que siempre estuvieron juntos durante su vida, que murieron ambos en un mismo dia, y que sin embargo, eran tan diferentes no solo en su fisonomía sino tambien por las cualidades de su alma.

Supplicio de Suleiman.

Muerte de Kleber y Desaix en un mismo dia.

Kleber era el hombre mas hermoso del ejército: Su alta estatura, su noble rostro que expresaba toda la altivez de su alma; su valor á la vez atrevido y sereno, su rápida y segura inteligencia, le hacian en los campos de batalla el gefe que mas respeto imponia. Su talento era brillante, pero inculto. Leia sin cesar y exclusivamente á Plutarco y á Quinto Curcio, buscando en ellos el alimento de las almas grandes, la historia de los héroes de la antigüedad. Era caprichoso, indócil y murmurador. Se habia dicho de él que no queria ni mandar ni obedecer, y era verdad. Sirvió á las órdenes del general Bonaparte, pero murmurando siempre; mandó algunas veces, pero bajo el nombre de otro, bajo el del general Jourdan, por ejemplo, cuando tomando en medio de una batalla, y por una especie de inspiracion, el mando, le ejercia como un guerrero superior, y despues de su victoria volvia á su papel de segundo, que preferia á todos. Kleber era licencioso en sus costumbres y en su lenguaje, pero íntegro y desinteresado como lo eran entonces todos; porque la conquista del mundo no habia corrompido aun los caracteres.

Caracteres de estos dos generales.

Desaix era casi en todo contrario. Sencillo, tímido, y poco curioso, con el rostro siempre oculto bajo una larga cabellera, no tenia el exterior militar: pero heróico en los combates, bueno con los soldados, modesto con sus camaradas y generoso con los vencidos, era adorado de todo el ejército, y de los pueblos conquistados por nuestras armas. Su talento sólido y profundamente cultivado, su inteligencia en la guerra, su conato en cumplir con los deberes, y su desinteres, hacian de él un completo modelo de todas las virtudes militares; y en tanto que Kleber, indócil y desobediente, no podia soportar ningun mando, Desaix obedecia como si no supiese mandar. Bajo un exterior tosco, ocultaba una alma viva y susceptible hasta la exaltacion. Aunque educado en la severa escuela del ejército del Rhin, se habia entusiasmado con las campañas de Italia, y habia querido ver con sus ojos los campos de ba-

talla de Castiglioni, de Arcola y de Rívoli. Recorriendo aquellos campos, teatro de una gloria inmortal, encontró, sin buscarlo, al general en gefe del ejército de Italia, y concibió por él un entrañable afecto. ¿Qué homenage mejor que la amistad de tal hombre? El general Bonaparte le correspondió: apreciaba á Kleber por sus cualidades militares, pero ni por sus talentos ni por su carácter colocaba á nadie al lado de Desaix. Y no era por esto solo por lo que le amaba: rodeado de compañeros de armas que aun no le habian perdonado su elevacion, aunque afectaban una sumision sincera, apreciaba en Desaix una adhesion pura, desinteresada y fundada en una admiracion profunda. No obstante, guardaba para sí el secreto de sus preferencias, y fingiendo ignorar las faltas de Kleber, le trató del mismo modo que á Desaix, y quiso, como lo veremos pronto, confundir con los mismos honores á dos hombres á quienes la fortuna habia confundido en un mismo destino.

Por lo demas, todo permaneció tranquilo en Egipto despues de la muerte de Kleber. El general Menou al momento que tomó el mando hizo salir apresuradamente de Alejandria el navio *Osiris*, para anunciar en Francia el buen estado actual de la colonia, y el deplorable fin de su segundo fundador.

FIN DEL LIBRO QUINTO.

# LIBRO SESTO.

## ARMISTICIO.

*Grandes preparativos para socorrer al ejército de Egipto.=Llegada de M. de Saint-Julien á Paris.—Impaciencia del gabinete frances por tratar con él.—A pesar de la insuficiencia de los poderes de M. de Saint-Julien, le compromete M. de Talleyrand á firmar los artículos preliminares de la paz.—M. de Saint-Julien firma, y parte con Duroc para Viena.—Estado de la Prusia y de la Rusia.—Hábil paso del primer Cónsul respecto al Emperador Pablo.—Le envia seis mil prisioneros rusos sin cange, y le ofrece la isla de Malta.—Entusiasmo de Pablo I por el general Bonaparte, y mision confiada á M. de Sprengporten para Paris.—Nueva liga de los neutrales.—Las cuatro grandes cuestiones del derecho marítimo.—Avenencia con la Santa Sede.—La corte de España, y su intimidad con el primer Cónsul.—Estado interior de dicha corte.—El general Berthier es enviado á Madrid.—Este representante del primer Cónsul, negocia con Cárlos IV un tratado, dirigido á ceder la Toscana á la casa de Parma, y la Luisiana á Francia.—Ereccion del reino de Etruria.—La Francia vuelve á gozar de consideracion con las potencias de Europa.—Llegada de M. de Saint-Julien á Viena.—Asombro de esta corte al saber que habia firmado artículos preliminares de paz sin poderes.—Embarazo del gabinete de Viena, que se habia comprometido á no tratar sin la Inglaterra.—M. de Saint-Julien conoce su yerro.—Ensayo de una negociacion comun á la Inglaterra y al Austria.—Para admitir el primer Cónsul en la negociacion á la Inglaterra, exige un armisticio naval que le permita socorrer á Egipto.—No rehusa la Inglaterra entrar en tratos, pero si el conceder el armisticio propuesto.—El primer Cónsul solicita entónces una negociacion directa é inmediata, ó la vuelta de las hostilidades.—Manera con que habia aprovechado la suspension de armas para poner á los ejércitos franceses sobre un pie formidable.—Temor del Austria, y entrega de las plazas de Philipsbourg, Ulma é Ingolstad, para obtener la prolongacion de un armisticio continental.—Convenio de Hohenlinden, acordando una nueva suspension de armas de cuarenta y cinco dias.—Nombramiento de M. de Cobentzel para que se dirija al congreso de Luneville.—Fiesta del 1.° de Vendimiario.—Traslacion del cuerpo de Turena á los inválidos.—Aprovecha el primer Cónsul el tiempo que le deja la interrupcion de las hostilidades para ocuparse de la administracion interior.—Buen éxito de sus medidas rentísticas.—Prosperidad del Banco de Francia.—Pago hecho en dinero á los acreedores del Estado.—Reparacion de los caminos.—Vuelta de los sacerdotes.—Dificultades para la celebracion del domingo y del décadi.—Nueva medida respecto á los emigrados.—Estado de los emigrados.—Sus disposiciones hacia el primer Cónsul.—Los revolucionarios y los realistas.—Conducta del gobierno acerca de ellos.—Influencias en diversos sentidos cerca del primer Cónsul.—Papel que hacen á su lado MM. Fouché, de Talleyrand y Cambaceres.—Familia de Bonaparte.—Cartas de Luis XVIII al primer Cónsul, y respuesta dada á aquel Príncipe.—Conjuracion de Ceracchi y Arena.—Agitacion de los ánimos al saber este complot.—Los imprudentes amigos del primer Cónsul quieren aprovecharse de ello para elevarle demasiado pronto al poder supremo.—Folleto escrito en aquel sentido por M. de Fontanes.—Precision que hay de desmentir aquel folleto.=Luciano Bonaparte separado del ministerio de lo Interior es enviado á España.*

---

Julio de 1800.

El gabinete británico anula sus primeras órdenes, y acepta el convenio de El-Arisch.

Mientras que el navío *Osiris* traia á Europa noticias de lo ocurrido en las márgenes del Nilo, salian de los puertos de Inglaterra órdenes enteramente contrarias á las expedidas antes. Las observaciones de sir Sidney Smith, habian sido, al fin, atendidas en Lóndres, temiendo desaprobar lo hecho por un oficial ingles, que se habia presentado como investido con los poderes de su gobierno, y sobre todo, porque

habian reconocido la falsedad de los despachos interceptados, y apreciado en su justo valor la dificultad de sacar del Egipto al ejército frances. Habíase, pues, ratificado el convenio de El-Arisch, ordenando á lord Keith lo egecutase. Pero, como acaba de verse, ya no era tiempo: el convenio se habia roto con la espada en la mano, y restablecidos los franceses en la posesion de Egipto, no querian ya abandonarle. Los ministros ingleses debian arrepentirse amargamente de la ligereza de su conducta, y recibir por ella violentos ataques en el parlamento.

El primer Cónsul por su parte supo con alegria la consolidacion de su conquista; pero desgraciadamente la noticia de la muerte de Kleber, llegada á sus oidos al mismo tiempo que sus hazañas, le causó un sentimiento grande y sincero. Disimulaba raras veces, y solo cuando se veia obligado por deber ó por necesidad, pero siempre tenia que hacer algun esfuerzo, porque la viveza de su carácter le hacia difícil el disimulo. Pero en el reducido círculo de su familia y de sus consejeros, no ocultaba nada, y mostraba sus afecciones y sus odios con extrema vehemencia. En esta intimidad fue, pues, donde dejó ver la pena profunda que le causaba la muerte de Kleber. No sentia en él, como en Desaix á un amigo, sino á un gran general, á un gefe hábil, mas capaz que ningun otro de asegurar el establecimiento de los franceses en Egipto; establecimiento que miraba como su obra mas bella, pero que solo un triunfo definitivo podia convertir, de tentativa brillante, en una empresa grande y sólida.

Sentimientos del primer Cónsul por la muerte de Kleber.

El tiempo, semejante á un rio que se lleva cuanto los hombres arrojan en su rápida corriente, ha arrastrado consigo las odiosas mentiras inventadas entonces por el odio de los partidos. Sin embargo, hay una que debe citarse aquí, aunque se halle sumergida en el olvido mas profundo. Los agentes realistas divulgaron, y los periódicos ingleses lo repitieron, que, celoso el primer Cónsul de Kleber y de Desaix, los habia mandado asesinar al uno en Marengo y al otro en el Cairo. No faltaron imbéciles y miserables que lo creyesen, pero hoy es hasta vergonzoso recordar semejantes suposiciones. Los que inventan tales infamias debian colocarse á veces en presencia del porvenir, y ruborizarse al pensar en el mentis que el tiempo les prepara.

Los agentes realistas divulgan que el primer Cónsul ha hecho asesinar á Kleber y á Desaix.

El primer Cónsul habia dado ya órdenes apremiantes á las escuadras de Brest y de Rochefort, á fin de que se dispusiesen á pasar al Mediterráneo. Aun cuando el estado de nuestra hacienda fuese mas satisfactorio, obligado el primer Cónsul á hacer grandes esfuerzos por tierra, no podia hacer por mar todos aquellos que juzgaba necesarios. Sin embargo, no descuidó nada á fin de poner á la grande escuadra de Brest en estado de darse á la vela. Solicitó de la corte de España las órdenes necesarias para que los almirantes Gravina y Mazzaredo, mandando la division española, concurriesen á los movimientos de la division francesa. Reuniendo las escuadras de las dos naciones, bloqueadas en Brest hacia un año, se podian poner en línea cuarenta buques de alto bordo. El primer Cónsul queria que, aprovechando la salida de aquella inmensa fuerza naval, los buques franceses dispuestos en Lorient, Rochefort y Tolon, y los españoles disponibles en el Ferrol, Cádiz y Cartagena, se uniesen á la escuadra combinada para aumentar su fuerza. Aquellos diversos movimientos debian ser dirigidos de manera que engañasen á los ingleses dejándolos en la mayor perplejidad, y entretanto el almirante Ganteaume, llevando consigo los buques mas veleros, debia separarse y conducir á Egipto 6,000 hombres escogidos, numerosos trabajadores y un material inmenso.

Preparativos marítimos para enviar socorros á Egipto.

La España se presentaba gustosa á esta combinacion, que al menos tenia la ventaja de llevar al Mediterráneo y por consecuencia á sus puertos, la escuadra de Gravina, inútilmente encerrada en la rada de Brest; y no ponia otra objecion que el mal estado de las dos escuadras, puesto que absolutamente carecian de todo. El primer Cónsul hizo cuanto le fue posible para destruir aquella objecion, y pronto los buques de ambas naciones se encontraron provistos de lo que necesitaban. Mientras tanto, queria que

cada cinco ó seis dias tuviese noticias suyas el ejército de Egipto. Al efecto, dió sus órdenes para que de todos los puertos del Mediterráneo, inclusos los de España é Italia, saliesen bergantines, buques de avisos y simples mercantes conduciendo balas, bombas, plomo, pólvora, fusiles, sables, maderas para carruages, medicinas, quina, granos, vinos, y en fin, todo lo que faltaba en Egipto. Mandó ademas que cada uno de aquellos barcos, fletados en Cartagena, Barcelona, Port-Vendré, Marsella, Tolon, Antibes, Savona, Génova, Bastia, Saint-Florente, &c. llevase algunos trabajadores, albañiles y herreros, y algunos artilleros y ginetes escogidos. Tambien contrató con algunos mercaderes de Argel que enviasen á Egipto cargamentos de vinos de que carecia el ejército. De su órden se reunió una compañia de cómicos, y se preparó todo el material de un teatro que debia enviarse á Alejandria. Se hicieron suscriciones á los mejores periódicos de Paris á nombre de los principales oficiales del ejército, para tenerlos al corriente de lo que pasaba en Europa; y, en una palabra (1) nada se descuidó de cuanto podia sostener el ánimo de nuestros soldados expatriados, y ponerlos en comunicacion continua con la madre patria.

Medios adoptados para estar en comunicacion continua con el Egipto.

No hay duda que muchos de aquellos buques se hallaban expuestos á caer en poder de los ingleses, pero era probable que llegaran los mas como en efecto sucedió; porque la estensa costa del Delta no podia ser rigorosamente bloqueada. No tuvieron tan buen resultado los esfuerzos hechos para abastecer á Malta estrechamente bloqueada por los ingleses. Daban estos una inmensa importancia á apoderarse de aquel segundo Gibraltar; sabian que el bloqueo podia tener allí un efecto cierto, porque Malta es una roca que solo puede abastecerse por mar, mientras que el Egipto es un vasto reino, que proporciona alimentos hasta para los territorios vecinos. Ponian, pues, el mayor cuidado en estrechar la plaza y en hacerla sentir los horrores del hambre. El valiente general Varbois que mandaba una guarnicion de 4000 hombres no temia sus ataques; pero veia disminuir de hora en hora las provisiones destinadas á la manutencion de sus soldados, y por desgracia no recibia de los puertos de Córcega recursos bastantes para reemplazar lo que se consumia diariamente.

Tambien se ocupó mucho el primer Cónsul en elegir un gefe capaz de mandar el ejército de Egipto. La pérdida de Kleber era desconsoladora, sobre todo en atencion á los que podian ser llamados á sustituirle. Si Desaix hubiese permanecido en Egipto, el mal se habria reparado con facilidad: pero Desaix habia vuelto á Europa y ya no existia; y los que quedaban no eran dignos de tal mando. Reynier era un oficial excelente, educado en la escuela del ejército del Rhin, hombre de conocimientos y de experiencia, pero frio, sin resolucion y sin ascendiente sobre las tropas. Menou era muy instruido, valiente, entusiasta de la expedicion, pero incapaz de dirigir á un ejército, y herido con el ridículo porque habia contraido matrimonio con una turca y convertidose al islamismo. Hacia que le llamasen Abdallah Menou, lo que causaba risa á los soldados, disminuyendo mucho el respeto y prestigio que debe rodear á un general en gefe. El general Lanusse valiente, entendido, y lleno de una actividad que sabia comunicar á los demás, parecia al primer Cónsul que debia ser el preferido aun cuando careciese de prudencia. Pero el general Menou habia tomado el mando por su antigüedad. Era difícil hacer que llegase á Egipto una órden con certeza; los ingleses podian interceptarla, y sin comunicarla textualmente, dejar sospechar su contenido, á fin de hacer el mando incierto, dividir á los generales, y perturbar la colonia. Dejó, pues, las cosas en el mismo estado, y confirmó el mando á Menou, no creyéndole, por otra parte, tan sumamente incapaz, como en la realidad lo era.

Menou conserva el mando del ejército de Egipto.

Necesario es ahora volver á Europa para asistir á lo que pasaba en este teatro de los grandes acontecimientos del mundo.

Continuacion de los acontecimientos en Europa.

(1) Todo esto está extractado de la numerosa correspondencia del primer Cónsul con los ministerios de la guerra y de la marina.

La carta que el primer Cónsul habia dirigido desde Marengo al emperador de Alemania, con la noticia de la pérdida de la batalla, habia llegado á su destino. Entonces conocieron en Viena la falta que habian cometido, desechando las ofertas que el primer Cónsul habia hecho al principio del invierno; obstinándose en suponer á la Francia agotada é incapaz de continuar la guerra; rehusando creer la existencia del ejército de reserva, é impulsando ciegamente á M. de Mélas hácia las gargantas del Apenino. La reputacion y autoridad de M. de Thugut se debilitó en gran manera, porque á él solo se le imputaban todos aquellos errores de prevision y de cordura. No obstante, á aquellas faltas tan graves de suyo, se acababa de añadir otra no menos grave, la de ligarse mas estrechamente con los ingleses, á causa de la impresion ocasionada por el desastre de Marengo. Hasta entónces el gabinete de Viena no habia querido aceptar los subsidios de la Inglaterra, pero creyó que debia proporcionarse al momento los medios de reparar las pérdidas de aquella campaña, ya para ponerse en situacion de tratar mas ventajosamente con la Francia, ya para estar dispuesta á luchar de nuevo contra ella, si sus pretensiones eran demasiado grandes. Aceptó, pues, dos millones y medio de libras esterlinas (62 millones de francos) comprometiéndose, en cambio, á no hacer la paz con la Francia antes del próximo mes de Febrero, á menos que no fuese comun á la Inglaterra y al Austria. Firmóse aquel tratado el 20 de Junio, el mismo dia en que llegaba á Viena la noticia de los acontecimientos de Italia. Ligábase, pues, el Austria á la suerte de Inglaterra por siete meses; pero esperaba pasar el verano en negociaciones y llegar al invierno antes que se hubiesen empezado de nuevo las hostilidades. Por lo demás el gabinete imperial estaba conforme en hacer la paz, y solo queria negociar en comun con la Inglaterra, y especialmente no hacer grandes sacrificios en Italia. Con estas condiciones deseaba con ansia concluirla.

M. de San Julien es enviado á Paris

El emperador se valió para enviar su respuesta á la carta del primer Cónsul, del mismo oficial que se la habia llevado, es decir, de M. de Saint-Julien, al que concedia toda su confianza. Esta vez la respuesta era directa, y dirigida personalmente al general Bonaparte. Contenia la ratificacion del doble armisticio firmado en Alemania y en Italia, y la invitacion á explicarse confidencialmente y con toda franqueza sobre las bases de la futura negociacion. M. de Saint-Julien tenia la mision especial de sondear al primer Cónsul acerca de las condiciones con que la Francia querria concluir la paz, y de decir por su parte lo bastante sobre las intenciones del emperador, para atraer al gabinete frances á que manifestase las suyas. La carta de que M. de Saint-Julien era portador, llena de lisongeras y pacíficas protestas, encerraba un pasage, en el cual estaba claramente expuesto el objeto de su mision.—«Escribo á mis generales, decia S. M. I., para confirmar los dos armisticios y regularizar sus detalles. En cuanto á lo demas os he enviado al mayor-general de mis ejércitos, conde de Saint-Julien: lleva mis instrucciones y está encargado de haceros observar cuan esencial es no entablar negociaciones públicas, propias á hacer concebir á tantos pueblos esperanzas que pueden quedar ilusorias, sino despues de haber conocido de una manera, al menos general, si las bases que quereis proponer para la paz son tales que podamos lisongearnos de llegar á ese término deseado."

Indole de su mision.

«*Viena* 5 *de Julio de* 1800."

El emperador dejaba entrever hácia el final de aquella carta los compromisos que le ligaban á la Inglaterra, y que le hacian desear una paz comun á todas las potencias beligerantes.

Llegada de M. de Saint-Julien á Paris.

M. de Saint-Julien llegó á Paris el 21 de Julio (2 de Termidor del año VIII) y fue recibido con muchos miramientos. Era el primer enviado del emperador, que se veia en Francia, hacia mucho tiempo, y festejaban en él al representante de un gran soberano, y á un mensagero de paz. Ya hemos dicho cuan vivos eran los deseos que sentia el primer Cónsul de poner fin á la guerra. Nadie le disputaba la gloria de los combates; y ya anhelaba otra menos brillante, pero mas nueva, y entónces mas provechosa á su autoridad,

cual era la de pacificar á la Francia y á la Europa. En aquella alma ardiente los deseos eran pasiones. Buscaba entonces la paz, como se le vió despues buscar la guerra. No la deseaba menos M. de Talleyrand, porque ya le gustaba representar ostensiblemente al lado del primer Cónsul el papel de moderador. Era un papel excelente, sobre todo mas tarde; pero inclinar ahora al primer Cónsul á la paz, era añadir una impaciencia á otra, y comprometer el resultado queriendo precipitarle.

Conferencias entre M. de Talleyrand y M. de Saint-Julien.

Al dia siguiente de su llegada 22 de Julio (3 de Termidor) M. de Saint-Julien fue invitado á una conferencia en casa del ministro de relaciones exteriores. Hablóse del deseo recíproco de concluir la guerra, y del modo mejor de conseguirlo. M. de Saint-Julien oyó todo lo que se le dijo acerca de las condiciones con que podia concluirse la paz, y por su parte manifestó, sobre poco mas ó menos, todo lo que deseaba el emperador. M. de Talleyrand se apresuró demasiado á deducir de aquello, que M. de Saint-Julien tenia instrucciones secretas y suficientes para tratar, y le propuso que no se limitasen á una simple conversacion, sino que mas bien se redactasen de comun acuerdo los artículos preliminares de la paz. M. de Saint-Julien que no estaba autorizado para dar un paso tan grave, porque se oponian á ello los compromisos del Austria con la Inglaterra, objetó que no tenia poder para concurrir á un tratado. M. de Talleyrand le contestó que la carta del emperador le autorizaba completamente, y que si queria convenir en algunos artículos preliminares, y firmarlos, salva la ratificacion ulterior, el gabinete frances, con la simple carta del emperador, le consideraba suficientemente acreditado. M. de Saint-Julien, dedicado á la carrera militar, y no teniendo ninguna experiencia de los usos diplomáticos, tuvo la sencillez de confesar á M. de Talleyrand su embarazo, su ignorancia de las formas, y de preguntarle que haria en su lugar.—Yo firmaria, contestó M. de Talleyrand.—Pues bien, sea, repuso M. de Saint-Julien, yo firmaré los artículos preliminares, que no tendrán ningun valor hasta la ratificacion de mi Soberano.—Eso no admite duda, replicó M. de Talleyrand; entre las naciones no hay compromisos verdaderos sino despues de ratificados.

M. de Saint-Julien consiente en firmar los preliminares de la paz.

Este estraño modo de comunicarse sus poderes se halla consignado por estenso en el protocolo de aquella negociacion, que todavia existe. Viéronse todos los dias, el 23, 24, 27 y 28 de Julio (4, 5, 8 y 9 de Termidor del año VIII) y discutieron todos los asuntos importantes sobre que tenian que convenir los dos paises. El tratado de Campo-Formio fue adoptado como base, salvo algunas modificaciones. Asi, el emperador abandonaba á la República el límite del Rhin, desde el punto en que este rio sale del territorio suizo hasta aquel en que entra en el territorio bátavo. A propósito de este artículo M. de Saint-Julien pidió y obtuvo que se alterase su redaccion. Quiso que las expresiones: *El emperador concede la línea del Rhin*, se cambiasen con estas otras: *El emperador no se opone á que la República francesa conserve los límites del Rhin.* Este modo de explicarse tenia por objeto contestar á las censuras del cuerpo germánico, que habia acusado al emperador de entregar á la Francia el territorio de la Confederacion. Se convino que la Francia no conservaria ninguna de las posiciones fortificadas que dominaban á la orilla derecha (Kehl, Cassel, Ehrenbreitstein), y que sus obras serian destruidas, pero que en cambio la Alemania no podria levantar ninguna trinchera ni de tierra ni de mamposteria á distancia de tres leguas del rio.

Condiciones de estos preliminares.

Esto era por lo que concernia á los límites de Francia con Alemania: faltaba arreglar lo que concernia á los límites del Austria con la Italia. En el artículo 5.° secreto de Campo-Formio se habia estipulado, que el Austria recibiria en Alemania una indemnizacion por ciertos señoríos que abandonaba en la orilla izquierda del Rhin, á mas de los Paises-Bajos, de los cuales habia hecho el sacrificio á la Francia mucho tiempo antes. El obispado de Salzburgo debia servir para aquella indemnizacion. El emperador hubiera preferido que se le indemnizase en Italia; porque las adquisiciones que conseguia en Alemania, sobre todo, en los principados eclesiásticos,

apenas eran adquisiciones nuevas, porque la corte de Viena tenia ya sobre ellos cierta influencia y privilegios, que casi equivalian á una soberania directa. Al contrario, las adquisiciones que obtenia en Italia tenian la ventaja de darle paises que aun no poseia bajo ningun concepto, y especialmente la de extender su frontera y su influencia en un territorio, objeto constante de la ambicion de su familia. Por los mismos motivos, la Francia debia preferir que el Austria extendiese sus límites en la Alemania mas bien que en Italia: sin embargo se concedió este último punto. El tratado de Campo-Formio, retiraba al Austria hasta el Adigio, y adjudicaba á la República Cisalpina el Mincio y la célebre plaza de Mantua. Ahora pretendia el Austria obtener el Mincio, Mantua y ademas las Legaciones, lo que no dejaba de ser exorbitante. El primer Cónsul se conformaba á darle el Mincio y Mantua pero de ningun modo las Legaciones. Consentia á lo mas en dárselas al gran duque de Toscana, con la condicion de que la Toscana pasase al gran duque de Parma y el ducado de Parma á la República Cisalpina. El gran duque de Parma hubiera ganado mucho en este cambio, lo cual era una satisfaccion concedida á la España con miras que haremos conocer mas tarde.

M. de Saint-Julien contestó que sobre este último punto no estaba dispuesto su Soberano á dar un voto definitivo; que aquellas traslaciones de casas soberanas de un pais á otro, estaban poco conformes con su politica, y que en su consecuencia era un asunto que debia arreglarse mas tarde. Para eludir la dificultad, se contentaron con decir en los artículos preliminares que el Austria recibiria en Italia las indemnizaciones territoriales que anteriormente le estaban acordadas en Alemania.

Transformado asi el oficial austriaco en plenipotenciario, atestiguó en nombre de su soberano, que tomaba mucho interes por la independencia de la Suiza, pero poco por la del Piamonte, y pareció insinuar que la Francia podria tomar del Piamonte lo que abandonaba á la casa de Austria en Lombardia.

Se atuvieron, pues, á estas condiciones en extremo generales: límites del Rhin para la Francia, con la demolicion de Kehl, Cassel y Ehrenbreitstein, é indemnizaciones particulares para el Austria, tomadas en Italia en lugar de serlo en Alemania; lo que significaba no se veria reducida al límite del Adige. Pero, necesario es decirlo, ademas de lo vano que era tratar con un plenipotenciario sin poderes, habia algo todavia mas vano, y era el reputar por artículos preliminares de paz, artículos en que la única cuestion controvertible, y la única por la que el emperador hizo la guerra, la frontera del Austria en Italia, no estaba resuelta ni aun de una manera general; pues en lo tocante á la frontera del Rhin, hacia largo tiempo nadie habia pensado formalmente en disputárnosla.

A los artículos que preceden se añadieron algunas disposiciones accesorias: se convino, por ejemplo, que se reuniria al momento un Congreso; y que mientras durase estarian suspensas las hostilidades, se licenciarian las levas en masa que se hacian en Toscana, y se aplazarian los desembarcos con que los ingleses amenazaban la Italia.

M. de Saint-Julien á quien el deseo de representar un papel distinguido, arrastraba mucho mas allá de todos los límites razonables, sentia de vez en cuando escrúpulos por el extraño arrojo que se permitia. Pero, para tranquilizarle, M. de Talleyrand accedió á prometerle bajo palabra de honor, que aquellos artículos preliminares quedarian en secreto, y que se considerarian de ningun valor hasta que el emperador los ratificase. El 28 de Julio de 1800 (9 de Termidor del año VIII) fueron firmados aquellos famosos artículos preliminares en la secretaria de negocios extrangeros, con gran gozo de M. de Talleyrand, quien viendo á M. de Saint-Julien tan preparado acerca de todas las cuestiones, creyó formalmente que aquel oficial tenia instrucciones secretas para tratar. Sin embargo, no habia nada de eso, y si M. de Saint-Julien estaba tan bien informado, era porque habian querido en Viena ponerle en disposicion de provocar y de recibir las confidencias del primer Cónsul, relativas á las condiciones de la paz futura. El ministro frances no habia sabido penetrar aquella circunstancia, y llevado del deseo de firmar un acto que se parecia á un tratado, ha-

MM. de Saint-Julien y de Talleyrand firman los preliminares.

bia cometido un error muy grave.

No cuidando el primer Cónsul de las formas observadas por los dos negociadores, y descansando sobre este punto en M. de Talleyrand, no pensaba mas que en una cosa, que era obtener una explicacion del Austria para saber si deseaba la paz, ó bien arrancársela por medio de una nueva campaña si parecia no quererla. Pero para ello hubiera sido mejor intimarla que se explicase en un plazo dado, que entrar en una negociacion ilusoria y pueril, á consecuencia de la cual iba á verse comprometida la dignidad de dos naciones, y á ser mas difícil la avenencia.

M. de Saint-Julien no creyó debia aguardar en Paris la respuesta del emperador, aunque á ello se le instaba, y deseó llevar él mismo á Viena los preliminares de la paz, sin duda para explicar á su soberano los motivos de su extraña conducta. Partió, pues, de Paris, el 30 de Julio (11 de Termidor) acompañado de Duroc, á quien enviaba el primer Cónsul al Austria, como ya lo habia enviado á Prusia, para que tratase de cerca aquella corte, y diese en ella una idea ventajosa de la moderacion y de la política del nuevo gobierno. Duroc, como ya lo hemos dicho en otro lugar, merecia por su buen juicio y porte, que se le confiasen misiones de aquel género. El primer Cónsul le habia dado, ademas, instrucciones por escrito, en que todo estaba previsto, con una atencion minuciosa. En primer lugar, á cada circunstancia que hiciese presumir las intenciones del Austria respecto á los preliminares, Duroc debia enviar al momento un correo á Paris. Hasta la ratificacion se le habia recomendado que guardase un silencio absoluto, y fingiese ignorar las intenciones del primer Cónsul, sobre todos los negocios. Si se acordaba la ratificacion, estaba autorizado para declarar de una manera positiva que si se deseaba sinceramente la paz, podia esta firmarse en veinte y cuatro horas. Bajo diversos pretestos y formas debia manifestar que si el Austria se contentaba con el Mincio, con la Fossa-Maestra y el Pô, que era la línea trazada por el convenio de Alejandria, y admitia, ademas la traslacion del duque de Parma á Toscana y la del duque de Toscana á las Legaciones, no habia ningun obstáculo para una conclusion inmediata. Estas instrucciones contenian despues reglas de lenguaje para todos los asuntos que pudieran suscitarse en las conferencias. Se habia prohibido á Duroc prestarse á ninguna chanza contra la Prusia y la Rusia, poco apreciadas entonces en Viena, porque estaban fuera de la coalicion. Se le habia recomendado guardase la mayor reserva, respecto al emperador Pablo, cuyo carácter era objeto de burla en todas las cortes; debia hablar muy bien del rey de Prusia, visitar al gran duque de Toscana, y no dejar conocer ninguna de las pasiones excitadas por la revolucion ni en un sentido ni en otro. Realistas ó Jacobinos, todo esto, debia ser presentado como si fuesen en Francia tan antiguos como los Güelfos y los Gibelinos en Italia. Se le prescribia muy particularmente no mostrase ningun odio respecto á los emigrados, á excepcion de los que habian tomado las armas contra la República. Estaba facultado para decir en cualquier ocasion que la Francia era el pais de Europa mas adicto á su gobierno, porque era el solo entre todos los paises, donde las circunstancias habian proporcionado al gobierno la ocasion de hacer mas bien. Por último, debia presentar al primer Cónsul sin preocupaciones, de ninguna clase, ni antiguas ni modernas, é indiferente á los ataques de la prensa inglesa, pues no sabia el ingles.

Duroc acompaña á M. de Saint-Julien á Viena. Instrucciones de que es portador.

Duroc partió con M. de Saint-Julien; y si bien se habia conservado el secreto de los preliminares, sin embargo, las numerosas conferencias del enviado del Emperador con M. de Talleyrand, habian sido notadas de todo el mundo, y se decia en voz alta que era portador de las condiciones de la paz.

Nuestros prodigiosos triunfos en Italia y en Alemania habian debido naturalmente ejercer una influencia muy notable, no solo en el Austria, sino tambien en todas las cortes de Europa, amigas ó enemigas.

A la noticia de la batalla de Marengo, la Prusia, siempre neutral por sistema, pero benévola hácia nosotros, segun la marcha de los acon-

Efecto de nuestros triunfos militares en las cortes de Europa.

La Prusia.

tecimientos, habia hecho presente al primer Cónsul su viva admiracion, y desde aquel momento no habia dicho una sola palabra que pudiese dejar duda sobre la adjudicacion á la Francia de toda la linea del Rhin. Segun ella, solo debia tratarse de obrar con justicia en la reparticion de las indemnizaciones debidas á todos aquellos que perdian algun territorio en la orilla izquierda del Rhin, y con prudencia en el arreglo de los límites generales de los grandes Estados. Añadia tambien que era muy conveniente mostrarse firme con el Austria y reprimir su insaciable ambicion. Tal era el lenguaje que diariamente se usaba en Berlin con nuestro embajador.

M. de Haugwitz, y particularmente el rey Federico Guillermo, cuya benevolencia era sincera, informaban diariamente al general Beurnonville, de los rápidos progresos que el primer Cónsul hacia en el ánimo de Pablo I. Como ya se ha visto, este príncipe veleidoso y entusiasta habia pasado en pocos meses de una pasion caballeresca contra la Revolucion, á una admiracion sin límites por el hombre que representaba ahora aquella revolucion. Habia llegado á concebir un odio verdadero al Austria y á la Inglaterra. Aun cuando de este cambio de disposiciones se hubiese obtenido un resultado muy importante, cual era la inmovilidad de los rusos junto al Vistula, sin embargo, el primer Cónsul aspiraba á algo mas. Queria entrar en relaciones directas con el emperador Pablo, y sospechaba que la Prusia prolongaba aquel estado equívoco, para permanecer siendo la única intermediaria de nuestras relaciones con la potencia mas poderosa del Norte.

La Rusia.

Para lograr su objeto imajinó un medio que tuvo un éxito feliz. Habia en Francia 6 ó 7000 rusos prisioneros desde el año anterior, y que no habian podido ser cangeados, porque la Rusia no tenia prisioneros franceses que devolvernos. El primer Cónsul habia propuesto á la Inglaterra y al Austria, que tenian en su poder cierto número de nuestros soldados y de nuestros marinos, cangear aquellos rusos con igual número de franceses. Ambas naciones debian haberlo hecho en atencion á la Rusia, pues los rusos habian quedado prisioneros sirviendo á los designios de la política inglesa y austriaca; y sin embargo, rechazaron la proposicion. Al punto ocurrió al primer Cónsul la idea feliz de devolver á Pablo I los prisioneros que teniamos, sin ningun rescate. Era este un acto de generosidad hábil y poco oneroso para la Francia, á quien de nada servian aquellos prisioneros, ya que no podian procurarle un cange de franceses. Acompañó el primer Cónsul aquel acto con atenciones propias á conmover el corazon de Pablo I, tan fácil de impresionarse. Hizo armar y vestir á los rusos con los colores de su soberano, y hasta les devolvió sus oficiales, sus banderas y sus armas. En seguida escribió una carta al conde de Panin, ministro de negocios estrangeros en San Petersburgo, en la que le decia, que no habiendo querido el Austria y la Inglaterra, proporcionar la libertad á los soldados del Czar, que habian quedado prisioneros, sirviendo á la causa de aquellas potencias, el primer Cónsul no queria detener por un tiempo indeterminado aquellos soldados valientes, y por lo tanto se los devolvia al emperador sin ninguna clase de condiciones, lo que era por su parte un testimonio de consideracion hácia el ejército ruso, ejército que los franceses habian aprendido á conocer y á estimar en los campos de batalla.

Imagina el primer Cónsul devolver á Pablo I los prisioneros rusos sin ningun cange.

Para hacer llegar esta carta á su destino se envió por la via de Hamburgo, y fue transmitida por M. de Bourgoing, nuestro ministro en Dinamarca á M. de Muraview, ministro de Rusia en Hamburgo. Pero era tal el temor que Pablo I inspiraba á sus agentes que M. de Muraview, rehusó recibir aquella carta, no atreviéndose á faltar á las órdenes anteriores de su gabinete que prohibian toda comunicacion con los representantes de la Francia. M. de Muraview se limitó á dar cuenta á la corte de lo que habia pasado, haciéndole conocer la existencia y el contenido de la carta que se habia negado á tomar. El primer Cónsul añadió á aquel paso cerca del monarca ruso, otro mas eficaz todavía. Conociendo bien que Malta no podia sostenerse por mucho tiempo, y que esta isla, rigorosamente bloqueada, se veia en la precision de rendirse á los ingleses, por falta de vi-

El primer Cónsul ofrece la isla de Malta al emperador Pablo.

veres, pensó dársela á Pablo I. Ya se sabe que este príncipe, entusiasta de las antiguas órdenes de caballeria, y especialmente de la de Malta, se habia hecho dar el título de gran maestre de S. Juan de Jerusalen, prometiéndose restablecer aquella institucion religiosa y caballeresca, y celebraba en San Petersburgo frecuentes capítulos de la órden, para condecorar con ella á los príncipes y á los grandes personages de la Europa. Nada podia conmover mas directamente su corazon, que el ofrecimiento de una isla que era la silla de la órden, de que se habia hecho gefe. La idea estaba concebida con habilidad bajo todos conceptos: ó los ingleses que iban á tomar la isla, consentian en restituirla y entónces salia de sus manos, ó si se negaban, Pablo I era capaz de declararles la guerra solo por este motivo. Esta vez se encargó á un oficial ruso, M. de Sergijeff, que era del número de los prisioneros detenidos en Francia, que se dirijiese á San Petersburgo, para llevar las dos cartas relativas á los prisioneros y á la isla de Malta.

Cuando estas comunicaciones llegaron á San Petersburgo produjeron su inevitable efecto. Pablo, conmovido en extremo, se entregó desde entonces sin reserva á toda la admiracion que le inspiraba el primer Cónsul. Al punto eligió á un antiguo oficial de Finlandia, M. de Sprengporten, antes súbdito sueco, hombre muy respetable, y dispuesto en favor de los franceses, y muy bien mirado en la corte de Rusia. Nombróle gobernador de la isla de Malta, le encargó ponerse á la cabeza de los 6,000 rusos prisioneros que se hallaban en Francia, é ir con aquella fuerza organizada á tomar posesion de la isla de Malta, de mano de los franceses. Al mismo tiempo le mandó pasar por Paris y dar gracias públicamente al primer Cónsul. A esta demostracion añadió Pablo un paso mas efectivo aun: mandó á M. de Krudener, su embajador en Berlin, encargado algunos meses antes de anudar las relaciones de la Rusia con la Prusia, que entrase en comunicacion directa con el general Beurnonville, nuestro embajador, y le dió los poderes necesarios para negociar un tratado de paz con la Francia.

Satisfaccion de Pablo I.

M. de Sprengporten es enviado á Paris.

Orden dada á M. de Krudener para negociar con el general Beurnonville en Berlin.

M. de Haugwitz, que encontraba quizá demasiado viva la marcha de la reconciliacion, pues la Prusia iba á perder su papel de intermediaria el dia en que los gabinetes de Paris y de San Petersburgo se hallasen en relaciones directas, se acomodó á ser el agente ostensible de aquella reconciliacion. Hasta entónces, M. de Krudener y M. de Beurnonville se encontraban en Berlin en casa de los ministros de las diversas cortes, sin hablarse una palabra. M. de Haugwitz convidó á comer un dia á ambos; terminada la comida los puso en presencia uno de otro, y despues los dejó solos, y cara á cara en su mismo jardin, para que tuviesen libertad de explicarse. M. de Krudener expresó á M. de Beurnonville su sentimiento por no haberse podido aproximar antes á la legacion francesa; disculpó la negativa que se habia hecho en Hamburgo á recibir la carta del primer Cónsul, por existir órdenes anteriores, y por último se explicó por extenso acerca de las nuevas disposiciones de su soberano. Le anunció haberse enviado á M. de Sprengporten á Paris; y le confesó la viva satisfaccion que habia sentido Pablo I al saber que se le restituian los prisioneros, y la oferta de volver á la órden de San Juan de Jerusalen la isla de Malta. Por último, de todos estos asuntos pasó al mas serio, es decir á las condiciones de la paz. Ninguna diferencia tenian entre sí Rusia y Francia: no se habian hecho la guerra por ningun interes de territorio ó de comercio, sino por la diferencia de su forma de gobierno. Por lo tanto, en lo que les concernia directamente no tenian mas que escribir un artículo, diciendo que la paz quedaba restablecida entre las dos potencias. Esta sola circunstancia probaba el poco fundamento que habia tenido la guerra. Pero la guerra habia traido consigo alianzas, y Pablo que se vanagloriaba de cumplir sus compromisos con gran fidelidad, solo pedia una cosa, y era que se guardase consideracion á sus aliados; estos eran cuatro, Baviera, Wurtemberg, Piamonte y Nápoles; y solitaba para ellos la integridad de sus estados. Nada era mas fácil, con tal que mediasen algunas explicaciones: esto es, que

se miraria como cumplida esta condicion, si aquellos príncipes obtenian una indemnizacion por las provincias que les tomase la República francesa. Asi fue entendido y aceptado por M. de Krudener. En efecto, la secularizacion de los Estados eclesiásticos de Alemania, y su division proporcionada entre los príncipes legos que habian perdido el todo ó parte de sus Estados, á consecuencia de haberse abandonado la orilla izquierda del Rhin á la Francia, era una cosa convenida hacia tiempo por todo el mundo; y hasta se habia admitido en el congreso de Rastadt en tiempo del Directorio. El arreglo tampoco podia ser mas fácil para los príncipes italianos, aliados de Pablo I. El Piamonte perdia á Niza y Saboya, pero se le podia indemnizar en Italia, dado caso que la ambicion austriaca fuese contenida en este territorio, no permitiéndole extenderse demasiado por allí. Sobre este punto, tan irritado Pablo I como la Prusia contra el gabinete de Viena, decia que era necesario mantenerse firme con el Austria, y no concederle mas que lo que fuese imposible negarle. En cuanto al reyno de Nápoles, nada tenia que tomarle Francia, pero si tenia que castigar una conducta odiosa y vengar algunos ultrages. No obstante, el primer Cónsul sabia perdonar, pero con la condicion de que el gabinete de Nápoles expiaria sus yerros por medio de un rompimiento formal con la Gran-Bretaña; y esta condicion era de naturaleza que debia agradar mucho á Pablo I, tan mal dispuesto respecto á los ingleses como á los austriacos. Sobre todos estos puntos estaban casi de acuerdo; y cada dia debian estarlo mas, por el movimiento natural de las cosas, y por el carácter impetuoso de Pablo I, que desde un estado de descontento contra sus antiguos aliados, iba á pasar sin transicion á un estado de guerra abierta.

La reconciliacion de la Francia con la Rusia, estaba, pues, casi consumada, y hasta era pública, porque acababa de anunciarse oficialmente la partida de M. Sprengporten para Paris. ¡Asi Pablo I, el enemigo furioso de la Francia, venia á ser su amigo y su aliado contra las potencias de la antigua coalicion! La gloria y la habilidad profunda del primer Cónsul habian producido aquel cambio extraordinario. Una circunstancia forzosa y grave iba á hacerle mas completo: las quejas de los neutrales ocasionadas por las violencias de la Inglaterra en los mares. Parece que todo se reunia á la vez para favorecer los designios del primer Cónsul, y casi es preciso admirar en este momento su fortuna no menos que su gloria.

Genio y dicha del primer Cónsul.

En efecto, diríase al contemplar las cosas de este mundo, que la fortuna ama la juventud, pues auxilia maravillosamente los primeros años de los hombres grandes. No vayamos, sin embargo, á hacerla ciega y caprichosa como los poetas antiguos: si favorece con tanta frecuencia la juventud de los hombres grandes á la manera de Anibal, de César, de Napoleon, es porque todavia no han abusado de sus favores. El general Bonaparte era dichoso entonces, porque habia merecido serlo; porque tenia razon contra todos: dentro contra los partidos, fuera contra todas las potencias de Europa. En lo interior solo queria el órden y la justicia; en lo exterior la paz, pero una paz con ventajas y gloriosa como tiene derecho de desearla aquel que no siendo agresor ha sabido ser victorioso. ¡Asi se reconciliaba todo con un aprecio y un interes extraordinarios á la Francia, representada por un hombre grande, tan justo y tan fuerte. Y si bien este hombre grande habia encontrado circunstancias felices, no habia una que no hubiese creado, ó de la que no hubiera sacado partido. Algunos dias antes, uno de sus lugartenientes, anticipándose á sus órdenes, corria al estampido del cañon para darle la victoria en Marengo; ¡pero qué no habia hecho él para preparar aquella victoria! Ahora un príncipe tocado de locura y ocupando uno de los primeros tronos del universo, acababa de ofrecer un éxito fácil á su habilidad diplomática; ¡pero con qué hábil condescendencia no habia sabido halagar aquella locura! La Inglaterra por su conducta en los mares, iba á hacer se uniesen á la Francia todas las potencias marítimas; pero ya veremos cuanto arte habia empleado para contemporizar con ellas y dejar á la Inglaterra el papel de la violencia. La fortuna, esa querida caprichosa de los hombres grandes, no es, pues, tan caprichosa, como algunos la quieren hacer. No es todo capricho cuan-

do los favorece, ni capricho cuando los abandona; y en sus pretendidas infidelidades no está siempre la sinrazon de su parte. Pero hablemos un lenguaje mas verdadero y digno de tan grave asunto: la fortuna, ese nombre pagano dado á la potencia que rige todas las cosas de la tierra, es la Providencia favoreciendo al genio que marcha por la senda del bien; es decir, las sendas trazadas por su sabiduria infinita.

He aqui la circunstancia feliz que debia adherir definitivamente á la política del primer Cónsul las potencias del Norte, y procurarle auxiliares en el mismo elemento en que tenia mas necesidad de encontrarlos, es decir, en los mares. Los ingleses acababan de cometer nuevas violencias contra los neutrales. No podian tolerar que los rusos, daneses, suecos y americanos, frecuentasen tranquilamente todos los puertos del mundo, y prestasen su pabellon al comercio de Francia y de España. Ya habian violado la independencia del pabellon neutral, especialmente respecto á América: y porque los americanos no se habian defendido bastante, quiso el Directorio ensañarse contra ellos, tratándolos casi tan rigorosamente como lo hacian los ingleses. El general Bonaparte habia reparado aquella falta, anulando la mas dura de las disposiciones adoptadas por el Directorio; instituyendo el tribunal de presas, cuyo cargo era dispensar justicia á los buques apresados; rindiendo homenage en la persona de Washington á la América entera; y llamando, en fin, negociadores á Paris para restablecer con ella relaciones de amistad y de comercio. En aquel momento mismo era cuando la Inglaterra, como irritada por el mal éxito de su política, parecia mostrarse mas opresora bácia los neutrales. Ya habia cometido actos odiosos en los mares: sin embargo, los últimos excedian todos los límites, no solo de la justicia, sino tambien de la prudencia mas vulgar.

Violencias de los ingleses respecto á los neutrales.

No es este el lugar de exponer todos los detalles de aquella grave cuestion: bastará dar á conocer los puntos principales. Los neutrales pretendian que la guerra que se estaban haciendo unas naciones con otras, en nada debia perjudicar á su propio tráfico, y que hasta tenian el derecho de hacer el comercio de que se privaban voluntariamente las naciones beligerantes. En su consecuencia, pretendian entrar libremente en todos los puertos del mundo, navegar aun entre los puertos de las naciones beligerantes; ir, por ejemplo, de Francia y España á Inglaterra, y de Inglaterra á España y Francia; y lo que era aun mas disputable ir desde las colonias á la metrópoli, desde Méjico á España y traer los metales que sin su auxilio jamas habrian podido llegar á Europa. Sostenian que el *pabellon cubre la mercaderia*; es decir, que su pabellon de potencia estraña á la guerra, amparaba contra toda especie de pesquisas la mercaderia transportada en sus buques, que sobre su bordo no podian apresar los ingleses las mercaderias francesas, ni los franceses las inglesas, asi como un frances, por ejemplo, hubiera sido inviolable en los puertos de Copenhague ó de San Petersburgo para la nacion británica; en una palabra, que el buque de un pais neutral era tan sagrado como los puertos mismos de su nacion.

Principios del derecho de los neutrales.

Los neutrales no consentian mas que una excepcion. Estaban conformes en no transportar mercaderias propias para la guerra, porque era contrario á la misma idea de neutralidad suministrar á una de las naciones beligerantes armas contra la otra. Pero entendian que esta prohibicion se limitaba á solo los objetos propios para la guerra; tales como fusiles, cañones, pólvora, proyectiles, objetos de equipo de todas clases &c; y, en cuanto á los víveres no querian considerar como prohibidos mas que aquellos que estaban preparados para uso de los ejércitos, como, por ejemplo, la galleta.

Ademas de admitir una excepcion respecto á la naturaleza de las mercaderias trasportables, consentian tambien en otra por lo que hace á los puntos que debian recorrer, pero siempre y cuando fuese exactamente definida. Esta segunda excepcion era relativa á los puertos verdaderamente bloqueados y guardados por una fuerza naval, capaz de formar el sitio, ó de tomarlos por bambre bloqueándolos. En este caso reconocian que entrar en un puerto bloqueado, era perjudicar á una de las dos naciones en el

uso de su derecho, impidiéndole tomar las plazas de sus enemigos por hambre ó por fuerza, y que por consecuencia era socorrer á una contra la otra. Pero pedian que el bloqueo fuese precedido de declaraciones formales, que fuese efectivo y ejecutado por una fuerza tal, que ofreciese un peligro inminente el violarle; y no admitian que por una simple declaracion del bloqueo, se pudiese prohibir por medio de una pura ficcion, la entrada de un puerto cualquiera, y aun algunas veces toda la extension de ciertas playas.

Por último, como era necesario asegurarse de si un buque pertenecia verdaderamente á la potencia cuyo pabellon enarbolaba, y si llevaba ó no mercaderias calificadas de contrabando de guerra, los neutrales consentian en ser visitados, pero exigian que aquella visita se hiciese con ciertas consideraciones, convenidas y fielmente observadas. Sobre todo consideraban como regla esencial, que no se pudiese hacer la visita si los buques de comercio iban convoyados por un buque de guerra. El pabellon militar ó real, debia segun ellos tener el privilegio de ser creido bajo su palabra cuando el comandante del buque afirmaba por el honor de su nacion, que los buques convoyados pertenecian á ella y que no llevaban ninguno de los objetos prohibidos. De otro modo, decian, un simple bergantin en corso, podrá detener un convoy, y con el convoy á una escuadra de guerra y quizás á un almirante. ¿Quién sabe? ¡Un corsario podrá detener á M. de Suffren ó á lord Nelsen!

Resumen de las doctrinas de los neutrales.

Asi, pues, las doctrinas sostenidas por los neutrales podian reducirse á cuatro puntos.

El pabellon ampara á la mercancia; es decir, prohibe buscar la mercancia enemiga á bordo de un buque neutral, estraño á las naciones beligerantes.

No hay mas mercaderia prohibida que el contrabando de guerra. Este contrabando solo consiste en los objetos fabricados para uso de los ejércitos. El trigo, por ejemplo, y las municiones navales no se cuentan como tal.

Solo puede prohibirse la entrada en un puerto verdaderamente bloqueado.

Por último, los buques convoyados no deben sufrir la visita.

Tales eran los principios que sostenian Francia, Prusia, Dinamarca, Suecia, Rusia y la América; es decir, la inmensa mayoria de las naciones; principios fundados en el respeto de los derechos de otro, pero absolutamente negados por la Inglaterra.

Doctrinas de la Inglaterra.

En efecto, la Inglaterra sostenia que con aquellas condiciones, sus enemigos comerciarian sin obstáculos, por medio de los neutrales; (lo que, para decirlo de paso, no era exacto, porque aquel comercio no podia continuarse por medio de los neutrales, sino abandonando á estos la mayor parte de los beneficios, y experimentando, de este modo, la nacion obligada á recurrir á ellos perjuicios enormes); pretendia, pues, apoderarse de la mercaderia francesa ó española en cualquier buque que se hallase: sostenia que ciertos efectos no elaborados, tales como el trigo, y los efectos navales, eran un verdadero socorro llevado á una nacion en tiempo de guerra; queria que bastase una declaracion de bloqueo, sin la presencia de una fuerza naval para prohibir la entrada de ciertos puertos ó parages; y por último, que los neutrales no pudiesen sustraerse á la vigilancia de las potencias beligerantes, bajo el pretexto de hacerse convoyar.

Si se desea saber cuál era en el fondo el grave interes oculto bajo los sofismas de los publicistas británicos, helo aqui. La Inglaterra queria impedir que se llevase á los españoles los ricos metales de Méjico, principal alimento de su opulencia; á los franceses el azúcar y el café, sin los cuales no se podia pasar; y á los unos y á los otros las maderas, el cáñamo y los hierros del Norte, necesarios á su marina. Queria, en caso de necesidad, y de una mala cosecha de granos, reducirlos al hambre, como lo habia hecho, por ejemplo, en 1793; queria poder dejar incomunicados á paises enteros sin la obligacion de un bloqueo real; y queria, en fin, á fuerza de pesquisas, de vejaciones y de obstáculos de todo género, arruinar el comercio de todas las naciones; de suerte que la guerra, que es para los pueblos mercantiles un estado de miseria, viniese á ser para los comerciantes ingleses lo que era en efecto, una época de monopolio y de prosperidad extraordinaria. Respecto á los

americanos, su intencion era aun mas inicua, pues que aspiraba á apoderarse de sus marineros bajo el pretexto de que eran ingleses; cosa bien fácil de confundir por la conformidad de idiomas.

En 1780, durante la guerra de América, Catalina la Grande, habia formado la liga de neutrales, para resistir á aquellas pretensiones. Aprovechándose el primer Cónsul de la amistad naciente de Pablo, de la irritacion cada vez en aumento de los neutrales y de las violencias inauditas de los ingleses, dedicó todos sus cuidados á suscitar otra liga semejante en 1800.

Por este tiempo se presentaba la disputa bajo sola una forma, y era la del derecho de visita. Los dinamarqueses y los suecos, para librarse de las vejaciones de los cruceros ingleses, habian imaginado el medio de navegar en convoyes numerosos, escoltados por fragatas que llevasen el pabellon real. Es necesario añadir, que jamas faltaban al honor de su pabellon, y se guardaban muy bien de escoltar á otros buques que verdaderamente no fuesen dinamarqueses ó suecos, asi como de proteger el contrabando, llamado de guerra. Solo pensaban en ponerse á cubierto de aquellas vejaciones, que habian llegado á ser intolerables. Pero los ingleses, viendo en esto un modo de eludir la dificultad, y de continuar el comercio de neutrales, se obstinaban en ejercer el derecho de visita, aun en los buques que iban convoyados.

Malos tratamientos de los ingleses, respecto á las fragatas suecas la *Troya* y la *Hulla-Fersen*

El año anterior dos fragatas suecas, la *Troya* y la *Hulla-Fersen*, que acompañaban algunas embarcaciones de comercio suecas, habian sido obligadas por las escuadras inglesas, á tolerar la visita del convoy que escoltaban. El rey de Suecia habia enviado ante un consejo de guerra á los capitanes de las dos fragatas, porque no se habian defendido; y este ejemplo habia detenido por un momento á los ingleses, que temian verse expuestos á entrar en guerra con las potencias del Norte. Desde entonces tenian algunos mas miramientos respecto á los buques suecos; pero ejemplos recientes, acababan de hacer renacer la dificultad, exasperando en extremo á Suecia y Dinamarca.

En el invierno de 1799 á 1800, la fragata dinamarquesa la *Haufersen*, capitan Vandockum que convoyaba una escuadrilla de buques mercantes en el Mediterráneo, fue detenida por la escuadra del almirante Keith, y habiendo querido resistirse, recibió algunos cañonazos, y fue conducida á Gibraltar. Con este motivo se empeñó una acalorada cuestion entre los gabinetes inglés y dinamarqués, y duraba todavia cuando en el mes de Julio la fragata dinamarquesa la *Freya* que escoltaba un convoy de su nacion encontró en el canal de la Mancha una division inglesa. Esta quiso ejercer el derecho de visita; pero el comandante de la *Freya* que era el capitan Krabe se resistió con nobleza á las intimaciones del almirante inglés, y se opuso á que visitasen su convoy. Entonces emplearon la fuerza con una violencia indigna; el capitan Krabe se defendió, pero acribillado su buque á balazos, se vió obligado á rendirse á la superioridad del enemigo, pues solo podia oponer su fragata á seis buques de guerra. La *Freya* fué conducida á las Dunas.

Noble conducta de la fragata dinamarquesa la *Freya*.

A este acontecimiento se agregó en breve otro de diferente naturaleza pero mas odioso y mas grave. A la entrada de la rada de Barcelona se hallaban ancladas dos fragatas españolas; y los ingleses concibieron el designio de apoderarse de ellas. Aquí no se trataba del derecho de los neutrales, sino de armar una trampa para entrar impunemente en un puerto enemigo sin ser reconocidos. Avistaron en aquellas aguas una galeota sueca, la *Hoffnung* y resolvieron servirse de ella, para ejecutar el acto de piratería que habian meditado: saltaron en las chalupas, abordaron la galeota, y poniendo una pistola en el pecho del capitan sueco, le obligaron á que se aproximase silenciosamente á las dos fragatas españolas, sin que les diese á conocer con ninguna señal la violencia de que era víctima. La galeota se aproximó, pues, á las fragatas españolas, las cuales no desconfiando del pabellon sueco, porque era neutral se dejaron abordar. Entonces los in-

Los ingleses toman dos fragatas españolas en la rada de Barcelona, usurpando el pabellon sueco.

gleses se lanzaron de improviso al abordage, sorprendieron á las dos fragatas que casi no tenian gente, se apoderaron de ellas, y salieron del puerto de Barcelona con aquella presa tan indignamente conquistada.

Aquel acontecimiento causó en Europa un escándalo extraordinario, é indignó á todas las naciones marítimas, porque veian no se contentaban los ingleses con violar sus derechos, sino que tambien ultrajaban el pabellon, haciéndole servir, á pesar suyo, para actos de la mas infame piratería. España estaba ya en guerra con la Gran-Bretaña, y nada mas podia hacer; pero recurrió á la Suecia, cuyo pabellon habian usurpado, para denunciarle aquel hecho odioso, mas ofensivo aun para la Suecia que para la España. No se necesitaba mas para agriar la cuestion de la Inglaterra con los neutrales, sobre todo, en el momento en que la moderacion del primer Cónsul sobre aquel asunto, era de tal naturaleza que hacia resaltar mas la violencia británica. Suecia exigió reparaciones; Dinamarca las habia ya pedido. Estas dos cortes eran apoyadas por la Rusia que desde el año de 1780 se conceptuaba como unida á las potencias del Báltico en todas las cuestiones que interesaban á sus derechos marítimos.

Por parte de Dinamarca, M. de Bernstorff sostuvo la mas viva controversia con el gabinete de Londres, por medio de notas que publicó la Francia, sumamente honrosas, tanto para el ministro que las escribió como para la nacion que las autorizó con su firma, y que en breve tuvo que apoyarlas con sus armas. —Una simple lancha cañonera, decian los ingleses, que lleve el pabellon de un estado neutral podrá, pues, convoyar el comercio del mundo, y sustraer á nuestra vigilancia el tráfico de nuestros enemigos, que se haria en tiempos de guerra tan fácilmente como en el de paz!—Y una escuadra entera, respondia M. de Bernstorff, se veria obligada á sujetarse á las intimaciones del mas miserable corsario, acceder á su peticion y permitir que visitase á su vista el convoy que escoltaba! ¡La palabra de un almirante que declara por el honor de su nacion, no valdria contra la duda de un capitan de un buque en corso que tuviera el derecho de certificarse de la declaracion por una visita! ¡Una de estas hipótesis es mucho menos inadmisible que la otra!

Para apoyar sus doctrinas con medidas de terror, el gabinete ingles que acababa de enviar á lord Withworth á Copenhague, hizo que le siguiese una escuadra de diez y seis buques, que cruzaban en aquel momento á la entrada del Sund. Su presencia produjo la mayor sensacion entre todas las potencias del Báltico, y conmovió no solo á la Dinamarca contra quien espresamente iba dirigida, sino tambien á Suecia, Rusia, y hasta la misma Prusia, cuyo comercio estaba tambien interesado en la libre navegacion de los mares. Las cuatro potencias firmantes de la antigua neutralidad armada de 1780, entablaron una negociacion con el objeto de preparar una nueva liga contra la tiranía marítima de los ingleses. El gabinete de Lóndres que temia tal suceso, insistia entretanto activamente en Copenhague para terminar la cuestion pendiente; pero lejos de ofrecer satisfacciones tenia la audacia de pedirlas, pues deseaba separar á Dinamarca de la liga antes que se formase, para lo cual la atemorizaba. Por desgracia Dinamarca habia sido sorprendida: el Sund no estaba defendido, ni Copenhague asegurado contra un bombardeo. En tal estado de cosas fue preciso ceder momentáneamente mientras llegaba el invierno, durante cuya estacion las nieves defenderian el Báltico, y darian tiempo á los neutrales para hacer sus preparativos de resistencia. El 20 de Agosto (11 de Fructidor del año VIII) se vió Dinamarca obligada á firmar un convenio, en el cual se aplazaba la cuestion del derecho de gentes, y únicamente se arreglaba la última desavenencia suscitada con motivo de la *Freya*. Este buque debia ser reparado en los arsenales ingleses, y devuelto; pero en cambio, y al menos por el momento, el gobierno dinamarques renunciaba á hacer convoyar sus buques de comercio.

Agosto de 1800. —

Convenio momentáneo con Dinamarca.

Este convenio no habia zanjado nada: la tempestad en vez de disiparse iba á crecer, porque las cuatro cortes del Norte estaban muy irritadas. El rey de Suecia, cuyo honor no se hallaba todavia satisfecho, se preparaba á hacer un

viage á San Petersburgo, para renovar la antigua liga de neutralidad; y Pablo I que era poco aficionado á terminos medios; se anunció con un acto de los mas enérgicos. Noticioso de la contienda con Dinamarca, y de la presencia de una escuadra inglesa á la entrada del Sund, secuestró los capitales pertenecientes á los ingleses, como garantia de los perjuicios que se pudiesen causar al comercio ruso. Esta medida debia conservarse hasta que se manifestasen mas claramente las intenciones del gobierno ingles.

Acontecimientos en el mediodia de la Europa.

Todo se disponia, pues, en las cortes del Norte de un modo favorable á los designios del primer Cónsul. Los acontecimientos salian á medida de su deseo, no mostrándose tampoco contrarios en el mediodia de la Europa, es decir en España. Veiase allí caer en la disolucion una de las mas hermosas monarquias del globo, con gran detrimento del equilibrio europeo, y con gran dolor de una nacion generosa, indignada del papel que se la hacia representar en el mundo. El primer Cónsul, cuyo infatigable talento abrazaba á la vez todos los objetos, habia dirigido ya hácia España los esfuerzos de su política, procurando sacar de aquella corte degenerada el partido mas ventajoso para la causa comun.

Decadencia de la España.

No bosquejariamos el triste cuadro que se sigue, si no fuese en primer lugar verdadero, y al mismo tiempo necesario para la mejor inteligencia de los grandes acontecimientos de este siglo.

El rey, la reina de España y el príncipe de la Paz, ocupaban, hacia muchos años la atencion de la Europa; dando un espectáculo muy peligroso para la dignidad real, tan comprometida entónces en la estimacion de los pueblos. Hubiérase dicho que la ilustre casa de Borbon estaba destinada, al fin del pasado siglo, á perder el trono en Francia, en Napoles y en España; porque en aquellos tres reinos, tres reyes de una imbécil debilidad, entregaban sus cetros á la burla y al desprecio del mundo, dejándolos en las manos de tres reinas ó ligeras, ó violentas, ó disolutas.

Singular destino de la casa de Borbon en el siglo pasado.

Los Borbones de Francia, bien fuese por su culpa ó por su desdicha, habian sido devorados por la Revolucion francesa, á fuerza de provocarla locamente; los de Nápoles habian sido arrojados ya una vez de su capital; los de España antes de dejar caer su cetro en manos del soldado coronado que habia producido la revolucion francesa, nada habian creido mejor que entregarse á él en todo. Ya se habian avenido con la Francia bajo la Convencion; y debian avenirse mas gustosos aun, cuando la Revolucion en lugar de una anarquia sanguinaria, les ofrecia un hombre grande, dispuesto á protegerles si seguian sus consejos ¡Dichosos estos príncipes si hubiesen seguido los consejos, entónces excelentes, de aquel hombre grande! ¡Dichoso él mismo si se hubiese limitado á dárselos!

El rey Carlos IV.

El rey de España Cárlos IV era un hombre honrado, no tan firme y adusto como Luis XVI, mas agradable en su persona, pero menos instruido, y de un carácter mas débil todavia. Se levantaba de madrugada, no para cumplir con sus deberes de monarca, sino para oir muchas misas, y bajar despues á sus talleres, donde confundido con los torneros, herreros y armeros, despojado como ellos de su vestido, trabajaba en su compañia en trabajos de todas clases. Como era aficionado á la caza, preferia la fabricacion de armas. Desde sus talleres se dirigia á sus caballerizas para ver como cuidaban á sus caballos, y se entregaba con sus palafraneros á las mas increibles familiaridades. Despues de haber empleado asi la mitad del dia, hacia una comida solitaria, á la cual no eran admitidos ni la reina ni sus mismos hijos, y consagraba la otra mitad del dia á la caza. Ponianse en movimiento centenares de caballos y de criados para esta diversion diaria, que era su pasion dominante. Despues de haber corrido como un jóven, volvia á palacio, dedicaba un cuarto de hora á sus hijos, media hora á la firma de los actos resueltos por la Reina y los ministros; se divertia en el juego con algunos señores de su corte, y á veces se quedaba dormido entre ellos hasta la hora de la cena, despues de la cual se acostaba siempre á una mis-

ma hora. Tal era su vida, sin que sufriese ningun cambio en todo el año, á excepcion de la Semana Santa, consagrada enteramente á las prácticas religiosas. Por lo demas, hombre de bien, fiel á su palabra, sencillo, humano, religioso y de castidad ejemplar, aunque separado de la Reina, desde que ella se lo habia hecho ordenar así por medio de sus médicos, no tenia otra parte en los escándalos de la corte y en las faltas de su gobierno, que la de dejar que se cometiesen sin verlos y sin creerlos durante todo su largo reinado.

La reina Luisa de Parma.

A su lado la reina, hermana del duque de Parma, discípula de Condillac, el cual habia compuesto excelentes obras de educacion para ella y para su hermano, llevaba una vida del todo diferente y que honraria poco al célebre filósofo director de su juventud, si los filósofos pudieran responder ordinariamente de sus discípulos. Tenia cerca de cincuenta años y algunos restos de belleza que procuraba perpetuar con infinitos cuidados. Oyendo, como el rey, misa todos los dias, empleaba en tratar con muchas personas, y particularmente con el príncipe de la Paz, el tiempo que Cárlos IV dedicaba á sus talleres y sus caballerizas. En aquel trato, comunicaba al príncipe de la Paz los negocios de la corte y del Estado, y oia la relacion de las puerilidades ó de los escándalos de Madrid. Concluia la mañana destinando una hora á sus hijos y otra á las atenciones del gobierno. Ni un acto, ni un nombramiento, ni una gracia pasaban á la firma real sino despues de haberlas sometido á su aprobacion; y el ministro que se hubiera permitido infringir esta orden, hubiera caido al momento. A imitacion de su esposo comia tambien sola: el resto del dia lo consagraba á las recepciones de la corte, cuya tarea desempeñaba con mucha gracia, y al príncipe de la Paz, á quien dedicaba diariamente muchas horas de su tiempo.

El príncipe de la Paz.

Sabido es que el príncipe de la Paz no era ya ministro en la época de que hablamos; y que le habia reemplazado M. de Urquijo (1) á quien daremos á conocer en breve: pero no por eso dejaba de ser el príncipe la primera autoridad del reino. Este singular personage, incapaz, ignorante, superficial, pero de bella apariencia, como se necesita ser para hacer fortuna en una corte corrompida, dominador arrogante de la reina Luisa, hacia veinte años que reinaba sobre aquel espíritu vacío y frívolo. Fastidiado de su alta privanza la dividia voluntariamente con favoritos obscuros, y se entregaba á mil desórdenes que referia á su esclava coronada, complaciéndose en desesperarla con la relacion de ellos, y hasta en maltratarla, segun se ha dicho, del modo mas grosero: y sin embargo, conservaba un imperio absoluto sobre aquella princesa, que no podia resistirle, ni ser feliz si no le veia diariamente. Despues de haberle entregado largo tiempo el gobierno bajo el título oficial de primer ministro, continuaba entregándosele, aunque ya no lo fuese, porque nada se hacia en España sin su beneplácito. Disponia de todos los recursos del Estado, y tenia en su casa sumas enormes, mientras que el tesoro, condenado á la mayor miseria, vivia de un papel moneda desacreditado y reducido á la mitad de su valor. Casi se habia acostumbrado la nacion á aquel espectáculo, y solo se indignaba cuando un escándalo nuevo y extraordinario; hacia ruborizar la frente á los valerosos españoles, cuya resistencia heróica mostró en breve que eran dignos de otro gobierno. Al mismo tiempo que resonaban por la Europa los grandes acontecimientos que pasaban junto al Pó y al Danubio, la corte de España presentaba un escándalo inaudito, que parecia haber agotado la paciencia de la nacion. De desórdenes en desórdenes habia venido á parar el príncipe de la Paz en contraer matrimonio con una señora emparentada con la familia real. Habia nacido un fruto de aquel enlace, y el rey y la reina, queriendo tener al recien nacido en la pila del bautismo, lo habian hecho con todo el ceremonial acostumbrado en el bautismo de los infantes. Los mas grandes señores de la corte se habian visto forzados á hacer el servicio que se les hubiera exigido tratándose de un vástago del trono. Se habian dado á aquel niño en mantillas, las grandes órdenes de la Corona, y rega-

(1) Don Mariano Luis Urquijo.

los magníficos; y hasta el inquisidor general habia oficiado en la ceremonia religiosa. Es verdad que aquella vez la indignacion habia llegado á su colmo, y que cada español se consideraba personalmente ultrajado por aquel escándalo odioso. Habian llegado las cosas á tal punto, que los ministros españoles se franqueaban con los embajadores extrangeros, y particularmente con el de Francia, que era su recurso acostumbrado en la mayor parte de sus apuros, y que oia de ellos mismos los vergonzosos detalles cuya narracion hacemos. En medio de estos escándalos, solo el rey á quien hacia rodear su esposa de una vigilancia continua, lo ignoraba todo y nada sospechaba. Ni los clamores de sus súbditos, ni la resistencia accidental de algunos Grandes de España á hacer el servicio que se les exigia, ni la asidua é inexplicable presencia del príncipe de la Paz bastaban para abrirle los ojos. Aquel pobre y buen rey pronunciaba algunas veces estas frases, que ponian en el mayor embarazo á todos los asistentes precisados á oirle: Mi hermano de Nápoles es un necio que se deja manejar por su muger.—Débese añadir que el príncipe de Asturias, despues Fernando VII, educado lejos de la corte y con una dureza increible, detestaba al favorito, cuya influencia criminal conocia, y que su justo odio hácia aquel, se convertia en un odio involuntario á sus padres.

¡Qué espectáculo á fines del siglo XVIII y principios del XIX, cuando el trono de Francia acababa de desmoronarse con estrépito, y cuando sobre sus restos acababa de elevarse un jóven capitan, sencillo, severo, infatigable y lleno de genio! ¿Cuanto tiempo podria resistir la monarquia española al peligroso efecto de aquel contraste?

En medio de aquellos desórdenes la casa real de España se veia sobrecogida á veces de presentimientos confusos, y temia entonces una revolucion. Sin duda, la tranquilizaba la antigua adhesion de los españoles á la monarquía y á la religion; pero temia ver asomar la Revolucion por los Pirineos, y procuraba conjurar el peligro con una deferencia completa hácia la República francesa. La increible brutalidad del gabinete inglés y los arrebatos de Pablo I respecto á ella, cuando la segunda coalicion, habian concluido por arrojarla completamente en nuestros brazos. Encontraba que era esto cómodo y aun honroso, desde que el general Bonaparte habia dado dignidad, con su presencia en el poder, á todas las relaciones de los gabinetes con el gobierno de la República.

Adhesion del Rey Cárlos IV hácia el primer Cónsul.

El buen rey Cárlos IV, habia concebido, aunque de lejos, cierta especie de amistad hácia el primer Cónsul. Este sentimiento se aumentaba cada dia, y es imposible dejar de afectarse dolorosamente, cuando se piensa cómo debia concluir, sin perfidia por parte de la Francia, pero si por un inconcebible encadenamiento de circunstancias, aquella adhesion singular. El general Bonaparte es un hombre grande, decia sin cesar Cárlos IV: la reina lo decia tambien, pero con mas tibieza, porque como el príncipe de la Paz criticaba algunas veces lo que hacia la corte de España, de la que no era ya ministro, parecia que en algun modo censuraba la inclinacion que se manifestaba hácia el gobierno de Francia. Entre tanto, informado el primer Cónsul por M. Alquier, nuestro embajador, hombre de muy buen sentido y talento, que era absolutamente necesario grangearse en Madrid la buena voluntad del príncipe de la Paz; el primer Cónsul habia enviado á este favorito, armas magníficas, hechas en las fábricas de Versalles. Esta atencion de parte del personage mas grande de la Europa habia alhagado la vanidad del príncipe de la Paz. Algunos miramientos de nuestro embajador habian concluido por ganar su voluntad, y desde entónces toda la corte de España parecia se nos entregaba sin reserva.

El ministro Urquijo.

Solo se encontraba alguna resistencia en el ministro Urquijo, carácter raro, enemigo natural del príncipe de la Paz, á quien habia sucedido, y poco aficionado al general Bonaparte. M. de Urquijo, de origen popular, dotado de alguna energía, habiéndose atraido la enemistad del clero y de la corte, por algunas reformas insignificantes que habia planteado en la administracion del reino, se inclinaba, de una manera asombrosa para un español de aquella época, á las ideas revolucionarias. Estaba ligado con muchos demagogos franceses

y participaba hasta cierto punto de la aversion que aquellos sentian hácia el primer Cónsul. Tenia el mérito de querer reformar los abusos mas lamentables, y procurar por ejemplo, se disminuyesen las rentas del Clero y la jurisdiccion de los agentes de la corte de Roma. Con este objeto habia entablado una instancia cerca de la Santa Sede; pero al acometer aquella tentativa se habia expuesto á graves peligros, pues teniendo contra si al príncipe de la Paz, estaba perdido si para derribarle se unia la influencia romana á la influencia interior de palacio. Movido Urquijo por algunas consideraciones á M. Alquier, y testigo, por otra parte, de la inclinacion de los reyes, habia concluido por admirar á su vez al general Bonaparte; cosa no solo natural, sino tambien á la moda entónces.

La inclinacion del Rey se aumentó en breve hasta el exceso. Habiendo visto las armas enviadas al príncipe de la Paz, manifestó su deseo de tener otras semejantes. Fabricáronse apresuradamente algunas magníficas, que recibió con la mayor alegría. Tambien deseó la Reina algunos adornos, y Mad. de Bonaparte, cuyo gusto era extremado, le envió todo lo que París producia de mas delicado y elegante en aquel género. Cárlos IV, generoso como un castellano, no quiso quedarse atrás, y se encargó de cumplir por su parte de una manera régia. Sabiendo que seria muy del gusto del primer Cónsul tener algunos caballos excelentes, entresacó de los mejores que poblaban las dehesas de Aranjuez, de Medinaceli y de Altamira, para juntar primero seis, luego doce, y despues diez y seis, los mas hermosos de la Península. No se sabe hasta donde hubiera llegado, sino se le hubiera moderado en su ardor. Empleó dos meses en escogerlos por si mismo, y nadie podia hacerlo mejor que él, porque era un perfecto inteligente. Nombró además un numeroso personal para conducirlos á Francia, eligiendo para aquella mision á los mejores picadores, y vistiéndolos con ricas libreas. Puso solo una condicion por todo aquel fausto, reducida á que mientras durara el viage por Francia se permitiera oir misa á sus palafreneros todos los domingos. Prometiósele asi, y entónces nada turbó el placer con que hacia al primer Cónsul un regalo tan espléndido. Al mismo tiempo que aquel buen príncipe amaba á la Francia, creia que era imposible permanecer en ella algunos dias sin perder enteramente la religion de sus padres.

Cárlos IV regala diez y seis caballos magníficos al primer Cónsul.

El brillo de aquellas demostraciones convenia en extremo al primer Cónsul. Le agradaba y miraba como muy útil manifestar á la Europa y á la misma Francia, cómo los sucesores de Cárlos V y los descendientes de Luis XIV se honraban de tener con él relaciones personales. Pero buscaba ventajas mas sólidas en sus relaciones diplomáticas, y se dirigia hácia un objeto mas sério.

Los reyes de España amaban apasionadamente á uno de sus hijos, á la infanta María Luisa, esposa del príncipe heredero de Parma. Hermana la Reina, como hemos dicho, del duque reinante de Parma, habia unido su hija con su sobrino, y reconcentrado en aquellas dos personas sus mas caras afecciones, pues tenia una adhesion estremada á la casa de que procedia. Pensaba continuamente en el engrandecimiento de aquella casa en Italia; y como la Italia dependia del vencedor de Marengo, habia puesto en él todas sus esperanzas para obtener el cumplimiento de sus miras. Advertido el primer Cónsul de los deseos secretos de la Reina, no descuidó este medio de llegar á sus fines, é hizo salir para Madrid á su fiel Berthier, con el fin de aprovechar la circunstancia que se le presentaba. Tal fue su primer cuidado al volver de Marengo. Si habia enviado á uno de sus ayudantes de campo á Berlin y á Viena, quiso hacer mas por la corte de España, enviándole al hombre que mas parte tenia de su gloria, porque Berthier era entonces el Parmenion del nuevo Alejandro.

La reina de España solicita el engrandecimiento de la casa de Parma.

Mision de Berthier en España.

Al mismo tiempo que el primer Cónsul negociaba con M. de Saint-Julien los preliminares de la paz; que seducia el corazon ardiente de Pablo I, y fomentaba en el Norte la cuestion de los neutrales, fue cuando despachó á toda prisa al general Berthier á Madrid. Este salió hácia fines de Agosto (principios de

Fructidor) sin título oficial, pero con la certeza de producir grande efecto con solo su presencia, y con poderes secretos para tratar de negocios mas graves.

Condiciones con las cuales accede el primer Cónsul á satisfacer los deseos de la reina de España.

Su viage tenia muchos objetos: el primero era visitar los principales puertos de la Península, examinar su estado, sus recursos, y apresurar con el dinero en la mano las expediciones para Malta y para el Egipto. Berthier desempeñó rápidamente su encargo, y corrió en seguida á Madrid á cumplir la mision mas importante que se le habia confiado. El primer Cónsul no tenia inconveniente en conceder un engrandecimiento de territorio á la casa de Parma, y aun se hallaba dispuesto á unir á aquel engrandecimiento un título nuevo, el de rey, lo cual hubiera puesto colmo á los deseos de la Reina; pero pedia que se le pagasen sus liberalidades de dos maneras: en primer lugar devolviendo la Luisiana á la Francia; y en segundo haciendo una demostracion amenazadora contra la corte de Portugal para decidirla á hacer la paz con la República, y á romper con la Inglaterra.

Hé aquí las causas que impulsaban al primer Cónsul para exigir tales condiciones. Desde la muerte de Kleber empezaba á concebir inquietudes respecto á la conservacion del Egipto, y participaba con todas las gentes de su época de la ambicion de tener posesiones lejanas. La rivalidad de la Francia con la Inglaterra, que hacia un siglo no combatian mas que por las Indias orientales y occidentales, habia exaltado hasta el mas alto punto la pasion de tener colonias. Por si llegábamos á perder el Egipto, queria el primer Cónsul haber hecho algo por la grandeza colonial de la Francia. Contemplaba el mapa del mundo y veia una provincia magnífica colocada entre Méjico y los Estados-Unidos, poseida en otros tiempos por la Francia, cedida en una época de decaimiento por Luis XV á Cárlos III, amenazada por los ingleses y los americanos mientras se viese en las manos débiles de los españoles; de poco valor para estos, que poseian la mitad del continente americano, pero de mucho para los franceses que no tenian nada en aquella parte de América, y pudiendo llegar á ser fecunda cuando la actividad de estos últimos se reconcentrase especialmente sobre su territorio; aquella provincia era la Luisiana. Si perdido el Egipto no podia indemnizarnos de Santo Domingo, el primer Cónsul esperaba encontrar aquella indemnizacion en la Luisiana.

Se pide la Luisiana como equivalente de la Toscana.

Pidiósela, pues, formalmente á España por precio de un territorio en Italia: tambien exigió como accesorio que se le hiciese donacion de una parte de los buques españoles bloqueados en la rada de Brest. En cuanto al Portugal, queria aprovecharse de la posicion geográfica de España y del parentesco que unia á las dos casas reinantes de la Península para separarle de la alianza inglesa. El príncipe del Brasil, gobernador de Portugal, era, en efecto, yerno de los reyes de España. Tenia, pues, la corte de Madrid, ademas del poder de vecindad, la influencia de familia; y en ningun caso mejor podia servirse de este doble medio para alejar á los ingleses de aquella parte del continente. Una vez excluidos los ingleses del Portugal, cuando ya iban á cerrárseles las costas de Prusia, de Dinamarca, de Rusia y de Suecia; cuando Nápoles, condenada á sufrir la voluntad de la Fraucia iba á recibir la órden de prohibirles la entrada en sus puertos, en breve debian verse excluidos de todo el continente.

Aprémiase á Portugal para obligarle á romper con la Inglaterra.

Tales fueron las condiciones que llevó Berthier á Madrid, donde fue perfectamente recibido por los reyes, por el príncipe de la Paz, y por todos los grandes de España, ansiosos de ver aquel personaje cuyo nombre figuraba siempre al lado de el del general Bonaparte en el relato de las guerras contemporáneas. Aunque las condiciones de la Francia parecian rigorosas, no podian encontrar una resistencia formal. Solo el ministro Urquijo, temiendo el efecto que aquella cesion podria producir en los españoles, parecia resistirse algo mas que la corte. Para tranquilizarle se le presentaron razones que eran incontestablemente buenas. Se le dijo que se necesitaba mucho territorio de las des-

pobladas orillas del Mississipi para que representase un equivalente de menores posesiones en Italia; que los españoles necesitaban tener en el golfo de Méjico, aliados tales como los franceses, para hacer frente á los ingleses y los americanos; que si la Luisiana tenia mucho valor para la Francia, privada de todas sus posesiones coloniales, casi no representaba ninguno para la España, ya demasiado rica en el Nuevo Mundo; que el aumento de influencia que adquiriria en Italia, era mejor para la España que un territorio lejano, situado en una region donde tenia mas de un pais que no podia explotar ni defender; por último, que era una antigua posesion francesa arrancada á la debilidad de Luis XV, y que el mismo Cárlos III, en su lealtad conocida de todo el mundo, habia dudado por un momento admitirla, por considerarla en extremo indebida. Tales razones eran excelentes; y en verdad, la España no daba en aquellas circunstancias mucho mas de lo que recibia. Pero lo que decidió á Urquijo, mas que los mejores argumentos, fue el temor de disgustar á la Francia, y de destruir una combinacion, á la que su corte se prestaba apasionadamente.

Se convino en un tratado eventual por el que prometia el primer Cónsul procurar al duque de Parma, un aumento de estados en Italia como de 1,200,000 almas; de asegurarle además el título de rey, y su reconocimiento por parte de todos los soberanos de Europa en la época de la paz general. En cambio, desde el momento que se cumpliese una parte de aquellas condiciones, la España debia devolver la Luisiana á la Francia con la extension que tenia esta provincia, cuando fue cedida por Luis XV á Cárlos III, y darle además seis navíos de línea aparejados y armados en disposicion de recibir las tripulaciones. Aquel tratado firmado por Berthier en Madrid, llenó á la reina de gozo, y llevó á su colmo la adhesion de la corte de España á el primer Cónsul.

La última condicion que tenia por objeto obligar á Portugal á romper con la Inglaterra era fácil, porque lo mismo interesaba á Francia que á España. Efectivamente, España estaba interesada en quitar fuerzas á la Inglaterra, y sobre todo en excluirla del continente. El primer Cónsul no hacia en esto mas que despertar su imperdonable apatia, é impulsarla á que se sirviese de una influencia, de la que debia haber hecho uso mucho tiempo antes. Y aun iba mas lejos en sus proyectos: proponia á Cárlos IV, que si la corte de Lisboa no accedia inmediatamente á la intimacion que se le hiciese, pasase la frontera con un ejército, se apoderase de una ó de dos provincias, y las conservase como en rehenes, á fin de obligar mas tarde á la Inglaterra que restituyese las colonias españolas conquistadas, si queria salvar los estados de su aliado. Si Cárlos IV no se creia demasiado fuerte para dar aquel paso, le ofrecia los socorros de una division francesa. Aquel buen rey no pedia tanto. El príncipe del Brasil era su yerno, y no queria tomarle ninguna provincia, aunque solo debiesen servir de prenda para la restitucion de provincias españolas. Pero le dirigió las exhortaciones mas apremiantes, y añadió amenazas de guerra si sus consejos no eran escuchados. La corte de Lisboa prometió enviar inmediatamente un negociador á Madrid para conferenciar con el embajador de Francia.

Berthier volvió á Paris colmado de favores de la corte de España, y pudo afirmar al primer Cónsul que tenia en Madrid corazones que le eran enteramente adictos. Casi por aquella época llegaron los soberbios caballos enviados por Cárlos IV, y fueron presentados al primer Cónsul en la plaza del Carrousel, en una de aquellas grandes revistas en que se complacia en presentar á la vista de los parisienses y de los extrangeros los soldados que habian vencido á la Europa. Una multitud inmensa de curiosos fue á contemplar aquellos hermosos caballos, y aquellos escuderos ricamente vestidos, que recordaban la antigua pompa real, y que eran una muestra de la consideracion y los miramientos de la corte mas antigua de Europa hácia el nuevo gefe de la República francesa.

En aquellos dias llegaron á Paris tres negociadores americanos, MM. Olivier, Ellsworth, Richardson Davie, y Van-Murray encargados de estrechar las relaciones de Francia con los Estados-Unidos. Dominada esta república mas bien

Llegada á París de tres negociadores americanos.

por el interes que por el reconocimiento, gobernada, especialmente entonces, por la política del partido federalista, se habia unido á la Gran-Bretaña, durante la última guerra; y no solamente habia faltado á la Francia, sino tambien á sí misma, desertando de los principios de la neutralidad marítima. Apesar del tratado de alianza de 1778, al cual debia aquella república su existencia, tratado que la obligaba á no conceder á nadie ventajas comerciales, que no fuesen concedidas al mismo tiempo á los franceses, habia acordado á la Gran-Bretaña ventajas particulares y exclusivas. Abandonando el principio de que *el pabellon ampara la mercaderia*, habia admitido que pudiese buscarse la mercadería enemiga á bordo de un buque neutral, y apoderarse de ella si su origen era reconocido. Esta conducta era poco hábil, y no le hacia mucho honor. Naturalmente irritado el Directorio habia recurrido al sistema de represalias, declarando que la Francia trataria á los neutrales, del mismo modo que estos se dejasen tratar de la Inglaterra. Conduciéndose cada vez con mas dureza se habia llegado á un estado casi declarado de guerra con la América, pero sin hostilidades de hecho.

Tal era el estado de cosas que el primer Cónsul habia logrado desaparecíese. Ya se ha visto los honores que mandó hacer á Washington, con la doble intencion de que obrasen su efecto dentro y fuera: nombró para que se entendiesen con los plenipotenciarios americanos á su hermano José Bonaparte y á los dos consejeros de Estado Fleurieu y Rœderer, y aceleró cuanto le fue posible el fin de la negociacion, con objeto de dar pronto un nuevo adversario á la Inglaterra, añadiendo una potencia mas á la lista de las que se comprometerian á hacer observar los verdaderos principios de la neutralidad marítima. El primer obstáculo á la avenencia era el artículo por el cual habia prometido la América hacer partícipe á la Francia de las ventajas comerciales que concediese á todas las naciones. La obligacion de no poder hacer nada para los demas sin hacerlo tambien para nosotros ponia á los americanos en conflictos graves. Sus negociadores no se mostraban muy dispuestos á ceder sobre este punto, pero prontos á defender y reconocer los derechos de los neutrales, y á restablecer en sus estipulaciones con la Francia los principios que habian abandonado al tratar con la Inglaterra. El primer Cónsul que estimaba mucho mas los principios de la neutralidad marítima que las ventajas comerciales del tratado de 1778, que habian llegado á ser ilusorias en la práctica, mandó á su hermano que pasase por todo, y concluyese un convenio con los enviados americanos, con tal que se obtuviese de ellos un completo y solemne reconocimiento de los principios del derecho de gentes, que importaba hacer prevalecieran. Zanjada aquella dificultad, pronto se pusieron de acuerdo sobre los puntos restantes, disponiéndose á firmar al momento un tratado de reconciliacion con la América.

Llegada á Paris de M. Spina obispo de Corinto, encargado por la Santa Sede para entrar en negociaciones.

Empezaba á verificarse una avenencia mucho mas importante todavía; la de la República con la Santa Sede. El nuevo Papa, elegido con la esperanza vaga de un acomodamiento con la Francia, habia visto realizarse aquella esperanza á la cual debia su elevacion. El general Bonaparte, como ya digimos, al volver de Marengo habia hecho llegar algunas insinuaciones á oidos de Pio VII por conducto del cardenal Martiniana, obispo de Verceil, asegurándole que no era su intencion restablecer las Repúblicas Romana y Partenopea erigidas por el Directorio. Mucho tenia que hacer ciertamente en Italia para constituir, dirigir y defender la República Cisalpina contra la política y los intereses de toda la Europa. El general Bonaparte habia solicitado en cambio que el nuevo Pontífice se valiese de su influjo sobre las almas para ayudarle á restablecer en Francia la concordia y la paz. El Papa recibió con alegria al conde Alciati, sobrino del cardenal Martiniana, encargado de comunicarle las insinuaciones del primer Cónsul, y le dirijió en seguida á Verceil, para que declarase en su nombre, que dispuesto á secundar las intenciones del primer Cónsul en un objeto tan importante y grande para la Iglesia, deseaba antes conocer de una manera algo mas precisa las miras del gabinete frances. El cardenal escribió, pues, desde Verceil á Paris comu-

nicando las disposiciones y los deseos del nuevo Papa. El primer Cónsul contestó pidiendo un negociador con el cual pudiera explicarse directamente, y el Papa nombró al punto á monseñor Spina, obispo de Corinto, y nuncio de la Santa Sede en Florencia. Este negociador despues de haberse dirigido á Verceil se decidió al fin á salir para Paris por las continuas instancias del primer Cónsul, que queria llamando á sí aquella negociacion estar mas seguro de su buen resultado. Traer á Paris un representante de la Santa Sede, sobre todo en el estado en que se hallaban los ánimos, poco preparados todavia á un espectáculo de aquel género, era una tentativa muy delicada por parte del primer Cónsul; y para atenuarla algun tanto, se convino que monseñor Spina no tendria ningun título oficial, nombrándose solo obispo de Corinto, encargado de tratar con el gobierno francés de los negocios del gobierno romano.

Continua la negociacion entablada con M. de Saint-Julien.

Durante estas negociaciones tan activas y hábilmente dirigidas con todas las potencias, M. de Saint-Julien signatario y portador de los preliminares de paz, se habia dirigido á Viena en compañia de Duroc. Conociendo la imprudencia de su conducta, no habia ocultado á M. de Talleyrand que no tenia seguridad en poder conducir á Duroc hasta Viena. La ilusion del ministro no le habia hecho conocer aquella dificultad, y habia convenido que M. de Saint-Julien y Duroc pasarian por el cuartel general de M. de Kray establecido en Alt-Ettingen cerca del Inn, para obtener de aquel general pasaportes que permitiesen á Duroc penetrar en Austria. Llegaron al cuartel general el 4 de Agosto de 1808 (16 de Termidor del año VIII;) pero Duroc fue detenido y no pudo pasar del límite trazado por el armisticio. Era esta una señal poco favorable de la acogida que iban á tener los preliminares. M. de Saint-Julien se dirigió entónces solo, á Viena, diciendo á Duroc que iba á solicitar pasaportes para él, y que al punto que los obtuviera los mandaria al cuartel general. M. de Saint-Julien se presentó al emperador y le entregó los artículos que habia firmado en Paris, salvo la ratificacion y salvo el secreto. El emperador quedó en extremo sorprendido y descontento de la extraña latitud que M. de Saint-Julien habia dado á sus instrucciones; y no precisamente por el contenido de los artículos preliminares, sino por el temor de comprometerse con la Inglaterra, que acababa de ayudarle con su dinero, y que era muy desconfiada. Deseaba conocer las intenciones del primer Cónsul, manifestando una parte de las suyas, pero no hubiera querido á ningun precio, firmar un acto cualquiera, porque esto suponia abrirse una negociacion sin que tomase parte en ella el gabinete británico. Así, pues, á pesar del peligro de provocar un rompimiento por parte de la Francia, el gabinete imperial tomó el partido de desaprobar la conducta de M. de Saint-Julien. Este oficial sufrió públicamente duras reprensiones, y fue en cierto modo desterrado, enviándole á una de las provincias lejanas del imperio. Los preliminares fueron considerados como si no existiesen, habiendo sido firmados aunque provisionalmente, por un agente sin carácter y sin poderes. Duroc no recibió pasaportes, y despues de haber aguardado hasta el 13 de Agosto (25 de Termidor) regresó á Paris.

Es detenido Duroc por las avanzadas de los austriacos.

Se desaprueba la conducta de M. de Saint-Julien, y se consideran los preliminares como no existentes.

Ofrecimiento del Austria para abrir un congreso.

Todo esto, junto á la demora que sufria la conclusion de la paz, era bastante desagradable el decirlo al primer Cónsul, y el Austria temia el efecto que podia producir semejante comunicacion sobre su carácter irritable. Era muy posible que dejase al momento á Paris, que se pusiese á la cabeza de los ejércitos de la República y que marchase sobre Viena. Resuelta, pues, la corte de Austria, á desaprobar los preliminares sin ocasionar por ello un rompimiento, propuso al gobierno francés la reunion inmediata de un congreso. Lord Minto, representante del gabinete británico cerca del emperador, consentia que el Austria entrase en negociaciones pero con la condicion de que la Inglaterra tomase parte en ellas. Entendiéronse con él para proponer conferencias diplomáticas, en las cuales la Inglaterra y el Austria to-

marian igualmente parte. En su consecuencia, M. de Thugut escribió á M. de Talleyrand con fecha del 18 de Agosto (23 de Termidor) que sin embargo, que el emperador desaprobaba la conducta imprudente de M. de Saint-Julien, nada deseaba con mas empeño que la paz; que para el efecto, proponia la reunion inmediata de un congreso en Francia, en Schélestadt ó en Luneville, donde se quisiese; que la Gran-Bretaña estaba pronta á enviar un plenipotenciario, y si el primer Cónsul se prestaba á ello, en breve se podia dar al mundo la paz general. Todo esto iba acompañado de expresiones muy á propósito para calmar el carácter impetuoso del hombre que entónces gobernaba la Francia.

Irritacion del primer Cónsul al saber que se habia desaprobado la conducta de M. de Saint-Julien.

Cuando el primer Cónsul recibió aquellas noticias, se irritó en extremo. En primer lugar estaba ofendido porque se habia desaprobado la conducta de un oficial que habia tratado con él, y despues porque veia con sentimiento que se retardaba la conclusion de la paz. Descubria sobre todo en la intervencion de la Inglaterra en las negociaciones, una causa de demoras interminables, porque la paz marítima era mas difícil de concluir que la paz continental. Al pronto y bajo el imperio de la primera impresion, queria romper por medio, denunciar al Austria por haber faltado á la buena fe, y empezar de nuevo las hostilidades; pero conociendo M. de Talleyrand que él mismo habia contribuido á aquel yerro, tratando con un plenipotenciario sin poderes, se esforzó en calmar al primer Cónsul.

Se somete la cuestion al consejo de Estado.

La cuestion se sometió al consejo de Estado. Este gran cuerpo que no es hoy mas que un tribunal administrativo, era entonces un verdadero consejo de Gobierno. El ministro le dirigió una comunicacion detallada. «El primer Cónsul, decia en aquella comunicacion, ha creido oportuno convocar extraordinariamente al Consejo de Estado, y confiando en su discrecion lo mismo que en sus luces, me ha encargado le haga conocer todos los detalles y particularidades de la negociacion que se ha seguido con la corte de Viena.» Despues de exponer aquella negociacion, como hubiera podido hacerlo en presencia de un consejo de ministros, M. de Talleyrand reconocia, que el plenipotenciario austriaco no habia tenido poderes, y que al tratar con él debia haber previsto la posibilidad de una negativa; que en su consecuencia no se podia *entablar una polémica solemne* sobre aquel asunto, y que era necesario evitar un rompimiento ruidoso. Pero, recordando el ejemplo de las negociaciones que se habian seguido para la paz de Westphalia, que habia precedido con mucho á la firma del tratado de Munster, y durante las cuales se habia negociado y combatido, proponia se aceptase la reunion del congreso al mismo tiempo que se rompiesen de nuevo las hostilidades.

En efecto, esto era lo mas prudente que se podia hacer. Era preciso tratar, puesto que asi lo pedian las potencias enemigas; pero convenia al mismo tiempo aprovechar la ventaja de hallarse nuestros ejércitos prontos á entrar en campaña, mientras que los ejércitos austriacos no se habian repuesto aun de sus derrotas; para obligar al Austria á negociar formalmente y á que se separase de la Inglaterra.

Podiase asimismo ensayar un medio que tenia tambien sus ventajas, y de que se hizo cargo el primer Consul con su sagacidad acostumbrada. La Inglaterra proponia una negociacion comun; pero de acceder á esto habia el peligro de introducir una parte contratante á quien importaba poco demorarla; y ademas el de complicar la paz continental con todas las dificultades de la paz marítima: asi pues, se transcurriria el tiempo en negociaciones poco sinceras ó que llegarian á ser imposibles; entretanto se pasaria la estacion de los combates, dándose de este modo á los ejércitos austriacos un desahogo de que tenian mucha necesidad. Todos estos eran inconvenientes muy graves; pero podian compensarse admitiendo en las negociaciones á la Inglaterra, pues que asi lo pedia, pero con la precisa condicion de que concluyese asimismo un armisticio marítimo. Si la Inglaterra consentia en ello, los beneficios del armisticio marítimo, superarian con mucho los inconvenientes del armisticio continental; porque nuestras escuadras, pudiendo navegar con libertad, tendrian los medios de abastecer á Malta, y de llevar

á Egipto soldados y material. Por una ventaja semejante, no hubiera titubeado el primer Cónsul en hacer aun otra nueva campaña en el Continente. El armisticio marítimo era, sin duda, una novedad, una cosa inusitada en el derecho de gentes; pero era necesario que la alianza anglo-austriaca pagase en algun modo el sacrificio que por nuestra parte hacíamos suspendiendo la marcha de nuestras legiones sobre Viena.

El primer Cónsul consiente en una negociacion comun a todas las potencias, con la condicion de que se lleve á cabo un armisticio marítimo.

Teníamos en Londres á un agente de talento y diestro, M. Otto, que permanecia allí para tratar de los asuntos relativos á los prisioneros de guerra. Tambien habia sido elegido por nuestro gabinete, con el objeto de servirse de él á la primera ocasion para proponer ú oir las proposiciones que pudieran hacerse. Encargósele especialmente se dirigiese al gabinete británico, y que hablase desde luego y sin rodeos sobre un armisticio marítimo. En este modo de proceder hallaba el primer Cónsul la ventaja de la brevedad y de tratar directamente sus negocios, lo cual preferia á valerse de intermediarios. Diéronse, pues, á M. Otto, el 24 de Agosto (6 de Fructidor del año VIII) instrucciones conformes al nuevo proyecto de negociacion; contestando el mismo dia á las comunicaciones de Viena por una carta escrita en lenguaje muy duro. En ella se atribuia al tratado de subsidio firmado el 20 de Junio último el haber rehusado admitir los preliminares; deplorábase desdeñosamente la dependencia en que se habia colocado el emperador respecto á la Inglaterra; se aceptaba un congreso en Luneville, pero se añadia, que al mismo tiempo que se negociaba era preciso combatir, puesto que al proponer una negociacion comun, no habia tenido el Austria la precaucion de preparar como una cosa natural la suspension de armas de mar y tierra. Este era un modo de comprometer á la diplomacia austriaca para hacerla intervenir en Londres, á fin de obtener el armisticio marítimo.

Es encargado M. Otto para proponer en Londres un armisticio marítimo.

Las comunicaciones empezaron en Lóndres entre M. Otto y el capitan George, gefe del *Transport-office;* y duraron todo el mes de Setiembre. M. Otto propuso en nombre de la Francia que se suspendiesen las hostilidades de mar y tierra; que se permitiese la libre navegacion á todos los buques de comercio y de guerra de las naciones beligerantes; que los puertos pertenecientes á la Francia, ú ocupados por sus ejércitos, tales como los de Malta y Alejandria, se pusiesen bajo el mismo estado que las plazas de Philipsburgo, Ulma é Ingolstadt en Alemania, las cuales aunque estaban bloqueadas por nuestros ejércitos podian recibir, sin embargo, víveres y provisiones. M. Otto, tratando francamente, convino que la Francia encontraria en ello grandes ventajas, pero añadió que era necesario que fuesen muy grandes para indemnizarla de la concesion que ella hacia dejando pasar el verano sin concluir la destruccion de los ejércitos austriacos.

Se exijia de la Inglaterra en esta peticion un sacrificio que nada era capaz de arrancarle. Era, en efecto, permitir el abastecimiento de Malta y de Egipto, y quizas asegurar para siempre á la Francia aquellas dos posesiones; era tambien permitir á la grande escuadra franco-española, que saliese de Brest, pasase al Mediterráneo, y tomase una posicion que la hiciese de nuevo dueña de aquel mar, durante un tiempo mas ó menos largo; y la Inglaterra no podia admitir semejante proposicion. Sin embargo, el peligro del Austria le tocaba muy de cerca; tenia un gran interes en no dejarla aniquilar, porque aniquilada el Austria, y teniendo el general Bonaparte libres todos sus medios, era capaz de acometer alguna formidable empresa contra las islas británicas. En su consecuencia creyó que debia hacer algunos sacrificios á un interes de esta clase, y á la vez que clamaba contra la extrañeza de un armisticio por mar, presentó un contraproyecto con fecha de 7 de Setiembre de 1800 (20 de Fructidor del año VIII.) Aceptaba desde luego á Luneville como punto para celebrar el congreso, y nombraba á M. Tomas

Setiembre de 1800.

Contraproyecto de la Inglaterra relativo al armisticio marítimo.

Grenville, hermano del ministro de negocios extrangeros, para tratar de la paz general. En cuanto al armisticio marítimo propuso el sistema siguiente. Se suspenderian las hostilidades de mar y tierra, y la suspension de armas seria extensiva no solo á las tres partes beligerantes, Austria, Inglaterra y Francia, sino tambien á sus aliados: esta disposicion tenia por objeto librar á Portugal de las instancias amenazadoras de España. Las plazas marítimas que estaban bloqueadas, tales como las de Malta y Alejandria, quedarian bajo el pie que las plazas de Alemania; y serian abastecidas cada quince dias con proporcion al consumo que hubiese en aquel intervalo de tiempo. Los buques de guerra de alto bordo estacionados en los puertos de Brest y otros no podian cambiar de estacion mientras durase el armisticio.

Este contraproyecto era por parte de la Inglaterra mas bien un testimonio de buena voluntad hácia el Austria que una concesion efectiva acerca del punto importante de las negociaciones. Malta podia, sin duda, ganar alguna cosa y ser provista durante algunos meses, pero el Egipto no tenia necesidad de víveres: lo que le faltaban eran soldados, fusiles, cañones, y no granos que podia dar á todo el mundo.

Sin embargo, aun cediendo en algunos puntos, podia Francia encontrar bastantes ventajas en el armisticio marítimo para admitirle con algunas modificaciones.

Ultima proposicion del primer Cónsul respecto al armisticio marítimo.

El 21 de Setiembre (4.° dia complementario del año VIII.) el primer Cónsul hizo su última proposicion. Consentia en que los navios de línea de alto bordo no pudiesen cambiar de estacion, lo que condenaba á la escuadra combinada de España y Francia á permanecer bloqueada en Brest; pedia que Malta fuese abastecida cada quince dias á razon de 10,000 raciones diarias; y estaba conforme en que Egipto quedase bloqueado, siempre que se permitiese salir de Tolon seis fragatas con direccion á Alejandria, sin que fuesen registradas en la travesía.

Su intencion era aquí bastante clara, y hacia muy bien en no disfrazar un interes que todo el mundo adivinaba á primera vista. Queria armar aquellas seis fragatas, cargarlas de hombres y de municiones de guerra y enviarlas á Egipto. Esperaba que podrian llevar 4000 soldados, muchos fusiles, sables, bombas, balas, &c. Asi, todo lo sacrificaba para conseguir su objeto principal que era el abastecimiento de Malta y el reclutamiento para el ejército de Egipto.

Imposibilidad de entenderse con la Inglaterra —Se interrumpen las conferencias.

Pero la dificultad quedaba en pie en el fondo por muchos esfuerzos que se hiciesen por ambas partes para aminorarla. Porque se trataba de conservar á Malta y Egipto á la Francia, interes sobre el cual no queria transigir la Inglaterra. No habia, pues, medio de entenderse; y se abandonó la negociacion á causa de la negativa que dieron en Londres á admitir el último proyecto de armisticio marítimo.

Antes de romper definitivamente aquellas conferencias, el primer Cónsul, á título de buen proceder, hizo á Inglaterra una nueva proposicion. Le ofrecia renunciando á todo armisticio, tratar, sin embargo, con ella, pero en una negociacion separada de la que iba á entablar con el Austria.

Era ya el mes de Setiembre de 1800; habian transcurrido varios meses en vanas negociaciones desde las victorias de Marengo y de Hochstett, y el primer Cónsul no queria perder mas tiempo sin obrar.

Quiere el primer Cónsul emprender de nuevo las hostilidades contra el Austria.

Amenazada el Austria, habia contestado que no podia obligar á la Inglaterra á firmar un armisticio marítimo; que en cuanto á ella ofrecia entrar al momento en negociaciones; que habia nombrado á M. de Lherbach para que se presentase en Luneville, y que iba al momento á dirigirse á su destino; que M. Tomas Grenville esperaba sus pasaportes, y que podia negociarse sin detencion; pero que no era necesario empezar de nuevo las hostilidades mientras durasen las negociaciones, y derramar todavia mas torrentes de sangre humana. El primer Cónsul que conocia muy bien la intencion de entretener el tiempo para llegar al invierno, persistia en declarar de nuevo las hostilidades y habia dado órdenes al efecto. Aprovechando

perfectamente los dos meses transcurridos, habia completado la organizacion de los ejércitos. He aqui sus nuevas disposiciones relativas á este asunto.

Cuidados dedicados al ejército durante el armisticio.

Moreau, como ya hemos dicho, se habia visto obligado á enviar al general Sainte-Suzanne junto al Rhin con algunos destacamentos para reunir las guarniciones de Maguncia y de Strasburgo, y hacer frente á los partidarios levantados por el baron de Albini, en el centro de Alemania. Esto habia debilitado el ejército de Moreau, sin que fuese tampoco un medio suficiente para cubrir su retaguardia. El primer Cónsul, á fin de prevenir cualquier peligro por este lado, se habia apresurado á completar el ejército bátavo puesto á las órdenes de Augereau, formado de 8000 holandeses y 12,000 franceses, sacados unos y otros de las tropas que guarnecian la Holanda, y de los departamentos del Norte. Estas tropas, las mas fatigadas por las campañas precedentes, repuestas despues por el descanso, y completadas con reclutas, presentaban cuerpos excelentes. Augereau se habia trasladado á Francfort, y contenia allí con su presencia las sublevaciones de los de Maguncia excitados por el baron de Albini, y los destacamentos austriacos que habian quedado en los alrededores. Tomada aquella precaucion, el cuerpo de Sainte-Suzanne, reorganizado y fuerte de unos 18,000 hombres, habia vuelto junto al Danubio, y formaba de nuevo el ala izquierda de Moreau. Con su vuelta, el ejército activo del Rhin ascendia á mas de 100,000 hombres.

Al entrar el ejército en Italia habia tenido que dejar á sus espaldas una parte de los cuerpos destinados á componerle, por falta de tiempo para aguardar su completa reunion; de modo que en lugar de los 60,000 hombres que se le habian señalado no habia reunido mas que cuarenta y tantos mil. Con aquellos cuerpos rezagados el primer Cónsul habia formado un segundo ejército de reserva, confiado á Macdonald, fuerte de 15,000 hombres, y lo habia situado en los Grisones, enfrente del Tyrol; lo que habia permitido á Moreau llevarse su ala derecha, mandada como se sabe por Lecourbe, y reunir en caso necesario cerca de sí toda la masa de sus fuerzas, si era preciso forzar el paso del Inn.

Por su parte el ejército de Italia, situado junto á las márgenes del Mincio por el convenio de Alejandria, libre tambien con la presencia de Macdonald, de atender á la Suiza y al Tyrol habia podido unir sus alas á su cuerpo de batalla, y concentrarse de manera que podia entrar inmediatamente en accion. Compuesto este ejército de las tropas que habian pasado el San Bernardo, de las que se habian traido de Alemania por el San Gotardo, y de las tropas, en fin, de Liguria que habian defendido á Génova y el Var; descansado y repuesto de sus bajas, presentaba una masa total de 120,000 hombres, de los cuales 80,000 se hallaban reunidos junto al Mincio. Massena habia sido nombrado general en gefe, y en efecto, solo él era capaz de mandarle bien. Por desgracia se suscitaron altercados sensibles entre la administracion del ejército y los gobiernos italianos. Aunque colocado el ejército en medio de la fértil Italia, y dueño de los ricos almacenes que habian dejado los austriacos, no habia gozado, sin embargo, de todo el bienestar á que le daban derecho sus largos sufrimientos. Pretendiase que los agentes de la administracion habian vendido una parte de estos almacenes, mientras que los gobiernos del Piamonte y de la Cisalpina, decian estaban aniquilados por las contribuciones de guerra, y rehusaban pagarlas. En medio de aquella confusion, acusábase mucho á la administracion francesa, y hasta se hacian recaer las quejas sobre el general Massena. En breve fue tal aquel clamor que el primer Cónsul se creyó obligado á llamar á Massena y á reemplazarle en el mando con Brune. Brune dotado de mucho talento y valor, era en el fondo un general mediano y un político mas mediano aun: era asimismo uno de los gefes mas ardientes del partido demagógico, lo que, por otra parte no le impedia, ser afecto en extremo al primer Cónsul, quien estaba muy contento con él. No habiendo podido darle un mando activo durante la campaña de la Primavera, el primer Cónsul quiso emplearle en la campaña de Otoño. Su victoria de Holanda le recomendaba mucho á la opinion pública; pero la separacion de Massena era una desgracia para el ejército, y para el

primer Cónsul. Ofendido Massena iba á ser, á su pesar, un objeto de esperanza para multitud de intrigantes, que por aquel tiempo se agitaban todavia. No lo ignoraba el primer Cónsul, pero no queria sufrir el desórden en ninguna parte, y no se puede censurar que pensase así.

A estos cuatro ejércitos el primer Cónsul habia agregado otra reunion de tropas en las cercanias de Amiens. De las medias brigadas que habian quedado en el interior habia sacado los cuadros de las compañias de granaderos, llenándolos con hombres excelentes, y formado un cuerpo soberbio de 9 á 10,000 soldados escogidos, destinados á dirigirse apresuradamente á las costas, si los ingleses verificaban un desembarco por alguna parte, ó á pasar á Italia, para desempeñar el oficio que hacia Augereau en Alemania, que era el de cubrir las alas y la retaguardia del ejército principal. Murat habia sido nombrado general en gefe de estas fuerzas.

Todo esto se habia hecho, en lo relativo al aumento de fuerzas, por medio del alistamiento mandado por el Cuerpo Legislativo, y en lo relativo á los gastos, por medio de los recursos rentísticos creados nuevamente. Nada faltaba á aquellos diversos cuerpos; estaban bien mantenidos y armados; y tenian caballos y un material completo.

Es fácil de concebir cual seria la impaciencia del primer Cónsul por utilizar tales medios para arrancar la paz al Austria antes del invierno. Mandó, pues, á Moreau y á Brune que regresasen á sus cuarteles generales, y se prepararan á empezar de nuevo las hostilidades; invitando al primero para que así lo previniese al general austriaco, en los plazos estipulados por el armisticio, sin permitirle prolongar la suspension de armas, sino con la condicion de que el Emperador abandonase al ejército francés las tres plazas, en la actualidad bloqueadas, de Philipsburgo, Ulma é Ingolstadt. Con esta condicion consentia en dar cinco ó seis semanas mas de tregua; y en efecto, bien lo merecia la ocupacion de aquellas plazas, con la cual se obtenia una base excelente de operaciones junto al Danubio; entraba en línea el cuerpo que las bloqueaba, y daba además tiempo para enviar un ala del ejército de Italia sobre la Toscana y el reino de Nápoles, pais donde continuaban los levantamientos en masa á instigacion del Austria y con el dinero de la Inglaterra. Tales fueron las órdenes expedidas al cuartel general de Moreau.

Preparativos que habia hecho el Austria.

Por su parte el Emperador de Alemania aprovechando el tiempo habia empleado con la mayor actividad los subsidios que la Inglaterra le habia proporcionado. Daba impulso á alistamientos mandados hacer en Bohemia, Moravia, Hungria, Styria y Carinthia, y el ministro inglés Wickam habia establecido una especie de oficina en varias ciudades de Alemania con el fin de comprar hombres que se batiesen por la coalicion. Por medio de un nuevo subsidio acababan de ser considerablemente aumentados los cuerpos de bávaros y wurtemburgueses. Ademas, de los fondos dados al Austria, algunos reclutadores ingleses habian tomado á sueldo directo de su gobierno dos regimientos de barqueros reclutados en las orillas de los rios de Alemania, y destinados á facilitar su paso. Diez mil paisanos puestos á salario, y bajo la direccion de los ingenieros austriacos, ejecutaban trincheras formidables en toda la línea del Inn, desde el Tyrol hasta la reunion de aquel rio en el Danubio: todo estaba en movimiento desde Viena hasta Munich. Se habia cambiado por completo el estado mayor del ejército austriaco; M. de Kray, á pesar de su experiencia y de su valor en el campo de batalla habia participado de la desgracia de M. de Mélas; y hasta el mismo archiduque Fernando que servia á sus órdenes habia sido separado. El archiduque Juan, príncipe jóven, muy instruido, muy valiente, pero sin experiencia de la guerra, con la cabeza llena de teorías, y la imaginacion exaltada por las maniobras del general Bonaparte, que queria imitar á toda costa, habia sido llamado al mando supremo de los ejércitos imperiales. Este nombramiento era una de esas novedades que se ensayan en los momentos desesperados. El Emperador en persona se habia presentado en el ejército para pasarle revista y animarle con su presencia.

Estuvo allí muchos dias acompañado de Lherbach, el negociador encargado

El Emperador de Alemania se traslada al cuartel general de su ejército, para juzgar del estado de las cosas.

de presentarse en Luneville, y del jóven archiduque Juan. Despues de haberlo visto y examinado todo en compañia de sus consejeros, conoció que nada estaba preparado, y que el ejército no se hallaba bastante repuesto para empezar de nuevo inmediatamente las hostilidades, ni con relacion á lo material, ni bajo el punto de vista del mal efecto que habian causado en su ánimo las desgracias que experimentara poco antes. Encargóse, pues, á M. de Lherbach se trasladase al cuartel general de Moreau para ver si podian conseguirse del gobierno frances algunos dias mas de armisticio. M. de Lherbach supo por Moreau las condiciones que el primer Cónsul ponia á una nueva suspension de armas: consintió con sentimiento á aquellas condiciones, y el 20 de Setiembre (tercer dia complementario del año VIII) concluyó con el general Lahorie en el pueblo de Hohenlinden, que muy pronto habia de ser célebre, una nueva prolongacion del armisticio. Las plazas de Philipsburgo, Ulma é Ingolstadt debian entregarse al ejército francés para que dispusiese de ellas á su voluntad. En cambio se habia prolongado el armisticio por cuarenta y cinco dias, á contar desde el 21 de Setiembre, é inclusos los quince que debian preceder de aviso para la renovacion de las hostilidades, si mas tarde debian volver á empezarse.

Armisticio de Hohenlinden que prolonga por 45 dias la suspension de armas, mediante la entrega de Philipsburgo, Ulma é Ingolstadt.

Volvió el emperador á Viena poco satisfecho de la visita que le habian hecho hacer al ejército, porque no habia tenido otro resultado que abandonar á los franceses las plazas mas fuertes del imperio. Aquel príncipe estaba devorado de pesar, del cual participaba tambien su pueblo, acusando á M. de Thugut de haberse entregado enteramente á la Inglaterra. La reina Carolina de Nápoles con el almirante Nelson y lady Hamilton, acababan de acudir á Viena para sostener el partido de la guerra; pero el clamor público era muy grande. Acusábase á M. de Thugut de faltas muy graves, tales como haberse negado al principio del invierno á oir las proposiciones pacíficas del primer Cónsul; la mala direccion de las operaciones militares; la obstinacion en no creer la existencia del ejército de reserva, ni aun cuando pasaba el San Bernardo; la concentracion de las principales fuerzas del imperio en Liguria con el designio de complacer á los ingleses, que creian poder ocupar á Tolon; y el compromiso, en fin, que habia contraido con el gobierno británico de no tratar sin él; compromiso, firmado el 29 de Junio en el momento en que era mas necesario quedar en libertad. Estas acusaciones eran en gran parte fundadas; pero fundadas ó no, tenian la sancion de los acontecimientos, porque nada habia salido bien á M. de Thugut, y los pueblos no juzgan sino por los resultados. M. de Thugut se vió, pues, obligado á ceder á las circunstancias, y se retiró, conservando siempre una gran influencia sobre el gabinete austriaco. M. de Lherbach ocupó su puesto en la direccion de relaciones exteriores, y para reemplazar á M. de Lherbach en el congreso de Luneville se eligió á un negociador muy conocido, M. Luis Cobentzel, que era personalmente del agrado del general Bonaparte y con el cual habia negociado el tratado de Campo-Formio. Esperábase que M. de Cobentzel seria mas á propósito que ningun otro, para establecer buenas relaciones con el gobierno frances, y que estando en Luneville á corta distancia de Paris, no dejaria de ir algunas veces á la capital, para entrar en relaciones directas con el primer Cónsul.

Sentimiento del Emperador. Exasperacion de los ánimos en Viena.

Retirada de M. de Thugut que es reemplazado por M. de Lherbach.

La entrega al ejército frances de las tres plazas de Ulma, Ingolstad y Philipsburgo, venia á propósito para la celebracion de la fiesta de 1.° de Vendimiario, pues debia reanimar las esperanzas de paz, haciendo evidente la apurada situacion del Austria. Aquella fiesta una de las dos que habia conservado la Constitucion, estaba destinada á celebrar el aniversario de la fundacion de la República. Deseaba el primer Cónsul que se

Festividad del primero de Vendimiario.

celebrase con tanto esplendor y ostentacion como la del 14 de Julio, notable por la entrega en los Inválidos de las banderas conquistadas en la última campaña, y queria que se distinguiese por un carácter tan patriótico, aunque mas severo, de todas las que se habian celebrado durante el curso de la Revolucion; y sobre todo que se viese exenta del ridículo, que acompaña á la imitacion de los usos antiguos en los tiempos modernos.

Carácter de las fiestas públicas durante la Revolucion y en tiempo del Consulado.

Preciso es decir que la Religion deja un gran vacío en las solemnidades de los pueblos, cuando se mira desterrada de ellas. Los juegos públicos, las representaciones teatrales, los fuegos que iluminan la noche con su resplandor, pueden ocupar en parte el dia de un pueblo, reunido para regocijarse de un acontecimiento dichoso, pero no pueden llenarle enteramente. En todos los tiempos las naciones han estado dispuestas á celebrar sus victorias al pie de los altares, y han hecho de sus ceremonias públicas un acto de reconocimiento hácia la Divinidad. ¡Pero entonces no habia altares en Francia! Los que habian sido erigidos á la diosa de la Razon, durante el régimen del Terror y los que los teofilántropos cargaban inocentemente de algunas flores durante el régimen licencioso del Directorio, estaban cubiertos del mayor ridículo; porque en materia de altares no hay respetables mas que los antiguos. Y como el antiguo altar católico de la Francia aun no se habia alzado de nuevo, no quedaban ya entonces mas que ceremonias en cierto modo académicas bajo la cúpula de los Inválidos; discursos elegantes, tales como los que podia hacer M. de Fontanes, ó cantos patrióticos como los podia inventar Méhull ó Lesueur. El primer Cónsul lo conocia así, y buscó el modo de reemplazar el carácter religioso con un carácter profundamente moral.

El homenage á Washington, y la entrega de las banderas de Marengo, habian ya suministrado asunto para las fiestas celebradas bajo su consulado; y supo hallar en un gran acto reparador un objeto para la fiesta del 1.° de Vendimiario del año IX (23 de Setiembre de 1800).

Cuando se violaron los sepulcros de San Dionisio, se habia encontrado perfectamente conservado el cuerpo de Turena. En medio de los arrebatos de la plebe, un movimiento involuntario de respeto habia salvado aquel cuerpo de la profanacion comun. Depositado en el primer momento en el Jardin de las Plantas, habia sido confiado despues, á M. Alejandro Lenoir, cuyo piadoso celo, digno de ser honrado por la historia, nos habia conservado una multitud de monumentos antiguos, reunidos por él en el museo de los pequeños Agustinos. Allí se encontraban los restos de Turena, mas bien expuestos á la curiosidad que al respeto de los pueblos. El primer Cónsul imaginó depositar bajo la cúpula de los Inválidos, y bajo la custodia de nuestros veteranos los despojos de aquel hombre grande. Honrar á un general ilustre, y á un servidor de la antigua monarquía, era aproximar las glorias de Luis XIV á las de la República, restablecer el respeto de lo pasado sin ultrajar el presente, y, en una palabra, toda la política del primer Cónsul bajo la forma mas noble y atractiva. La traslacion debia verificarse el último dia complementario del año VIII (22 de Setiembre) y al siguiente 1.° de Vendimiario del año IX (23 de Setiembre) debia colocarse la primera piedra del monumento consagrado á la memoria de Kleber y Desaix. De este modo, al mismo tiempo que nuestro globo obedeciendo á las leyes que rigen sus movimientos, ponia fin á un gran siglo y daba principio á otro, grande tambien á su vez si algun dia se muestra digno de su principio, el primer Cónsul quiso tributar un doble homenage al héroe de los tiempos pasados, y á los dos héroes del tiempo presente. Para dar mas brillo á las dos ceremonias, imitó en algun modo lo que se habia practicado en la Federacion de 1790, y pidió á todos los departamentos enviasen representantes, que con su presencia diesen á las fiestas no solo un carácter parisiense, sino tambien nacional. Los departamentos se apresuraron á contestar á aquella invitacion, y á elegir ciudadanos distinguidos, á quienes la curiosidad, el deseo de ver de cerca suceder la calma á la turbacion, y la prosperidad á las miserias de la anarquía, y sobre todo, el anhelo de aproximar-

se y tratar á un hombre esclarecido, los llevó en tropel á Paris.

Traslacion del cuerpo de Turena á los Inválidos.

El dia 5.° complementario del año VIII (22 de Setiembre) las autoridades públicas se dirigieron al museo de los pequeños Agustinos, á fin de acompañar el carro sobre el cual estaba colocado el cuerpo de Turena. Sobre aquel carro tirado por cuatro caballos blancos, se veia la espada del héroe de la monarquia, conservada por la familia de Bouillon, y prestada al gobierno para aquella noble ceremonia. Cuatro generales veteranos, inutilizados en el servicio de la República, llevaban los cordones del carro: delante iba un caballo pio, semejante al que comunmente montaba Turena, que enjaezado como se acostumbraba en su época, y conducido por un negro, reproducia con exactitud algunas imágenes del siglo á que se rendia homenage. En torno del carro marchaban los inválidos, y despues algunas de las excelentes tropas que habian vuelto de las orillas del Pò y del Danubio. Aquel singular y noble cortejo atravesó á Paris en medio de una multitud inmensa, y llegó á los Inválidos donde le aguardaba el primer Cónsul rodeado de los enviados, asi de los departamentos de la antigua Francia de Luis XIV, como de los de la Francia moderna: estos últimos representaban la Bélgica, el Luxemburgo, las provincias Rinianas, la Savoya y el condado de Niza. El precioso depósito que traia aquel cortejo, fue depositado bajo la cúpula. Carnot, ministro de la guerra, pronunció un discurso sencillo y adecuado; y mientras que las bóvedas del edificio resonaban con los ecos de una música grave, el cuerpo de Turena fue depositado en el monumento donde hoy descansa, donde debia reunirsele en breve su compañero de gloria el ilustre y virtuoso Vauban; y en donde mas tarde debia acompañarle el autor de los grandes hechos que narramos, que permanecerá allí de seguro rodeado de aquella augusta compañia, mientras duren los siglos concedidos por el cielo á la Francia.

Si en tiempos como los nuestros, en que la fe está apagada, puede algo reemplazar é igualar acaso las pompas de la Religion, son sin duda, esta clase de solemnidades.

En la noche de aquel dia se quiso ofrecer al pueblo de la capital una diversion menos grosera que las de costumbre, dándole gratuitamente las representaciones del *Hipócrita* y del *Cid*, á las que asistió el primer Cónsul. Su presencia y su intencion, adivinada instintivamente por aquel pueblo sensible y lleno de inteligencia, contribuyó á mantener en aquella reunion tumultuosa, un decoro perfecto y poco acostumbrado en las representaciones gratuitas. Solo interrumpió el silencio el grito, mil veces repetido, de *¡Viva la República! ¡Viva el general Bonaparte!*

Al dia siguiente el primer Cónsul acompañado como en la víspera de las autoridades públicas y de los enviados de los departamentos, se dirijió á la plaza de las Victorias, en la que debia erigirse un monumento de estilo egipcio, destinado á recibir los restos mortales de Kleber y de Desaix, que el primer Cónsul queria que descansasen juntos. Puso la primera piedra, y en seguida se trasladó á caballo á los Inválidos. Allí, el ministro del Interior, que era su hermano Luciano, pronunció un discurso acerca del estado de la República, que causó la mas viva impresion. Ciertos pasages fueron muy aplaudidos, y entre otros el que aludia al siglo presente y al siglo de Luis XIV. «Diriase »que en este momento se encuentran es»tos dos grandes siglos, y se dan la ma»no sobre esa tumba augusta!» Al pronunciar estas palabras, señalaba el orador el sepulcro de Turena. Aplausos unánimes le contestaron, probando que todos los corazones, sin renegar de lo presente, querian tomar de lo pasado lo que mereciese serlo. Y para que el regocijo fuese completo, para que en aquellas escenas, tan nobles de suyo, tuviesen su parte las ilusiones ordinarias de la naturaleza humana, el orador exclamó de nuevo: *¡Dichosa la generacion que ve acabar con la República la revolucion que ha empezado bajo la monarquia!*

Primera piedra del monumento dedicado á Kleber y á Desaix.

Durante aquella ceremonia, el primer Cónsul recibió un despacho telegráfico, anunciándole el armisticio de Hohenlinden, y la entrega de las tres plazas de Philipsburgo, Ulma é Ingolstadt, y trasmitió á su hermano Luciano, una nota, que fue leida á los concurren-

tes, y mas aplaudida aun que la alocucion académica del ministro de lo Interior. A pesar del respeto de aquel sitio, los gritos de *¡Viva Bonaparte! ¡Viva la República!* conmovieron las bóvedas del noble edificio. Inmediatamente se publicó por todo París, y produjo una satisfaccion mas formal que todas las diversiones destinadas al recreo de la multitud. No se temia la guerra; todos tenian la mayor confianza en el genio del primer Cónsul y en el valor de los ejércitos franceses, si era necesario continuarla; pero, despues de tantas batallas y de tanto desasosiego, se deseaba gozar en paz de la gloria adquirida y de la prosperidad que empezaba á renacer.

Principio de la prosperidad interior.

Efectivamente, la prosperidad caminaba rápidamente. Si la sola presencia del general Bonaparte habia bastado el 18 de Brumario para serenar los ánimos, tranquilizarlos y devolverles la esperanza, otra cosa debia ser hoy dia en que los triunfos de nuestros ejércitos, la apresurada reconciliacion de la Europa con nosotros, la perspectiva de una paz próxima y brillante, y la tranquilidad, en fin, restablecida por todas partes, habian realizado las esperanzas concebidas en el primer momento de confianza.

Aquellas esperanzas se habian convertido en realidades, y puede decirse que en los diez meses transcurridos desde Noviembre de 1799 á Setiembre de 1800, la Francia habia mudado de aspecto. Los fondos públicos, expresion vulgar pero positiva del estado de los ánimos, habian subido de 12 francos, (precio efectivo á que se vendia una renta de 5 francos la víspera del 18 de Brumario) hasta 40, y propendian á subir hasta 50.

Págase en dinero por primera vez, á los acreedores del Estado.

Los tenedores del papel del Estado acababan de recibir un semestre en dinero, cosa que no se habia visto desde el principio de nuestra revolucion. Semejante fenómeno rentístico habia producido el mayor efecto, y no parecia una de las menores victorias del primer Cónsul. ¿Cómo habia podido verificar aquel prodigio?.... este era un enigma, que la generalidad del público explicaba por aquel singular poder que se le conocia ya de hacer todo lo que queria.

Pero no hay milagros en este mundo; y para los bienes reales y efectivos, no hay otra causa que un buen juicio, secundado por una voluntad poderosa. Tal era el origen único de los resultados felices obtenidos por la administracion del primer Cónsul. En primer lugar habia aplicado un remedio al mal verdadero, pues consistiendo en la lentitud de la percepcion de los impuestos, habia establecido una agencia especial para la formacion de las listas de repartos, dejadas otras veces, con demasiada condescendencia, al cuidado de las municipalidades. Aquella agencia especial, estimulada por los prefectos, creados tambien por el gobierno consular, habia formado las listas atrasadas del año VII y del año VIII, y las habia concluido para el año IX, que era el entrante (Setiembre de 1800 á Setiembre de 1801.) Asi, por la primera vez despues de la revolucion, las listas del año corriente iban á cobrarse desde el primer dia del año.

Recaudacion de las contribuciones. Buen éxito que obtienen las obligaciones de los recaudadores generales.

Percibiendo exactamente las contribuciones, los recaudadores generales podian cubrir con exactitud las obligaciones mensuales que habian firmado; y en efecto, siempre las tenian satisfechas á fin de cada mes. Hemos dicho, que para asegurar el crédito de aquellas obligaciones, el tesoro habia exigido á los recaudadores una fianza en métalico, la cual, depositada en la caja de amortizacion, debia servir para pagar las obligaciones que fuesen protestadas. No se habia necesitado mas de un millon, de los veinte que componian la suma total de las fianzas, para cubrir el pago de las obligaciones que habian quedado en descubierto. En primer lugar no habian sido descontadas mas que á 3/4 por 100 al mes, es decir á 9 por 100 al año; en el dia podian ser descontadas al 8 y hasta al 7; interes muy módico, comparado sobre todo con el que el gobierno habia sufrido hasta entónces. Y como las contribuciones directas representaban casi unos 300 millones, del presupuesto total de 500, el tesoro habia tenido en sus manos desde el primer dia en que se puso esto en práctica, aquellos 300 millones en valores de una realizacion fácil. En lugar

de recibir nada ó casi nada, como otras veces, y de recibir tardiamente lo poco que entraba en él, tenia á su disposicion desde el 1.° de Vendimiario la mayor parte de la renta pública. Tal habia sido el resultado de la formacion de las listas en tiempo oportuno, y del sistema de letras de cambio mensuales, libradas, bajo el título de obligaciones, sobre la caja de los recaudadores generales; pues quitando á estos el pretexto del retardo en la cobranza, se les habia podido imponer la condicion de entregar los fondos en un dia fijo.

En el año VIII, que acababa de pasar, (Setiembre de 1799 á Setiembre de 1800) no habia sido aquella operacion tan fácil como prometia serlo en el año IX. Se habian tenido que recoger todos los papeles emitidos anteriormente, *bonos de atrasos*, *bonos de requisicion*, *delegaciones*, &c., ya en pago de contribuciones atrasadas, ya en virtud de ciertos arreglos convenidos con los portadores; y disminuyéndose por lo tanto la renta del año VIII, habia resultado un déficit de este método. Pero habiendo llevado las victorias á nuestros ejércitos sobre el pais enemigo, se veia el tesoro aliviado de la carga de su manutencion, y con algunos bienes nacionales que empezaban á venderse ventajosamente, se podia cubrir mas tarde el déficit de aquel año. El año IX no debia presentar ninguna de estas dificultades. No se habian emitido mas *bonos de atrasos*, porque los acreedores del Estado iban á ser pagados desde entonces en dinero; ni *bonos de requisicion* porque los ejércitos estaban alimentados, ó por el tesoro frances ó por el tesoro extrangero; ni *delegaciones*, en fin, porque, como ya hemos dicho, el primer Cónsul habia establecido un sistema invariable respecto á los que contrataban con el Estado, no dándoles nada ó pagándoles en dinero, y les habia dado ya mas dinero que los gobiernos precedentes. Todas las semanas celebraba un consejo de hacienda, y en él hacia que le presentasen un estado de los recursos y de las necesidades de cada ministerio, y con conocimiento de las mas urgentes hacia la distribucion de los recursos, pero nunca mas allá de aquellos cuya entrada era segura. Siguiendo este método y esta firme conducta, no se veia expuesto á emitir papel, y no poniendo en circulacion valores ficticios, no podian encontrarse. Asi, pues, en el año IX debia entrar en el tesoro numerario únicamente.

Los acreedores del Estado acababan de ser pagados por el Banco de Francia. Este Banco no contaba mas que seis meses de existencia, y ya habia podido emitir una suma considerable de billetes, recibidos por el público como si fuese metálico. Las necesidades del comercio y la conducta del gobierno, respecto al nuevo establecimiento, habian producido aquel resultado ventajoso. He aquí lo ocurrido en esto. De los veinte millones de fianzas en metálico habia bastado uno para sostener el crédito de las obligaciones, quedando los demas sin empleo. y por apremiante que fuese la tentacion de emplear aquellos 19 millones para satisfacer necesidades urgentes, el gobierno no habia titubeado en imponerse las privaciones mas duras para consagrar cinco millones en comprar acciones del Banco, cuyo valor satisfizo al momento. No se habia limitado á esto, sino que habia depositado en el mismo Banco, en cuenta corriente, el exceso de los fondos disponibles. La cuenta corriente se compone de cantidades que se entregan con la condicion de retirarlas cuando se quiere, segun las necesidades diarias. Viéndose de pronto el Banco con tales recursos á su disposicion, se habia apresurado á hacer el descuento y á emitir billetes, los cuales, satisfechos en metálico, á voluntad del portador, habian adquirido en pocos meses el valor del numerario. Hoy parecerá esto muy comun, porque en pequeñas ciudades se está viendo realizarse este fenómeno de la manera mas fácil, y á muchos bancos prosperando desde el mismo dia de su fundacion. Pero entónces, despues de tantas bancarrotas, despues de la adversion que los *asignados* habian inspirado hácia el papel, era una especie de maravilla comercial, debida á un gobierno que tenia especialmente el don de inspirar confianza.

Medios empleados por el gobierno para que prosperase el Banco de Francia.

El tesoro pensó entónces confiar al Banco diversos servicios, ventajosos para él y para el Estado, con especia-

El Banco se encarga de pagar á los acreedores del Estado.

lidad el de pagar las rentas, haciéndose esto por medio de una negociacion muy sencilla. Las obligaciones de los recaudadores generales valian tanto como la mejor letra de cambio: en su consecuencia ofreció el Tesoro al Banco descontarlas por una veintena de millones, lo que le proporcionaba una operacion muy ventajosa, pues se hacia el descuento al 6 ó 7 por 100; y perfectamente segura, porque aquellas obligaciones eran valores infalibles. El Banco debió, pues, pagar un semestre á los censualistas, los cuales recibieron á su voluntad dinero ó billetes.

De este modo, é imponiéndose el gobierno algunas privaciones, se habia procurado en pocos meses un instrumento poderoso, el cual por diez ó doce millones que habia recibido momentáneamente, podia en adelante prestar servicios por centenares de millones.

La hacienda se desahogaba, pues, por todas partes, y en medio del bienestar general, solo quedaba el sentimiento de lo que sufria la propiedad territorial. En lo mas recio de nuestras turbulencias los propietarios de tierras ó de casas habian tenido la ventaja de no pagar las contribuciones, á causa de la tardanza de la formacion de las listas, ó de satisfacer casi nada, merced á los *asignados*; pero ya no sucedia lo mismo. Era necesario en primer lugar, satisfacer los atrasos, y despues lo corriente, todo en numerario; y esto era una carga muy pesada para los pequeños propietarios. Desde luego se habian dado por buenos en el presupuesto cinco millones de no valores con la intencion de aliviar á los contribuyentes demasiado oprimidos, pero fue preciso consagrar al mismo objeto una suma mucho mayor. Era una especie de cuenta á *ganancia y á pérdida* abierta á los contribuyentes, á consecuencia de la cual se le abandonaba lo pasado con el fin de obtener el pago puntual de lo presente. La propiedad territorial no puede bastar sola á las cargas públicas de un Estado; y es necesario que se imponga algo á los consumos para cubrir dichas cargas. Al abolir la Revolucion los impuestos sobre las bebidas, la sal, y otros géneros, habia cerrado uno de los dos manantiales preciosos de la riqueza pública. No habia llegado aun el tiempo de abrirle de nuevo, pues esta gloria estaba destinada mas tarde al restaurador del órden y de la sociedad en Francia; pero antes tenia que vencer muchas preocupaciones. Creando los arbitrios de puertas para atender á las necesidades de los hospitales, habia hecho un provechoso ensayo, que acostumbraba los ánimos á aquella restauracion, indispensable tarde ó temprano.

La propiedad territorial es la sola que padece en medio del bienestar general que empieza á renacer.

Aunque la propiedad territorial se viese por un momento sobrecargada, habia cundido por todas las clases un sentimiento general de bienestar, que se veia renacer en todas partes, al mismo tiempo que cada cual se hallaba animado á trabajar y emprender negocios.

Pero muchos esfuerzos habia que hacer en aquella sociedad trastornada, para poner cada cosa, sino en un estado perfecto, al que se podia aspirar con el tiempo, al menos en un estado soportable. Se acababa de ver lo que se habia necesitado para la hacienda; pero habia un servicio casi tan importante y tan desorganizado como el de aquella, y era el de los caminos, que habian llegado á ponerse casi intransitables. Es sabido que bastan algunos meses, y no años, de descuido, para cambiar en un terreno quebrado y pantanoso el suelo artificial que forman los hombres en la tierra para trasladar de un punto á otro los carguios, y habia cerca de diez años que los caminos de Francia estaban casi abandonados. Bajo el antiguo régimen se habia provisto á su conservacion por medio de trabajos corporales forzados, y desde la Revolucion por medio de una suma inclusa en el presupuesto general, y que no se habia satisfecho con mas puntualidad que las destinadas á otros servicios. Viendo el Directorio lo que pasaba, habia concebido la idea de crear un recurso especial que no pudiera ser enagenado ni faltar nunca; y para llegar á conseguirlo habia establecido un arbitrio, y creado portazgos para su recaudacion. Aquel arbitrio habia sido arrendado á los mismos empresarios de caminos, quienes mal vigilados, cometian á la vez fraudes en la percepcion del arbitrio, y en el empleo de sus pro-

Descomposicion general de los caminos en Francia.—Esfuerzos para repararlos.

ductos. Por otra parte era insignificante; pues producia á lo mas 13 ó 14 millones al año, y se necesitaban 30. En los tres años VI, VII y VIII no se habian destinado á los caminos mas que 32 millones, cuando se necesitaban á lo menos 100 para reparar los destrozos causados por el tiempo, y atender á su conservacion anual.

Aplazando el primer Cónsul la adopcion de un sistema completo, recurrió al medio mas sencillo, cual era acudir con los fondos generales del Estado en ayuda de aquel servicio importante. Dejó existente el arbitrio, en su forma y empleo actuales, limitándose á vigilarlos con mas escrupulosidad, y facilitó en seguida doce millones para el año IX; suma considerable en aquel tiempo. Esta suma debia servir para reparar las principales calzadas que conducian del centro á las extremidades de la República, desde Paris á Lila, á Strasburgo, á Marsella, á Burdeos y á Brest. Se proponia trasladar mas tarde de estos caminos á otros los fondos que acababa de destinar á este objeto, aumentarlos en proporcion á los mayores desahogos del Tesoro, y emplearlos en union con los del arbitrio, hasta poner los caminos de Francia en el estado en que deben estar en todo pais civilizado.

Los canales de San Quintin y del Ourcq.

Los canales de San Quintin y del Ourcq, emprendidos hácia el fin del antiguo régimen, no presentaban mas que zanjas medio cegadas, montañas medio horadadas, y en una palabra, ruinas mas bien que trabajos del arte. Al momento envió ingenieros, y él mismo fue en persona, y dió planes definitivos, para señalar con obras de gran utilidad pública los primeros momentos de la paz que se esperaba.

No era solo el mal estado de los caminos el que los hacia intransitables, sino tambien los bandidos que los infestaban en gran número de provincias. Los *chuanes* y los vendeanos que habian quedado sin tener en qué ocuparse despues de terminada la guerra civil, y que habian contraido inclinaciones que la paz no podia satisfacerles, asolaban las carreteras de Bretaña, de Normandia y de los alrededores de Paris. Los prófugos que habian escapado de la conscripcion, y algunos soldados á quienes la miseria habia impulsado á desertarse, cometian los mismos latrocinios en los caminos del centro y del mediodia. Jorge Cadoudal, que habia vuelto de Inglaterra con mucho dinero, y se hallaba oculto en el Morbihan, dirigia secretamente aquella nueva *chuaneria*. Para reprimir este desórden necesitábanse numerosas columnas movibles, y comisiones militares que las siguiesen. El primer Cónsul habia formado ya algunas de esas columnas, pero le faltaban tropas, pues asi como el Directorio las habia tenido dentro del pais, él se habia quedado con muy pocas; porque decia, con razon, que cuando hubiera concluido con los enemigos de fuera, en breve daria fin de los que se hallaban en el interior. «Paciencia, contestaba á las personas que le hablaban con espanto de aquel desórden; dadme un mes ó dos de término, que necesito para conquistar la paz, y pronto haré en seguida justicia completa con esos bandoleros de caminos.» La paz era, pues, entonces en todas las cosas, la condicion indispensable para el bien. Sin embargo, se dedicaba mientras tanto á remediar los desórdenes mas urgentes.

Bandidos en los caminos.—Primeros esfuerzos para extinguirlos.

Hemos dicho antes que habia consentido en sustituir al juramento que se exigia á los sacerdotes una simple promesa de obedecer las leyes, que de ningun modo podia turbar su conciencia. En breve habian aparecido en tropel, viéndose á la vez disputar las funciones del culto, los sacerdotes constitucionales que habian prestado juramento á la Constitucion civil del clero, los no juramentados que habian hecho la promesa de obedecer las leyes, y, por último, los que no habian hecho ni una cosa ni otra. Los sacerdotes que pertenecian á las dos clases primeras, estaban en concurrencia los unos con los otros para obtener las iglesias, que les concedian mas ó menos fácilmente segun las ideas demasiado varias de las autoridades locales. Los que se habian negado á toda clase de declaracion, se entregaban clandestinamente en el interior de sus casas á las prácticas del culto, y pasaban á los ojos de muchos fieles como los únicos ministros de la verdadera Re-

Concurrencia de los sacerdotes de todas clases para el ejercicio del culto.

ligion. Por último, para aumentar la confusion venian despues los theophilántropos, que reemplazaban á los católicos en las iglesias, y ciertos dias colocaban flores sobre los altares donde los otros habian dicho misa. Estos ridículos sectarios celebraban fiestas en honor de todas las virtudes, del valor, de la templanza, de la caridad &c. El dia de Todos Santos, por ejemplo, habian consagrado una á la veneracion de sus abuelos. Para los católicos sinceros era esto una profanacion de los edificios religiosos, cuyo término aconsejaba el buen sentido, y el respeto debido á las creencias dominantes.

Para poner fin á este caos, se necesitaba un convenio con la Santa Sede, por medio del cual se pudiese reconciliar á los que habian prestado el juramento, á los que habian hecho la promesa, y, en fin, á los que se habian negado á lo uno y á lo otro. Pero monseñor Spina, enviado de la Santa Sede, acababa de llegar á Paris, y sorprendido de hallarse en ella se ocultaba á la vista de todos: ademas, el asunto que habia que tratar era tan delicado para él como para el gobierno. El primer Cónsul, discerniendo con un tacto raro á los hombres, y el destino para que eran adecuados, habia opuesto á aquel diestro italiano, el personage mas capaz de hacerle frente, el clérigo Bernier, que despues de haber dirigido por mucho tiempo la Vendée, al fin la habia reconciliado con el gobierno. Habiéndole traido á Paris se le habia adherido por el mas honroso de todos los lazos, cual era el deseo de contribuir al bien público, y de participar de aquel honor. Restablecer la buena inteligencia entre Francia y la Iglesia romana era para el clérigo Bernier continuar y concluir la pacificacion de la Vendée. Hacia poco que habian comenzado las entrevistas con monseñor Spina, y no era facil prometerse todavia un resultado inmediato.

Queda encargado el clérigo Bernier para tratar con monseñor Spina el arreglo de los negocios religiosos.

Importaba llegar cuanto antes á un arreglo de los negocios religiosos, porque la paz con la Santa Sede no era menos deseada para la tranquilidad de los ánimos, que la paz con las grandes potencias de Europa. Pero entretanto, quedaban una multitud de desórdenes ó desagradables ó extravagantes, á los que procuraba poner término el primer Cónsul por medio de decretos consulares. Ya por su decreto de 7 de Nevoso del año VIII (28 de Diciembre de 1799) habia prohibido á las autoridades locales, muy á menudo contrarias á los sacerdotes, no les pusiesen obstáculos en el exercicio de su Religion. Disponiendo dichas autoridades, como ya hemos dicho, de los edificios del culto, á veces no querian prestárselos á los sacerdotes sino los dias de *décadi*, y no los Domingos, pretendiendo que el décadi era el único dia de fiesta reconocido por las leyes de la República. El decreto que hemos citado habia vencido aquella dificultad, obligando á las autoridades locales á franquear á los sacerdotes los edificios del culto los dias indicados para cada comunion. Pero aquel decreto no habia resuelto todas las dificultades relativas á los Domingos y á los décadis, resultando de aquí un conflicto entre las leyes y las costumbres, que es necesario hacer conocer para dar una idea del estado de la sociedad francesa en aquella época.

En su apasionado gusto por la uniformidad y la simetría, no se habia limitado la Revolucion á introducirla en todas las medidas de longitud, superficie y peso, reduciéndolas á unidades naturales é inmutables como una fraccion del meridiano, ó la gravedad especifica del agua destilada; sino que tambien habia querido introducir la misma regularidad en la medida del tiempo. Habia, pues, dividido el año en doce meses iguales, de treinta dias cada uno, completándolos con la ingeniosa invencion de cinco dias complementarios. Habia dividido el mes en tres *décadas* ó semanas de diez dias cada una, reduciendo los dias de descanso á tres al mes, y sustituyendo á los cuatro Domingos del calendario Gregoriano, los tres *décadis* del calendario republicano. Bajo el aspecto matemático este último calendario valia mucho mas que el antiguo; pero como repugnaba á las ideas religiosas, y no era el general de los pueblos ni el de la historia, no podia triunfar de costumbres inveteradas. El sistema métrico, despues de cuarenta años de esfuerzos y de leyes rigorosas, y á

El calendario Gregoriano y el calendario republicano.

pesar de sus incontestables ventajas mercantiles apenas se acaba de establecer de un modo definitivo, ¿cómo esperar, pues, que el calendario republicano pudiera sostenerse contra una costumbre de veinte siglos, contra el uso de todo el mundo, y contra el poder de la Religion? Cuando se hacen reformas deben limitarse á destruir males reales, y restablecer la justicia donde falte; pero reformar para dar gusto á la vista ó al entendimiento, y para poner la linea recta donde no lo está, es exigir demasiado de la naturaleza humana. Los hábitos de un niño se varian fácilmente, pero no los de un hombre de edad madura: lo mismo sucede con un pueblo; y es imposible renovar los hábitos de una nacion que cuenta quince siglos de existencia.

Así, pues, se clamaba por el Domingo en todas partes. En ciertas ciudades se cerraban los talleres y las tiendas los Domingos; en otras el *décadi*, y á veces en la misma ciudad, en la misma calle existia el contraste, presentando el espectáculo de una lucha desagradable entre las ideas y las costumbres. Por lo demas, y sin la intervencion de ciertas autoridades, el Domingo hubiera prevalecido por todas partes. El primer Cónsul, por un nuevo decreto del 7 de Termidor del año VIII (26 de Julio de 1800) decidió que cada cual era libre para guardar las fiestas cuando quisiese, para adoptar como dia de descanso el que fuese mas conforme á sus gustos ó á sus opiniones religiosas, y que solo las oficinas de la administracion, ceñidas á seguir el calendario legal, estaban obligadas á elegir el décadi para la suspension de sus trabajos. Esto era augurar el triunfo del Domingo.

Decreto de los Cónsules relativo al Domingo y al décadi.

Razon tenia el primer Cónsul para favorecer la vuelta á una costumbre antigua y general, sobre todo si queria restablecer la Religion católica, como, en efecto lo deseaba, y tenia razon en ello.

Octubre de 1800.

—

Empeño de los emigrados por volver.—Nuevas medidas relativas á ellos.

Los emigrados llamaron de nuevo su atencion. Ya hemos hablado de la prisa que se daban en volver en los primeros dias del Consulado, prisa que cada vez era mayor, en vista del sosiego de que gozaba la Francia, y de la seguridad en que vivian todos los que pisaban su suelo. Pero por grande que fuese el deseo de dar fin á la proscripcion que pesaba sobre ellos, era fácil al hacer cesar un desórden engendrar otro, porque si la proscripcion es un desórden, tambien lo es, y de los mas graves, una reaccion precipitada. Aquellos emigrados encontraban al volver, ó antiguos perseguidores que habian contribuido á proscribirlos, ó á compradores que habian adquirido sus bienes con papel, y eran para los unos y para los otros ó enemigos inquietos, ó al menos testigos importunos, sin que tuviesen la prudencia necesaria para no abusar de la clemencia que el gobierno les manifestaba.

Muchos emigrados se aprovechaban con ardor de la ley publicada algunos meses antes, la cual mandaba que se diese por concluida la lista de los emigrados. Los que no habian sido inscritos en ellas se habian apresurado á gozar de la disposicion que les concernia; pues no pudiendo serlo sino por la autoridad de los tribunales ordinarios, lo que constituia un peligro muy leve, vivian tranquilos, y casi todos habian vuelto á su patria. Los que habian figurado en las listas y á quienes la ley enviaba ante las autoridades administrativas para reclamar que se les borrase, se aprovechaban para ello del espíritu de la época. En primer lugar pedian *vigilancias*, es decir, como ya explicamos en otra parte, la facultad de entrar temporalmente, bajo la vigilancia de la alta policía, y despues se procuraban, por medio de amigos ó de personas complacientes, certificados falsos, en los que constaba que no habian dejado la Francia en la época del Terror, sino que solo se habian ocultado para librarse del cadalso; y de este modo lograban ser borrados con extraordinaria facilidad. Formada la lista en otro tiempo por las autoridades locales con todo el aturdimiento de la persecucion, comprendia 145,000 individuos, y componia nueve volúmenes: ahora se procedia para borrar con el mismo aturdimiento con que se habia obrado para inscribir, y los emigrados eran restablecidos á millares en todos sus derechos. Los unos cuyos bienes todavia no se habian vendido se di-

rigian á los miembros del gobierno para obtener que se les alzase el secuestro, y alhagaban, segun costumbre á los hombres á quienes habian injuriado la víspera, y á quienes debian injuriar al dia siguiente; y con mas frecuencia á Mad. Bonaparte, la cual habia estado antes enlazada con la nobleza francesa, merced al rango que ocupaba en el mundo. Que los emigrados cuyos bienes no habian sido vendidos los recobrasen al precio de algunos pasos seguidos de ingratitudes, no era un mal muy grave; pero aquellos cuyos bienes habian sido enagenados regresaban á las provincias, se dirigian á los nuevos propietarios, y comunmente á fuerza de amenazas, de importunidades ó de sugestiones religiosas en el lecho de los moribundos, hacian que se les devolviese por un ínfimo precio el patrimonio de sus familias, por medios que no eran mucho mas legítimos que los que se habian empleado para despojarlos.

El rumor era en aquel momento bastante general para que dejase de llamar la atencion del primer Cónsul. Queria este reparar las crueldades de la Revolucion, pero no alarmar ninguno de los intereses creados por ella y legitimados por el tiempo. En su consecuencia creyó deber tomar una medida que no era mas que una parte de lo que hizo mas tarde, pero que puso algun órden en aquel caos de reclamaciones, de vueltas precipitadas y de tentativas peligrosas. Despues de una profunda discusion en el Consejo de Estado se publicó el siguiente decreto el 20 de Octubre de 1800 (28 de Vendimiario del año IX).

En primer lugar todos los que habian sido borrados de la lista, no importa por qué autoridad, ni con la ligereza que se hubiese procedido sobre este punto, quedaban definitivamente borrados. Ciertas inscripciones colectivas, bajo la designacion de hijos ó herederos de los emigrados se consideraban como que no existian. Las mugeres que estaban bajo la potestad del marido al dejar la Francia; los hijos menores de diez y seis años; los sacerdotes que habian salido del territorio para obedecer á las leyes de deportacion; los individuos comprendidos con la calificacion de labradores, jornaleros, trabajadores, artesanos y criados; los que se habian ausentado antes de la Revolucion, y los caballeros de Malta, que se hallaban en dicha isla durante nuestras turbulencias, todos quedaban definitivamente borrados. Tambien se quitaban de la lista los nombres de las víctimas que habian perecido en el cadalso, como una reparacion debida á sus familias y á la humanidad. Acordadas estas exclusiones, se mantenian sin excepcion en la lista los que habian tomado las armas contra la Francia, los que desempeñaban algun cargo en la servidumbre civil ó militar de los príncipes desterrados, los que habian recibido grados ó títulos de los gobiernos extrangeros, sin autorizacion del gobierno frances, &c. El ministro de justicia debia nombrar nueve comisarios y otros nueve el de la Policía, á los cuales debia agregar el primer Cónsul nueve Consejeros de Estado, y estos veinte y siete personages reunidos tenian el encargo de formar la nueva lista de emigrados sobre las bases indicadas. Los emigrados borrados definitivamente estaban obligados á hacer la promesa de fidelidad á la Constitucion, si querian permanecer en el territorio, ú obtener que se levantase el secuestro de sus bienes no vendidos; sin embargo de quedar bajo la vigilancia de la alta policía hasta la conclusion de la paz general y un año despues; tomándose esta precaucion á favor de los compradores de bienes nacionales. En cuanto á los emigrados que quedaban definitivamente en la lista, nada se podia establecer por entonces, por lo que se dejó esto para tiempo mas oportuno.

En tales circunstancias era aquel decreto lo que se podia hacer mas razonable. Borraba de la lista de proscripcion á la gran masa de los emigrados, y reducia aquella lista á un pequeño número de enemigos declarados de la Revolucion, remitiendo su suerte para el porvenir. De este modo, cuando la República se hallase definitivamente victoriosa de la Europa, universalmente reconocida, y solidamente fundada; cuando la firme voluntad que tenia el primer Cónsul de proteger á los compradores de bienes nacionales, los hubiera tranquilizado del todo, era probable que se pudiese concluir aquel acto de clemencia, y llamar, en fin, á todos los proscriptos, aun á los que habian sido criminales para la Francia. Por el pronto limitábase á zanjar varias cues-

tiones embarazosas, y á poner fin á muchas intrigas.

Estado de los partidos. Sus disposiciones respecto al primer Cónsul despues de un año de gobierno.

Se ve cuantas dificultades de todo género habia vencido aquel gobierno para introducir el órden en una sociedad trastornada, y para ser clemente y justo con los unos, sin ser injusto ni causar alarma á los otros. Pero si el gobierno trabajaba tanto, la Francia le indemnizaba por una adhesion, puede decirse unánime. En los primeros dias que habian seguido al 18 de Brumario, se habian arrojado todos en los brazos del general Bonaparte, porque buscaban la fuerza, donde quiera que se hallase, y porque despues de los actos del jóven general en Italia, se esperaba que aquella fuerza se emplearia en servicio del buen juicio y de la justicia. Tan solo quedaba una duda que disminuia algo el ardor con que se entregaban á él. ¿Se sostendria mas tiempo que los gobiernos que le habian precedido? ¿Sabria gobernar tan bien como combatir? ¿Haria cesar las turbulencias y las persecuciones? ¿Seria de tal ó cual partido?..... Pero los once ó doce meses transcurridos habian disipado todas las dudas. Su poder se consolidaba cada vez mas, y especialmente despues de Marengo, la Francia y la Europa se doblegaban bajo su ascendiente. En cuanto á su talento político no habia mas que una voz en los que le rodeaban: era un gran hombre de Estado, al menos tanto como gran capitan. Respecto á la direccion de su gobierno era tan evidente como su genio. Pertenecia á ese partido moderado que no queria persecuciones de ningun género; que dispuesto á revocar muchas de las cosas que habia hecho la revolucion no queria anularlas todas, y si, por el contrario, estaba resuelto á sostener sus principales resultados. Desvanecidas aquellas dudas todos corrian á él con el ardor propio de la alegria y del reconocimiento.

Fraccion moderada de cada partido.

En todos los partidos hay dos fracciones: la una numerosa, sincera, fácil de atraer realizando los votos del pais: la otra pequeña, inflexible, facciosa, á quien se desespera realizando aquellos votos, lejos de contentarla; porque se le quitan los pretextos para agitarse. Salvo esta última fraccion todos los partidos estaban satisfechos y se entregaban francamente al primer Cónsul, ó al menos se resignaban á su gobierno, si su causa no era conciliable con la suya, como, por ejemplo, los realistas. Los patriotas del año ochenta y nueve, y de diez años antes eran casi el total de la Francia: impelidos primero con entusiasmo hácia la Revolucion, retrocediendo poco despues á la vista del sangriento cadalso, y dispuestos ahora á pensar que se habian equivocado en casi todas las cosas, creian, en fin, haber encontrado bajo el gobierno consular lo que habia de realizable en sus deseos. La abolicion del régimen feudal; la igualdad civil; cierta intervencion del pais en sus negocios; una libertad mediana; mucho órden; el ruidoso triunfo de la Francia sobre la Europa; todo esto, aunque muy diferente de lo que habian soñado en un principio, bastaba ahora á sus ojos, y lo conceptuaban asegurado. M. de La Fayette, que bajo mas de un punto de vista se parecia á aquellos hombres, solo que estaba menos desengañado, M. de La Fayette, que acababa de salir de los calabozos de Olmutz por un acto de clemencia del primer Cónsul, probaba con las consideraciones sumamente desinteresadas que le dispensaba, el aprecio que hacia de su gobierno, y la adhesion de los hombres que se le asemejaban. Respecto á los revolucionarios mas ardientes, que sin hallarse ligados á la Revolucion por haber tomado parte en sus criminales excesos, se adherian á ella por conviccion y por sentimiento, estos eran afectos al primer Cónsul porque era contrario á los Borbones, y porque sabian que aseguraba la exclusion definitiva de aquellos príncipes. Los compradores de bienes nacionales, aunque recelosos á veces con la indulgencia que manifestaba hácia los emigrados, no dudaban de su resolucion en mantener la inviolabilidad de las nuevas propiedades, y se unian á él como á una espada invencible que les garantizaba del único peligro real para ellos, el triunfo de los Borbones y de la emigracion por las armas de la Europa.

Los patriotas moderados.

Los realistas moderados.

En cuanto á aquella porcion tímida y honrada del partido realista, que pedia antes que nada no tener que temer el cadalso, el destierro ni la confiscacion, y que por la primera vez, despues de diez años, empezaba á no verlos ante si, se conceptuaba casi dichosa, porque para ella, no temer era casi la felicidad. Se hacian la ilusion de esperar con el tiempo todo lo que el primer Cónsul no les habia concedido todavia. Ver al pueblo en sus talleres, á la clase media en sus mostradores, á la nobleza en el gobierno, á los sacerdotes en el altar, á los Borbones en la Tullerias, y al general Bonaparte á su lado, ocupando el lugar mas elevado que puede imaginarse para un súbdito, hubiera sido para aquellos realistas la perfeccion. De todas estas cosas creian ya traslucir claramente tres ó cuatro en los actos y proyectos del primer Cónsul; y en cuanto á la última, la de ver de nuevo á los Borbones en las Tullerias, estaban dispuestos en su credulidad candorosa, á esperarla de él como una de las maravillas de su genio incomprensible; y si la dificultad de creer que entregase asi á otro una corona que tenia en sus manos, detenia en estas conjeturas á los mas previsores, no por eso dejaban de tomar su partido.—Hágase rey, decian, pero que nos salve, porque solo la monarquia puede salvarnos.—En defecto de un principe legitimo aceptaban á un hombre grande pero con la condicion de que habia de ser rey.

Asi, pues, asegurando á los patriotas de ochenta y nueve la igualdad civil, á los compradores de bienes nacionales y á los patriotas mas pronunciados la exclusion de los Borbones, á los realistas moderados la seguridad, y el restablecimiento de la Religion, y á todos el órden, la justicia y la grandeza nacional, se habia atraido la masa honrada y desinteresada de todos los partidos.

La fraccion violenta é implacable de cada partido.

Quedaba lo que siempre queda, la fraccion implacable de aquellos partidos, á quien el tiempo no logra cambiar sino arrastrándola al sepulcro. Comunmente la componen, los mas alucinados ó los mas culpables; y son los que se mantienen firmes hasta lo último en la brecha.

Los patriotas exaltados.

Los hombres que durante el curso de la Revolucion se habian bañado en sangre, ó cometido crimenes imposibles de olvidar; otros que sin tener nada que echarse en cara se habian alistado en las filas de la demagogia por la violencia de su carácter, ó la naturaleza de su genio; los furiosos de la Montaña; los pocos que sobrevivian de la famosa municipalidad, y los antiguos jacobinos y franciscanos, se irritaban del buen éxito del nuevo gobierno. Llamaban al primer Cónsul un tirano que queria hacer una contrarevolucion completa, abolir la libertad, traer á los emigrados, á los sacerdotes, y quizas á los mismos Borbones, para hacerse su vil servidor. Otros, menos ciegos por la cólera, decian que pensaba hacerse tirano en su provecho, y queria ahogar la libertad en su propio interes. Era un Cèsar que reclamaba el puñal de otro Bruto: hablaban de puñales, pero no hacian mas que hablar, porque agotada la energia de aquellos hombres por diez años de excesos, empezaba á convertirse en violencia de lenguaje. Pronto se verá, en efecto, que no era entre estos donde se debian hallar los hombres de puñal. La policia los seguia de cerca, penetrando en todos sus conciliábulos, y observándolos con una atencion continua. Habia entre ellos algunos que solo necesitaban pan, y el primer Cónsul los socorria por consejo del ministro Fouché, y hasta los empleaba si eran hombres de alguna importancia: los que se hallaban en este caso no eran ya para los otros mas que unos miserables que se vendian al tirano. Si habia algunos que solo por cansancio estaban mas sosegados, como sucedia entonces á varios personages famosos, tales como Santerre y otros, al instante les alcanzaba la calificacion de hombres vendidos. Siguiendo la costumbre de los partidos, aquellos demagogos incorregibles, buscaban entre los descontentos reales ó supuestos de aquel tiempo, al héroe imaginario que debia realizar su sueño. Ignórase porque indicios les habia parecido que Moreau debia estar celoso del primer Cónsul, al parecer porque habia adquirido bastante gloria para ser el segundo personage del Estado; y al punto lo habian ensalzado hasta las nubes. Pero Moreau acababa de llegar á Pa-

rís; el primer Cónsul le habia hecho una acogida lisongera, le habia regalado pistolas adornadas de pedreria con los títulos de sus batallas, y ya no era mas que un siervo. El demagogo Brune, que fue antes el predilecto de aquellas gentes, habia llamado por su talento la atencion del primer Cónsul, obtenido su confianza y recibido el mando del ejército de Italia; y por lo tanto era tambien un esclavo. Pero al contrario, Massena, privado del mando de aquel ejército estaba descontento y asi lo manifestaba; y al punto habia sido declarado el salvador futuro de la República, y debia ponerse á la cabeza de los patriotas verdaderos. Lo mismo sucedia con Carnot á quien apellidaban realista el 18 de Fructidor, cuya proscripcion pedian y obtenian, y que privado hoy dia de la cartera de la guerra volvia á ser á sus ojos un gran ciudadano; lo mismo con Lannes, que si bien es verdad que amaba al primer Cónsul, era un republicano decidido, y pronunciaba á veces palabras bastante significativas sobre la vuelta de los sacerdotes y de los emigrados: otro tanto acontecia con el mismo M. Sieyes, odiado al principio de los republicanos por haber sido el cómplice principal del 18 de Brumario, y objeto despues de su burla por el modo con que el primer Cónsul le habia premiado sus servicios; y ya casi agradable á sus ojos, porque poco satisfecho del estado de nulidad á que se hallaba reducido, mostraba lo que habia mostrado á todos los gobiernos, un rostro frio y desaprobador. Carnot, Lannes y Sieyes debian unirse á Massena para levantar la República á la primera ocasion. Por último, y esto pintará la sencilla credulidad de los partidos moribundos, el ministro Fouché, que era uno de los dos principales consejeros del primer Cónsul, y que nada podia desear; el ministro Fouché que temia poco á aquellos patriotas porque los conocia, socorriéndolos á veces, sabiendo que mas bien eran lenguas que callar, que brazos que desarmar, este ministro, pues, debia unirse á Massena, Carnot, Lannes y Sieyes para derribar al tirano y salvar la libertad amenazada.

Los realistas exaltados.

La faccion realista tenia, como la faccion revolucionaria, sus sectarios implacables, habladores tan crédulos, pero conspiradores mas temibles. Eran los grandes señores de Versalles, vueltos ó prontos á volver á Francia; los intrigantes encargados de los tristes asuntos de los Borbones, yendo y viniendo de la Francia al extrangero para anudar tramas pueriles, ó para ganar algun dinero, y, en fin, los hombres de accion, soldados decididos de Jorge, prontos á toda clase de crímenes.

Conducta de los emigrados vueltos á Francia.

Los primeros, grandes señores, acostumbrados á discurrir, se entretenian hablando acerca del primer Consul, de su familia y de su gobierno, vivian en Paris casi como extraños á la Francia, dignándose apenas contemplar lo que pasaba, solicitando algunas veces ser excluidos de la lista de emigrados, ó que se alzase el secuestro de sus bienes no vendidos. Con este objeto visitaban á Mad. de Bonaparte, aquellos al menos que habian tenido relaciones con ella cuando era esposa de M. de Beauharnais: iban á verla por la mañana, pero nunca por la noche, y eran recibidos en el entresuelo de las Tullerias, donde habia dispuesto su aposento particular; presentándose como pretendientes porfiados mientras estaban allí, disculpándose mucho de haber estado cuando salian, y alegando por disculpa el deseo de servir á amigos desgraciados. Mad. Bonaparte comenzia el yerro de admitir aquellas relaciones equívocas; y su marido, aunque importunado muy frecuentemente, los sufria, sin embargo, por complacer á su esposa, y tambien por el deseo de saberlo todo y tener comunicaciones con todos los partidos. Habia pocos entre aquellos pretendientes que por sí ó por sus allegados no tuviesen algo que agradecer al gobierno; pero no por eso era mas comedido su lenguaje. Todo lo que se hacia por ellos, era á sus ojos una cosa debida: habíanlos despojado de sus bienes, y si se los devolvian era un deber y un acto de arrepentimiento, por el cual no querian estar agradecidos á nadie. Se burlaban de todo y de todos, aun de la turbacion de Mad. Bonaparte, la cual si bien estaba envanecida de pertenecer al primer hombre del siglo, parecia que le daba vergüenza de ocupar su elevado puesto junto al gefe del gobierno, y era á la vez demasiado buena y débil para anonadarlos con el or-

gullo legítimo que debia haber tenido. Se burlaban de todos, decimos, excepto, sin embargo, del primer Cónsul, á quien encontraban gran general pero político mediano, sin enlace en sus ideas, favoreciendo un dia á los jacobinos y otro á los realistas, sin voluntad sino para la guerra, porque la guerra era su oficio, y aun aquí era inferior á Moreau bajo mas de un aspecto. No hay duda que habia logrado triunfos brillantes, y aquellos señores convenian en ello; hasta entónces todo le habia salido bien, pero ¿cuánto tiempo duraria todo eso?..... Es verdad que la Europa no podia ahora resistirle; pero vencedor fuera, ¿venceria tambien dentro todas las dificultades que le rodeaban? El estado de la hacienda parecia mejorarse, pero el papel que habia sido el recurso efímero de todos los gobiernos revolucionarios, era todavia el del presente: por todas partes solo se veian obligaciones de los recaudadores generales, billetes del Banco de Francia &c. ¿No concluiria este nuevo papel como habia concluido el demás? Si bien ó mal se podia atender á las necesidades era porque los ejércitos vivian sobre el pais conquistado; pero ¿cómo se haria para mantenerlos cuando concluida la paz volviesen á su territorio? La propiedad territorial estaba aniquilada, y pronto los contribuyentes no podrian ni querrian pagar las contribuciones. Se hablaba, es cierto, de lo satisfechas que se hallaban algunas clases; los sacerdotes y los emigrados eran bien tratados por el gobierno; pero este llamaba á los emigrados sin devolverles sus bienes, y eran enemigos que se trasladaban desde fuera adentro, y por lo tanto mas peligrosos: llamaba á los sacerdotes pero sin devolverles sus altares. Conceder las cosas asi á medias era hacerse agradecidos de un dia, que debian convertirse en ingratos al siguiente. Bonaparte, como le llamaban aquellos realistas, porque jamás se dignaban darle su título legal, Bonaparte solo hacia las cosas de una manera incompleta. Habia permitido celebrar el Domingo, y no se habia atrevido á abolir el *décadi*, y la Francia entregada á sí misma habia vuelto al Domingo. Y no era esta, la única cosa de lo pasado á que volveria desde el momento que se le diese el ejemplo ó se la dejase en libertad. Al restablecer Bonaparte ya esto ya lo otro, él mismo empezaba una contrarevolucion que en breve le arrastraria mas lejos de lo que imaginaba. A fuerza de resucitar una multitud de cosas, ¿llegaria hasta á restaurar la monarquía, y quizas á restaurarla para él haciéndose rey ó emperador? De este modo haria la contra revolucion mas cierta, encargándose de verificarla con sus propias manos: sobre aquel trono restaurado, se necesitarian bien pronto los únicos príncipes dignos de ocuparle; y asi restableciendo la institucion, la restablecia para los Borbones (1)!

Sucede á veces que el odio piensa atinada y justamente, porque se recrea en suponer faltas, y por desgracia las faltas son siempre lo mas probable: solo que en su impaciente ardor adelanta los tiempos. Aquellos sutiles habladores no sabian hasta qué punto decian verdad; pero tambien ignoraban que antes que se cumpliesen sus predicciones, era menester que el mundo se conmoviese por espacio de quince años, que aquel hombre de quien asi hablaban, hubiese hecho cosas sublimes y cometido faltas inmensas, y que antes de que todo esto aconteciese, tendrian ellos tiempo de desmentirse, de renegar de su causa, de abandonar á aquellos príncipes, los únicos legítimos á sus ojos, y de servir á aquel dueño efímero, de ¡servirle y de adorarle! Ignoraban que si la Francia volvia algun dia á los Borbones, seria como arrojada por la tempestad al pié de un árbol de siglos y solo por un momento!

Jorge y sus sicarios.

Inferiores á estos, conspiraban y no con palabras, los intrigantes al servicio de los Borbones; y mas abajo todavia, pero mas peligrosamente, los agentes de Jorge, con el dinero que habia venido de Inglaterra. Jorge, desde su vuelta de

(1) No pinto á mi capricho los emigrados de aquel tiempo. El lenguaje que les atribuyo está literalmente extractado de las voluminosas correspondencias dirigidas a Luis XVIII y traidas por este príncipe á Francia. Dejadas durante los cien dias en las Tullerias, y depositadas despues en los archivos de los negocios extrangeros, estas contienen el singular testimonio de las ilusiones y pasiones de aquel tiempo. Algunas son muy ingeniosas, y todas sumamente curiosas.

Londres se hallaba en el Morbihan, ocultándose á la vista de todos, y representando el papel de un hombre resignado que vuelve á sus campos; pero implacable en la realidad, habia jurado en su corazon, jurándolo tambien á los Borbones, ó sucumbir, ó acabar con el primer Cónsul. Dar una especie de batalla á los granaderos de la guardia consular era imposible; sin embargo, habia entre los chuanes brazos dispuestos á echar mano al último recurso de los partidos vencidos, es decir al asesinato. Entre ellos se podia hallar una gavilla dispuesta á todo, asi á los crimenes mas horrorosos como á las tentativas mas temerarias. Ignorando Jorge todavia la ocasion y el lugar que se deberia elegir, los tenia en movimiento, comunicábase con ellos por medio de confidentes, y les proporcionaba, para que se mantuviesen, el robo en los caminos reales, ó una parte del dinero que recibia con profusion del gabinete británico.

Error del primer Cónsul acerca de la naturaleza de los peligros que le amenazaban.

Satisfecho el primer Cónsul de los homenages de la Francia, y de la adhesion unánime de los hombres sinceros y desinteresados de todos los partidos, se inquietaba muy poco por las expresiones de los unos y por los complots de los otros. Enteramente dedicado á su obra, hacia poco caso de los vanos discursos de los ociosos, aun cuando estuviese muy lejos de ser insensible á ellos; pero actualmente estaba demasiado absorto en su tarea, para prestarles sobrada atencion. Tampoco pensaba mucho mas en los complots dirigidos contra su persona; los consideraba como uno de aquellos azares que arrostraba todos los dias en los campos de batalla con la indiferencia del fatalismo. Por lo demas, él mismo se engañaba respecto á la índole de sus peligros. Desde que el 18 de Brumario arrancó el poder al partido revolucionario, le habia tenido por su enemigo principal, y le achacaba cuanto sucedia, y al parecer, solamente odiaba á este partido. Los realistas no eran á sus ojos, al menos por entonces, mas que un partido perseguido, que se necesitaba sacar de la opresion; y aunque no ignoraba que habia entre ellos algunos malvados, sin embargo, viviendo entre los moderados habia adquirido la costumbre, de no temer ninguna clase de violencias sino de parte de los revolucionarios. No obstante, uno de sus consejeros M. Fouché ministro de la Policía, procuraba siempre rectificar su opinion sobre este punto.

Hombres que componian el gobierno, y tenian alguna influencia con el primer Cónsul.

En aquel gobierno, reducido casi á un hombre, todos los ministros se habian eclipsado á excepcion de MM. Fouché y de Talleyrand. Solo ellos habian conservado el privilegio de no ser cubiertos enteramente por aquella aureola brillante que rodeaba al primer Cónsul, y en la cual desaparecian todos, excepto él. El general Berthier, acababa de reemplazar á Carnot en el ministerio de la guerra, porque era mas flexible, y se hallaba mas resignado al modesto papel de comprender y de comunicar las ideas de su gefe, lo que hacia con una claridad y una precision verdaderamente admirables. No era poco mérito el ser digno gefe de estado-mayor del capitan mas grande del siglo, y quizas de todos los siglos; pero Berthier al lado del primer Cónsul, no podia tener ninguna importancia como director de las operaciones militares. La marina llamaba poco la atencion en aquella época. La hacienda solo exigia la aplicacion firme y perseverante, pero obscura, de algunos principios de órden, que una vez establecidos debian durar siempre. La policía al contrario, era de mucha importancia á causa de la vasta arbitrariedad de que se habia armado el gobierno; igual importancia tenian los negocios extrangeros, á causa de las relaciones que debian restablecerse con todo el mundo. Para la policía, necesitaba el primer Cónsul un hombre que conociese los partidos, y los individuos que los componian, y esta era la causa de la influencia que habia adquirido Fouché. Respecto á los negocios extrangeros, aunque el primer Cónsul fuese el mejor personage que podia presentarse á la Europa, necesitaba, no obstante, un intermediario asiduo, mas afable y con mas paciencia que él, y esta era la causa de la influencia que gozaba M. de Talleyrand. Asi, pues, MM. de Fouché y de Talleyrand divi-

El ministerio de policía y de negocios extrangeros son los dos únicos importantes.

dian entre si la sola parte de crédito político que entonces tenian los ministros.

Lo que era la policía bajo el Consulado y el Imperio.

La policía no era en aquella época, lo que por fortuna ha venido á ser despues, una simple vigilancia sin poder, encargada únicamente de celar y de asegurar la justicia. Entonces se depositaba con ella en manos de un solo hombre una arbitrariedad inmensa. El ministro de la policía podia desterrar á los unos como revolucionarios, á los otros como emigrados que habian vuelto; señalar á los unos y á los otros el lugar de su residencia, y á veces hasta reducirlos á prision sin temer las revelaciones de la prensa ó de la tribuna, impotentes entonces y desacreditadas; podia alzar ó mantener el secuestro de los bienes de los proscriptos de todas épocas; devolver ó quitar á los sacerdotes sus iglesias; suprimir ó reprender á un periódico que no agradase, y por último, designar todo individuo á la desconfianza ó al favor de un gobierno, que tenia en aquel tiempo un número extraordinario de empleos que repartir, y que en breve tuvo las riquezas de la Europa para distribuirlas entre sus hechuras. El ministro, á quien las leyes de aquella época conferian tales atribuciones, aunque sometido á la autoridad superior y vigilante del primer Cónsul, ejercia sobre todas las personas un poder formidable.

M. Fouché ministro de la policía.

M. Fouché encargado de ejercer aquel poder, ex-sacerdote de la congregacion de S. Felipe Neri, y antiguo convencional, era un personage inteligente y astuto, ni bueno ni malo, que conocia bien á los hombres, especialmente á los malos, y que los despreciaba sin distincion; que empleaba los fondos de la policía en mantener á los factores de los motines, lo mismo que en vigilarlos; siempre dispuesto á proporcionar pan ó un destino á los hombres cansados de las agitaciones políticas; procurando así amigos al gobierno, y sobre todo á sí mismo; creándose mas bien que espías crédulos ó falaces, hombres que le estaban agradecidos, y que no dejaban nunca de instruirle de lo que tenia interes en saber, y teniendo hombres de estos en todos los partidos aun entre los realistas, á quienes sabia contentar y contener oportunamente; siempre advertido á tiempo, sin exagerarse jamas el peligro ni exagerarle á su gefe; distinguiendo con tino al imprudente del hombre temible; sabiendo aconsejar al uno y perseguir al otro; y desempeñando, en una palabra, la policía, como no se ha desempeñado mejor despues; porque consiste en desarmar los odios mas bien que en reprimirlos; ministro superior si su extremada inteligencia hubiese tenido otro principio que la indiferencia mas completa al bien ó al mal, si su actividad incesante hubiese tenido otro móvil que una necesidad de mezclarse en todo, lo que le hacia incómodo y sospechoso al primer Cónsul, y le daba á veces las apariencias de un intrigante subalterno: por lo demas, su fisonomía inteligente, vulgar y equívoca, mostraba á las claras las cualidades y defectos de su alma.

Celoso el primer Cónsul de su confianza no la otorgaba tan fácilmente, á menos que no estimase mucho á un hombre; se valia de M. Fouché, pero no confiaba en él. Así, pues, algunas veces buscaba el modo de suplirle y de fiscalizarle, facilitando dinero á su secretario Bourrienne, al gobernador de Paris, Murat, y sobre todo á su ayudante de campo Savary, para establecer así muchas policías contradictorias. Pero M. Fouché sabia siempre convencer de torpeza y de puerilidad á aquellas policías secundarias, mostrándose solo bien informado, y á la vez que contradecia al primer Cónsul, se atraia su voluntad por aquella manera de tratar á los hombres, en la cual no entraba ni amor ni odio, pero sí una aplicacion constante á arrancarlos uno á uno de la vida agitada de las facciones.

Opinion de M. Fouché sobre los partidos, y peligros que debia temer el gobierno por parte de ellos.

M. Fouché, fiel á medias al partido revolucionario, contemplaba con gusto á sus antiguos amigos, y se atrevia á contradecir al primer Cónsul sobre este particular. Conociendo á fondo su situacion moral, y apreciando en su justo valor á los malvados que contenia el partido realista, no cesaba de repetir, que si habia peligro, mas bien era por parte de los realistas que de los revolucionarios, como habria lugar de conocerlo muy en breve. Tenia tambien el mérito, que no supo conservar por

largo tiempo, de sostener; que seria mejor no abandonar tan pronto la Revolucion ni sus ideas. Oyendo ya decir á los aduladores de la época, que era preciso ir mas á prisa en el camino de la reaccion, no tener en cuenta las preocupaciones revolucionarias, y establecer alguna cosa que se pareciese á la monarquía, menos los Borbones, se atrevia á censurar sino el objeto, al menos la imprudencia con que se expresaban ciertas personas. Al mismo tiempo que el primer Cónsul conocia la exactitud de sus consejos dados con buen juicio, pero sin franqueza y sin dignidad, el primer Cónsul se sentia satisfecho pero no contento, reconociendo, sin apreciarlos, los servicios de aquel personage.

M. de Talleyrand. Sus opiniones y su papel al lado del primer Cónsul.

M. de Talleyrand representaba un papel en un todo contrario; pues ni profesaba afecto á M. Fouché ni tenia con él ninguna semejanza. Antiguos sacerdotes los dos, y procedentes el primero del alto clero y el segundo del inferior, solo tenian de comun el haberse aprovechado de la Revolucion, para despojarse el uno de la vestidura de prelado, y el otro de la sotana de un profeso de la congregacion del Oratorio. Preciso es confesar que ofrecia un espectáculo extraño, y que retrataba bien aquella sociedad profundamente desquiciada, aquel gobierno compuesto de un militar y de dos sacerdotes que habian abjurado de su estado, y que á pesar de hallarse asi compuesto, brillaba tanto y gozaba de tanta influencia en el mundo.

M. de Talleyrand, nacido en la mas alta clase, destinado á las armas por su nacimiento, obligado al sacerdocio por un accidente que le habia privado del uso de un pie; sin vocacion alguna hácia aquella profesion que le habian impuesto, y siendo sucesivamente prelado, cortesano, revolucionario, emigrado, y por último ministro de negocios extrangeros del Directorio, habia conservado algo de todos aquellos estados, y en él se encontraba al obispo, al gran señor, y al revolucionario. No teniendo ninguna opinion bien formada, y si solo una moderacion natural, á la que repugnaban todas las exageraciones; tomando como suyas al momento las ideas de aquellos á quienes queria complacer por gusto ó por interes; expresándose en un lenguage único y peculiar á aquella sociedad que Voltaire habia instituido; fecundo en dichos festivos y punzantes, que le hacian no menos temible que atractivo; alternativamente afable ó desdeñoso, y comunicativo ó impenetrable; indolente con dignidad; cojo sin ser desairado; personage, en fin, de los mas singulares, y que solo una revolucion puede producir, era el mas seductor de los diplomáticos, pero incapaz al mismo tiempo de dirigir como gefe los negocios de un grande Estado; porque para dirigir se necesita tener voluntad, miras determinadas, y aplicacion al trabajo, y él no reunia ninguna de estas circunstancias. Su voluntad se limitaba á complacer, sus miras consistian en las opiniones del momento, y no tenia ninguna aficion al trabajo. Era, en una palabra, un embajador completo, pero no un ministro para dirigir; bien entendido, que debe tomarse esta frase en su acepcion mas elevada. Por otro lado, aquel era el único papel que habia que desempeñar bajo el gobierno del primer Cónsul, pues este no dejaba á nadie el derecho de tener una opinion sobre los negocios de la guerra ó de la diplomacia. Asi, pues, solo empleaba á M. de Talleyrand para negociar con los ministros extrangeros, segun su voluntad, lo cual desempeñaba con un arte que nadie sabrá sobrepujar. No obstante, tenia un mérito moral, y era el de querer la paz bajo un gefe que queria la guerra, y manifestarlo asi. Dotado de un gusto exquisito, de un tacto seguro y fino, y hasta de una pereza útil, podia hacer servicios efectivos con solo oponer á la facundia del primer Cónsul, á su actividad de pluma y de accion, su moderacion, su comedimiento y su misma inclinacion á no hacer nada. Pero influia poco en el ánimo de aquel dueño imperioso, al que no podia dominar ni por el talento ni por la conviccion en sus opiniones. Por lo tanto no tenia mas imperio sobre él que M. Fouché, y acaso menos, si bien lo empleaba el primer Cónsul con mas gusto y con la misma frecuencia.

Por lo demás, M. de Talleyrand opinaba muy distintamente que M. Fouché. Partidario del antiguo régimen, á excepcion de las personas y de las preocupaciones ridículas de otras veces, aconse-

jaba reconstruir la monarquía, ó un equivalente, sirviéndose de la gloria del primer Cónsul á falta de sangre real; y añadiendo, que si se queria una paz pronta y duradera con la Europa, era preciso apresurarse á imitarla. Y mientras que el ministro Fouché aconsejaba en nombre de la Revolucion no caminar tan de prisa, M. de Talleyrand aconsejaba en nombre la Europa no se procediese con tanta lentitud.

El primer Cónsul apreciaba el buen juicio vulgar de M. Fouché, y le gustaban las gracias de M. Talleyrand, pero no creia á ninguno sobre materia alguna; y en cuanto á su confianza la habia otorgado entera, no á uno de estos dos hombres, sino á su cólega Cambaceres. Este, aunque poco brillante por su talento, poseia un singular criterio, y profesaba al primer Cónsul una adhesion sin límites. Habiendo temblado por espacio de diez años bajo el mando de tiranos de toda especie, amaba con cierta ternura al hombre poderoso que al fin le procuraba la facultad de respirar libremente, y en él, su poder, su genio y su persona, de la cual no habia recibido ni esperaba recibir mas que beneficios. Conociendo las debilidades de los hombres, aun de los mas grandes, aconsejaba al primer Cónsul, como se aconseja cuando se quiere ser escuchado, con buena fé y miramientos infinitos; jamás para hacer brillar sus conocimientos, siempre para ser útil á un gobierno á quien amaba entrañablemente; aprobando en público todos sus actos, cualesquiera que fuesen, no permitiéndose desaprobarlos sino en secreto y en entrevistas particulares con el primer Cónsul; callando cuando las cosas no tenian remedio y la crítica no podia pasar de una vana censura, y hablando siempre y con cierta audacia y atrevimiento, muy meritorio en él, que era el mas tímido de los hombres, cuando era tiempo de prevenir una falta, ó de influir en la conducta general de los negocios. Y como si fuese condicion precisa que un carácter que se contiene sin cesar tuviese algun lado débil, el Cónsul Cambaceres manifestaba con sus inferiores una vanidad pueril; vivia con algunos cortesanos subalternos que lo adulaban servilmente; se paseaba casi todos los dias en el Palacio Real con un trage ridículamente magnífico, y buscaba en la glotonería que llegó á ser en él proverbial, placeres que satisfacian á su alma vulgar aunque discreta. ¡Pero qué importaban algunas estravagancias en un hombre cuya razon era tan superior!

Carácter y papel de M. Cambaceres.

El primer Cónsul perdonaba con gusto á su cólega aquellas rarezas, y hacia de él mucho caso, apreciando su juicio superior, que no queria brillar sino ser útil, y que esclarecia todas las cosas con una luz templada pero verdadera. Apreciaba sobre todo la sinceridad de su afecto, y se reia de sus rarezas, pero con miramiento, tributándole el mayor de los homenages, cual era el de contárselo todo, y escuchar con gran interes sus pareceres. Asi pues, solo este personage tenia sobre él alguna influencia, apenas sospechada, y por lo mismo muy grande.

Aprecio que el primer Cónsul hacia de su cólega Cambaceres.

El Cónsul Cambaceres era especialmente á propósito para templar los arrebatos de su cólega respecto á las personas, y su precipitacion en las cosas. En medio de aquel conflicto de dos tendencias opuestas, impulsando una de ellas á una reaccion precipitada, y la otra, por el contrario, combatiéndola, M. de Cambaceres, inflexible cuando se trataba de conservar el órden, en lo demás opinaba porque se caminase mas despacio. No se oponia al fin á que se encaminaban las cosas de un modo visible, pues repetia sin cesar que en buen hora se concediese al primer Cónsul todo el poder que se quisiese, pero no precipitadamente. Queria sobre todo que se prefiriese siempre la realidad á la apariencia, y el poder verdadero á lo que no era mas que la ostentacion. Un primer Cónsul con poder de hacer todo lo que quisiese para el bien, le parecia valer mucho mas que un príncipe coronado, coartado en su accion. Obrar y ocultarse, y sobre todo no obrar de prisa, componia todo su saber, y si bien es verdad, que esto no prueba genio, prueba al menos prudencia, y ambas cosas se necesitan para fundar un grande Estado.

Ademas de aconsejarle con una razon superior, servia tambien Cambaceres al primer Cónsul para dirijir el Senado. Ya hemos dicho que este cuerpo

tenía una importancia inmensa, pues hacia todas las elecciones, y en los primeros momentos habia sido abandonado en cierto modo á M. Sieyes, como una indemnizacion del poder ejecutivo, conferido del todo al general Bonaparte. M. Sieyes, satisfecho al principio con abdicar, y viviendo en su tierra de Crosne, empezaba á experimentar algun mal humor por su nulidad, pues jamas se ha abdicado sin sentimiento. Si hubiera tenido voluntad y arrojo, habria podido arrancar el Senado al primer Cónsul, y entonces no habria quedado mas recurso que un golpe de Estado. Pero M. de Cambaceres sin ruido, sin ostentacion, insinuándose poco á poco en aquel cuerpo, ocupaba el terreno que le abandonaba la desabrida negligencia de M. Sieyes. Sabiase que solo por su conducto se podia llegar hasta el primer Cónsul, origen de todos los favores, y á él era, en efecto, á quien se dirigian. M. de Cambaceres se aprovechaba de ello con suma habilidad y cordura para atraerse ó contener á los que querian hacer la oposicion; y se manejaba con tanta prudencia que nadie pensaba en quejarse. En un tiempo en que el ir despacio en todo era lo mas cuerdo, en que hasta aquella lentitud era necesaria para hacer renacer algun dia el gusto de la libertad, nadie se atrevia á censurar ni á calificar con el nombre de corruptor, al hombre que por una parte moderaba al gefe que los acontecimientos habian puesto en el poder, y detenia por otra las imprudencias de una oposicion que no tenia ni objeto, ni oportunidad, ni talentos políticos.

El cónsul Lebrun.

En cuanto al Cónsul Lebrun, el general Bonaparte le trataba con consideraciones, y aun con afecto, pero como á un personage que se mezclaba poco en los negocios, si se exceptuan los administrativos. Le encargaba velase en los pormenores de la hacienda, y le tuviese al corriente de lo que hacian ó pensaban los realistas que le rodeaban muy á menudo, siendo para el primer Cónsul como un oido ó un ojo que tenia entre ellos; sin que por otra parte tuviese él mas que un puro interes de curiosidad en saber lo que podia suceder por aquel lado.

Familia del primer Cónsul.

Para dar una idea exacta de todas las personas que rodeaban al primer Cónsul, es necesario decir algunas palabras acerca de su familia. Tenia cuatro hermanos, José, Luciano, Luis y Gerónimo: á su tiempo daremos á conocer los dos últimos, pues entonces solo José y Luciano tenian alguna importancia. José, el mayor de todos, habia contraido matrimonio con la hija de un rico y respetable comerciante de Marsella: era afable, bastante agudo, de agradable presencia, y daba menos disgustos á su hermano que los demas. A este reservaba el primer Cónsul el honor de negociar la paz de la República con los Estados del antiguo y del nuevo mundo; ya le habia encargado concluir el tratado que se preparaba con la América, y acababa de nombrarle plenipotenciario en Luneville, procurando de este modo proporcionarle un papel que agradase á la Francia. Luciano, actual ministro del interior, era hombre de talento, pero inconstante, inquieto, difícil de dirigir, y que no tenia suficiente talento para suplir lo que le faltaba de buen juicio. Ambos lisonjeaban la inclinacion del primer Cónsul á elevarse al poder supremo, y esto se concibe: el genio del primer Cónsul y su gloria le eran en un todo personales; y solo una cualidad podia ser transferida á su familia, cual era la cualidad de príncipe si la tomaba algun dia, prefiriéndola á la de primer magistrado de la República. Sus hermanos eran de los que decian con menos rebozo, que la forma actual de gobierno no habia sido mas que una transicion, imaginada para manejar las preocupaciones revolucionarias; pero que era necesario tomar un partido, y que si se queria fundar alguna cosa verdaderamente estable, no habia mas remedio que concentrar mas el poder y darle mas unidad y duracion. El objeto que se proponian es bien claro. Como todo el mundo sabe, el primer Cónsul no tenia hijos, lo cual apuraba mucho á los que soñaban ya con la transformacion de la República en una monarquia. En efecto, era difícil pretender que se quisiese asegurar la transmision regular y natural del poder, en la familia de un hombre que no tenia herederos. Y asi, como para el porvenir aque-

lla falta de herederos podia ser una ventaja personal para los hermanos del primer Cónsul, era entónces un argumento contra sus proyectos, y acusaban á Mad. Bonaparte como causa de aquella desgracia. Incómodos con ella por rivalidades de influencia, la habian tenido pocas consideraciones hablando con su esposo; repitiendo sin cesar y manifiestamente, que el primer Cónsul necesitaba por precision una muger que le diese hijos, pues no era un asunto de interes privado sino público; y que era indispensable tomar una resolucion sobre este punto si se queria asegurar el porvenir de la Francia. Estos funestos discursos que contenian para ella la perspectiva mas siniestra, pasaban de boca en boca, y la esposa del primer Cónsul, tan afortunada en la apariencia, estaba en aquel momento muy lejos de ser dichosa.

Madama Bonaparte.

Josefina Bonaparte, casada en primeras nupcias con el conde de Beauharnais, y despues con el jóven general que habia salvado á la Convencion el 13 de Vendimiario, y que al presente compartia con él un puesto que se empezaba á parecer á un trono, era criolla de nacimiento, y con todas las gracias y todos los defectos, propios de las mugeres de aquel orígen. Buena, pródiga y frívola, poco hermosa, pero elegante en extremo, y dotada de un extraordinario atractivo, sabia agradar mucho mas que las mugeres que le sobrepujaban en talento y hermosura. La ligereza de su conducta, pintada á su esposo con negros colores, cuando volvió de Egipto, le llenó de cólera, y quiso separarse de una muger, á quien con razon ó sin ella creia culpable. Ella lloró largo tiempo á sus pies, y sus dos hijos Hortensia y Eugenio de Beauharnais, muy queridos ambos del general Bonaparte, lloraron tambien, logrando vencerle y atraerle por una ternura conyugal, que por espacio de muchos años triunfó en él de la política. Olvidó las faltas verdaderas ó supuestas de Josefina, y siguió amándola, pero nunca como en los primeros dias de su union. Las prodigalidades sin límites y las imprudencias lamentables que diariamente cometia, causaban muy á menudo á su esposo arrebatos de impaciencia, que no era dueño de contener, pero perdonaba con la bondad del poder dichoso, y no podia estar irritado mucho tiempo con una muger que habia compartido con él los primeros momentos de su grandeza naciente, y que al venir á sentarse un dia á su lado, parecia haberle traido consigo la fortuna.

Madama Bonaparte era una verdadera muger del antiguo régimen, devota, supersticiosa, y aun realista; detestando á los que ella llamaba jacobinos, quienes le correspondian del mismo modo, y no comunicándose sino con las gentes de otros tiempos, que vueltas en tropel á Francia, como ya lo hemos dicho, iban á visitarla por la mañana. La habian conocido esposa de un hombre respetable, y bastante elevado en rango y en dignidad militar, cual era el infortunado Beauharnais, muerto en el cadalso revolucionario; ahora la veian esposa de un advenedizo, pero de un advenedizo mas poderoso que todos los príncipes de Europa, y no temian exigirla favores al paso que la miraban con desden. Ella se apresuraba á darles parte de su poder, y á prestarles servicios, procurando al mismo tiempo engendrar en ellos una ilusion, á la cual se prestaban gustosos, y era, que en el fondo el general Bonaparte no esperaba mas que una ocasion favorable para llamar á los Borbones, y devolverles la herencia que les pertenecia. Y ¡cosa estraña! aquella ilusion que se complacia en provocar en el ánimo de aquellos hombres, tambien hubiera querido ella alimentarla; porque hubiera preferido ver á su esposo súbdito de los Borbones, pero súbdito protector de sus reyes, y rodeado de los homenages de la antigua aristocracia francesa, mejor que monarca coronado por mano de la nacion. Era muger de un corazon débil; y aunque frívola, amaba á aquel hombre que la cubria de gloria; amándole mucho mas desde que se veia menos querida. No figurándose que pudiese sentar su atrevida planta sobre las gradas del trono, sin que cayese al momento bajo el puñal de los republicanos ó de los realistas; veia confundidos en la ruina comun á sus hijos, á su marido y á sí misma. Pero aun suponiendo que llegase sano y salvo á sentarse sobre aquel trono usurpado, asaltaba á su corazon el temor de que ella no iria á sentarse al lado suyo. Si algun dia hacian á Bo-

naparte rey ó emperador, seria evidentemente con el pretexto de dar á la Francia un gobierno estable, haciéndole hereditario, y por desgracia los médicos no le dejaban ninguna esperanza de que podria tener hijos. Respecto á este particular se acordaba de la singular prediccion de una muger, especie de Pitonisa que estaba entonces en voga, que le habia dicho: «Ocupareis el primer puesto del mundo, pero por poco tiempo.» Habia ya oido á los hermanos del primer Cónsul pronunciar la palabra fatal de divorcio; y la infortunada, á quien las reinas de Europa hubieran podido envidiar, juzgando solo de su suerte, por el brillo exterior de que estaba rodeada; vivia en amargas zozobras. Al mismo tiempo que progresaba su fortuna añadiendo apariencias á su felicidad, se aumentaban los pesares de su vida; y si lograba libertarse de sus penas devoradoras, era por su ligereza de carácter que no la dejaba entregarse á largas meditaciones. El cariño que le profesaba el general Bonaparte, y hasta los bruscos arrebatos á que se abandonaba, reparándolos al instante con rasgos de bondad, concluian por asegurarla: arrebatada ademas como todas las personas de aquel tiempo, por un torbellino fascinador, contaba con el dios de las revoluciones, con el acaso; y despues de vivas inquietudes se entregaba al goce de su fortuna. Entretanto procuraba disuadir á su marido de las ideas de una grandeza exagerada, y aun se atrevia á hablarle de los Borbones, salvo si se habian de provocar tempestades; y á pesar de sus inclinaciones que debieran haberle hecho preferir á M. de Talleyrand, se habia decidido por M. Fouché, porque aunque era jacobino, se atrevia á decir la verdad al primer Cónsul; y á sus ojos la verdad era que le aconsejasen la conservacion de la República, sin que por eso dejase de aumentar su poder consular. MM. de Talleyrand y de Fouché, creyendo adquirir mas influencia introduciéndose en la familia del primer Cónsul, adulaban á cada parte como querian que se les adulase. M. de Talleyrand procuraba complacer á los hermanos, diciéndoles que era necesario imaginar para el primer Cónsul otro puesto que el que le señalaba la Constitucion; y M. de Fouché se esmeraba en complacer á Madama Bonaparte, asegurándole que se cometian imprudencias muy graves, y que se perderia todo por querer conseguir tan atropelladamente. Este modo de penetrar en las interioridades de su familia, y de excitar sus pasiones mezclándose en ellas, disgustaba al primer Cónsul, quien así lo manifestaba muy á menudo, y cuando tenia que comunicar algo á los suyos se lo encargaba á su cólega Cambaceres, quien con su prudencia acostumbrada, lo oia todo, no decia nada mas que lo que le encargaban, y desempeñaba aquel género de comisiones con tanto miramiento como exactitud.

Singular paso de Luis XVIII cerca del primer Cónsul.

Una circunstancia bastante extraña vino á añadir á todas aquellas agitaciones interiores un asunto presente y positivo. El príncipe, que fue despues Luis XVIII, desterrado entonces, habia dado un paso singular y poco reflexivo. Muchos realistas, para explicar y excusar su adhesion al nuevo gobierno, fingian creer, ó creian en efecto, que el general Bonaparte queria llamar á los Borbones. Aquellos hombres que no habian leido, ó no habian sabido leer la historia de la revolucion de Inglaterra, ni descubrir las terribles lecciones de que estaba llena, acababan de descubrir en ella cierta analogía que encantaba sus esperanzas: era el llamamiento de los Stuardos por el general Monck: pero suprimian á Cromwell, cuyo papel era, no obstante, demasiado grande para ser olvidado. De este modo habian concluido por producir una opinion ficticia, que habia llegado hasta los oidos de Luis XVIII. Este príncipe dotado de tacto y de talento, habia cometido la torpeza de escribir al general Bonaparte, y le habia dirigido muchas cartas, dignas en su concepto de su posicion, pero que no lo eran, y que solo probaban las ilusiones ordinarias de la emigracion. He aquí la primera de aquellas cartas:

»20 *de Febrero de* 1800.

»Cualquiera que sea la conducta apa»rente de los hombres como vos, nun»ca inspiran inquietud. Habeis aceptado »un puesto eminente, y por ello os es»toy agradecido. Mejor que nadie sabeis »cuanta fuerza y poder se necesita pa»ra hacer la felicidad de una gran na-

»cion. Salvad la Francia de sus propios »furores, y con eso habreis llenado el »primer deseo de mi corazon; devolved»le su rey, y las generaciones futuras »bendecirán vuestra memoria. Siempre »sereis demasiado necesario al Estado, »para que yo pueda nunca satisfacer »con puestos importantes la deuda de »mis abuelos y la mia.»

«Luis.»

Al recibir esta carta quedó muy sorprendido el primer Cónsul, y permaneció indeciso, no sabiendo si debia darle alguna contestacion. Se la habia entregado el Cónsul Lebrun, quien la habia recibido del abate Montesquieu. Embebido el primer Cónsul en la multitud de los negocios al principio de su gobierno, dejó pasar el tiempo sin dar respuesta. El príncipe, impaciente, como un emigrado, escribió una segunda carta, todavia mas impregnada de la credulidad de su partido, y mas indecorosa para su dignidad, cual es la siguiente:

»Hace mucho tiempo, general, que »debeis saber os profeso la mayor es»timacion. Si dudais que yo sea ca»paz de agradecimiento, señalad el pues»to que quereis ocupar, y fijad la suer»te de vuestros amigos. En cuanto á mis »principios, soy frances: clemente por »carácter, lo seré por razon.

»No, el vencedor de Lodi, de Cas»tiglione y de Arcola; el conquistador »de Italia y del Egipto, no puede pre»ferir á la gloria una vana celebridad. »Sin embargo, perdeis un tiempo pre»cioso: nosotros podemos asegurar el »sosiego de la Francia; y digo *nosotros*, »porque necesito para ello á Bonaparte, »y él sin mi no podria conseguirlo.

»General, la Europa os observa, la »gloria os espera, y yo estoy impacien»te por restituir la paz á mi pueblo.

«Luis.»

Esta vez no creyó el primer Cónsul que podia dejar de contestarle. En el fondo de su corazon jamas habia dudado lo que debia hacer respecto á los príncipes caidos. Fuera de toda ambicion, consideraba como impracticable y funesta la vuelta de los Borbones al trono; y los rechazaba por conviccion, cualquiera que fuese por otra parte su deseo de ser el dueño de la Francia. Su esposa estaba instruida de su secreto, y tambien su secretario, y si bien no les hacia el honor de admitirles á tales deliberaciones, les manifestó los motivos que tenia para obrar asi. Su esposa se habia casi arrojado á sus pies para suplicarle dejase al menos alguna esperanza á los Borbones, pero él la apartó con enojo, y dirigiéndose á su secretario, le dijo: «No conoceis á esas gentes: si yo les devolviese su trono, creerian haberle recobrado por la gracia de Dios. Bien pronto se verian rodeados y arrastrados por la emigracion, y querrian trastornarlo y rectificarlo todo, aun lo que no puede serlo. ¿Qué seria de los numerosos intereses creados desde el año ochenta y nueve? ¿Qué seria de ellos y de los compradores de bienes nacionales, y de los gefes del ejército, y de todos los hombres que han comprometido en la revolucion su vida y su porvenir? Y despues de los hombres, ¿qué seria de las cosas? ¿Qué de los principios por que hemos combatido? Todo pereceria, pero no sin conflictos, pues esto produciria una lucha horrorosa en la que sucumbirian millares de hombres. Jamas, no, jamas tomaré una resolucion tan funesta.—Y tenia razon; dejando aparte su interes personal, hacia bien. Su dictadura, que retardaba el establecimiento de la libertad política en Francia, libertad, por otra parte, muy dificil entonces, concluia el triunfo de la Revolucion francesa, que ni aun Waterloo mismo podia destruir, con la condicion de llegar quince años despues.

Su respuesta debia ser conforme á su pensamiento, y no dejar esperanzas que no queria cumplir. Solo por el texto mismo de la carta puede juzgarse de la grandeza de expresion con que contestó al paso imprudente del príncipe desterrado.

«*Paris* 20 *de Fructidor del año VIII* (7 *de Setiembre de* 1800).

»He recibido, señor, vuestra carta, »y os doy las gracias por las cosas ho»noríficas que me decis.

»No debeis desear vuestra vuelta á »Francia, porque tendriais que andar so»bre quinientos mil cadáveres.

»Sacrificad vuestros intereses al so»siego y á la felicidad de la Francia: la »historia os lo tomará en cuenta.

»No soy insensible á las desgracias »de vuestra familia; y contribuiré con »placer á la dulzura y tranquilidad de »vuestro retiro.

«BONAPARTE.»

Algo se traslució de todo esto, haciéndose por lo tanto mas evidentes los designios personales del primer Cónsul.

Las tentativas de los partidos contra un poder naciente son siempre las que apresuran sus progresos, y le animan á atreverse á todo lo que medita; y una tentativa mas ridícula que criminal de los republicanos contra el primer Cónsul, aceleró una demostracion no menos ridícula de parte de los hombres que querian apresurar su elevacion: ni la una ni la otra tuvieron el resultado que se proponian sus autores.

Complot ridículo de Ceracchi y Arena.

Mucho mas alborotadores los declamadores patriotas, y mucho menos temibles que los agentes realistas, se reunian comunmente en casa de un antiguo empleado de la Comision pública, que se hallaba sin destino. Llamábase Demerville, y era un hombre que hablaba mucho, y que andaba siempre cargado de folletos contra el gobierno, pero incapaz de hacer otra cosa. A su casa concurrian el corso Arena, uno de los miembros de los quinientos que habian huido por la ventana el 18 de Brumario; Topino-Lebrun, pintor de algun talento, discípulo de David, que participaba de la exaltacion revolucionaria de los artistas de aquel tiempo, y muchos refugiados italianos, que estaban exasperados contra el general Bonaparte porque protegia al Papa y no restablecia la República Romana. El principal y mas alborotador de estos últimos era un escultor que se llamaba Ceracchi; y todos estos revoltosos ordinariamente reunidos en casa de Demerville formaban los planes mas absurdos y disparatados que pueden concebirse. Decian que era necesario concluir de una vez; que ya tenian mucha gente de su parte, Massena, Carnot, Lannes, Sieyes y hasta el mismo Fouché; que no habia mas que herir al tirano para que se pronunciaran todos los republicanos verdaderos, y levantar la República moribunda. Pero para herir al nuevo César se necesitaba hallar un Bruto. Un militar sin destino llamado Harrel, que por ociosidad y miseria vivia con aquellos declamadores, indigente y descontento como ellos, les pareció el hombre á propósito que necesitaban; haciéndole en su consecuencia proposiciones que le asustaron mucho. Franqueóse en su turbacion á un comisario de guerra, con quien le unian algunas relaciones, el cual le aconsejó diese parte de lo que sabia al gobierno. Entónces fue Harrel en busca del secretario del primer Cónsul M. de Bourrienne y del general Lannes comandante de la guardia consular. Advertido por ellos el primer Cónsul, mandó que la policía diese dinero á Harrel, asi como tambien la órden de que se prestase á todo lo que le propusieran sus cómplices. Aquellos miserables conspiradores creian haber encontrado en aquel individuo á un verdadero hombre de ejecucion; pero les parecia que no era bastante para la empresa. Harrel les propuso á otros, y habiendo consentido en ello, les presentó á algunos agentes de M. Fouché. Despues de haber caido en este lazo pensaron proveerse de puñales para armar á Harrel y á sus compañeros, de cuya operacion se encargaron por sí mismos, trayendo puñales comprados por Topino-Lebrun. Por último eligieron el sitio en que se habia de asesinar al primer Cónsul, y fue en el teatro de la Opera, llamado entónces de las Artes, fijando para ello el 10 de Octubre (18 de Vendimiario del año IX) dia en que el primer Cónsul debia asistir á la primera representacion de una ópera nueva. Advertida la policía habia tomado sus precauciones. Dirigióse el primer Cónsul al teatro de la Opera, seguido de Lannes, que velando sobre él con la mayor solicitud habia doblado la guardia y colocado al rededor del palco los mas valientes de sus granaderos. Los pretendidos asesinos llegaron en efecto, pero no todos ni armados, pues faltaban Topino-Lebrun y Demerville, presentándose solos Arena y Ceracchi, hallándose este último mas próximo al palco del primer Cónsul, pero sin puñal. Allí no habia hombres audaces, ni presentes, ni armados mas que los conspiradores colocados por la policía en el lugar donde debia cometerse el crimen. Prendióse á Ceracchi, á Arena y sucesivamente á todos los otros,

pero la mayor parte en sus casas, ó en las que habian ido á buscar un refugio.

Este suceso produjo mucho ruido, y por cierto que no era digno de ello. Es verdad que la policía, á quien los hombres ignorantes, extraños al conocimiento de las cosas, acusan ordinariamente de fabricar ella misma las tramas que descubre, no habia inventado esta, pero puede decirse que habia tomado en ello mucha parte. No hay duda que los conspiradores deseaban la muerte del primer Cónsul; pero no eran capaces de herirle con su propia mano, y al animarlos, al proporcionarles los pretendidos ejecutores, que era lo mas difícil de buscar, los habian arrastrado á cometer el crimen, mucho mas de lo que ellos se hubieran comprometido á haber estado entregados á sí mismos. Si por todo esto solo se les hubiese aplicado una pena severa pero temporal, como la que debe aplicarse á los locos, pase; pero condenarlos á muerte por tal medio era mas que lo que se debia hacer, aun tratándose de proteger una vida preciosa. Pero entonces no se miraba en tales cosas; y al momento se instruyó el proceso que debia conducir á aquellos infelices al cadalso.

A la noticia de aquella tentativa de asesinato todos conciben el mayor entusiasmo por el primer Cónsul.

Aquella tentativa causó un espanto general. Hasta aquel momento todo lo que se habia visto durante la Revolucion era lo que llamaban entónces *jornadas*, es decir ataques á mano armada; pero ya estaban seguros contra tales ataques por el poder militar del gobierno. No se habia pensado todavía en el asesinato ni en la posibilidad de ver herido de improviso al primer Cónsul, á pesar de hallarse rodeado de sus granaderos. La tentativa de Ceracchi, cuyo ridículo no era aun conocido, fue una especie de aviso que asustó á todo el mundo. El terror de verse envueltos de nuevo en el caos embargaba los ánimos, é hizo nacer en favor del primer Cónsul un entusiasmo tan extraordinario que todos corrieron en tropel hácia las Tullerías. El Tribunado, único de los cuerpos del Estado que se hallaba reunido en aquel momento, pues celebraba una sesion cada quince dias en el intervalo de las legislaturas se trasladó allí en cuerpo. Todas las autoridades públicas siguieron su ejemplo y se dirigieron al primer Cónsul una multitud de mensages. Todos podian reasumirse en estas palabras del cuerpo municipal de París.

«General, decia; venimos en nombre de nuestros conciudadanos á expresaros la indignacion inmensa que han sentido á la noticia del asesinato meditado contra vuestra persona. Muchos intereses se hallan unidos á vuestra existencia para que las tramas que la han amenazado, no sean un motivo de dolor público, así como los cuidados que la han conservado una causa de júbilo y del agradecimiento de la nacion.

«La Providencia que en Vendimiario del año VIII os trajo de Egipto; que en Marengo os preservó de todos los peligros, y que, en fin, el 18 de Vendimiario del año IX acaba de salvaros del furor de los asesinos, es, permitasenos decirlo así, mas bien la Providencia de la Francia que la vuestra. Ella no ha querido que un año tan célebre, tan lleno de acontecimientos gloriosos, destinado á ocupar un lugar tan preferente en el recuerdo de los hombres, concluyese de pronto con un crímen detestable..... Cesen de querer vuestra pérdida y la nuestra los enemigos de la Francia: sométanse al destino, que mas poderoso que todas las tramas asegurará vuestra conservacion y la de la República..... Dejamos de hablaros de los culpables porque pertenecen á la ley.....»

Estos mensages vaciados todos en un mismo molde, repetian al primer Cónsul que no tenia el derecho de ser clemente, porque su vida pertenecia á la República, y debia ser defendida como la felicidad pública, de la cual era prenda. Es menester añadir que aquellas manifestaciones eran sinceras, pues todo el mundo se creia en peligro estándolo el primer Cónsul; y todo el que no era faccioso deseaba su conservacion. Los realistas pensaban que si llegaba á morir tendrian que volver atrás hácia el cadalso ó la expatriacion; y los revolucionarios creian ver á la contra-revolucion triunfante por las armas del extrangero.

El primer Cónsul puso un cuidado particular y digno de notarse, en disminuir la opinion formada acerca del peligro que habia corrido. No queria se creyese que su vida dependia del pri-

mer aventurero que se presentase, lo cual consideraba tan necesario á su conservacion como á su dignidad. Hablando con las autoridades encargadas de cumplimentarle, les decia que el peligro que tanto les habia alarmado no tenia nada de serio, y les explicaba de qué modo, rodeado de los oficiales de la guardia consular y de un piquete de sus granaderos, estaba completamente seguro contra los siete ú ocho miserables que habian querido acometerle. Creia mucho mas que lo que sus palabras podian hacer suponer, el peligro que amenazaba su vida, pero juzgaba útil mostrarse á todas las imaginaciones, rodeado de los granaderos de Marengo, é inaccesible en medio de ellos á los golpes de los asesinos.

Tramas mas graves que aquellas que hacian tanto ruido, y urdidas por otras manos se preparaban ocultamente. Abrigábase el vago sentimiento, y así se manifestaba, de que aquellas tentativas se renovarian mas de una vez; y esto presentó á los partidarios del primer Cónsul una ocasion para repetir que se necesitaba alguna cosa mas estable que un poder efímero que descansase en la cabeza de un hombre solo, expuesto á desaparecer bajo el puñal de un asesino. Los hermanos del primer Cónsul y MM. Rœderer, Regnault de Saint-Jean, d'Angely, de Talleyrand, de Fontanes y muchos otros, participaban de aquellas ideas, los unos por conviccion, los otros por agradar á su gefe, y todos, como comunmente sucede, por una mezcla de sentimientos sinceros é interesados. De aquí resultó saliese á luz un folleto anónimo, muy raro, muy notable, cuyo autor, deciase que era Luciano Bonaparte, pero que por la elegancia del estilo y por el conocimiento clásico de la historia, debia haberse atribuido á su verdadero autor, es decir, á M. de Fontanes. Aquel folleto causó demasiada sensacion para que dejemos de hacernos cargo de él: señalaba uno de los pasos que mas adelante dió el general Bonaparte en la carrera del poder supremo; y tenia por título: *Paralelo entre César, Cromwell, Monck y Bonaparte*. El autor comparaba en primer lugar al general Bonaparte con Cromwell, y no le encontraba ninguna semejanza con el personage principal de la revolucion de Inglaterra. Cromwell, decia, era un fanático, un gefe de facciosos, sanguinario, asesino de su Rey, vencedor únicamente en la guerra civil, conquistador de algunas ciudades ó provincias de Inglaterra; un bárbaro, en fin, que habia destruido las universidades de Oxford y de Cambridge. Por lo tanto fue un bandido hábil, pero no un héroe. Si Cromwell podia tener cierta analogia con algun hombre de la Revolucion francesa, seria con Robespierre, si Robespierre hubiera tenido ánimo, y si la Francia no hubiera tenido que combatir mas que la Vendée, y hubiera sido él el vencedor. El general Bonaparte, por el contrario, extraño á los males de la Revolucion, habia cubierto con una gloria inmensa crímenes que no eran suyos: habia abolido la fiesta bárbara instituida en honor del regicidio; ponia fin á los horrores del fanatismo revolucionario; honraba las ciencias y las artes; restablecia las escuelas, y abria los templos de las artes. No habia hecho la guerra civil, y habia conquistado reinos en lugar de ciudades. Respecto á Monck, ¿qué tenia de comun aquel ánimo incierto, aquel tránsfuga de todos los partidos, que no sabia adonde iba, que hizo encallar la nave de la Revolucion en la monarquía, como habria podido hacerlo en la República; qué tenia de comun aquel triste personage con el general Bonaparte con este espíritu firme, que sabia de un modo tan claro y preciso lo que queria?..... El título de duque de Albemarle, habia podido contentar la vanidad vulgar del general Monck, «¿pero se »cree que el baston de mariscal ó la »espada de condestable, baste al hom»bre *ante quien enmudece el Universo*?.... »¿No saben que hay ciertos hombres »cuya estrella reclama el primer pues»to?..... Y por otra parte, ¿no conocen »que si Bonaparte pudiese imitar á Monck, »la Francia se veria sumida otra vez en »los horrores de una nueva revolucion? »Las tempestades, lejos de calmarse re»nacerian por todas partes.....»

Folleto de M. de Fontanes que produce grande impresion.

Despues de desechar estas comparaciones, el autor no encontraba en toda la historia, otro sino César que pudiera asemejarse al general Bonaparte. Le reconocia la misma grandeza militar y la misma grandeza política, pero descu-

bria cierta diferencia. César á la cabeza de los demagogos romanos habia oprimido al partido de los hombres honrados y derrocado la República; el general Bonaparte, al contrario, habia levantado en Francia el partido de los hombres de bien y abatido el de los perversos.

Todo esto era verdad; la obra emprendida hasta allí por el general Bonaparte era mucho mas moral que la de César.

Despues de todas aquellas comparaciones, era necesario sacar alguna deduccion..... Dichosa la República, esclamaba el autor, *si Bonaparte fuese inmortal!* »Pero, donde, añadía, donde estan sus »herederos? ¿donde las instituciones que »puedan conservar sus beneficios y per»petuar su genio? La suerte de treinta »millones de hombres depende de la vi»da de uno solo. ¡Franceses, qué seria de »vosotros si de pronto un grito fúne»bre os anunciase que ese hombre habia »muerto! »

El autor examinaba en seguida los azares diversos que se presentarian á la muerte del general Bonaparte. ¿Volveria á caer la Francia bajo el yugo de una Asamblea? pero el recuerdo de la Convencion estaba allí para alejar del pensamiento de todo el mundo semejante suposicion. ¿Se arrojaria en los brazos del gobierno militar? pero ¿donde estaba el igual de Bonaparte? La República contaba, sin duda, grandes generales, pero, ¿cuál eclipsaba á los demas para impedir que los ejércitos se degollasen en el interes de sus gefes particulares?..... A falta del gobierno de las Asambleas, á falta del gobierno de los pretorianos, ¿recurriria á la dinastía *legítima* que estaba en la frontera tendiendo los brazos á la Francia?..... pero esto seria la contrarevolucion; y la vuelta de Cárlos II y de Jacobo II á Inglaterra, y la sangre corriendo á mares á su aparicion, eran ejemplos suficientes para ilustrar á los pueblos..... y si se necesitasen ejemplos mas recientes, la entrada que la reina de Nápoles y su imbécil esposo acababan de hacer en su infortunado reino, era una leccion escrita con caracteres de sangre!..... ¡FRANCESES! ¡DORMIS A ORILLAS DE UN ABISMO!..... Tal era la última frase de aquel singular escrito.

Todo lo que contenia, exceptuándose las lisonjas del lenguaje, era verdad; pero verdades muy prematuras, á juzgar por el efecto que produjeron. Luciano, ministro de lo interior, empleó los medios de que disponia, para distribuir los ejemplares de aquel escrito por toda la Francia, y llenó de ellos á París y á las provincias, teniendo mucho cuidado de ocultar el origen de donde procedian. El folleto produjo una grande sensacion. En el fondo decia lo que todos pensaban; pero exigia de la Francia una confesion que aun no le permitia hacer un orgullo muy legítimo. Ocho años antes habia abolido una monarquia que contaba catorce siglos de existencia, y ¡se queria que viniese ahora á confesar á los pies de un general de treinta años que se habia equivocado, y le rogase tuviera á bien resucitar en su persona aquella monarquia! Nadie se oponia á que se le confiriese un poder igual al de los reyes, pero era necesario, al menos, salvar las apariencias, siquiera por el interes de la dignidad nacional. Por otra parte, si bien aquel jóven guerrero habia conseguido victorias admirables, y empezado á dar seguridad al pais, apenas habia dado aun principio á la reconciliacion de los partidos, á la reorganizacion de la Francia y á la redaccion de sus leyes; y sobre todo, aun no habia dado la paz al mundo. Asi pues, le faltaban todavia que adquirir muchos títulos, aunque estuviese seguro de reunirlos en breve sobre su gloriosa cabeza.

La impresion que produjo el folleto fue general y desagradable. De todas partes empezaron á comunicar los prefectos que el escrito producia efectos perjudiciales; que daba alguna razon á la faccion demagógica; que los Césares provocaban á los Brutos, y que el folleto era imprudente, y muy sensible que se hubiese publicado. Lo mismo sucedia en Paris; y hasta en el consejo de Estado se manifestó sin rebozo esta desaprobacion. El primer Cónsul, bien hubiese tenido parte en el folleto, bien le hubiesen comprometido á su pesar amigos impacientes, y es poco hábil, se creyó obligado á desaprobarlo, especialmente á los ojos del partido revolucionario. Llamó á M. Fouché y le preguntó en público cómo permitia que circulasen aquellos escritos.—Conozco al autor, contestó el ministro.—Pues conociéndole debiais haberle encerrado en

Vincennes.—No podia hacerlo, añadió M. Fouché, porque es vuestro hermano — Al oir esto el general Bonaparte, se quejó amargamente de aquel hermano, que ya le habia comprometido mas de una vez, quedando irritado desde entonces contra Luciano Bonaparte. Cierto dia en que este no habia acudido con exactitud á un consejo de ministros, lo que sucedia muy á menudo, unido esto á las muchas quejas que se elevaban contra su administracion, el primer Cónsul manifestó el mayor descontento, y aun dió muestras de quererle destituir inmediatamente. Pero el Cónsul Cambaceres le aconsejó que se le guardasen mas miramientos, y no quitase á Luciano la cartera del interior, sin concederle una indemnizacion conveniente. El primer Cónsul se avino, y M. Cambaceres imaginó la embajada de España, quedando encargado de ofrecerla á Luciano. Y haciéndosela aceptar sin dificultad, Luciano partió, y en breve nadie volvió á acordarse del imprudente folleto.

De este modo la primera tentativa de asesinato contra el primer Cónsul habia provocado en su favor una primera tentativa de elevacion; pero la una habia sido tan loca, como poco meditada la otra. Necesitábase que el general Bonaparte adquiriese con nuevos servicios un aumento de autoridad que nadie podia señalar aun con precision, pero que todos preveian confusamente en el porvenir, y al cual él ó sus amigos aspiraban ya de una manera ostensible. Por lo demás, su fortuna iba á suministrarle en servicios hechos y en peligros evitados, títulos inmensos á los cuales no se resistiria ya la Francia.

FIN DEL LIBRO SESTO.

# LIBRO SÉPTIMO.

## HOHENLINDEN.

*Paz con los Estados-Unidos y las regencias Berberiscas.—Reunion del Congreso de Luneville.—M. de Cobentzel se niega á una negociacion separada, y quiere al menos, la presencia de un plenipotenciario ingles para verificar una negociacion real entre Austria y Francia.—El primer Cónsul con el objeto de apresurar su conclusion, manda vuelvan á empezarse las hostilidades.—Plan de la campaña de invierno.—Se encarga á Moreau que pase el Inn y marche sobre Viena.—Macdonald con el segundo ejército de reserva recibe la órden de pasar de los Grisones al Tyrol.—Brune con 80,000 hombres, está destinado á forzar el Adige y el Mincio.—Plan del jóven archiduque Juan, generalísimo de los ejércitos austriacos.—Concibe el proyecto de flanquear á Moreau, lo que no consigue por faltas en la ejecucion. Se detiene en el camino, y quiere atacar á Moreau en el bosque de Hohenlinden.—Maniobra brillante de Moreau, ejecutada hábilmente por Richepanse.—Batalla memorable de Hohenlinden.—Grandes resultados de esta batalla.—Paso del Inn, del Salza, del Traun y del Ens.—Armisticio de Steyer.—El Austria promete firmar la paz al momento.—Operaciones en los Alpes y en Italia.—Paso del Splugen por Macdonald, en medio de los horrores del invierno.—Llegada de Macdonald al Tyrol italiano.—Disposiciones de Brune para pasar el Mincio por dos puntos.—Faltas de estas disposiciones.—El general Dupont trata de pasarlo por Pozzolo y atrae sobre sí el grueso del ejército austriaco.—Es forzado el Mincio despues de una inútil efusion de sangre.—Paso del Mincio y del Adige.—Huida afortunada del general Laudon, valiéndose de una mentira.—Los austriacos batidos, piden un armisticio en Italia.—Fírmase este armisticio en Treviso.—Renuévanse las negociaciones en Luneville.—M. de Cobentzel admite el principio de una paz separada.—El primer Cónsul quiere hacer pagar al Austria los gastos de aquella segunda campaña, y le impone condiciones mas duras que las convenidas en los preliminares de M. de Saint-Julien.—Establece por* ultimatum *el límite del Rhin en Alemania, y del Adige en Italia.—Resistencia animosa de M. de Cobentzel.—Esta resistencia aunque honrosa, hace perder al Austria un tiempo precioso.—Mientras que se siguen las negociaciones en Luneville, el Emperador Pablo reclama á los ingleses la isla de Malta que le habia cedido el primer Cónsul, y aquellos se la niegan.—Cólera de Pablo I.—Llama á Petersburgo al Rey de Suecia, y renueva la liga de 1780.—Declaracion de los neutrales.—Rompimiento de todas las cortes del Norte con la Gran Bretaña.—El primer Cónsul se aprovecha de esta circunstancia para ser mas exigente con el Austria.—Quiere ademas del límite del Adige, expulsar de Italia á todos los príncipes de la casa de Austria.—El gran duque de Toscana y el duque de Módena, deben ser trasladados á Alemania.—M. de Cobentzel cede al fin y firma con José Bonaparte el 9 de Febrero de 1801 el célebre tratado de Luneville.—La Francia obtiene por segunda vez la línea del Rhin en toda su extension, y queda dueña casi de toda la Italia.—El Austria queda del lado allá del Adige.—La República Cisalpina debe comprender el Milanesado, el Mantuano, el ducado de Módena y las Legaciones.—Es destinada la Toscana á la casa de Parma, bajo el título de reino de Etruria.—La Alemania establece el principio de las secularizaciones.—Grandes resultados obtenidos por el primer Cónsul en el espacio de quince meses.*

Octubre de 1800.

—

Tratado de paz con los Estados-Unidos.

José Bonaparte acababa de firmar en Morfontaine con MM. Ellsworth, Davie y Van-Murray el tratado que restablecia la paz entre la Francia y la América. Era el primer tratado que concluia el gobierno consular, y era natural que la reconciliacion de la Francia con las diferentes potencias del globo empezase por la República, á que en

cierto modo habia dado existencia. El primer Cónsul habia consentido que se aplazasen las dificultades relativas al tratado de alianza de 1778; pero en cambio habia exigido el emplazamiento de las reclamaciones de los americanos relativas á los buques capturados. Juzgaba con razon que por el momento era necesario contentarse con el reconocimiento de los derechos de los neutrales, pues era adquirir un nuevo aliado marítimo para la Francia, y un enemigo á la Inglaterra; y arrojar otro combustible mas á la cuestion marítima que se levantaba en el Norte, haciéndose cada dia mas grave. En su consecuencia, los principales artículos del derecho de los neutrales, tales al menos como los profesan la Francia y todos los Estados marítimos, fueron insertados literalmente en el nuevo tratado.

Aquellos artículos eran los que ya hemos dado á conocer:

1.° *El pabellon ampara la mercaderia*; y en su consecuencia todo buque neutral puede transportar toda clase de mercaderia enemiga, sin estar sujeto á visita.

2.° Solo se exceptua de esta regla el contrabando de guerra; y este contrabando no comprende ni á los víveres, ni á los efectos navales, como maderas, brea y cáñamo, y sí solo las armas y municiones de guerra fabricadas, tales como la *pólvora, salitre, petardos, mechas, balas de fusil y de cañon, bombas, granadas, lanzas, alabardas, espadas, cinturones, pistolas, vainas, sillas de caballeria, arreos, cañones y morteros con sus cureñas, y generalmente toda clase de armas, municiones de guerra y utensilios para el uso de las tropas.*

3.° El buque de una potencia neutral puede ir de un punto á otro, sin que se coarte su libertad de navegar sino respecto á los puertos realmente bloqueados, no conceptuándose como tales sino los que se hallen guardados por una fuerza suficiente, que ofrezca un peligro efectivo el querer forzar la línea de bloqueo.

4.° El buque neutral debe sufrir la visita que se le haga para asegurarse de su clase efectiva, pero el buque que la haga debe mantenerse á tiro de cañon, y enviar solo un bote con tres hombres; si el buque neutral está convoyado por uno de guerra, la visita no puede tener lugar, siendo la presencia del pabellon militar una garantía suficiente contra toda especie de fraude.

El tratado contenía otras estipulaciones, pero aquellas cuatro partes principales que verdaderamente constituian el derecho de los neutrales eran una victoria importante; porque al adoptarlas los americanos estaban obligados á exigir de los ingleses la exacta aplicacion de ellas para sus buques de comercio, ó bien á declararles la guerra.

La conclusion de aquel tratado se celebró solemnemente en Monfontaine, hermosa posesion que José, mas rico que sus hermanos, gracias á su matrimonio, habia comprado hacia algun tiempo. El primer Cónsul se trasladó á ella acompañado de una numerosa y brillante comitiva. Elegantes decoraciones colocadas en el edificio y en los jardines presentaban por todas partes á la Francia y á la América unidas. Se hicieron brindis análogos á las circunstancias. El primer Cónsul hizo el siguiente:

»A los manes de los franceses y de »los americanos muertos en el campo de »batalla por la independencia del Nue»vo Mundo.»

Lebrun pronunció este:

»A la union de la América con las »potencias del Norte para hacer respe»tar la libertad de los mares.»

Cambaceres, por último dió el tercero:

«¡Al sucesor de Washington!

Aguardábase con impaciencia á M. de Cobentzel en Luneville, para saber si su corte se hallaba dispuesta á concluir la paz. El primer Cónsul estaba decidido á emprender de nuevo las hostilidades, por muy adelantada que estuviese la estacion, si no quedaba satisfecho de la marcha de las negociaciones; porque nada eran para él los obstáculos, despues de haber pasado el San Bernardo, y creia que se podia combatir sobre la nieve y sobre el yelo, lo mismo que sobre campos cubiertos de verdura y de mieses. El Austria, por el contrario, deseaba ganar tiempo, porque se habia comprometido con la Inglaterra á no aceptar ninguna paz separada antes de Febrero de 1801 (Pluvioso del año IX), y, temiendo mucho la vuelta de las hostilidades, acababa de pedir una tercera prolongacion del armisticio. El primer Cónsul la habia rehusado, á cau-

Llegada de M. de Cobentzel á Luneville.

sa de que M. de Cobentzel no habia llegado aun á Luneville; y no queria ceder en este punto hasta ver al plenipotenciario austriaco en el mismo lugar donde debian entablarse las negociaciones. Al fin M. de Cobentzel llegó á Luneville el 24 de Octubre de 1800; siendo recibido en la frontera y por todo el tránsito con salvas de artillería y grandes muestras de consideracion. El general Charke habia sido nombrado gobernador de Luneville para hacer los honores á los miembros del Congreso, y para que desempeñase este cargo como correspondia se le habian dado fondos, y puesto á su disposicion algunos regimientos brillantes. José se habia presentado tambien por su parte acompañado de M. de Laforêt en calidad de secretario. Apenas llegó M. de Cobentzel, el primer Cónsul le invitó á que pasase á Paris, queriendo convencerse por sí mismo de las disposiciones del negociador austriaco. M. de Cobentzel (1) no se atrevió á negarse, y se dirigió con mucha deferencia á Paris, adonde llegó el 29 de Octubre. Al momento se le concedió una nueva prolongacion del armisticio por veinte dias, y el primer Cónsul le habló en seguida de la paz y de las condiciones con que podia concluirse. M. de Cobentzel no daba muchas seguridades sobre la propuesta de una negociacion separada, y las condiciones de que era portador estaban muy exageradas. El Austria tenia sobre Italia miras imposibles de satisfacer, y si solo se le concedian en Alemania las indemnizaciones prometidas en Italia por el tratado de Campo-Formio queria concesiones exorbitantes de territorio, ó en Baviera, ó en el Palatinado, ó en Suavia. El primer Cónsul se dejó arrebatar por la vivacidad de su genio, lo que ya le habia sucedido en las negociaciones de Campo-Formio con el mismo M. de Cobentzel; sin que ahora que tenia mas edad y poder se contuviese menos que otras veces. M. de Cobentzel se quejó amargamente, diciendo que jamas habia sido tratado de aquella manera ni por Catalina, ni por Federico, ni por el mismo Emperador Pablo, y pidió permiso para volverse á Luneville, lo que se le concedió, creyéndose que seria mejor negociar poco á poco con él por medio de José. Este último, apacible, pacífico, y bastante entendido, era mas á propósito que su hermano para un trabajo que requiriese paciencia.

M. de Cobentzel pasa algunos dias en Paris.

Vuelve M. de Cobentzel á Luneville.

Noviembre de 1800.

M. de Cobentzel y José Bonaparte reunidos en Luneville cangearon sus poderes el 9 de Noviembre (18 de Brumario). José tenia órden de dirigirle las tres preguntas siguientes: 1.° ¿Tenia autorizacion para tratar? 2.° ¿La tenia para tratar separadamente de la Inglaterra? 3.° ¿Trataria por el Emperador, unicamente en nombre de la casa de Austria, ó en nombre de todo el imperio germánico?

Cange de poderes entre José Bonaparte y M. de Cobentzel.

Cangeados los poderes y reconocidos como válidos, despues de haberlos examinado muy minuciosamente á causa de la aventura de M. de Saint-Julien, se dieron explicaciones acerca del límite de aquellos poderes. M. de Cobentzel no titubeó en hacer presente que no podia tratar sin la presencia en el Congreso de un plenipotenciario ingles. En cuanto á la pregunta de saber si trataria únicamente por la casa de Austria, ó por todo el imperio, declaró que necesitaba nuevas instrucciones.

Despues de haber cangeado sus poderes, M. de Cobentzel se niega á tratar sin la Inglaterra.

Enviadas estas respuestas á Paris, el primer Cónsul hizo al momento anunciar á M. de Cobentzel que se renovarian las hostilidades á la conclusion del armisticio, es decir, á fines de Noviembre; que por lo demas el Congreso no tenia necesidad de disolverse, y que no obstante volver á las hostilidades podia continuar negociándose, pero que los ejércitos franceses no se detendrian en su

Declaracion del primer Cónsul y anuncio de la próxima renovacion de las hostilidades.

(1) Napoleon dijo en Santa Helena que M. de Cobentzel quiso ir á Paris para ganar tiempo. Este es un error de memoria, pues la correspondencia diplomática prueba lo contrario.

marcha hasta que el plenipotenciario austriaco consintiese en tratar sin la Inglaterra.

En este intermedio, el primer Cónsul habia tomado respecto de la Toscana una precaucion que habia llegado á ser indispensable. El general austriaco Somma-Riva se habia quedado con algunos centenares de hombres, conforme al convenio de Alejandria; pero continuaba haciendo alistamientos en masa con el dinero de la Inglaterra. Anunciábase en aquel momento un desembarco en Liorna, de aquellas mismas tropas inglesas que hacia tanto tiempo paseaban desde Mahon al Ferrol y desde el Ferrol á Cádiz; y los napolitanos se adelantaban hácia Roma, en tanto que los austriacos se extendian en las Legaciones mas allá de los límites señalados por el armisticio, esforzándose asimismo por dar la mano á la insurreccion toscana. Viendo el primer Cónsul que mientras que por un lado querian ganar tiempo, se disponian á poner al ejército francés entre dos fuegos, mandó al general Dupont que marchase sobre la Toscana, y á Murat, que mandaba el campamento de Amiens, que se dirigiese al punto á Italia. Mas de una vez habia advertido á los austriacos de lo que estaba pronto á hacer si no se suspendian los movimientos de tropas que habian empezado en Toscana, y viendo que no hacian caso de sus avisos, habia expedido efectivamente aquellas órdenes. El general Dupont, con las brigadas de Pino, de Malher y de Carra-Saint-Cyr atravesó rápidamente el Apenino y ocupó á Florencia, mientras que el general Clement se dirigia desde Luca á Liorna. En ninguna parte hallaron resistencia: sin embargo los insurgentes se reunieron en la ciudad de Arezzo, que ya se habia señalado contra los franceses cuando la retirada de Macdonald en 1799, y fue preciso tomarla por asalto y castigarla; lo que se verificó con mas indulgencia, quizás, que la que merecia por su conducta con nuestros soldados. Desde entonces quedó sometida toda la Toscana. Los napolitanos fueron detenidos en su marcha, y los ingleses rechazados del suelo de Italia, en el mismo momento en que iban á entrar en Liorna. Dos dias despues habrian desembarcado 12,000 hombres.

Ocupacion de la Toscana.

Por todas partes estaban las tropas en movimiento desde los límites del Mein hasta los del Adriático, y desde Francfort hasta Bolonia, y por todas se habia anunciado la renovacion de las hostilidades. Asustada el Austria hizo una última tentativa por medio de M. de Cobentzel; tentativa que probaba su buena voluntad de concluir de una vez, pero que tambien dejaba traslucir el embarazo en que se hallaba por su infortunado compromiso con la Inglaterra. M. de Cobentzel se dirijió, pues, á José Bonaparte, y tomando cierto tono de confianza le preguntó varias veces si se podria contar con la discrecion del gobierno frances. Asegurado acerca de ello por José, le enseñó una carta, en la cual manifestando el Emperador las mismas inquietudes que él acababa de espresar acerca del peligro de una indiscrecion, y fiándose en su conocimiento de los hombres y de las cosas, le autorizaba para que propusiese lo siguiente: El Austria consentia, al fin, en separarse de la Inglaterra y en tratar por sí, con dos condiciones absolutas: primera, que se habia de guardar un secreto inviolable hasta 1.° de febrero de 1801, época en que concluian sus compromisos con la Inglaterra, con la promesa formal, si la negociacion no tenia efecto, de devolverse mutuamente cuanto se hubiese escrito por una parte y por otra; segunda, que se habia de admitir un plenipotenciario inglés en Luneville para justificar con su presencia la negociacion efectiva. Con estas condiciones, consentia el Austria tratar inmediatamente, y pedia una nueva prolongacion del armisticio.

Proposicion secreta del Austria.

La proximidad de Paris permitió que inmediatamente se recibiese la contestacion. A ningun precio queria el primer Cónsul admitir un plenipotenciario inglés en Luneville. Consentia en suspender las hostilidades, con la condicion de que se habia de firmar la paz, secretamente si le convenia al Austria, pero en el término de cuarenta y ocho horas. Las condiciones de esta paz eran ya bastante conocidas desde la discusion de los preliminares. El Rhin por frontera de la República francesa en Alemania; el Mincio por frontera del Austria en Italia, en lugar del

Respuesta del primer Cónsul.

Adige que tenia en 1797, pero con la cesion de Mántua, el Milanesado, la Valtelina, Parma y Módena á la república Cisalpina; la Toscana al duque de Parma; las Legaciones al duque de Toscana; y por último, como disposiciones generales la independencia del Piamonte, de la Suiza y de Génova. Este era el fondo de los preliminares de Saint-Julien, con la diferencia de la entrega de Mántua á la Cisalpina para castigar al Austria por haberse negado á ratificar aquellos. Pero el primer Cónsul exigia que se firmase el tratado en cuarenta y ocho horas, pues de lo contrario empezaria la guerra á todo trance. En el caso de que se aceptasen sus proposiciones se comprometia á guardar un secreto absoluto hasta 1.° de Febrero y á una nueva suspension de hostilidades.

El Austria no queria ir tan aprisa ni conceder tantas cosas en Italia. Alucinándose acerca de las condiciones que estaba en el caso de obtener, desechó la proposicion del gobierno francés; y en su consecuencia rompiéronse de nuevó las hostilidades. M. de Cobentzel y José permanecieron en Luneville esperando para hacerse nuevas comunicaciones, los acontecimientos que iban á tener lugar, á un mismo tiempo, junto al Danubio y el Inn, en los Grandes Alpes y en el Adige.

Renovacion de las hostilidades.

La renovacion de las hostilidades se habia anunciado para el 28 de Noviembre (7 de Frimario del año IX,) y todo estaba dispuesto para aquella campaña de invierno, una de las mas célebres y de las mas decisivas de nuestros anales.

Plan de la campaña de invierno.

El primer Cónsul habia dispuesto cinco ejércitos en el vasto teatro de aquella guerra; y tenia el proyecto de dirigirlos desde Paris, sin tener que ponerse á su frente. Sin embargo, no habia renunciado á trasladarse á Alemania ó á Italia, y á tomar el mando directo de uno de ellos, si una desgracia imprevista ó cualquiera otra causa hacia necesaria su presencia. Sus equipajes estaban en Dijon prontos á dirigirse al punto donde se viera obligado á presentarse.

Aquellos cinco ejércitos eran los de Augereau junto al Main, el de Moreau junto al Inn, el de Macdonald en los Grisones, el de Brune junto al Mincio, y el de Murat en marcha hácia la Italia con los granaderos de Amiens. Augereau tenia á sus órdenes 8000 holandeses y 12,000 franceses, en todo 20,000 hombres; Moreau 130,000 de los cuales 110,000 formaban el ejército activo. Este ejército tenia una fuerza tan considerable por la llegada de los nuevos reclutas, la entrada en sus cuerpos de los enfermos y de los heridos, y por la reunion del cuerpo de Sainte-Suzanne. Ademas la entrega de Philipsburgo, Ulma é Ingolstadt, habia permitido á Moreau concentrar todas sus tropas entre el Isar y el Inn. Macdonald podia disponer de 15,000 hombres en los Grisones. Brune se hallaba en Italia al frente de 125,000 soldados, 80,000 junto al Mincio, 12,000 en Lombardia, Piamonte y Liguria, 8,000 en Toscana y 25,000 en el Hopital. El cuerpo de Murat presentaba una fuerza de 10,000 granaderos. Todo esto formaba un total de 300,000 combatientes; y si se añade á este número 40,000 hombres en Egipto y en las colonias, y 60,000 en el interior y en las costas de Francia, se verá que desde la subida al poder del primer Cónsul contaba la República con cerca de 400,000 hombres sobre las armas: los 300,000 colocados en el teatro de la guerra, de los cuales 250,000 útiles y prontos para entrar en campaña, estaban provistos de todo, gracias á los recursos reunidos del tesoro y de las contribuciones impuestas al pais conquistado. La caballeria estaba bien montada, sobre todo la de Alemania, y la artilleria era numerosa y bien servida; pues Moreau tenia 200 cañones y Brune 180. Estaban, pues, mucho mejor preparados que en la primavera; y nuestros ejércitos tenian en si mismos una confianza sin límites.

Algunas personas ilustradas, pero severas, han preguntado por qué el primer Cónsul en lugar de dividir en cinco cuerpos el conjunto de sus fuerzas activas, no habia formado, segun sus propios principios dos grandes masas, una de 170,000 hombres á las órdenes de Moreau, que marchase por la Baviera sobre Viena, y la otra de 130,000 al mando de Brune que atravesando el Mincio, el Adige y los Alpes, amenazase á Viena por el Frioul. Este es en efecto el plan que adoptó él mismo en 1805; pero la exposicion de los hechos

dará á conocer los motivos, y probará con qué conocimiento profundo de los hombres y de las cosas, sabia, segun las circunstancias, variar la aplicacion de los grandes principios de la guerra.

Nuestros dos ejércitos principales, el de Moreau y el de Brune, estaban situados á ambos lados de los Alpes y casi á la misma altura, el primero á lo largo del Inn y el segundo á lo largo del Mincio. Moreau debia forzar la línea del primer rio, y Brune la del segundo. Estos dos ejércitos eran al menos iguales en fuerza numérica, é inmensamente superiores en fuerza moral á los que se les habian opuesto. Quedaba entre ambos la cordillera de los Alpes formando en aquel sitio el pais que se conoce con el nombre del Tyrol. Los austriacos tenian el cuerpo del general Iller en el Tyrol aleman, y el del general Davidovich en el Tyrol italiano. El general Macdonald con los 15,000 hombres que se le habian confiado, y que habian calificado con el título de segundo ejército de reserva, debia llamar la atencion de aquellos dos cuerpos, sin darles á conocer de positivo el punto de ataque que eligiria; porque situado en los Grisones, estaba en disposicion de arrojarse directamente en el Tyrol aleman, ó en el italiano por el Splügen. El título que tenia su ejército, y las dudas que se habian hecho circular acerca de su fuerza, debia hacer temer algun otro golpe extraordinario, y por lo tanto podia aprovecharse del prestigio producido por el paso del San Bernardo; pues todo lo que se habia creido de menos acerca del primer ejército de reserva, iba á abultarse de mas respecto al segundo. Desde entonces, no teniendo Moreau ni Brune ninguna inquietud por el lado de los Alpes, podian, sin temor por sus flancos, marchar adelante con la totalidad de sus fuerzas.

El reducido ejército de Augereau estaba destinado á vigilar los alistamientos en masa de la Franconia y de la Suavia, sostenidos por el cuerpo austriaco de Simbschen, cubriendo al mismo tiempo la izquierda y las espaldas de Moreau. En fin, Murat con 10,000 granaderos y una artilleria respetable, debia desempeñar respecto á Brune el papel que Augereau iba á desempeñar respecto á Moreau: debia cubrir la derecha y las espaldas de Brune, contra los sublevados de la Italia central, y contra los napolitanos, ingleses &c.

Estas prudentes precauciones eran las que se debian tomar circunscribiéndose á las condiciones ordinarias de la guerra, y el primer Cónsul debia necesariamente limitarse á ellas, teniendo para la ejecucion de sus planes dos generales como Brune y Moreau. Moreau, el mejor de los dos, y uno de los mejores de la Europa, no era, sin embargo, hombre de hacer lo que el primer Cónsul hizo siendo emperador en 1805, cuando reuniendo una fuerza considerable sobre el Danubio, y dejando una fuerza menor en Italia, marchó sobre Viena con la celeridad del rayo, no inquietándose ni por sus flancos ni por sus espaldas, y librando su seguridad en la fuerza aniquiladora de los golpes que asestaba al enemigo principal. Pero Moreau y Brune no eran hombres para conducirse así. Al dirigirlos, era necesario, pues, reducirse á las condiciones de la guerra metódica; cubrir sus flancos y retaguardias, y darles seguridad de lo que podia suceder en torno suyo, porque ni el uno ni el otro se hallaban en disposicion de dominar los accidentes por la grandeza y arrojo de su genio. Por esto fueron situados Macdonald en el Tyrol, Augereau en Franconia y Murat en la Italia central.

Solo hubieran podido cambiarse estas disposiciones, si la situacion interior de la Francia hubiera permitido al primer Cónsul hacer la guerra en persona; pero todo el mundo estaba conforme en que no debia abandonar en aquel momento el centro del gobierno. Su ausencia durante la corta campaña de Marengo, habia tenido demasiados inconvenientes, para exponerse de nuevo sin una necesidad absoluta.

Disposiciones militares, y fuerza de los austriacos en aquella campaña.

Las disposiciones de los austriacos eran en todo muy inferiores á las nuestras. Sus ejércitos, sobre poco mas ó menos iguales en número á los franceses, no los igualaban bajo ningun otro aspecto, pues ni aun se habian recobrado de sus recientes derrotas. El archiduque Juan mandaba en Alemania, y el mariscal Bellegarde en Italia. El cuerpo de Simbschen, destinado á formar el núcleo de los alistamientos de la Suabia y de la Franconia, se apoyaba en

el general Klenau. Este mandaba un cuerpo intermedio situado en ambas orillas del Danubio, uniéndose por su derecha con el cuerpo de Simbschen y por su izquierda con el ejército principal del archiduque, teniendo ambos generales 24,000 hombres, sin contar con las partidas de guerrilleros levantadas en Alemania. El general Klenau estaba destinado á seguir los movimientos del general Sainte-Suzanne, y aproximarse al archiduque, si Sainte-Suzanne se aproximaba á Moreau, y á unirse al cuerpo de Simbschen, si Sainte-Suzanne se unia al pequeño ejército de Augereau.

El archiduque Juan tenia 80,000 hombres, de los cuales 60,000 austriacos se hallaban delante del Inn, y 20,000 wurtemburgueses y bávaros detras de los atrincheramientos de aquel rio. El general Iller mandaba 20,000 hombres en el Tyrol, ademas de 10,000 tiroleses. El mariscal Bellegarde estaba en Italia al frente de 80,000 soldados bien situados detras del Mincio. Por último, 10.000 austriacos destacados hácia Ancona y la Romania debian secundar á los napolitanos y á los ingleses, en el caso que estos hiciesen una tentativa por la Italia central ó meridional. Todos estos cuerpos formaban una fuerza de 224,000 hombres, que con los maguncienses, tiroleses, napolitanos, toscanos é ingleses, podia ascender á unos 300,000. Haciendo el primer Cónsul desarmar á los toscanos, cerrando á Liorna á los ingleses y conteniendo á los napolitanos, habia tomado una precaucion muy útil y muy oportuna para impedir el aumento de las fuerzas enemigas.

Principio de las hostilidades.

Por una especie de resolucion comun, las dos partes beligerantes se disponian á concluir su contienda en Alemania entre el Inn y el Isar. Las operaciones habian empezado el 28 de Noviembre (7 de Frimario) con un tiempo rigoroso, que causaba una lluvia muy fria en Suabia, y una helada espantosa en los Alpes. Mientras que Augereau adelantándose por Francfort, Aschaffemburgo, Wurtzburgo y Nuremberg, daba un combate brillante en Burg-Eberach, separaba los reclutamientos maguncienses del cuerpo de Simbschen, y dejaba sin accion á este último para el resto de la campaña; mientras que Macdonald, despues de haber entretenido largo tiempo á los austriacos hácia el nacimiento del Inn, se disponia á atravesar, á pesar de la estacion, la gran cordillera de los Alpes, para arrojarse atrevidamente en el Tyrol italiano y facilitar á Brune el ataque de la línea del Mincio; Moreau con la masa principal de sus fuerzas, se adelantaba entre el Isar y el Inn, hácia un campo de batalla largo tiempo estudiado por él, buscando un encuentro decisivo con el grande ejército austriaco.

Necesario es dar á conocer el terreno sobre el cual iban á encontrarse los franceses y los austriacos, en una de las ocasiones mas importantes de nuestras largas guerras. Ya hemos descrito en otra parte le hoya del Danubio, compuesta de aquel gran rio y de una serie de afluentes, que cayendo precipitadamente de los Alpes, vienen á aumentar unos tras de otros el caudal de sus aguas. Hemos dicho que aquellos afluentes son las líneas que debe defender un ejército austriaco que quiera cubrir á Viena, y las que debe conquistar un ejército frances que quiera marchar sobre aquella capital. Se recordará que en la campaña de verano, despues de haber penetrado Moreau desde el valle del Rhin al del Danubio, y haber pasado el Iller, el Lech y el Isar, se habia detenido entre el Isar y el Inn. Asi se veia dueño del curso del Isar, ocupando todos los puntos principales, primero Munich y despues Freising, Moosburgo, Landshut, &c. y habiéndose adelantado mas allá de este rio, se encontraba enfrente del Inn ocupado y defendido por los austriacos.

Descripcion del pais comprendido entre el Isar y el Inn.

El Isar y el Inn, tienen su nacimiento en los Alpes y corren ambos hácia el Danubio, separados por una distancia casi siempre igual de diez á doce leguas: dirigiéndose primero hácia el Norte, el Isar hasta Munich, y el Inn hasta Wasserburgo, vuelven hácia el Este hasta reunirse con el Danubio, el Isar en Deggendorf y el Inn en Passau. Nosotros éramos dueños del Isar, y era preciso que nos apoderásemos del Inn, pero el Inn, ancho, profundo, defendido á su salida de las montañas por el fuerte de Kufstein, y en la parte inferior de su corriente por la plaza de Braunau, y cubierto entre estos dos puntos con mu-

chos atrincheramientos, era una barrera difícil de pasar. Si se queria forzarla por la parte superior de su corriente entre Kufstein, Rosenheim y Wasserburgo, se encontraban dificultades locales casi insuperables, teniendo ademas al ejército del Tyrol sobre el flanco derecho. Pasarlo por la parte inferior de su curso entre Braunau y Passau, cerca del punto en que se reune al Danubio, era exponerse á hacer por la izquierda una marcha larga, en un pais, quebrado, lleno de arbolados, y pantanoso, presentando el flaco al ejército austriaco, que podia arrojarse por Mühldorf y Braunau sobre el ala derecha del ejército frances. Ambos inconvenientes se habian juzgado muy graves. Si los austriacos, teniendo cuidado de estar sobre sí y de observar con vigilancia todos los pasos del Inn, se limitaban á la defensiva, Moreau podia encontrar obstáculos casi invencibles. Pero no era este su proyecto. El estado mayor austriaco habia resuelto tomar la ofensiva; y el jóven archiduque Juan, con la cabeza llena de nuevas teorias inventadas por los alemanes, y ansioso tambien por imitar alguna cosa de los grandes movimientos del general Bonaparte, imaginó un plan muy extenso, y no mal concebido segun el parecer de los jueces en la materia. Desgraciadamente aquel plan era vano porque no descansaba en la apreciacion exacta de las circunstancias presentes. Helo aquí tal cual ha llegado á conocerse.

Moreau estaba situado en el terreno que separa al Isar del Inn. Este terreno forma entre Munich y Wasserburgo, una meceta elevada y cubierta de un bosque espeso: esta meceta declina al aproximarse al Danubio, y al declinar se divide, formando numerosas quebradas y barrancos; en unas partes queda cubierta de arbolados y en otras llena de pantanos, siendo por lo tanto bien difícil su acceso. Moreau estaba en posesion de aquella meceta, del bosque que la cubre, y de los caminos que la recorren. Desde Munich, donde tenia su cuartel general, partian dos caminos al Inn: uno de ellos iba directamente por Ebersberg á Wasserburgo; el otro oblicuaba á la izquierda, y pasaba por Hohenlinden, Haag, Ampfing y Mühldorf, y ambos atravesaban el sombrío bosque de abetos que cubre aquellas alturas. Para atacar á Moreau era necesario venirle á buscar en esta formidable posicion, formada por un pais montuoso y arbolado, al cual solo se podia llegar por dos caminos, de que Moreau era dueño. Los demas caminos solo consistian en algunas sendas muy estrechas destinadas únicamente á la conduccion de maderas, é impracticables para los grandes transportes de un ejército.

Plan del jóven archiduque Juan.

El jóven archiduque Juan ideó una gran maniobra. No queria atacar de frente la posicion de Moreau, pero si flanquearla desembocando por los puentes de Mühldorf, Neu-Oetting y Braunau. Dejando unos 20,000 hombres bávaros, wurtemburgueses y emigrados de Condé para disputar el Inn, se proponia tomar la ofensiva con los 60,000 austriacos, y caminar sobre la izquierda de Moreau, en aquel terreno mitad arbolado y mitad pantanoso que se extiende entre el Inn y el Isar, cerca de los puntos donde se reunen con el Danubio. Si el jóven archiduque pasaba rápidamente aquel terreno escabroso por Eggenfelden, Neumakt, Vilsbiburgo, y llegaba á tiempo á Landshut junto al Isar, podia subir por este rio á nuestra espalda hasta Freising, pasarlo por este mismo punto, y trasladarse en seguida sobre una cordillera de alturas que comienza en Dachau, y que domina la llanura de Munich. En tal posicion amenazaba peligrosamente la línea de retirada de Moreau, y le obligaba á evacuar el pais comprendido entre el Inn y el Isar, y atravesar apresuradamente á Munich á fin de tomar una posicion retrógrada en el Lech. Pero para asegurar el triunfo de semejante maniobra, se necesitaba calcular bien todos los medios de ejecucion; y despues de empeñado en ella, era menester mucho carácter para arrostrar todos los peligros que podian presentarse, pues habia que recorrer un pais casi intransitable, en una mala estacion, y flanqueando sin cesar á un enemigo que si bien no era pronto ni atrevido, era inteligente, firme y difícil de desconcertar.

Primeras operaciones.

Las tropas de las dos naciones estaban en movimiento desde los dias 26 y 27 de Noviembre (5 y 6 de Frimario) para empezar las hostilidades el 28 (7 de Frimario.) El general austriaco Kle-

nau, situado junto al Danubio para sostener á Simbschen contra el pequeño ejército de Augereau, habia atraido la atencion del general Sainte-Suzanne, comandante del cuarto cuerpo de Moreau. Llevados asi uno y otro bastante lejos del teatro principal de las operaciones, estaban junto al Danubio, el general Sainte-Suzanne hácia Ingolstadt, y el general Klenau hácia Ratisbona.

Moreau habia llevado su ala izquierda, fuerte de 26,000 hombres, y al mando del general Grenier, sobre la carretera de Munich á Mühldorf, por Hohenlinden, Haag y Ampfing, haciéndole ocupar las cuestas de aquella especie de meceta que se extiende entre los dos rios. Su centro, que mandaba en persona, y que ascendia á unos 34,000 hombres (1) ocupaba el camino directo de Munich á Wasserburgo por Ebersberg. El ala derecha á las órdenes de Lecourbe y fuerte de unos 26,000 hombres, estaba situada á lo largo del Inn superior, en los alrededores de Rosenheim, observando el Tyrol con una division. En su consecuencia solo tenia Moreau á sus inmediaciones su izquierda y su centro, en todos unos 60,000 hombres. Habia puesto su ejército en movimiento para reconocer todo el terreno desde Rosenheim hasta Mühldorf y para obligar al enemigo á que manifestase sus intenciones; pues no sabiendo, como el general Bonaparte, adivinar los proyectos de su adversario, ó trazarlos por si mismo tomando decididamente la iniciativa, tenia que trabajar para descubrir lo que no podia ni adivinar ni disponer. Pero se adelantaba prudentemente y si era sorprendido, reparaba con prontitud y calma el daño de la sorpresa.

Los dias 29 y 30 de Noviembre (8 y 9 de Frimario del año IX) se emplearon por el ejército frances en reconocer la línea del Inn, y por el ejército austriaco en pasar aquella línea y atravesar el pais bajo entre el Inn, el Danubio y el Isar. Moreau obligó á las avanzadas austriacas á replegarse, llevó su derecha, á las órdenes de Lecourbe, á Rosenheim; su centro, bajo su inmediato mando á Wasserburgo, y su izquierda al mando, de Grenier, á las alturas de Ampfing; desde las cuales se domina, aunque desde muy léjos, las márgenes del Inn. La izquierda del ejército frances estaba algo comprometida; porque queriendo seguir la corriente del Inn hasta Mühldorf, se hallaba á quince leguas de Munich, mientras que lo demas del ejército estaba solo á diez. Por eso Moreau habia tenido cuidado de sostenerla con una division del centro, la del general Grandjean; pero era una falta adelantarse asi en tres cuerpos, distantes unos de otros, y no llegar al Inn en masa, presentándose delante de un solo paso, sin obstar el que se hiciesen falsas demostraciones sobre varios. Esta falta pudo atraer graves consecuencias.

El ejército austriaco habia pasado por Braunau, Neu-OEtting y Mühldorf, y atravesado el pais bajo de que ya hemos hablado. Apenas habian tenido tiempo de descansar una parte de las tropas del archiduque, recien llegadas, y caminaban con trabajo por aquel terreno tan pronto arbolado y tan pronto cortado con arroyos como el Vils, el Rott y el Isen, que bajan de la meceta que ocupaba el ejército frances. Las sendas que era menester seguir estaban descompuestas; y los grandes transportes apenas podian moverse por ellas. El jóven archiduque y sus consejeros que no habian previsto ninguna de aquellas circunstancias, se asustaron de la empresa, una vez empezada, y nuestra ala derecha adelantada hácia Ampfing y Mühldorf les causaba recelos y les hacia temer ser cortados del Inn. Habian querido envolver á Moreau, y temian quedar envueltos ellos mismos. Debian haber previsto este peligro, y preparar junto al Danubio, entre Ratisbona y Passau, una nueva base de operaciones en caso de que se viesen cortados del Inn; pero nada de esto habian hecho. En toda operacion atrevida, es necesario preveer, en primer lugar las dificultades de la ejecucion, y despues de empezada perseverar con caracter en lo que se ha emprendido; porque es fácil correr los peligros que se ha querido causar á el adversario. El estado mayor

Asustado el archiduque Juan de las primeras dificultades de la ejecucion renuncia á su plan.

(1) El centro se componia de 30,000 hombres; pero la division polaca de Kniacewitz que se habia unido al general Decaen, y la reserva de artillería debian aumentarla hasta 34 ó 35,000 hombres.

austriaco quedó desde los primeros pasos sorprendido y asustado de su proyecto, y cambió súbitamente de plan. En lugar de persistir en llegar al Isar, para subirle por nuestra espalda, se detuvo á poco, y pensó volverse sobre nuestra izquierda, para presentar al momento la batalla. Esto era acometer la dificultad de frente y por entero; porque era preciso seguir el cauce de aquellos riachuelos, trepar al terreno elevado que ocupábamos, y penetrar en seguida en el bosque, en que hacia tiempo estábamos situados. Era posible que al principio alcanzasen algunas ventajas sobre nuestra izquierda, un poco comprometida, pero obtenido este resultado debian hallar á nuestro ejército concentrado en un verdadero laberinto, cuyas salidas conocia y ocupaba.

El archiduque Juan se decide á dar inmediatamente la batalla.

Efectivamente, el 1.º de Diciembre (10 de Frimario del año IX) el archiduque Juan envió la mayor parte de su ejército sobre nuestra izquierda por tres caminos á la vez, por el valle del Isen por la gran calzada de Mühldorf á Ampfing, y últimamente por el puente de Kraiburgo sobre el Inn. El valle del Isen, empezando en los costados de la meceta arbolada, anteriormente descrita, permitia envolver la posicion demasiado extendida de nuestra izquierda, y por el subian 15,000 hombres. Otro cuerpo marchaba directamente por la carretera de Mühldorf, la cual despues de atravesar las alturas de Ampfing, conduce por medio del bosque hasta Hohenlinden y Munich. Por último, un destacamento atravesando el Inn por Kraiburgo, y pasando por Aschau, flanqueaba nuestra ala izquierda, aventurada, por desgracia, hacia Ampfing. Cuarenta mil hombres se dirijian en aquel momento á atacar á 26,000.

Diciembre de 1800.

Asi, pues, aquel combate fue empeñado y trabajoso para estos 26000 hombres mandados por el general Grenier. Ney que defendia las alturas de Ampfing desplegó aquel vigor incomparable que le distinguia en la guerra, y haciendo prodigios de valor logró retirarse sin accidente. Amenazado por el cuerpo que habia pasado el Inn por Kraiburgo, y que penetraba en el desfiladero de Aschau, fue dichosamente socorrido por la division de Grandjean, que Moreau habia destacado de su centro para apoyar su izquierda. La division Legrand que estaba en el valle del Isen, subió por él retrocediendo sobre Dorfen; y viendo Moreau la superioridad de los austriacos, tuvo el buen sentido de no obstinarse en su primer idea, y verificó su retirada con el mayor órden.

Combate de Ampfing, dado el 1.º de Diciembre.

De estos primeros movimientos se deduce que Moreau no habia sabido penetrar los proyectos del enemigo, y que adelantándose á la vez sobre todos los pasos del Inn, en lugar de dirigir un ataque sobre un solo punto, habia comprometido su izquierda; pero el valor extraordinario de sus tropas, y la decision de sus lugartenientes, que en la ejecucion eran cumplidos generales, lo habian reparado todo.

Pero esto no era mas que un principio insignificante. Moreau habia abandonado las entradas de su posicion, retirándose al centro del extenso bosque de Hohenlinden, y era preciso atacarle en aquella temible posicion. Su sangre fria y su vigor iban á encontrarse frente á frente con la inexperiencia del archiduque, infatuado con su primer triunfo.

Ya hemos dicho que atravesaban el bosque dos caminos: el de la derecha que cae directamente sobre el Inn por Ebersberg y Wasserburgo; y el de la izquierda que pasa por Hohenlinden, Mattenboett, Haag y Ampfing, llegando al Inn en Mühldorf por un rodeo mas largo. Los austriacos caminaban en masa por este último camino, siguiendo los unos el desfiladero que forma por medio del bosque, y subiendo los otros con gran trabajo por el cauce de los riachuelos que daban entrada por el flanco de nuestra posicion. Al punto juzgó Moreau aquella situacion, y juzgándola sanamente concibió una idea que produjo los mas grandes resultados: tal fue la de dejar que se empeñasen en el bosque los austriacos que ya habian venido á las manos con nuestra izquierda, y cuando se hallasen bien internados mover su centro del camino de Ebersberg al camino de Hohenlinden para sorprender-

Campo de batalla de Hohenlinden.

los en aquel mal paso y destruirlos. Al efecto dió las disposiciones oportunas.

El camino de la izquierda ó de Hohenlinden, elegido por los austriacos, despues de haber dejado las márgenes del Inn y trepado á las alturas de Ampfing, recorria hasta Mattenboett dos laderas alternativamente arboladas ó descubiertas, y despues desde Mattenboett hasta Hohenlinden se internaba en un bosque espeso, formando en él un largo desfiladero, con altos objetos á ambos lados, que se esanchaba de repente en el mismo Hohenlinden. Una llanura pequeña, desmontada, y poblada de algunas aldeas se extendia á derecha é izquierda del camino, y en medio se encontraba el pueblo de Hohenlinden, y la parada de postas. Aqui debia venir á parar el ejército austriaco, no solo la columna principal, que caminaba por el desfiladero del bosque, sino tambien los destacamentos que subian por la orilla del Isen, para desembocar por diferentes salidas sobre la izquierda de nuestra posicion.

Moreau desplegó en aquella pequeña llanura de Hohenlinden su ala izquierda á las órdenes de Grenier, la division de Grandjean que habia destacado del centro, y todas las reservas de artilleria y de caballeria.

Disposiciones de Moreau.

A la derecha del camino y del pueblo de Hohenlinden situó á la division de Grandjean mandada aquel dia por el general Grouchy; á la izquierda la division de Ney, y mas á la izquierda aun, lindando con los bosques, y á la cabeza de los caminos por donde debian llegar las columnas austriacas que subian por el valle del Isen, á las divisiones de Legrand y de Bastoul, ambas al frente de las aldeas de Preisendorf y de Harthofen. Las reservas de artilleria y de caballeria estaban á retaguardia de aquellas cuatro divisiones de infanteria desplegadas en la llanura. El centro, reducido á las dos divisiones de Richepanse y de Decaen se encontraba á algunas leguas de allí, en el camino de la derecha, á los alrededores de Ebersberg. Moreau hizo llegar á ambas divisiones la órden, redactada con alguna vaguedad, pero positiva, de pasar del camino de la derecha al de la izquierda, llegar á Mattenboett, y sorprender al ejército austriaco engolfado en el bosque. Esta órden no era ni terminante, ni clara, ni detallada como deben serlo las órdenes bien concebidas y bien dadas; y como lo eran las del general Bonaparte; pues ni indicaba el camino que se debia seguir, ni preveia ninguno de los accidentes que podian acontecer, y todo lo dejaba á la inteligencia de los generales Decaen y Richepanse. Por lo demas, bien se podia fiar á ellos el cuidado de suplir todo lo que no decia el general en gefe. Moreau prescribió ademas á Lecourbe, que formaba su derecha hácia el Tyrol, y al general Sainte-Suzanne que formaba su izquierda hácia el Danubio, se aproximasen apresuradamente al punto en que iba á tener lugar la accion decisiva de la campaña; pero el uno se hallaba retirado lo menos quince leguas, y el otro veinte y cinco, y por lo tanto no habia que contar con ellos. No obraba asi el general Bonaparte la víspera de las grandes batallas; y no dejaba en semejantes momentos la mitad de sus fuerzas á tan larga distancia. Pero, para juntar á tiempo al punto en que se decide su suerte, todas las partes de que se compone un ejército numeroso, es necesaria una prevision superior que solo poseen los grandes hombres, y sin la cual bien se puede ser todavia un excelente general. Moreau iba á combatir á cerca de 70,000 austriacos con menos de 60,000 franceses, y era mas de lo que se necesitaba con soldados como los que componian entonces nuestras legiones.

Disposiciones del archiduque Juan.

Ignorando el archiduque Juan todo esto, estaba infatuado con los ventajas que habia obtenido el 1.° de Diciembre (10 de Frimario.) Era jóven, y habia visto retroceder ante sí aquel temible ejército del Rhin á quien hacia muchos años no habia podido detener ninguno de los generales austriacos. Descansó el dia 2 de Diciembre (11 de Frimario) dando tiempo á Moreau para tomar las disposiciones que hemos manifestado, y se preparó para atravesar el extenso bosque de Hohenlinden el dia 3 de Diciembre (12 de Frimario). Aquel general, algo novel en su profesion, no pensaba que el ejército frances pudiese oponerle la menor resistencia en el camino que iba á recorrer; creyendo, á lo mas, encontrarle al frente de Munich.

Dividió su ejército en cuatro cuerpos. El principal, el del centro, compuesto de la reserva, de los granaderos húngaros, de los bávaros, de la mayor parte de la caballeria, de los bagajes y de cien piezas de artilleria debia seguir la carretera de Mühldorf á Hohenlinden, pasar el desfiladero que forma por medio del bosque y desembocar en seguida en la pequeña llanura de Hohenlinden. El general Riesch, que habia pasado el Inn por Kraiburgo, el dia 1.° de Diciembre con unos 12,000 hombres, debia flanquear el centro y desembocar en la llanura de Hohenlinden por la izquierda de los austriacos y á la derecha de los franceses. A la otra extremidad de aquel campo de batalla, los cuerpos de Baillet-Latour y de Kienmayer, que estaban internados en el valle del Isen, debian continuar subiéndole, y venir á parar algo distantes uno del otro, el primero á Kronaker y Preisendorf por Isen, y el segundo á Harthofen por Lendorf, ambos en la llanura de Hohenlinden. Tenian órden de no detenerse ni un minuto, de dejar atras su artilleria, puesto que el cuerpo del centro conducia un gran número de piezas por la carretera principal, y no llevar, en fin, mas bagajes que los necesarios para el rancho del soldado.

De este modo, los cuatro cuerpos del ejército austriaco marchando á bastante distancia los unos de los otros por aquel espeso bosque, y yendo solo el del centro por una carretera y los otros tres por caminos destinados únicamente á la conducion de maderas, debian reunirse en aquella llanura que se extendia entre Hohenlinden y Harthofen, expuestos á no llegar juntos y á tener durante la travesia mas de un encuentro imprevisto. Habiéndose unido los bávaros á los austriacos, el ejército del archiduque ascendia en aquel momento á 70,000 hombres.

Batalla de Hohenlinden dada el 3 de Diciembre de 1800.

El 3 de Diciembre por la mañana se hallaban los franceses desplegados entre Hohenlinden y Harthofen. Moreau que habia montado á caballo antes de amanecer, estaba á la cabeza de su estado mayor; y un poco mas lejos Richepanse y Decaen ejecutaban el movimiento que se les habia ordenado de pasar desde el camino de Ebersberg al de Hohenlinden.

Los cuatro cuerpos austriacos se adelantaban por su parte simultaneamente cada uno lo mas pronto que podia, conociendo el precio del tiempo en una estacion en que los dias eran tan cortos, bien para marchar ó bien para combatir. Una nevada espesa oscurecia la atmósfera, é impedia distinguir los objetos aun á corta distancia. El archiduque Juan, á la cabeza del centro, se habia internado en el desfiladero del bosque desde Mattenboett á Hohenlinden, y casi lo habia atravesado mucho antes que, el general Riesch á su izquierda, y que los generales Baillet-Latour y Kienmayer á su derecha, hubiesen podido llegar al campo de batalla, embarazados como se veian en caminos horribles. El jóven príncipe habia aparecido por fin á la entrada de la llanura frente de las divisiones de Grandjean y de Ney, ambas formadas en batalla delante del pueblo de Hohenlinden. La 108 media brigada de la division de Grandjean estaba desplegada, teniendo á sus alas la 46 y la 59 formadas en columna cerrada. El 4.° de húsares y el 6.° de línea la apoyaban á retaguardia. Rómpese por una y otra parte un vivo fuego de artilleria. Los austriacos atacan á la 108, que los resiste á pie firme, y en seguida hacen desfilar á traves del bosque á ocho batallones de granaderos húngaros para flanquearla por su derecha. A su vista los generales Crouchy y Grandjean corren con la 46 al socorro de la 108, que estaba flanqueada y empezaba á perder terreno, y penetrando en el bosque empeñan un combate furioso en medio de los abetos, casi cuerpo á cuerpo con los granaderos húngaros. Un batallon de la 57 se precipita mas adelante, flanquea á los Húngaros, y los obliga á refugiarse en la espesura del bosque. La division de Grandjean queda asi victoriosa é impide á la columna austriaca desplegarse en la llanura de Hohenlinden.

Primer ataque contra la division de Grandjean á la entrada de la llanura de Hohenlinden.

Es rechazado aquel ataque.

Despues de algunos instantes de reposo el archiduque Juan dirige un nuevo ataque sobre Hohenlinden y sobre la division de Grandjean; pero es rechazado como el primero. En aquel momento empezábanse á ver por el lado

de Kronaker las tropas austriacas de Baillet-Latour, que se presentaban á nuestra izquierda á la salida del bosque, prontas á desembocar en la llanura de Hohenlinden. La nieve que habia cesado de caer por algunos instantes, permitia distinguirlos con facilidad. Pero todavia no se hallaban en estado de obrar; y ademas las divisiones de Bastoul y de Legrand se preparaban para recibirlas. De improviso, se nota una especie de agitacion y movimiento en las tropas austriacas del centro que aun no habian podido salir del desfiladero del bosque, como si pasase á sus espaldas alguna cosa extraordinaria. Moreau, con una sagacidad que honra su golpe de vista militar, repara aquella circunstancia y dice á Ney: Este es el momento de cargar; Richepanse y Decaen deben hallarse á espaldas de los austriacos.—Al punto manda á las divisiones de Ney y de Grandjean que estaban á derecha é izquierda de Hohenlinden, formar en columnas de ataque, cargar á los austriacos colocados á la salida del bosque, y rechazarlos sobre el largo desfiladero, donde habian estado encerrados hasta entonces. Ney los ataca de frente, Grouchy con la division de Grandjean lo verifica por el flanco, y ambos los arrollan impetuosamente en aquella garganta donde se amontonan revueltos con su artilleria y caballeria.

Movimiento de Richepanse contra el ejército austriaco internado en el bosque de Ebersberg.

En aquel mismo instante, y al otro extremo del desfiladero, en Mattenboett, tenian lugar los acontecimientos que Moreau habia previsto y preparado. Richepanse y Decaen, obedeciendo las órdenes recibidas, se habian trasladado del camino de Ebersberg al de Hohenlinden. Richepanse que se hallaba mas cerca de Mattenboett habia partido sin esperar á Decaen, internándose audazmente en aquel pais de bosques y de quebradas que separaban los dos caminos, marchando mientras combatian en Hohenlinden, y haciendo esfuerzos inauditos para llevar consigo por aquellos terrenos pantanosos seis piezas de pequeño calibre. Ya habia atravesado dichosamente la aldea de san Cristobal, cuando llegaba el cuerpo del general Riesch destinado á flanquear el centro de los austriacos; pero Richepanse no se habia detenido, marchando con una sola brigada y dejando la segunda, la de Drouet, empeñada con el enemigo. Contando con Decaen para socorrer á la brigada de Drouet, se habia dirigido sin perder momento sobre Mattenboett, en donde su instinto militar le decia que se hallaba el punto decisivo. Aunque no le habian quedado mas que dos medias brigadas de infanteria, la 8.ª y la 48.ª un solo regimiento de caballeria el 1.º de cazadores, y seis cañones, en todo unos 6000 hombres, habia continuado su movimiento, arrastrando á brazo su artilleria que casi siempre rodaba por el fango. Llegado á Mattenboett, al otro extremo del desfiladero del bosque, cuya cabeza, segun acabamos de decir, atacaba Ney, encuentra un peloton de coraceros pie á tierra, con la brida de los caballos en el brazo, se arroja sobre ellos y los hace prisioneros. Desplegándose despues en el pequeño terreno que rodea á Mattenboett forma la 8.ª á la derecha, y la 48.ª á la izquierda, y lanza al 1.º de cazadores sobre ocho escuadrones de caballeria, que á su vista se habian formado para cargarle. El 1.º de cazadores despues de haber dado una carga vigorosa es rechazado, y se replega detras de la 8.ª media brigada, la cual calando bayoneta detiene el ímpetu de la caballeria austriaca. En este momento era muy critica la situacion de Richepanse. Habiendo dejado atras su segunda brigada para hacer frente al cuerpo de Riesch; y viéndose envuelto por todas partes, piensa que no debe dar tiempo á los austriacos para que conozcan su debilidad. En su consecuencia confia al general Walther con la 8.ª media brigada y el 1.º de cazadores, el cuidado de contener la retaguardia enemiga que se disponia á combatir, y él con la 48 tan solo se vuelve á la izquierda y toma la resolucion atrevida de internarse en seguimiento de los austriacos en el desfiladero del bosque. Por arriesgada que fuese esta resolucion, era tan cuerda como valiente; porque la columna del archiduque internada en aquel desfiladero, debia hallarse al frente del grueso del ejército frances, y arrojándose á la desesperada sobre sus espaldas era probable causar en ella mucho desórden, lo cual podia producir resultados considerables. Al punto Richepanse forma en columnas á la

48, y marchando con la espada en la mano en medio de sus granaderos, penetra en el bosque, sufre sin conmoverse un violento fuego de metralla, y en seguida encuentra á dos batallones húngaros que corrian para detenerle. Richepanse quiere animar con la voz y con el ejemplo á sus valientes soldados, pero estos no lo necesitan.—Esos hombres son nuestros, esclaman, marchemos.—Marchan en efecto, y arrollan á los batallones húngaros. En breve encuentran masas de bagajes, de artilleria y de infantería confusamente revueltos en aquel sitio. Richepanse causa en aquella multitud un terror indecible y el mayor desórden. En aquel mismo instante oye gritos confusos al otro extremo del desfiladero, y adelantándose un poco, aquellos gritos mas distintos le revelan la presencia de los franceses. Eran las tropas de Ney que saliendo de Hohenlinden han penetrado por la cabeza del desfiladero y rechazado delante de sí la columna austriaca que Richepanse ha atacado y arrollado por retaguardia.

Ney y Richepanse se unen; se reconocen y se abrazan ebrios de alegria al ver un resultado tan brillante. Por todas partes caen sobre los austriacos, que huyendo por el bosque se arrojan á los pies del vencedor. Este les hace millares de prisioneros, tomándole ademas artilleria y bagajes. Dejando Richepanse á Ney el cuidado de recoger aquellos trofeos, vuelve á Mattenboett, donde el general Walther habia quedado con media brigada y un solo regimiento de caballeria, y encuentra á aquel valiente general herido de una bala y conducido en brazos de sus soldados, pero con el rostro brillando de contento, y sintiéndose aliviado de sus dolores con la satisfaccion de haber contribuido á una maniobra decisiva. Richepanse le desembaraza de sus enemigos y vuelve á San Cristobal donde habia dejado á la brigada de Drouet combatiendo sola con todo el cuerpo de Riesch. Pero todas sus previsiones se habian verificado en aquella jornada dichosa. El general Decaen habia llegado á tiempo, socorrido á la brigada de Drouet y rechazado al cuerpo de Riesch, despues de haberle hecho un gran número de prisioneros.

Era ya la mitad del dia, á cuya hora envuelto el centro del ejército austriaco habia sucumbido por entero. La izquierda á las órdenes del general Riesch, llegada demasiado tarde para detener á Richepanse, alcanzada y arrojada sobre el Inn por Decaen, estaba en completa retirada, despues de haber sufrido pérdidas considerables. Con tales resultados obtenidos sobre el centro y sobre la izquierda de los austriacos, el triunfo de la jornada no podia ser dudoso.

Combate en el extremo izquierdo entre las divisiones de Bastoul y de Legrand y los cuerpos de Baillet-Latour y de Kienmayer.

Durante estos sucesos las divisiones de Bastoul y de Legrand, situadas á la izquierda de la llanura de Hohenlinden habian tenido sobre sí á toda la infantería de los generales Baillet-Latour y Kienmayer, y se habian visto muy apuradas, porque ademas de ser el enemigo doble en número, tenia la ventaja del terreno; pues las salidas, cubiertas de arboleda, de las barrancas por donde desembocaban los austriacos en la pequeña llanura de Hohenlinden, la dominaban un poco y les permitia hacer un fuego certero. Sin embargo, los generales Bastoul y Legrand, á las órdenes del general Grenier, se sostenian vigorosamente, secundados por el valor de sus soldados, hallándose por fortuna tambien allí para apoyarlos la reserva de caballeria de Hautpoul, y la segunda brigada de Ney, pues este habia entrado en el desfiladero con una sola.

Las dos divisiones francesas, abrumadas al principio por el número, habian perdido algun terreno, teniendo que abandonar la orilla del bosque y replegarse en la pequeña llanura, cuya operacion ejecutaron con un aplomo singular, y mostrando al enemigo una firmeza heróica. Dos medias brigadas de la division de Legrand, la 51 y la 42, dirigidas sobre Harthofen, tenian que hacer frente á la infantería de Kienmayer y además á una division de caballeria agregada á aquel cuerpo; y ya haciendo un fuego nutrido sobre la infantería, ó calando bayoneta contra la caballeria, oponian á todos los ataques una resistencia invencible. En aquel momento, llegando á oidos de Grenier la noticia de los triunfos alcanzados en el centro, forma la division de Legrand en columnas, y apoyada por las cargas de la caballeria de Hautpoul, carga al cuerpo de Kienmayer y lo re-

chaza hasta la entrada del bosque. Por su lado el general Bonnet, con una brigada de la division de Bastoul, carga á los austriacos y los arroja en la cañada de donde habian procurado salir. Al mismo tiempo los granaderos de la brigada de Jola, la segunda de Ney, caen sobre Baillet-Latour y le rechazan. Comunicado el impulso de la victoria á aquellas valientes tropas, redobla su ardor y sus fuerzas, y logran precipitar al fin á los cuerpos de Baillet-Latour y de Kienmayer, al uno sobre el Inn y al otro sobre Lendorf, en aquel terreno bajo y escabroso, del cual habian procurado en vano salir para apoderarse de la meceta de Hohenlinden.

Grandes resultados de esta batalla.

En aquel momento volvia Moreau del interior del bosque con un destacamento de la division de Grandjean, á fin de socorrer á su izquierda tan fuertemente atacada. Pero allí como en todas partes encuentra á sus soldados victoriosos, llenos de alegria y felicitando á su general por un triunfo tan completo y brillante. Y en efecto lo era. El ejército austriaco veia mucho mas difícil la salida de aquellos bosques que le habia sido la entrada; y por todas partes se hallaban cuerpos extraviados que no sabiendo por donde fugarse caian en las manos del ejército victorioso, y rendian las armas. Eran las cinco de la tarde y la noche cubria ya con su sombra el campo de batalla. El enemigo habia perdido de 7 á 8000 hombres muertos ó heridos; 12,000 prisioneros, 300 carros y 87 cañones, resultados que no siempre se obtienen en la guerra. El ejército austriaco contaba, pues, de menos en sus filas cerca de 20,000 hombres perdidos en un solo dia, y ademas casi todos sus bagages, artillería, &c., y lo que es mas grave aun, toda su fuerza moral.

Aquella batalla es la mas notable de las que dió Moreau, y seguramente una de las mas grandes de este siglo, que tan extraordinarias las ha visto. Se ha dicho injustamente que el vencedor de Marengo no fue el general Bonaparte sino el general Kellermann; y con mas razon podia decirse que el vencedor de Hohenlinden no fue Moreau sino Richepanse; porque con una órden algo vaga, habia ejecutado este último una maniobra brillante: pero esta asercion seria injusta, aunque no tanto como la primera. Dejemos á cada hombre la propiedad de sus obras, y no imitemos esos tristes esfuerzos de la envidia, que busca por todas partes otro vencedor en vez del verdadero.

Adelantándose Moreau á lo largo del Inn desde Kufstein hasta Mühldorf, sin haber elegido un punto preciso de ataque, sin haber concentrado en aquel punto todas sus fuerzas, y sin hacer por otra parte mas que simples demostraciones, habia expuesto su izquierda en la jornada del 1.° de Diciembre. Pero esto no podia pasar de una ventaja momentánea concedida al enemigo, y al internarse en el laberinto de Hohenlinden, atrayendo á él á los austriacos, y llevando oportunamente su centro sobre su izquierda, de Ebersberg á Mattenboett, habia ejecutado una de las maniobras mas felices que se conocen en la historia de la guerra. Se ha dicho que Richepanse habia marchado sin recibir órden para ello (1), y esto es inexacto: la órden se habia dado, tal como lo hemos referido, en términos muy generales, sin ningun detalle, y sin que se previniese en ella nada de lo que podia acontecer. Moreau se habia limitado á mandar á Richepanse y á Decaen, que se trasladasen de Ebersberg á San Cristobal pero sin señalarle el camino, y sin preveer ni la presencia del cuerpo de Riesch, ni ninguno de los accidentes posibles y aun probables que podian acontecer en medio de aquel bosque lleno de enemigos: de modo que sin un oficial tan valiente y entendido como Richepanse hubiera podido alcanzar un desastre en vez de una victoria. Pero la fortuna tiene siempre su parte en los triunfos militares. Todo lo que puede decirse es que fue muy grande en aquella ocasion, y mas grande que lo que acostumbra serlo.

Se ha censurado á Moreau, mientras que combatia con seis divisiones contra doce, haber dejado tres á las órdenes de Sainte-Suzanne junto al Danubio y tres á las del general Lecourbe junto al Inn superior, y haber expuesto tambien á su izquierda, que mandada por el general Grenier, tenia que combatir en la

(1) Napoleon lo dijo equivocadamente en Santa Elena. Las órdenes escritas existen, y han sido impresas en las memorias de aquella guerra.

proporcion de uno contra dos. Esta censura es seguramente mas grave y mas merecida; pero no empañemos un triunfo tan brillante, y añadamos para ser justos, que en las obras mejores de los hombres hay sus lunares, y en las victorias mas memorables sus faltas, faltas que la fortuna repara, y que es necesario admitirlas como compañeras ordinarias de las acciones de guerra mas insignes.

Despues de aquella importante victoria era preciso perseguir sin descanso al ejército austriaco, dirigirse sobre Viena, hacer caer, marchando adelante, las defensas del Tyrol, haciendo preciso de esta manera un movimiento retrógrado en toda la línea de los austriacos desde Baviera hasta Italia; porque la retirada de las tropas del Inn arrastraba consigo la de las tropas del Tyrol, y la retirada de estas últimas hacia inevitable el abandono del Mincio. Mas para obtener todos estos resultados, era necesario forzar el Inn y despues el Salza, que desemboca en el Inn, y forma una segunda línea de defensa. Pero en aquellos momentos todo podia esperarse del valor y arrojo que habia comunicado á nuestro ejército la jornada de Hohenlinden.

Despues de haber concedido algun descanso á sus tropas, llevó Moreau su izquierda y una parte de su centro al camino de Mühldorf, amenazando á la vez los puentes de Kraiburgo, Mühldorf y Braunau, á fin de persuadir al enemigo que queria pasar el Inn por su parte inferior. Pero, entretanto, Lecourbe, que algunos meses antes habia pasado con tanta gloria el Danubio en la jornada de Hochstett, tenia el encargo de pasar el Inn con la derecha del ejército por los alrededores de Rosenheim. Este general habia descubierto un punto, el de Neubeurn, en el cual la orilla derecha que ocupábamos dominaba la izquierda que estaba en posesion del enemigo, y donde se podia establecer ventajosamente la artillería, á fin de proteger el paso. Eligióse, pues, dicho punto, pero por desgracia se habia perdido mucho tiempo en reunir el material necesario, y hasta el dia 9 de Diciembre por la mañana, seis dias despues de la gran batalla de Hohenlinden, no se halló Lecourbe en disposicion de obrar.

Moreau habia conducido de improviso su ejército al Inn superior. Las tres divisiones del centro, se habian dirigido desde Wasserburgo á Aibling, á corta distancia de Rosenheim, prontas á socorrer á Lecourbe; la izquierda las habia reemplazado en sus posiciones, y el general Collaud con dos divisiones del cuerpo de Sainte-Suzanne se habia trasladado á Erding, mas allá del Isar.

Paso del Inn el 9 de Diciembre.

El 9 de Diciembre por la mañana (18 de Frimario), Lecourbe empezó la operacion del paso delante de Neubeurn; siendo la division de Montrichard la primera que debia pasar el Inn. El general Lemaire situó sobre las alturas de la orilla derecha una bateria de 28 piezas con la cual barria todo lo que se presentaba en la orilla izquierda. Por esta parte del Inn no habia mas que el cuerpo de Condé, demasiado débil para oponer una resistencia obstinada. Despues de haber alejado con un continuo fuego de artillería á todos los destacamentos enemigos, los pontoneros se metieron en algunas barcas, seguidos de varios batallones escogidos, destinados á proteger sus trabajos; quedando en dos horas y media establecido el puente, y en disposicion para que empezase el paso la division de Montrichard, como así lo verificó; avanzando sobre los austriacos que se pusieron en retirada, y bajaron por la orilla derecha del Inn hasta en frente de Rosenheim, tomando una fuerte posicion en Stephanskirchen. Mientras se verificaba este movimiento, las divisiones del centro, situadas delante del mismo Rosenheim, habia hecho algunos esfuerzos para impedir á los austriacos que destruyesen del todo el puente de aquel pueblo, pero no habiéndolo conseguido subieron por el Inn y lo pasaron por Neubeurn á fin de secundar á Lecourbe. El cuerpo de Condé, reforzado, se apoyaba por una parte en el puente destruido de Rosenheim y por la otra en el pequeño lago de Simm-Seé. Lecourbe mandó á un destacamento para que flanquease este lago, y obligó al enemigo á retirarse, despues de una resistencia poco sangrienta.

Habiase, pues, pasado el Inn, y destruido aquel obstáculo formidable que, segun decian, debia detener al ejército francés. Así acababa Lecourbe de adquirir un nuevo laurel en la campaña de

invierno. El ejército no detuvo su marcha, y al dia siguiente se echó un puente delante de Rosenheim para que pasase el resto del centro; y Grenier, con la izquierda atravesó el Inn por los puentes de Wasserburgo y de Mühldorf, que el enemigo habia abandonado sin destruirlos.

Era necesario apresurarse á arrojar á los austriacos hasta las orillas del Salza que corre detrás del Inn, y se une á este rio un poco mas arriba de Braunau. El Salza es como un segundo brazo del Inn. Cuando se quiere pasar el Inn por cerca de las montañas, es preciso en cierto modo pasarlo dos veces, y si se pasa por los alrededores de Braunau, despues de su reunion con el Salza no hay que atravesarlo mas que una vez. Pero entónces el volúmen de sus aguas es doble y la dificultad de atravesarlo á viva fuerza aumenta á proporcion. Este motivo y el deseo de sorprender al enemigo que no esperaba á que los franceses intentasen el paso por mas arriba de Rosenheim habia decidido la eleccion de Moreau.

Lecourbe, apoyado con las divisiones del centro se adelantó rapidamente, á pesar de las dificultades que le presentaba aquel terreno montuoso, poblado de árboles y cortado con arroyos y lagos, terreno difícil en todo tiempo pero mas aun á mediados de Diciembre. El ejército austriaco aunque agoviado con tantos reveses se sostenia, sin embargo, y el sentimiento del honor aumentado con el peligro de la capital, le hizo hacer mas de un noble esfuerzo para detenernos. La caballeria austriaca cubria su retirada, cargando con vigor á los cuerpos franceses que se adelantaban con demasiada temeridad. Asi se pasó el Alz, que lleva las aguas del lago de Chiem-See al Inn, y se atravesó el Traunstein, llegando al fin cerca del Salza, no lejos de Salzburgo.

Quedaba delante de Salzburgo una fuerte posicion, en la cual el archiduque Juan creyó poder concentrar sus tropas, esperando proporcionarles un triunfo que las animara, y detuviera un poco la atrevida persecucion que le hacian los franceses; y concentrolas en efecto en ella, el 13 de Diciembre (22 de Frimario.)

La ciudad de Salzburgo está situada junto al Salza. Delante de este rio corre otro mucho menos caudaloso, el Saal, que baja de las montañas vecinas, y confluye con el Salza mas abajo de Salzburgo. El terreno que hay entre las dos corrientes de aguas es llano, pantanoso, cubierto de bosquecillos, y de difícil acceso por todas partes. Aquí habia tomado posicion el archiduque Juan, dando la derecha al Salza, la izquierda á las montañas, y teniendo el frente cubierto con el Saal. Su artilleria barria todo aquel llano; su caballeria formada en las partes descubiertas y sólidas del terreno, estaba pronta á cargar á los cuerpos franceses que tomasen la ofensiva; y su infanteria estaba apoyada sólidamente en la ciudad de Salzburgo.

Posicion del archiduque Juan delante de Salzburgo y peligro de Lecourbe.

El 14 por la mañana, llevado Lecourbe por su ardor, pasó el Saal por un vado, recibió varias cargas de caballeria en los arenales que forman la orilla, y las resistió valerosamente; pero, disipándose en breve la espesa niebla que cubria la llanura, vió delante de Salzburgo una linea formidable de caballeria, de artilleria y de infanteria: era todo el ejército austriaco. En presencia de aquel peligro se condujo con la mayor serenidad y aplomo, pero experimentó algunas pérdidas.

Afortunadamente la division de Decaen pasaba en aquel momento el Salza hácia Laufen de una manera casi milagrosa. El dia anterior hallando destruido el puente de Laufen la vanguardia de esta division, habia recorrido las orillas del Salza cubiertas por todas partes de tiradores enemigos, y se habia puesto á buscar un paso. Pronto apercibieron una barca que habia en la orilla; á su vista se arrojaron al rio tres cazadores de la 14, llegaron á la otra orilla á pesar del intenso frio que hacia, y de ser la corriente aun mas rápida que la del Inn, y despues de haberse batido cuerpo á cuerpo con varios tiradores austriacos, se apoderaron de la barca y se la llevaron consigo. Algunos centenares de franceses que se habian servido de ella para pasar sucesivamente á la orilla opuesta, habian ocupado un pueblo cerca del puente destruido de Laufen, y se ha-

Decaen libra afortunadamente á Lecourbe pasando el Salza.

bian parapetado de tal manera que bastaba un pequeño número de ellos para defenderle. Los otros se habian precipitado sobre la artillería austriaca, logrando quitársela al enemigo, y apoderándose de todas las barcas existentes en la orilla derecha del Salza; proporcionando los medios para que pasase la division, que habia permanecido en la orilla izquierda. Al dia siguiente, 14 por la mañana, pasó el rio toda la division de Decaen, y subiendo hasta Salzburgo llegó en el mismo instante en que Lecourbe se encontraba empeñado solo con todo el ejército austriaco. Era imposible llegar mas á tiempo. Advertido el archiduque del paso de los franceses y de su marcha sobre Salzburgo, se apresuró á levantar el campo, y Lecourbe se vió libre del grave peligro á que le habian expuesto la casualidad y su ardimiento.

Todas las defensas del Inn y del Salza habian caido en nuestro poder; y desde aquel momento ningun obstáculo protegia ya al ejército austriaco, ni podia darle fuerza para resistir al ejército frances. Es verdad que quedaban 25,000 hombres en el Tyrol que podian amenazar nuestras espaldas, pero las tentativas atrevidas no deben temerse por un ejército victorioso, y mucho menos cuando el desaliento se ha apoderado del enemigo. Moreau, despues de haber dejado atras el cuerpo de Sainte-Susanne para que sitiase á Braunau, y ocupase el espacio comprendido entre el Inn y el Isar, y alentado por los triunfos que á cada paso obtenia marchó sobre el Traun y el Ens, que no eran obstáculos capaces de detenerle. Richepanse formaba la vanguardia, sostenido por Grouchy y Decaen. Los austriacos verificaban su retirada en desorden, y á cada instante perdian hombres, carros y cañones. Richepanse dió brillantes combates en Frankenmarkt, en Vœklabruck, y en Schwanstadt; y como á cada instante llegaba á las manos con la caballeria austriaca, le tomó hasta 1200 caballos de una vez. El 20 de Diciembre (29 de Frimario) habiamos pasado el Traun, y marchábamos sobre Steyer para pasar el Ens.

El jóven archiduque Juan, á quien tantos desastres habian abatido enteramente, acababa de ser reemplazado por el archiduque Cárlos, á quien se sacaba de su estado de desgracia, para confiarle una obra ya imposible, cual era la de salvar al ejército austriaco. Al llegar vió con dolor el espectáculo que le ofrecian aquellos soldados del imperio, quienes despues de haber resistido noblemente á los franceses, pedian al fin que cesasen de sacrificarlos á una política funesta y universalmente reprobada. El archiduque envió á M. de Meerfeld para que se avistase con Moreau y le propusiese un armisticio. Moreau consintió en concederle cuarenta y ocho horas, con la condicion de que en este tiempo volveria de Viena aquel oficial con poderes del Emperador; pero estipulando, sin embargo, que en aquel intérvalo el ejército frances podria adelantarse hasta el Ens.

El 21 pasó el Ens por Steyer; y sus puestos avanzados se presentaron sobre el Ips y el Erlaf. Se hallaba á las puertas de Viena, y podia caer en la tentacion de entrar en ella adquiriendo la gloria que ningun general frances habia tenido hasta entonces de penetrar en la capital del imperio. Pero la moderacion de Moreau no le permitió jamas tentar hasta el extremo la fortuna. El archiduque Cárlos habia empeñado su palabra de que no se suspenderian las hostilidades sino para tratar inmediatamente de la paz, con las condiciones que siempre habia exigido la Francia, especialmente la de una negociacion separada. Moreau que abrigaba una justa estimacion hácia aquel príncipe, se mostró dispuesto á creerle.

Moreau rehusa entrar en Viena.

Muchos de sus lugartenientes le aconsejaron que conquistase á Viena. —Vale mas, les contestó, conquistar la paz..... No tengo ninguna noticia de Macdonald ni de Brune; ignoro si el uno ha logrado penetrar en el Tyrol, y si el otro ha pasado el Mincio. Augereau se halla á larga distancia, y está comprometido; si tratase de humillar á los austriacos quizá llegaria á desesperarlos. Mas vale detenernos y contentarnos con la paz, pues que solo por ella combatimos.

Armisticio de Steyer firmado el 25 de Diciembre.

Estos pensamientos eran loables y prudentes. El 25 de Diciembre (4 de Nevoso del año IX) consintió, pues, en firmar en Steyer una nueva suspension

de armas con las condiciones siguientes: Cesarian las hostilidades en Alemania entre los ejércitos austriacos y los franceses, mandados por Moreau y Augereau. Los generales Brune y Macdonald serian invitados á firmar un armisticio semejante para los ejércitos de los grisones y de Italia. Se entregarian á los franceses todo el valle del Danubio, comprendido el Tyrol, y ademas las plazas de Braunau, Wurtzburgo, y los fuertes de Scharnitz y de Kufstein, &c.... Se pondrian á su disposicion los almacenes austriacos. No podria ser enviado á Italia ningun destacamento, si llegaba á suceder que los generales que combatian en aquel pais no se conformaban con la suspension de armas. Esta medida era comun á los dos ejércitos.

Gloria de Moreau.

Moreau se contentó con estas condiciones, pensando con razon, que se seguiria la paz, y prefiriéndola á alcanzar triunfos si bien mas brillantes, mas peligrosos. Su nombre habia cobrado nueva gloria, porque su campaña de invierno sobrepujaba á la de la primavera. Despues de haber pasado el Rhin en la campaña de primavera, y de haber arrollado á los austriacos hasta el Danubio, mientras el primer Cónsul pasaba los Alpes; despues de haberles hecho abandonar en seguida su campamento de Ulma por la batalla de Hochstett, y haberlos arrojado junto al Inn; habia descansado en la buena estacion, y comenzando de nuevo sus operaciones en invierno con un frio rigoroso, los habia rendido en Hohenlinden, arrollándolos despues del Inn al Salza, del Salza al Traun y al Ens, llevándolos en desórden hasta las mismas puertas de Viena; y concediéndoles, al fin, hallándose solo á algunas leguas de la capital, el tiempo preciso para firmar la paz. Sin duda habia procedido con irresolucion y lentitud, y cometido en fin varias faltas, que algunos jueces severos han manifestado y censurado despues amargamente, como para vengar en la memoria de Moreau las injusticias cometidas contra la de Napoleon; pero al lado de todo eso habia triunfos verdaderos, dirigidos por una conducta prudente y firme. Es necesario respetar todas las glorias, y no destruir la una para vengar la otra. Moreau habia sabido mandar 100,000 hombres con prudencia y vigor, y nadie, exceptuando á Napoleon, lo ha hecho tan bien en este siglo; y si el puesto del vencedor de Hohenlinden se halla á una distancia inmensa de el del vencedor de Rivoli, de Marengo y de Austerlitz, fue no obstante muy glorioso y hubiera continuado siéndolo, si extravios criminales, funesto producto de la envidia, no hubiesen manchado despues una vida noble y pura hasta entónces.

Augereau se ve libre por el armisticio de una posicion peligrosa.

El armisticio de Alemania llegaba muy á propósito para sacar de su posicion peligrosa al ejército galo-bátavo, mandado por Augereau. El general austriaco Klenau que habia quedado siempre á gran distancia del archiduque Juan, se habia reunido de pronto á Simbschen, poniendo en mucho peligro á Augereau con esta reunion de fuerzas. Pero este habia defendido con valor el Rednitz, logrando asi dar tiempo á que se concluyesen las hostilidades. La retirada de los austriacos á Bohemia le sacaba de este apuro, y el armisticio le ponia á cubierto contra los peligros de una posicion demasiado falta de apoyo, desde que Moreau se hallaba á las puertas de Viena.

Pasa Macdonald el Splugen.

Mientras tenian lugar estos acontecimientos en Alemania, continuaban las hostilidades en los Alpes y en Italia. El primer Cónsul, viendo desde el principio de la campaña, que Moreau podia pasarse sin socorros, habia mandado á Macdonald que atravesase el Splugen; que bajase á la Valtelina por la grande cordillera de los Alpes; que de la Valtelina pasase al Tyrol italiano; que se dirigiese en seguida sobre Trento y flanquease asi la linea del Mincio, para inutilizar con esta maniobra toda la resistencia de los austriacos en las llanuras de Italia. Inútiles fueron las objeciones que se hicieron al primer Cónsul respecto á esta tentativa, fundadas en la altura del Splugen y en el rigor de la estacion. Constantemente habia respondido, que por todas partes donde pudiesen poner el pie dos hombres podia pasar un ejército, y que era mas fácil atravesar los Alpes durante las heladas que en el tiempo del deshielo, en cuya época habia atravesado él el San Bernardo. Asi raciocina un entendimiento absoluto,

que quiere alcanzar su objeto á cualquier precio. Los acontecimientos probaron que el invierno presentaba en los montes peligros al menos iguales á los de la primavera, y que ademas condenaba á los hombres á padecimientos horrorosos.

El general Macdonald se dispuso á obedecer, y lo hizo con toda la energía de su carácter. Despues de haber dejado á la division de Morlot en los Grisones para guardar las desembocaduras que desde este pais comunican con la Engadina (valle superior del Inn) se aproximó á Splugen. Hacia algun tiempo que la division de Baraguay-d'Hilliers estaba en la Valtelina superior, amenazando á la Engadina por la parte de Italia, mientras que Morlot la amenazaba por el lado de los Grisones. Macdonald con unos 12000 hombres que componian el grueso de su ejército empezó su movimiento, y trepó las primeras cuestas del Splugen. El paso de aquella alta montaña estrecho y lleno de revueltas en una cuesta de muchas leguas, presentaba los peligres mas grandes, sobre todo en aquella estacion en que frecuentes tormentas obstruian el camino con enormes masas de hielo. Habiase colocado la artillería y las municiones en trineos, y los soldados iban cargados de galletas y cartuchos. La primera columna compuesta de caballería y de artillería emprendió el paso en un tiempo hermoso, pero de repente la sorprendió una tempestad horrorosa. Una inmensa mole de nieve arrastró en su caida á medio escuadron de dragones llenando á los soldados de terror. Sin embargo, no se desanimaron, y habiendo cesado la tormenta probaron de nuevo el pasar aquella montaña terrible que la nieve habia obstruido. Hacianse preceder por bueyes que hollaban la nieve hundiéndose en ella hasta el pecho; despues la apisonaban una multitud de trabajadores; y la infantería al pasar le daba mas solidez; por último los zapadores ensanchaban los pasos estrechos, cortando el hielo á hachazos. Solo, despues de tantos trabajos quedaban algo transitables los caminos para la caballería y la artillería. Los primeros dias de Diciembre se emplearon en el paso de las tres primeras columnas, sufriendo los soldados aquellos horribles trabajos con una paciencia admirable, y alimentandose con galleta y un poco de aguardiente. La cuarta y última columna iba ya á llegar á la cima del monte, cuando una nueva tormenta vino á cerrarle el paso, dispersando enteramente á la 104 media brigada, y sepultando á unos cien hombres. El general Macdonald que estaba allí, reunió á sus soldados, los animó contra el peligro y contra los padecimientos, hizo abrir con esfuerzos inauditos el camino obstruido por témpanos de hielo, y desembocó en fin con todo el resto de su cuerpo en la Valtelina.

Esta tentativa, verdaderamente extraordinaria, habia trasladado al otro lado de la gran cordillera y á las mismas puertas del Tyrol italiano á la mayor parte del ejército de los Grisones. El general Macdonald, segun la órden que habia recibido, luego que pasó el Splugen trató de ponerse de acuerdo con Brune, para marchar sobre los nacimientos del Mincio y el Adige, y destruir asi toda la línea defensiva de los austriacos, que se extendia desde los Alpes al Adriático.

Brune no quiso privarse de una division entera para ayudar á Macdonald, pero consintió en destacar la division italiana de Lecchi, la cual debia subir desde el valle de la Chiesa hasta la Rocca de Anfo.

Ataque del monte Tonal por los soldados de Macdonald.

Macdonald, al subir á la Valtelina trató de atacar el monte Tonal que da entrada al Tyrol y al valle del Adige. Pero aqui, aunque la altura fuese menor que la del Splugen, habia tambien mucho hielo, y ademas el general Wukassowich habia fortificado con atrincheramientos las principales avenidas del monte Tonal. El 22 y el 23 de Diciembre, el general Vandamme intentó el ataque á la cabeza de un cuerpo de granaderos, y le repitió muchas veces con un valor heróico. Aquellos valientes hicieron esfuerzos increibles, pero inútiles. Varias veces marchando sobre la nieve y arrostrando á descubierto un fuego mortífero llegaron hasta las empalizadas de los atrincheramientos, y trataron de arrancarlas; pero no pudieron conseguirlo por estar el terreno helado. Era inútil obstinarse mas; y por lo tanto se resolvió trasladarse al valle del Oglio, bajarle hasta Pisogno, y dirigirse en seguida al valle de la Chiesa; caminando

asi por montañas en una region menos elevada y por pasos menos defendidos. Habiendo bajado Macdonald hasta Pisogno, pasó las gargantas que lo separaban del valle de la Chiesa, se unió con la brigada de Lecchi cerca de Rocca de Anfo, encontrándose asi al otro lado de los obstáculos que lo separaban del Tyrol italiano y del Adige. Podia llegar á Trento antes que el general Wukassowich hubiese verificado su retirada de las alturas del monte Tonal, y tomar posesion entre los austriacos que defendian en medio de los Alpes el nacimiento de los rios, y los austriacos que defendian su curso inferior en las llanuras de Italia.

Macdonald consigue penetrar en el Tyrol.

Brune, antes de forzar el Mincio, habia aguardado que Macdonald hubiese hecho bastantes progresos para que los ataques fuesen casi simultáneos en las montañas y en la llanura. De los 125,000 hombres repartidos en la Italia, tenia á sus órdenes, como hemos dicho, 100,000 soldados útiles, experimentados y repuestos de sus antiguos padecimientos; una artilleria perfectamente organizada por el general Marmont, y una caballeria excelente. Unos 20,000 hombres guardaban la Lombardia, el Piamonte, la Liguria y la Toscana. Una brigada pequeña al mando del general Petitot observaba á las tropas austriacas, que habian salido de Ferrara y amenazaban á Bolonia. La guardia nacional de esta última ciudad estaba pronta á defenderse contra los austriacos. Los napolitanos atravesaban de nuevo el Estado Romano para marchar sobre la Toscana, pero Murat se dirigia á su encuentro con los 10,000 hombres del campo de Amiens. Brune, despues de haber provisto á la conservacion de las diferentes partes de Italia podia dirigir unos 70,000 hombres sobre el Mincio. El general Bonaparte que conocia perfectamente aquel teatro de operaciones, le habia recomendado cuidadosamente que reconcentrase todo lo posible sus tropas en la Italia superior; que no se cuidase de lo que los austriacos emprendiesen hácia las orillas del Pô en las Legaciones y aun en la Toscana misma; que se mantuviese firme, como él lo habia hecho otras veces, en las desembocaduras de los Alpes, y le repetia sin cesar que cuando los austriacos fueran batidos en el Mincio y el Adige, es decir, en la línea por donde entran en Italia, todos los que hubiesen pasado el Pô y penetrado en la Italia central, se hallarian en mas riesgo por esto mismo.

Situacion de Brune junto al Mincio.

Efectivamente aparentaron los austriacos salir de Ferrara y amenazar á Bolonia; pero el general Petitot supo contenerlos, y la guardia nacional de Bolonia mostró por su parte la actitud mas firme y decidida.

Conformándose Brune al principio con las instrucciones que habia recibido, se adelantó hasta el Mincio del 20 al 24 de Diciembre (29 de Frimario al 3 de Nevoso), tomó las posiciones que habian ocupado los austriacos delante de aquel rio, y dió sus disposiciones para pasarle el 25 por la mañana. El general Delmas mandaba la vanguardia, el general Moncey la izquierda, el general Dupont la derecha, y el general Michaud la reserva. Además de la caballeria y de la artilleria repartida en las divisiones, tenia una reserva considerable de estas armas.

Al referir las primeras campañas del general Bonaparte (1) describimos aquel teatro de tantos acontecimientos memorables: sin embargo, necesario es volver á describir en pocas palabras la configuracion de aquellos lugares. Las aguas que nacen en el Tyrol se precipitan en el Adriático por el Adige; asi, pues, el Adige forma una línea muy fuerte é importante, pero antes de llegar á la línea del Adige se encuentra una menos importante, y es la del Mincio. Las aguas de algunos valles laterales al del Tyról, acumuladas primero en el lago de Garda, se derraman en seguida en el Mincio, se detienen algo en Mantua, al rededor de la cual forman un lago, y despues se arrojan en el Pô. Habia pues, una doble línea que atravesar: primero la del Mincio, y despues la del Adige, esta última mucho mas considerable y fuerte. Necesitábase pasar una y otra, y si esto se hacia con prontitud para dar la mano á Macdonald que marchaba por la Rocca de Anfo y por Trento sobre el Adige superior podia separarse al ejército austriaco que defendia el Tyrol, del ejército austriaco que defendia el Mincio, y apoderarse del primero.

(1) Historia de la Revolucion francesa.

La línea del Mincio de 7 á 8 leguas á lo mas de extension, apoyándose en el lago de Garda por un lado y en Mantua por otro, cubierta de artillería y defendida por 70,000 austriacos mandados por el conde de Bellegarde, no era muy fácil de forzar. El enemigo tenia en Borghetto y Vallegio un puente bien atrincherado, que le permitia obrar sobre las dos orillas. El rio no era vadeable en aquella estacion, y ademas habia aumentado su torrente cerrando todos los canales por donde se desaguaba.

Disposiciones de Brune para el paso del Mincio.

Brune, despues de haber reunido sus columnas, tuvo la singular idea de pasar el Mincio por dos puntos á la vez, por Pozzolo y por Mozzembano. En ambos puntos el alveo del rio formaba una especie de ruedo, cuya convexidad estaba á nuestra parte: ademas, la orilla que ocupábamos dominaba á la orilla izquierda ocupada por los austriacos; de modo que tanto en Mozzembano como en Pozzolo podian establecerse fuegos superiores y convergentes contra la orilla opuesta y cubrir así la operacion del paso. Pero en ambos puntos se encontraban los austriacos sólidamente situados detras del Mincio; protegidos con fuertes atrincheramientos, y apoyados ó en Mantua ó en Peschiera. Las ventajas y los inconvenientes del paso, eran, pues, casi los mismos en Pozzolo que en Mozzembano. Pero lo que debia decidir á Brune á preferir uno de los dos puntos, cualquiera que fuese, sin perjuicio de hacer una falsa demostracion sobre el otro, era el movimiento que hiciesen los austriacos, pues siendo dueños de la cabeza de puente, que habia entre ambos puntos, podian desembocar por allí, arrojarse sobre uno de los dos cuerpos que separadamente verificasen el paso, y desconcertar la operacion; por consiguiente era mejor ejecutarlo por un solo punto con todas las fuerzas reunidas.

Tentativa para pasar el Mincio por dos puntos.

Sin embargo, Brune persistió en su doble proyecto, con la mira al parecer de dividir la atencion del enemigo, y el 25 de Diciembre dispuso todo lo necesario para aquel doble paso. Pero dificultades que ocurrieron en los transportes, aumentadas á causa de la estacion, impidieron que se hallase todo dispuesto en Mozzembano, en cuyo punto se encontraba Brune con la mayor parte de sus fuerzas, quedando en su consecuencia aplazada la operacion para el siguiente dia. Era natural que tambien se hubiese aplazado el paso por el otro punto, pero Brune que siempre habia considerado la tentativa sobre Pozzolo como una simple diversion, pensó que produciria mucho mas efecto, si precedia veinte y cuatro horas á la operacion principal.

Combate de Dupont para pasar á Pozzolo.

Dupont que mandaba en Pozzolo era un oficial valiente y activo: el 25 por la mañana se adelantó hácia la orilla del Mincio, coronó de artillería las alturas de Molino-della-Volta, que dominaban la orilla opuesta, echó un puente en breve tiempo, y favorecido por una neblina espesa logró trasladar á la orilla derecha la division de Watrin. Mientras tanto Brune permanecia inmóvil con la izquierda y las reservas en Mozzembano: el general Suchet, situado entre ambos, cubria con el centro el puente austriaco de Borghetto. Encontrábase, pues, el general Dupont con un solo cuerpo sobre la orilla izquierda en presencia de todo el ejército austriaco, y el resultado era fácil de prever. El conde de Bellegarde, atendiendo á lo mas urgente, dirigió sobre Pozzolo la masa de sus fuerzas; mientras el general Dupont daba parte á Suchet que estaba mas próximo y al general en gefe del buen éxito del paso y del peligro á que le exponia. El general Suchet como valiente y leal compañero de armas, corrió al socorro de la division de Dupont; pero al dejar á Borghetto, mandó á decir á Brune que atendiese á la custodia de la desembocadura que dejaba descubierta por su movimiento hácia Pozzolo; pero Brune en vez de acudir con todas sus fuerzas al punto en que un accidente dichoso acababa de proporcionar á su ejército el paso del Mincio, y preocupado con la operacion que pensaba hacer al dia siguiente por Mozzembano, no dejó su posicion; y aprobando el movimiento del general Suchet, recomendándole no obstante no se comprometiese mucho al otro lado del rio, se contentó con enviar á la division de Boudet para cubrir el puente de Borghetto.

Pero el general Dupont, impaciente

por aprovechar las primeras ventajas que habia conseguido, se comprometió internándose. Ya habia pasado el Mincio, tomado á Pozzolo que está situada en la orilla izquierda; y trasladado sucesivamente al otro lado del rio las divisiones de Wattrin y de Monier. Una de sus alas se apoyaba en Pozzolo y la otra en el Mincio, bajo la proteccion de las baterías situadas en la orilla derecha.

Los austriacos marchaban con todas sus fuerzas sobre aquella posicion, precedidos por un gran número de piezas de artillería. Afortunadamente las nuestras situadas en Molino-della-Volta, protegian á nuestros soldados con sus fuegos que dominaban la orilla opuesta. Los austriacos se precipitaron con tal furor sobre las divisiones de Wattrin y Monier, que la 6.ª de ligeros, la 28 y la 40 de línea parecia que iban á sucumbir, pero resistieron con un valor admirable á todos los asaltos reunidos de la infantería y de la caballería austriaca. Entretanto, la division de Monier, sorprendida en Pozzolo por una columna de granaderos fue desalojada de su posicion; al mismo tiempo que separado de su principal apoyo el cuerpo de Dupont iba á ser arrojado en el Mincio. Pero el general Suchet llegaba á la otra orilla con la division de Gazan, y viendo desde las alturas de Molino-della-Volta el peligro inminente de su cólega Dupont, que combatia con 10,000 hombres contra 30,000, se apresurò á enviarle refuerzos. Contenido, sin embargo, por las órdenes de Bruno, no se atrevió á enviarle toda la division de Gazan, haciendo que pasase el rio solo la brigada de Clauzel. Este refuerzo era insuficiente, y Dupont iba á sucumbir, cuando el resto de la division de Gazan, coronando la orilla opuesta desde la cual se podia hacer fuego de metralla y aun de fusilería sobre los austriacos, rompió un fuego mortífero sobre ellos y detuvo su marcha. Sostenidas de este modo las tropas de Dupont tomaron la ofensiva é hicieron retroceder á los austriacos. Pero el peligro crecia por instantes, y convencido de ello el general Suchet tomó el partido de trasladar á la otra orilla toda la division de Gazan; disputándose con el mayor encarnizamiento desde que se verificó esta operacion el punto importante de Pozzolo, cuyo pueblo fue perdido y recobrado seis veces. A las nueve de la noche seguia aun la pelea, combatiendo á la claridad de la luna, y con un frio riguroso. Al fin quedaron dueños los franceses de la orilla izquierda, pero habiendo perdido lo mejor de cuatro divisiones. Los austriacos habian dejado 6000 muertos ó heridos en el campo de batalla, y los franceses casi otros tantos. Sin la llegada del general Suchet hubiera quedado destruida nuestra ala derecha; y aun asi no se atrevió este general á empeñarse del todo, porque se hallaba contenido por las órdenes de su general en gefe. Si M. de Bellegarde hubiera dirigido allí todo su ejército, ó bien hubiera desembocado por el puente de Borghetto mientras que Brune permanecia inmóvil en Mozzembano, quizás hubiera causado un desastre al centro y á la derecha del ejército frances.

Por fortuna no hizo nada, y el Mincio se hallaba forzado por un punto. Brune persistió en el proyecto de pasarle al dia siguiente, 26 de Diciembre, por Mozzembano, exponiéndose asi á correr de nuevo los azares de una maniobra á viva fuerza. En su consecuencia coronó con 40 piezas de artillería las alturas de Mozzembano, y favorecido por las nieblas de la estacion logró echar un puente. Fatigados los austriacos con la jornada del dia anterior; y no dando el mayor crédito á un segundo paso, opusieron una resistencia menor que la víspera, y se dejaron tomar las posiciones inmediatas de Sallionzo y de Vallegio.

Habiendo pasado todo el ejército al otro lado del Mincio, marcha sobre el Adige.

De este modo desembocó todo el ejército al otro lado del Mincio, y reunidas todas sus divisiones pudo marchar sobre la segunda linea formada por el Adige. La cabeza del puente de Borghetto debia caer naturalmente en nuestro poder por el movimiento progresivo de nuestras columnas, y sin embargo se cometió el yerro de sacrificar á muchos centenares de nuestros valientes soldados para conquistar un punto que no se podia sostener. Allí quedaron prisioneros 1200 austriacos.

Los franceses habian quedado victoriosos, pero á costa de mucha sangre pre-

ciosa, que los generales Bonaparte y Moreau hubieran economizado. De otro modo pasaba Lecourbe los rios de Alemania. Habiendo forzado Brune el Mincio se adelantó sobre el Adige: el cual hubiera debido pasar inmediatamente; pero no se halló dispuesto á verificarlo hasta el 31 de Diciembre (10 de Nevoso). El 1.° de Enero, el general Delmas con la vanguardia atravesó felizmente el rio por Bussolengo mas arriba de Verona. El general Moncey con la izquierda debió subir por él hasta Trento, mientras que el resto del ejército lo bajaba para envolver á Verona.

Enero de 1801.

El conde de Bellegarde se hallaba en aquel momento en gran peligro. Una parte de las tropas del Tyrol, á las órdenes del general Laudon, se habia retirado á la presencia de Macdonald, y se replegaba sobre Trento. El general Moncey, con su cuerpo, marchaba hácia aquel lado, subiendo por el Adige, de modo que el general Laudon encerrado entre los cuerpos de Macdonald y de Moncey debia sucumbir, si no tenia tiempo para salvarse en el valle del Brenta, que corriendo del otro lado del Adige, viene, despues de muchos rodeos, á desembocar en el Bassano. Si Brune pasaba ràpidamente el Adige y arrollaba con vigor al conde de Bellegarde mas allá de Verona hasta el mismo Bassano, podia llegar antes á este último punto que el cuerpo del Tyrol, y apoderarse de él cerrándole el paso del Brenta.

Un acto poco leal del general Laudon, y la lentitud de Brune, excusada, es verdad, por la estacion, libró al cuerpo del Tyrol de todos aquellos peligros.

El general austriaco Laudon se salva por un subterfugio.

Macdonald habia llegado, en efecto, hasta Trento, mientras que el cuerpo de Moncey se habia tambien dirijido allí por su parte. Encerrado el general Laudon entre ambos cuerpos recurrió á la mentira, anunciando al general Moncey que acababa de firmarse un armisticio en Alemania, y que era comun á todos los ejércitos; esto era falso, porque el convenio firmado en Steyer por Moreau comprendia solo á los ejércitos que maniobraban en el Danubio. El general Moncey, por un exceso de lealtad, creyó lo que le decia el general Laudon, y le abrió los pasos que conducen al valle de Brenta. De este modo pudo reunirse al conde de Bellegarde en los alrededores de Bassano.

Pero eran ya públicos los desastres de Alemania. El ejército austriaco batido en Italia y perseguido por una masa de 90,000 hombres, despues de la reunion de Macdonald y de Brune, no podia sostenerse. Asi, pues, propuso un armisticio á Brune, quien se apresuró á aceptarle, firmándole el 16 de Enero en Tréviso. Instado Brune á que lo concluyese, se contentó con exigir la linea del Adige con las plazas de Ferrara, Peschiera y Portolegnago, y no pensó siquiera en hacer que le entregasen á Mantua. Sin embargo de que las instrucciones que se le habian dado eran el no detenerse hasta el Isonzo, y conquistar á Mantua, única plaza que era de interes porque las demas debian entregarse naturalmente. Importaba sobre todo ocuparla para pedir en el congreso de Luneville que se dejase á la Cisalpina.

Armisticio de Tréviso.

Mientras que pasaban estos acontecimientos en la Italia superior, los napolitanos penetraban en Toscana. El conde de Damas que mandaba un cuerpo de 16,000 hombres, de los cuales 8000 eran napolitanos se habia adelantado hasta Sienna. El general Miollis obligado á guarnecer todos los puestos de Toscana no tenia mas que 35,00 hombres disponibles, la mayor parte italianos; pero no obstante marchó sobre las tropas napolitanas. Los valientes soldados de la division de Pino se arrojaron sobre la vanguardia del conde de Damas, la arrollaron, entraron á viva fuerza en Sienna y pasaron á cuchillo á un gran número de sublevados. El conde de Damas se vió obligado á replegarse; mientras que por otra parte, adelantándose Murat con sus granaderos, iba á arrancarle la firma de un tercer armisticio.

Cortas operaciones en Toscana.

La campaña estaba concluida por todas partes, y la paz asegurada; habiendo quedado triunfantes nuestros ejércitos en todos los puntos de la guerra. El ejército de Moreau, flanqueado por el de Augereau habia penetrado hasta las puertas de Viena; el de Brune secundado por el de Macdonald habia pa-

sado el Mincio y el Adige; y llegado hasta Tréviso; y aunque no habia arrojado enteramente á los austriacos al otro lado de los Alpes, les habia tomado bastante estension de territorio, para suministrar al negociador frances en Luneville argumentos poderosos contra las pretensiones del Austria en Italia. Murat iba á acabar de someter á la corte de Nápoles.

Alegria del primer Cónsul al tener noticia de los triunfos de los ejércitos franceses.

Al saber el resultado de la batalla de Hohenlinden, el primer Cónsul, á quien suponian celoso de Moreau, sintió una alegria sincera (1). Ningun valor perdió aquella victoria á sus ojos, aunque alcanzada por un rival; pues se juzgaba tan superior á sus compañeros en gloria militar y en influencia política, que á ninguno tenia envidia. Dedicado enteramente al cuidado de pacificar y de reorganizar la Francia, oia con la mayor satisfaccion la noticia de cualquier acontecimiento que contribuia á hacerle mas fácil su tarea, aun cuando aquel acontecimiento engrandeciese á los hombres que mas tarde habian de ser sus rivales.

Lo que le disgustó de aquella campaña fue la sangre francesa derramada inútilmente en Pozzolo, y sobre todo la grave falta de no haber exigido la entrega de Mantua, rehusando por ello ratificar el convenio de Tréviso, y declarando que iba á dar órden para que empezasen de nuevo las hostilidades, si inmediatamente no se entregaba la plaza de Mantua al ejército frances.

Renuévanse las negociaciones de Luneville.

Mientras tanto José Bonaparte y M. de Cobentzel se hallaban en Luneville á la expectativa de los acontecimientos que pasaban junto al Danubio y el Adige. Singular era la posicion de estos dos negociadores, tratando mientras se combatia, siendo en cierto modo testigos de un duelo entre dos grandes naciones, y aguardando á cada momento la noticia no de la muerte pero si del aniquilamiento de la una ó de la otra, M. de Cobentzel dió muestras en aquella ocasion de un vigor de carácter, que puede citarse como ejemplo á los hombres llamados á servir á su pais en circunstancias desgraciadas. Sin desconcertarse por la derrota de los austriacos en Hohenlinden, ni por el paso del Inn, del Salza, del Traun &c. respondia á todas las noticias que se le comunicaban, con una serenidad imperturbable, que todo aquello era, sin duda, desagradable, pero que el archiduque Cárlos, restablecido de sus padeceres llegaba al frente de los alistamientos extraordinarios de la Bohemia y de la Hungria, trayendo al socorro de la capital 25,000 bohemios y 75,000 húngaros; de modo que adelantándose mas los franceses encontrarian una resistencia inesperada. Por lo demás insistia en todas las pretensiones del Austria, especialmente en la de no tratar sin un plenipotenciario inglés, que al menos autorizase con su presencia las negociaciones efectivas que pudieran establecerse entre las dos legaciones. A veces hasta llegaba á decir que se retiraria á Francfort desvaneciendo asi las esperanzas de paz con que el primer Cónsul tenia necesidad de entretener los ánimos. A semejante amenaza el primer Cónsul que guardaba pocos miramientos cuando se le queria intimidar, mandó á decir á M. Cobentzel, que si dejaba á Luneville, se concluiria para siempre todo medio de convenio, y seguiria la guerra hasta la entera destruccion de la monarquia austriaca.

Firmeza de Mr. de Cobentzel.

Orden dada á M. de Cobentzel para concluir la paz.

En medio de aquella lucha diplomática, M. de Cobentzel recibió la noticia del armisticio de Steyer, y la órden del emperador para tratar á cualquier costa, y sobre todo para hacer extensivo á Italia el armisticio ya convenido en Alemania; porque nada se habia adelantado si habiendo detenido á uno de los dos ejércitos franceses que marchaban sobre Viena, se dejaba al otro la facultad de dirigirse al mismo punto por el Frioul y la Carinthia. En su consecuencia M. de Cobentzel declaró el 31 de Diciembre que estaba pronto á tratar sin el concurso de la Inglaterra, que consentia en firmar preliminares de paz ó un tratado definitivo, como se quisiese; pero que antes de comprometerse defini-

(1) M. de Bourrienne ha dicho que *saltó de alegria*, y este historiador no es sospechoso, porque aunque debia todo lo que era á Napoleon, no parece que lo tuvo muy presente al escribir sus memorias.

tivamente separándose de la Inglaterra, solicitaba que se firmase un armisticio comun á Italia y á Alemania, y se explicasen las condiciones de la paz, al menos de una manera general. Por su parte daba á conocer sus condiciones: el Oglio por límite del Austria en Italia, y además las Legaciones; y al mismo tiempo el restablecimiento de los duques de Módena y de Toscana en sus estados antiguos.

Condiciones del Austria.

Estas condiciones no eran razonables. El primer Cónsul no las hubiera admitido ántes de la campaña de invierno, y mucho menos las admitiria despues.

En los preliminares del conde de Saint Julien se habia adoptado por base el tratado de Campo-Formio, con la diferencia que ciertas indemnizaciones prometidas al Austria por varios territorios pequeños se le darian en Italia en lugar de dárselas en Alemania. Ya hemos indicado lo que esto queria decir: el tratado de Campo-Formio señalaba el Adige por límite á la República Cisalpina y al Austria: prometiéndole á esta última las indemnizaciones en Italia, se le hacia esperar, por ejemplo, al Mincio como frontera en lugar del Adige; pero solo el Mincio, y jamás el territorio de las Legaciones, del cual el primer Cónsul pensaba disponer de otra manera.

Condiciones de la Francia.

El primer Cónsul habia ya tomado una resolucion definitiva. Queria que el Austria pagase los gastos de la campaña de invierno; que se le diese pura y simplemente el Adige, y que no se le concediese ninguna indemnizacion ni en Alemania ni en Italia por los pequeños territorios cedidos en la orilla izquierda del Rhin. Respecto á las Legaciones pensaba reservárselas para que sirviesen á otras varias combinaciones. Hasta entónces habian pertenecido á la República Cisalpina, y tenia el proyecto, bien de dejárselas, ó bien de destinarlas al engrandecimiento de la Casa de Parma, prometido á la corte de España por un tratado. En este último caso hubiera dado el territorio de Parma á la Cisalpina, la Toscana á la Casa de Parma, que era un engrandecimiento considerable, y las Legaciones al gran duque de Toscana. En cuanto al duque de Módena, el Austria habia prometido por el tratado de Campo-Formio, indemnizarle de la pérdida de su ducado por medio del Brisgau. A ella, pues, le tocaba cumplir sus compromisos con este príncipe.

El primer Cónsul deseaba otra cosa muy bien calculada, pero muy difícil de que la aceptara el Austria. No queria verse reducido, como le sucedió despues del tratado de Campo-Formio, á celebrar un congreso con los príncipes del Imperio para obtener individualmente de cada uno el abandono formal de la orilla izquierda del Rhin á la Francia. Se acordaba del congreso de Rastadt, concluido con el asesinato de nuestros plenipotenciarios, y del trabajo que le habia costado tratar con cada príncipe en particular, y convenir con todos los que perdian territorio un sistema de indemnizaciones que les satisfaciese. En su consecuencia solicitó que el Emperador firmase como gefe de la casa de Austria respecto á su casa, y como Emperador por lo que tocaba al Imperio. En una palabra queria obtener de un solo golpe el reconocimiento de nuestras conquistas, ya de la parte del Austria, ya de la parte de la Confederacion germánica.

En su consecuencia mandó á su hermano José que comunicase á M. de Cobentzel, como definitivamente resueltas, las condiciones siguientes: La orilla derecha del Rhin á la Francia.—El límite del Adige al Austria y á la Cisalpina, sin abandonar las Legaciones.—Las Legaciones al Duque de Toscana.—La Toscana al duque de Parma.—Parma á la Cisalpina.—El Brisgau al antiguo duque de Módena.—Y por último, que el Emperador firmase la paz por sí y por el Imperio. —En cuanto al armisticio en Italia estaba pronto á concederle, pero con la condicion de la entrega inmediata de la plaza de Mantua al ejército francés.

Como el primer Cónsul conocia la manera de tratar de los austriacos, y particularmente la de Mr. de Cobentzel, y queria poner coto á muchas dificultades, resistencias y amenazas de una desesperacion fingida, imaginó un medio nuevo de notificar su *ultimatum*. El cuerpo Legislativo acababa de reunirse, y el 2 de Enero (12 de Nevoso) se le propuso que declarase que los cuatro ejércitos mandados por Moreau, Brune,

Singular manera de notificar al Austria el ultimatum de la Francia.

Macdonald y Augereau habian merecido *bien de la Patria*. Un mensage unido á aquella proposicion anunciaba que M. de Cobentzel, acababa, al fin, de comprometerse á tratar sin la concurrencia de la Inglaterra, y que la condicion definitiva de la paz era el Rhin para la Francia y el Adige para la República Cisalpina; añadiendo que en el caso que no se aceptasen estas condiciones, se iria á firmar la paz á Praga, á Viena y á Venecia.

Aquella comunicacion fue acogida con entusiasmo en Paris, pero causó en Luneville la mayor sensacion. M. de Cobentzel elevó sus clamores, contra la dureza de aquellas condiciones, sobre todo contra su forma, quejándose amargamente de que la Francia parecia querer hacer el tratado sola, como si no tuviera con quien negociar. Sin embargo, se mantuvo firme, y declaró que el Austria no podia ceder en todos aquellos puntos, y que preferiria mejor sucumbir con las armas en la mano que acceder á tales condiciones. M. de Cobentzel consentia, no obstante, en retroceder desde el Oglio hasta el Chiesa que corre entre el Oglio y el Mincio, con la condicion de conservar á Peschiera, á Mantua y á Ferrara, sin la obligacion de demoler estas plazas. Consentia asimismo en indemnizar al duque de Módena con el Brisgau, pero insistia sobre la restitucion de los estados del duque de Toscana; y hablaba de las garantias formales que debian darse á la independencia del Piamonte, de la Suiza, de la Santa Sede, de Nápoles, &c..... En cuanto á la paz con el imperio, declaraba que el Emperador iba á pedir poderes á la Dieta germánica, pero que aquel monarca no tomaria sobre sí la responsabilidad de tratar por ella sin estar autorizado. Insistia tambien en que se firmase un armisticio en Italia, manifestando que entregar la plaza de Mantua al ejército frances era entregar inmediatamente la Italia á los franceses, y privarse de todo medio de resistencia si las hostilidades volvian á empezarse. M. de Cobentzel, uniendo el agasajo, á la firmeza, se esforzó en atraerse á José hablándole de las buenas disposiciones del Emperador hácia la Francia, y particularmente hácia el primer Cónsul, é insinuándole que el Austria podia muy bien aliarse con la República francesa, y que semejante alianza le seria muy útil contra la mala voluntad, oculta pero real, de las cortes del Norte.

Debates con M. de Cobentzel.

José que era de un carácter muy dulce, no dejaba de ser sensible hasta cierto punto á las quejas, á las amenazas y á los agasajos de M. de Cobentzel; pero en cambio, el primer Cónsul manifestaba cada vez mayor energia en sus numerosas comunicaciones.—Os está prohibido, decia á su hermano, admitir ninguna discusion sobre el principio sentado en el ultimatum: EL RHIN Y EL ADIGE. Mirad estas dos condiciones como irrevocables. Las hostilidades no cesarán en Italia sino con la entrega de Mantua; y si comienzan de nuevo, el límite del Adige se llevará á la cima de los Alpes Julianos, y el Austria quedará excluida de Italia. Cuando el Austria, añadia el primer Cónsul, hable de su amistad y de su alianza, contestadle que los que acaban de mostrarse tan adheridos á la alianza inglesa, mal podrán estarlo á la nuestra. Tomad al negociar la actitud del general Moreau, é imponed á M. de Cobentzel la actitud del archiduque Juan.

Lenguaje prescripto á José por el primer Cónsul.

Al fin, despues de muchos dias de resistencia, y á causa de las noticias cada vez mas alarmantes que llegaban á menudo de las márgenes del Mincio (es necesario no olvidar que la campaña se habia prolongado en Lombardia mas que en Alemania) Mr. de Cobentzel consintió el 15 de Enero de 1801 (25 de Nevoso) adoptar el Adige por límite de las posesiones del Austria en Italia; dejó de hablar del duque de Módena pero renovó la peticion formal del restablecimiento del duque de Toscana en sus Estados, y tambien consintió en declarar que se firmaria en Luneville la paz del imperio, pero despues de haber obtenido el Emperador los poderes de la Dieta germánica. Este plenipotenciario reclamaba en el mismo protocolo el armisticio para la Italia, pero sin conceder la entrega inmediata de Mantua á nuestro ejército, condicion que ponia la Francia para firmar el armisticio. M. de Cobentzel te-

M. de Cobentzel cede al fin acerca del doble principio de la línea del Rhin y del Adige.

mia, que despues de abandonar aquel punto de apoyo, le impusiese la Francia condiciones mas duras; y por muy espantosa que fuese para él la idea de la renovacion de las hostilidades en Italia, no queria aun deshacerse de aquella prenda.

Semejante obstinacion en defender su pais en una situacion tan difícil era natural y honrosa: no obstante concluyó por ser imprudente, y trajo consecuencias que M. de Cobentzel no habia previsto.

Los sucesos del Norte secundan las pretensiones del primer Cónsul.

Los sucesos que tenian lugar en el Norte contribuian tanto como las victorias, á aumentar las exigencias del primer Cónsul. Hasta aquel momento habia apresurado la paz con el Austria, primero por alcanzar la paz, y despues para garantirse contra las veleidades tan frecuentes del carácter del emperador Pablo; porque si bien es verdad que habia ya algunos meses que aquel príncipe manifestaba un vivo resentimiento contra el Austria y la Inglaterra, cualquier paso del gabinete austriaco ó inglés podia atraer de nuevo al Czar á la coalicion, y entónces tendria de nuevo la Francia sobre sí á toda la Europa. Este temor era el que habia llevado al primer Cónsul á arrostrar los inconvenientes de una campaña de invierno, á fin de aniquilar al Austria, mientras se veia privada del apoyo de las fuerzas del Continente. El sesgo que acababan de tomar los sucesos en el Norte, disipaba por este lado sus recelos, y habia contribuido á hacerle mas pausado y á que aumentase sus exigencias. En efecto, Pablo se habia separado formalmente de sus antiguos aliados, y arrojádose de un todo en los brazos de la Francia, con aquel ardor y entusiasmo que daba á todas sus acciones. Muy dispuesto á portarse así por el efecto que habian producido en su ánimo las maravillas de Marengo, la restitucion de los prisioneros rusos, el ofrecimiento de la isla de Malta, y por último, las diestras y delicadas lisonjas del primer Cónsul, se habia dejado arrastrar definitivamente por un acontecimiento posterior. Debe recordarse, que habiendo perdido el primer Cónsul la esperanza de salvar á Malta, estrechamente bloqueada por los ingleses habia tenido la dichosa idea de ofrecer aquella isla á Pablo I; que este príncipe habia recibido la oferta con entusiasmo, y que habia encargado á M. de Sprengporten fuera á Paris para que manifestase su agradecimiento al gefe del gobierno frances, y recibiendo los prisioneros rusos los condujera á Malta para que diesen la guarnicion en aquella isla. Pero en el intervalo, reducido el general Vaubois el último extremo, se habia visto obligado á entregar la isla á los ingleses. Este acontecimiento, que en cualquiera otra circunstancia hubiera afligido al primer Cónsul, le fue poco sensible.—He perdido á Malta, dijo, pero he arrojado la manzana de la discordia entre mis enemigos.—En efecto, Pablo se apresuró á reclamar de la Inglaterra la residencia de la órden de San Juan de Jerusalen, mas el gabinete británico se guardó bien de complacerle, contestándole con una negativa terminante. Pero Pablo no se detuvo, é inmediatamente mandó embargar todos los buques ingleses, deteniendo hasta 300 á la vez en los puertos de Rusia, con órden de que se echase á pique á los que trataran de salvarse. Aquella circunstancia, unida á la cuestion de los neutrales, que ya hemos presentado, no podia menos de producir una guerra. El Czar se puso al frente de esta cuestion, y llamando á sí á la Suecia, la Dinamarca y hasta á la misma Prusia les propuso renovar la liga de la neutralidad marítima de 1780. Al efecto invitó al rey de Suecia á que fuese á San Petersburgo para conferenciar sobre un asunto tan grave, y verificándolo así aquel príncipe fue recibido con la mayor magnificencia. Poseido Pablo de su manía celebró en San Petersburgo un capítulo de Malta, recibió caballeros al rey de Suecia y á todos los personages que le acompañaban, y prodigó con usura los honores de la órden; pero en medio de todas estas ceremonias, hizo otra cosa mas seria cual fue renovar la liga de 1780. El 26 de Diciembre fue firmada por los ministros de Rusia, de Suecia y de Dinamarca una declaracion, por la cual aquellas tres potencias marítimas se obligaban

La célebre declaracion de 1780 es renovada el 26 de Diciembre de 1800.

á sostener, aun con las armas, los principios del derecho de los neutrales. En esta declaracion se enumeraban, sin omitir uno solo, todos los principios de que hemos hecho mencion, y que la Francia acababa de hacer reconocer á la América. Comprometíanse además á reunir sus fuerzas para dirigirlas en comun contra cualquier potencia que atentase á los derechos que decian pertenecerles. La Dinamarca aunque muy celosa por los los intereses de los neutrales, hubiera querido, sin embargo, no proceder tan de ligero; pero el hielo la cubria por tres meses, y esperaba que antes de llegar la primavera habria ya cedido la Inglaterra, ó que al menos los preparativos de los neutrales del Báltico serian suficientes para impedir á la escuadra británica que se presentáse ante el Sund, como acababa de hacerlo en el mes de Agosto. La Prusia, que tambien hubiera querido negociar, sin declararse con tanta prontitud, fue comprometida como Suecia y Dinamarca, y se adhirió dos dias despues á la declaracion de San Petersburgo.

La Prusia se adhiere á la declaracion de los neutrales.

Estos acontecimientos eran de mucha gravedad y aseguraban á la Francia la alianza de todo el Norte de la Europa contra la Inglaterra; pero no eran estos los únicos triunfos diplomáticos del primer Cónsul. El emperador Pablo habia propuesto á la Prusia que se entendiese con la Francia sobre lo que se trataba en Luneville, y se conviniesen entre los tres las bases de la paz general. Las ideas que aquellas dos potencias (1) acababan de comunicar á Paris eran exactamente las que la Francia procuraba que prevaleciesen en Luneville.

La Prusia y la Rusia concedian sin disputa á la República francesa la orilla izquierda del Rhin, pidiendo solo una indemnizacion para los príncipes que perdian alguna porcion de territorio, pero únicamente para los príncipes hereditarios y por medio de la secularizacion de los Estados eclesiásticos. Este era justamente el principio que rechazaba el Austria y que admitia la Francia. La Rusia y la Prusia pedian la independencia de la Holanda, de la Suiza, del Piamonte, y de Nápoles, lo que no contrariaba entonces los proyectos del primer Cónsul. El emperador Pablo no se mezclaba en los intereses de Nápoles y del Piamonte, sino á causa del tratado de alianza concluido con aquellos estados en 1798, cuando habia sido preciso arrastrarlos en la guerra de la segunda coalicion; pero no pensaba protejer á Nápoles sino con la condicion de que rompiese con la Inglaterra, y en cuanto al Piamonte no reclamaba mas que una pequeña indemnizacion por la cesion de Saboya á la Francia. Encontraba muy natural, y la Prusia era del mismo parecer, que Francia reprimiese la ambicion del Austria en Italia, y la redujese al límite del Adige. Pablo, en fin, era tan ardiente en sus afecciones y deseos que ya pedia al primer Cónsul que se uniese estrechamente con él contra la Inglaterra, hasta el punto de comprometerse á no hacer la paz con ella, sino despues de la restitucion de Malta á la órden de San Juan de Jerusalen. Esto era mucho mas de lo que deseaba el primer Cónsul, que temia los compromisos absolutos. Pablo, deseando que las exterioridades correspondiesen al verdadero estado de las cosas, en lugar de las comunicaciones clandestinas entre M. de Krudener y el general Beurnonville en Berlin, estableció una negociacion pública en el mismo Paris. En su consecuencia nombró plenipotenciario á M. de Kalitscheff para que tratase, ostensiblemente con el gabinete francés, dándole órden de que al punto se dirigiese á su destino. Este ministro plenipotenciario era portador de una carta para el primer Cónsul, escrita de propia mano, por el emperador Pablo. Ya teníamos á M. de Sprengporten en Paris é íbamos á tener á M. de Kalitscheff, siendo por lo tanto imposible desear una reconciliacion mas manifiesta entre la Rusia y la Francia.

Todo estaba, pues, cambiado en Europa, lo mismo en el Norte que en el Mediodia. En el Norte las potencias marítimas en guerra abierta con la Inglaterra, trataban de unirse con nosotros, contra ella, por medio de compromisos absolutos. En el Mediodia la España se habia unido á nosotros con los lazos mas

(1) Carta del rey de Prusia de 14 de Enero, comunicada por M. de Lucchesini.

estrechos, y amenazaba á Portugal para obligarle á romper con la Gran Bretaña. En fin, el Austria, vencida en Alemania y en Italia; abandonada por todas las potencias á nuestros ataques, solo tenia para defenderse la atrevida obstinacion de su negociador en Luneville.

Todos estos acontecimientos, preparados por la habilidad del primer Cónsul, acababan de manifestarse uno tras otro en los primeros dias de Enero. En efecto, la Prusia y la Rusia manifestaban sus deseos de que se concluyese la paz del Continente, y Pablo anunciaba de su propia letra al primer Cónsul el nombramiento de M. de Kalitscheff, en el momento mismo en que M. Cobentzel, cediendo sobre el límite del Adige, pero defendiéndose obstinadamente sobre todo lo demás, rehusaba entregar á Mantua por precio de un armisticio en Italia.

Consecuencias de los acontecimientos del Norte respecto á las negociaciones de Luneville.

El primer Cónsul quiso suspender inmediatamente la marcha de las negociaciones en Luneville, y dió sus instrucciones á José, escribiéndole para señalar á nuestra legacion una conducta nueva. En el estado de crisis en que se hallaba la Europa no juzgaba conveniente apresurarse, porque, en efecto, se podia haber cedido demasiado, ó estipulado alguna cosa que contrariase las miras de las cortes del Norte. Creyendo ademas que M. de Kalitscheff llegaria en breve tiempo, queria verle antes de comprometerse definitivamente. Por lo tanto ordenó á José que contemporizase, al menos durante diez dias, antes de firmar y exigir condiciones mas duras que las precedentes.

El Austria habia consentido en encerrarse dentro de los límites del Adige, y el primer Cónsul queria que esto significase que el duque de Toscana no permaneceria en Italia, y recibiria como el duque de Módena una indemnizacion en Alemania. Consistia su proyecto definitivo en no dejar en Italia ningun príncipe austriaco. Dejar al duque de Toscana en Toscana, era á su entender, entregar á Liorna á los ingleses; y trasladarle á las Legaciones era proporcionar al Austria del otro lado del Pó, un punto donde asentar su pie. En su consecuencia, se afirmaba en la idea de transferir la Toscana al duque de Parma, como se habia estipulado en Madrid, confiando, por lo tanto, á Liorna á la marina española, y formar desde entonces la República Cisalpina de todo el valle del Pó; pues con este plan comprenderia ella el Milanesado, el Mantuano, Plasencia, Parma, Módena y las Legaciones. Situado el Piamonte en el nacimiento de aquel valle, quedaria sujeto por la Francia; y llevada el Austria mas allá del Adige, se hallaba arrinconada en un extremo de Italia; Roma y Nápoles estaban confinadas en el otro; y situada la Francia en el centro por la Toscana y la Cisalpina, contenia y dominaba todo aquel hermoso territorio.

Miras definitivas del primer Cónsul sobre Italia.

José Bonaparte, recibió, pues, nuevas instrucciones, exigiéndose en ellas que el duque de Toscana fuese trasladado como el de Módena á Alemania; que el principio de la secularizacion de los Estados eclesiásticos, sirviese á indemnizar á los príncipes hereditarios alemanes, lo mismo que á los príncipes italianos despojados por la Francia; que la paz con el Imperio se firmase al mismo tiempo que la paz con el Austria, sin aguardar para ello los poderes de la Dieta; que no se estipulase nada respecto á Nápoles, Roma y el Piamonte á causa de que la Francia, al mismo tiempo que queria conservar aquellos Estados, deseaba entenderse con ellos acerca de las condiciones de su conservacion; y por último que se entregase Mantua al ejército frances, bajo pena de romperse inmediatamente las hostilidades sino se entregaba.

Cuando no está concluida una negociacion ni se ha firmado un tratado, nada es mas sencillo que modificar las condiciones propuestas. El gabinete frances estaba, pues, en su derecho al alterar sus primeras condiciones; pero es necesario reconocer que la alteracion que hacia era tan imprevista como considerable.

M. de Cobentzel, por aguardar y pedir demasiado, y por obstinarse en desconocer su verdadera posicion, habia perdido el momento favorable. Segun su costumbre se quejó mucho y amena-

zó á la Francia con la desesperacion del Austria: sin embargo, urgia el obtener el armisticio para Italia, y por lo tanto estaba resignado á entregar la plaza de Mantua, pero temia hallarse á merced de la Francia despues de haber perdido aquel firme baluarte, y ver presentarse nuevas exigencias. En tal disposicion de ánimo se mostró desconfiado, suscitó varias cuestiones, y no entregó la plaza de Mantua sino en el último extremo. Al fin, el 26 de Enero (6 de Pluvioso) firmó la entrega de aquella plaza al ejército frances mediante un armisticio en Italia y la prolongacion del de Alemania. Al momento se despacharon postas desde el mismo Luneville, para evitar una nueva efusion de sangre; cuyo peligro era inminente junto al Adige.

Abandono de Mantua por M. de Cobentzel.

Las conferencias de los dias siguientes se pasaron en discusiones acaloradas. M. de Cobentzel decia que se le habia prometido el restablecimiento del gran duque el mismo dia en que el habia consentido en el limite del Adige. José confesaba que era cierto, pero que se habia acordado el restablecimiento de aquel principe en Alemania; que cada Estado se aprovechaba de su posicion actual para tratar con mas ventajas; que al obrar la Francia asi, obraba segun los principios expresados por M. de Thugut en sus cartas del invierno último; que por otra parte, el gran duque de que se trataba se hallaria en Toscana aislado del Austria y comprometido; y por el contrario en las Legaciones estaria demasiado bien situado, porque serviria de lazo entre el Austria, Roma y Nápoles; es decir, entre los enemigos de la Francia, quien no podia consentirlo á ningun precio; siendo por lo tanto necesario renunciar á colocarle ni en la Toscana ni en las Legaciones.

Despues de acaloradas controversias, M. de Cobentzel parecia dispuesto á consentir que las indemnizaciones para el gran duque se tomasen en el territorio de Alemania; pero no queria convenir en el principio absoluto de la secularizacion de los Estados eclesiásticos. Estos estados estaban á la devocion del Austria, especialmente los tres electores de Tréveris, de Colonia y de Maguncia, mientras, que por el contrario, los principes hereditarios, se oponian con frecuencia á su influencia en la Dieta germánica. El Austria consentia en las secularizaciones entendidas de tal manera que los pequeños estados eclesiásticos servirian no solamente á indemnizar á los principes hereditarios de Baviera, Wurtemberg y Orange, sino tambien á los grandes principes eclesiásticos, tales como los arzobispos de Tréveris, de Colonia y de Maguncia, y de este modo conservaria en parte su influencia en Alemania. José Bonaparte tenia órden de negarse obstinadamente á esta proposicion, pues solo debia admitir el principio de las secularizaciones en provecho de los principes hereditarios. M. de Cobentzel no queria, en fin, firmar la paz del imperio sin poderes de la Dieta. Segun el no tenia esto otro objeto que el no faltar á las formas; pero en realidad era el no hacer tan evidente la conducta que se guardaba de ordinario, con los miembros del cuerpo germánico; conducta que consistia en comprometerlos con la Francia siempre que le interesaba al Austria, y abandonarlos despues si la guerra habia sido desgraciada. En 1797 habia entregado á Maguncia al ejército frances, lo que habia sido juzgado con mucha severidad por toda la Alemania; y firmar ahora por el imperio sin poderes de la Dieta, parecia á M. de Cobentzel un nuevo hecho muy grave que se uniria á todos los anteriores de que los principes alemanes reconvenian á su soberano. A estas razones respondia José Bonaparte, que se descubria muy bien el verdadero motivo que tenia el Austria, y era el temor de comprometerse con el cuerpo germánico, pero que á la Francia no tocaba entrar en semejantes consideraciones; que en cuanto á la cuestion de formas, tenia el ejemplo de la paz de Baden en 1714 firmada por el emperador sin los poderes de la Dieta; que por otra parte solo se le pedia que sancionase lo que la diputacion de la Dieta habia ya consentido en Rastadt, es decir el abandono de la orilla izquierda del Rhin á la Francia; y que su negativa seria hacer un triste servicio á la Alemania, porque los ejércitos fran-

ceses permanecerian en el territorio que ocupaban hasta concluir la paz con el imperio, mientras que si esta era comun á todos los príncipes alemanes, la evacuacion seguiria inmediatamente á las ratificaciones.

Estas discusiones duraron muchos dias, sin embargo de que M. de Cobentzel tenia prisa de concluir. La legacion francesa por su parte que habia querido en un principio diferir algunos dias la firma del tratado, advertida ya de que M. de Kalitscheff no debia llegar á Paris tan pronto como se habia creido, no veia ninguna ventaja en seguir contemporizando, y deseaba tambien concluir. En efecto, acababa de darse órden á los dos plenipotenciarios para que se pusiesen de acuerdo, y á fin de que M. de Cobentzel se decidiese, se habia autorizado á José Bonaparte para que hiciese algunas de esas concesiones que en el último momento sirven de pretexto á un negociador apurado para rendirse con honor. El *thalweg* del Rhin era el límite señalado á la Francia y á la Alemania, y de ello resultaba que Dusseldorf, Ehrenbreitstein, Philipsburgo, Kehl, y el Brisach-Viejo situados en la orilla derecha, aunque ligados á la orilla izquierda por muchos vínculos, seguirian siendo de la Confederacion germánica. Pero Cassel, arrabal de Maguncia situado en la orilla derecha era un motivo de dispusta, por ser difícil separarle de la misma ciudad. Autorizose á José para que cediese á Cassel, pero con la condicion de desmantelarle. De este modo, no era Maguncia una cabeza de puente fortificado, dando paso en todo tiempo á la orilla derecha del Rhin.

El 9 de Enero de 1801 (20 de Pluvioso del año IX) tuvo lugar la última conferencia. Segun costumbre, jamás los plenipotenciarios estuvieron mas cerca de un rompimiento, que el mismo dia en que estaban próximos á entenderse definitivamente. M. de Cobentzel insistió con empeño sobre la conservacion del gran duque de Toscana en Italia; sobre la indemnizacion destinada á los Príncipes alemanes, indemnizacion que queria hacer comun á los príncipes eclesiásticos de primer órden, y en el inconveniente, en fin, de firmar por el cuerpo germánico, sin tener poderes de la Dieta. Un artículo relativo á las deudas de la Bélgica, hizo nacer tambien grandes dificultades. Sobre todo esto, declaró que no se atrevia á concluir sin recurrir á Viena. A todo contestó José que su gobierno le ordenaba declarase rotas las negociaciones sino se concluian antes de separarse, añadiendo que esta vez el Austria seria arrojada al otro lado de los Alpes Julianos. Por último cedió á Cassel, y todas las posiciones fortificadas de la orilla derecha, pero con la condicion de que Francia las demoleria antes de evacuarlas, sin que pudiesen ser restablecidas de nuevo.

M. de Cobentzel se rindió á esta concesion, y se firmó el tratado el 9 de Febrero de 1801 á las cinco y media de la tarde, con grande alegria de José y mucho dolor de M. de Cobentzel, que nada podia echarse en cara, pues si habia comprometido los intereses de su corte era por haberlos querido defender demasiado bien.

Se firma el tratado de Luneville el 9 de Febrero de 1801.

Tal fue el célebre tratado de Luneville, que concluia la guerra de la segunda coalicion y concedia la orilla izquierda del Rhin á la Francia con una situacion dominante en la Italia. He aquí sus principales disposiciones.

El *thalweg* del Rhin, desde su salida del territorio helvético hasta su entrada en el territorio bátavo, formaba el límite de la Francia y de la Alemania. Dusseldorf, Ehrenbreitstein, Cassel, Kehl, Philipsburgo y el Brisach-Viejo situados en la orilla derecha se dejaban á la Alemania, pero despues de haber sido desmantelados. Los príncipes hereditarios que perdian alguna parte de territorio en la orilla izquierda debian ser indemnizados. Nada se habia dicho de los príncipes eclesiásticos ni del modo como se habian de hacer las indemnizaciones; pero estaba bien entendido que el todo ó parte de los territorios eclesiásticos servirian para dichas indemnizaciones. El emperador, lo mismo en Luneville que en Campo-Formio cedia las provincias belgas á la Francia, así como los pequeños territorios que poseia en la orilla izquierda, tales como el condado de Falkenstein, y el Frickthal, territorio comprendido entre Zurzach y Ba-

silea: abandonaba ademas el Milanesado á la Cisalpina, sin obtener otra indemnizacion por ello que los estados venecianos hasta el Adige, que anteriormente le estaban asegurados por el tratado de Campo-Formio. Perdia el obispado de Salzburgo que le habia sido prometido por un artículo secreto del mismo tratado; y ademas su casa quedaba privada de la Toscana cedida á la casa de Parma; habiéndose prometido al duque de Toscana una indemnizacion en Alemania. Al duque de Módena se conservaba la promesa que se le habia hecho de darle el Brisgau.

La Italia se encontraba, pues, constituida sobre una base mucho mas ventajosa para la Francia que en la época del tratado de Campo-Formio. El Austria continuaba teniendo el Adige por límites, pero perdia la Toscana que iba á poder de una casa dependiente de la Francia; los ingleses estaban excluidos de la Lombardía; todo el valle del Pô, desde el Sesia y el Tanaro hasta el Adriático pertenecia á la República Cisalpina, hija dependiente de la República francesa; y por último, el Piamonte, confinado en el nacimiento del Pô, dependia de nosotros. De este modo, dueños de la Toscana y de la Cisalpina ocupábamos toda la Italia central, é impediamos á los austriacos que diesen la mano al Piamonte, á la Santa Sede y á Nápoles.

El Austria habia perdido en la primera coalicion la Bélgica y la Lombardía, y ademas, Módena habia dejado de pertenecer á su casa. En la segunda perdia el obispado de Salzburgo por sí, y la Toscana por su casa, lo cual le acarreaba una posicion menos importante en Alemania, pero muy inferior en Italia: y seguramente no era esto demasiado para tanta sangre derramada y tantos esfuerzos como se habia obligado á hacer á la Francia.

El principio de las secularizaciones no se habia establecido explícita sino implícitamente, pues que se prometia indemnizar á los príncipes hereditarios sin hablar de los príncipes eclesiásticos. Era evidente que las indemnizaciones no podian pedirse sino á los mismos príncipes eclesiásticos.

La paz se habia declarado comun á las Repúblicas Bátava, Helvética, Cisalpina y Liguriense, y se habia garantido su independencia. Nada se habia dicho acerca de Nápoles, el Piamonte y la Santa Sede. Estos estados dependian de la buena voluntad de la Francia, quien, por otra parte, estaba ligada, respecto á Nápoles y al Piamonte por el interes que el emperador Pablo manifestaba á aquellas dos cortes, y respecto de la Santa Sede por los proyectos religiosos del primer Cónsul.

Entretanto, el primer Cónsul, segun se ha visto, no habia querido todavía explicarse con nadie acerca del Piamonte; porque descontento del rey de Cerdeña, queria quedar en libertad respecto á un territorio tan próximo á la Francia y que le importaba tanto.

El emperador firmó la paz por sí mismo como soberano de los Estados austriacos, y por todo el cuerpo germánico como emperador de Alemania. La Francia prometia secretamente, emplear su influencia cerca de la Prusia, para disponerla á aprobar la conducta del emperador. Las ratificaciones debian cangearse entre la Francia y el Austria en el término de treinta dias; y los ejércitos franceses no debian evacuar la Alemania hasta que se cangeasen las ratificaciones en Luneville, pero debian evacuarla enteramente un mes despues de aquel cange.

En este tratado, como en el de Campo-Formio, se habia estipulado la libertad de los presos por causas políticas; conviniendose que los italianos encerrados en las prisiones del Austria y especialmente en las de Moscati y Capra serian puestos en libertad. El primer Cónsul no habia cesado de pedir este acto de humanidad desde la apertura del congreso.

El general Bonaparte habia subido al poder el 9 de Noviembre de 1799 (18 de Brumario del año VIII); y estábamos en 9 de Febrero de 1801 (20 de Pluvioso del año IX): por consiguiente habian transcurrido quince meses justos, y ya la Francia reorganizada en parte en el interior, y completamente victoriosa en el exterior, estaba en paz con el continente y en alianza con el Norte y el Mediodía de la Europa contra la Inglaterra. La España se disponia á marchar contra Portugal; la Reina de Nápoles se arrojaba á nuestros pies, y la corte de Roma negociaba en

Paris el arreglo de los asuntos religiosos.

El general Bellavène, encargado de llevar el tratado salió de Luneville el 9 de Febrero por la tarde y llegó á Paris en posta. El mismo texto del tratado de que era portador se insertó inmediatamente en el *Moniteur*. Paris fué expontaneamente iluminado; una inmensa y general alegria se manifestó por todas partes; y se tributaron mil felicitaciones al primer Cónsul por los dichosos resultados de sus victorias y de su política.

FIN DEL LIBRO SEPTIMO.

# LIBRO OCTAVO.

## MÁQUINA INFERNAL.

*Tramas dirigidas contra la vida del primer Cónsul.—Tres agentes de Jorge Cadoudal, llamados Carbon, Saint-Rejant, y Limoëlan forman el proyecto de matar al primer Cónsul con la explosion de un barril de pólvora.—Eligen la calle de San Nicasio, y fijan para el 3 de Nevoso la ejecucion de su crimen.—El primer Cónsul se salva por la destreza de su cochero.—Emocion general.—Se atribuye el crímen á los revolucionarios, y á las consideraciones del ministro Fouché hácia ellos.—Desencadenamiento de los cortesanos contra aquel ministro.—Su silencio y su sangre fria.—Descubre en parte la verdad y la hace conocer, pero no por eso se deja de perseguir á los revolucionarios.—Irritacion del primer Cónsul.—Proyecto de una medida arbitraria.—Deliberacion sobre este punto en el consejo de Estado.—Despues de largas discusiones se adopta la resolucion de deportar, sin juzgarlos, á un cierto número de revolucionarios.—Se oponen algunas resistencias pero muy débiles á aquel acto arbitrario.—Se examina si tendrá lugar por una ley ó por una medida espontánea del gobierno, sometida únicamente al Senado bajo el aspecto de constitucionalidad.—Se aprueba este último proyecto.—Se decreta la deportacion de ciento treinta individuos calificados de terroristas.—Apesar de que Fouché sabia que no tenian parte en el atentado del 3 de Nevoso, aprueba la medida de proscripcion.—Se descubren los verdaderos autores de la máquina infernal.—Suplicio de Carbon y de Saint-Rejant.—Condénase injustamente á Topino-Lebrun, Arena, &c.—Legislatura del año IX.—Nuevas manifestaciones de la oposicion en el Tribunado.—Ley de los tribunales especiales para la represion de los salteadores en los caminos reales.—Plan de hacienda para la liquidacion de los años V, VI, VII y VIII.—Presupuesto del año IX.—Reglamento definitivo de la deuda pública.—El plan de hacienda es desechado por el Tribunado y adoptado por el Cuerpo legislativo.—Sentimiento que experimenta el primer Cónsul.—Continuacion de sus trabajos administrativos.—Caminos.—Canal de San Quintin.—Puentes sobre el Sena.—Trabajos del Simplon.—Los religiosos del gran San Bernardo establecidos en el Simplon y en el monte Cenis.*

Diciembre de 1800.

Ultimos esfuerzos de los partidos contra la persona del primer Cónsul.

Mientras que la situacion exterior de la Francia era cada dia mas brillante; mientras que el Austria y la Alemania firmaban la paz; y las potencias del Norte se ligaban con nosotros para resistir á la dominacion marítima de la Inglaterra; mientras que Portugal y el reyno de Nápoles se cerraban para esta potencia, y todo salia, en fin, como á medida del deseo, á un gobierno victorioso y moderado, la situacion interior ofrecia el espectáculo, á veces horrible, de las últimas convulsiones de los partidos moribundos. Apesar de la pronta reorganizacion del gobierno, ya se ha visto como infestaban los bandoleros los caminos reales, y como las facciones intentaban en su desesperacion asesinar al primer Cónsul. Tales eran las consecuencias inevitables de nuestras antiguas discordias. Los hombres que durante la guerra civil se habian acostumbrado al crimen, y que no podian resignarse á una vida tranquila y honrada, buscaban ocupacion en los caminos reales. Las facciones abatidas, y sin esperanzas de vencer á la guardia consular, intentaban destruir por medios atroces al invencible autor de sus derrotas.

Horrorosos latrocinios en los caminos reales.

Los bandoleros se habian aumentado mucho mas al aproximarse el invierno; y no se podian recorrer los caminos sin exponerse á ser robados ó asesinados. Los departamentos de Normandia, de Anjou, del Maine, de la Bretaña y del Poitou, eran como antes, teatro de aquellas fechorías; pero el mal se habia propagado.

Muchos departamentos del centro y del Mediodia, tales como los del Tarn, de la Lozera, del Aveyron, del Garona superior, del Herault, del Gard, del Ardeche, del Drôme, de Vaucluse, de las Bocas del Ródano, de los Alpes altos y bajos y del Var, habian sido infestados á su vez de bandoleros. En estos departamentos estaban compuestas aquellas partidas de bandidos, con los asesinos del Mediodia, quienes so pretexto de perseguir á los jacobinos, degollaban para robarlos, á los compradores de bienes nacionales; con los jóvenes que no querian someterse á la conscripcion, y con algunos soldados á quienes la miseria habia ahuyentado del ejército de la Liguria, durante el cruel invierno de 1799 á 1800. Estos desgraciados, una vez empeñados en aquella vida criminal, la habian tomado aficion, y solo la fuerza de las armas y el rigor de las leyes podian arrancarlos de ella. Detenian á los carruages públicos, y se apoderaban en sus casas de los compradores de bienes nacionales, y muy á menudo de los propietarios ricos; se los llevaban á los bosques, como, por ejemplo, al senador Clemente de Ris, á quien habian detenido durante veinte dias, y hacian sufrir á sus víctimas tormentos horribles, quemándoles á veces los pies, hasta que entregaban por su rescate sumas considerables. Asaltaban sobre todo las cajas de los caudales públicos, é iban á las casas de los mismos recaudadores para apoderarse de los fondos del Estado, bajo el pretexto de hacer la guerra al gobierno. Algunos vagamundos, que en medio de aquella época de turbacion habian dejado su provincia para entregarse á la vida errante, les servian de espias, ejerciendo en las ciudades el oficio de mendigos. Informándose estos miserables mientras pedian limosna de todo lo que pasaba, señalaban á sus cómplices los bandidos, bien los carruages que podia detener ó las casas que debian asaltar.

Para combatirlos y exterminarlos se necesitaban pequeños cuerpos de tropa; y cuando llegaban á alcanzarlos la justicia no podia ejercer su accion, porque los testigos no se atrevian á declarar, y los jurados temian pronunciar sus condenas. Las medidas extraordinarias son siempre sensibles, menos por los males que traen consigo, que por el trastorno que causan á la organizacion de un país, especialmente si esta organizacion es nueva. Pero en aquella ocasion eran inevitables las medidas de este género, porque se habia reconocido que la justicia ordinaria era impotente, pues ningun resultado producia, á pesar de haberse ensayado. Por lo tanto, se habia preparado un proyecto de ley para establecer tribunales especiales, destinados á reprimir á los bandidos; y este proyecto presentado al cuerpo legislativo, que se hallaba reunido, era objeto de los mas vivos ataques por parte de la oposicion. Exento el primer Cónsul de aquellos escrúpulos de legalidad, que solo nacen en tiempos sosegados, y que aun cuando sean pequeños ó mezquinos, aparecen al menos como una señal feliz de respeto hácia el régimen legal, no habia titubeado en recurrir á las leyes militares, mientras se aprobaba el proyecto que se discutia. Como se necesitaba emplear partidas de tropas para reprimir aquellas cuadrillas de bandoleros, pues la gendarmeria no era bastante fuerte para combatirlos, creyó poder asemejar aquella situacion á un estado verdadero de guerra, que autorizaba la aplicacion de las leyes propias á aquel estado. En su consecuencia formó muchos pequeños cuerpos de ejército, que recorrian los departamentos infestados, y á los cuales seguian comisiones militares. Todos los bandoleros aprehendidos con las armas en la mano eran juzgados en el término de cuarenta y ocho horas y fusilados.

Era tan grande y general el horror que inspiraban aquellos bandidos que nadie se atrevia á poner la menor duda ni sobre la regularidad, ni sobre la justicia de aquellas ejecuciones. Mientras tanto, otros bandidos de distinta especie, meditaban por medios diferentes y mas atroces aun, la ruina del gobierno consular, y en tanto que Demerville, Ceracchi y Arena estaban sometidos á una averiguacion judicial, sus amigos del partido revolucionario continuaban en formar mil proyectos á cual mas insensatos. Habian imaginado asesinar al primer Cónsul en la ópera, y como se ha visto, apenas se habian atrevido á cojer sus puñales. Tan pronto querian provocar un tumulto á la salida de uno de los teatros, y en medio de la confusion de-

gollar al primer Cónsul, como pensaban apoderarse de su persona en el camino de la Malmaison, y asesinarlo en seguida. Como verdaderos declamadores de los clubs, decian todo esto en voz alta, de tal manera que la policía estaba informada hora por hora de cada uno de sus proyectos, pero, sin embargo, que hablaban sin cesar, ninguno de ellos era bastante arrojado para poner manos á la obra. M. Fouché los temia poco, y sin embargo, los vigilaba con una atencion continua. Entre sus numerosas invenciones habia una mas temible que las otras, que habia puesto en cuidado á la policía. Un tal Chevalier, obrero de las fábricas de armas establecidas en Paris bajo el gobierno de la Convencion, habia sido sorprendido trabajando en una máquina horrorosa, que se componia de un barril lleno de pólvora y de metralla, al cual estaba sujeto un cañon de fusil con su correspondiente disparador. Era evidente que esta máquina estaba destinada para asesinar al primer Cónsul; y el inventor fue preso y encarcelado. Esta nueva invencion causó alguna novedad, y contribuyó mucho á que la atencion general se fijase sobre los que se llamaban Jacobinos y Terroristas; pues la reputacion que habian adquirido en 93 hacia que se les creyese mas temibles de lo que realmente eran. Como ya hemos dicho, el primer Cónsul participaba respecto á ellos del error del público, y teniendo siempre en mala opinion al partido revolucionario, ya á los hombres honrados de aquel partido, descontentos de una reaccion demasiado rápida, ya á los malvados, que soñaban en el crimen sin tener la energía para ejecutarlo, achacaba á los revolucionarios todo lo malo que sucedia, y solo á ellos tenia mala voluntad y hablaba de castigar. M. Fouché persistia en llamar su atencion hácia los realistas, aunque inútilmente, pues se hubieran necesitado hechos muy graves para rectificar la opinion del primer Cónsul y la del público acerca de este asunto, hechos que por desgracia se preparaban.

Son enviados á Paris tres agentes de Jorge para asesinar al primer Cónsul.

Jorge, vuelto de Lóndres al Morbihan abundaba en dinero, gracias á los ingleses, y dirigia secretamente el pillage y saqueo de las diligencias. Deseoso de la muerte del primer Cónsul habia enviado á Paris algunos sicarios con la mision de asesinarle, y entre ellos se hallaban los llamados Limoëlan y Saint-Rejant, ambos experimentados en todos los horrores de la guerra civil, y el segundo con algunos conocimientos en artillería, pues era un antiguo oficial de marina. A estos dos hombres se habia unido un tal Carbon, personage subalterno, y digno criado de aquellos grandes criminales. Llegados unos despues de otros á Paris hácia el fin de Noviembre de 1800 (primeros dias de Frimario) buscaban el medio mas seguro para matar al primer Cónsul, y habian hecho en los alrededores de Paris mas de un ensayo con escopetas de viento. Advertido el ministro Fouché de su venida y de su proyecto, los hacia observar con cuidado, pero por la poca habilidad de dos agentes empleados en seguirlos, los habia perdido de vista; y mientras la policía se esforzaba por descubrir sus huellas, aquellos bandidos se habian envuelto en una obscuridad aun mas impenetrable. No declamando como los jacobinos, ni confiando á nadie su secreto, preparaban un delito horrible, que no ha tenido igual sino en nuestros dias. La máquina de Chevalier les habia inspirado la idea de matar al primer Cónsul por medio de un barril de pólvora cargado de metralla resolviendo colocar aquel barril sobre una carreta pequeña, y situarla en una de las calles estrechas que daban entonces salida al Carrousel, y que el primer Cónsul atravesaba muy á menudo en su carruage. Compraron un caballo y una carreta, y alquilaron una cochera haciéndose pasar por traficantes forasteros. Saint-Rejant, que como acabamos de decir era oficial de marina y artillero, hizo las experiencias necesarias y se dirigió varias veces al Carrousel, para ver salir de las Tullerías el carruage del primer Cónsul; calcular el tiempo que tardaba en llegar á las calles inmediatas, y disponerlo todo de modo que la explosion tuviese lugar á propósito. Para llevar á cabo su proyecto eligieron un dia en que el primer Cónsul debia dirigirse al teatro de la Ópera para oir *la Creacion*, oratorio de Haydn que se ejecutaba por la primera vez. Era el 3 de Nevoso (24

Proyecto de una máquina llamada infernal.

de Diciembre de 1800). Para teatro de su crimen escogieron la calle de San Nicasio, que salia del Carrousel á la calle de Richelieu, por la que el primer Cónsul acostumbraba atravesar muy á menudo, y en la que por fuerza habia de ir despacio el carruage mejor conducido á causa de las muchas vueltas que tenia. Llegado el dia señalado Carbon, Saint-Rejant y Limoëlan condujeron su carreta á la calle de San Nicasio, y se separaron en seguida. Mientras que Saint-Réjant encargado de prender fuego al barril, permanecia allí cerca, dispuesto á verificarlo, habiendo tenido la barbarie de poner al cuidado de una jóven de quince años el caballo enganchado á aquella máquina horrible, sus dos compañeros fueron á situarse á la vista de las Tullerias para venir á avisarle al momento que saliera el carruage del primer Cónsul.

Efectivamente, en aquellos instantes el primer Cónsul rendido de cansancio, vacilaba si iria ó no al teatro; pero dejándose persuadir por las vivas instancias de los que le rodeaban, partió de las Tullerias á las ocho y cuarto de la noche, acompañado de los generales Lannes, Berthier y Lauriston, y escoltado de un destacamento de granaderos de á caballo, que por fortuna seguian al carruage en lugar de precederle. Llegó aquel al paso estrecho de la calle de San Nicasio sin haber sido anunciado ni por el destacamento ni por los mismos cómplices, pues estos, bien porque el miedo se lo impidiese, ó bien porque no hubiesen reconocido el carruage del primer Cónsul, no vinieron á prevenir á Saint-Rejant, quien por esta causa no apercibió el carruage hasta despues que habia pasado mas allá de la máquina. Uno de los granaderos á caballo le atropelló, pero él sin desconcertarse, prendió fuego al barril y se puso en fuga. El cochero del primer Cónsul que era muy hábil, y que ordinariamente conducia el carruage de su señor con una rapidez extremada habia tenido tiempo para pasar uno de los rodeos de la calle cuando se sintió la explosion. El sacudimiento que produjo fue espantoso; el carruage por poco se hace pedazos rompiéndosele todos las cristales y destrozando al mismo tiempo la metralla las fachadas de las casas vecinas. Uno de los granaderos á caballo recibió una leve herida, y bastantes personas muertas ó heridas obstruyeron las calles inmediatas. El primer Cónsul y los que le acompañaban creyeron al principio que habian disparado sobre ellos á metralla; mas deteniéndose un instante, supieron lo que era y continuaron su camino, pues el primer Cónsul quiso presentarse en el teatro. Allí se mostró con semblante sereno é impasible, en medio de la conmocion extraordinaria que estallaba por todas partes, pues hasta se decia, que para que no se les pudiese escapar habian volado los malvados un barrio de Paris.

El primer Cónsul se salva por la destreza de su cochero.

Solo estuvo algunos momentos en el Teatro y volvió inmediatamente á las Tullerias, á donde habia acudido una muchedumbre inmensa á la noticia del atentado. La cólera del primer Cónsul, reprimida hasta entónces, estalló al fin. —Esos son los jacobinos, los terroristas, gritaba; son esos miserables que están siempre en revolucion permanente, en *batallon formado en cuadro* contra todos los gobiernos; son los asesinos de los dias 2 y 3 de Setiembre, los autores del 31 de Mayo, los conspiradores del Pradial; son esos bandidos que para asesinarme no han temido inmolar millares de víctimas. Voy á hacer un castigo terrible..... No se necesitaba que partiese el impulso de tan alto para desencadenar la opinion contra los revolucionarios. Su reputacion exagerada y sus tentativas de dos ó tres meses á aquella parte, eran bastante para que se les atribuyesen todos los crímenes; y en aquel salon donde especialmente afluian las personas celosas de mostrar su adhesion, pronto no hubo mas que un grito contra los llamados terroristas. Los numerosos enemigos de M. Fouché se apresuraron á aprovechar la ocasion, y prorrumpieron en invectivas contra él. Decian que su policia no observaba nada, que dejaba que todo se hiciese, mostrando una indulgencia criminal hácia los revolucionarios, aludiendo con esto á los miramientos de M. Fouché hácia sus antiguos cómplices; y que la vida del primer Cónsul no estaba segura en sus manos. En un instante llegó

Cólera del primer Cónsul contra los jacobinos, á los cuales atribuye la máquina infernal.

Desenfreno de los que odiaban al ministro de policía Fouché

á su colmo el desenfreno contra aquel ministro, y aquella misma noche se propalaba su caida. En cuanto á M. Fouché retirado en un rincon del salon de las Tullerias con algunas personas que no participaban del arrebato general, se dejaba acusar conservando la mayor sangre fria. Su aire de incredulidad exitaba mas la cólera de sus enemigos, y sin embargo no queria decir lo que sabia por temor de que tuviesen mal éxito las pesquisas que se habian comenzado; pero acordándose de los agentes de Jorge, á los cuales habia seguido la policía por algun tiempo, perdiéndolos despues de vista, no titubeaba en su interior en imputarles el crimen. Habiendo querido ciertos consejeros de Estado hacer algunas observaciones al primer Cónsul, manifestándole sus dudas acerca de los verdaderos autores del atentado de la calle de San Nicasio, se encolerizó mucho.—No se me hará mudar de opinion, esclamó; aquí no hay ni chuanes, ni emigrados, ni ex-nobles, ni sacerdotes. Conozco los autores, y sabré encontrarlos y hacerles sufrir un castigo ejemplar.—Al decir esto su tono era vehemente y su gesto amenazador. Sus aduladores aprobaban y excitaban aquella cólera, que por el contrario debia haber sido contenida, despues del terrible acontecimiento que acababa de conmover todos los ánimos.

Al dia siguiente se renovaron las mismas escenas. Segun una costumbre establecida recientemente, el Senado, el cuerpo Legislativo, el Tribunado, el consejo de Estado, los tribunales, las autoridades administrativas y los estados mayores se dirijieron á las Tullerias para atestiguar al primer Cónsul su dolor y su indignacion, sentimientos sinceros, de que todos participaban. En efecto, jamás se habia visto cosa semejante. La Revolucion habia acostumbrado los ánimos á presenciar las crueldades de los partidos victoriosos, pero aun no los habia acostumbrado á las negras tramas de los partidos vencidos. Todos estaban sobrecogidos de sorpresa y de espanto; temian que se repitiesen aquellas tentativas atroces y se preguntaban con horror, qué seria de la Francia, si el único hombre que contenia á aquellos miserables llegaba á sucumbir. Todos los cuerpos del Estado admitidos en las Tullerias expresaban sus ardientes votos en favor del héroe pacificador, que habia prometido dar, y que en efecto daba, la paz al mundo. La forma de los discursos era trivial, pero el sentimiento que expresaban era tan verdadero como profundo.

El primer Cónsul dijo al Consejo Municipal: «Estoy conmovido por las pruebas »de cariño que el pueblo de Paris me »ha dado en esta circunstancia. Las me»rezco, porque el único objeto de mis »pensamientos y de mis acciones es au»mentar la prosperidad y la gloria de la »Francia. Mientras esa cuadrilla de mal»vados me ha atacado á mi solo, he po»dido dejar á las leyes el cuidado de cas»tigarlos, pero ahora que acaban de po»ner en peligro á una parte de la pobla»cion de la capital, por medio de un »crimen que no tiene ejemplo en la his»toria, su castigo será tan pronto como »terrible. Asegurad en mi nombre al »pueblo de Paris que ese puñado de ban»didos, cuyos crímenes han estado á »punto de deshonrar la libertad, será »reducido, en breve, á la imposibilidad »de hacer daño!!

Grito general de venganza contra los autores del crimen.

Todos aplaudieron aquellas palabras de venganza, porque no habia ni una persona siquiera que no profiriese otras semejantes. Los hombres prudentes y cuerdos entrevian con sentimiento que colérico el leon quizas saltaria la barrera de las leyes; pero la multitud clamaba por suplicios. En Paris habia llegado la agitacion al mayor extremo. Los realistas achacaban el crimen á los revolucionarios, y los revolucionarios culpaban de él á los realistas, y ambos partidos hablaban de buena fe porque el crimen permanecia siendo el secreto profundo de sus autores. Cada cual disertaba sobre este asunto, y segun su inclinacion á condenar á un partido mejor que á otro, hallaban razones igualmente plausibles para acusar á los realistas ó á los revolucionarios. Los enemigos de la Revolucion, lo mismo los nuevos que los antiguos, decian que solo los terroristas habian podido inventar un crímen tan atroz, y citaban como prueba concluyente de su opinion la máquina del armero Chevalier descubierta recientemente. Los hombres cuerdos, que, por el contrario, habian permane-

cido fieles á la Revolucion, preguntaban ¿por qué los bandoleros de los caminos reales, los *Chauffeurs* (1) que cometian tantos crímenes, que desplegaban un refinamiento de crueldad sin ejemplo, y acababan de apoderarse del senador Clemente de Ris, por qué no podian ser ellos mas bien que los pretendidos terroristas, los autores de la horrible explosion de la calle de San Nicasio? Por lo demás, necesario es añadir que apenas podian los hombres de ánimo tranquilo hacerse entender en aquel momento, pues basta tal punto estaba conmovida la opinion general que tendia á condenar el partido revolucionario. Pero, ¿podrá creerse?; en medio de aquel conflicto de imputaciones diversas, habia por dos lados hombres demasiado superficiales ó malvados que usaban otro lenguaje. Ciertos realistas facciosos que deseaban á cualquier precio la destruccion del primer Cónsul, que se adherian á la opinion comun que atribuia el crímen á los terroristas, admiraban la atroz energía, y el secreto profundo que habian necesitado para cometer semejante atentado. Los revolucionarios, por el contrario, parecia como que envidiaban tales méritos para su partido, y habia entre ellos algunos fanfarrones, que tenian la culpable locura de manifestarse casi orgullosos del suceso execrable que se les imputaba. Necesario es vivir en tiempo de guerra civil para encontrar un lenguaje tan superficial y perverso en los hombres que no serian capaces de cometer por sí mismos los actos que se atreven á aprobar.

Ademas, todos los que hablaban de aquel suceso estaban completamente equivocados, y solo el ministro Fouché sospechaba quienes eran los verdaderos culpables.

Mientras que trabajaba por descubrirlos, todos se preguntaban qué se deberia hacer para prevenir en adelante tentativas del mismo género. Hallábanse tan acostumbrados entonces á las medidas violentas, que casi se encontraba como muy natural que se apoderasen de los hombres conocidos por antiguos terroristas, y los tratasen como en 93 habian ellos tratado á sus víctimas. Las dos secciones de legislacion y del interior del Consejo de Estado, á quienes concernia mas particularmente aquel asunto, se reunieron dos dias despues del acontecimiento, el 26 de Diciembre (5 de Nevoso) para buscar entre los diversos proyectos que se presentaban á la imaginacion, el que fuera mas admisible. Como entonces se discutia el proyecto de ley acerca de los tribunales especiales se pensó añadirle dos artículos. El primero instituia una comision militar para juzgar los crímenes cometidos contra los individuos del Gobierno, y el segundo concedia al primer Cónsul la facultad de alejar de Paris, á los hombres cuya presencia en la capital se juzgase peligrosa, y castigarlos con la deportacion, si procuraban sustraerse á aquel primer destierro.

Diversos medios de represion imaginados contra los revolucionarios.

Previo el exámen de este asunto en las dos secciones de legislacion y del interior, se reunió todo el Consejo de Estado bajo la presidencia del primer Cónsul. M. Portalis expuso lo ocurrido por la mañana en las dos secciones, y sometió sus propuestas al Consejo reunido. Impaciente el primer Cónsul, las encontró insuficientes, pues le parecia poca cosa en aquellas circunstancias el simple cambio de jurisdiccion. Queria apoderarse de todos los jacobinos, fusilar á los que fuesen convictos de participacion en el crimen, y deportar á los demás; pero queria hacerlo con medidas extraordinarias, á fin de asegurarse mejor de su resultado.— La accion de un tribunal especial, dijo, será lenta y no alcanzará á los verdaderos culpables: aquí no se trata de metafísica en punto á enjuiciar; pues por los espíritus metafísicos está todo perdido en Francia hace diez años. Debemos juzgar la situacion como hombres resueltos. ¿Cuál es el mal que nos atormenta? Hay en Francia 10,000 malvados repartidos por todo su suelo, que han perseguido á todas las personas honradas, y se han bañado en sangre: es verdad que no todos son culpables en un mismo grado; y que hay muchos susceptibles de arrepentimiento y que pueden corregirse; pero mientras que vean el cuartel general establecido en Paris, y á los go-

Discusion en el seno del Consejo de Estado.

(1) *Calentadores:* Dábase este nombre á unos ladrones que obligaban á sus víctimas á que les entregasen tal cantidad de dinero, quemándoles los pies.

fes formando impunemente sus tramas, conservan la esperanza y el aliento. Herid atrevidamente á los gefes y los soldados se dispersarán. Volverán al trabajo, del que los ha separado una revolucion violenta: olvidarán aquella tempestuosa época de su vida, y volverán á ser ciudadanos pacíficos. Las personas honradas que temblaban sin cesar se asegurarán y se unirán á un gobierno que habrá sabido protegerlos. Aquí no hay medio, se necesita perdonarlo todo como hizo Augusto, ó es menester una venganza pronta, terrible, proporcionada al crimen. Es menester herir tantos culpables como víctimas ha habido; es necesario fusilar quince ó veinte de esos malvados, y deportar doscientos. Por este medio se librará la República de los perturbadores que la afligen, y se la purgará de esa hez sanguinaria.....—El primer Cónsul se animaba cada vez mas al pronunciar cada una de estas palabras, y se irritaba por la misma desaprobacion que notaba en ciertos rostros.—Yo estoy tan convencido, exclamó, de la necesidad y de la justicia de una gran medida, para purgar la Francia y asegurarla á la vez, que estoy pronto á constituirme yo solo en tribunal, hacer comparecer á los culpables, interrogarlos, juzgarlos y hacer ejecutar la sentencia. La Francia entera me aplaudirá, porque no es mi persona la que yo trato de vengar aquí. Mi fortuna, que me ha preservado tantas veces en los campos de batalla, sabrá preservarme todavía; y por lo tanto, no pienso en mí, sino en el órden social que tengo la mision de restablecer, y en el honor nacional que debo lavar de una mancha abominable.

Esta escena habia dejado helados de sorpresa y temor á una parte de los individuos del Consejo de Estado. Participando algunos hombres de las pasiones sinceras pero inmoderadas del primer Cónsul, aplaudieron aquellos discursos; pero la mayor parte de los concurrentes reconocian con sentimiento en sus palabras el lenguaje que habian usado los mismos revolucionarios, al proscribir millares de víctimas. Estos habian dicho tambien que los aristócratas ponian la patria en peligro, que era preciso desacerse de ellos por los medios mas prontos y seguros, y que la salvacion de la patria valia mas que unos pocos. La diferencia, seguramente, era grande, porque en vez de hombres sanguinarios que en su ciego furor habian concluido por tomarse ellos mismos por aristócratas y degollarse mútuamente, se veia á un hombre de genio, marchando con consecuencia y vigor hácia un objeto noble, cual era el de poner en órden la sociedad desquiciada. Por desgracia, queria llegar á él, no por la lenta observancia de las reglas, sino por medios prontos y extraordinarios como los que se habian empleado en destruirla. Su buen juicio, su corazon generoso, y el horror á la sangre, entonces general, estaban allí para impedir las ejecuciones sangrientas; pero exceptuando la efusion de sangre, estaba dispuesto á permitírselo todo respecto á los hombres calificados entonces con el nombre de jacobinos y de terroristas.

Algunas objeciones se suscitaron en el seno del Consejo, si bien fueron expresadas con timidez, porque la exaltacion que inspiraba por todas partes el crimen de la calle de San Nicasio, helaba el ánimo de los que hubieran querido oponer alguna resistencia á la adopcion de actos arbitrarios. Sin embargo, un personage que no temia hacer frente al primer Cónsul, y que le resistia sin habilidad pero con franqueza, el almirante Truguet, viendo que se trataba de condenar á los revolucionarios en masa, suscitó algunas dudas acerca de los verdaderos autores del crimen. Se quiere, dijo, deshacerse de los malvados que agitan la República; sea en buen hora; pero hay malvados de muchos géneros. Los emigrados que han vuelto amenazan á los compradores de bienes nacionales; los chuanes infestan los caminos reales; los sacerdotes vueltos á sus hogares inflaman en el Mediodía las pasiones del pueblo; se corrompe el espíritu público por medio de folletos.....—El almirante Truguet hacia alusion en sus últimas palabras al famoso folleto de M. de Fontanes, de que hablamos en otro lugar. A estas palabras, picado á lo vivo el primer Cónsul se dirigió directamente á su interlocutor: ¿De qué folletos hablais? le dijo.—De los que circulan públicamente, respondió el almirante Truguet.—Designadlos, repuso el primer Cónsul.—No hay necesidad, pues los conoceis tan bien como yo; contestó el hombre animoso que se atrevia á arrostrar tan terrible ira.

Hasta entonces no se habia visto en el seno del Consejo de Estado una escena semejante. Las circunstancias hacian estallar el carácter impetuoso del hombre que tenia entonces en sus manos los destinos de la Francia. En esta ocasion se arrebató y desplegó toda la elocuencia de la cólera. ¿Se nos tomará acaso, esclamó, por algunos niños? ¿Se cree arrastrarnos con esas declamaciones contra los emigrados, los chuanes y los sacerdotes? ¿porque todavia se cometen algunos atentados parciales en la Vendée, se nos pedirá, como otras veces, que declaremos la patria en peligro?.... ¿Ha estado jamas la Francia en una situacion mas brillante, la hacienda en mejor estado, los ejércitos mas victoriosos, y la paz mas próxima á ser general? Si los chuanes cometen crímenes los haré fusilar; ¿pero, es necesario que empieze á proscribir por solo el título de nobles, de sacerdotes y de realistas? ¿Es preciso que destierre á diez mil ancianos, que solo piden que se les deje vivir tranquilos, respetando las leyes establecidas? ¿No habeis visto al mismo Jorge mandar degollar en Bretaña á algunos pobres eclesiásticos, por que los veian aproximarse poco á poco al gobierno? ¿Será preciso que yo proscriba aun por clases, y estos porque son sacerdotes, á aquellos porque son antiguos nobles? ¿No sabeis, señores individuos del Consejo, que á excepcion de dos ó tres, pasais todos por realistas? A vos, ciudadano Defermon, no os reputan partidario de los Borbones? ¿Será menester que envie al ciudadano Portalis á Sinnamari y al ciudadano Devaisne á Madagascar, y que despues me componga un consejo á lo Babœuf? Vamos, ciudadano Traguet, nadie me hará variar de opinion: solo los septembristas amenazan nuestro sosiego y tranquilidad; ni aun vos os librariais si llegasen á triunfar; y en vano seria les dijeseis que los habiais defendido en el Consejo de Estado, porque lo mismo os inmolarian que á mi y que á todos vuestros colegas.

Solo una respuesta podia darse á tan vivo apóstrofe, y esta era que no debia proscribirse á nadie por una mera cualidad; ni á los unos por realistas ni á los otros por revolucionarios. El primer Cónsul, apenas habia acabado sus últimas palabras, se levantó de pronto y dió por terminada la sesion.

El Cónsul Cambaceres, siempre sosegado, tenia infinito arte para obtener por la dulzura, lo que su imperioso colega queria lograr con el solo poder de su voluntad. Al dia siguiente reunió en su casa á las dos secciones, se esforzó por disculpar en breves palabras la vivacidad del primer Cónsul, afirmó, lo que era verdad, que él llevaba á bien que lo contradijesen, siempre que no se mezclase ni la acrimonia ni la personalidad, y procuró atraer los ánimos á la idea de una medida extraordinaria. Esto no era digno de su acostumbrada moderacion; pero aunque habituado á aconsejar con cordura al primer Cónsul, cedia siempre que le veia decididamente resuelto, y especialmente cuando se trataba de reprimir á los terroristas. M. Portalis que tenia el mérito de no querer proscribir á los demas, aun cuando habia sido proscrito, persistió en la idea de las dos secciones, proponiendo añadir dos artículos á la ley de los tribunales especiales. Sin embargo, el Cónsul Cambaceres insistió é hizo prevalecer la idea de una medida extraordinaria, salvo el discutirla de nuevo ante las secciones reunidas. En aquella especie de sesion secreta, se pronunciaron discursos muy violentos. M. Rœderer declamó fuertemente contra los jacobinos, imputó sus crímenes á las contemplaciones de M. Fouché, y llegó hasta provocar una declaracion del Consejo de Estado, en la cual se pidiese la destitucion de aquel ministro.

M. Cambaceres reprimió todos aquellos extravios de celo, y convocó las secciones en casa del general Bonaparte, en presencia del cual se tuvo una especie de consejo privado, compuesto de los Cónsules, de las dos secciones del interior y de legislacion, y de los ministros de negocios extrangeros, del interior y de justicia. Habia tanta prevencion contra M. de Fouché, que ni aun se le habia llamado á aquellas conferencias.

La proposicion de una medida extraordinaria fue presentada de nuevo y discutida con la mayor extension, necesitándose que aquel consejo privado celebrase cinco sesiones antes de ponerse de acuerdo. Al fin se convino en tomar una medida general contra los que se llamaban terroristas; pero quedaba todavia una cuestion grave y era la forma en que habia de presentarse aquella medida, pues se trataba de saber si se procederia por me-

dio de un acto espontáneo del gobierno, ó por medio de una ley. El primer Cónsul tan arrojado de ordinario, queria una ley pues deseaba comprometer en aquella ocasion los grandes cuerpos del Estado, y así lo declaró francamente.—Los Cónsules son irresponsables, dijo, pero no lo son los ministros, y el que firmase semejante resolucion, podria ser perseguido algun dia: por lo tanto, no debe comprometerse un solo individuo, sino es necesario que el cuerpo Legislativo participe de la responsabilidad del acto. Ni aun los mismos Cónsules, añadió, saben lo que puede suceder, y no lo digo por mí, pues mientras viva no temo que nadie se atreva á pedirme cuenta de mis acciones, pero pueden matarme, y entonces no respondo de la seguridad de mis dos cólegas. A vuestra vez os tocaria gobernar, dijo riéndose al segundo Cónsul Cambaceres, y *no estais demasiado firme en vuestros estribos*. Mas vale una ley, así para el presente como para el porvenir.

En aquel momento pasó una escena singular. Los mismos que mas repugnaban aquella medida quisieron que se tomase no por medio de una ley, sino por medio de una resolucion espontánea del gobierno. Deseaban hacer pesar sobre él toda la responsabilidad, y no conocian que obrando de este modo, le dejaban contraer la funesta costumbre de obrar solo y por su propia autoridad. Para apoyar su opinion se dijo que la ley no pasaria, que empezaban á dividirse los pareceres acerca de los verdaderos autores del crimen, que el cuerpo Legislativo retrocederia ante una lista de proscripcion, y que en este caso se espondrian á sufrir un revez de los mas graves. MM. Rœderer y Regnaul de Saint-Jean de Angely se espresaron en el mismo sentido. El primer Cónsul contestó á este último: Desde que el Tribunado os ha desechado una ó dos leyes, estais poseido del miedo. Es verdad que hay algunos jacobinos en el cuerpo Legislativo, pero son á lo mas diez ó doce, y estos intimidan á los demas que saben que sin mí y sin el 18 de Brumario los hubieran degollado. Estos últimos no me faltarán en esta ocasion, y la ley pasará.

Se insistió en lo contrario, y M. de Talleyrand, adhiriéndose á la opinion de los que temian los azares de una ley, dió al primer Cónsul la razon mas capaz de mover su ánimo, y fue que fuera de Francia el acto seria mas imponente, pues verian en él á un gobierno que podia y sabia defenderse de los anarquistas. Rindióse el primer Cónsul á este argumento, pero imaginó un término medio que fué adoptado; reducido á recurrir al Senado, para que aquel cuerpo examinase si la medida que se iba á adoptar era ó no atentatoria á la Constitucion. Sin duda, se recordará que despues de la Constitucion del año VIII el Senado no votaba las leyes pero podia desecharlas si las juzgaba contrarias á la Constitucion; teniendo el mismo poder respecto á las medidas del gobierno. Hallóse excelente la idea del primer Cónsul, y se encargó á M. de Fouché formase una lista de los principales terroristas á fin de deportarlos á los desiertos del Nuevo Mundo. Las dos secciones del Consejo de Estado quedaron encargadas de redactar las causas que obligaban á tomar aquella medida; el primer Cónsul debia firmar la órden, y el Senado declarar si era ó no contraria á la Constitucion.

*Resolucion de deportar á un cierto numero de personas calificadas de terroristas.*

Esta medida contra los terroristas, ilegal y arbitraria en sí misma, ni aun tenia de su parte la justicia que puede acompañar á veces á la arbitrariedad, cuando solo amenaza á los verdaderos culpables, pues los terroristas no eran los verdaderos autores del crimen. Empezábase ya á sospechar la verdad, pues iban dando algun resultado las pesquizas activas que no habia cesado de hacer el ministro Fouché, y el prefecto de la policía Dubois. La violencia de la explosion habia hecho desaparecer casi todos los instrumentos del atentado. La jóven á quien Saint-Réjant habia encargado la custodia del caballo, habia quedado hecha pedazos, no hallándose mas que los pies y las piernas de aquella infeliz; las llantas de las ruedas de la carreta habian sido arrojadas á gran distancia; por todas partes se habian encontrado alejados y esparcidos los restos de los objetos empleados para cometer el crimen, y por los cuales podia venirse en conocimiento de sus autores. Sin embargo, subsistian algunos vestigios de la carreta y del caballo; y uniéndolos se compuso una especie de nota que se dió al público por conducto de los periódicos, llamando á

*Se empieza á sospechar quienes son los verdaderos autores del crímen.*

declarar á todos los tratantes en caballos de Paris. Por una feliz casualidad el primer propietario del caballo le reconoció perfectamente, y manifestó que se lo habia vendido á un tratante en granos. Llamado éste declaró con la mayor franqueza todo lo que sabia, diciendo que habia vuelto á vender el caballo á dos individuos que se hacian pasar por marchantes forasteros, y que habia hablado con ellos dos ó tres veces, dando al mismo tiempo sus señas de un modo muy circunstanciado. Un alquilador de carruages que habia prestado por algunos dias la cochera en que se habia depositado la carreta, dió una declaracion muy precisa, señalando á los mismos individuos y haciendo indicaciones conformes en un todo á las que se tenian del tratante de granos. El tonelero que habia vendido el barril, guarneciéndole con arcos de hierro, suministró tambien noticias enteramente acordes con las primeras. Todas aquellas declaraciones estaban conformes respecto á la estatura, fisonomía, vestidos y calificacion hecha de los individuos denunciados. Oidos todos estos testigos y extendidas sus declaraciones, se recurrió á una prueba decisiva, sacándose de la cárcel á mas de 200 revolucionarios, presos por aquel motivo, para que compareciesen delante de aquellos. Estas confrontaciones duraron los dias 1, 2, 3 y 4 de Enero (11, 12, 13 y 14 de Nevoso) y dieron la certidumbre de que ninguno de los revolucionarios presos habia sido el autor del crímen, pues ninguno fue reconocido; y no podia dudarse de la buena fe de los testigos que daban aquellos pormenores, porque casi todos se habian ofrecido espontáneamente á declarar, y secundaban con el mayor zelo á la policía. Habia pues, casi una certidumbre de que los revolucionarios eran inocentes; y si bien aquella no podia ser completa sino descubriendo á los verdaderos autores; una circunstancia grave se unia á las anteriores para acusar á los agentes de Jorge enviados hacia un mes á Paris, y considerados siempre por M. de Fouché como los únicos culpables. Aun cuando se habian perdido sus huellas, sin embargo los habian visto hasta el 3 de Nevoso tan pronto en un sitio como en otro, sin que hubiesen podido echarles mano; pero desde el 3 de Nevoso habian desaparecido de tal modo, que podia decirse se habian sepultado debajo de tierra. Esta desaparicion tan repentina y completa desde el mismo dia en que se habia perpetrado el crímen, era una circunstancia notable, á la que se unia la no menos agravante, de que las señas dadas por los testigos, coincidian enteramente con las del llamado Carbon. M. Fouché, mas persuadido que nunca, despues de aquellos indicios de que los verdaderos autores eran los chuanes, se apresuró á enviar un emisario al lado de Jorge, para obtener algunos informes acerca de Carbon, Saint-Réjant y Limoëlan. Entretanto habia hecho bastantes confidencias para alterar la conviccion de muchas personas y aun la del primer Cónsul, quien, no obstante, no queria abandonar su primera opinion mientras no tuviese una certidumbre completa.

Enero de 1801.

Tal era el estado del proceso el dia 4 de Enero (14 de Nevoso) dia en que se decretó definitivamente el acto que pesaba sobre los hombres calificados de terroristas (1).

Sucesivamente se habian puesto de acuerdo sobre todos los puntos; pues nadie habia pensado de una manera formal en erigir un tribunal que juzgase

(1) He comparado las fechas de todos los actos del proceso con las fechas de las resoluciones tomadas respecto al partido revolucionario, y resulta, que desde el 11 al 14 de Nevoso (1.° a 4 de Enero) solo se sabia que en las confrontaciones con los hombres calificados de terroristas ninguno de ellos habia sido reconocido. Existian, pues, fuertes razones para creer que el partido revolucionario era extraño al crímen de la calle de San Nicasio, pero no se pudo tener una completa certidumbre hasta mas tarde, es decir, hasta el 28 de Nevoso (18 de Enero) dia de la prision y del reconocimiento completo de Carbon por los que habian vendido el caballo, la carreta y el barril. El acto contra los revolucionarios es del 14 de Nevoso (4 de Enero): no es pues cierto, como se ha dicho algunas veces, que aquella proscripcion se llevó á cabo conociéndose perfectamente á los verdaderos autores del crímen, y que se castigó á los revolucionarios sabiéndose que estaban inocentes. No por esto deja de ser el hecho menos grave, pero debe presentarse tal cual es, sin exagerarlo ni atenuarlo.

sumariamente é hiciese fusilar á los terroristas, fijándose todos en la idea de deportar á un cierto número de ellos; de modo que despues de algunas discusiones, se habia convenido en deportarlos en virtud de un acto de los Cónsules, sometido á la aprobacion del Senado. Resuelto ya todo con los principales miembros del Consejo y del Senado, lo demas no podia ser mas que una vana fórmula.

M. Fouché, que sin saber toda la verdad, conocia, sin embargo, una parte de ella, al verse combatido por todos lados, tuvo la debilidad de prestarse á una medida, dirigida, es verdad, contra hombres que se habian cubierto de sangre, pero que no tenian parte en el crimen que se queria castigar en aquel momento. El era, por lo tanto, quien menos excusa tenia entre todos los que habian tomado alguna parte en aquel acto de proscripcion: pero le atacaban por todas partes, le acusaban de complaciente con los revolucionarios, y no tuvo ánimo para resistirse; presentando él mismo en el consejo de Estado el informe sobre el cual se fundó la resolucion de los Cónsules.

En aquel informe presentado en el consejo de Estado el 1.° de Enero de 1801 (11 de Nevoso) se denunciaba á una clase de hombres, que por espacio de diez años habian cometido toda clase de crímenes, habian derramado la sangre de los presos de la Abadía, invadido y violentado la Convencion, amenazado al Directorio, y que reducidos hoy á la desesperacion se armaban con el puñal para herir á la República en la persona del primer Cónsul. *Todos esos hombres*, decia, *no han sido presos con el puñal en la mano; pero todos están universalmente reconocidos como capaces de afilarle y de hacer uso de él.* Añadiase que las formas tutelares de la justicia no se habian hecho para ellos, y por lo tanto se proponia que pudiesen ser presos y deportados fuera del territorio de la República.

Al examinarse el informe se suscitó la cuestion de saber si se denunciaria á los jacobinos como autores del 3 de Nevoso. El primer Cónsul tuvo gran cuidado de oponerse á ello. Se cree, dijo, pero no se sabe (en efecto empezaba á dudar en su convencimiento); se les deporta por el 2 de Septiembre, por el 31 de Mayo, por las jornadas de Pradial, por la conspiracion de Babœuf, por todo lo que han hecho, y por todo lo que todavía pueden hacer.

Seguia al informe una lista de ciento treinta individuos condenados á la deportacion; y no se limitaba á deportarlos, sino, lo que es mas cruel, se agregaba al nombre de muchos de ellos la calificacion de *Septembristas*, sin mas motivo para calificarlos asi que la notoriedad pública.

El Consejo de Estado experimentó una visible repugnancia al ver aquellos ciento treinta nombres, porque se hubiera dicho, que habia sido llamado para redactar una lista de proscripcion. El consejero Thibaudeau, dijo, que no se podia formar semejante lista en el seno del Consejo.—No soy tan insensato, repuso el primer Cónsul con enojo, para que os haga fallar acerca de personas: solo os someto el principio de la medida.—Aprobóse esta, sin embargo de que hubo algunos votos en contra.

En seguida se propuso la cuestion de saber, si la medida seria un acto de alta policía de parte del gobierno, ó una ley formada por los trámites acostumbrados. Como se habian puesto de antemano de acuerdo, se confirmaron las resoluciones secretamente aprobadas, decidiéndose que la medida seria un acto espontáneo del gobierno, sometido únicamente al Senado, para que fallase sobre la cuestion de constitucionalidad.

El primer Cónsul firma el acta de deportacion el 4 de Enero.

El 4 de Enero (14 de Nevoso) despues de haber hecho el primer Cónsul que se redactase definitivamente la lista, decretó que fuesen deportados fuera del territorio de la República los individuos inscriptos en aquella lista, y sin vacilar puso su firma al pie de dicho decreto.

El 5 de Enero (15 de Nevoso) reunido el Senado, encareció aun mas la necesidad de la medida, que lo habia hecho el Consejo de Estado, y declaró que la resolucion del primer Cónsul era conservadora de la Constitucion.

Al dia siguiente fueron reunidos aquellos infelices y dirigidos por el camino de Nantes, para ser embarcados y trasladados á tierras lejanas. Habia entre ellos algunos diputados de la Convencion muchos miembros de la antigua

municipalidad, todos los asesinos de Setiembre que aun quedaban, y el famoso Rossignol, antiguo general del ejército revolucionario. Aquellos hombres, al menos en su mayor parte, no merecian que se tomase por ellos ningun interes; pero se habian violado al deportarlos todas las fórmulas de la justicia; y lo que prueba el peligro de la violacion de aquellas fórmulas sagradas, es que muchas de las calificaciones hechas por la policia fueron puestas en duda, y con mucha apariencia de razon. Se necesitaba en aquel momento tener mucha fuerza moral para reclamar en favor de aquellos proscriptos; y sin embargo, hubo algunos de estos que por la mediacion de hombres animosos fueron borrados con justicia de la lista de proscripcion, y dispensados de embarcarse en Nantes. Enhorabuena que por una recomendacion influyente obtenga un individuo el favor del gobierno; pero que baste un empeño para ser salvado de la proscripcion, y baste para ser comprendido en ella el no encontrar un amigo animoso ó influyente, es cosa que debe sublevar todo sentimiento de justicia, y probar que violadas las formas no queda en la sociedad mas que una arbitrariedad horrorosa. ¡Y sin embargo, aquel tiempo resplandecia en gloria, y prevalecian el amor al órden y el odio á la sangre! Pero se salia del caos revolucionario, y no se tenia ningun respeto á las reglas, las cuales se encontraban incómodas é insoportables: asi es, que cuando se hablaba de aquel acto arbitrario, bastaba una sola palabra para justificarle. Esos miserables, se decia, se han cubierto de sangre, y se cubririan de nuevo si se les dejase obrar; por lo tanto se les trata mucho mejor que ellos trataron á sus víctimas. Y en efecto, si aquel acto igualaba, bajo el punto de vista de la violacion de las formas, á todo lo que se habia visto en las épocas anteriores, se diferenciaba de lo pasado en dos cosas: castigábase á hombres, malvados en su mayor parte, y no se derramaba su sangre. Convenimos en que es una excusa muy triste, pero que, sin embargo, es necesario presentar, para hacer palpable que el año de 1800 nada tenia de comun con el de 93.

Cuando aquellos infelices fueron conducidos á Nantes, costó gran trabajo salvarlos del furor del populacho de las ciudades que atravesaban, por lo mucho que se habia despertado el odio contra ellos. Bajo el imperio de aquel sentimiento acaeció todavia una cosa mas deplorable, y fue la condenacion de Ceracchi, Arena, Demerville y Topino-Lebrun. Se recordará, sin duda, que en el mes de Octubre anterior (Vendimiario) aquellos revoltosos habian entrado en un complot que tenia por objeto asesinar al primer Cónsul en el teatro de la Opera. Pero ninguno de ellos habia tenido el ànimo, ni quizas la intencion decidida de contribuir á su ejecucion. Los agentes de policia que se les proporcionaron, y á los cuales proveyeron de puñales, desenvolvieron en la mente de aquellos ilusos, mas que lo estaba, la resolucion del crímen. Con todo, no se habian presentado en el lugar de la ejecucion, y Ceracchi, único que se habia aprendido en el teatro, ni aun tenia algun puñal de los que se habian distribuido entre ellos. No hay duda que eran unos declamadores que ciertamente deseaban la muerte del primer Cónsul, pero que jamas se hubieran atrevido á consumarla. Júzgoseles el 9 de Enero (19 de Nevoso) en aquellos momentos en que pasaban los acontecimientos que acabamos de contar; y conociendo los abogados defensores de los reos la terrible influencia que ejercia sobre el ánimo del jurado el acontecimiento del 3 de Nevoso, hicieron los mayores esfuerzos para combatirla. Pero aquella influencia fue irresistible en el jurado, que de todas las jurisdicciones es la mas dominada por la opinion pública, y que tiene todas las ventajas y los inconvenientes que de esto resultan. En su consecuencia fueron condenados á muerte Ceracchi, Arena, Demerville y Topino-Lebrun. Este último merecia algun interes, y su muerte fue un notable ejemplo de la cruel movilidad de los destinos durante las revoluciones. El jóven Topino-Lebrun era pintor de algun talento y discipulo del célebre David. Participando de la exaltacion de los artistas habia sido uno de los jurados del tribunal revolucionario, pero se habia mostrado mucho menos cruel que sus cólegas. Hizo llamar al respetable defensor de las victimas de aquel tiempo, al abogado Chauveau-Lagarde, quien

Proceso de Ceracchi, Arena, Demerville y Topino-Lebrun.

en vano atestiguó su humanidad. ¡Singular cambio de la fortuna! ¡el antiguo jurado del tribunal revolucionario, acusado á su vez, llamaba en su ayuda al antiguo defensor de las víctimas de aquel sangriento tribunal! Pero aquel socorro, prestado con la mayor generosidad no pudo salvarle. Todos cuatro, condenados el 9 de Enero (19 de Nevoso) despues de un inútil recurso ante el tribunal de Casacion, fueron ejecutados el 31 del mismo mes.

Se descubren los autores de la máquina infernal.

Mientras tanto, el horrible misterio de la máquina infernal se iba penetrando poco á poco: M. Fouché habia enviado cerca de Jorge dos agentes para que se informasen de lo que habia sido de Carbon, y donde paraba; logrando por este medio saber, no solo que tenia dos hermanas en Paris, sino tambien su domicilio. Al momento se presentó la policía y encontró un barril de pólvora, obteniendo al mismo tiempo la revelacion que hizo la menor de las hermanas de Carbon del sitio en que se hallaba oculto. Era en la casa de las señoritas de Cicé, hermanas de M. de Cicé, en otros tiempos arzobispo de Burdeos y ministro de la Justicia; quienes tomando á Carbon por un emigrado que habia vuelto, cuyos papeles no estaban en regla le habian procurado un refugio en casa de unas antiguas religiosas que vivian en comunidad en uno de los barrios mas extraviados de Paris. Estas infelices que diariamente daban gracias al cielo porque habia salvado la vida al primer Cónsul, habian dado asilo, sin sospecharlo á uno de sus asesinos. La policía se trasladó á su casa el 18 de Enero (28 de Nevoso) y prendió á Carbon, y con él á todas las personas que le habian recibido. Aquel mismo dia fue careado con los testigos llamados anteriormente á declarar, y reconocido. Al principio lo negó todo, y concluyó confesando su participacion en el crimen, pero inocentemente, segun él, pues, á creerlo, ignoraba el uso á que se destinaba el barril y la carreta. Tambien denunció á Limoëlan y á Saint-Réjant: Limoëlan habia tenido tiempo de huir y pasar al extrangero; pero Saint-Réjant, derribado por la explosion y medio muerto durante algunos minutos, no habia tenido tiempo ni fuerza mas que para matar de casa. Un agente de Jorge empleado en asistirle, y á quien se habia dejado en libertad con la esperanza de encontrar las huellas de Saint-Réjant, siguiendo las suyas, sirvió para descubrir su morada. Presentáronse en ella y allí lo encontraron enfermo aun de las heridas que habia recibido. Al punto fue careado, reconocido y convencido por una multitud de pruebas que no permitian la menor duda. Encontróse debajo de su cama una carta dirigida á Jorge, en la cual referia con algun embozo las principales circunstancias del crimen, y se justificaba con su gefe de no haber logrado su intento. Carbon y Saint-Réjant fueron enviados al tribunal criminal, quien hizo caer sus execrables cabezas.

Cuando se publicaron todos estos pormenores, quedaron confusos y sorprendidos los acusadores obstinados del partido revolucionario, y los defensores complacientes del partido realista. Tambien experimentaron cierto embarazo los enemigos de M. Fouché, quedando en cambio reconocido su tino, y restablecido en el favor del primer Cónsul. Pero habia suministrado un arma de la que se sirvieron sus enemigos con justicia.—Si tan seguro estaba de lo sucedido, decian ¿por qué habia dejado proscribir á los revolucionarios?—En efecto merecia tan grave censura. El primer Cónsul que no se cuidaba de las formas violadas, y no pensaba mas que en los resultados que habia obtenido, no experimentaba ningun sentimiento. Encontraba que lo que se habia hecho, estaba bien hecho; que se veia libre de lo que él llamaba el *Estado mayor de los jacobinos*, y que el 3 de Nevoso solo probaba la necesidad de vigilar lo mismo á los realistas que á los terroristas. — Fouché, dijo, ha juzgado mejor que otros muchos; tiene razon; es menester tener la vista fija en los emigrados que han vuelto, en los chuanes y en todas las personas de este partido.

Este suceso disminuyó mucho el interes que inspiraban aquellos realistas, á quienes llamaban con cierto agrado las víctimas del terror, y disminuyó tambien mucho el odio contra los revolucionarios. Por su parte M. Fouché ganó en crédito, pero no en estimacion.

Los dolorosos sentimientos excitados por la máquina, llamada despues infernal, habian desaparecido ante el gozo causado por la paz de Luneville. No to-

dos los dias son felices, ni aun bajo el gobierno mas afortunado; pero el del primer Cónsul tenia la inaudita ventaja de que si se apoderaban por un momento de los ánimos ideas de tristeza, podia disiparlas á cada instante por un resultado grande, nuevo, imprevisto. Algunas escenas lúgubres, pero pasageras, en las cuales figuraba como el salvador de la Francia á quien todos los partidos querian destruir, y despues de ellas, victorias, tratados y actos reparadores que cicatrizaban heridas profundas, ó reanimaban la prosperidad pública; tal era el espectáculo que daba siempre. El general Bonaparte se mostraba cada vez mas grande, mas querido de la Francia, y mas evidentemente destinado al poder supremo.

Segunda legislatura del Cuerpo Legislativo.

Habia empezado la segunda legislatura del Cuerpo Legislativo, y continuaba por este tiempo la discusion y la adopcion de varias leyes, de las cuales la principal, que era la de los tribunales especiales, carecia de verdadera importancia despues de lo que se acababa de hacer. Pero la oposicion del Tribunado negaba aquellas leyes al gobierno, lo que era bastante para que este insistiese en que se aprobasen. La primera era relativa á los archivos de la República, y se habia hecho necesaria despues que la abolicion de las antiguas provincias habia entregado al desórden un gran número de títulos antiguos ó de documentos muy útiles todavia, ó curiosos en extremo. Necesitábase convenir en qué lugar serian depositados muchos actos, tales como las leyes, los tratados, &c. y esta era una medida de órden sin ninguna significacion política. El Tribunado votó contra la ley, y despues de enviar segun costumbre, sus tres oradores al cuerpo Legislativo, prevaleció tambien su opinion en este cuerpo, y la ley fue desechada por una gran mayoria. Aunque el Cuerpo Legislativo se hallaba muy adherido al gobierno, estaba celoso, como todas las asambleas sometidas, por mostrar algunas veces su independencia en los asuntos de poca monta; y seguramente podia hacerlo sin peligro tratándose de una ley que se limitaba á decidir el depósito en tal ó cual punto, de ciertos documentos seculares.

Es desechada la ley sobre los archivos del reino.

Ambos cuerpos se hallaban ocupados en aquel momento con una ley mas importante que la precedente, pero tan agena como ella á la política; y era la que trataba de los jueces de paz, cuyo número se habia considerado como excesivo, pues habia ascendido á seis mil en la época de su primera institucion, sin haber llenado el objeto que se habian propuesto al crearlos. Faltaban tambien en muchos cantones, hombres capaces de desempeñar bien las funciones de tales jueces; habiendo flaqueado tambien bajo otro concepto. Se habia querido confiarles la policía judicial cuyo encargo no habian sabido cumplir, habiendo sufrido, por otra parte, algunas alteraciones el carácter paternal y benévolo de su jurisdiccion. El proyecto del gobierno proponia dos modificaciones en la institucion de los jueces de paz: primera, su reduccion de 6000 á 2600, y segunda confiar la policía judicial á otros magistrados. El proyecto era razonable, y se habia presentado con buenas intenciones; pero encontró una viva oposicion en el Tribunado, hablando en contra varios oradores, y especialmente M. Benjamin Constant: sin embargo fue adoptado en este cuerpo por 59 votos contra 32, y en el cuerpo Legislativo por 218 contra 41.

Ley sobre los jueces de paz.

Otra ley mas sujeta á discusion, y de naturaleza en un todo política, acababa de presentarse, y era la que tenia por objeto instituir los tribunales especiales: pero habia perdido gran parte de su importancia, desde que el primer Cónsul habia instituido las comisiones militares que seguian á las columnas movilizadas en persecucion de los bandidos, y sobre todo, desde que no habia titubeado en proscribir arbitrariamente á los revolucionarios tenidos por peligrosos. Aquellas comisiones militares habian producido ya saludables efectos: como los jueces que las formaban no temian á los acusados, tranquilizaban á los testigos que tenian que declarar, y á menudo solian servir de tales testigos los mismos soldados que habian sorprendido y preso á los bandoleros con las armas en la mano. La justicia pronta y vigorosa que seguia á la activa persecucion de la tropa, habia contribuido poderosamente á restablecer la seguri-

Febrero de 1801.

dad de los caminos. Las escoltas colocadas sobre la imperial de las diligencias, y obligadas comunmente á sostener sangrientas refriegas, habian intimidado á los bandidos. Los ataques eran menos frecuentes, y la seguridad empezaba á renacer, gracias al vigor del gobierno y de los tribunales, y gracias tambien á haber finalizado el invierno. La ley propuesta llegaba, pues, cuando el mal habia disminuido, pero no dejaba de ser menos útil, pues regularizaba la justicia militar, establecida en los caminos reales, y hacia que pesase sobre los bandoleros una medida permanente y del todo legal. He aqui cual era la organizacion que se habia imaginado.

Ley sobre los tribunales especiales.

Los tribunales especiales debian componerse de tres jueces ordinarios, de tres miembros del tribunal criminal, de tres militares, y de dos agregados, estos últimos elegidos por el gobierno, y con las cualidades exigidas para ser jueces; de modo que los militares no podian tener la mayoria. El gobierno estaba facultado para establecer estos tribunales en los departamentos donde los creyese necesarios; y el encargo de los mismos era conocer de los crimenes cometidos en los caminos reales y en los campos por cuadrillas armadas; de los atentados dirigidos contra los compradores de los bienes nacionales, y por último, de los asesinatos premeditados contra los gefes del gobierno. Este último artículo comprendia crimenes tales como el de la máquina infernal, y el complot de Ceracchi y Arena, &c. El tribunal de Casasion estaba encargado de juzgar, con preferencia á otro cualquier negociado, los casos de competencia dudosa; y finalmente esta institucion debia abolirse de pleno derecho dos años despues de la paz general.

Podia objetarse á estos tribunales todo lo que se puede objetar á la justicia excepcional; pero podia decirse en su favor, que nunca una sociedad mas profundamente trastornada habia exijido medios mas prontos y extraordinarios para calmarla. Bajo el punto de vista de observancia de la Constitucion, se hacia valer el artículo de la misma, que concedia al Cuerpo Legislativo la facultad de suspenderla en los departamentos que lo juzgase necesario. El caso de las jurisdicciones extraordinarias estaba claramente comprendido en aquel artículo, porque la suspension de la Constitucion traia el establecimiento inmediato de la justicia militar. Por lo demas, la discusion era inútil, en un pais y en una época en que se acababa de proscribir á ciento treinta individuos sin juzgarlos, y en donde se acababan de establecer comisiones militares en varios departamentos, sin que la opinion pública hiciese contra ello la menor reclamacion. En presencia de estos hechos, preciso es confesar que la ley propuesta era volver á entrar en la senda de la legalidad; y sin embargo, fue viva y amargamente impugnada por los ordinarios oradores de la oposicion, MM. Daunou, Constant, Ginguené y otros. Aprobóse en el Tribunado por solo una mayoria de 49 votos contra 41. En el Cuerpo Legislativo fue mayor, por que el proyecto obtuvo 192 votos contra 88; pero una minoria de 88 votos superaba el número ordinario de la minoria en aquel cuerpo tan decidido por el gobierno; y se atribuyó aquel número de votos negativos á un discurso de M. Français de Nantes en el cual se expresó ante el Cuerpo Legislativo en un lenguage acaso poco mesurado.—M. Français de Nantes, ha hecho bien, contestó el primer Cónsul á sus colegas Cambaceres y Lebrun, que parecian desaprobar aquel discurso. Mas vale tener menos votos, y probar que se sienten las injurias y que no está uno dispuesto á tolerarlas.—

El primer Cónsul se expresó todavia con mas acritud al recibir á una diputacion del Senado que le traia una resolucion de aquel cuerpo. Habló de una manera atrevida, y en muchas conversaciones se le oyó decir claramente, que si le incomodaban mas de lo justo, y le impedian devolver á la Francia el órden y la paz, contaria con la opinion que el pais tenia de él, y gobernaria por medio de decretos consulares. A cada instante crecia su ascendiente con sus triunfos, y su osadia con su ascendiente, y no se tomaba el trabajo de disimular la extension de su voluntad.

Mayor oposicion encontró aun en las cuestiones de hacienda, que fueron las últimas que se trataron en aquella legislatura. Sin embargo esta parte era la

mas meritoria de los trabajos del gobierno, y la que mas particularmente se debia á la intervencion personal del primer Cónsul.

Mas de una vez hemos manifestado los medios empleados para asegurar la recaudacion, y el derrámen regular de las rentas del Estado, y estos medios habian dado de sí buenos resultados. Se habia cobrado en el año VIII (1799 á 1800) la suma de 518 millones, lo que igualaba al valor de un año entero de contribuciones, porque el presupuesto de gastos y de ingresos, no ascendia entonces á mas de 500 millones. De estos 518 millones 172 pertenecian á los años V, VI y VII y 346 al año VIII. No se habia cobrado todo lo de los cuatro años, y se necesitaba concluir la liquidacion, para entrar al fin con el año IX (1800 á 1801), que era el año corriente, en una completa regularidad El año IX podia bastarse á sí mismo, porque las contribuciones producirian de 500 á 520 millones, y no se necesitaba mas para cubrir los gastos en el estado de paz. Establecida la contabilidad en ejercicio, y debiendo ser desde entonces exclusivamente aplicados los ingresos del año IX á los gastos del año IX, los del año X á los gastos del año X, y asi sucesivamente, el porvenir estaba asegurado. Pero para lo pasado, es decir para los años V, VI, VII y VIII faltaba que llenar un déficit, á cuyo fin se destinaban las recaudaciones cuotidianas, procedentes de las contribuciones atrasadas de aquellos varios años. Pero estas contribuciones que se reclamaban principalmente á la propiedad territorial, la agravaban mucho. En la reunion de los consejeros generales de los departamentos, reunion que acababa de tener lugar por la primera vez, de los 106 consejeros generales 87 habian reclamado contra la pesada carga de las contribuciones directas. Habia, pues, necesidad, como en otro lugar lo hemos dicho, de renunciar á una parte de las contribuciones atrasadas, si queria exigirse en lo venidero el pago puntual é intrego de las corrientes. En su virtud, presentóse una ley por la que se autorizaba á las administraciones locales á aliviar á los contribuyentes demasiado sobrecargados, y dicha ley no encontró muchos obstáculos; pero debia resultar de ella una falta bastante notable de recursos por los años V, VI, VII y VIII, que se evaluaba de 90 millones por los años V, VI y VII, y de 30 millones por el año VIII en particular. Distinguiase el año VIII (1799 á 1800) de los años V, VI y VII, porque aquel año pertenecia al Consulado.

Leyes de hacienda destinadas á liquidar lo pasado.

Equilibrio de gastos y de ingresos restablecido para el año IX.

Necesitábase decidir como se haria frente á aquellos déficit. Quedaban como unos 400 millones de bienes nacionales disponibles, y aqui fue donde el buen juicio del primer Cónsul ejerció la mas feliz influencia sobre los proyectos de hacienda, é hizo que prevaleciese el mejor medio de emplear la fortuna pública.

No pudiéndose vender á medida del deseo los bienes nacionales, se habia dispuesto siempre de su valor anticipadamente por medio de un papel que se habia emitido bajo diversos nombres, y que debia servir para pagar dichos bienes. Desde la caida de los asignados, el último nombre imaginado para aquella especie de papel era el de *libramientos*. En el curso del año VIII se habian negociado algunos de aquellos libramientos con mas ventaja que anteriormente, pero con mucha desventaja aun para que fuese prudente recurrir á ellos. Estos valores se negociaban con pérdida desde el primer dia de su emision, y cayendo pronto en descrédito, pasaban entónces á manos de los especuladores, quienes por este medio compraban los bienes nacionales á un precio ínfimo. De este modo se habia disipado locamente un recurso precioso con gran detrimento del Estado, y gran ventaja de los agiotistas. Si se lograba salvar los 400 millones que quedaban del desórden en que habian perecido hasta entonces tantos otros millones, en breve debian adquirir, con el tiempo y la paz, un valor tres ó cuatro veces mas considerable. El primer Cónsul estaba resuelto á no consumirlos como lo habian sido los millones ya devorados.

Medios empleados para liquidar las cobranzas anteriores al año IX.

Se necesitaba, no obstante, un recurso inmediato, y el primer Cónsul le encontró en las rentas, que ya habian

El primer Cónsul sustituye las creaciones de rentas á las enagenaciones de los bienes nacionales.

recobrado cierto valor, desde su advenimiento al poder. Habian subido del curso de 10 y 12 al de 25 y 30 despues de Marengo; habian pasado de 50 despues de la paz de Luneville, y se anunciaba que llegarian al 60 cuando se verificase la paz general. A esta tasa se podia empezar á hacer uso del papel, porque habia menos perjuicio en vender rentas que bienes nacionales. Sin querer el primer Cónsul abrir un empréstito, imaginó pagar con rentas á ciertos acreedores del Estado, é hipotecar en la caja de amortizacion una suma equivalente en bienes territoriales, que aquella caja venderia mas tarde, lentamente y en su valor verdadero, compensándose de esta manera el aumento, que se iba á añadir á la deuda pública. Tal fue el principio de las leyes propuestas aquel año.

Liquidacion particular de los años V, VI y VII.

Los créditos que quedaban por liquidar de los tres últimos años del Directorio V, VI y VII pasaban por créditos de ningun valor, y eran el sobrante mas ínfimo de los 600 millones de suministros hechos bajo el Directorio. Para entrar en una senda nueva, se quiso respetar aquellos créditos, cualesquiera que fuesen su orígen y su naturaleza. Ascendian á la suma de unos 90 millones, pero vendidos casi todos á especuladores, perdian en la plaza un 75 por 100. Se imaginó pagarlos por medio de una renta constituida al 3 por 100; é importándose el total de aquellas deudas 90 millones, se necesitaba al 3 por 100 una renta de 2,700.000 francos para hacerles frente. Al precio actual de los fondos públicos, representaba un valor real de 27 ó 30 millones, y debia representar uno de 40 al menos, en los ocho ó diez meses que transcurririan antes de que se concluyese la liquidacion. Perdiendo en la plaza el 75 por 100 los créditos que se trataban de pagar, y hallándose el capital de 90 millones reducido en realidad á 22 ó 23, se pagaban mucho mas de lo que valian, destinándoles una renta de 2.700,000 francos, pues aun vendida esta renta al momento hubiera producido 27 ó 30 millones, y en breve produciria 40.

Liquidacion del año VIII

Los créditos del año VIII que quedaban por liquidar eran de diferente naturaleza; y representaban servicios hechos durante el primer año del gobierno consular, cuando ya reinaba el orden en la administracion. No hay duda, que aquellos servicios prestados en una época en que la miseria era todavia muy grande, habian sido pagados á precio muy subido, pero hubiera sido contrario al honor del gobierno consular, negociar sus compromisos, tan recientes como eran, que no habian sido colocados como los del Directorio en el número de los valores desacreditados ni negociados como tales; de la misma manera que los que pertenecian á los años V, VI y VII. No vaciló, pues, en saldar integramente y por todo su valor nominal el excedente de los gastos del año VIII, valuado en 60 millones; pero la entrada de las contribuciones atrasadas debia reducirlos á 30. Resolvióse desquitar una parte, ó 20 millones, con una renta constituida al 5 por 100, lo que componia un millon de rentas. Ahora diremos como se hizo frente al exceso de los 10 millones.

El año IX (1800-1801) debia bastarse á sí mismo en la hipótesis, casi cierta, del próximo fin de la guerra, porque la paz continental concluida en Luneville, debia traer en breve la paz marítima. El presupuesto no se votaba entonces un año antes, sino en el mismo en que se hacia el gasto. Se presentaba, por ejemplo, y se discutia en Ventoso del año IX el presupuesto del mismo año, es decir en Marzo de 1801 el presupuesto de 1801. Valuabásele entonces en 415 millones los gastos y los ingresos de aquel año (dejando aparte los gastos de recaudacion, y diversos servicios locales, lo cual supone un centenar de millones mas, y significa 515 en vez de 415.) Pero la evaluacion de 415 millones de gastos é ingresos, era inferior á la realidad, porque entonces, lo mismo que ahora, la realidad era siempre superior á las previsiones. Mas tarde mostraremos que la suma de 415 millones ascendió hasta 500. Por fortuna el producto de las contribuciones debia exceder, tanto como los gastos, de la suma prevista. Ya se esperaba este doble excedente; pero temiendo sin razon que el excedente de los ingresos no

igualase al de los gastos, se quiso asegurar un recurso suplementario. Faltaban 10 millones, como hemos dicho, para completar el saldo del año VIII: y se suponia que faltarian 20 millones para el saldo del año IX; de modo que habia que procurarse 30 millones en dos años; y se decidió que únicamente para cubrir esta suma se recurriria á una enagenacion de bienes nacionales. Quince millones de estos bienes vendidos por año, no excedian la suma de enagenaciones que se podian verificar con ventaja y sin desórden en el curso del año. Encargando de este cuidado á la caja de amortizacion que ya se habia desempeñado hábilmente, habia seguridad de obtener á un precio ventajoso, la colocacion de aquella parte de propiedades del Estado. De este modo se encontraba liquidado lo pasado, y en equilibrio el presente. Para terminar la reorganizacion de la hacienda pública solo quedaba ya arreglar definitivamente la suerte de la deuda nacional.

*Reglamento definitivo de la deuda pública.*

En efecto, habia llegado el momento de fijar el importe de la deuda pública, y de poner las fuerzas de la caja de amortizacion en relacion con aquel importe reconocido, haciendo con tal objeto un uso conveniente de los 400 millones de bienes nacionales, que se hallaban todavia á disposicion del Estado.

La deuda pública estaba tal cual la habia dejado la bancarrota declarada por el Directorio, pero preparada por la Convencion y la Asamblea constituyente. Una tercera parte de aquella deuda se habia mantenido en el gran libro, y era la que en el idioma de aquel tiempo se habia llamado *Tercio consolidado*; dando á este tercio salvado de la bancarrota un interes de 5 por 100; é inscribiéndose en el gran libro por 37 millones (interes y no capital.) Quedaba que inscribir una suma bastante considerable. Dos terceras partes habian sido *movilizadas* (otra expresion de la época) es decir, borradas del gran libro, y destinadas al pago de los bienes nacionales, lo cual las habia reducido á no ser mas que verdaderos asignados. Una ley posterior habia acabado de desacreditarlos, reduciéndolos al exclusivo uso de pagar los edificios, y de ningun modo las tierras ni los bosques que hacian parte de los bienes nacionales.

Necesitábase poner término á aquel estado de cosas, y para ello llevar al gran libro el resto del *tercio consolidado*, cuya inscripcion habia diferido el gobierno anterior, para dispensarse del pago de intereses. La justicia y el buen órden de la hacienda, requeria que se arreglase aquello de una vez. Se propuso llevar al gran libro por un millon y medio de *tercios consolidados*; pero sin interes hasta el año XII que empezarian á rendirle. Esta parte de la deuda, aunque aplazada á dos años despues, bajo el punto de vista del goce de las rentas, adquiria al instante por el solo hecho de la inscripcion, un valor casi igual á las porciones inscriptas; dándose ademas por aquella muestra de exactitud un valor muy grande á todo lo restante del *tercio provisional*. Quedaba por inscribir una suma considerable, ya en *tercios consolidados*, propiamente dichos, ya en deudas de los emigrados, que el Estado habia tomado á su cargo al confiscar sus bienes, y ya en deudas de la Bélgica, que habian sido condicion de la conquista: por último, habia los *dos tercios movilizados*, ya muy desacreditados, y á cuyos portadores era justo proporcionar donde emplearlos. Al efecto se les ofreció la conversion en *tercios consolidados*, á razon de cinco capitales por cada ciento; y era probable que los portadores se apresurasen á aceptar aquella oferta. Para esto se propuso crear un millon de rentas, y si este primer ensayo salia bien, se prometia absorver en breve el valor entero de los *dos tercios movilizados*. Fijóse ademas un plazo irrevocable, respecto á los bienes nacionales, pagaderos en bonos de los *dos tercios*; y espirado aquel plazo debian volver al Estado los bienes no pagados.

Se calculaba que añadiendo á los 37 millones de *tercios consolidados* ya inscritos en el gran libro, la cantidad de 20 millones de rentas, se haria frente á la suma del tercio consolidado que quedaba por inscribir, á los *dos tercios movilizados* cuya conversion queria ofrecerse, y por último á las deudas de los emigrados y de la Bélgica; debiendo en su consecuencia formar la deuda pública un total de 57 millones en rentas perpetuas. Existian 20 millones de rentas vitalicias; 19 millones de pensio-

nes civiles y religiosas (estas satisfechas al antiguo clero, cuyos bienes se habian tomado) y 30 millones, en fin, de pensiones militares, es decir una deuda de vitalicia de 69 millones, de la cual se extinguian unos 3 millones al año. Se podia, pues, esperar en algunos años, por medio de las extinciones de la deuda vitalicia, cubrir los aumentos sucesivos que iba á tener la deuda perpetua, á consecuencia de las nuevas inscripciones en el gran libro. Liquidando, pues, todo lo pasado no se debia nunca pasar de la cantidad de 100 millones para el servicio anual de la deuda pública, mitad poco mas ó menos en renta perpetua, y mitad en renta vitalicia. El estado de la hacienda venia á ser entonces el siguiente: una deuda de 100 millones y un presupuesto de 500 millones de gastos y de ingresos, y de 600 contando los gastos de recaudacion: ciertamente esta situacion era mucho mejor que la de la Inglaterra que tenia una deuda anual de cerca de 500 millones con relácion á una renta de 1000 á 1100 millones. Añádase que quedaba á la Francia el recurso de las contribuciones indirectas, es decir, de los impuestos sobre las bebidas, tabaco, sal, &c, aun no restablecidas, y que debian proporcionar algun dia inmensos productos.

El primer Cónsul quiso proporcionar los recursos de la caja de amortizacion al aumento de la deuda. Acababa de decidir la creacion de 2,700,000 francos de rentas, para llenar el déficit de los años V, VI y VII; de un millon para el del año VIII y de muchos otros millones para la inscripcion del *tercio consolidado*, para la conversion de los *dos tercios movilizados*, &c.; y ahora hizo adjudicar á la caja de amortizacion un capital de 90 millones en bienes nacionales, que podia enagenarlos á su voluntad, y emplearlos en el rescate de rentas, disponiendo ademas que se le transfiriese una renta de 5,400,000 francos pertenecientes á la instruccion pública, la cual fue reemplazada como se verá en seguida.

Los bienes nacionales estaban preservados por esta combinacion de ser malbaratados, porque la caja, enagenándolos lentamente y con conveniencia, ó conservándolos si le hacia al caso, no podia renovar las dilapidaciones que antes se habian deplorado. Para salvar lo restante con mas seguridad todavia, el primer Cónsul quiso aplicar una parte notable á otros diversos servicios, á los cuales consagraba la mayor atencion, tales como la instruccion pública y los Inválidos. La instruccion pública, le parecia el servicio mas importante del Estado, al cual debia atender con preferencia un gobierno ilustrado como el suyo, que tenia que fundar una nueva sociedad. Por lo que hace á los inválidos, es decir, á los militares heridos, estos componian hasta cierto punto su familia, y eran el sosten de su poderio y los instrumentos de su gloria: por lo tanto les debia todos sus cuidados, y algo de los mil millones, que en otro tiempo la República francesa habia prometido á los defensores de la Patria.

El primer Cónsul no queria que estos grandes servicios dependiesen del presupuesto, de sus variaciones ó de su insuficiencia. Por lo tanto, mandó aplicar 120 millones de bienes nacionales á la instruccion pública, y 40 al sostenimiento de los inválidos. Con esto habia para dotar ricamente la noble institucion que queria consagrar algun dia á la enseñanza de la juventud francesa, y tambien para dotar á muchos hospicios de inválidos, como el que debe su orígen á Luis XIV. Mantuviéranse ó no mas tarde estas dotaciones, eran por el momento 160 millones salvados del desórden de las enagenaciones, y un alivio anual para el presupuesto. Asi, pues, de los 400 millones de bienes nacionales, se habian dado 10 millones para los gastos del año VIII, 20 para los del año IX, 90 para la caja de amortizacion, 120 para la instruccion pública, y 40 para los inválidos, que componian una suma total de 280 millones, de los 400, y que encontraba una colocacion inmediatamente útil, sin recurrir al sistema de las enagenaciones. De la suma de 280 millones, solo los 10 para el año VII y los 20 para el año IX, debian ser enagenados en dos años, lo cual no presentaba ningun inconveniente; los 90 millones afectos á la caja de amortizacion solo debian venderse lentamente, y cuando la caja tuviera una necesidad indispensable, lo que quizas no llegaria á suceder, los 120 dedicados á la instruccion pública y los 40 de los inválidos jamas debian venderse. Quedaba del total de 400 millones 120 millones disponibles y

sin aplicacion alguna. En realidad solo se enagenaban 30 millones de los 400; y los demas quedaban como prendas de diferentes servicios, ó como una reserva disponible, con la certidumbre de adquirir en breve, en provecho del Estado, un valor doble ó triple al menos.

En resúmen, se aprovechaba la restauracion del crédito para substituir el recurso de las creaciones de rentas, al de la enagenacion de bienes nacionales; se satisfacia con una pequeña porcion de aquellos bienes y con una creacion de rentas, lo que quedaba por pagar de los años V, VI, VII y VIII; se concluia la liquidacion de la deuda pública, y se aseguraba el servicio de una manera cierta y regular. Despues de haber arreglado asi lo pasado, salvado lo restante de los bienes nacionales, y fijado la suerte de la deuda, debia haber anualmente 100 millones de rentas á que atender; medios de extincion suficientes, y por último un presupuesto en equilibrio de 500 millones, sin contar los gastos de recaudacion, y de 600 contando con ellos.

Semejante distribucion de la fortuna pública, concebida con tanta equidad como buen juicio, hubiera debido merecer la aprobacion general. Sin embargo encontró la mayor oposicion en el Tribunado. Los 45 millones pedidos para el año IX, año corriente, fueron concedidos sin dificultad; pero la oposicion se lamentó de que el presupuesto no se hubiera votado un año antes; reconvencion injusta, porque nada se hallaba dispuesto entonces para obrar de aquel modo; ni asi se practicaba aun en Inglaterra, y hasta era una cuestion disputada entre los hacendistas. La misma oposicion censuró el arreglo de lo atrasado, que renovaba la bancarrota respecto á los acreedores de los años V, VI y VII, no consolidando sus créditos mas que al 3 por 100, en lugar de al 5, como se hacia con los del año VIII. Impugnó el arreglo de la deuda porque privaba á los portadores del *tercio consolidado*, del interes de sus rentas por espacio de dos años, puesto que dicho interes solo debia empezar á correr desde el año XII. Estas impugnaciones carecian de fundamento, porque, como ya se ha dicho, los acreedores de los años V, VI y VII, obteniendo una renta constituida al 3 por 100 recibian mas que lo que valian sus créditos; y en cuanto á la parte de los *tercios consolidados*, cuya inscripcion se habia dispuesto, se hacia á los portadores un gran servicio en el solo hecho de la inscripcion. Efectivamente, si se hubiera diferido aquella inscripcion por uno ó dos años mas, como ya lo habia hecho el gobierno anterior, se quitaba á los propietarios no solo el interes, sino el beneficio de la consolidacion definitiva: de suerte que era ya una gran mejora para ellos que se tomase el trabajo de aquella consolidacion.

Fuertes ataques contra la liquidacion de las deudas atrasadas.

Con tan tenues objeciones se acaloró el Tribunado, y sin tener en cuenta las respuestas que le dirigieron, desechó el plan de hacienda por una mayoria de 56 votos contra 30, en la sesion del 19 de Marzo (28 de Ventoso). Algunos gritos de ¡Viva la República! estallaron en las tribunas, lo que ya hacia tiempo no sucedia, y traia á la memoria los siniestros recuerdos de la Convencion. A peticion de MM. Riouffe y de Chauvelin, el presidente mandó despejar las tribunas.

El Tribunado desecha el plan de hacienda propuesto.

Dos dias despues 21 de Marzo (30 de Ventoso), último dia de la legislatura del año IX oyó el Cuerpo Legislativo la discusion del proyecto. Tres tribunos debian impugnarle y defenderle tres consejeros de Estado. M. Benjamin Constant era uno de los tres tribunos; y expresó con mucha brillantez las objeciones hechas al plan del gobierno. Sin embargo el Cuerpo Legislativo le aprobó por una mayoria de 227 votos contra 58. El primer Cónsul debia darse por satisfecho; pero no sabia él, ni tampoco los que le rodeaban, que debe hacerse el bien sin asombrarse, ni inquietarse por las injusticias con que á veces se galardona. ¿Y que hombre tuvo jamas tanta gloria como el primer Cónsul, para resacirse de algunos ataques ó leves ó indiscretos? Por otra parte á pesar de aquellos ataques, era excelente la disposicion de los ánimos respecto al gobierno. La mayoria del Cuerpo Legislativo era á lo menos de cinco sextas partes, y en el Tribunado, cuyo voto no era decisivo, tenia dos terceras

partes á su favor: poco asombro ni recelo podian, pues, causar unas minorías tan cortas. Pero aunque rodeado de la admiracion universal, el hombre que gobernaba entonces á la Francia no sabia tolerar las mezquinas críticas de que su administracion era objeto. El tiempo del verdadero gobierno representativo no habia llegado aun, y ni la oposicion ni el gobierno tenian principios ni costumbres. Lo que acabará de calificar á la oposicion del Tribunado, es que no hizo la menor observacion acerca del acto odioso contra los revolucionarios, aprovechándose para guardar silencio, de que aquel acto no habia pasado al exámen de la legislatura. ¡Declamaba sobre cosas poco importantes ó no dignas de censura, y dejaba pasar desapercibida una imperdonable infraccion de todas las reglas de la justicia! Así obran la mayor parte de las veces los hombres y los partidos.

Por lo demas, las estériles agitaciones de la oposicion que desconocia el movimiento general de los ánimos y las necesidades de la época, causaban poca sensacion. El público estaba enteramente ocupado con el espectáculo de los grandes trabajos que habian alcanzado á la Francia la victoria y la paz continental, y que en breve debian darle la paz marítima.

Enmedio de sus ocupaciones militares y políticas, el primer Cónsul, como ya lo hemos hecho notar muchas veces, no dejaba de fijar su atencion en los caminos, en los canales y puentes, y en la industria y el comercio.

Caminos. Ya hemos manifestado cual era el deplorable estado de los caminos, y los medios empleados por el primer Cónsul para suplir á la insuficiencia de los productos de los portazgos. Habia dispuesto que aquella cuestion se examinara ampliamente; pero, como sucede á menudo, la dificultad consistia mas bien en la falta de dinero que en la eleccion de un buen sistema. Entónces se encaminó derecho al objeto, y cargó el presupuesto del año IX con nuevas sumas, tomadas de los fondos generales del tesoro, para continuar las reparaciones ya empezadas.

Canales. Tambien se hablaba mucho de canales. Cansados los ánimos de las agitaciones políticas, se fijaban con gusto hácia todo lo que pertenecia á la industria y al comercio.

Canal de S. Quintin. El canal conocido hoy dia con el nombre de canal de San Quintin, que enlaza la navegacion del Sena y del Oise, con la del Somme y del Escalda; es decir que enlaza la Bélgica con la Francia, estaba abandonado. Jamas se habia logrado ponerse de acuerdo acerca del modo de verificar la abertura, por medio de la cual se debia pasar del valle del Oise á los del Somme y del Escalda. Los pareceres de los ingenieros estaban divididos. El primer Cónsul se dirigió allí en persona, oyó á todos, juzgó la cuestion, y falló con acierto; resolviéndose y continuándose la abertura en la mejor direccion, y en la que ha prevalecido. La poblacion de San Quintin le acogió con alborozo, y apenas habia vuelto á Paris cuando los habitantes del Sena Inferior le dirijieron una diputacion, suplicándole que á su vez les dedicase cuarenta y ocho horas de su tiempo. El primer Cónsul prometió una visita próxima á Normandía. Resolvió y confió á algunas compañías formadas en París el establecimiento de tres puentes sobre el Sena, el que va á salir al Jardin de las Plantas, conocido con el nombre de puente de Austerlitz; el que une la isla de la Cité con la de San Luis, y el que conduce desde el Louvre al palacio del Instituto. Ocupóse al mismo tiempo del camino del Simplon, primer proyecto de su juventud, proyecto siempre el mas querido de su corazon, y el mas digno de ocupar un lugar en el porvenir al lado de los recuerdos de Rivoli y de Marengo. Debe recordarse, que desde que el primer Cónsul fundó la República Cisalpina, quiso aproximarla á la Francia por medio de un camino que partiendo desde Leon ó Dijon, pasando por Génova, atravesando el Valais, y cayendo sobre el lago Mayor y Milan, permitiese en cualquier tiempo desembocar por él en el centro de la Italia superior con 50,000 hombres y cien piezas de artillería. Por falta de un camino semejante habia sido necesario atravesar el San Bernardo; pero ahora que la República Cisalpina acababa de ser reconstituida en el congreso de Luneville, era la mejor ocasion de establecer una gran comunicacion militar entre la Lombardía y la Francia, y al

Camino del Simplon.

efecto habia dispuesto el primer Cónsul los trabajos necesarios. El general Turreau, á quien vimos bajar del pequeño San Bernardo con las legiones de conscriptos, mientras que el general Bonaparte descendia del gran San Bernardo con sus aguerridas tropas, recibió la órden de trasladar su cuartel general á Domo-de-Ossola, al mismo pié del Simplon para proteger á los trabajadores y ayudarles con sus soldados.

A esta obra magnífica, quiso el primer Cónsul añadir otra en conmemoracion del paso de los Alpes. Los padres del monasterio del gran San Bernardo habian hecho servicios importantes al ejército frances, pues ayudados con algun dinero, habian sostenido con alimentos y con vinos las fuerzas de nuestros soldados por espacio de diez dias. El primer Cónsul les conservaba un vivo reconocimiento, y decidió el establecimiento de dos hospicios semejantes, uno en el monte Cenis y otro en el Simplon, y ambos anejos al convento del gran San Bernardo. Debia contener quince religiosos cada uno, y recibir de la República Cisalpina una dotacion considerable en bienes raices. Nada podia rehusar aquella República á su fundador; pero como este queria que todo se ejecutase con prontitud, mandó hacer los trabajos del primer establecimiento con el dinero de la Francia, á fin de que no experimentasen atraso aquellas hermosas fundaciones. De este modo, magníficos caminos y establecimientos de noble beneficencia debian atestiguar á las edades futuras el paso del moderno Annibal por medio de los Alpes.

Al lado de aquellas miras grandes ó benéficas, se desenvolvian miras de otro género y que tenian por objeto la útil formacion del Código civil. El primer Cónsul habia encargado la redaccion de aquel Código á varios jurisconsultos eminentes, MM. Portalis, Tronchet, y Bigot de Préameneu. Concluida su tarea acababa de ser sometida al tribunal de Casacion, como tambien á los veinte y nueve tribunales de apelacion, despues tribunales reales. Recogido de este modo el parecer de toda la magistratura, iba á ser sometido aquel proyecto al Consejo de Estado, y discutido solemnemente bajo la presidencia del primer Cónsul. Proponianse presentarle en seguida al Cuerpo Legislativo en la legislatura próxima del año X.

Siempre dispuesto el primer Cónsul á ordenar grandes trabajos, pero pronto siempre á recompensar esplendidamente á sus autores, acababa de emplear su influencia para que se nombrase senador á M. Tronchet. Recompensaba en él á un jurisconsulto eminente, á uno de los autores del Código civil, y lo que no era indiferente á sus ojos, bajo el punto de vista de su significacion política, al animoso defensor de Luis XVI.

Todo, pues, se organizaba á la vez con la armonia que un genio superior puede imprimir á sus obras, y con la rapidez que puede llevar consigo una voluntad ardiente y puntualmente obedecida. El genio que hacia todas esas cosas era, sin duda, extraordinario; pero necesario es decir que la situacion era tan extraordinaria como él. El general Bonaparte tenia que remover la Francia y la Europa, pero le servia de palanca la victoria; tenia que redactar todos los códigos de la Nacion francesa, y todos los ánimos estaban dispuestos á recibir sus leyes; tenia que construir caminos, canales y puentes, y nadie le negaba recursos para que lo verificase; y hasta tenia naciones prontas á suministrarle sus tesoros, como los italianos, por ejemplo, para contribuir á abrir un camino en el Simplon, ó para dotar á los hospicios situados sobre la cumbre de los Alpes. Esto demuestra que la Providencia no hace á medias nada; que á todo gran genio proporciona una obra grande, y á toda obra grande proporciona un gran genio.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

# LIBRO NOVENO.

## LOS NEUTRALES.

*Continuan las negociaciones con las diferentes cortes de Europa.—Tratado con la corte de Nápoles.—Exclusion de los ingleses de los puertos de las Dos Sicilias, y obligacion contraida por el gobierno napolitano de recibir en Otranto, una division francesa.—Promete España exigir á viva fuerza que no se admita á los ingleses en las costas de Portugal.—Vastos proyectos marítimos del primer Cónsul, con el fin de hacer obrar de concierto las fuerzas navales de España, Holanda y Francia.—Medios imaginados para socorrer al Egipto.—El almirante Ganteaume mandando una division sale de Brest, á favor de una tempestad y se dirige al estrecho de Gibraltar para trasladarse á las bocas del Nilo.—Coalicion general de todas las naciones marítimas contra la Inglaterra.—Preparativos de los neutrales en el Báltico.—Ardor belicoso de Pablo I.—Apuros de Inglaterra.—Horrorosa penuria que la aqueja.—Su estado rentístico y comercial antes de la guerra y despues.—Aumento simultáneo de sus cargas y recursos.—Odio contra M. Pitt.—Su desavenimiento con Jorge III, y su retirada.—Ministerio de Addington.—La Inglaterra á pesar de sus apuros hace frente á la tempestad, y envia al Báltico á los almirantes Nelson y Parker para que rompan la coalicion de los Neutrales.—Plan de Nelson y de Parker.—Se deciden á forzar el paso del Sund.—Hallándose mal defendida la costa de Suecia la escuadra inglesa pasa el Sund casi sin dificultad.—Dirígese al frente de Copenhague.—Nelson opina que se de batalla á los dinamarqueses antes de comprometerse en el Báltico.—Descripcion de la posicion de Copenhague y de los medios adoptados para defender aquella importante plaza marítima.—Nelson hace una maniobra atrevida y ancla en el Paso Real, frente de las embarcaciones dinamarquesas.—Batalla sangrienta.—Denuedo de los dinamarqueses, y peligro de Nelson.—Envia este un parlamentario al príncipe Regente de Dinamarca, y obtiene por este medio las ventajas de una victoria.—Suspension de armas por espacio de catorce semanas.—En el intérvalo se sabe la muerte de Pablo I.—Sucesos acaecidos en Rusia.—Exasperacion de la nobleza rusa contra el Emperador Pablo, y disposicion á librarse de él por cualesquiera medios, aun los mas criminales.—El conde Pahlen.—Su carácter y sus proyectos.—Su conducta con el gran duque Alejandro.—Proyecto de asesinato oculto bajo un proyecto de abdicacion forzada.—Escena horrorosa en el palacio Michel en la noche del 23 de Marzo.—Muerte trágica de Pablo I.—Advenimiento de Alejandro.—Disuélvese con la muerte del Emperador Pablo la coalicion de los neutrales.—Armisticio de hecho en el Báltico.—Prueba el primer Cónsul retener á la Prusia en la liga ofreciéndole el Hannover.—Satisfecha la Inglaterra de haber disuelto aquella liga por la batalla de Copenhague, y de verse libre de Pablo I, piensa aprovechar la ocasion para tratar con Francia, y para reparar las faltas de M. Pitt.—El ministerio Addigton ofrece la paz al primer Cónsul por medio de M. Otto.—Acéptase aquella proposicion, y empiézase en Londres una negociacion entre Francia é Inglaterra.—La paz va á ser general por mar y por tierra.—Progresos hechos por la Francia desde el 18 de Brumario.*

Marzo de 1800.

El primer Cónsul quiere aprovecharse de la paz del continente para conseguir la paz marítima.

Habiéndose firmado en Luneville en Febrero de 1801 la paz con el Emperador y con el imperio, el primer Cónsul estaba impaciente por alcanzar sus consecuencias que debian ser, concluir la paz con los Estados del continente que aun no habian entrado en relaciones con la República; obligarles á cerrar sus puertos á la Inglaterra; volver contra ella todas las fuerzas de los neutrales; unirse á estos para preparar alguna grande operacion contra el territorio y el comercio británico, y conquistar, en fin, por esta reunion de medios la paz marítima, enteramente indispensable á la paz conti-

nental. Todo anunciaba que aquellas grandes y felices consecuencias no se harian esperar mucho tiempo.

La Dieta Germánica habia ratificado la firma del Emperador en el tratado de Luneville; y no podia temerse que sucediera de otra suerte, porque el Austria disponia de los Estados eclesiásticos, que eran los únicos que verdaderamente podian oponerse al tratado. En cuanto á los príncipes seculares, como debian ser indemnizados de sus pérdidas con el recurso de las secularizaciones, tenian interes en que se aceptasen á la mayor brevedad las estipulaciones convenidas entre el Austria y la Francia. Ademas se hallaban sujetos á la influencia de la Prusia, á quien la Francia habia dispuesto de modo que aprobase todo lo que acababa de hacerse en Luneville. Por otra parte todo el mundo deseaba entonces la paz, y estaban prontos á contribuir á ella aun por medio de sacrificios. Unicamente la Prusia al ratificar la firma dada por el Emperador, sin los poderes de la Dieta, lo habia hecho de una manera que mas bien tenia la forma de la tolerancia que la de la aprobacion, y que reservaba para el porvenir los derechos del Imperio. Pero la proposicion de la Prusia que aunque ratificaba el tratado, contenia una censura indirecta hácia el Emperador, no obtuvo mayoria. El tratado fue ratificado pura y sencillamente, por medio de un *conclusum* del 9 de Marzo de 1801 (18 de Ventoso del año IX.) El cange de las ratificaciones se verificó en Paris el 16 de Marzo (29 de Ventoso). Solo quedaba arreglar el sistema de las indemnizaciones, lo que debia ser objeto de negociaciones ulteriores.

Ratificacion del tratado de Luneville por la Dieta, el 9 de Marzo

Estaba, pues, hecha la paz con la mayor parte de Europa; y si bien no estaba aun firmada con la Rusia, mediaba, como se verá en seguida, con ella y con las cortes del Norte, el compromiso de una gran coalicion marítima. Habia en Paris dos ministros rusos á la vez, M. de Sprengporten para el asunto de los prisioneros, y M. de Kalitscheff para el arreglo de las cuestiones generales. Este último acababa de llegar en los primeros dias de Marzo (mediados de Ventoso).

Quedaban unicamente por reducir las cortes de Nápoles y Portugal, para que todo el continente quedase cerrado á la Inglaterra.

Marcha de Murat sobre Nápoles á fin de obligar á esta corte á admitir la paz.

Murat se habia adelantado hácia la Italia meridional con un cuerpo escogido, que era el que se habia formado en el campamento de Amiens. Reforzado con varios destacamentos sacados del ejército del general Brune, se habia trasladado á Foligno, á fin de obligar á la corte de Nápoles á someterse á la voluntad de la Francia. Sin el interes que el Emperador de Rusia habia manifestado en favor de aquella corte, quizas hubiera dado el primer Cónsul en seguida á la casa de Parma, el reino de las Dos Sicilias, á fin de sacar de tan hermoso pais á una familia enemiga. Pero las disposiciones manifestadas por el Emperador Pablo, no le permitian adoptar semejante resolucion. Por otra parte, queria contemplar la opinion de la Europa, y para ello necesitaba evitar cuanto le fuese posible el trastorno de los antiguos reinos. Estaba, pues, pronto á conceder la paz á la corte de Nápoles, con tal que rompiese con la Inglaterra; pero esta determinacion era la mas difícil de obtener. Murat se adelantó hasta las fronteras del reino, cuidando no chocar con Roma, y prodigando al Papa los mas grandes testimonios de respeto. La corte de Nápoles no se resistió y firmó un armisticio que estipulaba, segun las miras del primer Cónsul, la exclusion de los ingleses de los puertos de las Dos Sicilias. Sin embargo el armisticio era muy corto, pues era solo de treinta dias, pasados los cuales debia firmarse una paz definitiva. El marques de Gallo, uno de los negociadores de Campo-Formio, que se vanagloriaba de conocer al primer Cónsul y de tener con él tanta influencia como M. de Cobentzel, habia llegado á Paris; y esperaba, que valiéndose de sus relaciones personales, de la proteccion de la legacion de Rusia y de las recomendaciones del Austria, podria obtener las condiciones que deseaba la corte de Nápoles, y que consistian en la simple neutralidad. La pretension era ridícula, porque una corte que habia dado la señal de la segunda coalicion, que

Armisticio de treinta dias.

nos habia hecho una guerra encarnizada, y que habia tratado, en fin, á los franceses del modo mas indigno, no debia quedar libre del compromiso cuando se hallaba rendida, con separarse pura y simplemente de la Inglaterra. Lo menos que podia hacerse era obligarla de grado ó por fuerza á que se portase con la Inglaterra como lo habia hecho con la Francia.

Habiendo manifestado M. de Gallo en Paris cierta presuncion, y como pareciese que se apoyaba mas de lo conveniente en la legacion rusa, diose pronto fin á su negociacion. M. de Talleyrand le declaró que ya habia salido un plenipotenciario frances para Florencia; que por consiguiente la negociacion se habia trasladado á aquella ciudad, y que por otra parte no podia tratar con un negociador que no tenia poder para consentir en la única condicion considerada como esencial, cual era la expulsion de los ingleses de los puertos de las Dos Sicilias, cosa que deseaba el Emperador Pablo tanto como el primer Cónsul. En su consecuencia M. de Gallo debia dejar al momento á Paris. En efecto, acabábase de mandar á Florencia con instrucciones y poderes para tratar á M. Alquier, llamado de Madrid desde que Luciano Bonaparte habia sido enviado á España.

Se despide á M. de Gallo.

Trasladóse apresuradamente aquel plenipotenciario á Florencia, y encontró al caballero Micheroux, el mismo que habia firmado un armisticio con Murat, y que acababa de recibir plenos poderes de su corte. La negociacion, seguida en aquel punto, bajo las bayonetas del ejército frances, no debia encontrar las mismas dificultades que en Paris; y asi se afirmó el tratado de paz el 18 de Marzo de 1801 (27 de Ventoso del año IX.) Puede decirse que era bastante moderado, si se le compara á la situacion de la corte de Nápoles respecto á la República francesa. Dejábase á esta rama de la casa de Borbon la integridad de sus Estados, pues solo se le exigia la insignificante porcion de territorio que poseia en la isla de Elba, y era Porto-Longone y su distrito. La isla de Elba pertenecia entonces parte á la Toscana y parte á las Dos Sicilias, y la intencion del primer Cónsul era agregarla entera á la Francia; medida que un historiador de tratados ha calificado de violencia, como si no fuese usar del derecho mas sencillo de la victoria. Salvo este sacrificio insignificante la corte de Nápoles no perdia nada. Se obligaba á cerrar sus puertos á los ingleses y á ceder á la Francia tres fragatas armadas y puestas en Ancona, las cuales destinaba el primer Cónsul á Egipto. La estipulacion mas importante del tratado era secreta; y por ella el gobierno napolitano se obligaba á recibir una division de 12 á 15,000 franceses en el golfo de Tarento, y á mantenerlos mientras durase aquella ocupacion. La única y verdadera idea del primer Cónsul, era el socorrer á Egipto, pues situadas nuestras fuerzas en el golfo de Tarento tenian ya ganada la mitad del camino para trasladarse á Alejandria. El último artículo estipulaba la restitucion de los objetos artísticos que se habian escogido en Roma para Francia, que se encontraban encajonados cuando en 1799 el ejército napolitano penetró en los Estados del Papa, y de los cuales se habia apoderado la corte de Nápoles por su propia cuenta. Tambien se habia pactado que se concederia una indemnizacion de 500,000 francos para los franceses que hubiesen sido despojados ó vejados por las indisciplinadas partidas de napolitanos.

Paz firmada con la corte de Nápoles el 18 de Marzo.

Ciérranse los puertos de las Dos Sicilias á los ingleses.

El golfo de Tarento ocupado por una division de 15,000 franceses.

Tal fue el tratado de Florencia, que puede considerarse como un acto de generosidad, cuando se piensa en la conducta anterior de la corte de Nápoles; pero que estaba perfectamente de acuerdo con las miras del primer Cónsul, á quien únicamente ocupaba el cuidado de cerrar los puertos del continente á la Inglaterra, y de asegurarse posiciones ventajosas para comunicar con el Egipto.

Nada estipuló aun con el Papa, cuyo plenipotenciario trataba en Paris la cuestion religiosa, que era la mas importante de todas. Estaba descontento del rey del Piamonte que habia entregado á los ingleses la Cerdeña, y disgustado asi mismo del pueblo piamontés que habia mostrado disposiciones poco

amistosas á los franceses. Por todo esto queria quedar libre de todo compromiso, respecto á aquella parte tan importante de Italia.

Quedaba la España y el Portugal; pero nada inspiraba cuidado por esta parte. Gustosa en extremo la corte de España con las estipulaciones de Luneville, que aseguraban la Toscana al jóven infante de Parma, con el título de Rey, mostrábase cada dia mas decidida y consagrada al primer Cónsul y á sus proyectos. Un acontecimiento previsto, la caida de Urquijo, habia favorecido nuestras relaciones en vez de perjudicarlas. En un principio no se habia creido asi, porque el señor de Urquijo era en España una especie de revolucionario, del cual debia haberse esperado mas favor para la Francia que de cualquier otro; pero el resultado habia probado lo contrario. El señor de Urquijo habia gobernado muy poco tiempo. Queriendo corregir ciertos abusos, habia hecho que el Rey Cárlos IV dirigiese al Papa una carta escrita toda de la mano real, que contenia una serie de proposiciones para la reforma del clero español. Asustado el Papa de ver al espíritu reformador introducirse hasta en España, se habia dirigido al anciano duque de Parma, hermano de la Reina, quejándose del señor de Urquijo y calificándole de mal católico. No se necesitaba mas para perder á Urquijo en el ánimo de su Soberano: el príncipe de la Paz, enemigo declarado de aquel ministro, habia aprovechado la ocasion dándole el último golpe durante un viage que hizo la corte, y reunidas todas estas influencias habian sido bastante poderosas para que se destituyese á Urquijo con una brusquedad sin ejemplo, pues se le sacó de su casa, y fue llevado fuera de Madrid como un reo de Estado. Se le habia dado por sucesor al Sr. de Cevallos, pariente y hechura del príncipe de la Paz, siendo éste, desde entonces, el verdadero primer ministro de la corte de España. Como habia mostrado algunas veces cierta oposicion á la última alianza que habia con la Francia, probablemente por tener un pretexto para censurar al gabinete español, se temia que la mudanza ministerial perjudicase á los proyectos del primer Cónsul; pero Luciano Bonaparte que acababa de llegar á Madrid, juzgando con tino la situacion, no hizo el mayor caso del señor de Cevallos, ministro en el nombre, y se puso en relaciones directas con el príncipe de la Paz, dándole á entender que en Paris se le conceptuaba como el primer ministro verdadero de Cárlos IV; que solo á él culparian de todas las dificultades que encontrase la política francesa en España, y que segun él se condujese asi serian amigos ó enemigos. El príncipe de la Paz que se habia grangeado numerosos odios, particularmente el del heredero presuntivo de la corona, muy irritado del estado de sujecion á que le habian condenado, y que se veia perdido si el Rey ó la Reina llegaban á morir, miró como muy preciosa la amistad de los Bonaparte, y se apresuró á preferir su alianza á su enemistad. Desde aquel punto se trataron directamente los negocios entre el príncipe de la Paz y Luciano. Sintiéndose Urquijo muy débil para resolver la cuestion de Portugal, habia evitado siempre dar una explicacion positiva sobre este asunto, y aunque habia hecho mil promesas á la Francia, jamas habian tenido resultado alguno. En las conferencias que tuvo con Luciano el príncipe de la Paz, confesó que hasta entonces no se habia querido hacer nada, y que Urquijo habia entretenido á la Francia con buenas palabras, pero declaró que por su parte estaba pronto á ponerse de acuerdo con el primer Cónsul, para obrar eficazmente contra el Portugal, siempre que se aviniesen sobre ciertos puntos. En primer lugar pedia el auxilio de una division francesa de 25,000 hombres, porque la España no podia poner mas de 20,000 hombres en campaña, pues tal era el miserable estado á que se hallaba reducida tan hermosa monarquía. Como la presencia de un ejército frances podia alarmar á los Reyes, era necesario para tranquilizarlos, poner dicho ejército á las órdenes de un general español, que debia ser el mismo príncipe

Intimidad de la corte de España con el primer Cónsul.

Caida del señor de Urquijo.

El príncipe de la Paz vuelve á ser el personage de mas influjo del gobierno español.

Condiciones puestas por el príncipe de la Paz para la operacion sobre Portugal.

de la Paz. Por último las provincias de Portugal que se conquistasen debian quedar depositadas en manos del rey de España hasta la paz general, y mientras tanto, se cerrarian los puertos de Portugal á la Inglaterra.

Estas proposiciones fueron admitidas al momento por el primer Cónsul, y presentadas á Cárlos IV para que las aceptase. Dominado este príncipe por la Reina, la cual lo estaba por el príncipe de la Paz, consintió en la guerra contra su yerno, con la condicion de que no se le tomaria ninguna parte de su territorio, y solo se le obligaria á que rompiese con los ingleses, y entrase en la alianza de Francia y de España. No correspondian estos deseos á los del príncipe de la Paz, quien segun se decia en Madrid, deseaba proporcionarse un principado en Portugal; mas sea de esto lo que se quiera, tuvo que someterse, y recibió el grado de generalísimo. Al mismo tiempo se intimó á la corte de Lisboa que se explicase antes de quince dias, y eligiese entre Inglaterra y España, apoyada esta por la Francia, y mientras tanto, se empezaron los preparativos de guerra por ambos lados de los Pirineos. El príncipe de la Paz, nombrado ya generalísimo de las tropas españolas y francesas, echó mano hasta de los mismos guardias del Rey para llegar á componer un ejército; entretuvo á la corte con revistas y funciones militares, y se entregó á las mas bellas ilusiones de gloria marcial. El primer Cónsul, por su parte, se apresuró á dirigir á España una parte de las tropas que volvian á Francia, formando con ellas una division de 25,000 hombres bien armados y equipados. El general Leclerc debia mandar la vanguardia, y el general Gouvion-Saint-Cyr, á quien se reputaba con razon como uno de los generales mas capaces de la época, debia mandar todo el ejército, y suplir la total incapacidad del príncipe generalísimo.

El príncipe de la Paz es nombrado generalísimo de las tropas dirigidas contra Portugal.

Una division francesa se dispone á entrar en España para servir á las órdenes del príncipe de la Paz.

Se habia convenido ademas que aquellas tropas, se pondrian en movimiento en el mes de Marzo, para estar prontas á entrar en España en el de Abril.

La Europa, pues, concurria á nuestros designios; y bajo la influencia del primer Cónsul los Estados del Mediodía cerraban sus puertos á la Inglaterra, y los del Norte se ligaban activamente contra ella. En tal situacion, necesitaba la Inglaterra tener fuerzas en todas partes: en el Mediterráneo para bloquear al Egipto; en el estrecho de Gibraltar para detener el paso de las escuadras francesas del uno al otro mar; en la costa de Portugal para socorrer á esta aliada amenazada; delante de Rochefort y Brest, para bloquear á la grande escuadra franco-española, que estaba pronta á darse á la vela; en el Norte para contener al Báltico ó impedir el alzamiento de las potencias neutrales; y por último, en la India para sostener su dominacion y sus conquistas.

El primer Cónsul queria aprovechar aquel momento, en que las fuerzas británicas obligadas á estar en tantas partes á la vez debian diseminarse, para intentar una expedicion notable. La principal, y la que mas ocupaba su mente era el socorrer á Egipto, pues tenia que llenar grandes deberes con el ejército que habia conducido al otro lado de los mares, y abandonado en seguida para venir en ayuda de Francia. Por otra parte, consideraba como la mejor de sus obras la colonia fundada á las márgenes del Nilo; y le interesaba probar al mundo, que al llevar 36,000 hombres al Oriente no habia cedido á las inspiraciones de una imaginacion jóven y ardiente, sino que habia acometido una empresa formal, y susceptible de llevarse á buen término. Ya se han visto los esfuerzos que habia hecho para alcanzar un armisticio naval que le permitiese enviar seis fragatas al puerto de Alejandria, pero tambien se recordará que no lo habia logrado; y que por falta de recursos pecuniarios bastantes para atender á los armamentos de tierra y de mar, no habia podido emprender aun la vasta operacion que proyectaba para socorrer á Egipto. Libre ahora de la guerra continental, podia dedicar sus recursos exclusivamente á la guerra marítima, y teniendo á su disposicion casi todas las

Combinaciones marítimas del primer Cónsul.

costas de Europa, meditaba para conservar el Egipto proyectos tan grandes y atrevidos como los que habia ejecutado para conquistarle. La estacion de invierno se prestaba á sus miras haciendo imposible la continuacion de los cruceros ingleses.

Embarcaciones que se dan á la vela de todos los puertos de España, Francia é Italia, para llevar socorros á Egipto.

Mientras tanto salian de todos los puertos de Holanda, Francia, España, Italia y hasta de las costas Berberiscas, buques de todas clases, mercantes ó de guerra, desde los de simples avisos hasta las fragatas, para llevar á Egipto noticias de Francia, provisiones, géneros de Europa, vino, y municiones de guerra. Algunos de dichos buques eran aprehendidos, pero la mayor parte entraban en Alejandria, y no se pasaba ni una semana sin que se recibiesen en el Cairo noticias del gobierno, y pruebas del interes que le inspiraba la colonia.

Modelo de un navio de 74, adaptado á los bajios de Alejandría.

El primer Cónsul formaba ademas una marina adaptada á las costas de Egipto. Habia aprobado el modelo de un navio de 74 cañones que uniese á su gran fuerza la ventaja de pasar los bancos y estrechos de Alejandria sin necesidad de deshacerse de sus cañones, (1) y habia dado sus órdenes para que se construyese un cierto número con arreglo á dicho modelo.

Mientras que se tomaba tantos cuidados para sostener el ánimo y el aliento del ejército de Egipto, enviándole á menudo noticias y socorros parciales, preparaba una grande expedicion que le llevase de una vez un inmenso socorro asi de material como de tropas. Los ejércitos volvian ya á pisar el suelo de la Francia, é iban á pesar sobre nuestro tesoro; pero en cambio, presentaban al gobierno grandes medios para inquietar y acaso para dar un golpe á la Inglaterra. En la Cisalpina habian quedado 30,000 hombres: 10,000 en Piamonte; 6,000 en Suiza; 15,000 se dirigian hácia el golfo de Tarento; 25,000 hácia Portugal; y 25,000 estaban estacionados en Holanda, formando en todos un total de 111,000 hombres que aun vivian á costa del extrangero. Los restantes tenian que mantenerse á expensas del tesoro frances, pero se hallaban enteramente á disposicion del primer Cónsul. En Holanda se formaba un campamento, otro en la Flandes francesa, y un tercero en Brest. El cuarto se habia ya reunido en la Gironda, bien con destino al Portugal bien para suministrar tropas de embarque en Rochefort. Los cuerpos que volvian de Italia se reunian hácia Marsella y Tolon. La division de 15,000 hombres destinada á trasladarse al golfo de Tarento, debia ocupar á Otranto en virtud de un articulo secreto del tratado con Nápoles; cubrir con numerosas baterias las radas de aquel punto, y preparar un fondeadero, donde pudiese venir una escuadra á embarcar una division de 10 ó 12,000 hombres, para conducirlos á Alejandria. El almirante Villeneuve habia partido para aquellos puntos á fin de dar las disposiciones para un embarque de tal naturaleza.

Las fuerzas navales de Holanda, Francia y España, y algunos restos de la marina italiana, situadas cerca de donde se hallaban reunidas dichas tropas debian hacer temer á Inglaterra, que se preparaban expediciones dirigidas á la vez sobre Irlanda, Portugal, Egipto y las Indias.

El primer Cónsul se habia puesto de acuerdo con España y Holanda, respecto al destino que habia de darse á las tres marinas. Reuniendo los restos de la antigua potencia holandesa, podian armarse todavia cinco buques de alto bordo y algunas fragatas. En Brest existian detenidos de dos años á aquella parte treinta navios, quince franceses y quince españoles, y el primer Cónsul habia convenido con la España en lo siguiente: Cinco navios holandeses unidos á cinco franceses y á otros cinco españoles de los del puerto de Brest, debian dirigirse al Brasil para proteger aquel hermoso reino, é impedir á la Inglaterra que se indemnizase con las colonias portuguesas de la empresa que se intentaba entonces contra Portugal. Veinte navios españoles y franceses debian, segun el mismo convenio, permanecer en Brest, y estar dispuestos en cualquier momento para trasladar un

Distribucion de las tres marinas de Francia, España y Holanda.

(1) Carta del 1.º de Nevoso del año IX (deposito de la Secretaria de Estado.)

ejército á Irlanda. Una division francesa á las órdenes del almirante Ganteaume, se organizaba en el mismo puerto de Brest, para dirigirse, segun decian, á Santo Domingo y restablecer las dominaciones francesa y española. Otra division francesa se equipaba en Rochefort, y en el Ferrol una española de cinco navios, con el objeto de conducir tropas á las Antillas, y recobrar la Trinidad, por ejemplo, ó la Martínica. La España, por el tratado que le aseguraba la Toscana en cambio de la Luisiana, habia prometido dar á Francia seis navios armados, entregarlos en Cádiz, y aprovechar los recursos de aquel antiguo arsenal para reorganizar una parte de las fuerzas que poseia otras veces.

Al hacer el primer Cónsul estos arreglos, no comunicaba al gabinete español su verdadera idea, porque temia su indiscrecion. No hay duda que queria enviar una parte de las fuerzas combinadas al Brasil y á las Antillas, para lograr el objeto que habia manifestado, y llamar la atencion de las escuadras inglesas; pero, por lo que hace á las fuerzas de Brest no pensaba mas que en la expedicion de Ganteaume, anunciada para Santo Domingo y destinada en realidad á Egipto: para el efecto, habia mandado se eligiesen los siete navios mas veleros de la escuadra, y dos fragatas y un bergantin, los cuales debian transportar 5,000 hombres de desembarco, municiones de todo género, maderas, hierro, drogas y los géneros de Europa que mas se necesitasen en Egipto: tambien habia mandado que se desembarcasen los géneros que ya estaban en su mayor parte abordo, para volverlos á cargar con arreglo á nuevas instrucciones; porque efectivamente queria que cada navio llevase un surtido completo de todos los objetos preparados para la colonia, y no la totalidad de uno, á fin de que si alguno de ellos era aprehendido, no careciese la expedicion de los artículos que contuviera el buque apresado; y si bien esta disposicion contrariaba los hábitos de la marina, y hacia mas difícil la estiva de los buques, la imperiosa voluntad del primer Cónsul habia vencido todos los obstáculos. Su ayudante de campo Lauriston que estaba en Brest, unia á las cartas de que habia sido portador, la influencia de su presencia y de sus excitaciones.

La expedicion de Rochefort, anunciada para las Antillas, tenia tambien al Egipto por destino; y se trabajaba para equiparla lo mas pronto posible. El ayudante de campo Savary activaba su partida, haciendo llegar tropas destacadas del cuerpo de ejército de Portugal. La division de 25,000 hombres que en breve iba á pasar el Pirineo, hallándose reunida en la Gironda, suministraba un medio cómodo para disimular el objeto de la expedicion de Rochefort; y, en efecto, sin que nadie sospechase lo mas mínimo se sacaron de ella algunos batallones para embarcarlos en la escuadra; la cual debia confiarse al almirante Bruix, que era quizas el marino mas notable y distinguido que tenia la Francia en aquella época; pues á su grandeza de ánimo, cualidad no menos rara en los personages militares que en los civiles, unia grandes conocimientos marítimos, y se habia hecho célebre en 1799, con el ingenioso crucero del Mediterráneo, tan comunmente citado. Cuando en el último momento el general Bonaparte declarase su secreto al gabinete de Madrid, el almirante Bruix debia incorporarse al paso con la division española del Ferrol, tocar en Cádiz para unir á la suya la division dada por la España, dirigirse en seguida á Otranto, embarcar las tropas reunidas en aquel punto, y desde Otranto hacerse á la vela para Egipto.

Division aparejada en Cádiz á las órdenes de Dumanoir.

La division de Cádiz dada por la España, se componia de seis navios excelentes que se habian armado con la mayor prontitud. El almirante Dumanoir acababa de partir en posta para Cádiz á fin de activar su equipo, y varias partidas de marineros se dirigian por tierra hácia el mismo puerto. Al propio tiempo, se enviaban pequeñas embarcaciones conduciendo marinos, que debian contribuir á formar las tripulaciones de los buques de guerra.

Estas numerosas expediciones debian llamar la atencion de los ingleses sobre todos los puntos á la vez, y distraerlos, y confundirlos; y aprovechándose de su turbacion habia la probabilidad casi cierta de que alguna de ellas llegase á Egipto. Queriendo aprovechar la mala estacion que dificultaba é interrumpia el crucero enemigo al frente de

Brest, el primer Cónsul pensaba que saliese á la mar la escuadra del almirante Ganteaume antes de la primavera, y aun dió sus órdenes terminantes para el efecto; pero no le era fácil comunicar á sus generales de mar la audacia que sabia inspirar á los de tierra. El almirante Ganteaume le habia parecido osado y feliz, porque le habia transportado casi milagrosamente desde Alejandria á Fréjus; pero esto no era mas que una ilusion; pues si bien aquel oficial era un marino muy experimentado, muy conocedor de los mares de Levante y valiente en una batalla, no tenia decision, agobiándose bajo la carga del mando cuando se le cometia alguna cosa de mucha responsabilidad. La expedicion estaba ya pronta, y hasta se habian embarcado las familias de varios empleados diciendoles que iban á Santo Domingo; y sin embargo todavia vacilaba en partir: pero Savary, autorizado con las órdenes del primer Cónsul, venció todas las dificultades y obligó á Ganteaume á darse á la vela. Apercibiéronle los cruceros enemigos, y dieron aviso de la salida de los franceses á la escuadra del bloqueo, y Ganteaume se vió obligado á volver á fondear en la rada exterior, la de Bertheaume; fingiendo en seguida volver á la bahia, á fin de persuadir á los ingleses que no tenia otro objeto que el de ejercitar á sus tripulaciones, haciendo aquellas diferentes maniobras.

Ganteaume sale del puerto de Brest con su division.

Por último el 23 de Enero (3 de Pluvioso) se dió á la vela en medio de un temporal horroroso que dispersó el crucero enemigo, y á pesar de los grandes peligros que se corrian, salió felizmente del puerto de Brest, dirigiendo su rumbo hácia el estrecho de Gibraltar. El socorro de Ganteaume era tanto mas de desear, cuanto que la famosa expedicion de 15 ó 18,000 ingleses, destinados tan pronto al Ferrol como á Cádiz y al Mediodia de la Francia, se dirigia ahora á Egipto; y esperaba en la rada de Macri, enfrente de la isla de Rodas, la estacion de los desembarcos, y el fin de los preparativos que hacian los turcos.

Se habia dado la órden á todos los periódicos de la capital para que nada dijesen de los movimientos que se notaban en los puertos de Francia, á no ser que insertasen noticias publicadas ya en el *Moniteur* (1).

Antes de seguir las operaciones de nuestras escuadras en el Mediodia, necesario es volver la vista hácia el Norte y atender á lo que pasaba entonces entre la Inglaterra y los neutrales.

Riesgos que amenazaban entonces á la Inglaterra.

En aquel instante se acumulaban los mayores peligros sobre la cabeza del gobierno británico. La guerra habia estallado al fin entre aquel gobierno y las potencias del Báltico. La declaracion de los neutrales, semejante á la que habian hecho en 1780, no era mas que una simple declaracion de sus derechos, y bien podia la Inglaterra haber disimulado todavia con ellos, no tomar aquella declaracion, que se dirigia de una manera general á las partes beligerantes, como dirigida á ella sola, y procurar por entonces evitar las coaliciones, teniendo algunos miramientos hácia las embarcaciones dinamarquesas, suecas, prusianas y rusas. En efecto, le interesaba mucho mas mantenerse en paz con el norte de Europa que evitar el comercio de las pequeñas potencias marítimas con la Francia. Por otra parte, la falta que tenia en aquel momento de trigos extrangeros, le hacia tambien indispensable, temporalmente, la libertad de los neutrales. En rigor, solo con la Rusia podia ejercer medidas de represalias, porque entre todos los miembros de la liga de neutralidad, únicamente el Emperador Pablo habia añadido á la declaracion la medida del embargo; y esto mas bien lo habia hecho por la cuestion de Malta, que por la de cualquiera de los puntos disputados del derecho marítimo.

Pero la Inglaterra, en su orgullo, habia respondido á una exposicion de prin-

(1) He aquí una carta curiosa sobre el particular:

„*El primer Cónsul al ministro de la policía general.*

„Os ruego, ciudadano ministro, que prevengais por medio de una pequeña circular á los redactores de los catorce periódicos, que no publiquen nada que pueda instruir al enemigo de los diferentes movimientos que se verifican en nuestras escuadras, á menos que no lo estracten del periódico oficial.

„Paris 1.° de Ventoso del año IX." (Archivo de la secretaría de Estado).

cipios con un acto de violencia, y embargado todos los buques rusos, suecos y dinamarqueses que habia en sus puertos; excluyendo solo de sus rigores al comercio de Prusia, hácia cuya potencia guardaba todavia algunas consideraciones, porque esperaba separarla de la coalicion, y sobre todo porque tenia al Hannover bajo su mano.

La Inglaterra se encontraba, pues, á la vez en guerra con sus antiguos enemigos Francia y España, y con sus antiguos aliados Rusia, Suecia y Prusia: acababa de ser abandonada por el Austria desde la paz de Luneville, y por la corte de Nápoles desde el tratado de Florencia; é iba á verse privada del Portugal que era su último apoyo en el continente. Su situacion habia venido á ser la de la Francia en 1793; y se veia reducida á luchar contra toda la Europa, con menos peligro, es verdad, que la Francia, y con menos mérito en su defensa, porque su posicion insular la preservaba del riesgo de una invasion. Pero para que la semejanza de situacion fuese mas singular y completa, la Inglaterra sufria un hambre horrorosa, faltándole al pueblo los alimentos de primera necesidad. Todo esto se debia á la obstinacion de M. Pitt y al genio del general Bonaparte. Por no haber querido M. Pitt tratar antes de la batalla de Marengo, y por haber el primer Cónsul desarmado una parte de la Europa con sus victorias y enemistado á la otra contra la Inglaterra con su politica, eran ambos incontestablemente los autores de aquel prodigioso cambio de fortuna.

La Inglaterra en 1801 se halla en la situacion de la Francia en 1793.

M. Pitt y el general Bonaparte son los autores de aquel cambio de suerte

Grave era el caso en que se hallaba la Inglaterra, y preciso es reconocer que no se dejó abatir en aquel momento. La cosecha de granos del año último habia sido una tercera parte inferior á las cosechas medianas; de modo que se habian consumido todas las existencias anteriores; y siendo la de 1800 menos todavia en una cuarta parte, su consecuencia habia sido una espantosa escasez, doblemente aumentada por la guerra general, y por la guerra particular con las potencias marítimas, porque las provisiones de granos procedian ordinariamente del mar del Norte. Asi, pues, aunque la mala cosecha era la causa principal del hambre, la guerra influia tambien de un modo agravante, y aun cuando no hubiese influido mas que en los precios con motivo de las trabas que sufria el comercio del Báltico, siempre hubiera tenido una gran parte en la miseria pública. Todas las contribuciones presentaban aquel año un deficit considerable: el *income-tax*, y los derechos sobre consumos hacian temer en los ingresos una baja de 300 á 400 millones de reales (1). Las cargas que pesaban aquel año sobre el tesoro, eran enormes, pues para cubrirlas se necesitaba añadir á las entradas ordinarias un empréstito de 2,400 á 2,500 millones (2). El total de los gastos del año para los tres Reinos (la Irlanda acababa de ser incorporada), con los intereses creados por M. Pitt debian ascender á 6,555 millones de reales (3) cantidad enorme en cualquier tiempo, y sobre todo, en 1800, porque en dicha época todavia no habian recibido los presupuestos el aumento considerable á que han ascendido en todos los paises durante los últimos cuarenta años. En Francia, como hemos dicho, no pasaban los gastos de 2,250 millones. El importe de la deuda inglesa era, segun costumbre, poco exacto, pero valiéndonos de los mismos cálculos del gobierno (4) ascendia, en capital, á 46,015 millones de reales, (5) y para su interes y amortizacion se exigian anualmente 1,914 millones (6) sin contar la deuda de Irlanda, y los empréstitos garantidos por cuenta del Emperador de Alemania. Acusábase á M. Pitt de haber aumentado el capital de la deuda, en mas de 28,500 millones de reales (7) á causa de la guerra de la Revolucion; y segun las manifestaciones del mismo gobierno la ha-

Mala cosecha de granos y hambre que trae consigo.

(1) 3 á 4 millones de libras esterlinas.
(2) 25 á 26 millones de idem.
(3) 69 millones de idem.
(4) Todos estos datos estan sacados de las proposiciones de hacienda presentadas al Parlamento en Junio de 1801 por M. Addington, sucesor de M. Pitt.
(5) 484,365,474 libras esterlinas.
(6) 20,141,000 libras esterlinas.
(7) Mas de 300 millones de idem.

bia aumentado en 28,310 millones (1).

Aumento simultáneo de las cargas y de los recursos de la Inglaterra durante la guerra.

Pero es necesario decir que la Inglaterra presentaba un verdadero fenómeno en toda clase de acrecimiento, pues su riqueza se aumentaba en la misma proporcion que sus cargas. Ademas de la conquista de la India, concluida con la destruccion de Tippoo-Saëb, y de la de una parte de las colonias francesas, españolas y holandesas, á la cual acababa de añadir la adquisicion de la isla de Malta, la Inglaterra habia invadido el comercio de todo el mundo. Segun los estados oficiales, las importaciones que en 1781, hácia la terminacion de la guerra de América, se habian hecho por valor de 1,209 millones de reales (2) y en 1792 al principio de la guerra de la Revolucion, por valor de 1,870 millones (3), ascendieron en 1799 á 2,845 millones (4); y las exportaciones en manufacturas inglesas que en 1781 se habian hecho por valor de 725 millones de reales (5), y en 1792 por el de 2,365 millones (6), se aumentaron en 1799 hasta 3,229 millones (7): de modo, que todos estos valores se habian triplicado desde la terminacion de la guerra de América, y casi duplicado desde la guerra de la Revolucion. En 1788 habia empleado el comercio ingles 13,827 buques y 107,925 marineros, y en 1801 tenia ocupados 18,877 buques y 143,661 marineros: la renta de los derechos sobre consumos habia ascendido de 696 millones de reales (8) á 1,481 millones (9); y el fondo de la amortizacion que en 1784 era de 95 millones de reales (10), en 1800 se habia aumentado á 522 ó 523 millones (11).

Asi, pues, todas las fuerzas del imperio británico se habian duplicado ó triplicado en el transcurso de veinte años; y si sus apuros del momento eran grandes, eran los apuros del rico. Es cierto que la Inglaterra tenia una deuda de mas de 46,000 millones de reales, y una carga carga anual de de 1,900 millones para el servicio de la misma; y que en aquel año tenia que soportar un gasto de 6,555 millones de reales, y contraer un empréstito de 2,400 millones para subvenir á sus necesidades. Todo esto era enorme, sin duda, si por otra parte se piensa en los valores de la época; pero la Inglaterra tenia tambien fuerzas proporcionadas á su cargas. Aunque no era una potencia continental, tenia un ejército de 193,000 hombres de tropas regulares y 109,000 de milicias y *fencibles*, (1) en todo unos 302,000 hombres. Poseia 814 buques de guerra de todos tamaños, construyéndose ó carenándose, en armamento y en corso: comprendianse en este número 100 navios de linea, y 200 fragatas, navegando en todos los mares; y 20 navios y 40 fragatas de reserva prontas á salir de los puertos; de modo que no podia apreciarse su fuerza efectiva en menos de 120 navios de linea y 250 fragatas, montadas por 125,000 marineros. A estas colosales fuerzas unia la Inglaterra un sin número de oficiales de marina de sobresaliente mérito, y á su frente un gran marino, Nelson, hombre de carácter raro, violento, á quien no se podia encargar un mando en que se mezclase la politica á la guerra, como lo habia probado recientemente en Nápoles, dejando comprometer su nombre por mugeres, en las sangrientas ejecuciones mandadas hacer por el gobierno napolitano; pero en medio del peligro era un héroe, que desplegaba tanta inteligencia como audacia. Los ingleses estaban justamente orgullosos de su gloria.

Fuerzas navales de Inglaterra en 1801.

Inglaterra y Francia han llenado el presente siglo con su formidable rivalidad; y las circunstancias que estamos narrando son de las mas notables de la lucha que sostuvieron una contra otra. Ambas hacia ocho años que estaban combatiendo: Francia, con recursos rentísticos muy inferiores, pero quizas mas sólidos, porque estribaban sobre una renta territorial; con doble poblacion y con el entusiasmo que inspira una buena cau-

(1) 298 millones de libras esterlinas.
(2) 12,724,000 idem.
(3) 19,659,000 idem.
(4) 29,945,000 idem.
(5) 7,633,000 idem.
(6) 24,905,000 idem.
(7) 33,991,000 idem.
(8) 7,320,000 idem.
(9) 15,587,000 idem.
(10) 4,000,000 idem.
(11) 5,500,000 idem.

(1) Nombre que se daba á una especie de milicia voluntaria.

Lo que hicieron Inglaterra, y Francia, una por tierra y la otra por mar desde 1792 á 1801.

sa, habia resistido á la Europa, extendido su territorio hasta el Rhin y los Alpes, logrado sentar su dominacion en Italia, y una influencia decisiva sobre el continente. Inglaterra, con los productos del comercio del mundo, y con su poderosa marina, habia adquirido en los mares la preponderancia que la Francia habia alcanzado en tierra. Al mismo tiempo habia lanzado sobre su rival á todas las potencias europeas, suministrándoles medios para ello, é impulsándolas á combatir hasta quedar destruidas; pero mientras que las exponia á tantos peligros por su causa, se apoderaba de las colonias de todas las naciones, oprimia á los neutrales, se vengaba de los triunfos de Francia por tierra, con su intolerable dominacion por mar; y, sin embargo, aunque victoriosa sobre este elemento, no habia podido impedir que la Francia se crease en Egipto un magnífico establecimiento marítimo, y hasta que amenazase á las Indias británicas.

Opinion de la Europa en 1801 respecto á Francia y á Inglaterra.

Verificábase entonces, como ya hemos dicho en otro lugar, una mudanza extraña en la opinion general. Francia, admirablemente gobernada, aparecia á los ojos del mundo, humana, prudente, tranquila, y lo que tan bien se hermana con todo esto, victoriosa y moderada. De este modo, conforme todos los gabinetes se le aproximaban, conocian que se habian conducido erroneamente sirviendo á la política inglesa. El Austria se habia batido y experimentado grandes derrotas mas bien por la Inglaterra que por sí misma: por la Inglaterra tambien habia sido desmembrado el imperio germánico: las potencias del Norte, con la Rusia á su cabeza, reconocian, al fin, que bajo el pretexto de alcanzar un objeto moral, combatiendo á la República, habian coadyuvado para procurar á la Inglaterra el comercio del universo. Así, todo el mundo se revelaba en aquel instante contra la dominadora de los mares. Pablo I habia dado la señal con la impetuosidad de su carácter, la Suecia le habia seguido sin vacilar, y lo mismo Dinamarca y Prusia, aunque no con tanta resolucion. Vencida el Austria y desvanecidas sus ilusiones, devoraba su pesar en silencio; y al menos por el momento se prometia resistir mucho tiempo á la influencia de los subsidios británicos.

La Inglaterra recogia las consecuencias de la política que habia adoptado: es verdad que habia duplicado sus colonias, su comercio, sus rentas y su marina, pero tambien lo es que habian tenido el mismo aumento sus gastos, sus cargas y sus enemigos, y que presentaba al lado de una inmensa fortuna, la odiosa miseria de un pueblo que perecia de hambre. Francia, España, Rusia, Prusia, Dinamarca y Suecia se habian ligado contra ella. Francia, España y Holanda reunidas tenian 80 navíos armados y podian armar mas: Suecia contaba 28; Rusia 35, y Dinamarca 23, que componian un total de 166 navíos, fuerza muy superior á la de la marina británica: pero la Inglaterra tenia la gran ventaja de hacer frente á una coalicion, y ademas sus armamentos sobrepujaban en calidad á los de todos los coligados: pues los únicos navíos que podian hacer frente á los suyos eran los dinamarqueses y franceses, y eso con trabajo si combatian en escuadras numerosas, porque la marina inglesa habia llegado á ser la mas maniobrera del mundo. Sin embargo, el peligro para ella era muy grave, porque si la lucha se prolongaba, podia suceder que el general Bonaparte intentase alguna expedicion formidable, y si lograba atravesar el estrecho con un ejército, la Inglaterra era perdida.

La antigua fortuna de M. Pitt iba á desaparecer como la de M. de Thugut, ante la naciente del jóven general Bonaparte. M. Pitt habia sido el personage mas brillante de su siglo despues de Federico el Grande: solo tenia cuarenta y tres años, y ya contaba diez y siete de poder, y de un poder casi absoluto, en un país libre; pero su fortuna era antigua, y por el contrario la del general Bonaparte empezaba á nacer. Las fortunas se suceden en la historia del mundo, como los seres en el universo, y tienen su juventud, su decrepitud y su muerte: la del general Bonaparte, mas prodigiosa que otra alguna, debia sucumbir en su dia, pero entretanto debia mirar desaparecer bajo su ascendiente la del ministro mas grande de la Inglaterra.

Irritacion de los ánimos contra M. Pitt.

La Gran-Bretaña parecia amenazada de una especie de trastorno social: condenado el pueblo á sufrir los horrores de la miseria se sublevaba por todas partes, asaltaba en los campos las hermosas posesiones de la aristocracia británica, y saqueaba en las ciudades las tiendas de comestibles y los almacenes de géneros. En 1801 se encontraban en Lóndres, lo mismo que en Paris en 1792, amigos ciegos de aquel pueblo, que provocaban medidas contra los pretendidos *monopolistas*, y reclamaban el *máximum*, dándoles, es verdad, otra denominacion diferente: sin embargo, ni el gobierno, ni el parlamento parecian dispuestos á ceder á tan locas peticiones. Acusábase á M. Pitt como autor de todos los males de aquel momento, y decian que solo él era la causa del exorbitante precio que tenian los artículos de primera necesidad, porque habia abrumado el pais á fuerza de contribuciones, y aumentado la deuda pública; y porque obstinándose en continuar una guerra insensata, y negándose á tratar con la Francia, habia concluido por enemistar á todas las naciones marítimas contra la Inglaterra, y por privar al pueblo ingles del recurso indispensable de los granos del Báltico.

Esfuerzos de la oposicion contra M. Pitt, cuyo influjo empezaba á decaer.

Viendo la oposicion que el influjo de M. Pitt empezaba á decáer por la primera vez, despues de diez y siete años, redoblaba sus esfuerzos para derribarle del poder. M. Fox, que hacia tiempo no se presentaba en el Parlamento, aparecia de nuevo en él, y MM. Sheridan, Tierney, y los lores Grey y Holland, multiplicaban sus ataques; y lo que no sucede muy á menudo en las oposiciones apasionadas, esta vez llevaban razon contra sus adversarios. En efecto, M. Pitt, á pesar de su acostumbrada entereza, nada sabia que contestar, cuando se le preguntaba ¿por qué no habia tratado con la Francia cuando el primer Cónsul proponia la paz antes de la batalla de Marengo? ¿por qué recientemente y antes de la de Hohenlinden, no habia consentido, ya que no en el armisticio marítimo, que hubiera aumentado las probabilidades que tenian los franceses de permanecer en el Egipto, al menos en la negociacion separada ofrecida por ellos? ¿por qué habia dejado perder con tan poca habilidad la ocasion de que fuese evacuado el Egipto, negándose á ratificar el convenio de El-Arich? ¿por qué no habia contemporizado con los neutrales procurando ganar tiempo? ¿por qué no habia imitado á lord North, que en 1780 se guardó bien de responder á la declaracion de las potencias marítimas por una declaracion de guerra? ¿por qué se habia malquistado con toda la Europa, por cuestiones dudosas del derecho de gentes, acerca de las cuales todas las naciones eran de distinta opinion, y que en aquel momento interesaban poco á Inglaterra? ¿por qué, con el fin de prohibir la introduccion en Francia de algunas maderas de construccion, de algunos hierros y cáñamo que no podian de ningun modo engrandecer su marina, habia expuesto á la Inglaterra á verse privada de los trigos extrangeros? y ¿por qué, en fin, habia estado cruzando y sin obtener ningun resultado, una escuadra desde Mahon al Ferrol y desde el Ferrol á Cádiz?—Comparando despues la oposicion el modo como se habian manejado los negocios de Inglaterra, con el que se habia observado en los de Francia, preguntaba á Mr. Pitt con una amarga ironía, que es lo que tenia que decir del jóven Bonaparte, de ese jóven temerario, que segun el lenguage ministerial, solo podia tener una existencia tan efímera, y que ni aun merecia que se hiciese el honor de tratar con él.

Apenas podia hacer frente M. Pitt á MM. Fox, Sheridan, Tierney, y á los lores Grey y Holland, cuando le interpelaban de este modo á la faz de la Inglaterra, espantada del número de sus enemigos, y turbada con los gritos de un pueblo hambriento que pedia pan sin obtenerle.

A todo replicaba M. Pitt muy friamente, y repetia siempre su argumento favorito, que si no hubiera hecho la guerra, la constitucion inglesa habria perecido, citando como ejemplo, á Venecia, Nápoles, el Piamonte, la Suiza, Holanda y los Estados eclesiásticos de Alemania; como si fuera cosa fácil persuadirse que lo acaecido á algunas potencias italianas ó alemanas, podia suceder á la poderosa Inglaterra y á su

constitucion liberal. Tambien contestaba, y con alguna mas razon en este caso, que si la Francia habia extendido mucho su territorio, la Inglaterra habia adquirido un inmenso poder en los mares, cubriéndose su marina de gloria; que si su deuda y sus impuestos eran al doble mayores, doble era asimismo su riqueza; y que bajo cualquier concepto la Inglaterra era en la actualidad mas poderosa que antes de la guerra. Nada de esto podia negarse. Por lo demas, añadia M. Pitt, que ofreciendo ahora el gobierno del primer Cónsul mayor estabilidad, estaban dispuestos á entrar en tratos con él; pero en lo relativo á los derechos de la neutralidad se mostraba inflexible. Si la Inglaterra, decia, accediese á las doctrinas de las potencias neutrales, bastaria una lancha cañonera, para convoyar el comercio de todo el mundo, y la Inglaterra no podria nada contra los intereses de sus enemigos, ni le seria posible impedir que la España recibiese los tesoros del Nuevo-Mundo, ni la Francia las municiones navales del Norte. Es necesario, esclamó, envolvernos en nuestra bandera, y sepultarnos en los mares, antes que permitir la admision de tales principios en el derecho marítimo de las naciones.

Habianse sucedido dos legislaturas del Parlamento sin interrupcion alguna. En Noviembre de 1800 se habia reunido por última vez, el conocido con el nombre de Parlamento de Inglaterra y de Escocia, y en Enero de 1801 se habia abierto por la primera el *Parlamento unido* de los tres reinos, en virtud del bill que reunia la Irlanda á la Gran-Bretaña. En ambas legislaturas habian continuado sin cesar las discusiones mas acaloradas. M. Pitt habia perdido mucha fuerza, no con relacion al número de votos en el Parlamento, sino en cuanto á su influencia y autoridad moral. Todos conocian, que por obstinarse en seguir la guerra contra la Francia, habia llevado las cosas al último extremo, y desperdiciado, asi antes de la batalla de Marengo como de la de Hohenlinden, la ocasion de entrar en negociaciones ventajosas con la Francia; y perder la ocasion, es para los hombres de Estado lo mismo que para los militares, una desgracia irreparable. Pasado el momento de hacer la paz, la fortuna habia abandonado á M. Pitt, quien se veia, asi como lo veian todos, vencido por el genio del jóven general Bonaparte.

Sin embargo, débese hacer justicia á M. Pitt y á la Inglaterra, reconociendo que las medidas empleadas para disminuir aquella horrorosa escases estaban llenas de moderacion. El *máximum* fue desechado; se acordaron primas considerables á la importacion de granos, y se prohibió que se emplease el trigo en la destilacion y que se diesen los socorros parroquiales en dinero, lo que hubiera aumentado el precio del pan, y que en cambio se distribuyesen en materias alimenticias, como carnes saladas, legumbres &c. Una *proclama real*, dirigida á todas las clases acomodadas que podian cambiar de alimentos, recomendaba que en las casas se consumiese el menos pan que fuera posible; y por último se despacharon flotas numerosas para que fuesen á buscor arroz en las Indias y trigo en la América y en el Mediterráneo, probando tambien extraerlo de Francia, haciendo el contrabando en las costas de la Bretaña y de la Vendée.

Medidas relativas á la escases pública.

Sin embargo, en medio de aquella escases, soportada con tanto ánimo, no descuidaba M. Pitt las atenciones de la guerra, y tenia dispuesto todo lo necesario para una campaña atrevida en el Báltico, en cuanto la estacion lo permitiese. Queria atacar, primero á Dinamarca, y despues á la Suecia, y penetrar hasta el golfo de Finlandia para amenazar á la Rusia. Pero se ignora, aun en su patria, si deseaba permanecer en aquel instante al frente de los negocios de Inglaterra. Lo cierto es que promovió dos cuestiones en el seno del Parlamento, de las que una de ellas, poco conveniente entonces, ocasionó su separacion. Ya hemos visto que despues de grandes esfuerzos hechos en el año anterior habia obtenido lo que se llamaba la *union de la Irlanda*, es decir, la reunion en uno solo de los parlamentos de Irlanda, de Escocia y de Inglaterra. Esta medida se habia reputado como un triunfo político, en vista, sobretodo, de las reiteradas tentativas de la República francesa para insurreccionar á la Irlanda; pero solo se habia logrado arrancarla á la independencia de los irlandeses, dando á los católicos la esperanza formal de su *emancipacion*. En efecto, se les habia dicho que

jamas obtendrian su independencia de las preocupaciones de un parlamento irlandes, cosa que no podia ponerse en duda; pero parece que se les habian hecho promesas, equivalentes á compromisos positivos, lo que debe reputarse como una falta grave, si es cierto que aquellos compromisos eran de tal naturaleza que obligasen personalmente á M. Pitt á conceder la emancipacion ó á retirarse; pues era prometer una cosa entonces imposible. Sea lo que se quiera, en la primera convocacion del *Parlamento unido* que se verificó en el mes de Febrero de 1801, M. Pitt pidió la emancipacion al rey Jorge III, mas este príncipe, protestante y devoto á la vez, creyó faltar á su juramento si accedia á la peticion, y por lo tanto se negó á ello obstinadamente. M. Pitt le propuso otra cosa, muy sensata, á la verdad, cual era que no se considerase como un acto de hostilidad, la ocupacion del Hannover por la Prusia, y se tuviesen ciertas consideraciones hácia esta potencia, siquiera para conservar relaciones con alguna del continente; pero el sacrificio era demasiado grande para un príncipe de la casa de Hannover; y acalorándose la cuestion entre el rey y el ministro, el 8 de Febrero de 1801, M. Pitt, presentó su dimision con la mayor parte de sus cólegas MM. Dundas, Whidham, lord Grenville &c. Esta dimision de un ministro que llevaba diez y siete años de serlo, y hecha en circunstancias tan extraordinarias, produjo la mayor sorpresa; y no pudiéndose convenir á mirarla como natural, se atribuyeron á M. Pitt motivos secretos, y se formó desde entonces una opinion popular, propalada despues por los historiadores, la cual era que viendo M. Pitt la necesidad de una paz momentánea, habia consentido en retirarse por espacio de algunos meses, á fin de que otros concluyesen la paz, y volver á manejar el timon de los negocios, pasada la necesidad de aquel momento. Siempre el vulgo inventa semejantes motivos en los hombres públicos, y los escritores mal informados los repiten como han llegado á su noticia. M. Pitt no habia previsto ni la paz de Amiens, ni su corta duracion (1), y por otra parte no creia incompatible la paz con su permanencia al frente de los negocios, pues habia consentido en las famosas negociaciones de Lille en 1797, y muy recientemente habia nombrado á M. Tomas Grenville para que se presentase en Luneville; pero M. Pitt se habia comprometido demasiado con los católicos, y cometido una falta, que muy á menudo cometen los hombres públicos, y es la de sacrificar al interes de hoy el interes de mañana. Habiendo prometido demasiado, conocia el apuro en que se hallaba, y que de faltar á su palabra se grangearia algunos enemigos mas, que por pocos que fuesen bastarian para anonadarle. Verdad es que él afirmó despues muy positivamente que no habia contraido ningun compromiso formal respecto á la emancipacion de los católicos; pero todo esto tenia que decir para justificarse de su imprudencia. Como quiera que fuese, jamas se presentó una ocasion en que los peligros de un pais permitiesen, ó mas bien obligasen á aplazar la ejecucion de todo lo prometido, porque la Inglaterra en 1801 tenia que batallar dentro con el hambre, y fuera con toda la Europa. Sin embargo M. Pitt abandonó su puesto, y semejante determinacion solo puede considerarse como una debilidad de un hombre superior. Es evidente que rodeado de tan graves conflictos no le disgustaria librarse de aquella situacion, bajo el pretexto honroso de la fidelidad inviolable á sus compromisos. Asi, pues, presentó su dimision á despecho del rey, con gran descontento del partido ministerial, y con espanto de la Inglaterra, que miraba con la mayor ansiedad á hombres nuevos y sin experiencia empuñar el timon del Estado. M. Pitt hizo que le reemplazase M. Addington, hechura suya, y al que habia sostenido por muchos años en la presidencia de los Comunes; y Lord Hawkesbury, despues lord Liverpool, reemplazó á M. Grenville en el ministerio de negocios extrangeros. Eran hombres prudentes, moderados, pero de poca capa-

Dimision de M. Pitt.

Formacion del ministerio Addington

(1) Todos los pormenores que refiero, los he obtenido de varios contemporáneos de M. Pitt, muy unidos con él, que se mezclaron en las negociaciones ministeriales de aquella época, y que todavia ocupan puestos eminentes en Inglaterra.

cidad, y ambos amigos de M. Pitt, y dirigidos algun tiempo por sus consejos; y este fue el motivo que contribuyó mas que otro alguno, á que se dijese y creyese que la retirada de M. Pitt habia sido fingida.

Jorge III acometido de un nuevo acceso de demencia.

Estas violentas agitaciones sometieron de nuevo la razon de Jorge III á una prueba demasiado dolorosa, y fue acometido de un acceso de demencia, que durante un mes le inhabilitó para reinar. M. Pitt habia ya presentado su dimision, y aunque M. Addington y lord Hawkesbury habian sido nombrados ministros, aun no habian entrado á desempeñar sus cargos; de modo que aun cuando M. Pitt habia dejado el ministerio, fue el verdadero rey de Inglaterra durante aquella crisis de cerca de un mes, y lo fue con consentimiento de todo el mundo. Sobre este particular mediaron algunas explicaciones en la cámara de los comunes, y como eran de naturaleza muy delicada, fueron exigidas y satisfechas con la mayor nobleza por parte de MM. Sheridan y Pitt. Suspendiéronse todas las mociones que se acostumbraban hacer acerca del estado del pais, y esto fue causa de que algunos espíritus desconfiados abrigasen la idea de que M. Pitt prolongaba de intento la especie de poder real que ejercia.—Suplico, dijo, que se nos crea: en el caso que no pudiéramos recibir órdenes de boca de S. M., propondriamos medidas que no hay necesidad de definir, pero que no dilatariamos ni un solo dia. Permanecemos por deber en una situacion extraordinaria, que por nada en el mundo prolongariamos un instante mas de lo absolutamente necesario.—M. Sheridan contestó á sus palabras, manifestando su confianza de que ni M. Pitt, ni ningun otro ministro querria aprovecharse del estado de la salud del rey para prolongar ni un minuto mas un poder equivalente al poder real.

Observóse, pues, la mayor reserva; y ni una sola vez se pronunció la palabra demencia, que caracterizaba la verdadera situacion del Rey, esperando todos con ansiedad, pero con dignidad y calma, el fin de aquella crisis extraordinaria. Mientras tanto M. Pitt hizo votar los subsidios, á lo que nadie se opuso; preparáronse las escuadras inglesas en los puertos, y los almirantes Párker y Nélson salieron de Yarmouth con 47 velas, en direccion al Báltico.

A mediados de Marzo se restableció el rey; y M. Pitt entregó las riendas del gobierno á M. Addington y á lord Hawkesbury. El dia en que tomaron posesion, segun costumbre, en la tribuna del Parlamento manifestaron que profesaban el mayor respeto y estimacion á sus predecesores, y que consideraban su política como una política saludable que habia salvado á Inglaterra; afirmando, en su consecuencia, que obrarian conforme á aquellos principios, y seguirian sus mismos pasos.—Entonces, ¿que venis á hacer en el poder? les preguntaron MM. Sheridan, Grey y Fox: si vais á seguir la misma conducta, los ministros que se han retirado eran mucho mas hábiles que vosotros para dirigir los negocios del reino.

Algunos hombres imparciales, miembros del Parlamento, censuraron á Mr. Pitt, porque abandonaba el gobierno del Estado en momentos tan críticos, retirándose del ministerio sin razones plausibles para ello; y hasta la misma oposicion fue tan injusta que le echó en cara lo habia hecho en perjuicio del rey, divulgando que este se oponia á la *emancipacion*, medida popular en extremo; pero este cargo era infundado y contrario á los verdaderos principios constitucionales. M. Pitt, al retirarse, contraia la obligacion de decir por qué, y si el rey se habia negado á la *emancipacion*, estaba en su derecho el declararlo asi; si bien lo hizo en términos muy respetuosos. Pero era evidente que dicha negativa era mas bien un pretexto que alegaba, que un motivo verdadero, y que M. Pitt retrocedia ante una situacion superior á su ánimo. Su estrella acababa de eclipsarse ante una estrella naciente, destinada á brillar de otra manera que la suya. Aun cuando despues volvió á ponerse al frente de los negocios para morir en ellos, su verdadero fin político data desde aquel dia. M. Pitt reinó diez y siete años, dejando á su pais con mas riquezas y mas deudas, y á la vez mas engrandecido y sobrecargado. Era un orador excelente como órgano de gobierno, gefe de partido hábil y poderoso; pero hombre de Estado poco advertido, que cometió grandes

Vida y carácter de M. Pitt.

faltas, y lleno de las preocupaciones de su nacion. Era el inglés que mas ha odiado á la Francia; pero esta consideracion no debe hacernos injustos, y debemos honrar al patriotismo aun cuando se emplease en combatir el nuestro.

Aunque M. Addigton y lord Hawkesbury no podian igualarse á M. Pitt, se habia ya dado el movimiento, y la nave de la nacion británica iba ó marchar todavia por algun tiempo, con el impulso que le habia comunicado la mano del ministro caido. Los subsidios se habian pedido y obtenido; las escuadras inglesas se dirigian al Báltico para dilucidar la cuestion de los derechos de los neutrales, y un ejército transportado en los navios de la escuadra del almirante Keith, se dirigia al Oriente para disputar á los franceses la posesion del Egipto.

El almirante Párker, marino antiguo y experimentado, y que sabia obrar con acierto en las circunstancias difíciles mandaba en gefe la escuadra del Báltico, llevando á Nélson consigo para el caso que fuera preciso combatir. En efecto, solo para combatir era Nélson, pues estaba dotado de un dichoso instinto guerrero, y discurria con mucho seso en los negocios de su profesion. Queria éste, que sin aguardar á la segunda division de la escuadra inglesa se atravesase el Báltico, para dirigirse en seguida sobre Copenhague; que por un acto vigoroso se separase á la Dinamarca de la coalicion y que se situasen en el Báltico, enmedio de todas las escuadras coligadas para impedir que se uniesen é imponerles la ley á todos. Esta combinacion era muy acertada, pero estaban en Marzo, los hielos cubrian las mares del Norte, y ellos solos bastaban para impedir la reunion, que por otro lado hacia bien en temer Nelson, porque de efectuarse hubiera puesto en peligro á la escuadra británica.

Esta escuadra, fuerte de 17 navios de alto bordo, y de 30 fragatas ó buques ligeros, se presentó el 30 de Marzo en el Cattégat, que es el primer golfo que forma Dinamarca próximo á Suecia.

Los neutrales hacian sus preparativos con la mayor actividad. El Emperador Pablo, con su acostumbrado ardor, habia estimulado á Suecia, Dinamarca y Prusia, y amenazado con su enemistad á los que no se mostrasen tan celosos como él. Dinamarca y Prusia hubieran preferido empezar por medio de negociaciones, pero las amenazas de Pablo y los consejos no amenazadores pero si severos del primer Cónsul, acompañados de la promesa formal de ayudarles con los socorros de la Francia, habian decidido á las dos cortes. Por otra parte, viendo Dinamarca que los ingleses contestaban á una declaracion de principios con una declaracion de guerra, no habia creido posible retroceder, y se ponia en estado de resistir con energia. Por su parte, Prusia, estrechada entre Rusia y Francia, habiendo perdido el papel de mediadora desde que Pablo I y el primer Cónsul habian entrado en relaciones, y reducida á seguirlos en vez de guiarlos, queria complacerles mostrando su firmeza, esperando siempre que le concediesen una parte de las indemnizaciones alemanas favorable á sus intereses.

Declárase la Prusia con energía por complacer á Rusia y Francia.

En su consecuencia se mantuvo firme contra la Inglaterra, y contestó á los miramientos y consideraciones qne esta potencia usaba hácia ella, con protestas de fidelidad á la causa de los neutrales; excluyendo á los ingleses de todas las costas del mar del Norte desde la Holanda hasta Dinamarca; cerrándoles las embocaduras del Ems, del Weser y del Elba; situando tropas y baterias en los principales puntos de las mismas; y ocupando, por último el Hannover con un ejército. Este paso era el mas grave y decisivo de todos, y el primer Cónsul lo recompensó con brillantes testimonios de satisfaccion, y con la promesa formal de concederle una parte ventajosa de las indemnizaciones germánicas.

Por su parte Dinamarca ocupó á Hamburgo y Lubeck; y habiendo sido ocupado con anterioridad por la Prusia el pequeño puerto de Cuxhaven, que pertenecia á los hamburgueses, y que era el único á que podian arribar los ingleses, no quedaba á estos mas que la mar y sus buques, sin un punto siquiera donde poder anclar; viéndose, por lo tanto obligados á abrirse á viva fuerza la entrada del continente.

El Sund.—Por que causa no se hallaba la costa de Suecia en estado de defensa.

Para pasar del Cattegat al Báltico era necesario atravesar el famoso estrecho del Sund formado por la proxi-

midad de la costa de Dinamarca á la de Suecia, el cual tiene de anchura entre Elseneur y Elsingborg 2300 toesas. Las baterias levantadas sobre ambas costas podian cruzar sus fuegos, pero no lo bastante para causar gran daño á una escuadra: sin embargo, como el canal tiene mas profundidad por la costa de Suecia, los buques de guerra de grandes dimensiones se ven obligados á aproximarse á ella, y defendiéndola con baterias, se hubiera podido hacer muy difícil el paso para los ingleses; pero la costa de Suecia no estaba armada, ni lo habia estado anteriormente, á causa de no presentarse en toda ella, ningun puerto donde se resuelvan á entrar los buques mercantes; pues en el Sund no hay mas puerto que el de Elseneur, perteneciente á Dinamarca y de aqui proviene que se hayan hecho algunas fortificaciones en la costa dinamarquesa, y casi ninguna en la de Suecia. En la primera se halla construida la fortaleza de Kronenburgo, perfectamente armada, razon porque se paga á los dinamarqueses y no á los suecos el pontazgo establecido en el Sund. En tal estado de cosas hubiera sido necesario levantar en la costa de Suecia fortificaciones que no existian; acerca de lo cual el rey Gustavo-Adolfo, que despues de Pablo, era el príncipe mas activo de la liga, habia hablado al Czar, en su reciente viage á San Petersburgo; pero habian reconocido como imposible emprender la menor obra en aquella estacion, sobre un suelo impenetrable al hierro durante los hielos del invierno. Gustavo-Adolfo acababa tambien de tener una entrevista con el príncipe de Dinamarca, regente entonces del reino; el mismo que hace pocos años, ha fallecido (en 1841) despues de un largo y glorioso reinado. Ambos habian conferenciado tambien sobre el mismo asunto; y el príncipe Regente por causas particulares á Dinamarca habia mostrado cuidarse poco de que la Suecia armase sus costas (1). Quedó, pues, debilmente defendida la costa de Suecia, contentándose con una antigua bateria de 8 piezas situada hacia tiempo en la parte mas saliente de la costa. Por otra parte, aunque se ha censurado despues esta resolucion, es evidente que aunque hubiese estado el Sund fortificado por ambas costas, no hubiera presentado graves peligros para los ingleses; porque siendo su anchura de 2300 toesas los buques colocados en medio del canal se hallaban á 1150 toesas de las baterias; y todas sus averias se hubieran reducido al deterioro de su velámen.

El grande y el pequeño Belt.

Ademas del Sund hay otra entrada al Báltico, y son los dos brazos de mar conocidos con los nombres de grande y pequeño Belt, uno de los cuales separa la isla de Seelanda de la de Fionia, y el otro la isla de Fionia de la costa de Jutlandia. Los ingleses no podian estar muy inclinados á tomar este rumbo, no solo porque se hallaban expuestos á encontrar mas de una bateria dinamarquesa, sino tambien por los bajos que hacen sumamente peligrosa esta navegacion para los buques de alto bordo. El paso del Sund era, pues, el mas practicable.

Preparativos de los dinamarqueses.

Los dinamarqueses reconcentraron toda su defensa, no en el Sund sino mas abajo en el canal que se halla en seguida, es decir, al frente de Copenhague. Despues de aproximarse hácia el Sund las dos costas de Dinamarca y de Suecia, se alejan una de otra y forman un canal de veinte leguas de largo y de tres á doce de ancho sembrado de arrecifes y de bajos, y por el cual solo puede navegarse, por pasos estrechos y con la sonda en la mano. La ciudad de Copenhague está situada en uno de estos pasos mas importantes á unas veinte leguas del Sund, y en direccion al Sur; y allí era donde los

(1) Sobre este asunto se han emitido asertos muy erróneos, y por lo tanto he recurrido á los testimonios mas auténticos y mas elevados. Las cancillerías de Francia, Suecia y Dinamarca, contienen la prueba de cuanto digo, y los que han escrito lo contrario, Napoleon, entre otros, no han hecho mas que repetir lo que se aseguraba entonces. La segunda vez que los ingleses pasaron el Sund, que se verificó en 1807, época en que era Suecia enemiga de Dinamarca, y vió con placer el triunfo de aquellos, ha contribuido á acreditar la idea de una perfidia por parte de los suecos. Pero la primera vez, es decir en 1801, Suecia obró con lealtad, pues deseaba el triunfo, y lo hubiera asegurado á haber estado en su mano.

dinamarqueses habian hecho grandes preparativos y donde aguardaban á sus contrarios. El punto que ocupaban no cerraba precisamente la entrada del Báltico, como explicaremos en seguida, pero obligaba á los ingleses á venir á combatirlos en una posicion bien defendida y preparada de antemano. El príncipe real habia tomado prontas y numerosas disposiciones; situando delante de Copenhague varios buques desarbolados y llenos de cañones, que formaban baterías formidables, y armando ademas una escuadra de diez navíos de línea, que solo aguardaban á los marineros de la Noruega para completar sus tripulaciones. Sabido es que la marina dinamarquesa era la mejor del norte.

Preparativos de los suecos y de los rusos.

A estos preparativos que hacia Dinamarca, se unian los de Suecia y Rusia. La primera de estas dos potencias habia situado tropas en sus costas desde Gothemburgo hasta el Sund y fortificado á Calscrona en el Báltico, así como tambien todos los puntos accesibles del mismo mar; al propio tiempo que el rey Gustavo-Adolfo estrechaba al almirante Cronstedt para que concluyese el armamento de la escuadra sueca, que contaba ya 7 navíos y 2 fragatas, prontas á darse á la vela, al momento que el mar se viese desembarazado de los hielos del invierno. Los rusos tenian 12 navíos en Revel, listos del todo, y tan solo detenidos por los hielos. Sin duda que los coligados no habian hecho todo lo que podia esperarse, si á su frente se hubiera hallado un gobierno tan activo como el de Francia en aquella época; pero reuniendo á tiempo los 7 navíos de los suecos y los 12 de los rusos á los 10 de los dinamarqueses delante de Dinamarca, se hubiera formado una escuadra de 30 buques de alto bordo y de 10 á 12 fragatas, situadas en una posicion formidable, donde los ingleses no hubieran podido combatir sin gran peligro, y que por otra parte no les hubiera sido posible evitar. En efecto, evitarle para internarse en el Báltico, era dejar á sus espaldas una fuerza imponente, capaz de cerrarles la puerta de aquel mar, impidiéndoles la salida en caso de un revés. Pero para reunir á tiempo aquellas divisiones navales, se hubiera necesitado mayor celeridad en los preparativos y maniobras que la que empleaban los tres gobiernos neutrales; los cuales si bien no dejaban de apresurarse, contaban demasiado con la prolongacion de la mala estacion, y no habian tomado bastante tiempo para disponerlo todo; de modo que la enérgica prontitud de los ingleses se habia adelantado mucho á la de los neutrales.

Intimacion que hacen los ingleses á Dinamarca antes de pasar el Sund.

El 21 de Marzo tocó en Elsenour una fragata inglesa, y desembarcó M. Vansittart, encargado para hacer la última intimacion al gobierno dinamarques. M. Vansittart, remitió á M. Drumond, encargado de negocios de Inglaterra el *ultimatum* del gabinete británico, reducido á exigir de los dinamarqueses que se retirasen de la confederacion marítima de los neutrales, que abriesen sus puertos á los ingleses, y que observasen el convenio provisional del mes de Agosto último, en virtud del cual habian prometido no convoyar sus buques mercantes. El príncipe de Dinamarca desechó con energía la idea de tal defeccion, y contestó que Dinamarca y sus aliados no habian hecho ninguna declaracion de guerra, pues se habian limitado á publicar sus principios en materia de derecho marítimo; que los ingleses eran los agresores, porque habian contestado á las tésis de derecho de gentes por un embargo; que Dinamarca no daria principio á las hostilidades, pero que rechazaria energicamente la fuerza con la fuerza. El valiente pueblo de Copenhague apoyó con su noble adhesion al príncipe que le representaba con tanta dignidad; y al llamamiento del mismo corrió á las armas formando milicias y cuerpos de voluntarios. Ochocientos estudiantes tomaron tambien fusiles; y todo el que podia manejar una azada ayudaba á los ingenieros en los trabajos de defensa, levantándose por todas partes atrincheramientos. MM. Drumond y Vansittart salieron precipitadamente de Copenhague, amenazando aquella desdichada ciudad con las iras de Inglaterra.

Noble respuesta de Dinamarca.

El 24 se incorporaron á la escuadra, quien al momento tomó sus disposiciones para comenzar las hostilidades.

Nelson y el comandante en gefe Parker celebraron un consejo de

Consejo de guerra á bordo de la escuadra inglesa

guerra á bordo de la escuadra, para discutir el plan de las operaciones. Los unos querian pasar por el Sund y los otros por el gran Belt; pero Nelson sostuvo que poco importaba pasar por uno ú otro estrecho, y que lo que se necesitaba era entrar cuanto antes en el Báltico, y presentarse al frente de Copenhague para impedir la reunion de los coligados. Ya en el Báltico, las fuerzas inglesas debian dirigirse parte sobre Copenhague para castigar á los dinamarqueses, y parte sobre Suecia y Rusia para destruir las escuadras del Norte, lo que se comprometia á hacer con 12 navios de los veinte que componian la escuadra, ademas de las 25 ó 30 fragatas y buques de diferentes portes: los demas debian atacar y bombardear á Copenhague. En cuanto al punto por donde debia pasarse, Nelson preferia recibir algunos cañonazos atravesando el Sund, que arrostrar los peligros que ofrecian los bajos del grande y pequeño Belt.

Paso del Sund el 30 de Marzo.

Menos emprendedor Parker que Nelson, hizo una tentativa hácia el gran Belt el 26 de Marzo; pero habiendo varado algunos buques de poco porte de la escuadrilla, el comandante en gefe retiró la escuadra, y tomó la resolucion de pasar el Sund; dando principio á este paso célebre el 30 de Marzo por la mañana, á tiempo que soplaba una fuerte brisa del Noroeste, tal cual se necesitaba para navegar en aquel canal que corre del Noroeste al Sudeste hasta Elsenеur, y desciende en seguida casi perpendicularmente del Norte al Sur. Favorecida, la escuadra por el viento, se adelantaba atrevidamente, á igual distancia de ambas orillas, yendo Nelson á la vanguardia, Parker en el centro y el almirante Graves á retaguardia. Los navios de alto bordo formaban una sola columna en medio del canal, y á sus flancos dos escuadrillas de bombardas se habian aproximado á las costas de Suecia y Dinamarca para disparar desde mas cerca sobre las baterías enemigas. Cuando la escuadra dió vista á Elsenеur, la fortaleza de Kronemburgo se apresuró á hacer fuego, y cien piezas de grueso calibre vomitaron á la vez bombas y balas rojas; pero notando el almirante ingles que la costa de Suecia permanecia inofensiva ó poco menos, porque la antigua bateria de ocho piezas apenas hacia algunos disparos, se aproximó á ella, y los ingleses pasaron mofándose de los dinamarqueses, cuyos proyectiles caian á 200 toesas de sus navios. La escuadrilla de bombardas que se habia aproximado á la orilla dinamarquesa, recibió y echó un gran número de bombas; pero apenas tuvo algunos heridos, y solo causó á los contrarios la pérdida de cuatro hombres, dos heridos y dos muertos. En Elsenеur solo una casa sufrió el fuego de los ingleses, y por una singularidad notable fue la del cónsul de Inglaterra.

Toda la escuadra ancló á eso del mediodia; en el centro del golfo y en la isla de Hueen.

Descripcion de Copenhague.

El golfo, como acabamos de decir, baja del Norte al Sur por el espacio de unas veinte leguas; se ensancha ó se estrecha desde tres hasta doce leguas, y solo presenta algunos puntos navegables. A unas veinte leguas al Sur se encuentra á Copenhague, situada al Oeste del golfo en la costa de Dinamarca, elevándose apenas sobre las aguas y formando un plano ligeramente inclinado, que barre el mar con sus fuegos. El golfo es muy ancho en este sitio y se halla dividido por la isla baja de Salthohm en dos canales navegables; el uno que se llama paso de *Malmo*, baña la costa de Suecia y es poco accesible á los buques grandes; y el otro llamado *Drogden*, baña la de Dinamarca, y es el que comunmente se prefiere para la navegacion. Este último está dividido por un banco de arena, que se llama el *Middel-Grund*, en dos pasos: el uno, con el nombre de *Paso-Real* costea la ciudad de Copenhague, y el otro llamado *Paso de los holandeses* está situado al otro lado del *Middel-Grund*. Los dinamarqueses se habian fortificado en el *Paso-Real*, dejando el otro abierto á los ingleses, pues pensaban mas bien defender á Copenhague, que impedir la entrada del Báltico al enemigo; pues era seguro que ni Parker ni Nelson se internarian en el Báltico, antes de destruir las defensas de Copenhague, y las fuerzas marítimas que los neutrales podian reunir allí.

Los medios de defensa de los dinamarqueses consistian en baterias fijas, situadas á derecha é izquierda del puerto, y en una línea de baterias flotantes

o buques rebajados, anclados en medio del *Paso-Real*, á lo largo de Copenhague, de modo que alejasen de la plaza el fuego del enemigo. Empezando por el norte de la posicion, se encontraba una fortificacion llamada de las *Tres Coronas*, construida de mampostería, casi completamente cerrada por la gola, y dominando la entrada del mismo puerto, cruzando sus fuegos con la ciudadela de Copenhague: se hallaba armada con 70 piezas del mayor calibre. Cuatro navios de línea, dos anclados y dos á la vela, y una fragata tambien á la vela, obstruian el canal que va al puerto. Bajando desde este fuerte de las *Tres Coronas* hácia el Sur, ocupaban el centro del *Paso-Real* veinte cascos de embarcaciones grandes, cargados de cañones y fuertemente amarrados, cuyos fuegos se combinaban con los de las baterías de tierra de la isla de Amack. De este modo, la línea de defensa de los dinamarqueses se apoyaba por la izquierda en el fuerte de las *Tres Coronas*, por la derecha en la isla de Amack, y ocupaba en toda su longitud el centro del *Paso-Real*, interceptándolo absolutamente. La posicion de las *Tres Coronas* no podia forzarse, hallándose, como lo estaba, defendida con 70 piezas de artillería y cinco buques, de los cuales tres se hallaban á la vela; pero lo contrario sucedia con la línea formada de cascos inmóviles, pues era demasiado extendida, no estaba bastante estrechada, se veia privada de los recursos de las maniobras, y con la mira de obstruir el centro del paso se habia adelantado mucho del punto de apoyo de la derecha, es decir de las baterías fijas de la isla de Amack, la cual no es mas que la prolongacion de la costa en que está situada Copenhague. Podia, pues, ser atacada esta línea por la derecha. Si se hubiese compuesto de una division á la vela, capaz de moverse y de maniobrar, ó hubiera estado mas unida, y apoyada mas fuertemente en la orilla, los ingleses no habrian salidos sanos y salvos del ataque; pero los dinamarqueses tenian en mucha estima á su escuadra, porque no eran bastante ricos para reemplazarla si quedaba destruida, y como por otra parte no habian llegado todavía todos los marineros de la Noruega para tripularla, la habian encerrado en el interior del puerto, creyendo que bastaban buques inútiles para llenar las funciones de baterías flotantes contra los ingleses.

Los marineros mas valientes, mandados por oficiales intrépidos, servian la artillería de aquellos buques amarrados.

Llegados los ingleses á Copenhague mucho antes de la reunion al frente de esta ciudad de todas las marinas neutrales, podian pasar al Este del *Middel-Grund*, desentenderse de los dinamarqueses anclados en el *Paso-Real*, y bajar al Báltico por el paso llamado de *los holandeses*, haciendo toda esta travesía fuera del alcance de los fuegos de Copenhague; pero dejaban á sus espaldas una fuerza imponente capaz de cerrarles la retirada, en el caso que un contratiempo les volviese debilitados ó desprovistos de recursos al paso del Sund. Era mejor que se aprovechasen del aislamiento de los dinamarqueses, descargar sobre allos un golpe decisivo, separarlos de la confederacion, y despues de apoderarse por este medio de las llaves del Báltico, dirigirse apresuradamente sobre los suecos y sobre los rusos. Este plan era osado y prudente, y reunió las opiniones pocas veces conformes, de Párker y de Nélson.

Abril de 1801. — Plan de Nélson.

Los dias 31 de Marzo y 1.° de Abril se emplearon en examinar la línea de los dinamarqueses, en sondear los pasos, y en convenir en el plan de ataque. Nélson, Párker, los capitanes mas antiguos de la escuadra y el comandante de artillería, hicieron por sí mismos los reconocimientos en medio de los hielos y algunas veces bajo las balas del enemigo. Nélson sostuvo que con diez navios se comprometia á atacar y tomar la línea derecha de los dinamarqueses; pues su proyecto era bajar á lo largo del *Middel-Grund* por el *Paso de los holandeses*, doblarle en seguida, subir por el *Paso-Real* y situarse navío contra navío á cien toesas de la línea de los dinamarqueses. Queria ademas que una division de la escuadra al mando del valiente capitan Riou, atacase la batería fija de las *Tres-Coronas*, y despues de apagar sus fuegos desembarcase unos mil hombres para tomarla por asalto. El comandante en gefe Párker, debia quedar á la cabeza de la reserva, y no comprometerse en aque-

lla maniobra atrevida, pues se habia convenido que permaneciese á retaguardia para cañonear la ciudadela y recoger los buques maltratados.

Aquella maniobra, temeraria como la de Abonkir, solo podia lograrse con mucha habilidad y dicha. El almirante Párker consintió en ella, con la condicion de que no se comprometerian mucho en la empresa si presentaba grandes dificultades, y confió á Nélson 12 navios en lugar de los 10 que este habia solicitado. El 1.° de Abril por la tarde, Nélson bajó por el *Paso de los holandeses*, y ancló mucho mas abajo de Copenhague, en un punto de la isla de Amack llamado Drago; pero para entrar en el *Paso-Real* y subir por él, se necesitaba un viento muy distinto que el que le habia ayudado para bajar el *Paso de los holandeses*. Al dia siguiente por la mañana sopló el viento justamente en direccion contraria al de la víspera, y subió el *Paso Real* maniobrando entre la línea de los dinamarqueses y el bajo *del Middel-Grund*; y á pesar de que todos los pasos habian sido sondeados, tres navios encallaron en el *Middel-Grund*, y Nelson se halló en línea solo con 9; pero no se desconcertó por ello, y vino á anclar muy próximo á la línea de los dinamarqueses, á una distancia que debia hacer horribles los efectos de la artillería. Los tres buques encallados le hicieron falta, sobre todo para el ataque de la batería de las *Tres Coronas*, que solo pudo intentarse con fragatas.

Batalla de Copenhague dada el 9 de Abril.

A las diez de la mañana toda la escuadra inglesa se hallaba en posision y hacia y recibia un fuego espantoso. Una division de bombardas que necesitaban poco fondo se habia situado en el bajo del *Middel-Grund*, y arrojaba sobre Copenhague bombas que pasaban por encima de las dos escuadras. Los dinamarqueses tenian 800 piezas en batería, y causaban á los ingleses un destrozo considerable, pues los oficiales que mandaban los buques desarbolados desplegaron la mayor intrepidez y encontraron en sus artilleros la mas noble decision. El comandante del *Provesten*, que ocupaba el extremo de la línea hácia el Sud, sobrepujó á todos en valor y heroicidad. Conociendo Nélson que lo mas importante era privar á la línea dinamarquesa del apoyo que encontraba en las baterías de la isla de Amack, dirigió cuatro buques contra el *Provesten* solo; pero M. de Lassen, que era su comandante, se defendió hasta perder 500 artilleros de los 600 que tenia, arrojándose en seguida á nado con los 100 que le quedaban para huir de las llamas que consumian al buque, y teniendo la gloria de no haber arriado su pabellon. Nélson dirigió en seguida todos sus esfuerzos contra los otros buques desarbolados, y logró aislar á algunos de ellos. Sin embargo, en el extremo opuesto de la línea, el capitan Riou se hallaba en el mayor apuro, pues habiendo encallado tres navíos ingleses en el *Middel-Grund* solo podia oponer algunas fragatas á las baterías de las *Tres-Coronas*, y sufria un fuego espantoso sin esperanza de apagarle ni de poder verificar el asalto. Viendo Párker la resistencia de los dinamarqueses, y temiendo que los buques ingleses demasiado maltratados en sus aparejos no quedasen expuestos á encallar, y viendo sobre todo el peligro del capitan Riou hizo señal para que cesara el combate. Nélson la apercibió en el palo mayor del navio de Párker, y dejó escapar una noble expresion de cólera. Como era tuerto, tomó un anteojo y colocándole sobre el ojo que le faltaba dijo friamente: No veo la señal de Párker; y mandó continuar el combate á todo trance. Esta fue una noble imprudencia, seguida, como acontece á menudo á la imprudencia osada, de un feliz triunfo.

Los buques desarbolados de los dinamarqueses, no pudiendo moverse para buscar un apoyo bajo las baterías de tierra, se veian expuestos á un fuego destructor. El *Danebrog* acababa de volarse con horrible estruendo; muchos otros estaban aislados é iban abatiendo despues de haber perdido mucha gente; pero los ingleses, por su parte, no estaban en mejor estado, y se veian en el mayor peligro. Nélson, tratando siempre de apoderarse de los buques dinamarqueses que habian arriado su pabellon, fue recibido al aproximarse á las baterías de la isla de Amack por varias descargas mortíferas; dos ó tres de sus navios quedaron imposibilitados de maniobrar, y por el lado de las *Tres-Coronas* el capitan Riou, que se veia obligado á alejarse, acababa de ser partido por me-

dio por una bala de cañon. Nélson casi vencido no se desconcertó, y tuvo la idea de enviar un parlamentario al príncipe de Dinamarca, que presenciaba aquella horrible escena, desde una de las baterías, mandándole á decir que si no detenia el fuego que le impedia apoderarse de sus presas, que le pertenecian de derecho porque habian arriado su pabellon, se veria obligado á hacerlas volar con sus tripulaciones; que los ingleses eran hermanos de los dinamarqueses; que bastante habian peleado, y que no debian destruirse.

Conmovido el príncipe con aquel espectáculo horrible, y temiendo por la seguridad de Copenhague, privada ya del apoyo de las baterías flotantes, mandó cesar el fuego. Falta grave fue esta, pues si el fuego hubiera durado algunos momentos mas, la escuadra de Nélson, casi ya fuera de combate se hubiera visto precisada á retirarse.

Estableciόse una especie de negociacion, y Nélson se aprovechó de ella para abandonar su línea de fondeadero, y al retirarse, tres de sus navios que no podian maniobrar por sus averías considerables encallaron en el *Middel-Grund*; de modo que si el fuego hubiera durado entonces, hubieran perdido los ingleses aquellos tres navios.

Al dia siguiente, Nelson y Pàrker consiguieron despues de muchos esfuerzos desencallar sus buques, y entablaron negociaciones con los dinamarqueses á fin de estipular una suspension de armas, que tanta falta les hacia á ellos como á los otros, pues habian tenido 1200 hombres muertos ó heridos, y seis navios enteramente destrozados. No habia sido mucho mayor la pérdida de los dinamarqueses, pero habian confiado demasiado en su línea de baterías flotantes, y ahora que estaban destruidas, quedaba expuesta al bombardeo la parte baja de la ciudad que baña el mar; y temian sobre todo por sus buques de guerra, que á medio aparejar, inmóviles y encerrados en una dársena podian ser quemados desde el primero hasta el último. Esto los tenia en una ansiedad cruel; y efectivamente, para ellos, su escuadra era su existencia marítima; porque si la perdian no se hallaban en estado de reemplazarla: ademas, irritados en aquel momento, por el sufrimiento y el peligro, se quejaban amargamente de sus aliados, sin tener en cuenta las dificultades que les habian impedido presentarse bajo los muros de Copenhague; pues los vientos contrarios, los hielos y la falta de tiempo habian detenido á los suecos y á los rusos; sin que en ello hubiesen tenido culpa. No hay duda, que si sus 20 navios se hubieran unido á la escuadra dinamarquesa en la rada en que se combatia, Nélson se hubiera estrellado en su audaz empresa, y los derechos de la neutralidad marítima habrian triunfado en aquella jornada: pero el tiempo habia sido corto para todos; y la celeridad de los ingleses habia cambiado el destino de aquella guerra.

Situacion despues de la batalla.

Pàrker que habia temido los resultados de la temeridad de Nélson en el combate del dia 2, juzgó despues con mucho juicio la situacion de los dinamarqueses, y se propuso sacar todas las ventajas posibles del combate que se habia dado. Queria que los dinamarqueses se separasen de la confederacion de los neutrales, que abriesen sus puertos á los ingleses, y admitiesen ademas en ellos una fuerza inglesa bajo el pretexto de ponerlos á cubierto contra el resentimiento de sus aliados. Nélson tuvo el arrojo de saltar en tierra el 3 de Abril para llevar aquellas proposiciones al príncipe real; llegó á Copenhague, oyó los murmullos de aquel pueblo valiente é indignado al verle, y halló inflexible al príncipe real. Mas alarmado este el dia anterior, que lo que debia, del peligro de Copenhague, no quiso sin embargo, consentir en la vergonzosa defeccion que se le proponia, y contestó, que mejor se sepultaria bajo las ruinas de la capital, que hacer traicion á la causa comun. En su consecuencia volvió Nélson á bordo del navio almirante sin haber obtenido nada.

Entretanto, viéndose los dinamarqueses expuestos al peligro de una segunda batalla, emprendieron de nuevo sus trabajos, añadieron nuevas fortificaciones á las que existian; reforzaron y pusieron en un estado aun mas temible la batería de las *Tres-Coronas*; cubrieron de cañones la isla de Amack, y la parte baja de la ciudad; llevaron sus buques, objetos de toda su solicitud, á las dársenas mas alejadas, cubriéndolos con estiércol y blindages para preservarlos de los proyectiles, y concluyeron por tran-

quilizarse al ver la incertidumbre de los ingleses que no se apresuraban á empezar de nuevo aquella terrible lucha. Todos los habitantes que se hallaban en estado de hacer algun servicio se encontraban reunidos, parte con las armas en la mano, y parte ocupados en preparar los medios de apagar el incendio.

Armisticio de catorce semanas concluido entre los ingleses y dinamarqueses.

Por último, despues de cinco dias de espera, volvió Nélson á Copenhague, á pesar de las disposiciones amenazadoras del pueblo dinamarques. La discusion que se empeñó fue viva y acalorada, tomando Nelson á su cargo hacer varias concesiones, para las cuales no le habia autorizado el almirante Párker, y entre otras la de un armisticio, que no era otra cosa que un verdadero *statu quo*. Los dinamarqueses no se retirarian de la coalicion, pero se suspenderian las hostilidades entre ellos y los ingleses durante catorce semanas, pasadas las cuales, debian hallarse en la misma situacion que el dia en que se firmase aquella suspension de armas. El armisticio comprendia solamente á las islas dinamarquesas y la Jutlandia, pero no el Holstein, de suerte que las hostilidades podian continuar en el Elba, quedando excluidos desde luego los ingleses de este rio: estos debian mantenerse á tiro de cañon de todos los puertos y buques dinamarqueses, á excepcion del *Paso-Real* que podian atravesar libremente para dirigirse al Báltico; estándoles prohibido, por consecuencia, que tocasen en ningun punto del territorio dinamarques, á no ser para tomar víveres y refrescos.

Rumor divulgado de improviso en Copenhague acerca de la muerte de Pablo I.

Esto fue todo lo que pudo obtener Nélson; y preciso es reconocer que era todo lo que su victoria le autorizaba á exigir. Pero mientras salia de Copenhague, se divulgó una nueva funesta, que el Príncipe real logró no llegase á su noticia, y que era la que mas le habia impulsado á tratar. En efecto, decíase en aquel momento que Pablo I acababa de morir repentinamente, pero Nélson se alejó sin tener conocimiento de un suceso que hubiera añadido mucho á sus pretensiones. El almirante Párker ratificó inmediatamente el armisticio; y el príncipe dinamarques lo puso en conocimiento de los suecos, aconsejándoles que no se expusiesen inutilmente á los golpes de los ingleses, á los cuales no podrian resistir. El consejo era oportuno; porque Gustavo Adolfo habia conseguido, despues de muchos esfuerzos, poner su escuadra en estado de darse á la vela. En el ardor de su celo, hasta habia destituido á un contra-almirante, y juzgado á un almirante para castigarlos de la lentitud de que se les acusaba, por otra parte muy injustamente.

Todo esto era superfluo. Pablo I habia sucumbido, en efecto, en San Petersburgo la noche del 23 al 24 de marzo; y semejante suceso concluia, mucho mas seguramente que la incompleta victoria de Nélson, la confederacion marítima de las potencias del Norte. Pablo I habia sido el autor de la confederacion; trabajaba para llevarla á cabo con la vehemencia que empleaba en todas sus cosas; y sin duda hubiera hecho los mayores esfuerzos para reparar el daño, por otra parte comun á los ingleses, del ataque de Copenhague. Habria enviado por tierra fuerzas á Dinamarca, y todas las escuadras de los neutrales al estrecho del Sund, y probablemente hubiera hecho expiar á los ingleses su cruel empresa contra la capital de los dinamarqueses. Pero aquel príncipe habia apurado hasta el extremo la paciencia de sus vasallos, y acababa de espirar, víctima de una trágica revolucion de palacio.

Carácter de Pablo I.

Pablo I era un hombre vivo y no mal inclinado, pero extremado en sus sentimientos, y capaz, como todos los hombres de su caracter, de buenas y malas acciones, segun los impulsos desordenados de un alma débil y violenta. Si semejante organizacion es funesta y perjudicial en los individuos particulares, lo es mucho mas en los príncipes, y mas todavía en los príncipes absolutos, porque suele parar en demencia, y á veces en una demencia sanguinaria. Así, todos empezaban á temblar en San Petersburgo, y hasta los mas íntimos favoritos de Pablo no estaban ciertos de que no concluyese su privanza con un destierro en la Siberia.

Aquel príncipe sensible y caballeroso habia experimentado al principio una simpatía por las víctimas de la Revolucion

francesa, y un odio ardiente contra esta. De este modo, mientras que la hábil Catalina, se habia limitado durante su reinado, á excitar á toda la Europa contra la Francia sin mover á uno solo de sus soldados, ascendido Pablo al trono, habia enviado á Suwarow con 100,000 rusos á Italia, y en su celo ardiente, hasta habia prohibido la entrada en sus dominios de todo lo que se importaba de Francia, libros, modas y costumbres. Todo esto era mucho mas de lo que se necesitaba para indisponer contra él á la nobleza rusa, aficionada como toda la aristocracia europea á murmurar de la Francia, reservándose siempre disfrutar de los goces que les proporcionan las producciones de sus talentos, sus usos y su civilizacion perfeccionada; asi, pues, habia encontrado insoportable que se llevase á aquel extremo el celo anti-revolucionario.

En breve se habia visto á Pablo abrigar sentimientos contrarios, odiar á sus aliados, cobrar aficion á sus enemigos, adornar su aposento con los retratos del primer Cónsul, brindar públicamente á su salud, y para que resaltase mas el contraste, declarar la guerra á la Gran Bretaña. Entonces fue para la nobleza rusa no molesto, sino odioso, porque no lastimaba sus gustos sino sus intereses.

El continente septentrional de Europa, fértil en su vasta extension, en cereales, maderas, cáñamos y minerales, necesita ricos comerciantes extrangeros que busquen sus productos naturales, y dejen en cambio dinero ó efectos elaborados. Los ingleses son los que suministran á la Rusia, por los productos en bruto de su suelo, los objetos artisticamente trabajados de su industria, y proporcionan á los arrendadores rusos el medio de pagar el arrendamiento de las tierras á sus señores. Asi pues, el comercio ingles domina en San Petersburgo, y este es el lazo que en parte tiene encadenada la política rusa á la política inglesa, y que retarda una rivalidad, inevitable tarde ó temprano, entre aquellas dos grandes potencias que se disputan el dominio del Asia.

La aristocracia rusa, se exasperó en extremo con la nueva política de Pablo, y si habia censurado el excesivo odio que aquel príncipe tenia á la Francia, censuró de otra manera mas fuerte la estimacion que ahora le manifestaba, porque aquel afecto tan extraño le hacia tomar resoluciones contrarias y ruinosas á los intereses de los grandes propietarios. A tan súbitas variaciones de gustos y de intereses añadia Pablo algunas crueldades, que no eran naturales en su corazon, mas bien bueno que perverso. Ya habia enviado á muchos infelices á la Siberia; pero compadecido despues de sus sufrimientos les habia levantado el destierro, pero sin restituirles sus bienes; y como estos desgraciados llenaban á San Petersburgo con los ecos de su miseria y de sus quejas, los desterró de nuevo. Mas desconfiado á medida que el odio de sus vasallos era mas visible á sus ojos, amenazaba á todas las cabezas, formaba siniestros proyectos, tan pronto contra sus ministros como contra su esposa é hijos, y aquel príncipe que no era mas que loco, tomaba todas las apariencias de tirano. Habia convertido el palacio Michel que era su residencia ordinaria, en una verdadera fortaleza con baluartes y fosos; que al verle se hubiera dicho que queria prevenirse contra un ataque imprevisto. Durante la noche hasta obstruia la puerta que separaba su aposento del de la Emperatriz, preparando de este modo, sin sospecharselo, las causas de su trágico fin.

Semejante estado de cosas no podia ser duradero y debia concluir, como habia sucedido mas de una vez en aquel imperio, que ha caminado apresuradamente es verdad, hácia la civilizacion, pero que ha tenido la barbarie por punto de partida. La idea de deshacerse del desventurado Pablo por los medios ordinarios, es decir, por una revolucion de palacio, allí donde el palacio es la nacion, invadia todos los ánimos. ¡Admirable efecto de las instituciones! En otro extremo de la Europa, y sobre uno de los primeros tronos del mundo, se hallaba tambien un príncipe demente, obstinado, pero piadoso y bueno, el rey Jorge III. Este príncipe que se veia á menudo privado de la razon por espacio de meses enteros, acababa de perderla de nuevo, en uno de los momentos mas críticos para la Inglaterra; y no obstante, todo habia pasado de la manera mas regular y sencilla; pues colocando la constitucion al lado del Rey, ministros que gobernaban por él, en nada se habian resentido los negocios del Estado de aquel eclipse del entendimiento regio. M. Pitt habia gobernado

por Jorge III; como lo verificaba hacia diez y siete años, y á nadie le habia ocurrido la idea de un crimen atroz. En San Petersburgo, por el contrario, la vista de un príncipe demente sobre el trono, hacia concebir los proyectos mas siniestros.

Habia por aquel tiempo en la corte de Rusia uno de esos hombres temibles, que ante ningun obstáculo retroceden; y que en un gobierno regular quizas llegarian á ser ciudadanos ilustres, pero que en un gobierno despótico se convierten en criminales, si el crimen es en ciertas ocasiones uno de los medios no aprobados pero si comunes de aquel gobierno. Si es necesario reprobar el crimen en todos los paises, débese reprobar aun mas á las instituciones que lo producen.

El conde Pahlen.

El conde Páhlen se habia distinguido en el ejército ruso. Era de aspecto imponente, y ocultaba bajo los modales duros y á veces familiares de un soldado, un ingenio sútil y profundo; ademas se hallaba dotado de una audacia singular, y de una imperturbable presencia de ánimo. Gobernador de San Petersburgo, encargado de la policía del imperio, é iniciado, merced á la confianza de su señor, en todos los grandes negocios del Estado, era de hecho, mas bien que por sus títulos, el principal personage del gobierno ruso. Sus ideas sobre la política de su pais eran invariables: la cruzada contra la Revolucion francesa le habia parecido tan poco justificada, como intempestiva la nueva política que se seguia respecto á Inglaterra. Una reserva prudente, y una hábil neutralidad en medio de la formidable competencia de Francia y de Inglaterra, era á sus ojos la sola política provechosa á la Rusia. No siendo en su política ni frances ni ingles sino ruso, era ruso en sus costumbres, y ruso como lo eran en la época de Pedro el Grande. Convencido de que todo iba á perecer, si no se abreviaba el reinado de Pablo, y habiendo concebido algunos temores respecto á su persona, por ciertas señales de descontento que se habian escapado al Emperador, tomó resueltamente su partido, y se puso de acuerdo con el conde Panin, vice-canciller encargado de los negocios extrangeros. Ambos creyeron que debia ponerse fin á una situacion tan alarmante, no solo para el imperio sino tambien para los individuos; y el conde Pahlen se encargó de ejecutar la resolucion que acababan de tomar juntos (1).

El gran duque Alejandro.

El heredero del trono era el gran duque Alejandro, cuyo reinado ha transcurrido en nuestros dias, príncipe jóven, que manifestaba las mejores cualidades, y que parecia entonces fácil de

(1) Los detalles que siguen son los mas auténticos que pueden hallarse acerca de la muerte de Pablo I; y he aquí su origen. La corte de Prusia se afectó extraordinariamente con la muerte del Emperador Pablo, y se indignó mucho mas del descaro con que algunos cómplices del crímen, fueron á vanagloriarse en Berlin de su participacion en aquel. Deseosa de saber lo que habia pasado en la corte de Rusia, obtuvo por diferentes conductos y sobre todo por una persona muy bien informada, pormenores muy curiosos, que se reunieron en una memoria comunicada al primer Cónsul. Dichos pormenores son los que pudo conocer M. Bignon, secretario entonces de la embajada cerca de la corte de Prusia, y los que ha publicado en su obra. Pero los detalles mas secretos permanecian aun desconocidos, cuando un encuentro singular ha puesto á la Francia en posesion del único relato digno de crédito que quizas exista sobre la muerte de Pablo I. Un emigrado frances que pasó su vida en el servicio de la Rusia, grangeándose cierto renombre militar, se hizo amigo del conde Páhlen y del general Benningsen. Hallándose cierta vez con ellos en las posesiones del primero, supo de sus mismas bocas la relacion circunstanciada de todo lo que habia pasado en San Petersburgo en la trágica noche del 23 al 24 de Marzo; y como dicho emigrado, tuviese un cuidado especial de anotar todo lo que veia ó oia, escribió al momento la relacion que le hicieron aquellos dos actores principales, y la insertó en las preciosas memorias que ha dejado. Estas memorias manuscritas son hoy propiedad de la Francia. Rectifican muchas aserciones inexactas ó vagas, sin comprometer por otra parte mas que lo estaban á las personas que figuraron en aquel grave acontecimiento, y dando solamente pormenores precisos y verdaderos, en lugar de los falsos y exagerados que se conocian. Comparando estos testimonios de personas tan bien informadas, con los recogidos por la corte de Prusia, hemos compuesto la relacion histórica que hacemos, y que nos parece la única verdaderamente digna de crédito, y acaso la sola completa que puede obtener la posteridad de aquella catástrofe sangrienta.

dirigir lo que no confirmó la experiencia. A este era á quien el conde Páhlen queria ascender al imperio, por medio de una catástrofe pronta y sin ningun alboroto; y para lograrlo era preciso ponerse de acuerdo con él, no solo para obtener su consentimiento, sino tambien para no verse tratado al dia siguiente como un asesino vulgar á quien se inmola sin embargo de aprovecharse de su crimen. Era difícil declararse con un príncipe animado de buenos sentimientos é incapaz de consentir que se atentase contra la vida de su padre, pero el conde Páhlen, sin declararse, sin manifestar ningun proyecto, tenia algunas conferencias con el Gran duque sobre los asuntos del Estado, y cada extravagancia de Pablo, peligrosa para el imperio, se la comunicaba, callándose en seguida, sin sacar de ella ninguna consecuencia. Alejandro le oia, bajaba los ojos con muestras de dolor, y se callaba tambien. Estas escenas mudas pero expresivas se renovaron varias veces; hasta que por último fue preciso explicarse con mas claridad. El conde Páhlen concluyó por hacer comprender al jóven príncipe que semejante estado no podia prolongarse sin causar la ruina del imperio; y, reservándose hablar de un crimen, proposicion que nunca hubiera escuchado Alejandro, dijo que era preciso deponer á Pablo y asegurarle un retiro tranquilo, pero arrebatar á toda costa de sus manos las riendas del Estado antes que le precipitase en el abismo.

Alejandro derramó al principio muchas lágrimas, protestó contra la idea de disputar el imperio á su padre, y despues cedió poco á poco ante las nuevas pruebas del peligro en que Pablo iba á poner los negocios del Estado y quizas á la familia imperial. En efecto, descontento Pablo de la lentitud de la Prusia en la cuestion de los neutrales, hablaba de enviar 80,000 hombres sobre Berlin. A mas de esto, en el delirio de su orgullo, queria que el primer Cónsul le tomase por árbitro en todas sus cosas, y que este personage tan poderoso no concluyese la paz con la Alemania, ni con las cortes del Piamonte, Roma, Nápoles y la Puerta, sino con las condiciones impuestas por la Rusia; de modo que era de temer que en breve se hallase tambien en desacuerdo con Francia, cuya política habia adoptado con tanto ardimiento. A todas estas razones añadió el conde Páhlen algunas indicaciones, manifestando cierta inquietud por la seguridad de la familia imperial, de la cual, segun se decia, empezaba á desconfiar Pablo.

Alejandro se rindió al fin, pero exigiendo al conde Páhlen el juramento solemne de que no se atentaria á los dias de su padre. El conde juró todo lo que quiso aquel hijo inexperto, que creia era fácil arrancar el cetro de manos de un Emperador sin arrancarle la vida.

Solo faltaban los ejecutores, porque al concebir el conde Páhlen semejante proyecto, habia creido rebajarse sirviendo de instrumento á su ejecucion. Pronto los señaló en su mente, pero reservándose, segun la confianza que les merecian, el advertirles mas ó menos tarde del papel que les estaba reservado. Los Soubow, que habian medrado con el favor de Catalina, fueron elegidos como los principales instrumentos de la catástrofe; pero Páhlen no les participó su idea hasta casi el último momento. Platon Soubow, favorito de Catalina, hombre manejable y travieso, era digno de figurar en una revolucion de palacio. Su hermano Nicolas, que solo se distinguia por una gran fuerza física, era á propósito para desempeñar los papeles subalternos. Valeriano Soubow militar honrado y valiente, mereció ser excluido de aquel complot. Tenian una hermana enlazada con toda la faccion inglesa, amiga de lord Wilworth, embajador de Inglaterra, que les comunicaba todas las pasiones de la política británica. El conde Páhlen eligió otros muchos cómplices y los llamó á San Petersburgo, con diversos pretextos pero sin descubrirles nada de su proyecto. Entre ellos habia llamado tambien á un hombre de cuya cooperacion no dudaba, asi como tampoco de su temible energía, y era el célebre general Benningsen, hannoveriano al servicio de Rusia, el primer oficial del ejército ruso en aquella época, que mas tarde en 1807 tuvo el honor de detener en Polonia la marcha victoriosa de Napoleon, y cuyas manos, dignas de llevar la espada, jamas debian haberse armado con el puñal.

Benningsen vivia oculto en el campo, temiendo los efectos de la cólera de Pa-

El general Benningsen es llamado á San Petersburgo.

blo, con quien estaba en desgracia. El conde Páhlen lo sacó de su retiro, le inició en el complot, pero sin hablarle, si ha de creerse al mismo general Benningsen, mas que del proyecto de deponer al Emperador. Benningsen empeñó su palabra, y la cumplió con una firmeza horrible.

Resolvióse elegir para la ejecucion del complot, el dia en que entrase de guardia en el palacio Michel el regimiento de Semenourki, adicto en extremo al gran duque Alejandro; y por lo tanto era menester aguardar. Sin embargo, no debia perderse tiempo, porque Pablo, cuya enfermedad hacia rápidos progresos, alarmaba cada dia mas á sus vasallos que temian por su seguridad y por los intereses del estado. Un dia cojió del brazo al imperturbable Páhlen, y le dirigió estas estrañas palabras: ¿Os hallábais en San Petersburgo en 1762? (fue el año en que el Emperador, padre de Pablo, habia sido asesinado para transmitir el trono á la Gran Catalina). —Si, le contestó el conde Páhlen con sangre fria.—Y ¿qué parte tomásteis en lo que entonces se hizo? añadió el Emperador.—La de un oficial de caballeria subalterno en las filas de su regimiento. Fui testigo pero no actor.—Pues bien, repuso Pablo dirigiendo sobre su ministro una mirada desconfiada y acusadora, hoy quieren empezar de nuevo la revolucion de 1762.—Lo se, contestó el conde Páhlen sin turbarse; conozco el plan, y formo parte de él.—¡Como! exclamó Pablo; ¿sois de los conjurados?—Si, pero solo para estar mas al corriente de lo que se trata, y en disposicion de velar mejor sobre vuestros dias.—La calma de aquel temible conspirador disipó todas las sospechas de Pablo, quien no volvió á desconfiar de él, aunque continuó inquieto y agitado.

Una circunstancia casi de interés público, si es permitido emplear tal palabra á propósito de un crimen, vino á unirse á las otras. Pablo mandó escribir el 23 de Marzo á M. de Krudener, su ministro en Berlin, un despacho por el cual le mandaba declarase á la corte de Prusia, que si no se decidia á obrar con prontitud contra la Inglaterra, marcharia hácia la frontera de Prusia un ejército de 80,000 hombres. Queriendo el conde Páhlen, sin comprometerse ni descubrirse, que M. de Krudener no diese mucha importancia á aquella declaracion, añadió de su mano la siguiente posdata: *Su Magestad Imperial está indispuesto hoy. Esto podria tener consecuencias* (1).

Es elegido el 23 de Marzo para la abdicacion ó la muerte del Emperador Pablo.

El 23 de Marzo, dia elegido para la ejecucion del complot, convidó el conde Páhlen á comer en su casa á los Soubow, á Benningsen y á muchos generales y oficiales, con quienes se podia contar. Prodigáronse vinos de todas especies, pero Páhlen y Benningsen no bebieron. Concluida la comida dióse parte á los conjurados del proyecto para que habian sido reunidos, sin decirles, no obstante, que era menester asesinar á Pablo, porque todos hubieran retrocedido ante la idea de tal crimen, y contentándose con manifestarles que debian dirigirse á palacio para exigir del Emperador que abdicase; que de este modo se libraria al imperio de un peligro inevitable, y se salvarian una multitud de personas inocentes, amenazadas por la locura sanguinaria de Pablo. Por último, para acabar de persuadirles, se les afirmó, que convencido el mismo gran duque Alejandro de la necesidad de salvar el imperio, tenia conocimiento del proyecto y le aprobaba. Entonces, aquellos hombres, trastornados ya con el vino, no vacilaron, y todos, á escepcion de tres ó cuatro, marcharon creyendo que iban á deponer á un Emperador loco, y no á derramar la sangre de su infeliz señor.

Persuádese á los conjurados que se trata únicamente de obligar al Emperador á que abdique.

La noche estaba bastante adelantada; y los conjurados en número de unos sesenta, se pusieron en marcha, divididos en dos partidas, al frente de las cuales iban el conde Pahlen y el general Benningsen, ambos de uniforme, con faja y banda y con la espada en la mano. El palacio Michel estaba construido y guardado como una fortaleza; pero ante los gefes que conducian á los conjura-

(1) Enseñóse este pliego al Embajador de Francia el general Beurnonville, quien lo puso inmediatamente en conocimiento de su gobierno.

dos, que mandaba Benningsen iban delante y se encaminaron directamente al aposento del Emperador, quedando el conde Páhlen atras con su reserva, pues á pesar de que habia organizado el complot no se dignaba presenciar su ejecucion, concurriendo allí solo para estar pronto en algun caso imprevisto. Benningsen, penetró hasta el aposento en que dormia el Emperador, custodiado por dos heiduques, que en vano quisieron defender á su Soberano: pues uno cayó herido de un sablazo, y el otro huyó pidiendo auxilio; pero ¿qué habian de alcanzar sus gritos en un palacio, cuya guardia estaba confiada casi enteramente á los cómplices del crimen? Un ayuda de cámara que dormia cerca del Emperador acudió al punto y le obligaron á abrir la puerta del gabinete donde aquel se hallaba. El desgraciado Pablo hubiera podido salvarse en la habitacion de la Emperatriz; pero en su sombría desconfianza, tenia cuidado de atrancar todas las noches la puerta que comunicaba con aquella. No teniendo ningun asilo se arrojó de la cama, y se ocultó entre los pliegues de un biombo. Platon Soubow, corrió hácia la cama imperial, y viéndola vacía exclamó asustado: El Emperador se ha salvado, y estamos perdidos! —Pero descubriendo Benningsen en aquel mismo instante al Príncipe, se dirige hácia él con la espada desnuda, y le dice presentándole el acta de abdicacion: habeis dejado de reinar; el Gran duque Alejandro es Emperador, y os intimo en su nombre que resigneis el imperio y firmeis el acta de vuestra abdicacion. Con estas condiciones respondo de vuestra vida.—La misma intimacion le hace Platon Soubow. El Emperador, turbado y fuera de sí, les pregunta qué ha hecho para ser tratado de aquel modo.—No habeis cesado de perseguirnos de algunos años á esta parte, esclaman los asesinos medio beodos: y estrechan al desgraciado Pablo, que en vano trata de desacirse de ellos y de implorar su compasion. En aquel momento oyen los pasos de algunos conjurados que habian quedado atras, pero los asesinos creen que es gente que viene á socorrer al Emperador y huyen en desórden. Benningsen, imperturbable, queda solo en presencia del Monarca y le detiene con la punta de su espada. Mientras tanto, habiéndose reconocido los conjurados, vuelven á entrar en la habitacion teatro del crimen, y rodean de nuevo al desgraciado Monarca, á fin de obligarle á firmar la abdicacion. Este procura defenderse por un momento, y en aquel trance, se apaga la lámpara que alumbraba aquella horrible escena: corre Benningsen á buscar otra, y al volver halla á Pablo espirando bajo los golpes de dos de los asesinos. Uno le habia undido el cráneo con el puño de su espada, y el otro le habia ahogado con su banda.

Exígese á Pablo su abdicacion.=El se resiste.

Horrible confusion en medio de la cual asesinan a Pablo.

Durante aquel tiempo el conde Páhlen habia permanecido fuera con la segunda partida de los conjurados. Cuando le dijeron que todo estaba concluido, mandó depositar el cuerpo del Emperador sobre su lecho, y puso en la puerta de su aposento una guardia de treinta hombres, con la consigna de que no dejasen entrar á nadie, ni aun á los individuos de la familia imperial: en seguida, se dirigió á la morada del Gran duque para anunciarle el terrible acontecimiento de aquella noche.

Agitado el Gran duque, como no podia menos de estarlo, le pregunta, al verle llegar, que se ha hecho de su padre. El silencio del conde Páhlen le prueba de qué funestas ilusiones se habia alimentado, creyendo que solo se trataba de una abdicacion. El dolor del jóven príncipe fue grande; y segun se ha dicho, aquel suceso causó el tormento de su vida, porque habia recibido de la naturaleza un corazon bueno y generoso. Arrojóse sobre un sillon, deshecho en lágrimas, sin querer escuchar nada mas, y prorumpiendo en amargas reconvenciones contra Páhlen, quien las escuchó con la mayor sangre fria.

Dolor del jóven duque Alejandro.

Platon Soubow habia ido á buscar al Gran duque Constantino, que estaba ignorante de todo, á pesar de habérsele supuesto injustamente mezclado en aquella sangrienta catástrofe. Acudió este temblando creyendo que toda su familia estaba en peligro, y hallando á su her-

mano sumido en la desesperacion, se informó y supo todo lo que habia acontecido. El conde Páhlen habia encargado á una dama de palacio, favorita de la Emperatriz, que pasase á verla para anunciarla su trágica viudez. Esta Princesa corrió precipitadamente al aposento de su esposo, y procuró penetrar hasta su lecho mortuorio; pero se lo impidieron las guardias. Pasado el primer momento de desconsuelo, sintió nacer en su corazon, con los impulsos del dolor los de la ambicion, y acordándose de Catalina quiso reinar; para lo cual envió á decir con diferentes personas al príncipe Alejandro, á quien iban á proclamar, que el trono le pertenecia y que por lo tanto ella era la que debia reinar. ¡Nuevo embarazo, nuevas angustias, para el corazon desgarrado de aquel hijo, que próximo á subir las gradas del trono, tenia que pasar entre el cadáver de un padre asesinado, y de una madre desconsolada que le pedia alternativamente su esposo ó la corona! Entretanto, transcurria la noche en aquellas espantosas convulsiones; el dia se aproximaba, y no debia dejarse ningun intervalo á la reflexion, pues interesaba que se supiese la muerte de Pablo al mismo tiempo que el advenimiento de su sucesor. El conde Páhlen se aproximó al jóven príncipe.=Basta ya de llorar como un niño, le dijo: venid á reinar.—Y arrancándole de aquel lugar de dolor, seguido de Benningsen, le presentó á las tropas.

Alejandro es reconocido y proclamado por las tropas.

El primer regimiento á quien se presentó, que era el de Preóbrajensky, se mostró muy frio, porque era afecto á Pablo I; pero los otros que apreciaban al jóven Gran duque, y que por otra parte estaban bajo la influencia del conde Páhlen, el cual gozaba gran prestigio en el ejército, no titubearon en gritar, viva Alejandro! Cundió el ejemplo, y en breve fue proclamado el jóven Emperador, y puesto en posesion del trono. Volvió en seguida á su habitacion, y se trasladó con su esposa la Emperatriz Isabel al palacio de invierno.

Sentimiento que causa en San Petersburgo la muerte de Pablo I.

Todos los habitantes de San Petersburgo supieron con espanto aquella catástrofe sangrienta, y la impresion que produjo probó que las costumbres empezaban á cambiar en el imperio, y que desde 1762 la Rusia habia ya recibido las influencias de la Europa civilizada. Ahora puede decirse en honor suyo, que si en aquella época estaba muy lejos de 1762, hoy dia se halla aun mas lejos de 1800. Todos experimentaron, pues, un verdadero sentimiento. Temian mas á Pablo I que le odiaban, pues no era sanguinario; y las horribles circunstancias de su muerte, que fueron conocidas al momento, les movieron á compasion. El cuerpo de aquel Príncipe fue expuesto segun costumbre, pero con muchas precauciones para disimular sus heridas, cubriendo las de las manos con guantes, y la cabeza con un sombrero muy grande: como su rostro estaba amoratado se cundió la voz que habia muerto de una apoplegia.

Aquella bárbara escena causó en toda la Europa un efecto extraordinario, y propagándose como un relámpago á Viena, Berlin, Lóndres y Paris, produjo en estas capitales horror y espanto. Hacia algunos años que Paris era quien asombraba al mundo por haber degollado á sus reyes; pero entónces ofrecia Paris el espectáculo del órden, de la humanidad y del sosiego, y á su vez las antiguas monarquias eran las que escandalizaban al mundo civilizado. Un año antes la monarquia napolitana se habia empapado en la sangre de sus vasallos, y ahora una revolucion de palacio ensangrentaba el trono imperial de Rusia.

De este modo, en un siglo agitado y turbulento, todos estaban llamados sucesivamente á suministrar tristes ejemplos y á proporcionar á sus enemigos argumentos lamentables. En verdad que si las naciones quisieran ultrajarse mutuamente, todas tienen en su historia de qué avergonzarse; pero guardémonos de suscitar tales recuerdos con semejante objeto. Si contamos estos pormenores horribles, es porque la verdad debe ser la primera obligacion de la historia, y porque la verdad es la mas útil y poderosa de las lecciones, y la mas capaz de impedir que se renueven semejantes escenas; y sin ofender á ninguna nacion, diremos de nuevo que las instituciones tienen mas culpa que los hombres, y que si en San Petersburgo asesinaban á un Emperador para verificar un cambio político, en Lóndres, por el contrario, la

política de la paz sucedia á la de la guerra sin catástrofe sangrienta solo con reemplazar á M. Pitt con M. Addington.

La indiscrecion de los conjurados dá á conocer á toda la Europa los pormenores de la muerte de Pablo I.

En breve se hicieron públicos los pormenores de aquella catástrofe por la indiscrecion de los mismos asesinos; especialmente en Berlin, cuya corte estaba estrechamente unida con la de San Petersburgo. Habiéndose refugiado la hermana de los Soubow en Berlin se habia notado que andaba inquieta y turbada, como una persona que aguarda un gran acontecimiento. Tenia un hijo que fue el mismo oficial encargado de anunciar en Prusia el advenimiento al trono del nuevo Monarca, y este jóven hizo, con toda la indiscrecion de su edad, la relacion de una parte de los hechos, causando en Postdam un escándalo que indignó al jóven y virtuoso Rey de Prusia. La corte hizo conocer á aquel jóven toda la imprudencia de su conducta; mas de ella nació una grave calumnia. Aquella hermana de los Soubow tenia relaciones de amistad con el Embajador de Inglaterra lord Withworth, que poco despues figuró en Paris y representó un papel de importancia. Como la muerte del Emperador Pablo era de tanta utilidad á los ingleses, y venia tan á propósito á concluir la incompleta victoria de Copenhague, el vulgo de la Europa creyó, de buena fé, cómplice en aquel crímen á la política inglesa. Las relaciones del Embajador ingles con una familia tan gravemente comprometida en el asesinato de Pablo, añadieron nuevos visos de verdad á aquella calumnia, y nuevos argumentos á los que no quieren jamas ver en los acontecimientos sus causas generales y naturales.

Sospechas generalmente extendidas contra el gobierno ingles.

Sin embargo, ninguna de aquellas conjeturas era fundada. Lord Withworth era un hombre de bien, incapaz de mezclarse en semejante atentado. Verdad es que su gabinete habia cometido actos que no podian justificarse, y que en breve cometió otros menos disculpables todavia: pero la muerte del Czar le sorprendió tanto como á la Europa. No obstante, el primer Cónsul, apesar de la imparcialidad de sus juicios, concibió tambien algunas sospechas, é hizo nacer muchas por el modo con que mandó anunciar en el *Moniteur* la muerte del Emperador Pablo. «A la historia, decia el periódico oficial, toca ilustrar el misterio de tan trágica muerte, y manifestar al mundo, cual ha sido la política interesada en provocar semejante catástrofe.»

Aquella muerte libraba á la Inglaterra de un cruel enemigo, y al primer Cónsul de un aliado eficaz, pero embarazoso, y que últimamente habia llegado á ser tan útil como temible; pues el Emperador difunto, creyendo, en el delirio de su orgullo que nada podia negarle el primer Cónsul en premio de su alianza, habia exigido condiciones respecto á la Italia, Alemania y Egipto, que nunca hubiera admitido la Francia; y que quizas, hubieran creado graves obstáculos á la paz que empezaba á renacer por todas partes. El primer Cónsul eligió para enviarle á Rusia, á su ayudante de campo predilecto, Duroc, á quien ya habia enviado á Berlin y á Viena; encargándole partiese para San Petersburgo con una carta escrita de su mano, felicitando al nuevo Emperador, y á fin de probar el efecto que producirian en él las lisonjas de un gran hombre, y atraerlo si era posible á una alianza entre Francia y Rusia.

Duroc es enviado á San Petersburgo.

Duroc salió inmediatamente con órden de pasar por Berlin. Debia visitar por segunda vez la corte de Prusia, adquirir pormenores mas circunstanciados y exactos sobre los últimos sucesos acaecidos en el Norte, y llegar á Petersburgo mas orientado acerca de los hombres y de las cosas que iba á ver.

Gozo de Inglaterra.

La Inglaterra se regocijó mucho al saber á la vez la victoria de Copenhague y la muerte del terrible adversario que habia formado contra ella la liga de los neutrales. Se exaltó hasta las nubes al héroe británico, al intrépido Nélson con un entusiasmo muy natural y muy legítimo, porque las naciones hacen bien de celebrar y aun de exagerar en el ímpetu de su alegria sus propios triunfos. Sin embargo; pasado el primer entusiasmo, y cuando las imaginaciones se serenaron, se apreció mejor la pretendida victoria de Copenhague. El Sund, decian, no habia estado defendido y por lo tanto podia pasarse

sin dificultad; el ataque de Copenhague, en un paso estrecho donde solo con mucho peligro podian moverse los navios ingleses, era un acto osado, digno del vencedor de Aboukir; pero la escuadra inglesa habia quedado en muy mal estado, y sin la prisa que se dió el príncipe real de Dinamarca á escuchar al parlamentario de Nélson, acaso hubiera perecido. Así, pues, la victoria habia estado próxima á tornarse en derrota, y ademas no se habia obtenido ningun gran resultado, pues se reducia á un simple armisticio, concluido el cual, debia empezar de nuevo la lucha. Si el Emperador Pablo no hubiera muerto, aquella campaña que debia continuar la escuadra inglesa, en medio de un mar cerrado, sin poder tocar en ninguna parte, y expuesta á que le cerrasen la salida, presentaba grandes y terribles peligros. Pero el golpe, dado tan á tiempo á los porteros del Báltico, es decir á los dinamarqueses, era decisivo, y Pablo no existia para recoger el guante y continuar la lucha. Esta era una nueva prueba, añadida á las mil en que abunda la historia, de que en este mundo la fortuna favorece á la audacia, sobre todo cuando tiene la habilidad suficiente para dirigir sus golpes.

El nuevo ministerio ingles piensa aprovecharse de las circunstancias para ofrecer la paz á todas las naciones.

Al momento pensaron los ingleses aprovecharse de aquel dichoso cambio de reinado, para ceder algo del rigor de sus máximas de derecho marítimo, y llegar á una transaccion honrosa con la Rusia y con todas las potencias. Conocian el carácter apacible y benévolo del jóven príncipe que subia al trono de Rusia, pues hasta decian que era un tanto débil y se lisonjeaban ademas de haber recobrado una gran influencia en San Petersburgo. Enviaron, pues, á aquella capital á lord Saint-Hélens, con los poderes necesarios para arreglar un convenio; y M. de Woronzoff, embajador de Rusia cerca de Jorge III y enteramente adicto á la política británica, hasta el punto de dejarse secuestrar los bienes, por no dejar á Lóndres, que era su residencia ordinaria, fue invitado á presentarse allí de oficio, como lo verificó al momento. Los buques de los neutrales que estaban detenidos en los puertos de Inglaterra quedaron en libertad; y Nélson, por mandato de su gobierno, continuó cruzando pacíficamente en el Báltico, con órden de declarar á las cortes del Norte, que se abstendria de toda hostilidad, á menos que no saliesen á la mar sus escuadras, en cuyo caso las combatiria; mas que si por el contrario, permanecian en sus respectivos puertos, y no trataban de unirse á la escuadra dinamarquesa, como hacia tiempo se anunciaba, suspenderia todo acto hostil contra las costas de Dinamarca, Suecia y Rusia, dejaria navegar los buques mercantes de aquellas potencias, y de este modo se restablecerian las relaciones como estaban antes del rompimiento de las hostilidades.

Armisticio marítimo en el Báltico.

Por desgracia el golpe dado á Copenhague produjo su efecto. Las naciones neutrales de segundo órden, como Dinamarca y Suecia, aunque muy irritadas en particular contra la Inglaterra, no habian entrado en la liga mas que por la influencia casi amenazadora de Pablo I. La Prusia que miraba sus intereses marítimos como los mas secundarios de sus intereses nacionales, que antes que nada deseaba la paz, y que solo habia tomado parte en la cuestion, impulsada por las dobles sugestiones de Pablo I y del primer Cónsul, se veia con gusto libre de aquel compromiso, y como las demas, estaba pronta á prestarse al restablecimiento de las relaciones comerciales.

En breve aparecieron en el Báltico los pabellones mercantes ingles, sueco, dinamarqués y ruso, y la navegacion recobró su acostumbrada actividad. Nélson no los incomodaba, y recibia en cambio á lo largo de las costas del Norte, los refrescos que necesitaba, siendo este estado un armisticio universalmente aceptado. El gabinete ruso dirigido por el conde Pahlen, sin entregarse á la influencia inglesa, se mostraba dispuesto á concluir la cuestion marítima por medio de una trasaccion que asegurase hasta cierto punto los derechos de los neutrales; y por lo tanto anunció que recibiria al lord Saint-Hélens. Ya habia autorizado á M. Woronzoff para que volviese á Lóndres. Dinamarca envió á Inglaterra á M. de Bernstorff.

El primer Cónsul que habia tenido la habilidad para formar aquella temi-

ble coalicion contra la Gran Bretaña, coalicion fundada, por otra parte en el interés de todas las naciones marítimas, la vió con sentimiento disuelta por la debilidad de los confederados. Procuró avergonzarlos, echándoles en cara la prontitud con que retrocedian; pero cada cual se disculpaba de su conducta con la conducta de su vecino. Dinamarca, justamente envanecida con la sangrienta batalla de Copenhague, decia que habia cumplido su empeño, y que á los otros tocaba cumplir los suyos. La Suecia, declaraba hallarse pronta á combatir, pero añadia, que recorriendo los mares los pabellones dinamarqués y prusiano, y especialmente el ruso, no veia una razon para que sus vasallos fuesen los solos que no gozasen de las ventajas del comercio. La Prusia disculpaba su inaccion con el cambio ocurrido en San Petersburgo, haciendo, por lo demás, al gabinete frances mil reiteradas protestas de constancia y de firmeza. Decia, que podria juzgarse de su perseverancia, cuando fuese menester concluir un convenio y arreglar definitivamente los artículos del derecho marítimo. Rusia aparentaba no abandonar los derechos de los neutrales, y pretendia que solo trabajaba por la conclusion de las hostilidades empezadas sin motivo suficiente.

El primer Cónsul, que queria retardar, al menos todo lo posible, una avenencia entre Prusia é Inglaterra, ideó un medio muy hábil para prolongar la cuestion. Habia ofrecido la isla de Malta á Pablo, y prometió el Hannover á la Prusia. Ya se ha visto que la Prusia habia ocupado aquella provincia (á la que tanta adhesion manifestaba Jorge III) como en represalia de las violencias que el gobierno ingles cometia respecto al pabellon neutral. Con dificultad se habia atrevido la Prusia á dar un paso tan grave; pero la secreta inclinacion que la ha arrastrado siempre hácia aquella provincia, la mas apetecible de todas para ella, por ser la que mas redondearia su territorio, habia contribuido á decidirla, á pesar de su aficion por la paz y el sosiego. Otros motivos habian influido tambien en su resolucion. Tenia que reclamar una indemnizacion en Alemania, porque era del número de los que perdian en la orilla izquierda del Rhin, con la secularizacion de los estados eclesiásticos. Sus pretensiones eran muy grandes, y en la esperanza de que el primer Cónsul las favoreciera, habia querido satisfacerlas ocupando el Hannover. El general Bonaparte le manifestó en seguida, que si queria conservar el Hannover, como una indemnizacion, aunque era diez veces mayor que la que le tocaba, consentiria con gusto, y sin celo de un aumento tan grande de territorio á una potencia vecina de la Francia. Esta proposicion agradó y turbó á la vez el corazon del jóven Monarca, pues si bien la oferta era seductora, la dificultad era grande respecto á la Inglaterra. Por lo tanto, sin aceptar la proposicion de una manera definitiva, el gabinete de Berlin contestó; que el Rey Federico Guillelmo estaba agradecido á las buenas disposiciones del primer Cónsul; que no habia tomado ningun partido; y que aquella importante cuestion territorial debia reservarse para cuando se tratara de la paz con la Europa; pero que fundándose sobre el estado actual de las cosas que era el de un armisticio tácitamente convenido mas bien que formalmente estipulado, continuaria ocupando á Hannover.

*El primer Cónsul para mantener á la Prusia en la coalicion le ofrece protegerla para que conserve el Hannover.*

No necesitaba otra cosa el primer Cónsul, que habia suscitado de esta suerte, entre las cortes de Lóndres y de Berlin complicaciones graves, y puesto entre las manos de una potencia amiga, una prenda preciosa, de que podria aprovecharse con mucha utilidad en sus negociaciones con Inglaterra.

Aproximábase, al fin, el momento de aquellas negociaciones. La Inglaterra se habia apresurado á aprovechar la ocasion de cejar en el rigor de sus principios marítimos para conjurar el peligro que la amenazaba del lado del Norte; y deseaba concluir y estar en paz no solo con los neutrales, sino con una potencia mucho mas temible que aquellos, con la Francia que hacia diez años conmovia á la Europa, y empezaba á amenazar el suelo británico con serios peligros. Por un momento, merced á la obstinacion de M. Pitt y á la habilidad del general

*Opinion general de la Inglaterra en favor de la paz.*

Bonaparte se habia visto sola contra todo el mundo, y habiendo salido de aquella posicion por un arrojo feliz, por un golpe de fortuna, no queria verse en iguales peligros por faltas semejantes. La Inglaterra, por otra parte, podia tratar con honor, y le convenia no dejar la ocasion que se le presentaba de nuevo, despues de haber perdido tantas otras. ¿Porqué, decian las personas razonables de Inglaterra, por qué prolongar la guerra? si nosotros nos hemos apoderado de todas las colonias que valen algo; al mismo tiempo la Francia ha derrotado á todos nuestros aliados, y se ha enriquecido á su costa, de modo que ha llegado á ser la potencia mas formidable del globo. Cada dia que pasa se hace mas temible, especialmente por la conquista sucesiva del litoral europeo. Ha sometido á la Holanda y Nápoles, y ahora marcha sobre el Portugal, de modo que para engrandecerla no se necesita otra cosa que continuar obstinadamente la guerra. Si se combatia antes por el sostenimiento de los principios salvadores, y por el órden social, amenazados por la Revolucion, no nos hallamos hoy en el mismo caso, porque la Francia nos da ahora los mas hermosos ejemplos de órden y de prudencia. ¿Se pensaria, acaso, en restablecer los Borbones? pero esta ha sido justamente la gran falta de M. Pitt, el yerro de su política; y si se ha perdido su poderosa influencia y sus grandes talentos, necesario es recoger al menos la sola ventaja posible de su retirada, es decir, renunciar á aquel espíritu odioso é inflexible que ha llevado á él y al general Bonaparte hasta hacerse los insultos mas imprudentes y groseros.

Disposiciones del anciano Jorge III respecto al primer Cónsul.

Todas las personas sensatas de Inglaterra se declaraban, pues, por la paz; pronunciándose en el mismo sentido dos grandes influencias; el Rey y el pueblo. El Rey de Inglaterra, aquel Rey pertinaz y religioso, que se negaba á la emancipacion de los católicos solicitada por M. Pitt, por guardar fidelidad á la causa del protestantismo, aplaudia el restablecimiento del catolicismo en Francia, anunciado ya como próximo. Veia el triunfo de los principios religiosos y esto le bastaba. Odiaba la Revolucion francesa, y por lo tanto, si bien el general Bonaparte habia hecho experimentar terribles reveses á la política inglesa, le apreciaba mucho porque habia contenido aquella Revolucion, y por el honor de los verdaderos principios sociales. Esa Francia que posee en tan alto grado la facultad de comunicar á todos los pueblos los sentimientos que abriga, esa Francia se veia sosegada y atraida á las sanas ideas, y el Rey Jorge contemplaba el órden social como salvado en el Universo. Si para M. Pitt habia sido aquella guerra, una guerra de ambicion nacional, para el Rey Jorge III lo habia sido de principios; y por lo tanto apreciaba al general Bonaparte, pero á su manera, y no como Pablo I. Recobrado del ataque que habia paralizado su razon por espacio de algunos meses, estaba completamente decidido por la paz, y ostigaba á sus ministros para que la concluyesen. Aficionado el pueblo ingles á novedades, miraba la paz con la Francia, como la mayor de ellas, pues habia diez años que estaba el mundo en guerra; y atribuyendo, sobre todo la escaceses que sufria á la lucha sangrienta que desolaba la tierra y los mares, pedia se tratase con la Francia. Por último, no pudiendo el nuevo primer ministro M. Addington aspirar á la gloria de M. Pitt, cuyos talentos, nombre é importancia política estaba muy lejos de poseer, no tenia mas que una mision clara y concebible, cual era la de concluir la paz. Asi, pues, la deseaba, y M. Pitt que conservaba su predominio en el Parlamento, la aconsejaba como necesaria. Los acontecimientos del Norte, lejos de exaltar el orgullo británico, eran, por el contrario, un motivo cómodo y honroso para entrar en negociaciones; y como el nuevo ministro estaba resuelto á ello desde el mismo dia de su subida al poder, no hizo mas que confirmarse en aquella resolucion al saber lo acontecido en Copenhague y San Petersburgo. Hasta fue mas lejos, pues tomó el partido de dar un paso directo cerca del primer Cónsul, como una prosecucion de los que habia dado este con la Inglaterra al principio de su advenimiento al poder.

Proposiciones directas del ministerio ingles al primer Cónsul relativas á la paz.

Lord Hawkesbury, que era en el gabinete de M. Addington, secretario de Estado en el mi-

nisterio de negocios extrangeros, mandó llamar á M. Otto, quien, como sabemos, desempeñaba en Lóndres funciones diplomáticas relativas á los prisioneros, y seis meses antes habia sido el encargado de las negociaciones entabladas para el armisticio marítimo; por lo tanto, era el mediador mas natural para las nuevas comunicaciones que iban á establecerse entre los dos gobiernos. Lord Hawkesbury, manifestó á M. Otto que el Rey le habia encargado de una comision muy grata para él, y que, sin duda, causaria en Francia tanto placer como en Inglaterra, pues era la de proponer la paz. Declaró que S. M. estaba pronto á enviar un plenipotenciario, aun al mismo Paris, ó á cualquiera otra ciudad que fuera del agrado del primer Cónsul, y añadió, que solo se trataba de ofrecer condiciones honrosas para los dos paises, y que, como prueba de la franqueza de aquella reconciliacion, afirmaba, que desde aquel dia el gabinete británico rechazaria cualquier trama dirigida contra el gobierno actual de Francia; esperando igual correspondencia por parte de la República francesa.

Esto era desaprobar la política anterior de M. Pitt, quien siempre habia manifestado desear el restablecimiento de los Borbones, protegiendo las tentativas de los emigrados y de los vendeanos. No podian presentarse de un modo mas digno las negociaciones propuestas, y lord Hawkesbury insistió para obtener una pronta contestacion.

Aceptanse las ofertas del gabinete británico.

El primer Cónsul que solo deseaba en aquel momento cumplir la promesa que habia hecho á la Francia de procurarle el órden y la paz, se alegró de aquella solucion, debida, por decirlo asi, á sus triunfos y á su política, y acogió las insinuaciones de la Inglaterra con la misma diligencia con que se habian hecho; no obstante, que una negociacion de aparato le parecia incómoda y poco eficaz. El recuerdo de la de lord Malmesbury, en 1797, que solo habia sido una vana demostracion de parte de M. Pitt, le habia dejado una impresion dolorosa; y creia que si habia buena fe por parte del gabinete de Lóndres, como parecia haberla, bastaba celebrar algunas conferencias sin ostentacion en *Foreign-Office*, y allí tratar directamente con franqueza y sencillez las condiciones de la paz que él contemplaba muy fáciles, si se deseaba sinceramente la avenencia; porque decia: Inglaterra ha conquistado las Indias y nosotros el Egipto: y si nos convenimos en guardar tan ricas conquistas, lo demas es de poca importancia. En efecto, ¿qué son unas cuantas islas en las Antillas ó en otras partes, de que la Inglaterra nos ha privado á nosotros y á nuestros aliados, al lado de las vastas posesiones que hemos adquirido con nuestras conquistas? ¿Puede negarse á devolvérnoslas cuando el Hannover está en nuestras manos, cuando el Portugal lo estará en breve, y cuando le ofrecemos devolverles estos reinos, por algunas islas de América? La paz es, pues, muy fácil escribia á M. Otto, si se quiere llevarla á cabo. Os autorizo á tratar, pero directamente con lord Hawkesbury.

M. Otto encargado de negociar directamente con lord Hawkesbury.

Remitiéronse poderes á M. Otto, recomendándole al mismo tiempo que no publicase nada, que escribiese lo menos que fuese posible, que se entendiese verbalmente, y no pasase notas sino para las cuestiones mas importantes. Era imposible tener absolutamente secreta semejante negociacion, pero el primer Cónsul prescribió á M. Otto que exigiese y observase por su parte la mayor discrecion en lo relativo á las cuestiones que se promoviesen y discutiesen por una y otra parte.

Lord Hawkesbury aceptó este modo de proceder en nombre del Rey de Inglaterra, y quedó convenido que se empezarian inmediatamente las conferencias en Lóndres entre él y M. Otto. Efectivamente dieron principio en los primeros dias de Abril de 1801 (mediados de Germinal del año IX).

Certeza de una paz próxima por tierra y por mar.

Desde el 18 de Brumario del año VIII (9 de Noviembre de 1799) hasta el mes de Germinal del año IX (Abril de 1801) habian transcurrido cerca de diez y ocho meses, y la Francia en paz con el continente, y en negociaciones francas y sinceras con la Inglaterra, iba al fin á conseguir por primera vez despues de diez años, la paz general sobre mar y tierra.

La condicion de esta paz general, admitida por todas las partes contratantes era la conservacion de nuestras preciosas conquistas.

FIN DEL LIBRO NOVENO Y DEL TOMO PRIMERO.

# INDICE

## DE LOS LIBROS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

## LIBRO PRIMERO.

### CONSTITUCION DEL AÑO VIII.

Entrada de los Cónsules provisionales en el ejercicio de sus funciones.—Division de las atribuciones entre M. Sieyes y el General Bonaparte.—El General se apodera de la administracion de los negocios, y deja á M. Sieyes el cuidado de redactar la nueva Constitucion.—Estado de la Francia en Brumario del año VIII.—Desórden de la administracion y de la hacienda.—Gran miseria de los ejércitos.—Turbulencias en la Vendée.—Agitacion del partido revolucionario en algunas ciudades del mediodia.—Primeros esfuerzos de los Cónsules provisionales para poner órden en las diversas partes del Gobierno.—Nombramiento de Ministerio hecho en los señores Cambaceres, para el despacho de Justicia; Laplace, para el del Interior; Fouché, para el de Policía; Talleyrand, para el de Negocios estrangeros, Berthier, para el de Guerra; Forfait, para el de Marina, y Gaudin para el de Hacienda.—Primeras medidas rentísticas.—Supresion del empréstito forzoso progresivo.—Creacion de la agencia de contribuciones directas, é inmediata ordenacion de las listas de contribuciones atrasadas de algunos años.—Creacion de las obligaciones de los recaudadores generales.—La confianza empieza á renacer, y los banqueros de Paris prestan al Gobierno los primeros fondos que necesita.—Remision de socorros á los ejércitos.—Actos políticos de los Cónsules provisionales.—Revocacion de la ley de rehenes, y desencarcelamiento de los clérigos detenidos y de los náufragos de Calais.—Conferencias con los gefes del partido realista.—Suspension de armas en la Vendée, concluida con los señores de Bourmont, de Antichamp y de Chatillon.—Principio de relaciones con los gabinetes estrangeros.—Estado de la Europa.—La Inglaterra y el Austria resueltas á continuar la guerra.—Pablo I irritado contra sus aliados, y dispuesto á retirarse de la coalicion y unirse al sistema de neutralidad adoptado por la Prusia.—Importancia de la Prusia en aquel momento.—El general Bonaparte envia á Berlin á su ayudante de campo Duroc.—Voces de paz.—Sensible mejora en el estado material y moral de la Francia, á consecuencia de los primeros actos de los Cónsules provisionales.—Empiezan á ocuparse de la Constitucion.—Proyecto de M. Sieyes concebido y meditado mucho tiempo hacia.—Listas de notabilidades, el Senado conservador, el Cuerpo legislativo, el Tribunado, el gran Elector.—Desacuerdo entre M. Sieyes y el General Bonaparte, relativo á la organizacion del poder ejecutivo.—Peligro de un rompimiento entre estos dos personages.—Algunas personas intermediarias los avienen.—El gran Elector es reemplazado por tres Cónsules.—Adopcion de la Constitucion del año VIII, fijando su publicacion para el 4 de Marzo del año VIII, en que debe declararse vigente. Págs. 5 á 46.

# LIBRO SEGUNDO.

## ADMINISTRACION INTERIOR.

Constitucion definitiva del gobierno Consular.—Composicion del Senado, del Cuerpo legislativo, del Tribunado y del Consejo de Estado.—Declaracion del primer Cónsul á las potencias de Europa.—Públicas ofertas de paz á la Inglaterra y al Austria. —Proclama dirigida á la Vendée.—Apertura de la primera sesion —Oposicion naciente en el Tribunado.—Discursos de los tribunos Duveyrier y Benjamin Constant. —Una mayoria considerable acoje los proyectos de los Cónsules.—Numerosas leyes de organizacion.—Institucion de las prefecturas y subprefecturas.—Creacion de los tribunales de primera instancia y de apelacion.—Abolicion de la lista de los emigrados.—Restablecimiento del derecho de testar.—Ley de presupuestos.—Banco de Francia.—Continuacion de las negociaciones con la Europa.—Negativa de Inglaterra á oir proposiciones de paz.—Acalorada discusion sobre este particular en el Parlamento británico.—Austria da una negativa mas moderada, pero tan positiva como la de Inglaterra.—Necesidad de empezar de nuevo las hostilidades.—No pudiendo entenderse con las potencias beligerantes, el primer Cónsul trata de atraerse á la Prusia, y se explica con ella francamente.—Se dedica á concluir la guerra de la Vendée, antes de abrir la campaña de 1800.—Situacion de los partidos en la Vendée.—Conducta del abate Bernier.—Paz de Montfaucon.—MM. de Anticbamp, de Chatillon, de Bourmont, y Jorge Cadoudal llegan á Paris y ven al primer Cónsul.—Es fusilado M. de Frotté.—Sumision definitiva de la Vendée.—Se dirigen las tropas hácia la frontera.—Concluye tranquilamente la legislatura del año VIII.—Reglamento de policia relativo á la prensa.—Ceremonia fúnebre con motivo de la muerte de Washington.—El primer Cónsul se establece en el palacio de las Tullerías. 17 á 89.

# LIBRO TERCERO.

## ULMA Y GÉNOVA.

Preparativos de guerra.—Fuerza de la coalicion en 1800.—Ejército del baron de Melas en Liguria, y del mariscal de Kray en Suabia.—Plan de campaña de los austriacos.—Importancia de la Suiza en esta guerra.—Plan del General Bonaparte.—Forma este la resolucion de caer sobre el flanco de M. de Kray y sobre la retaguardia de M. de Melas.—Papel que destina á Moreau y que se destina á sí mismo.—Creacion del ejército de reserva.—Instrucciones á Massena.—Principio de las hostilidades.— El baron de Melas ataca al ejército de Liguria en el Apenino, y lo divide en dos mitades, arrojando á la una sobre el Var y á la otra sobre Génova.—Encerrado Massena en Génova se prepara á hacer una tenaz resistencia.—Descripcion de Génova. —Combates heróicos de Massena.—Instancias del primer Cónsul á Moreau para empeñarle á dar principio á las operaciones en Alemania con el fin de poder socorrer con mas prontitud á Massena.—Paso del Rhin por cuatro puntos.—Moreau logra reunir tres cuerpos de los cuatro de su ejército, y cae sobre los austriacos en Engen y Stokach.—Batallas de Engen y de Mæsskirch.—Retirada de los austriacos sobre el

Danubio.—Accion dada por Saint-Cyr en Riberach.—M. de Kray se establece en el campamento atrincherado de Ulma.—Moreau maniobra para desalojarle de él.—Movimientos poco acertados de Moreau que afortunadamente no producen ningun resultado lamentable.—Encierra Moreau definitivamente á M. de Kray en Ulma, y toma una fuerte posicion delante de Ausburgo, con el fin de aguardar en ella los acontecimientos de Italia.—Resúmen de las operaciones de Moreau.--Carácter de este general. 90 á 135.

# LIBRO CUARTO.

## MARENGO.

El primer Cónsul aguarda con impaciencia las noticias de Alemania.—Llegadas estas noticias anunciando triunfos, se decide á partir para Italia.--Miseria de la guarnicion de Génova llegada al extremo.--Constancia de Massena.--El primer Cónsul se apresura á ir á su socorro, ejecutando el proyecto de pasar los grandes Alpes.--Partida del primer Cónsul, su fingida aparicion en Dijon y su llegada á Martigni en el Valais.--Elige el monte de S. Bernardo para pasar la gran cordillera.--Medios imaginados para transportar la artillería, las municiones, los víveres y todo el material. --Principia el paso.--Dificultades inauditas vencidas por el arrojo de las tropas.--Obstáculo imprevisto del fuerte de Bard.--Sorpresa y sentimiento del ejército á la vista de este fuerte, reputado desde luego como inexpugnable.--La infantería y la caballería dan un rodeo y evitan aquel obstáculo.--Arrastrada la artillería á brazo pasa bajo los fuegos del fuerte.--Es tomado Ivréa, y se despliega el ejército en las llanuras del Piamonte, antes que los austriacos hayan sospechado su existencia, y su marcha.--Paso simultáneo del S. Gotardo por el destacamento formado de las tropas de Alemania.--Plan del general Bonaparte despues de haber bajado á Lombardia.--Se decide á ir á Milan para reunirse á las tropas llegadas de Alemania, y envolver en seguida á M. de Mélas.--Ilusiones de M. de Mélas destruidas de pronto.--Dolor de este anciano general.--Sus órdenes inciertas al principio y despues positivas de evacuar las márgenes del Var y los alrededores de Génova.--Apuros extremos de Massena.--La imposibilidad absoluta de alimentar á los soldados y al pueblo de Génova le obliga á rendirse.--Honrosa capitulacion.--Tomada Génova se concentran los austriacos en el Piamonte.--Importancia del camino de Alejandria á Plasencia.--Deseos vehementes de los dos ejércitos de ocupar á Plasencia.--Los franceses llegan primero.--Posicion de Stradella, elegida por el primer Cónsul para envolver á M. de Mélas.--Espera algunos dias en esta posicion.--Creyendo que se le han escapado los austriacos, va el primer Cónsul en su busca, y los encuentra de improviso en la llanura de Marengo.--Batalla de Marengo, perdida y vuelta á ganar.--Feliz inspiracion de Desaix, y su muerte.--Sentimiento del primer Cónsul.--Desesperacion de los austriacos, y convenio de Alejandria, por el cual entregan la Italia y todas sus plazas al ejército francés.--El primer Cónsul se detiene algunos dias en Milan para arreglar los negocios de Italia.--Cónclave en Venecia, y promocion de Pio VII al pontificado.--Vuelta del primer Cónsul á Paris.--Entusiasmo que excita su presencia.--Continuacion de las operaciones en el Danubio.--Paso de este rio por mas abajo de Ulma.—Victoria de Hochstedt.—Moreau conquista toda la Baviera hasta el Inn.—Armisticio en Alemania lo mismo que en Italia.--Principio de las negociacio-

nes de paz.—Llegada á Paris de M. Julien enviado por el Emperador de Alemania.—Fiesta del 14 de Julio en los Inválidos. 136 á 188.

# LIBRO QUINTO.

## HELIÓPOLIS.

Estado del Egipto despues de la partida del General Bonaparte.—Profundo disgusto del ejército, y su deseo de volver á Francia.—Kleber excita aquel sentimiento en vez de contenerlo.—Informe que hace él mismo del estado de la colonia.—Este informe que habia sido dirigido al Directorio, llega á poder del primer Cónsul.—Falsedades de que está lleno.—Grandes recursos de la colonia, y facilidad de conservársela á Francia.—Llevado el mismo Kleber del sentimiento que habia alimentado, se dispone á tratar con los turcos y los ingleses.—Culpable convenio de El-Arisch, estipulando la evacuacion de Egipto.—Negativa de los ingleses á llevar á cabo dicho tratado, y su pretension de obligar al ejército frances á deponer las armas.—Noble indignacion de Kleber.—Rompimiento del armisticio, y batalla de Heliópolis.—Dispersion de los turcos.—Kleber los persigue hasta la frontera de Siria.—Toma del campamento del Visir.—Distribucion del egército en el Egipto inferior.—Vuelta de Kleber al Cairo, con el fin de reducir esta ciudad que se habia sublevado á sus espaldas.—Hábil contemporizacion de Kleber.—Despues de haber reunido sus fuerzas, ataca y recobra el Cairo.—Sumision general.—Alianza con Murad-Bey.—Kleber que creia no poder conservar al Egipto sometido, le reconquista en treinta y cinco dias contra las fuerzas de los turcos y de los egipcios sublevados.—Borra gloriosamente sus faltas.—Sensacion de los pueblos musulmanes al saber que el Egipto se halla en poder de los infieles.—Un fanático, que habia salido de Palestina, se dirige al Cairo para asesinar á Kleber.—Muerte funesta de este último, y sus consecuencias repecto á la colonia.—Tranquilidad presente.—Kleber y Desaix habian sucumbido en un mismo dia.—Carácter y vida de estos dos guerreros. 189 á 215.

# LIBRO SESTO.

## ARMISTICIO.

Grandes preparativos para socorrer al ejército de Egipto.—Llegada de M. de Saint-Julien á Paris.—Impaciencia del gabinete frances por tratar con él.—A pesar de la insuficencia de los poderes de M. de Saint-Julien, le compromete M. de Talleyrand á firmar los artículos preliminares de la paz.—M. de Saint-Julien firma, y parte con Duroc para Viena.—Estado de la Prusia y de la Rusia.— Hábil paso del primer Cónsul respecto al Emperador Pablo.—Le envia seis mil prisioneros rusos sin cange, y le ofrece la isla de Malta.—Entusiasmo de Pablo I por el General Bonaparte, y mision confiada á M. de Sprengporten para Paris.—Nueva liga de los neutrales.—Las cuatro grandes cuestiones del derecho marítimo.—Avenencia con la Santa Sede.—

## INDICE.

La corte de España, y su intimidad con el primer Cónsul.--Estado corte.--El general Berthier es enviado á Madrid.--Este representante de sul, negocia con Carlos IV un tratado, dirigido á ceder la Toscana á la casa de ma, y la Luisiana á Francia.--Ereccion del reino de Etruria.--La Francia vuelve á gozar de consideracion con las potencias de Europa.--Llegada de M. de Saint-Julien á Viena.--Asombro de esta corte al saber que habia firmado artículos preliminares de paz sin poderes.--Embarazo del gabinete de Viena, que se habia comprometido á no tratar sin la Inglaterra.--M. de Saint-Julien conoce su yerro.--Ensayo de una negociacion comun á la Inglaterra y al Austria.--Para admitir el primer Cónsul en la negociacion á la Inglaterra, exige un armisticio naval que le permite socorrer á Egipto. No rehusa la Inglaterra entrar en tratos, pero sí el conceder el armisticio propuesto.--El primer Cónsul solicita entónces una negociacion directa é inmediata, ó la vuelta de las hostilidades.--Manera con que habia aprovechado la suspension de armas para poner á los ejércitos franceses sobre un pie formidable.--Temor del Austria, y entrega de las plazas de Philipsbourg, Ulma é Ingolstad, para obtener la prolongacion de un armisticio continental.--Convenio de Hohenlinden, acordando una nueva suspension de armas de cuarenta y cinco dias.--Nombramiento de M. de Cobentzel para que se dirija al congreso de Luneville.--Fiesta del 1.º de Vendimiario.--Traslacion del cuerpo de Turena á los Inválidos.--Aprovecha el primer Cónsul el tiempo que le deja la interrupcion de las hostilidades para ocuparse de la administracion interior.--Buen éxito de sus medidas rentísticas.--Prosperidad del banco de Francia.--Pago hecho en dinero á los acreedores del Estado.--Reparacion de los caminos.--Vuelta de los sacerdotes.--Dificultades para la celebracion del domingo y del décadi.--Nueva medida respecto á los emigrados.--Estado de los emigrados.--Sus disposiciones hacia el primer Cónsul.--Los revolucionarios y los realistas.--Conducta del gobierno acerca de ellos.--Influencia en diversos sentidos cerca del primer Cónsul.--Papel que hacen á su lado MM. Fouché, de Talleyrand y Cambaceres.--Familia de Bonaparte.--Cartas de Luis XVIII al primer Cónsul, y respuesta dada á aquel príncipe.--Conjuracion de Ceracchi y Arena.--Agitacion de los ánimos al saber este complot.--Los imprudentes amigos del primer Cónsul quieren aprovecharse de ello para elevarle demasiado pronto al poder supremo.--Folleto escrito en aquel sentido por M. de Fontanes.--Precision que hay de desmentir aquel folleto.--Luciano Bonaparte separado del ministerio de lo Interior, es enviado á España. 216 á 269

# LIBRO SEPTIMO.

## HOHENLINDEN.

Paz con los Estados-Unidos y las Regencias berberiscas.--Reunion del Congreso de Luneville.--M. de Cobentzel se niega á una negociacion separada, y quiere al menos, la presencia de un plenipotenciario ingles para verificar una negociacion real entre Austria y Francia.--El primer Cónsul con el objeto de apresurar su conclusion, manda vuelvan á empezarse las hostilidades.--Plan de la campaña de invierno.--Se encarga á Moreau que pase el Inn y marche sobre Viena.--Macdonald con el segundo ejército de reserva recibe la órden de pasar de los Grisones al Tyrol.--Brune, con 80,000 hombres está destinado á forzar el Adige y el Mincio.--Plan del jóven archiduque Juan, generalísimo de los ejércitos austriacos.--Concibe el proyecto de flanquear

## INDICE.

[illegible] no consigue por faltas en la ejecucion.--Se detiene en el camino, y [illegible]ar á Moreau en el bosque de Hohenlinden.--Maniobra brillante de Mo[illegible], ejecutada hábilmente por Richepanse.--Batalla memorable de Hohenlinden. --Grandes resultados de esta batalla.--Paso del Inn, del Salza, del Traun y del Ens.--Armisticio de Steyer.--El Austria promete firmar la paz al momento --Operaciones en los Alpes y en Italia.--Paso del Splugen por Macdonald, en medio de los horrores del invierno.--Llegada de Macdonald al Tyrol italiano. --Disposiciones de Brune para pasar el Mincio por dos puntos.--Faltas de estas disposiciones.--El general Dupont trata de pasarlo por Pozzolo, y atrae sobre sí el grueso del ejército austriaco.--Es forzado el Mincio despues de una inútil efusion de sangre. --Paso del Mincio y del Adige.--Huida afortunada del general Laudon, valiéndose de una mentira.--Los austriacos batidos piden un armisticio en Italia.--Fírmase este armisticio en Treviso.--Renuévanse las negociaciones en Luneville.--M. de Cobentzel admite el principio de una paz separada.--El primer Cónsul quiere hacer pagar al Austria los gastos de aquella segunda campaña, y le impone condiciones mas duras que las convenidas en los preliminares de M. de Saint-Julien.--Establece por *ultimatum* el límite del Rhin en Alemania, y del Adige en Italia.--Resistencia animosa de Cobentzel.--Esta resistencia aunque honrosa, hace perder al Austria un tiempo precioso.--Mientras que se siguen las negociaciones en Luneville, el Emperador Pablo reclama à los ingleses la isla de Malta, que le habia cedido el primer Cónsul, y aquellos se la niegan.--Cólera de Pablo I.--Llama á Petersburgo al Rey de Suecia, y renueva la liga de 1780.--Declaracion de los neutrales.--Rompimiento de todas las cortes del Norte con la Gran Bretaña.--El primer Cónsul se aprovecha de esta circunstancia para ser mas exigente con el Austria.--Quiere ademas del límite del Adige, expulsar de Italia á todos los príncipes de la casa de Austria,--El gran duque de Toscana y el duque de Módena, deben ser trasladados á Alemania.--M. de Cobentzel cede al fin y firma con José Bonaparte el 9 de Febrero de 1801 el célebre tratado de Luneville.--La Francia obtiene por segunda vez la línea del Rhin en toda su estension, y queda dueña casi de toda la Italia.--El Austria queda del lado allá del Adige.--La República Cisalpina debe comprender el Milanesado, el Mantuano, el ducado de Módena y las Legaciones.--Es destinada la Toscana á la casa de Parma, bajo el título de reino de Etruria.--La Alemania establece el principio de las secularizaciones.--Grandes resultados obtenidos por el primer Cónsul en el espacio de quince meses. 270 á 303.

# LIBRO OCTAVO.

## MÁQUINA INFERNAL.

Tramas dirigidas contra la vida del primer Cónsul.—Tres agentes de Jorge Cadoudal, llamados Carbon, Saint-Rejant, y Limoëlan forman el proyecto de matar al primer Cónsul con la explosion de un barril de pólvora.—Eligen la calle de San Nicasio, y fijan para el 3 de Nevoso la ejecucion de su crimen.—El primer Cónsul se salva por la destreza de su cochero.—Emocion general.—Se atribuye el crímen á los revolucionarios, y á las consideraciones del ministro Fouché hácia ellos.—Desencadenamiento de los cortesanos contra aquel ministro.—Su silencio y su sangre fria.—Descubre en parte la verdad y la hace conocer, pero no por eso se deja de perseguir

# INDICE

## DE LOS LIBROS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

## LIBRO DÉCIMO.

### EVACUACION DEL EGIPTO.

Interes general que excitan las negociaciones entabladas en Lóndres.—Pregúntase por todas partes, qué influencia ejercerá en dichas negociaciones la muerte de Pablo I.—Estado de la corte de Rusia.—Carácter de Alejandro.—Forma con sus jóvenes amigos un gobierno secreto que dirige todos los negocios del Estado.—Alejandro consiente en reducir mucho las pretensiones presentadas en París por M. de Kalitcheff en nombre de Pablo I.—Recibe á Duroc con benevolencia.—Reitera sus promesas de seguir en armonia con la Francia.—Principio de la negociacion entablada en Lóndres.—Condiciones anticipadas de ambas partes.—Conquista de ambos paises por mar y tierra.—La Inglaterra consiente en restituir una parte de sus conquistas marítimas, pero lo hace depender todo de la cuestion de saber si la Francia conservará el Egipto.—Ambos gobiernos están tácitamente de acuerdo para contemporizar, á fin de aguardar el resultado de los acontecimientos de la guerra.—Advertido el primer Cónsul de que la negociacion depende de aquellos acontecimientos, apremia á España para que penetre en Portugal, y hace nuevos esfuerzos para socorrer á Egipto.—Destino de las fuerzas navales.—Varios proyectos de expediciones.—Navegacion de Ganteaume al salir de Brest.—Este almirante pasa con felicidad el estrecho.—Pronto ya á hacer rumbo hácia Alejandria se asusta con peligros imaginarios y entra en Tolon.—Estado del Egipto despues de la muerte de Kleber.—Sumision del pais, y situacion próspera de la colonia bajo su aspecto material.—Incapacidad y anarquía en el mando.—Funesta division de los generales.—Medidas mal concebidas de Menou, quien quiere abarcarlo todo á la vez.—A pesar de los anuncios reiterados que recibe acerca de una expedicion inglesa no toma precaucion alguna.—Desembarco de los ingleses en la rada de Aboukir el 8 de Marzo.—El general Friant que solo tiene 1500 hombres hace inútiles esfuerzos para rechazarlos.—Si se hubieran agregado dos batallones á la division de Alejandria se hubiera salvado el Egipto.—Tardia reconcentracion de fuerzas, mandada por Menou.—Llegada de la division de Lanusse, y segundo combate dado con fuerzas, insuficientes el dia 13 de Marzo.—Llega al fin Menou con el grueso del ejército.—Tristes consecuencias de la division de los generales.—Plan de una batalla decisiva.—Batalla de Canopo dada el 21 de Marzo, la cual queda indecisa.—Los ingleses quedan dueños de la playa de Alejandria.—Larga dilacion, durante la cual hubiera podido mejorar Menou el estado de los franceses, maniobrando contra los cuerpos destacados del enemigo.—No hace nada.—Intentan los ingleses una operacion sobre Rosetta, y logran apoderarse de una de las bocas del Nilo.—En seguida penetran en lo interior.—Ultima ocasion de salvar

el Egipto en Ramanieh, perdida por la incapacidad del general Menou.—Los ingleses se apoderan de Ramanieh, y separan la division del Cairo de la de Alejandria.—Cortado el ejército frances en dos partes no tiene otro recurso que capitular.—Rendicion del Cairo por el general Belliard.—Menou, encerrado en Alejandria, sueña con la gloria de una defensa semejante á la de Génova.—Los franceses pierden definitivamente el Egipto. Págs. 5 á 47.

# LIBRO UNDÉCIMO.

## PAZ GENERAL.

Ultima é infructuosa salida de Ganteaume.—Toca en Derne, no se atreve á desembarcar 2,000 hombres que tenia á bordo, y vuelve á Tolon.—Se apodera en la travesia del navio *Swiftsure*.—El almirante Linois, enviado desde Tolon á Cádiz, se ve obligado á anclar en la bahía de Algeciras.—Combate brillante de Algeciras.—Una escuadra compuesta de franceses y españoles sale de Cádiz para socorrer á la division de Linois.—Vuelven á Cádiz las escuadras combinadas.—Combate de retaguardia con el almirante ingles Saumarez.—Horrorosa equivocacion de dos navios españoles, que engañados por la noche, se toman mutuamente por enemigos, se combaten hasta el último extremo, y se vuelan ambos.—Glorioso hecho de armas del Capitan Troude.—Corta campaña del Príncipe de la Paz contra Portugal.—La Córte de Lisboa se apresura á enviar un negociador á Badajoz, para someterse al deseo de Francia y España.—Curso de los negocios europeos despues del tratado de Luneville.—Influencia creciente de la Francia.—Permanencia en París de los infantes de España, destinados á reinar en Etruria.—Continuan las negociaciones en Lóndres entre M. Otto y lord Hawkesbury.—Nueva manera de proponer la cuestion por parte de los ingleses.—Piden á Ceylan en las Indias, la Martinica ó la Trinidad en las Antillas, y Malta en el Mediterráneo.—El primer Cónsul contesta á semejantes pretensiones, amenazando conquistar á Portugal, y hacer en caso necesario un desembarco en Inglaterra.—Acalorada polémica entre el *Moniteur* y los periódicos ingleses.—El gabinete británico renuncia á Malta, y reasume todas sus pretensiones en la isla española de la Trinidad.—El primer Cónsul ofrece la isla francesa de Tabago, á fin de salvar las posesiones de una corte aliada.—El gabinete británico se niega á admitirla.—Loca conducta del Príncipe de la Paz, que suministra medios para un desenlace inesperado.—Este Príncipe trata con la Corte de Lisboa sin ponerse de acuerdo con Francia, y priva á la legacion francesa del argumento que empleaba fundado en los peligros que corria Portugal.—Irritacion del primer Cónsul, y amenazas de guerra á la Corte de Madrid.—M. de Talleyrand propone al primer Cónsul concluir las negociaciones á costa de los españoles, entregando la isla de Trinidad á los ingleses.—Es autorizado M. Otto para hacer aquella concesion, pero solo en el último caso.—Mientras se siguen las negociaciones hace Nélson los mayores esfuerzos para destruir la escuadrilla de Boloña.—Brillantes combates delante de Boloña, sostenidos por el almirante, Latouche Treville contra Nélson.—Derrota de los ingleses.—Gozo en Francia é inquietudes en Inglaterra á consecuencia de aquellos dos combates.—Disposiciones recíprocas de los dos paises á una avenencia.—Prescíndese de las últimas dificultades y se concluye la paz, bajo la forma de preliminares, con el sacrificio de la isla de la Trinidad.—Alegria extremada en Inglaterra y Francia.—El coronel Lauriston, encargado de llevar á Lóndres la ratificacion del primer Cónsul, es conducido en triunfo por espacio de muchas horas.—Reunion de un Congreso en la ciudad de Amiens, para concluir la paz definitiva.—Serie de tratados firmados unos despues de



# ULTIMAS PUBLICACIONES
DE LA
# MISMA CASA.

## MI TIO EL PROCURADOR.
Novela por Mr. Eugenio de Mirecourt,
Y PUESTA EN CASTELLANO POR F. G.
**dos tomos en 16.° con láminas, 12 reales en rústica.**

## EL ESMEREJON.
NOVELA HISTORICA,
ESCRITA EN FRANCES POR MR. ELIAS BERTHET,
Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR L. O.
Dos tomos en 16.° con láminas, 12 rs. rústica.

## EL PRIMER ARENQUE.
NOVELA ESCRITA EN FRANCES POR Mr. ELIAS BERTHET,
Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR L. M.
Un tomo en 16.° rústica con lámina, 6 reales.

## LA CAMPANA DE DIFUNTOS.
NOVELA ESCRITA EN FRANCES POR CARLOS DICKENS,
TRADUCIDA AL CASTELLANO POR F. G.
Un tomo en 16.° rústica con lámina, 6 reales.

## LA QUINTA EN VENTA.
NOVELA ESCRITA EN FRANCES POR FEDERICO SOULIÉ,
Y PUESTA EN CASTELLANO POR M. R.
*Un tomo en 16.° rústica con lámina, 6 reales.*